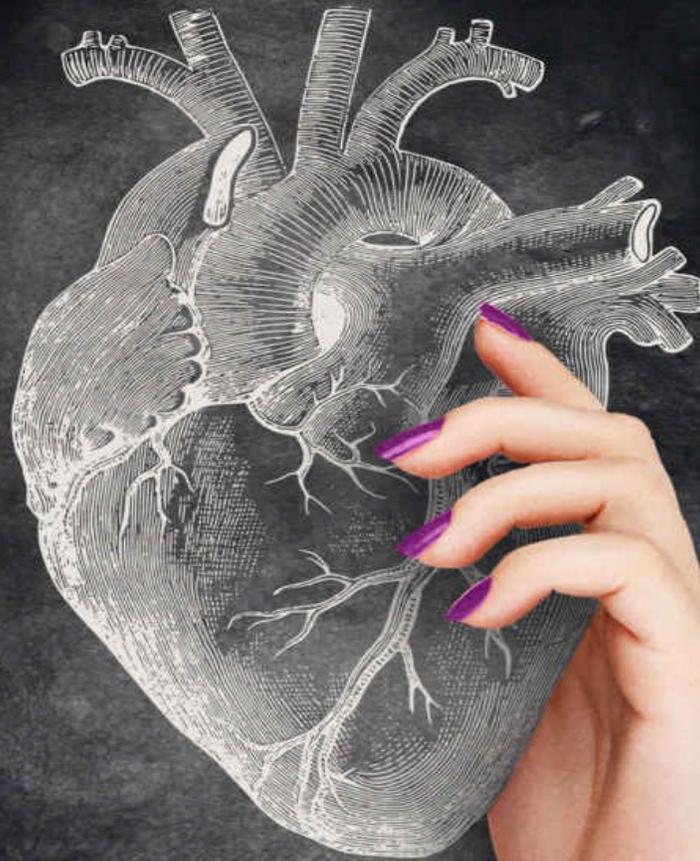


Mimmi Kass



**LATIDOS
DE**

Lujuria

EN CUERPO Y ALMA III

© Mimmi Kass

1ª edición, noviembre 2017

Imagen y diseño de cubierta: Carolina Bensler

ASIN: B077HQMC3C

EN CUERPO Y ALMA III

Latidos de lujuria

©*Mimmi Kass*

Índice

[Una experiencia distinta](#)

[La Juana Feliz](#)

[Marihuana y navegar](#)

[El sentido de la responsabilidad](#)

[Quiero, pero no puedo](#)

[Un punto de vista masculino](#)

[Los nuevos términos](#)

[Otra perspectiva](#)

[Miradas](#)

[Tormenta emocional](#)

[No todo es tan bonito](#)

[La Ergástula](#)

[Beso, verdad o desafío](#)

[Ya he tenido suficiente](#)

[Buenas intenciones](#)

[Nada es lo que parece](#)

[Placer y dolor](#)

Equilibrio precario

Las ostras como afrodisiaco

De resaca

La confirmación

Vancouver

Un viaje para pensar

Arena y sol

Inca de Oro

Son etapas

Catarsis

Un mundo ideal

Encontrarse en el medio

El ermitaño

Papeleos

Estrenos por todo lo alto

Fiesta de Gala

Situaciones surrealistas

Negación

Sin ganas de aguantar nada

Viejas costumbres

El filo del cuchillo

Emboscada

Cosas de abogados

Quiero tenerlo todo

Ensayo y error

El clavo

La realidad del Sótero

Fiebre de sábado noche

Ingratas sorpresas

Fechas importantes

Sororidad

Los salientes de guardia los carga el diablo

Elegir entre dos males

Tres son multitud

Despedidas

Feliz Navidad

Epílogo

Agradecimientos

*«Valiente es quien dice la verdad,
aun sabiendo que puede perderlo
todo».*

Una experiencia distinta

Erik salió de la biblioteca con un título nuevo en la mano. Volvió la mirada hacia el edificio moderno y sinuoso con nostalgia. ¿Cuántas horas había pasado quemándose las pestañas estudiando? ¿Cuántos libros había leído junto a su padre en su niñez? Magnus siempre fue un lector voraz. Ahora que sus fuerzas se escapaban con cada latido, era él quien le leía las historias en voz alta. Había especificado que cogiera los libros de uno en uno. Bromeaba poniendo en duda que llegara a conocer el final.

—Vamos. Todavía nos queda pasar por el supermercado — dijo su hermano Kurt.

Echaron a andar por *Grønnegata*, sorteando a la gente que abarrotaba la calle. La ciudad vibraba con la llegada de agosto. Se escuchaba la mezcla ecléctica de conversaciones en distintos idiomas de los turistas, vestidos con ropa de montaña. Los adolescentes se reunían en los lugares habituales en espera de los conciertos y se respiraba un ambiente alegre y festivo.

Era bueno alejarse un poco de la sensación opresiva de casa.

Desde que llegó a Tromsø, no se había separado del lado de su padre. Su madre ya mostraba síntomas de agotamiento; Magnus no quería gente extraña a su alrededor durante sus últimos días, y todos se turnaban para cuidarlo. No era nada fácil.

Sonrió al entrar al viejo ultramarinos de *Strandgata*, el *Internasjonalt matsenter*. Era reconfortante volver a los lugares de siempre. Kurt iba tachando ítems de la lista confeccionada por su madre: leche, pan, yogures, puré de patata liofilizado y cerveza. Recorrió los pasillos en busca de las Paulaner, las preferidas de su padre. Sorprendido, comprobó que el precio era el triple de lo que pagaba en Chile.

—Joder, qué caro —murmuró, mientras metía media docena en el carro.

Kurt se echó a reír, con esa sonrisa de ojos verdes entrecerrados y mil arrugas en su rostro castigado por el sol.

—Hace mucho tiempo que no estás en casa.

Tenía razón. Se sentía extraño en su lugar de origen, porque sabía que su hogar estaba ahora en otro sitio.

Salieron del supermercado y se frotó los brazos mientras caminaban de vuelta al aparcamiento. Era tarde, y la temperatura no llegaba a los diez grados.

—Estás hecho un blando. Necesitas pasar un invierno aquí —dijo Kurt con cierto tono acusador.

Erik asintió, y metieron las bolsas en el coche, en silencio. Escuchaban las noticias locales mientras se dirigían a la urbanización a las afueras de la ciudad.

Su hermano era casi un desconocido para él. Quizá debería aprovechar su estancia allí para fortalecer los lazos que los unían. Los que lo unían a toda la familia.

—¿Cómo está Maria?

Kurt lo miró de reojo. Parecía sorprendido por su interés.

—Está bien. Queremos tener un bebé. Solo espero que la adolescencia de Astrid no se resienta más de lo que está —dijo, con un ademán resignado—. Maria es una madre para ella, pero le cuesta mucho aceptar que me haya casado de nuevo.

Erik asintió. Su sobrina mayor, con catorce años, estaba siendo un hueso duro de roer. Rebelde, irresponsable e impredecible. Adolescente de manual.

—¿Un bebé? ¿A tus casi cincuenta y cuatro años? —preguntó, con una sonrisa cálida.

—Deberías probarlo. Es una experiencia única —respondió Kurt—. Y tú tienes casi cuarenta, no sé a qué estás esperando.

Erik soltó una carcajada divertida. La paternidad no entraba en sus planes de vida. Se despidió de Kurt con un abrazo y entró a la casa cargado de bolsas. Su madre pelaba verduras frente al fregadero de la cocina.

—Hola, mamá. ¿Y la mujer que te ayuda por las tardes?

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—La he mandado a casa. Necesitaba entretenerme con algo, y estoy preparando la comida de mañana.

—¿Y papá?

—Por fin se ha dormido, gracias a las drogas. Ha preguntado por ti.

Erik asintió. Llevaban toda la semana recuperando el tiempo perdido. Su padre parecía querer suavizar la indiferencia con que lo había tratado durante casi dos décadas y él quería estar ahí para él, aunque fuese por poco tiempo.

Abrió la puerta de su habitación con cuidado para no despertarlo. Magnus dormía con el sueño pesado y ahogado de los sedantes. Esperaba que el dolor lo dejase descansar.

Y él también necesitaba una tregua.

¿Qué hora sería en Chile? Echó un vistazo a su móvil, allí serían las seis de la tarde. Se apresuró hacia su cuarto con la idea de por fin charlar con Inés. Se estremeció al ver que la ventana estaba abierta y la cerró. La brisa de la noche ártica era gélida, aunque estuvieran en pleno verano. Las luces lejanas del centro de Tromsø lo distrajeron durante unos segundos; la ciudad estaba llena de vida, ajena a la tristeza y al aire de fatalidad que se cernía sobre su casa.

Se tendió sobre la cama, junto al portátil encendido. La pantalla emitía un destello azulado en la penumbra mientras se abría el Skype. Aún quedaban unos minutos hasta que Inés se conectara desde Chile. Durante la semana, entre el caos en su casa, la diferencia de horas y el trabajo de Inés en el hospital, no habían hablado demasiado.

La echaba de menos.

Y la falta de sexo comenzaba a pasarle factura.

El burbujeo característico que anunciaba que ya estaba conectada lo sacó de sus pensamientos. La imagen de su silueta tardó unos segundos en aparecer, al principio pixelada, pero después perfectamente nítida. Dio gracias a la tecnología por la fibra óptica.

—¿Hola? ¿Erik?

Sonrió al escuchar su voz. Femenina, aguda, con ese matiz de urgencia que ponía siempre en sus llamadas.

—Estoy aquí. ¿Qué tal todo?

Movió la mano en un gesto de saludo, e Inés le regaló una enorme sonrisa. Estaba preciosa. Escuchó a medias sus quejas sobre el trabajo en la UCI, las guardias pesadas y el mal tiempo, y se concentró en estudiar la línea de su cuello, su melena recogida en un moño y el hombro descubierto por una camiseta holgada. ¿No llevaba sujetador?

—Inés, ¿por qué no te sueltas el pelo? —interrumpió.

Ella se detuvo, lo miró durante un par de segundos y retiró la goma. El movimiento que hizo para ordenar su melena lo obligó a respirar hondo. Inés seguía contándole cosas y sus labios lo hipnotizaban. El anhelo por tocarla lo hizo desconectarse del ahora y pensar en los encuentros vividos justo antes de marcharse a Noruega. Sintió su pene desperezarse.

—¿Qué tal las cosas en casa? —soltó ella a bocajarro cuando acabó su relato.

La pregunta lo pilló por sorpresa. No quería hablar de ello: su padre se moría y no había nada que hacer.

—Mal. Y no quiero hablar de eso ahora.

—¡Pero, Erik! —dijo Inés, dolida, al otro lado de la pantalla—. No me cuentas nada. ¿Cómo está tu padre? —El mohín enfadado lo hizo sonreír de nuevo.

—Está en casa y lo cuidamos entre todos. Es cuestión de días ya.

—Vaya.

Ambos se quedaron en silencio. Inés ladeó la cabeza en la pantalla.

—Me gustaría estar ahí para abrazarte. Para confortarte —dijo ella al fin. Él suspiró, resignado.

—Y a mí que estuvieras aquí, pero esto es un caos. Mi hermana se ha venido a vivir con mis padres, marido y niños incluidos. La casa está patas arriba, las idas y venidas, las visitas, los médicos... —Se detuvo, y se acomodó de lado sobre la cama—. De verdad que necesito desconectar. Hablar de otra cosa. Por ejemplo, de qué llevas puesto debajo de esa camiseta.

—Nada. Es la camiseta del pijama.

—¿Estás en pijama a estas horas?

—¡Es viernes! —protestó ella—. Necesito vagar en casa y estar tranquila.

—Quítatela.

—¿Cómo?

—Quítate la camiseta, Inés.

Ella se quedó inmóvil al otro lado de la pantalla, pero después, esbozando una sonrisa sensual, agarró el borde de la tela y comenzó a subirla sobre sus pechos. Justo antes de descubrirlos, se detuvo.

—¡Hace frío!

—Vamos Inés. Si tú te la quitas, yo me la quito. —Ella pareció pensarlo unos segundos.

—Vale.

Terminó de retirarse la prenda y se encogió de hombros, con una sonrisa tímida, sentada con las piernas cruzadas frente al ordenador. La visión de sus pechos lo excitó aún más, y se incorporó sobre un codo, atento a una visión muy diferente a lo que estaba acostumbrado.

—Te toca. ¡Quítate la camiseta! —demandó ella.

Erik no la hizo esperar. Se desnudó de cintura para arriba y arrugó la prenda entre sus manos con la necesidad de tocar algo, de sentir sus dedos ocupados.

—Uhhmm. Me ha entrado hambre de bombones. ¿No te puedes acercar más a la cámara del ordenador? —preguntó Inés, señalándolo.

—Dame un segundo.

Se levantó a cerrar la puerta con pestillo. En aquella maldita casa no había ni un ápice de intimidad. Confiaba en que nadie viniese a molestar; era ya tarde y todo estaba en silencio.

—Ahora sí. ¿Te vale? —Acercó la pantalla hasta encuadrar su torso.

—Esto es muy frustrante —se quejó Inés, y se acarició un pecho en un gesto distraído. ¿A propósito, o sin darse cuenta?

—Es cierto. Me encantaría que esa mano fuese la mía.

—¿Esta mano? —Ahora cogió el pezón entre sus dedos y jugueteó con él hasta convertirlo en un botón duro y rosado. Por

supuesto que lo hacía a propósito. Apartó la melena sobre sus hombros y paseó las yemas entre ambas protuberancias.

—Sí. Esa mano.

—A mí también me gustaría tocarte.

—¿Dónde?

—Primero en la nuca. Ya sabes que me encanta.

Erik sonrió y llevó la mano hasta la parte posterior de su cuello. Su torso se estiró, y los pectorales y los abdominales se dibujaron con precisión con el movimiento. Inés soltó un ronroneo de aprobación.

—Te gusta lo que ves. —No era una pregunta. Ella lo miraba con los labios entreabiertos y los párpados entornados mientras seguía con las caricias sobre sus pezones. Conocía lo que esa mirada significaba—. ¿Por qué no te tocas más abajo? Entre las piernas.

Inés sonrió, y llevó la mano con languidez hasta el borde de sus bragas. Erik la estudió con atención. No era encaje, ni tul, nada sofisticado. Eran unas braguitas de algodón, blancas y sin adornos. Fantaseó con la idea de arrancárselas y hundir la cabeza entre sus muslos. Su erección palpitó, enardecida.

—Vamos, Inés. Tócate.

—Vikingo mandón...

Ella se recostó, acomodándose sobre los almohadones, y deslizó los dedos bajo la tela. La imagen de la mano escondida era hipnotizante.

—Uhhmm —murmuró Inés, moviéndola en círculos justo en el encuentro entre las piernas. Cerró los ojos por un momento, y volvió a abrirlos—. ¿Y tú? Yo también quiero verte.

Erik sonrió. Primero quería verla a ella. Mirar en la pantalla cómo Inés se tocaba estaba resultando de lo más excitante. Sentía su erección desbordar el bóxer y la piel caliente y sensible. Nunca había hecho algo así.

—Y me verás, pero quítate las bragas primero.

Inés dudó.

—Ay, Erik. —Arrugó la nariz en gesto de disgusto, pero se incorporó, agarró las tiras laterales de la prenda y la deslizó, muy

despacio, hasta quitársela. Después apretó las rodillas y los tobillos frente a su cuerpo, y se abrazó las piernas flexionadas.

—¡Así no veo nada! Abre las piernas, Inés.

Ella apoyó la barbilla sobre las rodillas y negó con la cabeza.

—Primero quítate el bóxer.

Erik se levantó de la cama y giró la pantalla hasta volver a enfocarla hacia él. Inés hizo un gesto de impaciencia que le arrancó una sonrisa.

—¡Venga! —dijo, demandante—. ¡Con *show*!

—¿Con *show*?

—Como si fueras un *stripper*. ¡Cúrratelo! —ordenó soltando una carcajada. Erik la ignoró y se quitó el bóxer sin demasiada ceremonia. Se irguió en toda su altura, abriendo las manos en señal de obviedad.

—Estás en plena forma —observó Inés, con malicia. Él bajó la vista hasta su erección. Lo que estaba era con un calentón brutal y la cosa no pintaba mal, si ella colaboraba.

—Te toca. Abre las piernas. Vamos.

Ella estiró los brazos hacia atrás y se apoyó en ellos. Muy lentamente, con un movimiento estudiado, comenzó a abrir las rodillas.

—Más —exigió Erik. Gateó sobre la cama hasta posicionarse muy cerca de la pantalla. Inés separó los pies, tan solo unos centímetros. La hendidura violácea de su sexo se entreveía entre las pantorrillas femeninas. Parecía tímida. O tal vez estaba jugando con él.

—Vamos, Inés. Abre las piernas —insistió, con un tono más agresivo. La tenue sonrisa que escapó de sus labios suaves no le pasó desapercibida. Lo hacía de manera premeditada. Lo estaba provocando.

De pronto, abrió las piernas, que abarcaron casi el ancho de su cama. El sexo de Inés se exhibió en la pantalla sin ningún atisbo de vergüenza y sintió que se le hacía la boca agua.

—*Svarte Helvete* —gruñó, encerrando su pene en el puño.

—Esto es muy porno —dijo ella entre risas. Seguía apoyada sobre las manos y los pezones erguidos destacaban sobre la piel pálida.

—Esto es mucho mejor que el porno —aseguró él. No sabía por qué, pero los calcetines de algodón, el cobertor de pequeñas flores y los cojines de colores le daban un contraste perfecto al cuerpo desnudo y sensual de Inés—. Quiero que te masturbes.

—Vale —aceptó con naturalidad—. Pero tú también.

No respondió. Comenzó a mover rítmicamente la mano sobre su erección, tendido de lado sobre la cama. Fascinado, miró a Inés recostarse sobre los almohadones y frotar ambas manos sobre sus pechos, para después deslizarlas por sus costados. Al llegar a las caderas, se detuvo y miró la pantalla.

—Vamos. ¡Sigue!

Era una tortura verla así. Inés obedeció y llevó las manos entre sus piernas. Por un momento, perdió el ritmo de la masturbación, al escuchar los pequeños gemidos que lo volvían loco. Con una mano, Inés acariciaba su clítoris con un movimiento suave y circular. Con la otra, tanteaba entre sus labios, hinchados y húmedos.

—Dios, ¡cómo me gustaría que fuera mi boca la que estuviera ahí, en vez de tus manos! —soltó, en una súplica. Ella sonrió, con lascivia, y aumentó el ritmo de las caricias.

—Y a mí... que fueses tú.

Su hablar entrecortado, entre jadeos, lo estaba poniendo a cien. La tensión en sus ingles se hacía insoportable. De pronto, Inés paró y soltó un largo suspiro.

—¿Por qué paras?

No pudo evitar el borde fiero en su tono de voz, pero ella negó con la cabeza y se puso de pie.

—Dame un momento. Voy a buscar una cosa.

—Inés, como me dejes así... juro que... —No fue capaz de articular ninguna amenaza, y la risita divertida de ella al aparecer de nuevo en la imagen, lo cabreó aún más—. ¡Oh!, vale. Vale.

Inés blandió su vibrador, el de color rosa, delante de la pantalla. Erik tragó saliva y no dijo nada.

—Te echo de menos. Y echo de menos... —Se detuvo un instante y lo señaló a él.

—¿Qué? ¿Qué echas de menos? —El movimiento de sus labios y la languidez de su cuerpo, tan real en la imagen de la

pantalla, y a la vez tan lejano, estaban haciendo que su paciencia se disolviera.

—Tu polla.

Enarcó las cejas, sorprendido. No era habitual que fuera tan cruda al hablar. La palabra, el tono, la mirada y la expresión de su rostro hicieron que su erección, ya férrea, palpitará encerrada en su mano.

—¿Echas de menos esto? —Comenzó un vaivén perezoso y lento. El ronroneo de Inés arrancó una sonrisa de sus labios—. Vamos. ¿A qué esperas?

Inés encendió el vibrador.

El sonido inconfundible del aparato se interpuso a la música a bajo volumen que se sentía de fondo desde su habitación. Love on the brain, de Rihanna. Era perfecta. Cerró los ojos y fantaseando con el recuerdo de Erik, deslizó la punta del vibrador por su cuello. Lo llevó entre sus pechos y rozó con él sus pezones.

—Así es como lo harías tú, ¿verdad?

Erik no respondió, y ella abrió los ojos para cerciorarse de que seguía ahí. Vaya que si seguía ahí. De rodillas, frente a la pantalla, el torso magnífico en tensión, la mano empuñando su pene, la mirada hambrienta que tan bien conocía.

—Dios, ¡cómo te echo de menos! —exclamó, sin poder esconder cierta desesperación. Solo habían pasado cinco días. Cinco. Tenía la sensación de que habían sido semanas. El cuerpo le dolía por la necesidad de contacto, el sexo se apretaba por el hambre de sentirlo dentro. Soltó un suspiro y llevó el vibrador entre sus piernas.

—Ah, *liten jente* —murmuró él, extasiado.

Inés paseó el vibrador por sus labios endulzados, por encima de su clítoris, por su monte de Venus, pero no era lo que necesitaba. Lo introdujo tan solo un par de centímetros y comenzó un lento vaivén. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera. Lo alternó con movimientos circulares que presionaban el área más sensible de su sexo. Erik soltó un par de palabrotas en noruego y ella perdió el ritmo.

—No pares. Más profundo, Inés.

Ella emitió una risita ahogada. Ni siquiera la distancia ni el filtro que suponía la pantalla del ordenador lo detenían para darle

órdenes. No. Todavía no. Llevó la otra mano a sus pezones y los recorrió con un dedo. No era lo mismo, por mucho que tratase de imitar los movimientos de las manos expertas de Erik sobre su cuerpo. Era increíble lo que provocaban en ella.

—Echo de menos tus manos —dijo en un suspiro entrecortado. Cerró los ojos, arqueó el cuerpo, separó un poco más las rodillas e introdujo el vibrador hasta el fondo.

—Ah, *kjaereste*.

Inés miró la pantalla mientras se masturbaba. Era curioso verse desnuda, hipnotizada por el movimiento rítmico del vibrador que entraba y salía de su sexo, en el pequeño cuadrado que la reflejaba a ella. Curioso, no. Morboso, excitante. Y lo era más aún la imagen principal, que mostraba a Erik. Un gruñido ronco atrajo su atención hacia el rostro masculino. Los labios entreabiertos, humedecidos por su lengua, los ojos azules y fieros, la melena rubia, demasiado larga, acariciando la línea de su mandíbula.

Empujó la punta del vibrador hacia adelante, buscando el punto mágico. No era lo mismo, pero era bastante satisfactorio. Por un momento se desconectó de Erik para concentrarse en las oleadas de placer que se iniciaban en el punto más candente de su cuerpo. El orgasmo se acercaba de manera inevitable.

—Inés... ¡Inés! —llamó Erik. Ella protestó. La había distraído y las oleadas se espaciaron, alejando el clímax—. Quiero que me mires mientras te corres. Vamos. Mírame.

Ella engarzó la mirada en la pantalla con sus ojos azules y demandantes. Acomodó el ritmo del vibrador al de su puño. Era demasiado lento.

—Más rápido —rezongó, con un mohín sensual en sus labios. Erik esbozó una sonrisa torcida, pero aumentó la velocidad de la mano sobre su erección.

—Uhhmm... Inés... —No acabó la frase. Los abdominales se marcaban a la perfección en una cuadrícula que a Inés le hizo la boca agua. Jadeó. El vibrador zumbaba a máxima potencia ya. Los relieves de los pétalos acariciaban en el lugar justo. Estaba cerca. Muy cerca.

—¡Más rápido, Erik! —demandó con urgencia. Con un gemido entrecortado soltó el vibrador y se pellizcó con fuerza los

pezones. La corriente que alimentaba su sexo descargó el latigazo final y se dejó arrastrar por la lujuria. Las contracciones rítmicas de su interior dejaron su cuerpo deshecho en lava caliente, trasformada en una masa informe de piel brillante y sudada, respiraciones jadeantes, y humedad dulzona.

—Qué puto desastre —gruñó Erik.

Inés salió de su nirvana y alzó la cabeza. Se echó a reír, divertida, al ver que Erik también se había corrido y se miraba las manos cubiertas con su semen.

—Qué desperdicio —susurró Inés, pasándose la lengua con lascivia por la boca.

—Esto me lo vas a pagar caro —dijo él, también sonriendo, pero dejando entrever el tono amenazador.

Inés se mordió el labio inferior y asintió.

—Cuando quieras.

La Juana Feliz

Ni todo el cibersexo del mundo sería capaz sustituir a Erik, pero quizá conseguir un Hitachi podría ayudar en algo. Iba a conocer la mejor tienda erótica de Santiago de Chile, y eso se merecía hacerlo con Nacha.

Cuando llegaron a la dirección, en un edificio, antiguo y gris, Inés se decepcionó un poco. Unos toldos azules con letras blancas anunciaban que ahí estaba *Japy Jane*, pero nada decía que aquello escondía una boutique de artículos para el placer.

—Es muy discreto, ¿no? —dijo Inés, arrugando la nariz.

—¿Qué querías, los escaparates del Barrio Rojo de Ámsterdam? Estamos en Chile, linda. En este país todavía nos falta mucho.

Entraron a la tienda y la impresión de Inés cambió. Era amplia y espaciosa, y las vitrinas ofrecían un sinfín de posibilidades a todo color.

—Joder. Pues sí que hay variedad —murmuró. Nacha no le hizo ningún caso, se había ido derecha a unos colgadores con una lencería sexy y divertida. En otro momento, ella habría ido al mismo sitio, pero ahora se acercó al mostrador que ofrecía exactamente lo que estaba buscando.

—*Hello*, Señor Hitachi —saludó al coger el vibrador. Se había olvidado lo mucho que pesaba.

—De lo mejor del mercado —dijo con tono alegre una dependienta. Llevaba un delantal de lunares de colores y lucía una enorme sonrisa—. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Sí. Quiero uno de estos —Inés enrojeció. Qué tonta. Pero era la primera vez que iba a una tienda así.

—Veo que ya lo conoces —dijo la chica, riendo—. ¿Necesitas algo más?

Inés descubrió un vibrador anal, muy parecido al que Erik utilizaba con ella, y luego otro, un poco más grande. Recordó la sonrisa perversa del vikingo al decirle que estaría encantado de

recibir un trato por la puerta trasera de su parte, y lo añadió también a la pequeña cesta. Aceptó el consejo de un lubricante, y después de probar varios aromas, se decantó por uno de champán y fresas.

La dependienta se alejó para empaquetar sus cosas e Inés caminó hacia uno de los rincones más oscuros de la tienda. Contempló con curiosidad las máscaras, látigos, fustas, plumeros y cintas. Deslizó las yemas de los dedos sobre la seda. Había también unas muñequeras de cuero y acero, muy parecidas a las que Erik ya había usado con ella una vez y cerró los ojos cuando los recuerdos se agolparon con brutalidad en su mente. La manera en que la había vestido con las cinchas, como en un ritual. Cómo ella había dejado que ciñera aquel collar en torno a su cuello, aun sabiendo su significado. Las veces que, entre gritos y juramentos, le había negado el orgasmo, llevándola al delirio con el Hitachi. El sexo anal. «*Kjaereste*».

Estaba hiperventilando. Se miró al espejo de la vitrina, tenía las pupilas dilatadas y las mejillas enrojecidas. El encaje del sujetador le hacía daño en los pezones fruncidos. La tensión en su sexo era insoportable. Erik. ¿Qué demonios le había hecho? Había abierto la puerta un mundo desconocido, atrayente, perverso y placentero y sabía que no había vuelta atrás. Resuelta, caminó de nuevo hasta el mostrador donde estaba la dependienta.

—¿Qué me recomiendas para inmovilizar a un hombre?

La chica la miró con esa sonrisa reservada de quien ha recibido preguntas de ese tipo toda la vida.

—¿Qué buscas exactamente?

—Busco algo para dejar fuera de combate a un hombre grande. A un vikingo.

Una imagen muy concreta se dibujó en su mente y esbozó una sonrisa angelical. Esperó, impaciente, a que ella volviera con unas esposas de acero con bisagra, sólidas. Pesaban bastante. La sola visión del acero pulido, algo mate, la excitó. Se imaginó a Erik desvalido y a su merced. Iba a hacerlo pagar bien caro la frustración y el deseo de toda su ausencia.

—Me las llevo.

—Te has gastado una buena cantidad de dinero —observó Nacha, señalando la bolsa que rezaba «Japy» en vistosas letras de color naranja, mientras sorbía un Cosmopolitan por una pajita.

—Tengo que devolverle a Erik unas cuantas jugadas, pero este —dijo sacando de la bolsa la caja alargada del Hitachi—, es para mí. Tiene una potencia que te arranca los orgasmos en minutos.

—¿En serio? Tendré que comprarme uno.

—En serio. Necesito unos cuantos orgasmos. Necesito a Erik. Tengo una sensación de vacío bestial —se quejó Inés, que ni había tocado su pisco sour—. Y no es solo el sexo, Nacha. Es todo él.

—Bueno, yo creo que ya has pasado a la siguiente fase. En algún momento las cosas se tienen que poner serias. ¿Te ha dicho ya que te quiere?

—Bueno, no con esas palabras. Dice que quiere estar conmigo de verdad. Que estamos juntos. Es complicado. —Soltó el aire lentamente al recordar cómo se había dibujado aquellas líneas en la cara con su sangre. Como si hubieran sellado un pacto—. Erik no cree en los cuentos de hadas. ¿Sabes que estuvo a punto de casarse?

—¡Eso no me lo habías contado! —se maravilló Nacha, abriendo los ojos e inclinándose hacia adelante con interés—. ¡Quiero detalles!

—Desconozco los detalles, ya sabes cómo es. Solo sé que ella lo presionó para que eligiese entre ella o la cardiocirugía.

—Y está soltero y es cardiocirujano —Inés asintió, ignorando de nuevo el tono de su amiga, esta vez más bien ominoso—. No suena muy alentador.

—Ya.

—Princesa, ya sé que estás encoñada con Erik, pero ¿te proyectas con él? Ya sabes, vivir juntos, casarse, hijos. Lo que tengo yo con Juan.

Se detuvo a pensarlo un momento. Dio un par de tragos largos al pisco sour y notó cómo el alcohol se le subía a la cabeza. Claro que sí. La sola idea de formar una familia con él la llenaba de

una felicidad inexplicable, pero las imágenes de Erik torturándola a orgasmos y ella retorciéndose, con los ojos vendados, amarrada a la cama volvieron a su cabeza. No parecían dos escenarios demasiado compatibles, pero no quería renunciar a ninguno.

—Sí, Nacha. Creo que Erik es EL HOMBRE —dijo con tono dramático. Su amiga se echó a reír, y la alentó a seguir—. Pero, por otra parte, ahora estoy explorando otras cosas.

Levantó la bolsa de sus compras recién adquiridas y Nacha asintió, con una sonrisa cómplice.

—Ya me contarás —respondió riendo su amiga—. Tiene pinta de que va a ser una investigación interesante.

Pidieron una segunda ronda y se pusieron al día. La boda iba viento en popa y ya tenían fecha para febrero. Murmuró unas excusas inconexas cuando Nacha le preguntó si ya había hablado con su madre por el tema del convite.

—Mira, están aquí el jueves que viene. —Nacha tenía razón, se había comprometido y tenía que al menos intentarlo—. Mi hermano Miguel viene de China por unos días en una visita relámpago, y nos vamos a juntar todos.

—¿Reunión familiar Morán Vivanco? ¡Cuéntamelo todo!

Inés se lanzó a relatarle los detalles con entusiasmo. Estaba emocionada. No se reunía la familia completa desde hacía más de dos años.

Antes de subir a casa recogió el correo, comprobando con una sonrisa que su sobre plateado semanal de parte de Philip llegaba puntual. No lo abrió, ya curiosaría más tarde de qué se trataba la fiesta esta vez. Tampoco tuvo ánimo de poner a prueba al Señor Hitachi. Sin saber por qué, la conversación con Nacha la había deprimido un poco. Se sentía sola y echaba de menos a Erik. Se preparó para esquivar temas conflictivos con su hermana y la llamó por teléfono.

—¡Qué bien que has llamado!

El entusiasmo de Loreto al escucharla la hizo sentir mal. Últimamente se habían alejado bastante.

—Hola, Lore. ¿Todo listo para la llegada de papá y mamá?

—Todo niquelado. ¿Y tú? ¿Todo listo para Miguel?

—Sí. Voy a buscarlo al aeropuerto el jueves, he pedido el día libre. De ahí nos vamos al apartamento para que descanse y se dé una ducha antes de ir a tu casa a cenar. ¿Necesitas que lleve algo?

—No. Mamá se encarga del menú. Ya sabes cómo es. —
Ambas rieron con complicidad. Ojalá pudiera ser siempre así, pero, por supuesto, Loreto no podía abandonar su postura de hermana mayor tocapelotas y juzgadora—. ¿Qué has sabido de Erik?

—Su padre está muy grave, es cuestión de días que fallezca —eludió hablarle del sexo cibernético y las llamadas telefónicas subidas de tono—. Supongo que en un par de semanas estará aquí. ¿Qué tal los niños? —dijo, cambiando de tema de manera magistral.

—Bien, genial. Entusiasmados por recibir a los abuelos en casa y ver en persona a Miguel. Yo creo que Elena ni siquiera se acuerda de él.

—Estará bien que nos juntemos todos —dijo Inés con un suspiro—. Solo espero que no se arme ninguna bronca entre Miguel y papá.

Se despidió de su hermana prometiendo ser puntual y se sentó en el sofá. Tenía una sensación opresiva en el pecho, no se aguantaba ella misma. Tras pensarlo un instante, se puso unos *leggings* y una camiseta, se calzó las zapatillas y se abrigó. Necesitaba echar una buena carrera.

Marihuana y navegar

—Vamos, papá. Tranquilo.

Erik sujetó la frente sudorosa y helada de su padre con una mano mientras rodeaba sus hombros escuálidos con el brazo, intentando que las arcadas que convulsionaban su cuerpo no terminaran por agotarlo. En el último episodio de vómitos ya había perdido la consciencia durante varios minutos. Su madre había salido de la habitación, ahogando un sollozo, y no había vuelto a entrar. No podía culparla. Entre el humor negro y ácido de su padre, y su rápido deterioro, no era un espectáculo fácil de presenciar.

—Ya, ya está —resopló Magnus, casi sin fuerzas, y cerró los ojos, exangüe. Limpió su boca con cuidado y lo acomodó sobre las almohadas mullidas.

—Papá, si me dejas ponerte la sonda nasogástrica, te sentirás mejor. Los vómitos...

—No. Déjame conservar la ilusión de que al menos puedo alimentarme por mis propios medios —respondió él, implacable. Sus ojos azules refulgieron de ira por un segundo cuando intentó insistir en la idea. Era terco como una mula—. No hijo. Mejor dame un cigarrillo de esos. Quién me lo iba a decir a mí, que esa mierda *hippy* iba a ayudarme en mis últimos días.

Erik buscó uno de los porros de hachís que les habían administrado los de Cuidados Paliativos. Eran magníficos para controlar las náuseas, ayudaban con el dolor, y amortiguaban un poco la amargura de sus comentarios. Lo encendió. Aspiró una larga y profunda calada, y después lo colocó con cuidado entre los labios secos y agrietados de su padre, notando cómo un sopor agradable lo inundaba.

—Robándole las drogas a tu viejo moribundo —acusó su padre, esbozando una sonrisa entre dientes—. No tienes escrúpulos.

—Eso es lo que necesito para aguantarte. Drogas —contestó Erik, esperando a que su padre echara un par de caladas para

quitárselo y volver a fumar él.

Intercambiaron el porro en silencio, mientras la habitación se llenaba de un humo azulado y espeso. La respiración de su padre se hizo más pausada, y cerró los ojos. Aún fruncía el entrecejo en un gesto que sabía que significaba dolor, pero no se quejaba. Era duro como una piedra. Frío como el acero. Cortante y cruel. Y, sin embargo, aquellos días algo había cambiado entre ellos. Erik era el que más tiempo pasaba con él. Su madre se había quebrado por fin y no resistía mucho tiempo a su lado. Perdía la paciencia cuando pedía a gritos *Akvavit* o vodka, y era incapaz de reprimir las lágrimas cuando mencionaba con frialdad lo que ocurriría en el momento de su muerte: no quería que lo velaran durante días como era costumbre en Noruega. Que lo incinerasen en cuanto su corazón dejara de latir, ese era su deseo. Era un discurso macabro y recurrente, que hacía daño a su madre. Erik tenía la sensación de que a veces incluso se regodeaba.

—Morirás, sí —lo interrumpió un día, con impaciencia, al ver que su madre tenía los ojos anegados en lágrimas por las téticas y sombrías palabras—. Pero vendrán las valkirias, te llevarán al Valhalla y podrás seguir tocando los cojones a tus ancestros durante toda la eternidad.

Su padre se había atragantado con carcajadas que mezclaban bilis, dolor y sorpresa, y había barbotado algo que hizo que su madre los mirase a ambos con atención.

—Después de todo, eres el único que me entiende y me habla a la cara con sinceridad.

Desde entonces, Erik cuidaba de su padre. Hablaban durante horas, con esa extraña conversación que era más bien una lucha dialéctica de pullas y comentarios ácidos, hasta que se cansaban y seguían con un silencio hermético pero cómodo. Tomó por costumbre leerle uno tras otro todos los periódicos por la mañana o algún libro por la tarde, y le daba de comer hasta que ya no tuvo más fuerzas que para sorber por una pajita. La sonda le habría dado un respiro, pero entendía por qué se negaba. Había sido una semana muy dura, y la llamada por Skype de Inés, el único respiro. Inés.

Liten jente. La echaba tanto de menos que dolía. Y era más que sexo, era bien consciente. La decisión de considerar un largo plazo con ella era como un bálsamo en el que se sumía cuando, agotado, se metía en la cama a dormir. Todo había quedado en suspenso con su viaje, pero a la vuelta les esperaban muchos retos por enfrentar. Esbozó una sonrisa. Lo estaba deseando.

—Hijo.

La voz cascada y débil, pero que aún conservaba cierta autoridad, lo arrancó de cuajo de sus pensamientos.

—Dime, papá.

—Quiero que tú y Kurt me llevéis en barco mañana. —Erik puso mala cara ante la petición. ¿Estaba loco? Su rostro demudó en incredulidad al seguir escuchando a su padre—. Sé que soy un maldito saco de huesos y piel, pero podré caminar por el embarcadero hasta el Drakkar.

—Pero ¿todavía flota ese vejestorio? —preguntó, sorprendido de que el velero de seis metros de eslora que su padre había construido con sus propias manos, y con la ayuda de sus hijos, siguiera vivo.

—Navega bien, sí. No hace muchos meses que salía a pescar salmones con tu hermano. Quiero... quiero dar un último paseo.

—Papá, apenas te puedes mover de la cama al aseo. ¿Cómo quieres subirte al barco?

—¿Acaso un moribundo no puede tener una última voluntad? Vamos, Erik. Sabes que es cuestión de días que me vaya para el otro barrio. Siento el aliento de la muerte en mi cogote. Llévame a navegar.

Tragó saliva y asintió. Se preguntó qué diría su madre, pero prefirió no mencionarlo en voz alta. Esperó a que su padre se durmiera, cogió el móvil y llamó a su hermano Kurt.

Hacía un día espectacular para navegar. Una brisa leve pero constante, ni una nube en el cielo, y el mar como un plato. Kurt empujaba la silla de ruedas por el embarcadero con cuidado,

mientras él iba y venía cargando con algo de comer, de beber, insumos y medicinas para preparar un pequeño hospital de campaña, y la poltrona favorita de su padre. Su madre revoloteaba de aquí para allá, cubriendo su cabeza con una gorra para que no le diera el sol, arrojándolo con mantas y acomodando los almohadones.

En cuanto levaron anclas, soltaron amarras y salieron del pequeño puerto, su padre se deshizo de la gorra, tiró al suelo las mantas y pidió un cigarro de marihuana.

—Mujeres —masculló, aspirando el humo dulzón.

Erik intercambió una mirada de admiración con su hermano. El viejo era increíble. Habían acomodado su butacón frente al mástil y estaba sentado allí como si fuera el emperador del mundo, pese a su evidente fragilidad. Juntos recogieron y doblaron los cabos, desplegaron las velas y salieron hacia mar abierto. Intercambiaron pocas frases. Kurt era poco hablador, pero a Erik lo fascinaba que siempre una sonrisa cálida pendiera de sus labios. Tenía los ojos verdes de su madre, una mirada dulce, enmarcada por mil pequeñas arrugas por el trabajo a la intemperie y las salidas a pescar.

El sentimiento ominoso que teñía su alma se transformó en serenidad y evocó los acordes de *Spiegel im spiegel*, de Arvo Pärt. Habían enterrado el hacha de guerra. Se sentía en paz.

La brisa y el aire libre parecieron vigorizar a su padre. Pasaron una tarde tranquila y serena, y sin saber cómo, se encontraron con que habían vaciado botella y media de *Akvavit* y acabado con el pan de centeno con arenques y los bollos de canela que su madre les había mandado para comer.

Hasta pudo dirigir el barco durante un rato manteniéndose en pie entre sus hijos, que lo sujetaron frente al timón. Había valido la pena.

Cuando volvieron, su padre se apagó de nuevo. Erik lo bajó del barco y lo llevó hasta el coche en brazos y envuelto entre mantas. Su madre lo miró, preocupada con toda razón, pero Magnus les echó un capote a sus hijos.

—No digas nada, Jana. No digas nada.

Al final de la tarde, mientras dormía en brazos de su mujer, Magnus falleció con una sonrisa en los labios.

Había pedido que lo cremaran sin esperar, y cumplieron su deseo. Sin duelo. Sin ceremonias. No quería iglesias ni sepelios, todos conocían la urticaria de Magnus ante todo aquello que oliera a eclesiástico, y Jana y sus hijos, por supuesto respetaron sus últimas palabras. Pero al ser un personaje tan querido en la ciudad, todo el movimiento se trasladó a su domicilio.

El domingo, al día siguiente de su muerte, en la casa no cabía ni un alfiler. Conocidos, amigos y familiares desfilaron a lo largo del día para transmitir sus condolencias. Erik había olvidado que, pese al mal carácter y al humor ácido que su padre exhibía siempre, había sido muy querido por la comunidad. Todos habían visto cómo Magnus Thoresen había levantado una modesta empresa de la nada, sacado a su familia adelante con gran esfuerzo, y cómo había prosperado cuando el petróleo trajo la riqueza a Noruega. Y siempre había sido generoso con sus vecinos.

Las fuentes con comida y dulces, las botellas de alcohol y las fotos con su padre en distintas escenas llenaban las mesas del salón y la cocina. Entre todos se preocuparon de que nunca hubiera un plato o una copa vacía, y compartieron anécdotas entre llanto y sonrisas de lo que había sido su vida. Erik recibía condolencias de desconocidos, que lo abrazaban y estrechaban su mano. Escuchó al menos dos docenas de veces que era la viva estampa de su padre, y bebió todo el *Akvavit* que no había bebido en año y medio fuera de Noruega.

Cuando Peta llegó, acompañada de su padre, para darles el pésame, no se lo pensó.

—Sácame de aquí. Por favor. O caigo en un coma etílico, o acabaré por echar a todo el mundo a patadas —rogó, sujetándose la cabeza con las manos.

Su amiga sonrió y lo abrazó con fuerza. Erik se alegró de poder devolver con sinceridad el gesto. Toda aquella gente le importaba una mierda, el alcohol no hacía más que aumentar el

vacío que sentía en su pecho, y necesitaba a Inés más que nunca. Quería llamarla, pero ni siquiera sabía dónde estaba su móvil en aquel maremágnun de comida, bebida y gente.

—Espera un momento, no tardaremos mucho. Déjame saludar al resto y llevarle esto a tu madre —dijo Peta, y alzó la fuente cubierta con papel de aluminio que traía entre las manos—. Después, si te ves capaz, nos llevas en coche a casa. Hace frío para ser agosto y mi padre no está para muchos trotes.

—De acuerdo. Me tomaré un café para despejarme.

La perspectiva de salir de allí mejoró su humor y lo centró un poco. Se refugió en la cocina para tomar una taza de café bien cargado y dulce, sin poder evitar recordar a Inés. Una de las pocas cosas que tenían en común, su pasión por el café. Recordó con una sonrisa tenue el primer polvo que echaron en su casa, en la minúscula cocina, mientras la cafetera destilaba el brebaje recién hecho. Una punzada intensa atravesó su pecho y el vacío se amplió.

Alcanzó a beber otra taza más y estaba algo más despejado cuando Peta entró en la cocina, acompañada de su padre. El viejo Henrik lo llamó por el nombre de su padre, obviamente confundido, hasta que su hija lo sacó de su error con suavidad.

—Es Erik, papá. El hijo pequeño de Magnus.

—¡Ah, sí! El pequeño Magge. Ahora eres un hombre. ¿Ya eres médico?

Erik se echó a reír al ver a Peta poner los ojos en blanco. Los condujo hasta el viejo Saab negro de su madre y ayudó a su amiga a sentar a su padre en el asiento del copiloto con dificultad. Era un hombre grande y orondo, y ella era su viva imagen.

Peta le indicó que la esperara en el coche y entre ella y una señora, seguramente su cuidadora, metieron a su padre en la casa. Volvió cuando ya comenzaba a impacientarse. Necesitaba comer algo, y necesitaba dormir. Llevaba una semana sin pegar ojo.

—Listo. Tan a gusto con su gato, las noticias en la televisión y una mantita. Llévame al estudio.

—Necesito comer algo, me muero de hambre —dijo Erik, y miró a su amiga con sorna—. ¿Tienes algo más que pan con queso recalentado al microondas? Eso fue lo que me ofreciste la última vez que estuve allí.

Peta soltó una carcajada con esa voz grave y gutural que tanto la caracterizaba.

—Vamos al Risø. No quiero que te quejes más de mi hospitalidad.

Después de dar un par de vueltas para aparcar, entraron en la bulliciosa cafetería en Strandgata. El olor a café negro y frituras hizo que su estómago rugiera con fuerza. Poco después, él y Peta devoraban codo con codo sendas sartenes con doble ración de huevos con salmón y bacon. Era fácil volver a las viejas costumbres. Recordaron anécdotas de cuando eran niños, y la cerveza dio paso de nuevo al *Akvavit*. La borrachera adormecida de Erik volvió a desperezarse poco a poco a medida que se vaciaban los vasos con el aguardiente.

La nostalgia dio paso a la melancolía, y de ahí, a la depresión frontal. Se desconectó de lo que Peta le estaba diciendo y paseó la mirada por el local. Algún día traería a Inés. La decoración le encantaría, y estaba seguro de que la variedad de pasteles también.

—Erik. ¡Erik, vuelve! —llamó Peta, entre risas.

—Echo de menos a Inés —barbotó, en una confesión espontánea.

—Háblame de ella. ¿Cómo es?

—Ya la has visto en las fotos. Es pequeña, menuda. Morena. Tiene los ojos más extraños que he visto en mi vida. A veces de un gris claro que parece plata, otras veces oscuros, opacos y casi negros. Es bailarina, ¿sabes? —Ahora que había abierto la compuerta, no podía parar de contarle cosas absurdas a Peta—. A veces, rodeo su cintura entre mis manos y pienso que, si no tengo cuidado, podría partirla en dos. Pero es fuerte. Fuerte y con carácter. Y es desesperante. Y el sexo... ¡Oh, el sexo! —Cerró los ojos, saboreando la sucesión de recuerdos que evocó su mente—. Nunca había sentido nada igual con una mujer.

—Guau, Erik —susurró su amiga, impresionada.

—Quiero que me tatúes su nombre —dijo Erik, muy serio—. Aquí, justo aquí. —Se señaló el pecho, sobre el pectoral izquierdo. Peta se echó a reír, divertida.

—Erik, estás borracho y hace un mes me dijiste que era demasiado pronto.

—No he estado más seguro de algo en toda mi vida. — Levantó el brazo y llamó al camarero para pedir la cuenta, diciéndole que incluyera la botella de *Akvavit*, vacía hasta la mitad —. Vamos ahora.

El estudio de tatuajes de Peta no quedaba muy lejos de allí. Hacía mucho frío fuera, no llegaba a los diez grados, y era agradable meterse en el acogedor despacho.

—¿Estás seguro de esto, Erik? —volvió a preguntar su amiga.

—Prepara la máquina y las tintas. En negro, las letras de siempre. De unos cuatro o cinco centímetros.

Para corroborar su decisión, se quitó el jersey y la camiseta de algodón por encima de la cabeza.

—Tú mandas —respondió Peta, entre gestos de negación con la cabeza—. Túmbate en la camilla, no tardaré mucho.

No se molestó en pedirle un vaso. Llevó la botella de aguardiente a sus labios y pegó un trago.

—*Skål*, Magnus! Espero que ya estés en Valhalla — murmuró. Estaba más borracho de lo que pensaba, pero quería sentir el dolor en la piel. Materializar de algún modo ese vacío por su padre. El vacío por Inés.

—Tiéndete en la camilla —ordenó de nuevo Peta. Aplicó la plantilla recién impresa y la retiró con cuidado. El sonido de la máquina al trazar las primeras líneas fue arrullador, y el dolor lancinante de la aguja sobre su piel lo confortó. Se dejó caer en el estado hipnótico que siempre le sobrevenía cuando se tatuaba.

De pronto, fue consciente del peso de Peta sobre su torso. La blandura de sus enormes pechos sobre el costado. Notaba su mano enguantada en látex secar la sangre y la tinta cada pocos segundos con una gasa de algodón estéril. Era zurda, y para poder tatuarlo, necesitaba apoyarse en él. Era suave y cálida. Sus múltiples tatuajes de colores hacían destacar la blancura nívea de su piel. Llevó la mano a la coleta, larga y rubia, y le soltó el pelo, que cayó en una cortina lisa y brillante sobre su abdomen, y entretejió los dedos, preguntándose por qué se veían tan extraños y

desconocidos entre las hebras doradas, casi blancas. Dormitó en un extraño estado de sopor.

—He terminado.

Erik se incorporó y miró el nombre de Inés sobre su pecho, justo sobre el pezón perforado. Ahora estaba bajo su piel. De manera literal. Peta le sujetó la mano.

—No te lo toques.

Erik asintió y se quedaron inmóviles frente al espejo. Ella besó su hombro y sonrió.

—¿Te quedas a pasar la noche?

El sentido de la responsabilidad

Inés escuchaba el sonsonete monocorde del residente mientras relataba las incidencias de los niños durante el fin de semana. Era su última semana en la UCI. Iba a echar de menos la complicidad con las enfermeras, que eran formidables, las discusiones por los casos más complicados y los momentos de acción. Ahora le tocaba un mes entero en cardio de adultos. ¡Adultos! Hacía más de cinco años que no se enfrentaba a un paciente de más de dieciocho años y no le apetecía en lo más mínimo.

—¿Y esa cara? —preguntó Dan en un susurro divertido.

—Ay, Dan. La semana que viene empiezo la rotación con adultos —respondió en voz baja, frunciendo la nariz en puro disgusto.

Su amigo cogió la campana del minúsculo fonendoscopio pediátrico que llevaba en el cuello, de color fucsia, y examinó con ojo crítico su uniforme estampado con pitufos.

—No te preocupes. Encajarás a la perfección.

—Imbécil —gruñó Inés, arrebatándole su instrumento de trabajo más importante después de su cerebro.

Pero Dan tenía razón, buscaría el Littman de adultos que debía tener por ahí en casa para poder auscultarlos. Rescataría su preciada libreta de Medicina Interna, que seguro la sacaba de algún apuro. Y adiós a los colores alegres. Tendría que volver a las insulsas batas blancas.

Marcos y ella se tomaron un café tras asumir la guardia. El resto del equipo se había marchado, y no quedaba trabajo pendiente. Estaban en esa espera armada, tranquila pero alerta, típica de las guardias de UCI.

—Inés, sé que aún falta toda esta semana para que termine tu rotación, pero ahora estamos tranquilos y me gustaría hablar contigo sobre tu evaluación.

Se tensó sobre la silla, sorprendida. Siempre se le olvidaba que Marcos, durante la rotación, era su tutor. Ella lo veía de igual a igual, no como un superior. De hecho, en algunos campos sabía que lo superaba. En cardio, por ejemplo.

—Claro. Dispara.

—Eres trabajadora. Es fácil estar de guardia contigo, las enfermeras te adoran. Te preocupas por estudiar lo que no sabes y no pretendes adquirir conocimientos por osmosis. —Inés se echó a reír ante la expresión—. Pero también tengo que decirte que eres demasiado peleona, que tiendes a excederte en tus competencias, y el episodio de Cristián nos dejó en evidencia a todo el equipo.

—Lo sé. Lo siento —dijo Inés, con una punzada de tristeza. Recordar a Cristián todavía le generaba dolor—. Todos os implicasteis muchísimo con él y su madre, y sé que os llevasteis también una reprimenda desde gerencia por aceptar el traslado. Entiendo que influya en mi evaluación.

—No, Inés. No va a influir en tu evaluación. Tampoco el hecho de que me hayas dado calabazas —repuso él con una sonrisa divertida—. Pero te voy a dar un consejo: ten cuidado. En este hospital la pirámide jerárquica está muy bien establecida y esas cosas molestan. La gerencia te tiene en la mira. Y a Thoresen también.

Inés trabajó durante toda la guardia con las palabras de Marcos dando vueltas en su cabeza. Erik ya le había advertido de que todo el asunto tendría consecuencias, y ella era consciente de ser el peón más prescindible en caso de que fuera necesaria una cabeza de turco. Tendría que andarse con pies de plomo.

Antes de irse tras acabar la guardia, revisó el email de Erik que recogía la información sobre la Fundación del Corazón Pediátrico, FUNCORP. El nuevo nombre era más corto y sonoro, elegido tras un pequeño conciliábulo entre ellos y Marita.

Mientras se imprimían los folios, dio varias veces a refrescar la bandeja de entrada, pero no había ningún correo nuevo de él. Vaya. Llevaba sin saber nada de él desde la tórrida sesión de cibersexo del viernes y ya estaban a martes. Durante la semana anterior habían hablado o al menos intercambiado *whatsapps* todos los días. Entendía que la paciencia era obligada en estos casos, estaba pendiente de cosas más importantes, pero aun así se sentía triste. Tomarse un café con Nacha en el banco, seguro que mejoraba su humor.

Hacía un frío de mil demonios y el *smog* hacía el aire irrespirable, pero fue caminando hasta la sucursal del Banco de Chile de Isidora Goyenechea. Le echó un vistazo al número 2000 cuando pasó por delante y se acordó de que aún tenía las llaves del BMW en su casa. Tras aparcarlo en el enorme garaje después de llevar a Erik al aeropuerto, no tuvo el ánimo de enfrentarse a la soledad del apartamento. No después de aquel fin de semana inolvidable en la casa de Farellones.

«Quiero estar contigo».

Joder. Estaba volviéndose loca.

Armada con toda la documentación, se sentó en los sillones en la zona de espera de los despachos hasta que Nacha despidió a su último cliente y la hizo pasar con una sonrisa

—Déjame revisar eso, lo ventilamos en un ratito y vamos a tomar un café. Me da a mí que hoy va a ser un día duro. —Inés la miró con extrañeza, tenía la sensación de que su amiga ocultaba algo—. ¿Vas a ir a danza esta tarde?

—Sí, claro. Tengo muchas ganas, la verdad.

—Uhhmm, bueno. Vamos a ello. ¿Rellenaste los impresos que te di?

Inés sacó ordenadamente todos los papeles, las fotocopias compulsadas, y todo el papeleo recopilado durante la semana anterior. Nacha revisaba todo con diligencia e iba tachando ítems de una larga lista.

—Inés, ¿quiénes van a ser los titulares de la cuenta? ¿Erik y tú?

La miró, sorprendida. Eso era muchísima responsabilidad, y todo lo que fuera un billete mayor a cinco mil pesos le daba pánico;

tendría que hablarlo con él.

—No lo sé, Nacha. No me siento cómoda manejando yo esto. —¿Quién la mandaba meterse en esos berenjenales?

—Es importante que haya dos personas autorizadas, por si a Erik le pasa algo. Además, no tiene la nacionalidad. Eso seguro que dará problemas a la hora de gestionar los fondos. —El tono profesional y serio de Nacha no hacía más que empeorar las cosas. En esos momentos, en que hablaba de cosas de las que no tenía ni la más absoluta idea, se sentía completamente estúpida—. Te van a tocar a ti muchas tareas ingratas.

—Qué bien —masculló con disgusto. Puso mala cara, pero asintió—. Déjame que lo hable primero con él. ¿De acuerdo? Le mandaré un correo ahora mismo.

Se alegraba de tener una excusa para contactarlo, no sabía nada de él desde el viernes. En la bandeja de entrada había un correo de Maia y contuvo la respiración durante unos segundos

Ignoró el comentario de Nacha de que se había puesto blanca de repente. Maia le contaba que su padre había fallecido el sábado por la noche. El sábado. Y estaban a martes. Erik tenía que resolver algunos asuntos familiares, pero no tardaría en volver. Que tuviera paciencia con él y que no se rindiera. ¿A qué se refería? No era la primera vez que Maia le decía algo así y no pudo evitar una preocupación insidiosa.

—El padre de Erik falleció el sábado —informó, escueta.

—Lo siento mucho, Inés. Por favor, dale el pésame de mi parte.

—Claro. ¿Necesitas algo más?

—¿No vienes a tomar un café conmigo?

—No, Nacha. Es mejor que conteste a esto con calma. Lo de la autorización de la cuenta ya se lo preguntaré otro día.

—Inés, ¿estás bien?

—Sí. Sí. Nos vemos esta tarde en danza.

Intercambiaron un beso rápido e Inés salió del despacho con una sensación de pena mezclada con cabreo. ¿Por qué mierda tenía que enterarse por Maia que su padre había fallecido? ¿Por qué demonios llevaba incomunicado desde el viernes? Podía

suponer que no estaba para muchos trotes, pero si estaban juntos, Erik tenía que cambiar. Contar con ella. Involucrarse.

Paró un taxi para volver a casa. El cansancio no ayudaba a su estado de desazón. Contaba con solo un par de horas para descansar, comer algo y llegar al Sótero, pero primero se sentó frente al ordenador.

«Siento muchísimo la muerte de tu padre. De verdad. Me gustaría estar contigo ahora para abrazarte y confortarte. Dale, por favor, mis condolencias a toda tu familia. En especial a tu madre.

Sé que estarás con lío, pero si tienes un ratito, llámame. Necesito saber que estás bien, ¿vale?

Te quiero. Y te echo de menos.

Inés».

Tecléo un mensaje parecido también para Maia. Enviados. Repiqueteó los dedos sobre el portátil cerrado, mirando a la pared. Algo le pasaba a Erik. Algo con ella.

—¿Dónde estabas, Erik? ¡Nos tenías preocupados!

—Estaba en casa de Peta, Maia. Necesitaba salir de aquí.

Erik dejó las llaves del Saab de su madre en el mueble del recibidor. Le dio a su hermana un beso en el pelo, y se dirigió a la cocina. Necesitaba un café. Tenía una resaca brutal, y la conversación con Peta tras levantarse en su cama le había dejado un regusto agrio que no tenía nada que ver con el alcohol.

—He encontrado tu móvil haciendo limpieza, pero tienes que cargarlo. Está sin batería.

—Mierda —masculló, cogiendo el iPhone de la mano de su hermana—. Tengo que llamar a Inés. Mierda. ¡Joder! —Se sentó en una silla y abrió y cerró las manos en un puño. Después, escondió la cara entre las manos.

—Erik, ¿se puede saber qué te pasa? —Maia lo miraba de hito en hito, sin entender su desesperación. Hablar con Peta no

había servido de mucho. Quizá hablarlo con su hermana podía darle una pista de cómo manejar la situación.

—He pasado la noche con Peta.

—¿Y? Lo hacéis continuamente. ¿Cuál es el problema?

Maia tampoco lo entendería. Ella tenía una relación abierta con Corbyn. De vez en cuando, pocas veces desde que habían tenido a los niños, pasaban la noche con algún amigo o amiga, y compartían algo más que cena o copas.

—He follado con Peta, Maia. Y tengo un trato de exclusividad con Inés.

El rostro de su hermana demudó en la viva imagen del desconcierto. Abrió la boca. Luego la cerró. Se puso roja como un tomate y se sentó frente a él con cara de no entender absolutamente nada.

—¿Exclusividad? ¿Tú? ¿Desde cuándo pactas eso con tus parejas, Erik? —Maia barbotó las preguntas con incredulidad—. Ni si quiera cuando estabas a punto de casarte con Nora era algo que te planteases en tus relaciones. ¿Por qué demonios aceptas algo que sabes que NO vas a cumplir?

—No lo he aceptado. Yo fui quien se lo propuso a Inés.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué? —Elevó los brazos en un gesto de pura frustración—. Porque era la única manera de retenerla a mi lado. Porque era la única manera de zanjar sus dudas. Porque, junto a ella, es fácil mantener la exclusividad.

—¿Se lo vas a contar?

Erik miró a su hermana de hito en hito.

—Claro que se lo voy a contar. Jamás le he mentado a Inés. Nunca. Y no pienso empezar a hacerlo a hora.

—¿Quieres un consejo de hermana? —Maia apretó sus dedos en un gesto cariñoso por encima de la mesa y clavó los ojos en él—. No se lo digas. Ni una sola palabra.

Erik arrancó la mano de la de su hermana y se puso de pie, soltando una palabrota.

—Erik. ¡En serio! No se lo digas. Inés no tiene los mismos parámetros que tú para juzgar una cosa de estas y la vas a hacer sufrir. —Su hermana se levantó también y lo obligó a mirarla a los

ojos—. ¿Te follaste a Peta porque estabas triste por la muerte de papá, porque estabas cachondo o porque estabas borracho? Bien. Asume las consecuencias. Pero asúmelas tú solo. No hagas sufrir a Inés.

—No es lo que opina Peta.

—¿Qué opina ella?

Maia soltó un suspiro resignado y sirvió otro par de cafés. Tendió su taza a Erik, que sopesó si contestarle a su hermana.

—Se enfadó mucho conmigo al contarle lo de la exclusividad con Inés. Me dijo que era un cerdo y que debí decírselo antes de meterme en su cama. Me dio su móvil para que llamase o escribiera a Inés en ese preciso momento. —Se detuvo al recordar la tensa discusión con su amiga—. Pero no es algo que quiera hacer por teléfono. Quiero ser sincero y decírselo cara a cara. No hay otra manera. Y que entienda lo que ha pasado sin darle tiempo a llenarse de dudas, reticencias y volver atrás en nuestra relación. —Maia lo observaba en silencio, con la duda escrita en su rostro—. Estamos construyendo algo bueno. No quiero sentar las bases sobre una mentira sobre algo que, para mí, no significa nada más que un alivio, un consuelo. No me arrepiento por haberme acostado con Peta, me arrepiento de no haber cumplido el trato. Y eso es muy diferente.

—No sé si Inés va a entender esa diferencia, Erik. No se lo digas.

No contestó. Avistó un cargador y enchufó su teléfono.

—Voy a cerrar el billete de vuelta. Esta misma tarde si es posible. ¿Me llevas al aeropuerto?

—¿No te vas a quedar a acompañar a mamá?

—No me vengas con manipulaciones psicológicas, Maia. Tengo un trabajo y una vida en Chile. Tengo que volver. Y mamá lo entenderá.

Inés llegó puntual a la consulta del Sótero. Marita la esperaba con un café, un bizcocho y tres enormes carpetas. Cuando se calmó un poco la algarabía de los pasillos al acabar con los niños de la tarde,

se sentaron a revisar los casos seleccionados para que Erik los valorase.

—Este chico es otro que se sale de las listas Auge por edad, un caso parecido al de Cristián, aunque no tan avanzado. —Inés sintió como el nudo que tenía en su garganta desde que llegó al Sótero se apretaba con fuerza—. Este otro es una niñita de un año con un ventrículo único. Es un caso complejo y sé que Erik, es especialista en esa patología. Y el último caso es un niño que me envió Gael, una tetralogía de Fallot. Son emigrantes y no tienen cobertura sanitaria.

—Me parecen casos perfectos, lo hablaré con él. Aún no ha vuelto de Noruega, pero si puedo llevarme las historias, en cuanto vuelva se las enseño.

—Llévate las carpetas, son fotocopias. ¿Cómo está su padre?

—Falleció el sábado.

—Lo siento mucho, Inés. Por favor, dale el pésame de mi parte.

—Claro, Marita. —Si es que en algún momento se ponía en contacto con ella. Su *email* seguía sin contestación y tenía la sensación de catástrofe inminente—. Me voy ya o llegaré tarde a danza. ¡Nos vemos la semana que viene!

Subió las escaleras del Teatro Municipal a toda prisa, saboreando la expectación de volver a bailar. Por supuesto, llegaba tardísimo. Había sido una tonta por no acudir la semana anterior, le habría venido de lujo para despejar la cabeza. Pero, a veces, simplemente no le daba el cuerpo para más.

Se cambió a toda prisa y se detuvo un segundo a comprobar la lista, pero no encontró su nombre por ninguna parte. Qué raro.

Intentó abrir la puerta, aunque sabía que estaría cerrada, y luego golpeó con suavidad. No obtuvo respuesta, así que lo intentó con más energía. La puerta se abrió unos centímetros y se encontró con la cara arrugada y seca de Cecilia.

—La clase empezó hace rato. No está permitido entrar.

Y le cerró la puerta en las narices.

Inés se sentó en el vestuario a esperar que la clase terminara. ¿Qué más podía hacer? Cecilia siempre era muy

temperamental y llevada a sus ideas, así que tendría que arrastrarse y pedir perdón. No era la primera vez que hablaba con ella para rogarle que la incluyera en el nivel intermedio, luego en el superior. Tocaba esperar.

Se entretuvo curioseando en Facebook, y borrando *emails* antiguos, cuando la puerta se abrió y sus compañeras salieron entre risas, saludándola. Nacha le susurró un «¡Suerte!» cuando pasó a su lado.

Entró en la espaciosa sala; Cecilia limpiaba la barra con un paño y un espray multiusos, e Inés se acercó a ella, componiendo una expresión arrepentida.

—Hola, Cecilia. Disculpa que haya llegado tarde. No he encontrado mi nombre en la lista, y quería preguntarte...

—Inés, estás expulsada. Este mes no se te cargará el importe de las clases.

Así. Sin anestesia.

Inés tardó un par de segundos en cerrar la boca.

—Pero ¡Cecilia!, he faltado porque tenía guardia y hoy he llegado tarde porque vengo del Sótero —protestó, en un intento de ablandarla.

—Lo entiendo. Ser médico es tener un trabajo exigente, muy demandante y de mucha responsabilidad. —Ella asintió, enfática, y Cecilia clavó sus ojillos negros en ella—. Igual que la danza.

Vaya. Eso había sido un golpe bajo.

—Lo sé, ¡Lo sé! Y prometo enmendarme. Por favor, ¡acéptame de nuevo en el nivel básico! Llegaré siempre a tiempo y recuperaré las clases a las que falte. —Inés se detuvo, frenando la verborrea suplicante, que sabía que no tendría efecto en la profesora—. En serio, Cecilia. ¡No puedo vivir sin bailar!

—Inés, llevas todo el año faltando sin justificación y te he dado mil oportunidades. Esto no es el Bolshoi, pero intento llevar una disciplina. Mi decisión es inamovible.

—¿No hay nada que pueda hacer? ¡Llevo más de diez años contigo!

Cecilia ni la miró, solo hizo un ademán para que se marchara.

Volvió al vestidor con una sensación extraña. ¿De verdad se había acabado? No. No podía ser. El jueves la abordaría de nuevo y seguro que la readmitía, solo se hacía un poco la dura. Bueno, el jueves no. Tenía que ocuparse de su hermano, y la cena familiar. Pues a la semana siguiente. Así le daba tiempo para que olvidara un poco el cabreo.

Nacha la esperaba sentada en uno de los bancos y se abrazaba las rodillas con expresión culpable. Todas las demás se habían marchado.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —La señaló con un índice acusador.

—Sí. Lo siento. Soy una cobarde de mierda —respondió su amiga—. Me lo dijo el sábado pasado, pero después de la mañana tan buena que pasamos en la Japy Jane, no iba a llamarte para eso. Y esta mañana parecías un poco depre. No quería empeorar las cosas.

—Joder, Nacha. Yo no puedo vivir sin bailar. Y ahora, ¿qué hago?

—Hay otras academias, Inés. O puedes apuntarte a danza contemporánea, cuando fuiste te gustó mucho.

—Vaya mierda de semana llevo. Y estamos a martes —se lamentó ella.

—Vamos a tomarnos un vinito y seguro que se nos pasa.

Quiero, pero no puedo

Otro día más en la UCI. Era rutinario, aunque nunca siguiera el mismo patrón. Estaban a miércoles, de manera que tenían quirófanos de Cardiocirugía y eso significaba trabajo duro. Marcos y ella recibían a los niños, conectaban tubos de respiración asistida, bombas de infusión, revisaban las suturas y estabilizaban las constantes vitales.

Entre una cirugía y otra, cuando las cosas dieron un respiro, Inés avisó que tenía que ir a hablar con el jefe. Marcos la despidió con un ademán mientras se comía un bocadillo y escribía evolutivos en el ordenador.

En la Unidad reinaban el barullo y la actividad habitual. Cuando preguntó por Guarida, Luisa le dijo que no estaba, pero que lo esperase en el despacho porque no tardaría en llegar.

Cuando entró, se quedó de piedra.

Erik estaba allí.

El corazón le dio un vuelco y se llevó una mano a los labios. Verlo de manera tan inesperada fue brutal. Las ojeras marcadas, el pelo desaliñado y la barba de tres días no hacían más que potenciar su atractivo. Y la mirada de sus ojos azules, que mezclaba sorpresa, ternura, anhelo y, sí, quería leer en ellos también amor, simplemente la deritió.

Se quedaron inmóviles, acariciándose con los ojos, solo un instante. Después, él abrió los brazos y pronunció una sola palabra.

—Inés.

No hizo falta más. Se arrojó hacia él y hundió la cara en su pecho, inspirando el aroma cálido y masculino. Se dejó estrechar con fuerza, con excesiva fuerza, mientras notaba las manos enredarse en su melena y los labios besar su rostro una y mil veces. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Ay, Erik —gimió, con la voz quebrada por la emoción.

Alzó la mirada y ofreció sus labios entreabiertos. Cuando Erik la besó, todas las preocupaciones se desvanecieron. Por un

momento, se olvidó del mundo y se entregó al tacto de su boca lánguida y a la vez exigente, las caricias sutiles de su lengua, y sus brazos envolviéndola en un abrazo fiero.

Su cuerpo reaccionó despertando el deseo, y notó lo mismo en él. Pero Erik se tensó, y con suavidad, se apartó unos centímetros.

—Guarida está a punto de llegar —murmuró, tras tragar saliva con dificultad.

—Lo sé, pero no he podido aguantarme —dijo Inés, riendo—. Te he echado demasiado de menos.

—Y yo a ti, *kjaereste*.

—Siento muchísimo lo de tu padre. Lo siento. —Volvió a apretarse contra su pecho—. Maia me escribió para contármelo.

—Lo sé. Y sé que debí llamarte y contártelo, pero...

—Da igual, Erik. No pasa nada. Lo importante es que estés aquí. Tenemos muchas cosas de que hablar.

—Sí. Mucho de qué hablar. ¿Puedes venir conmigo a casa, ahora? Tiene que ser ahora.

Inés lo miró con extrañeza. Estaba ansioso, inquieto, preocupado, pero no de la manera que ella esperaba.

—Supongo que si le pido el favor a Marcos no habrá problema.

—No. No quiero que le debas favores a Marcos. De todas maneras, he venido directamente del aeropuerto y aún tengo que hablar con Guarida. —Se frotó el pelo con una mano y luego la abrió y la cerró, nervioso. Inés reprimió una sonrisa. El vikingo estaba en casa—. Te espero allí. Cuando acabes de trabajar, ven.

Inés asintió y volvieron a abrazarse. En ese momento, la puerta se abrió y ambos se separaron, con caras de circunstancias, cuando vieron entrar a Guarida.

—¡Hola, Erik! Espero que no hayas tenido que esperar demasiado. He venido en cuanto me dijeron que estabas aquí. —Se detuvo a mirar a Inés y compuso una sonrisa culpable—. Dra. Morán, ¿podemos hablar en otro momento?

—No hay problema. Solo he venido a buscar los formularios para la nueva rotación y entregarle la evaluación de UCI,

—Sí. Tengo aquí toda la información. —Guarida buscó algo encima de su mesa, y le tendió una carpetilla de plástico—. ¿La evaluación de la UCI?

—Aquí está —dijo Inés, entregándole los folios.

—Perfecto. ¿Necesita algo más?

—Eso es todo, Dr. Guarida. Hasta más tarde, Dr. Thoresen.

Salió del despacho del jefe sosteniendo la carpeta contra su pecho, y reprimió el impulso absurdo de ponerse a cantar.

—Mis condolencias por la muerte de tu padre, Erik. ¿Cómo estás?

Erik esbozó una sonrisa resignada y se sentó en la butaca frente a su jefe. Se apoyó en el respaldo e intentó, sin demasiado éxito, sacar a Inés de su cabeza. Pero sentirla de nuevo entre sus brazos, aspirar su aroma, saborear sus besos... Negó con la cabeza y clavó la mirada en su jefe. Ahora tenían que hablar.

—Gracias, Hernán. Estoy bien. Era lo que tenía que pasar. El cáncer de páncreas es un gran hijo de puta, y lo único bueno es que estuvimos todos con él hasta el final. —Su jefe asintió y ojeó unos papeles. Quería ir al grano y él lo prefería también. Trabajo. Cirugías. UCI. Lo necesitaba—. ¿Cómo van las cosas aquí?

—Bien, Erik. Daniel ha sido un buen sustituto, has hecho un magnífico trabajo con él. Es confiable y concienzudo. Y muy trabajador.

—¿Tendrá un sitio en el San Lucas cuando termine la residencia?

—Vamos por partes, cada cosa a su tiempo —esquivó Guarida, rehuyendo su mirada—. Ya soy oficialmente el jefe de la Unidad Integrada del Corazón.

—Enhorabuena —dijo Erik, cortés. ¿Dónde quería llegar?

—Gracias. Las subjefaturas de la sección de adultos y de cardiopatías congénitas quedan vacantes ahora. Y voy a convocar un proceso selectivo.

Erik se reacomodó en la butaca. Apoyó el codo en la silla y cubrió su boca con la mano, observando a su jefe con interés. Prefirió no decir nada, pero su cerebro comenzó a maquinarse una estrategia, conocedor de cómo eran aquellos procesos. Por un momento, todo lo demás desapareció.

—La gerencia me ha dado plenas competencias en esto. Y no quiero señalar a dedo dos personas porque, aunque no fuese así, parecería que lo hago por preferencias o por amistad. —Erik asintió lentamente. Sabía lo que los cardiocirujanos opinaron cuando Guarida fue nombrado como sucesor de Hoyos «a dedo»—. Quiero un proceso justo, por méritos. Y tú los tienes de sobra para obtener una de esas dos plazas.

Erik recogió los folios que su jefe le tendía, y echó un vistazo. Títulos, calificaciones, rotaciones, publicaciones, comunicaciones en congresos, ponencias, horas en quirófano... lo de siempre. Era una pena no haberlo sabido, pudo haber traído todo de Noruega en este viaje, pero no habría problema. Era muy ordenado y Maia o su madre podrían enviarle lo que necesitara.

—¿Cuándo se cierra el plazo?

—En noviembre. En enero se anunciará el resultado de la selección.

—De acuerdo. Tengo que pedir algunas cosas a Noruega, pero estará todo a tiempo.

—Perfecto. Vete a descansar, estás hecho un asco. Mañana te quiero como nuevo a primera hora en el quirófano. Montaré un nuevo parte para avanzar con la lista de espera.

—Bien. Ahí estaré. —Se levantó y comenzó a organizar lo que tenía que hacer, con la mente puesta en esa jefatura. Cuando estaba en la puerta, su jefe lo llamó de nuevo.

—Un momento antes de irte, Erik. Hemos reforzado la plantilla con un nuevo cardiocirujano. En principio, solo estará para guardias. —Asintió, aliviado. Las dos semanas de ausencia habían forzado a Guarida a actuar—. Mañana conocerás al Dr. Portales, y nos reuniremos para modificar el calendario de guardias.

—Perfecto —respondió, haciendo cábalas sobre cuántas podría endilgarle al recién llegado. No pintaba nada mal. Hizo el amago de salir nuevamente.

—Una cosa más. Quiero una de esas jefaturas para ti. No hagas estupideces. —Su voz era letal—. Ni líos de faldas, ni jugadas heroicas con pacientes conflictivos. Me parece genial lo que estás organizando con la Dra. Morán, y, además, te dará puntos

positivos, pero no quiero que involucre a la Unidad en ello. ¿Entendido?

Erik encajó el golpe con elegancia. Era la manera más clara de decirle que, por mucho que contara con su apoyo moral, el San Lucas se desmarcaba de su proyecto.

—Entendido. Hasta mañana.

Era maravilloso volver a casa. Los días en Noruega habían sido muy intensos. No solo por su padre, estaba desacostumbrado a las dinámicas familiares: los niños correteando de un lado para otro, tener que avisar dónde iba y con quién, cumplir horarios de comidas y cenas, y contestar preguntas incómodas. Diez días. Suficiente para darse cuenta de lo mucho que apreciaba su vida en Chile, por más que echase de menos Noruega.

Abrió la nevera y sonrió. Tenía que darle las gracias a Berta por mantener su refrigerador siempre a punto. Se sirvió un vaso de agua y puso música. El piano de Elton John en *Benny and the jets* inundó el ambiente y cerró los ojos, saboreando la tranquilidad. Dejó la sencilla bolsa de viaje con lo poco que había traído y subió hasta su habitación. Todo estaba impecable.

Solo quedaba darse una ducha, descansar un poco y esperar a Inés. Tenía muy bien pensado cómo abordar el asunto. Le relataría con calma lo que había pasado aquel fin de semana cuando le preguntase por su padre, y llegarían al momento de manera natural. No iba a dar detalles, pero sería franco: se había acostado con Peta y no podía echarlo atrás. Tampoco se acordaba demasiado de lo que había pasado, y lo que Peta le había contado era mejor no sacarlo a colación por el momento.

Después, bueno. Dependía de cómo reaccionara ella, pero estaba preparado para el peor de los escenarios. Las palabras de Maia se repetían en bucle en su cerebro, y las de Peta, también. Inés tenía todo el derecho del mundo a mandarlo a la mierda. Le daría espacio y buscaría la manera de arreglar las cosas a cualquier precio. Al que fuera.

—¿Erik? ¿Estás en casa?

Se desperezó, y parpadeó varias veces, desorientado por un momento. Se había quedado dormido tras la ducha. Inés. Inés había llegado. Una mezcla de pánico y felicidad lo inundó. Se puso los pantalones grises de algodón y una camiseta manga larga, y bajó por la escalera de caracol. Se quedó petrificado a tres escalones de llegar.

—Svarte Helvete!

—Hola, Erik.

Inés estaba frente a él y había abierto su abrigo negro. El tema era que debajo del abrigo solo llevaba un conjunto de lencería de color morado que dejaba poco a la imaginación, con medias y liguero. Tacones de aguja, una enorme sonrisa y su pelo glorioso suelto en ondas sobre sus hombros.

—Joder, Inés.

Ella sonrió y dejó caer el abrigo en el suelo. Con una sonrisa, sin decir ni una sola palabra, agarró una de sus manos y lo condujo hasta el sofá. Lo obligó a sentarse. En ese momento sonaba *Blue Eyes* e Inés por fin dijo algo.

—Me encanta esta canción. Me recuerda a ti. «*Blue eyes laughing in the sun, laughing in the rain... Baby's got blue eyes... and I am home again*» —canturreó mientras se sentaba a horcajadas sobre sus muslos.

Erik cerró los ojos con fuerza, intentando ignorar la erección férrea sobre la que Inés comenzaba moverse, en círculos lentos y estudiados, mientras recorría sus labios con pequeños mordiscos y besos. Era demasiado. La asió por la cintura e inspiró el aroma de su perfume y de su piel cálida. Percibió la esencia de su sexo y creyó volverse loco. Por un momento, la idea de Maia de no decirle nada pareció maravillosa. Tenía razón. ¿Para qué hacerla sufrir? Llevó las manos a su espalda y recorrió la línea de su columna vertebral mientras se entregaba a su boca. La respiración agitada dio paso a los gemidos. Mordió su mentón, hundió la cara en el hueco entre su hombro y su cuello, y llevó una de sus manos hasta

allí, mientras con la otra la estrechaba contra su polla. Apretó la presa de su cuello y ella jadeó.

—Erik —llamó, con la voz atenazada por el deseo—. ¡Te he echado tanto de menos! Te quiero.

La frase lo trajo de vuelta a la realidad. No. Esto era real. No era una mujer de usar y tirar. No era una de sus muchas relaciones vacías. Era Inés y tenía que estar a la altura.

—Inés, un momento. Necesito que hablemos.

—Sí, tenemos muchas cosas de las que hablar, pero, primero, ¡fóllame! —susurró con lascivia.

La dureza de su lenguaje hizo que la sangre se concentrara en un solo punto de su cuerpo. Había colado las manos por debajo de su camiseta y le acariciaba los pezones perforados con firmeza. No dejaba de rodar la boca tibia por su rostro, por su cuello, por sus hombros. Hizo un esfuerzo por mantenerse cuerdo. Si seguía moviéndose así, terminaría por correrse y al menos podría hablar más despejado, pero se mantuvo firme.

—Inés, por favor. Dame segundo, es importante.

—¿Qué es más importante que esto? Erik, te necesito. Llevo diez días como loca echándote de menos. Puede esperar. Sea lo que sea, puede esperar.

Y se desbrochó el sujetador y le llevó las manos a la redondez de sus pechos.

Tenía que parar. Ya.

La sujetó de las muñecas con firmeza, buscó sus ojos y lo soltó a bocajarro.

—Me he acostado con Peta en Tromso. Creo que es mejor que lo sepas.

Inspiró y exhaló muy despacio. Estaba hecho. Su erección había desaparecido. Inés estaba pálida e inmóvil. Sus labios temblaban. Y sus ojos... mierda. Sus ojos estaban opacos, no transmitían ninguna emoción. No se atrevió ni a tocarla y dejó las manos en torno a sus muñecas, sin moverse tampoco.

Durante unos pocos segundos el tiempo se detuvo.

Inés bajó la vista, se mordió los labios. Parecía indecisa, pero al menos el color había vuelto a sus mejillas.

—Me da igual —susurró. De manera casi imperceptible.

—¿Cómo? —Había escuchado mal. No podía ser verdad.

—Me da igual. ¡Me da igual, joder! —Con un movimiento de cabeza, llevó la melena tras sus hombros, se deshizo de su agarre y atrapó su rostro entre las palmas de las manos—. Ahora mismo, lo que necesito es que me folles hasta hacerme gritar.

La erección de Erik volvió en gloria y majestad. Giró a Inés bruscamente y la placó en el sofá bajo su peso. Pese a lo que acababa de soltarle, sus besos seguían siendo auténticos, entregados. Sus piernas lo rodeaban con la misma fuerza y hundía sus uñas en la espalda con la misma saña. Sentía que se le iba la cabeza. Se quitó la camiseta y se abalanzó sobre la ofrenda de sus pechos. Los gemidos que arrancó de su garganta al lamer, besar y morder sus pezones también eran de verdad. Le quitó las bragas con una sonrisa torcida, al comprobar que las llevaba por encima del ligero. La sonrisa sensual con la que ella correspondió también era sincera. Era momento de hacerla recordar porqué valía la pena permanecer con él.

Ralentizó los movimientos, recorrió con la yema de su índice la línea desde el mentón hasta el ombligo y se detuvo en la línea del ligero. El encuadre de su sexo entre las tiras a los lados y el encaje en su cintura y en el borde de las medias era perfecto. Serpenteó los dedos hasta situarlos justo por encima de su clítoris y presionó. Inés dejó escapar un gemido. La besó con dedicación, con calma. Su boca era dulce, suave y complaciente. Podía fundirse en ella, y sus labios se lo demostraron. Eligió ese momento para deslizar un dedo entre los pliegues de su sexo, húmedos y cálidos. Su pene se agitó, enardecido, pero ignoró su necesidad. Quería complacerla a ella. Acarició un momento su entrada femenina y lo introdujo en su interior con suavidad.

—Ah, Erik —jadeó Inés, que contoneó las caderas en un movimiento involuntario. Introdujo otro más y comenzó a acariciarla. Puso especial esmero en aquel beso, no solo por compensarla por lo que había pasado. Él también la necesitaba.

Se quitó la camiseta y el tatuaje, aún cubierto con film de plástico. Inés lo miró con curiosidad. Mierda.

—¿Te has hecho otro tatuaje? ¿Puedo verlo?

No podía permitir que se distrajese con eso ahora y sujetó los dedos que buscaban levantar el apósito.

—Aún no está curado. Ya lo verás.

Imprimió mayor urgencia a sus besos y caricias y consiguió desviar su atención. Cuando notó que Inés le bajaba el pantalón y masajeara su trasero, terminó por desnudarse a patadas. Apoyó la erección justo en el centro más candente de su cuerpo y cerró los ojos, exhalando un suspiro de puro deleite, pero ella se tensó con violencia y lo apartó de los hombros.

—Ponte un condón.

Su tono de voz fue menos que amigable y las llamas que los envolvían se alejaron.

—Sí, sí. Claro. Dame un minuto. Tengo aquí, en la habitación de abajo.

Erik se incorporó, azorado y fue por un condón.

Inés se abrazó el torso. Estaba muy, muy excitada. Tanto, que le dolía el cuerpo. Pero no era tan estúpida como para que, después de lo que acababa de soltarle, follaran sin protección. Quería asimilar el tema y procesarlo, claro que sí. Le había sentado como un puñetazo brutal en el alma, pero lo abordaría después de saldar cuentas, después de un buen orgasmo. Relajada y con la mente tranquila. Rodeó el tema de una cápsula mental y la pateó bien al fondo de su cerebro.

Cuando Erik volvió, abrió las piernas con toda la flexibilidad de sus años de bailarina y una sonrisa traviesa, pero una molestia lejana pero bien presente, comenzó a latir en segundo plano. Recibió a Erik entre sus brazos con avidez, se entregó a su boca adictiva y cuando la penetró, con firmeza y a la vez suavidad, dejó escapar un ronroneo de satisfacción.

Cerró los ojos y se abandonó al movimiento cadencioso entre sus muslos, pero la maldita cápsula se abrió, y el «Tema Peta» se situó en el centro de sus pensamientos. ¿Sería así como se había follado a su amiga? Mierda. ¿Esos jadeos y gruñidos, también los emitiría al tener sexo con ella? Y el nuevo tatuaje, ¿se lo habría hecho ella? Odió imaginar las manos de otra mujer recorriendo su cuerpo.

Su mente se desconectó del momento y el orgasmo se alejó. Intentó encauzar, a golpe de pura voluntad, el torrente de deseo que hacía aguas en su cuerpo, pero se sentía cada vez más fría. Erik seguía entregado, perdido en su propio placer, con los ojos cerrados y la boca entreabierta emitiendo exhalaciones entrecortadas con cada embestida. Se sintió como una extraña que observaba la escena desde lejos y emitió un gemido estudiado. ¿Así era como se fingían los orgasmos? Articuló otro. Y otro más. Parecía muy real. Añadió otro más largo y desgarrado, cerrando los ojos con fuerza y acompañándolo de contracciones voluntarias de su sexo. Un «no orgasmo» magistral. Lo único que quería era que ese maldito momento pasara para poder irse a casa y pensar. Pero Erik se había detenido también. ¿Se había corrido él? No tenía ni idea. No estaba atenta y en realidad, le importaba un comino. Abrió un ojo, luego el otro.

—¿Qué ocurre? Yo ya he llegado. ¿Tú no?

La mirada de Erik era azul, glacial y llena de ira. Se incorporó sobre las rodillas y la arrastró de los antebrazos hasta que se situaron frente a frente. Inés lo miró, desconcertada.

—¿Por qué has fingido, Inés?

El tono de su voz fue letal. Y no era una pregunta, daba por sentado que lo había hecho. Sintió que enrojecía hasta que le ardieron las orejas. ¿No se suponía que los hombres no se daban cuenta de estas cosas?

—Yo... no... quiero decir, me lo he pasado muy bien —dijo, sin poder decir nada más inteligente que eso. Erik apretó los labios en una línea fina de desaprobación. Estaba cabreado. La cogió en volandas y caminó a grandes zancadas por el salón. Por un momento pensó que la iba a poner en el ascensor y a sacarla de su casa, cuando se metieron en la habitación de abajo.

—¡En la habitación picadero, no! —gritó Inés, ultrajada. Él no contesto.

La lanzó sobre la cama, gateó hasta situarse encima, entrelazó las manos con las suyas y placó sus antebrazos. Se acomodó entre sus piernas y tanteó su entrada con la punta de su erección, aún cubierta por el látex. Inés emitió una protesta inconexa y apartó la mirada.

—¡Mírame, Inés! —rugió él. Ella negó con la cabeza

—No, Erik. Es mejor que lo dejemos. Quiero, de verdad que quiero. ¡Pero no puedo! —La última frase fue más bien un sollozo de impotencia.

—Claro que puedes. Yo te voy a hacer poder.

Le dio la vuelta sin ningún miramiento, le arrancó el liguero, arrastrando en su camino las medias, y la visión de su ano y su sexo hizo que la mezcla de excitación y cabreo llegara a su punto álgido. De todos los escenarios posibles, ese era el único que no se había planteado. No lo hubiera imaginado jamás. Inés. Fingiendo. Con él. Su ego rugió, herido.

—Te debo un orgasmo. Y lo tendrás.

Abrió sus muslos con una de sus rodillas con violencia, haciendo caso omiso a sus protestas. Si hubiera tenido cómo, la habría inmovilizado, pero lo cierto era que la urgencia era demasiado grande para detenerse. Se tendió sobre su cuerpo y la agarró del mentón. Sus ojos grises lo contemplaron, sorprendidos y acusadores, pero cuando bajo la mano hasta el cuello y apretó, escondió una sonrisa de suficiencia. Inés soltó un gemido, y esta vez, sí era placer de verdad. Notó el momento exacto en que derribó sus defensas y se entregó por fin.

Llevó la otra mano hasta sus pechos y pellizcó sus pezones, siguió hasta situarla entre sus piernas. La masturbó *in crescendo*, mientras su erección tanteaba entre sus glúteos notando cómo su piel se erizaba y brotaba a sudar. Basculó la pelvis y, de un solo movimiento, se enterró en ella hasta los testículos. Mantuvo los círculos furiosos de su mano sobre el clítoris, y la abrazadera de la otra sobre su cuello. El grito agónico de Inés, llamándolo por su nombre, casi lo hizo perder el control. Se retiró de nuevo, hasta casi salir de ella, y volvió a embestir con violencia.

—¡Erik! —llamó Inés, en un sollozo—. ¡Fóllame!

Su sexo le abrazaba la erección con fuerza, y comenzó a bombear con un ritmo rápido, coordinado con los movimientos de la mano sobre el núcleo de su placer.

Los gemidos de Inés subieron de intensidad. Una de sus manos se aferró a su antebrazo, y la otra retorció la sábana con los nudillos blancos por la tensión. Erik cerró los ojos, apretó los

dientes. Tenía que aguantar un poco más, pese a que notaba cómo el último hilo de voluntad se deshacía con el calor de cada penetración. Buscó el clítoris hinchado y duro, lo sostuvo entre su pulgar y su índice, y apretó.

—¡Mierda, joder! —gritó ella.

La abrazó mientras sus cuerpos convulsionaban en un clímax violento y húmedo. Las contracciones rítmicas de su interior extrajeron hasta el último soplo de su voluntad y su energía. Se desplomó sobre ella con un gruñido desesperado, dejando escapar el aire entre los dientes, y apoyó la frente en su nuca traspirada.

Inés permaneció inmóvil bajo el peso de su cuerpo, luchando por recuperar el resuello. Había sido brutal. Pero no había sido como él esperaba. Y estaba seguro de que para ella tampoco.

No dijeron nada.

Inés se quedó dormida y él veló su sueño hasta notar que el sopor lo invadía también.

Una ráfaga desagradable de aire frío lo arrancó de su sueño. Tanteó la cama a su lado, aún estaba caliente, y se incorporó para encender la luz. ¿Por qué estaba en la habitación de abajo? Los recuerdos de la noche anterior volvieron a raudales a su cerebro. Inés se ponía la ropa interior de manera apresurada.

—Son las cuatro de la mañana, Inés. ¿Dónde pretendes ir a estas horas?

Ella lanzó una mirada rápida, ansiosa, y continuó con los tacones. Ordenó su melena con movimientos nerviosos, bruscos, y luego se sentó junto a él en la cama.

—Tengo que irme a casa —dijo con voz trémula.

—Quédate a dormir. Nos levantamos juntos y te llevo antes de marcharme al hospital. —Su voz sonó como un ruego. Cubrió sus dedos con la mano y apretó—. Vamos, Inés.

—No, Erik. Prefiero irme ahora, o llegaré tarde. Tengo que ducharme, y vestirme. Es mejor.

Apretó los labios y asintió, saliendo de la cama para acompañarla hacia la puerta con una desagradable sensación de impotencia y frustración

—Siento tener que irme así —dijo ella a modo de disculpa—. No ha sido muy inteligente venir medio desnuda. —Erik se encogió

ante el tono irónico de su voz. Inés recuperó su abrigo del suelo y se lo puso, cerrándolo hasta el cuello.

—No tienes que irte —insistió, estirando las manos hacia ella.

—Nos vemos mañana en el hospital. O, bueno, después del hospital. No sé. Nos vemos.

Se despidieron con un beso forzado en los labios y las puertas se cerraron.

Inés se apoyó en el espejo del ascensor.

—Mierda.

Erik se quedó desnudo frente a las puertas cerradas de acero.

—Fy faen.

Vaya cagada.

Un punto de vista masculino

Pese a todo, la ilusión por ver de nuevo a su hermano Miguel permanecía intacta. Conducir hasta el aeropuerto terminó por relajarla, aunque había pasado una noche de perros. Esta vez no se escabulló. Era solo que, en su arranque de *femme fatale*, pecó de poco práctica: ir a casa de Erik vestida solo con unos tacones, lencería y un abrigo no había sido muy inteligente. Tuvo que volver a casa porque su hermano llegaba a las ocho de la mañana y quería recibirlo a tiempo y de manera decente.

Y por otro lado...

Quería estar cabreada. Tendría que estar cabreada como una mona. Pero por alguna extraña razón, se sentía más bien fría. El maldito cabrón se acostaba con otra, y se lo decía así, sin ocultarlo ni por un minuto, en cuanto tuvo la oportunidad. Nada de mentiras, nada de esconder a la amante en el armario, nada de subterfugios ni de explicaciones. La verdad. Pura, dura, de frente. ¿Era por eso? ¿Porque no mostraba ni un ápice de culpa? ¿Porque había sido descarnadamente sincero? El caso era que ni siquiera lo sentía como una infidelidad.

Cuando en alguna ocasión habló del tema con sus amigas, siempre había defendido la postura de que jamás aguantaría una cosa así; si había cuernos, puerta, y adiós muy buenas. Y resultaba que, después de que Erik la hubiera frenado en su arrebatado de pasión y soltado la bomba nuclear, era ella la que le pedía, rogaba, más bien, que la follara hasta hacerla gritar.

Soltó una risita al recordar cómo la había cazado en la mentirijilla sobre el orgasmo fingido. En realidad, su reacción había sido desproporcionada. ¿Por qué se cabreaba tanto? Las mujeres fingían orgasmos muchas veces, o al menos eso decían sus amigas. Para una vez que ella lo hacía, Erik la pillaba *in fraganti*. Y se lo había hecho pagar. Y de qué manera.

Inés apretó los muslos y humedeció sus labios. Ese era el Erik de siempre. El de los polvazos. El que la levantaba en brazos

sin esfuerzo y la empujaba contra la pared. ¿Dónde quedaba el Erik tierno y sereno de antes de marcharse a Noruega? No lo sabía con seguridad. ¿Y eso era tan malo? Recordó la conversación con Nacha sobre lo que quería y cómo averiguarlo. Su conversación con Erik sobre cuán lejos se podía llegar en la experimentación de la propia sexualidad. Y su intuición le decía que los tiros iban por ahí. Tenía curiosidad. Quería probar cosas. Quizá, al final, todo esto fuera para bien.

El vuelo acababa de aterrizar, así que todavía tenía un ratito hasta que Miguel saliera, entre recoger las maletas, pasar el control de pasaportes y la aduana eterna con el control del S.A.G. Se sentó en la pequeña cafetería frente a las puertas y pidió un capuchino, recordando la emotiva despedida, entre lágrimas, cuando Erik se marchó a Noruega. Si lo hubiera acompañado, ¿las cosas serían diferentes?

Las puertas se abrieron y comenzó a salir gente. Saltó de la silla, estimulada por la idea de avistar a su hermano entre la marea de personas que pasaban las maletas por los escáneres de Aduanas. Le pareció ver su pelo negro y rizado, y agitó la mano en un gesto de saludo involuntario. Empezó a dar saltitos de impaciencia.

—¡Inesitaaaaa! —gritó su hermano al verla tras la barrera de acero. Soltó el carro con las maletas y la recibió entre sus brazos, levantándola del suelo como si fuera una niña pequeña.

—¡Miguel! —Lo abrazó como si no hubiera un mañana. De pronto se acordó de que ella era la pequeña, la benjamina. Rememoró las anécdotas de su hermano defendiéndola en el patio del colegio, de las amenazas a sus amigos sobre lo que les pasaría si le ponían un dedo encima, y del devaneo amoroso que tuvo con Nacha. Un nudo de congoja se instaló en su garganta—. ¡Cómo me alegro de que estés aquí!

Parlotearon y rieron todo el viaje de vuelta. Miguel le contaba sus aventuras en China, sus múltiples viajes, lo bien que le iba con la exportadora y cómo pensaba en montar un negocio propio.

—¿Y? ¿Nadie ocupa tu corazoncito? Veo muchas chicas en tus fotos del Facebook, pero siempre es una distinta.

—Ay, Inés. ¡Tan rosa, ella! Tengo treinta y dos años, ¡déjame pasarlo bien! —respondió su hermano, riendo—. Y tú, ¿qué tal con el vikingo?

Inés exhaló un suspiro y condujo mirando hacia adelante. Prefirió ir por la vía directa.

—¿Qué te ha contado Loreto?

—Que es Belcebú recién salido del infierno. ¡Bah! —dijo quitándole importancia—. Ya sabes cómo es Loreto, tan pacata, tan mojigata. Dice que es un alérgico al compromiso y que tú estás encoñada.

—No estoy encoñada —dijo con resentimiento. ¿Por qué Loreto era tan prejuiciosa?—. Estoy enamorada, Miguel. Hasta las trancas.

—¿Y él?

—¡Ah! Esa es la pregunta del millón de dólares. O de coronas, mejor dicho. —Se echó a reír ante la cara asombrada de su hermano—. Erik es vikingo de verdad. Es noruego. Y dentro de su modo tan escandinavo de ver las cosas, resulta que no cree en el amor romántico. Él cree en la voluntad consciente de estar con otra persona. Y dice que quiere estar conmigo. ¿Cómo lo ves?

—Es una definición preciosa del amor, Inés —respondió él, ahora más serio—. Me parece mucho más sensato, más auténtico que toda esa mierda Disney.

—Vaya. Resulta que estás de su parte —gruñó. Su hermano se echó a reír.

—No. Estoy de tu parte. Pero no creo que sea Belcebú, solo que ve las cosas de manera distinta.

Un silencio reflexivo se apoderó del coche mientras recorrían Américo Vespucio, en pleno atasco. Ya que estaban en la hora de las confidencias, y viendo que entendía la postura de Erik tan bien, quizá Miguel podía arrojar un poco de luz sobre el «Tema Peta» y darle un punto de vista masculino.

—Miguel, ¿puedo preguntarte algo? Pero tienes que prometerme que no nos juzgarás, que no te enfadarás, y que no saldrás detrás de Erik con una escopeta, ¿vale?

—Me estás asustando, Inés. Dispara.

—Erik se ha acostado con otra, y...

—¿¿¿Cómo??!! ¡Voy a matar a ese tipo!! —exclamó su hermano, volviéndose hacia ella con incredulidad. Inés soltó una carcajada y con eso consiguió calmarlo un poco.

—¡Espera a que te cuente toda la historia! —dijo riendo. Le hizo un resumen ilustrativo, saltándose las partes más explícitas, claro, hasta llegar a cómo se sentía ella tras la declaración.

—Chuta, Inés. Es fuerte, la cosa.

—Ya. Pero es así. Estoy cabreada, un poco al menos, pero siempre pensé que si me hacían una cosa así armaría una tragedia griega que acabaría con venganza, sangre y muchos muertos —explicó, de la manera más gráfica que pudo—. Pero con Erik las cosas a veces son tan civilizadas, que me cuesta tomarme esto demasiado a pecho. Se ha acostado con su amiga. Me lo ha dicho. Follamos. Punto.

—Eh. Demasiada información —se quejó Miguel—. Pero lo entiendo. Inés, una infidelidad es algo malo, sucio, porque se hace a escondidas de la pareja. Es un engaño. En el momento en que sale a la luz, se ventila y es conocido por ambos, no queda mucho más que tratar de arreglar las cosas y seguir adelante, o romper la relación. ¿Qué otra cosa puedes hacer?

No contestó. «Seguir adelante». Sonaba bien. Prefería no pensar demasiado en la otra opción.

Erik cerró la puerta de su despacho con la satisfacción del trabajo bien hecho. Había estado con los brazos metidos hasta los codos en sangre durante todo el día, operando pacientes adultos de la lista de espera. Dan se había encargado de los niños con cardiopatías congénitas de manera magistral. Al verse, se abrazaron con cariño. Notaba a su pupilo diferente. Crecido. Sonreía con más soltura, pisaba con más fuerza y tomaba las decisiones con más seguridad. Y llevaba operando solo más de un mes. Había tomado la decisión correcta al cortar el cordón umbilical.

Se dirigió hacia el despacho de Guarida, esperaba quitarse de encima al menos cuatro o cinco guardias de llamada. Esperaba que el nuevo llegase con ganas de trabajar.

—Doctor Thoresen, este es el doctor Franco Portales. —Un hombre alto, y muy corpulento, estrechó su mano con fuerza.

—Encantado. Eres más que bienvenido —dijo Erik con una sonrisa de reafirmación—. Estamos en cuadro con los turnos de llamada, y vendrán muy bien un par de manos más.

—Así me dijo el doctor Guarida, hay que darle duro, no más —respondió el recién llegado. Tenía un acento muy cerrado y marcado, y Erik se preguntó de dónde sería—. Empiezo cuando ustedes me digan.

Guarida les mostró el calendario que había modificado teniendo en cuenta su incorporación, y Erik asintió, conforme. De quince guardias al mes, pasaba a ocho. Algo asumible junto a las de la UCI.

—Te toca quedarte el busca de llamada a ti, Erik —dijo el jefe con tono de disculpa—. Como has estado diez días fuera, tengo que dejar al resto respirar.

Asintió, con los labios apretados y sin querer demostrar el fastidio que aquello le generaba.

—Yo lo agarro —dijo Portales—. No me importa. Así empiezo al tiro.

—¿De verdad no te importa? Me viene bien que lo cojas tú.

—Obvio. Ni un atado.

Erik lo miró, sin entender del todo, y Guarida salió en su auxilio, riendo.

—El Dr. Thoresen es noruego y le cuesta todavía la jerga chilena —explicó, y luego se dirigió a él—. Franco quiere decir que no hay problema.

Se despidieron con cordialidad y Erik se alejó hacia el aparcamiento. Tras abandonar el despacho se sentía raro. Desplazado. No estaba acostumbrado a delegar y se preguntó si no estaría cediendo demasiado en su espacio profesional.

Por otro lado, fue un palo encontrarse con que Inés no estaba en el hospital. No lo encajó bien, pudo haber dicho algo. Desechó el pensamiento, intentado ser razonable: ni siquiera habían

tenido tiempo de sentarse un rato a charlar, y no estaba en condiciones de ponerse demasiado exigente. Tampoco la llamó. Supuso que necesitaba espacio. Después de todo, se había marchado en mitad de la noche sin decirle nada. Retrocedían a varios meses atrás.

Dio un par de vueltas por las calles aledañas a Jorge Matte antes de aparcar. El conserje lo saludó en señal de reconocimiento y lo saludó con un gesto, pero no se detuvo. A medida que se acercaba a su puerta, la necesidad de hablar con ella, de saber lo que pensaba, crecía cada vez más. Cuando llegó a su puerta, escuchó risas. Mejor dicho, la risa cristalina de Inés entretejida con las carcajadas estentóreas de un hombre. Se quedó ahí, escuchando tras la puerta, con extrañeza. ¿Quién era? Tragó saliva y llamó a la puerta con unos golpes sonoros. Las risas cesaron. Solo hubo un intercambio de palabras rápido, que no entendió, y la puerta se abrió descubriendo a un hombre alto, moreno, y muy atractivo.

—Hola. Soy Erik. Necesito... ¿Está Inés? —Había sonado tenso y brusco, pero no pudo evitarlo. Para su sorpresa, el hombre dibujó una amplia sonrisa y sus ojos oscuros refulgieron. Lo supo un segundo antes de que él lo dijera.

—Así que tú eres el famoso vikingo. Pasa. Inés está terminando de arreglarse. Soy su hermano Miguel.

Estrechó la mano que le tendió con firmeza, y entró en el pequeño apartamento. Rechazó cortésmente la cerveza que Miguel le ofreció, e intercambiaron unas preguntas vagas sobre viajes en avión, el comercio en China y el petróleo de Noruega. Era un hombre interesante. Culto. Y se parecía mucho a Victoria, su madre. Y, por lo tanto, a Inés.

—Hola, Erik.

Salió de su habitación poniéndose un pendiente grande de aro en una de sus orejas. Estaba muy guapa. Se levantó y caminó hacia ella. Se sintió torpe, pero hizo de tripas corazón y, sosteniéndola de la cintura, depositó un beso suave en sus labios.

—Hola. Salí del hospital y vine a verte. Lo siento, debí llamarte antes. —Sí, debió avisarla, pero no quería enfrentarse a

una negativa, o, peor aún, a quedar condenado al limbo de las llamadas perdidas. Se arriesgó, y el tiro le salió por la culata.

—No te preocupes, no pasa nada. Pero la verdad es que no vienes en buen momento —dijo ella, señalando a su hermano. Miguel sonrió—. Tenemos una cena familiar en casa de Loreto, y vamos saliendo. De hecho, llegamos tarde.

—Vaya. Entonces me voy —respondió, dirigiéndose hacia la puerta.

—Espera un segundo, bajamos contigo.

Inés cogió su abrigo, el mismo que la envolvía como si fuera un regalo para él la noche anterior. Tragó saliva al verla pintarse los labios frente al espejo de la entrada. Miguel se había puesto una cazadora y esperaba con cara de circunstancias. Vaya cagada.

Los tres estaban ya en el rellano del ascensor, cuando Inés pareció recordar algo.

—Id bajando vosotros, me he olvidado una cosa —dijo, corriendo de vuelta hacia su apartamento.

Erik no fue capaz de reaccionar, y vio sin ver cómo se cerraban las puertas de acero.

—Inés es una loca, ten cuidado —dijo Miguel riendo—. Si te atrapa en sus locuras, no podrás escapar.

Erik se sintió confortado por el comentario liviano. Soltó una risotada resignada y negó con la cabeza.

—Creo que tu advertencia llega muy tarde para mí, pero te doy las gracias por el aviso.

Una vez en la calle, volvieron al tema manido del frío, el repunte de la neumonía asiática o la crisis en que estaba sumida Europa. Inés llegó, corriendo de nuevo sobre los tacones, a los pocos minutos.

—Ya estoy. Perdonad por la espera. Erik, aquí tienes las llaves del coche, perdona que no te las devolviera ayer. Ehm... se me olvidó.

Erik recibió el llavero con el logo blanco y azul del BMW y la llave. No era importante, tenía otras de repuesto, pero el gesto lo preocupó aún más. Intercambiaron un beso rápido en los labios, ni siquiera se abrazaron. Estrechó la mano de nuevo a Miguel, que se despidió con amabilidad. Se subieron al coche y se fueron. Eso fue

todo. Y él se quedó plantado en medio de la acera como un pasmarote.

Vaya cagada.

¿Qué consecuencias iba a acarrear el haber sido sincero?

Llegaron más de media hora tarde a casa de Loreto, pero el retraso fue lo de menos; entre los abrazos, los besos, las exclamaciones por lo guapo que estaba, lo mucho que habían crecido los niños, o el muchísimo tiempo que había pasado, todo se diluyó en puro amor familiar. A ver cuánto duraba.

Loreto los hizo pasar al salón, donde su madre había preparado un aperitivo. Sus montaditos, empanaditas y enrollados eran cien por cien marca Vivanco. Brindaron con una copa de *chardonnay*.

—Bueno, Miguelito. ¿Cómo te va en China? ¿Mucho arroz?
—preguntó su padre, tras lo que soltó una carcajada ahogada.

Inés miró al techo en busca de paciencia. Ese humor, por llamarlo de algún modo, tan Morán, que compartían su padre, Loreto y su hermano era inaguantable. En eso, ella era Vivanco como su madre. No encontraba gracia en ni en la mitad de las bromas, y la otra mitad le parecían pesadas o de mal gusto. Menos mal que Miguel parecía estar de buen humor.

—Bien, bien. Arroz, no sé, pero se está vendiendo muy bien la uva, la palta y los frutales. No me puedo quejar. ¿Y tú? ¿Cuántas vacas se murieron de fiebre aftosa este año?

Comenzaba el baile de pullas. Se encogió un poco, no fuera que alguno de los cuchillos la alcanzara de lleno a ella. Padre e hijo siguieron con su particular duelo mientras ella conversaba con su madre. Loreto seguía las dos bandas, hasta que Miguel la hizo blanco de su lengua mordaz. Era un juego, pero solo en parte. E Inés lo odiaba con todas sus fuerzas.

—¿Cómo va el trabajo, Loreto? ¿Ya eres la dueña del bufete? ¿Qué tal la conciliación con la vida familiar?

—No, aún no. Pero todo llegará, hermanito —dijo Loreto, alzando su copa con una sonrisa de suficiencia—. Me voy

apañando. Y tú, ¿has salido del armario o has conocido a alguna mujer por fin?

Miguel soltó una carcajada divertida, e Inés no pudo evitar que se le escapara una sonrisa. Esa había sido muy buena.

—Me dedico a vivir la vida, Loreto, ¿para qué quiero una pareja, con la de problemas que dan?

—Hablando de parejas problemáticas —enlazó Loreto, clavando sus ojos en ella. Inés visualizó un tren de mercancías a toda velocidad dirigiéndose hacia ella. Mierda—. ¿Qué tal con Erik?

Qué zorra. La mejor defensa era siempre un buen ataque y soltó toda la artillería.

—Bien, bien. Pobre, llegó de Noruega ayer. Su padre falleció el sábado, pero no podía quedarse mucho más tiempo, tenía un montón de trabajo pendiente en el hospital.

—Oh, vaya —se lamentó su madre, que abrió la boca por primera vez desde que se sentaron—. Dale nuestras condolencias.

—Gracias, mamita, se las daré —dijo ella, apretando la mano delicada de su madre. Pero no. Loreto no podía quedarse callada.

—Sí, trásmitele también mi pésame, pero no te preguntaba por él, específicamente. Te preguntaba por vosotros dos.

—Estamos bien. Estamos juntos, ahora. —No pudo evitar decirlo con la boca algo pequeña y evitando mirar a su hermano.

—¿Juntos? ¿Cómo juntos? ¿Como pareja? ¿Pololos? ¿Novios? —La metralleta de Loreto disparaba a matar, pero encontró un aliado inesperado en su hermano Miguel.

—Oye, dejen a Inés tranquila. El vikingo es genial, lo acabo de conocer. Y, además, está loco por Inés.

Su madre alzó la mirada, interesada, y Miguel les relató, estirando al máximo y añadiendo algunas cosillas de su cosecha, el breve encuentro con Erik. Eso desvió el foco de atención de Inés, que le lanzó un beso furtivo por el aire cuando él le guiñó el ojo con complicidad.

El resto de la cena discurrió con relativa tranquilidad y prolongaron la velada hasta más allá de las doce, pero Inés tenía que trabajar y Miguel, una reunión a las ocho de la mañana en la oficina central de la importadora, así que se despidieron prometiendo verse al día siguiente.

Los nuevos términos

Erik llegó poco después de las dos de la tarde, habían quedado para comer. El mensaje de texto era escueto, pero le había hecho mucha ilusión. No podía ser más tonta, Inés era bien consciente, pero las palabras de su hermano parecían las más sensatas y ella no se sentía enfadada ni le guardaba rencor. «Tratar de arreglar las cosas y seguir adelante». Era un buen plan. Lo recibió con una sonrisa y un beso en los labios.

El problema era que Erik no parecía opinar lo mismo. En cuanto se sentaron en la mesa más apartada del restaurante, fuera de miradas indiscretas, y el camarero se marchó con el pedido, él atrapó su mano y la apretó.

—Inés, me estoy volviendo loco. ¿Estamos bien?

Ella se echó a reír ante la pregunta. ¡Era tan típica de él!

—Estamos bien. De verdad, Erik. —Se echó a reír ante su expresión ceñuda y preocupada—. Cuéntame mejor lo que querías ayer cuando viniste a casa.

Él volvió a apretarle la mano.

—Lo mismo que ahora. Hablar. Hablar de lo que pasó. Necesito explicarte algunas cosas. Y yo quiero saber por qué coño fingiste un orgasmo.

—¡Sssshhhh! —siseó Inés, escandalizada. No había nadie cerca, pero el tono de voz de Erik, mezclado con su acento, no era precisamente discreto—. No hay nada que explicar. Me quedé un poco fría ante tu... tu declaración, pero me pilló con efecto retardado. Por eso insistí en que siguiéramos con la noche. Lo del orgasmo fue una manera infantil de intentar precipitar las cosas. Lo siento. No pensé que te fueras a dar cuenta.

Erik se echó a reír, irritado.

—Inés. Conozco tu cuerpo y tu placer como la palma de mi mano. ¿De verdad pensabas que me ibas a colar algo así?

—No lo hice de manera consciente. Nunca me había pasado —confesó ella, sorprendida—. ¡No entiendo por qué le das tanta

importancia!

—Es importante, Inés. Nunca permitas que nadie, ni yo, ni nadie —recalcó con seriedad—, te robe jamás la capacidad de sentir ni de decir lo que quieres y necesitas en el sexo. Aunque eso que necesites sea parar y dejarlo, como pasó el otro día.

Inés frunció la boca en una mueca de disgusto. Le daba rabia que Erik la conociera mejor de lo que ella misma estaba dispuesta a reconocer.

—Contigo nunca he sentido esa necesidad, de verdad. No sé, me pareció la manera más fácil de salir del paso sin hacerte daño.

—Me haces daño si me mientes —rebatía él.

—A veces se hace más daño si dices la verdad.

Se quedaron en silencio mientras el camarero servía los platos.

—Entonces —retomó Erik. Era terco y obstinado. ¿Por qué no podía dejarlo correr?—. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Quieres que te deje espacio?

El solo hecho de pensar en que se alejara de ella otra vez hizo que sus entrañas se retorcieran. Negó con la cabeza.

—No, no quiero que te alejes. Supongo que la cláusula de exclusividad queda rescindida. No quiero que te sientas obligado a nada. —Sonó mucho más valiente de lo que se sentía. Bien—. Además, yo quiero seguir experimentando. Y quizá eso sea práctico. Por si me apetece involucrar a más personas. —Inés notaba cómo se iba poniendo roja como un tomate a medida que hablaba. Se felicitaba por verbalizar con tanta congruencia lo que venía dando vueltas en su cabeza desde que Erik le había contado lo de Peta. Nada de exclusividad. Pero para ambas partes.

—Inés, sabes que no era necesario tener una excusa para que tú me plantearas esto, ¿verdad? —Erik la taladraba con esos ojos azules y terribles—. Dime que no estás utilizando lo que pasó para justificar tu decisión.

—No, no es eso. Puede que le haya dado un empujoncito —reconoció con sinceridad—, pero es algo que vengo pensando desde el fin de semana que pasamos juntos en Farellones.

—«¿Cuánto más hay? ¿Hasta dónde puedo llegar?».

—Exacto. Tengo curiosidad, muchas ganas de averiguarlo.

Erik sonrió, aliviado. Ya estaba. «La cláusula de exclusividad queda rescindida». No había sido para tanto. Ahora solo esperaba que las cosas se quedaran así.

En la puerta de la UCI, Erik la sujetó de las manos durante un segundo. Todavía le costaba trabajo mostrar afecto en el hospital.

—Ven conmigo a casa, yo terminaré sobre las cinco, ¿y tú? Te espero.

Inés negó con la cabeza, le apetecía mucho, pero no podía.

—Vamos a tomar algo todos en casa de Loreto. Estamos aprovechando cada minuto para estar juntos. —Se mordió el labio, pensativa—. ¿Quieres venir?

Erik no se tomó su ofrecimiento a la ligera. Pese a todo, le estaba brindando la posibilidad de compartir más con su familia, pero prefería asentar un poco más las cosas y no precipitarse.

—No, Inés. Pero iré a recogerte —dijo, al ver la desilusión en su rostro—. Dame la dirección de Loreto e iré a buscarte, ¿sobre las siete?

—Mejor sobre las ocho. —La luz de su sonrisa fue el mejor pago por aquel mínimo detalle. A veces tenía la sensación de que Inés nunca esperaba nada de él—. Además, me viene genial porque Miguel se va a llevar mi coche.

Se despidieron con un beso breve en los labios. Erik notó que una losa de cemento desaparecía de sus hombros mientras caminaba por el pasillo de vuelta a la consulta.

Llegó a casa y se puso la ropa del gimnasio. Había cogido peso en Noruega. Entre las frituras, el aguardiente y no hacer ejercicio, una sospechosa capa de grasa hacía perder definición a sus abdominales. El tiempo de mierda y el *smog* santiaguino hacían que no fuese demasiado agradable correr, así que programó media hora de cinta. Mientras comenzaba a coger ritmo, escuchaba Rammstein en los auriculares y le daba vueltas a la sentencia de Inés. Qué elegante.

«La cláusula de exclusividad queda rescindida».

Él se lo había buscado.

No le importaba demasiado que Inés se acostara con otros. Lo que no podía enfrentar era la mera idea de que no estuviera con él. Y quería seguir experimentando. Esbozó una sonrisa al considerar las posibilidades de aquello. En eso sí la podía ayudar. Y mucho. Comenzó a darle vueltas a algunas ideas mientras completaba los ejercicios de la tabla que llevaba dos semanas sin practicar. El tirón en sus pectorales le avisó de que tenía que ir con más calma, pero lo ignoró. Después, sus bíceps se quejaron al trabajar con las pesas. Volvió a su apartamento, agotado y sudoroso, y se dio una ducha. Por una vez, escogió con calma lo que se iba a poner.

Después de darle vueltas a varias alternativas, eligió lo de siempre. Unos vaqueros azul oscuro, una camiseta blanca y un jersey ligero. Añadió el fular que le había regalado Inés y que adoraba, y se calzó sus Grenson de cordones. ¿Debería llevar algo? Decidió que no.

Le costó dar con la casa. La zona de La Dehesa no era desconocida para él, Dan vivía allí y también Álex y Philip, pero aquello era un maldito laberinto. Lanzó un silbido de admiración al ver la imponente construcción de corte moderno. Era tan apabullante como la misma Loreto. Timbró e Inés salió personalmente a recibirlo. Erik la abrazó y le dio un beso en los labios, y se dejó arrastrar por ella al interior.

—¡Vamos! Todos te están esperando.

Más presión. Perfecto.

Loreto lo saludó algo tiesa, y excusó la ausencia de su marido, que aún no había salido de trabajar. Los niños ya se habían acostado. Le hubiera gustado volverlos a ver.

Victoria y Gerardo lo saludaron con calidez. Por supuesto que se acordaban de él.

—Eres demasiado vikingo como para olvidarte —rio divertido el *pater familias*.

—Papá —dijo Inés con voz de advertencia.

—¡Pero es cierto! —protestó el hombretón. Erik aceptó su ofrecimiento de un *whisky*, que debió haber rechazado porque iba a

conducir, y se sentó junto a él en el sofá. Miró de reojo a Inés. Recordaba perfectamente que la otra vez, en su casa en Rancho, lo había cocinado a preguntas.

No fue Inés quien lo salvó del interrogatorio, fue su hermano Miguel. Con la excusa de que lo ayudara a cargar el coche con unas enormes cajas de plástico, lo sacó de allí.

—Son para transportar fruta —aclaró tras preguntarle para qué eran.

Cuando terminaron de colocarlas en el maletero, Erik hizo amago de volver a entrar en la casa, pero Miguel lo retuvo.

—Acompáñame a fumar un cigarro. Si enciendo esto a menos de un kilómetro de mis sobrinos, Loreto me sacará los ojos. ¿Fumas?

Erik negó con la cabeza.

—No. Pero bebo como un vikingo, si eso te vale.

Miguel se echó a reír. El parecido con Inés era casi doloroso de contemplar.

—¿Qué tal os va? ¿A ti y a Inés?

Erik lo observó con calma. ¿A qué venía esa pregunta? Entonces lo supo. Inés había hablado con su hermano. Tragó saliva y trató de responder con sinceridad.

—Quiero creer que bien. Las cosas con Inés no siempre son fáciles. Yo no soy fácil. Pero quiero que esto funcione y estoy trabajando en ello.

—No lo dudo. Erik. —Se detuvo y lo miró, amable pero serio—. Yo no soy como Loreto, pero sí quiero que mi hermana sea feliz. Si la haces sufrir, te cortaré los testículos y me haré con ellos un collar.

—Y yo que pensaba que Loreto era la peligrosa.

—Loreto es abogada. Ya sabes, mucho blabla. Yo soy comercial y aplicamos la economía de mercado.

—Rápido, eficaz y barato —ironizó Erik. Increíblemente, los dos se echaron a reír.

—Eres un tío legal y se nota que estás loco por ella, pero no la engañes. Inés se entrega siempre al cien por cien y te quiere.

—Miguel, no sé lo que te ha contado, pero te aseguro que no volverá a pasar y que lo hemos hablado. Está arreglado.

—No te engañes a ti mismo tampoco. Inés es muy pasiva-agresiva para algunas cosas. Te dirá que no tiene importancia, que está todo superado y cuando menos te lo esperes, ¡BUM! —Hizo un gesto exagerado que simulaba una explosión con las manos—. Lo usará en tu contra. Vamos dentro, nos están esperando.

Erik lo siguió tras unos segundos de reflexión sobre lo que acababa de escuchar. Miguel le había regalado una de las mejores perlas sobre Inés que hubiera podido soñar. Algo que intuía, pero que nunca había sabido definir: una tara de su carácter. Y una que se le daba muy mal manejar.

Inés observaba a Erik, divertida, mientras aceptaba con amabilidad las condolencias por la muerte de su padre, terminaba el *whisky* y bromeaba con Miguel. Cuando le pareció que ya lo habían torturado lo suficiente, lo cogió de la mano.

—Familia, nos vamos. Nos vemos mañana para almorzar.

—¿Vienes también, Erik? —preguntó Loreto. ¡Qué maldita fijación!—. Así conoces a Julio, que es el único de la familia que te falta.

—Si quiere y puede —contestó Inés por él.

—Gracias por la invitación, revisaré si no tengo guardia —respondió Erik, sin comprometerse. Inés dejó escapar una risita, Erik había peloteado todas las bolas con éxito y el clan Morán Vivanco no se lo había puesto nada fácil.

Tardaron un buen rato en poder marcharse, entre besos de despedida y retazos de conversaciones que nunca llegaban a cerrarse. Cuando Erik se sentó en el asiento del conductor, se apoyó en el reposacabezas, cerró los ojos, y exhaló lentamente el aire.

—¿Estresado? —preguntó Inés, maliciosa.

—No.

—¿En serio?

—En serio. Tienes una familia genial. Con excepción de Loreto, que aún no sé por dónde va, todos son francos y abiertos.

—¿Francos? Ay. ¿Qué te ha dicho Miguel? —Se temía lo peor, esperaba que no se hubiera puesto en plan hermano mayor protector.

—Me dijo que, si te hacía sufrir, me cortaría las pelotas —respondió Erik, riendo. Inés escondió la cabeza entre las manos. Iba a matarlo—. No te preocupes. Nada que no haría un hermano por su hermanita pequeña. Yo soy igual con Maia.

—¿Qué tal está?

—La verás en un par de meses. Viaja a Brasil y vendrá unos días.

—¡Genial! —respondió Inés. Le apetecía mucho volver a verla—. ¿Qué tal la vuelta al hospital?

—Mucho trabajo. Y algunas sorpresas. Se ha abierto un proceso selectivo para las jefaturas de subsección de cardiocirugía, adultos y congénitas. Y tenemos un cardiocirujano de refuerzo para las guardias.

—¡Oh, no lo sabía! Te presentarás a alguna, ¿no?

—A las dos. Una de esas jefaturas tiene que ser mía. —A Inés no se le escapó el matiz agresivo de su voz y la expresión de determinación en su rostro—. Guarida ha dicho que me quiere allí, y que tengo méritos más que suficientes.

—¡Guau! Está bien contar con el jefe y que te apoye.

—No te creas. Me ha dicho también que el San Lucas se desmarca del proyecto FUNCORP, no quieren saber nada.

—Vaya —murmuró ella. Menuda decepción—. Había contado con que la Unidad se volcara en esos niños, pero, claro, no es rentable.

—Podemos insistir —dijo Erik—. Hablar con la gerencia, presentarles nuestra idea y que vean que el respaldo económico ya lo tenemos.

Inés se encogió ante sus palabras. Con Erik hablando así, daba la sensación de que podían lograr cualquier cosa, pero no era así.

—Erik, me tienen en la mira en gerencia. Supongo que a ti también —confesó. Él se giró para mirarla, serio—. Marcos me advirtió que tenía era mejor mantener un perfil más bajo. Después de lo de Cristián, digamos que me están observando.

—Joder... quizá es mejor que te mantengas al margen del proyecto —dijo Erik, contrariado—. No quiero que esto afecte a tu residencia. Tu formación es lo primero.

Inés se echó a reír y cogió su mano con ternura. Podía ser un gruñón sobreexigente y demandante, pero siempre pensaba en ella.

—Ni sueñes que me voy a desmarcar de esto. Es algo bueno, Erik. De verdad. Además —dijo dándose aires de suficiencia—, me necesitas para los papeleos. Al menos hasta que adquieras la nacionalidad.

—¿Cómo?

—En casa te lo explico.

Llegaron a su apartamento e Inés se quitó los tacones, se soltó el pelo con un suspiro y dejó el bolso y el abrigo sobre la mesa. El montón de cartas que había ido acumulando a lo largo de la semana se vino abajo y se esparcieron por el suelo. Erik la ayudó a recogerlas y le dio en la mano el sobre plateado.

—¿Son de las fiestas de Álex y Philip?

—Sí. ¿Cómo lo sabes? —preguntó con extrañeza. De pronto se sintió un poco incómoda.

—Porque yo también recibo uno. Puntualmente, todas las semanas. ¿Has ido alguna vez?

—No.

—¿Sabes cuál es la naturaleza de esas fiestas?

—No mucho, sé que son liberales y que tienen una connotación sexual —respondió Inés con la boca pequeña.

—¿Te gustaría ir?

—La verdad es que tengo muchísima curiosidad —reconoció, y esbozó una sonrisa traviesa.

—Esta es mañana. A menos que sea algo distinto a lo que he recibido yo. ¿Puedo? —preguntó Erik, blandiendo el sobre. Inés asintió. Erik estaba tanteando el terreno de manera muy lenta y cuidadosa, y estaba segura de que tenía que ver con ella. Dudaba mucho que él le diera tantas vueltas para asistir o no a una fiesta así —. Sí, sábado a las diez de la noche. ¿Quieres ir?

Inés miró la invitación, tenía una ilustración de Pierrot y Colombina enmascarados, en una posición muy sensual. Se mordió el labio inferior, indecisa.

—Tiene muy buena pinta.

—¿Quieres ir, Inés? —repitió Erik, abrazándola. Ella simplemente asintió—. Perfecto. Llamaré a Philip para confirmar. Venga, vamos a la cama.

Ella saltó hacia adelante al recibir la palmada en el trasero, entusiasmada. Una fiesta «liberal», fuera lo que fuera aquello, tenía que ser genial.

Qué fácil era volver a las viejas costumbres. Erik se desnudó con naturalidad, dejando sus cosas en orden sobre la cómoda. Inés se detuvo un momento a observarlo. No lo hacía a propósito, su manera de moverse era seductora y masculina por naturaleza. La espalda tatuada ondulaba con el vaivén de sus brazos, y sus piernas largas y torneadas parecían fijarse al suelo como si nada ni nadie pudieran moverlo de allí. La visión de la curva de su trasero provocó la sinestesia en su boca de estar mordiendo algo delicioso, y cuando se dio la vuelta y la descubrió devorándolo con la mirada, su sonrisa arrogante hizo que sus bragas se humedecieran. Pero tenían algo pendiente.

—¿Puedo ver tu tatuaje? —preguntó con precaución. Él la miró en silencio unos segundos y asintió. Retiró el plástico y, con la camiseta, limpió los restos de crema que lo cubrían.

Inés se quedó inmóvil al ver las letras negras sobre su pectoral.

—¿Te has tatuado mi nombre? —dijo en un hilo de voz. No podía creerlo. El verse reflejada de aquel modo en su piel la llenó de una felicidad inexplicable—. Pero ¿por qué?

—Siempre me tatúo lo que es importante para mí. Aquello que define lo que soy.

Inés recorrió las letras con la yema de los dedos. Estaba húmedo y aún tenía pequeños restos de sangre y piel.

—¿Cuánto tiempo tarda en curar? —preguntó con curiosidad

—Un par de semanas. Está muy reciente.

—¿Qué significa el tatuaje de tu espalda?

Erik apretó los labios en una línea fina y rehuyó la mirada de Inés. No sabía qué era más difícil, si enfrentar los demonios de su pasado o explicarle a Inés las circunstancias del tatuaje de su nombre. Estaban en un momento tan dulce que se decantó por lo primero.

—Hubo un tiempo en que las cosas no fueron muy fáciles para mí. Llevaba un par de años en la carrera de medicina y la situación con mi padre se hizo insostenible. —Un dolor agri dulce lo envolvió al recordarlo—. Me fui de erasmus a España, y pasé varios años alejado de mi familia, de mis amigos, de mi casa. Me sentía muy desarraigado.

Inés lo abrazó y se dejó confortar durante un instante. La besó en la frente y sonrió.

—Cuando no tienes a qué aferrarte, es inevitable cuestionarte quién eres y las decisiones que has tomado en tu vida.

—Por eso la frase. Tiene mucha fuerza —murmuró Inés. Él asintió con una sonrisa; se acordaba del significado. Siempre atenta a los detalles.

—*Forblir tro mot deg selv, og du vil vaere virkelig fri.* Permanece fiel a ti mismo y serás verdaderamente libre —dijo, recordando la época en que repetía aquellas palabras como un mantra—. Y por eso la bandera noruega, los símbolos vikingos, la nieve y las montañas.

—¿Y el corazón?

—A veces pienso que lo único que se mantiene constante en mi vida es la cardiocirugía —dijo, reacio. Inés asintió, como si comprendiera por fin la importancia que tenía para él—. Inés, me tatúo aquello que me ancla a mí mismo: la cardiocirugía, las montañas, la nieve, la tierra, mi casa...y tú.

Se abrazaron con fuerza y se confortaron el uno al otro. Era delicioso refugiarse en su pecho. Ahora sí se sentía segura y tranquila de nuevo. No se engañaba, la cápsula mental seguía ahí, pero la calidez de Erik con su familia, el ver su nombre tatuado en su piel y la perspectiva de un nuevo camino, permitía mantenerla en el fondo y que no empañara momentos como aquel.

—Un millón de coronas por tus pensamientos —murmuró él, mientras acariciaba su melena con movimientos pausados.

—Esta vez te lo voy a decir —susurró Inés, rozando su pecho con los labios—. Esto está bien, Erik. Tú y yo, quiero decir. Juntos.

Él la obligó a mirar hacia arriba. Se encontró con unos ojos azules y cálidos. No era frecuente verlo así. Se entregaron a un

beso lento, con los ojos entreabiertos. La intimidad así era aún mayor.

Aquella noche no follaron, se acurrucaron bajo las sábanas y se pusieron al día de todo lo ocurrido mientras Erik estuvo en Noruega. Inés cerró los ojos, sonriendo, mientras lo escuchaba narrar el día a día con su familia.

Arreglar las cosas y seguir adelante. Se le estaba dando bien.

Otra perspectiva

Tenía los papeles ordenados en tres pilas, según las instrucciones de Nacha. Los que Erik tenía que leer con cuidado antes de firmar, los que podía firmar sin mirar, y aquellos que Inés ya había firmado y que él tenía que revisar. Se había levantado temprano con el único objetivo de quitarse de encima toda la burocracia pendiente.

Sorbió el café y abrió la carpeta del próximo caso que tenían que enfrentar. La niña se llamaba Paola e iba a cumplir un añito. El tono violáceo de sus labios, la desnutrición que mostraba y su respiración agitada eran la muestra de la grave malformación de su corazón, un ventrículo único. La especialidad de Erik. Todo estaba listo para que Erik trabajase en el Sótero, gracias a las gestiones de la Dra. Mardel, solo necesitaban conseguir el dinero. Un nudo de tristeza y cierta aprensión se apoderó de su estómago al ver la otra carpeta. El chico tenía la misma edad de Cristián, dieciséis años. Y una patología parecida. La escondió debajo del otro dossier y apartó de sus pensamientos la sensación de pérdida que aún la embargaba al pensar en él.

—God morgen, liten jente!

Inés sonrió cuando Erik la rodeó con sus brazos desde atrás y la besó en el cuello. Ignoró el estremecimiento de su cuerpo ante su proximidad, y le alargó la taza que ya tenía preparada para él.

—¿Cómo has sabido cuándo me iba a levantar? —dijo él con una enorme sonrisa tras probar el café caliente.

—Porque cuando yo me levanto, tú ya no puedes dormir sin mí —bromeó ella. Él asintió con vehemencia, sin ningún pudor—. ¡Uhm! Estás de muy buen humor —dijo, atrapando su nuca y obligándolo a besarla en los labios. Erik le dio un mordisco juguetón y se sentó a su lado—. Pero siento aguarle la fiesta: tenemos que trabajar.

Empujó la primera pila de papeles y Erik emitió un gemido de desesperación fingida.

—Tienes que firmar estos de manera urgente, Nacha los necesita para el lunes sin falta. —Erik ni siquiera miró los papeles, cogió el bolígrafo que Inés tenía preparado y en menos de un minuto estaba listo—. Estos son para que te los lleves a casa y los leas con calma. ¡Son importantes! —añadió al ver el gesto de disgusto en su rostro—. Estos también son para que leas, son los que he firmado yo mientras no estabas, quiero que me digas si estás conforme.

Erik alzo la mano y negó con la cabeza.

—No hace falta, Inés. Estará todo bien.

—¡Pero tienes que revisarlo! —dijo Inés, aprensiva. Eran temas de impuestos, desgravaciones e impacto sobre la declaración de la renta de los cuales no entendía nada, pero él agarró su mano y la apretó con fuerza.

—No. No quiero más papeleos. Miraré los que dices que son importantes, pero tú también eres parte de esto. Confío en ti. Este proyecto también es tuyo.

Inés notó una calidez en su pecho. Era cierto. Sentía la FUNCORP como propia, y el hecho de que fuera un proyecto junto con Erik, le hacía una ilusión inexplicable.

—Marita y yo ya hemos seleccionado otro caso. Te va a gustar. Es una niña con un ventrículo único.

La expresión de Erik cambió en una décima de segundo, sus ojos se iluminaron, y la escuchó con atención. Juntos repasaron los datos de la carpeta. Inés sonrió al ver que ya escribía notas al margen sobre cosas que faltaban o dudas que quería resolver.

Tras una hora larga de discutir el caso, Inés se estiró en la silla. Llovía a chuzos y el día estaba gris y oscuro.

—Hace un tiempo de perros. De quedarse en casa viendo una peli, tomar un chocolate y tumbarse en el sofá bajo una mantita.

Erik arqueó las cejas y la miró, divertido.

—Pensé que te morías de ganas por ir a la fiesta de Álex y Philip, pero no tengo inconveniente en cambiar de planes.

—¡Es verdad! —exclamó Inés, recuperando el entusiasmo—. De todas maneras, tenemos que ponernos en marcha si queremos llegar a tiempo a casa de Loreto para comer.

Erik frunció el ceño y abrió y cerró los puños con ansiedad.

—Ehm, sí. Respecto a eso... —Ella se echó a reír, divertida.

—Está bien, no hace falta que vengas. Dos veces en una semana es suficiente, ¡ojalá pudiera quedarme aquí yo también!

—Si quieres, te acompaño —ofreció, en un alarde de generosidad que lo sorprendió. ¿Para qué demonios se complicaba la vida?

—Gracias por el ofrecimiento —dijo, y lo besó en los labios con ternura—. No te preocupes, tengo que llevarlos a todos al aeropuerto después.

—Mándales saludos de mi parte. Yo iré al gimnasio a moverme un poco. ¿Paso a buscarte a las nueve para ir a casa de Álex y Philip?

—De acuerdo —respondió Inés. Sonrió, entusiasmada ante la perspectiva de lo que les esperaba por la noche.

Inés llegó temprano a casa de su hermana. Le extrañó encontrarla sola, ni Julio ni los niños estaban allí y sus padres no habían llegado aún.

—Hola, Inés. Eres la primera en llegar, ¡ayúdame a poner la mesa en el salón! —dijo Loreto, dándole un abrazo y un beso.

—¿Y los niños?

—Se los ha llevado Julio a pasar el fin de semana a la casa de sus padres. —Miró a su hermana con extrañeza, Loreto parecía querer contarle algo, pero no terminaba de decidirse.

—Loreto, ¿pasa algo con Julio? Últimamente, cada vez que vengo por aquí, nunca está. —La última vez que había coincidido con su cuñado, fue cuando pasaron la Semana Santa en Ranco—. ¿Va todo bien?

Su hermana negó con la cabeza y tensó la cara en un puchero de tristeza tal, que se le rompió el corazón. Jamás había visto a su hermana así. Se abrazaron con fuerza e intentó confortarla acariciando su melena.

—No les digas nada a papá y a mamá, pero no. No va todo bien. No puedo decirte qué es lo que falla en concreto, pero cada vez estamos más distanciados —confesó con un temblor en la voz

—. Hoy ha decidido que prefería pasar el día con sus padres, en vez de compartir con nosotros y hemos tenido una pelotera brutal. Sabe que odio discutir frente a los niños, pero esta vez no me iba a callar —añadió, alzando el mentón con determinación.

—Joder, Lore. ¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé. Supongo que tenemos que hablar. Pero ¿sabes qué pasa? Que estoy cansada de ser yo siempre la que da el primer paso. —Inés no podía creer lo que escuchaba. La fachada de perfección y eficiencia de su hermana se resquebrajó frente a sus ojos en tan solo en un par de minutos—. Estoy agotada: el bufete, la casa, los niños... Cada vez me ayuda menos. Cada vez lo siento más lejos, pero no tengo fuerzas para tirar de él hacia mí. Necesito que quiera estar conmigo.

Inés recordó de pronto las palabras de Erik: «El amor es la voluntad consciente de querer permanecer junto a una persona», y adquirieron un nuevo matiz ante las revelaciones de su hermana.

El timbre sonó, sus padres habían llegado. Loreto se apresuró a abrirles y lanzó una última petición al aire.

—¡No digas nada, Inés! Y menos, a mamá.

—No te preocupes, Loreto —respondió ella en voz baja. Aunque dudaba mucho que la situación escapara a la perspicacia de su madre. Si es que no se lo olía ya.

Intentó disfrutar de la velada, no volverían a juntarse en mucho tiempo, pero seguía rumiando la breve conversación con Loreto sin poder evitarlo. La presencia de sus padres no hacía fácil tener un rato de intimidad para charlar, y Miguel no sabía que resultaba cruel con algunos comentarios sobre la vida en pareja o la ausencia de Julio. La admiración por su hermana creció.

Llegó la hora de acercar a sus padres y a su hermano al aeropuerto e Inés intercambió una mirada aprensiva con Loreto al escuchar las palabras de su madre al despedirse.

—¡Qué pena no poder decirle adiós a Julio, mándale un abrazo muy grande a su familia de nuestra parte! —dijo con cariño—. Dales un beso a los niños, también.

—La abuela de Julio está muy enferma y querían estar un poco todos juntos. —Inés admiró la sangre fría y la capacidad de ocultar la verdad de su hermana—. Quedará para la próxima vez.

Mientras conducía hacia la terminal, intentó llenar todos los silencios con conversación ligera. Sobre el hospital, los preparativos de la boda de Nacha, de los que el cáterin de su madre se encargaría por fin, o incluso sobre la casa de Erik en Farellones. Todo menos permitir que las ausencias de Julio aquel fin de semana salieran a relucir. Pero el ceño fruncido de su madre y su escasez de palabras vaticinaban que, con toda seguridad, sabía mucho más de lo que aparentaba sobre lo que le ocurría a Loreto.

—Mándale un abrazo grande a tu vikingo —dijo Miguel después de estrujarla con fuerza durante largos minutos.

—Es una vergüenza que hayas venido por tan poco tiempo —se quejó Inés, con la voz temblando por la congoja—. ¿Cuándo vas a volver?

—Nos veremos en Navidad, prometido. ¡Escríbeme!

A veces Inés sentía que el desapego en su familia era preocupante. Pero alejó esos pensamientos con una sonrisa. Eran libres. Y se querían mucho. Pero necesitaban su libertad.

Miradas

Cuando llegó a casa, tras una larga ducha, vació medio armario y el contenido de sus tres cajones de lencería antes de decidir lo que vestiría para la fiesta. El sobre plateado encima de su mesilla era un recordatorio constante de que nada será igual después de aquella noche. Se mezclaban el morbo por lo desconocido, una curiosidad infinita y cierto temor. Saber que Erik estaría allí con ella le daba seguridad, pese a que no tenía mucho sentido atarse más a él. La exclusividad quedaba anulada, y se preguntó qué significaría una vez que abrieran la puerta de aquellas fiestas. No estaba muy segura de disfrutar al ver a Erik en brazos de otra mujer, si es que se daba la ocasión.

Sacudió la cabeza y se concentró en maquillarse frente al espejo. Marcó con delineador una intensa raya en torno a sus ojos, cargó con abundante máscara sus pestañas y eligió una sombra plateada para darle luz a sus ojos grises. En los labios escogió un tono púrpura, a juego con sus uñas y los detalles de encaje que, junto al negro, adornaban su conjunto de lencería. Sobre las bragas, el sujetador y el ligüero en forma de corsé bajo el busto, se puso un vestido negro, sencillo, con escote palabra de honor. Ceñido y muy corto. Tanto, que los broches del ligüero se veían sobre las medias. Tiró del vestido hacia abajo frente al espejo, pero después lo pensó mejor y dejó las cintas a la vista. Se calzó sus tacones de charol y dejó su melena suelta. Cuando Erik llamó a la puerta con un par de golpes secos, ya estaba lista. Cogió su pequeño bolso y salió al rellano del ascensor.

Inés se arregló la melena frente al espejo del coche. No había parado de parlotear, nerviosa y expectante, y Erik sonrió ante su entusiasmo. Ojalá no se decepcionara. Parecía tener unas expectativas muy altas, y esas fiestas no siempre eran lo que parecían. No le importaba acompañarla, y la perspectiva de ver a otros teniendo sexo no le desagradaba en absoluto, pero él había dejado esa etapa muy, muy atrás. Recordó con una sonrisa los

tiempos locos en la universidad, su propia etapa de experimentación, los buenos ratos... y los no tan buenos. Algunos sustos, y algunos buenos amigos que conservaba hasta el día de hoy.

Llamaron al timbre y la puerta se abrió de inmediato. Caminaron por el pequeño arriate del jardín que conducía hasta la puerta admirando las antorchas que emitían una luz cálida y tenue, y un aroma a maderas exóticas. Estos chicos no perdían detalle.

—*Bienvenue, princesse!* Estás maravillosa. Erik, bienvenido —añadió, en tono más formal. Los dirigió de la mano hacia el interior de la casa—. Venid conmigo. Me alegra que hayáis venido al fin.

Inés atravesó junto a Erik la zona de la casa que ya conocía, hasta llegar a unas escaleras. Se apoyó en la pared para bajar con cuidado, mientras escuchaban una música envolvente y sensual.

—¿Qué suena?

—*Rose Rouge*, de St. Germain, *ma chérie*. Un poco de música para el sexo.

Se echó a reír ante el tono conspirador de Philip.

Llegaron ante una puerta negra de capitoné. Inés no pudo resistirse a hundir los dedos en el cuero lustroso, de una suavidad untuosa. Philip la sacó de su arrobamiento alzando su barbilla con dos dedos.

—*Princesse*, hoy es un día tranquilo. Puedes explorar lo que quieras con completa libertad. Si tienes alguna duda o necesitas algo, dímelo a mí o a Álex.

—¿Qué nos vamos a encontrar? —No pudo evitar que se trasluciera cierto temor en su voz. Su amigo se echó a reír.

—Depende, *chérie*. Conversación agradable, algo de comer y de beber, y parejas compartiendo entre ellos o con otros. En completa libertad significa que no tienes que hacer nada que no quieras, Inés. —Erik asentía, reafirmando las palabras de su amigo con una sonrisa que la confortó—. Pueden invitarte, pero jamás te invadirán. Si hay algo que no quieras hacer, simplemente dilo, con asertividad. Somos un grupo pequeño, y nos conocemos todos hace tiempo. Ven. Te gustará.

Inés sintió que dejaba atrás muchos convencionalismos al atravesar aquella puerta.

Un mundo en morado, negro y plata vieja, moderno y decadente a la vez, se abrió ante ella. Álex y Philip habían acondicionado toda la planta baja en un salón por el que se distribuían varios ambientes. Una chimenea crepitaba encastrada en la pared más cercana a la puerta de entrada. Se acercó a ella, dándole la espalda, y llevó las manos hacia atrás, más por hacer algo con sus dedos que por calentarse. El ambiente tenía una temperatura perfecta. A su izquierda, un enorme ventanal daba al jardín, donde se veía caer una lluvia pertinaz. Contra él, un *chester* de cuatro plazas tapizado con terciopelo púrpura acogía una pareja que conversaba con la boca... y con las manos. Inés miró fascinada cómo la mano masculina se perdía bajo la tela satinada del vestido de ella.

—¿Quieres conocerlos? Te gustarán.

Se sorprendió del atisbo de irritación ante la interrupción de Philip, hubiera preferido seguir mirando sus avances, pero asintió con una sonrisa.

No recordó sus nombres, la copa de vino que su anfitrión le había dado estaba casi vacía pese a haber llegado hacia muy poco. No podía quitar los ojos de aquellas manos que acariciaban con lascivia y a la vez delicadeza las piernas de la mujer. No se habían levantado para saludarla, tan solo le dedicaron sendas sonrisas lánguidas, la invitaron a sentarse en el *chester* junto a ellos, y, al declinar la invitación, siguieron dedicados el uno al otro. Inés retrocedió de nuevo hasta pegarse a Erik, pero Philip se echó a reír.

—Vamos, os falta un pequeño rincón.

Inés se bebía con ansiedad todo lo que Philip les iba mostrando, aferrada a Erik. Era maravilloso, todo estaba pensado al milímetro: la luz tenue y cálida, los rincones que invitaban a la intimidad, la música erotizante. Rozó con la punta de los dedos el respaldo de un sofá de terciopelo de morado, donde dos mujeres, vestidas con lencería de aspecto lujoso, conversaban entre susurros muy cerca una de la otra.

—Y este es nuestro pequeño rincón de placer y dolor —dijo Philip, entrando en una habitación cuya iluminación era aún más decadente—. Disfrutad, *chéries*. Yo tengo que volver.

Inés se soltó del brazo del vikingo y avanzó por la estancia con la boca abierta. Una cruz en aspas, un potro con abrazaderas de cuero y una jaula de acero en el suelo, en la que habría que entrar a gatas, se acompañaban de una mesa de madera de patas torneadas, no muy grande, donde se exhibían algunas fustas y látigos, unas mordazas y muñequeras de cuero.

—¿Te gusta? —preguntó Erik, rodeándola desde atrás.

—No estoy segura —susurró Inés—. La cruz impone bastante, ¿verdad?

Una pareja entró en la habitación, interrumpiendo sus confidencias.

—¡Mil disculpas! —dijo la mujer, vestida únicamente con un ligero y medias, unos zapatos de tacón negros y un collar de sumisión. Inés reprimió un murmullo de sorpresa al ver que del collar estaba prendida una cadena con correa de cuero. La correa la sostenía, enrollada en su mano, un hombre vestido enteramente de negro.

—No hay problema —dijo Erik, al ver que ella se quedaba en blanco—. Solo estamos conociendo los rincones de la casa, es la primera vez que estamos aquí.

El hombre de negro se adelantó para ofrecerles la mano, y Erik se la estrechó con fuerza. Inés hizo lo mismo, pero no podía dejar de mirar a la mujer. ¿Acaso no la humillaba ser llevada como si fuera un perro?

—Soy Oberón. Esta es Titania. ¿Ustedes son?

Se miraron un momento, estupefactos. Claro. Tenían que encontrar algún nombre que protegiese su privacidad.

—Este es Vikingo —improvisó Inés. Era perfecto. Miró a Erik pasándole la pelota, ahora le tocaba a él bautizarla.

—Ella es India —dijo él con una enorme sonrisa.

Se generó un silencio un poco incómodo, hasta que Oberón pidió educadamente que los disculparan, y condujo a Titania de la correa hasta la cruz. La tomó de una de las muñecas y la dejó atrapada en la correa de cuero que pendía del aspa. Hizo lo mismo con la otra. Erik tiró de ella para marcharse de allí, pero Inés se quedó clavada en el sitio, hipnotizada por la docilidad con la que Titania se dejaba hacer. Oberón se agachó y besó el centro de su

sexo. Inés contuvo la respiración al ver que bajaba sus bragas y la dejaba tan solo vestida con el liguero y las medias.

—¿Podemos quedarnos? Creo que India está muy interesada en vuestra dinámica —dijo Erik en tono formal. Inés se aferró de nuevo a su brazo y lo miró, escandalizada. ¿Por qué la había delatado? Oberón se dio la vuelta, parecía sorprendido de verlos aún allí, pero sonrió y asintió tras intercambiar una mirada de connivencia con su pareja.

—Por supuesto, pueden quedarse. Titania va a recibir un premio por su comportamiento esta semana —dijo, y estudió la oferta de instrumentos expuestos, en la mesa, pero ninguno pareció seducirlo. Volvió junto a su sumisa y se agachó de nuevo para inmovilizar sus tobillos en las aspas inferiores de la cruz.

—¿Por qué no ha escogido ninguno? —dijo Inés, curiosa. Había una buena colección. Erik se encogió de hombros.

—No a todo el mundo le gusta compartir los juguetes sexuales.

—Buen punto —murmuró Inés. Era cierto—. De hecho, me parece una buenísima razón.

Vaya. Si le dedicaba un segundo pensamiento, desde luego que ella jamás compartiría un juguete sexual con desconocidos, por muy limpios que estuviesen. No pudo evitar una mueca de disgusto.

—Además, no necesita ningún instrumento para hacer lo que tiene que hacer. Mira —dijo Erik, abrazándola por atrás y apoyando el mentón en su hombro—. ¿Te gusta lo que ves?

Inés no respondió. Fascinada, observó cómo Oberón deslizaba la mano entre las piernas de Titania y la movía lentamente en círculos, masturbándola. De pronto, descargó una palmada en su sexo. Con fuerza. El jadeo de Titania se mezcló con el de Inés.

¿Estaba excitada al ver cómo le azotaban el coño a una desconocida? Cerró los ojos por un momento, confundida. Erik la contuvo entre sus brazos mientras ella respiraba de manera cada vez más acelerada al ver restallar la palma del dominante sobre la entrepierna de su sumisa, intercalando un masaje sensual alguna vez.

Titania gemía con los ojos cerrados y el torso colgando de los brazos extendidos en la cruz. Sus pezones parecían las puntas

de un diamante, y Oberón abandonó su sexo para acariciarlos y pellizcarlos con pericia. Inés notó que su interior se prendía en llamas, anhelando el contacto.

Una lubricación brillante se deslizaba del interior de los muslos de alabastro de la sumisa, que se retorció contra las correas que la sujetaban. Inés sonrió. Se sentía identificada, recordando las veces que Erik la había inmovilizado y sometido de modo muy parecido. Jadeó con fuerza al darse cuenta de que ella quería aquello. Quería ser Titania. Colgar de la cruz como ella. Recibir los impactos en su coño. Dejarse follar de manera inevitable como hacía en aquel momento Oberón.

—Vamos, Inés —susurró Erik al ver el estado enajenado en el que se sumía la pareja. Oberón se follaba a su sumisa, amarrada en la cruz, con una fuerza abrumadora. Los jadeos fueron sustituidos por gritos de placer. Inés se dejó arrastrar fuera de la habitación con la piel perlada en sudor y el sexo contraído hasta el dolor.

—Espera. Espera un momento —susurró, con la garganta seca. Cerró los ojos y se llevó una mano a la frente, en un intento de recuperar un poco el control de su cuerpo.

—Ven. Vamos a beber algo.

Erik la condujo hasta la mesa donde había dispuesto un pequeño bufete de comida y bebida. Inés rechazó la copa de vino. Necesitaba agua. Muy fría. Vació un vaso de golpe, luego un segundo, y suspiró. Se dio cuenta de que Erik la miraba divertido mientras se llevaba a la boca unas trufas de chocolate.

—¿De qué te ríes?

—De ti, pequeña masoquista. ¿Excitada por unos azotes?

Asintió sin decir nada. Por supuesto que estaba excitada.

—¿Crees que podríamos hacerlo?

Erik se detuvo en el gesto de comer otra trufa y esbozó una sonrisa perversa.

—Hacer, ¿qué?

—Lo que hemos visto. Lo mismo. Exactamente eso.

—¿Estás segura, Inés? —la expresión juguetona de Erik se tornó seria—. ¿De verdad quieres hacerlo?

—Sí.

—Tomo nota.

No dijo nada más, pero su mirada azul estaba cargada de promesas. Cogió la mano que le tendía y caminaron hacia la zona de los sofás. El ambiente se había caldeado bastante mientras ellos se entretenían en la pequeña mazmorra. Las prendas de ropa comenzaban a regar el suelo y un aroma penetrante y almizclado flotaba, sutil, en el ambiente.

Junto a una pequeña barra de madera tallada, dos hombres de contextura y ropa similar conversaban muy cerca uno de otro. Uno de ellos captó la mirada curiosa de Inés. Con una sonrisa invitadora, se acercaron hasta ellos.

—Soy Diego. Ese es mi hermano, Óscar.

—Encantada. Yo soy India, y este es Vikingo, mi pareja. ¿Sois gemelos?

Le daba igual, pero era una manera de romper el hielo que ayudó a iniciar una charla sobre qué hacían y cómo habían llegado hasta allí. Inés se dio cuenta de que los hombres ofrecían respuestas vagas y superficiales, y que a ella no le hacían preguntas. Entendió de inmediato que no estaban allí para conocerse en profundidad, y su pregunta siguiente se lo dejó bien claro.

—India, tras esa puerta hay un reservado. ¿Te gustaría acompañarnos a tomar una copa? Tu vikingo también puede venir.

Inés se aferró a Erik en un gesto inconsciente al ver el deseo, directo y sin tapujos, que se leía en los ojos de los hombres.

—No, no. Gracias. Creo que no —murmuró Inés, de pronto presa de los nervios.

—Es nuestra primera fiesta aquí, por ahora no estamos interesados en participar —aclaró Erik con una sonrisa.

Los mellizos asintieron y se alejaron, despidiéndose con cortesía. Inés soltó el aire que estaba reteniendo sin darse cuenta.

Álex y Philip se acercaron a ellos acompañados de una mujer que podría tener su edad, para presentársela. Eva. Tenía una seguridad especial en sus movimientos, la melena rubia y muy corta, y un cuerpo torneado envuelto en seda de color rosa pálido. Cazó al vuelo la mirada y la sonrisa apreciativa que Erik le dedicó, y

no pudo evitar un aguijonazo de celos. Pero no parecía muy interesada en ellos.

—Bienvenidos. Un placer.

No dijo más. Al divisar a los mellizos, se disculpó y se dirigió hacia ellos en la barra. Inés intercambió una mirada divertida con Erik al ver que los saludaba con sendos besos en las bocas sensuales. No podía dejar de mirar. Cada rincón guardaba una sorpresa en forma de lujuria y placer.

—No tenemos mucho éxito —dijo Erik, en tono de broma.

—La novedad no interesa mucho por aquí. Hemos destilado un grupo muy selecto y no es habitual que incluyamos integrantes— respondió Philip a modo de disculpa—. Estoy seguro de que podré confiar en vuestra discreción con lo que pasa en las fiestas —añadió, con cierta incomodidad. Ambos asintieron, por supuesto que no dirían nada—. Mirad, aquí viene una pareja muy, muy especial.

Sonrió al ver que Titania y Oberón se acercaban hasta ellos junto a la chimenea. Ella, ya cubierta con un ajustado vestido de licra negra.

—Nos conocemos, hemos coincidido en el rincón —dijo Titania con su voz dulce. Álex y Philip se despidieron y ocuparon uno de los sofás, no muy lejos de allí. —. ¿Están disfrutando de la velada?

—Sí. La verdad es que sí. —Inés no podía apartar los ojos de su collar, muy ancho y rígido, con una pesada argolla de acero en el centro—. Titania, ese collar que llevas, ¿es de sumisión?

—Sí, India. Oberón es mi amo, además de mi marido.

Inés tuvo que hacer un esfuerzo para no abrir la boca, la naturalidad con la que lo había admitido la abrumó. Erik alzó las cejas.

—Así es —dijo Oberón riendo, al ver su sorpresa—. Somos amo y sumisa en la escena, y estamos casados.

—¿Qué escena? ¿De teatro? —preguntó Inés, inocente. Oberón soltó una carcajada divertida, pero no contestó. Titania llevó su mano, con las uñas pintadas de un rojo sangre, a la anilla de su collar.

—La escena BDSM. Es una manera de denominar al círculo. —Inés creyó que su cerebro se apagaría por exceso de información

—. Preferimos mantener el anonimato aquí también.

—No es común que los practicantes de BDSM se mezclen con los ambientes liberales —observó Erik. Inés sentía que solo entendía una pequeña parte de lo que hablaban.

—Es cierto. Pero tener un equipamiento como este no es muy asequible, y no somos muy amigos de ir a la mazmorra que hay aquí en Santiago —dijo Titania.

—¿Qué mazmorra? ¿Una mazmorra BDSM? —barbotó Inés antes de que se activara su filtro cerebro-boca. Oberón volvió a reír con su voz estentórea.

—Esta India necesita un poco de disciplina. ¿No sabes que no debes ser tan indiscreta? —Cerró la boca de inmediato. El tono del hombre y su mirada severa la hicieron sentir como una mocosa malcriada. Bajó los ojos en un acto de contrición involuntaria que la irritó. Esa sensación la había percibido también alguna vez junto a Erik, pero nunca con nadie más.

—Ah. Sí. Disciplina —dijo Erik con añoranza fingida—. Eso es como una utopía inalcanzable. ¿Verdad, India?

Ella enrojeció, sorprendida por la pequeña traición de Erik.

—No estoy tan seguro. Quizá el desafío no esté en ella y esté en ti. —Ahora fue Erik el que cerró la boca. Algo en aquella frase tenía sentido para él, aunque ella siguiese con la maldita sensación de no tener ni idea de qué iba la cosa. Oberón asintió lentamente, como guardándose un secreto—. Titania, cuéntale a esta pequeña *brat* en qué consiste La Ergástula. Quizá les apetezca conocerla.

—¿Qué es *brat*? —interrumpió de nuevo Inés, pero su duda quedó sin respuesta.

—Sí, amo. —La veneración en el tono de voz, la pose entregada y la devoción en su rostro chocó de frente con el ansia de libertad e independencia de Inés—. La Ergástula es una mazmorra que la comunidad de Santiago ha ido preparando a lo largo de dos o tres años. El espacio lo cede Dómina Flecha, una de las mujeres que más ha hecho por el BDSM en Chile. —Se detuvo en una pausa estudiada, e intercambió una mirada traviesa con el dominante—. ¿Os gustaría conocerla?

—¡Me encantaría! —barbotó Inés. Titania y Oberón se echaron a reír ante su entusiasmo, mientras que Erik la miraba con una sonrisa contenida.

—Nosotros ya nos vamos, pero pídele mi contacto a Philip, y hablamos durante la semana, India —dijo Titania, y le dio un beso en la mejilla. Oberón estrechó las manos de ambos.

Erik esperó a que se marcharan, y llamó a Inés. Ella no contestó, hipnotizada por la visión de los mellizos, que comenzaban a subir la intensidad de las caricias en torno a Eva.

—¡Inés! —exclamó, reclamando su atención—. ¿Estás segura? ¿De querer ir a La Ergástula?

Ella asintió. Erik la abrazó y la besó en los labios.

—De acuerdo.

Las cosas comenzaban a tomar una velocidad vertiginosa. Inés no bromeaba al expresar su necesidad de descubrir y explorar sus límites en el sexo. Solo esperaba que no se estrellara demasiado pronto.

Volvió su atención a los dos hombres y a la mujer, que intercalaba besos en las bocas masculinas. El ambiente seguía amenizado por un jazz sensual al volumen perfecto, un sutil aroma a incienso y sexo los envolvía, y las luces cálidas y tenues le daban a la estancia una apariencia irreal.

Una pareja bebía una copa de vino a medias, muy cerca uno del otro e Inés se desconectó de la conversación con Erik para observarlos. Dejaron la copa a un lado, y él abrió la botonadura del vestido de ella hasta el ombligo para acariciar sus pezones a la vista de todos. Ella se dejaba hacer. No ocultaban las expresiones lascivas de sus rostros.

Inés estaba hipnotizada por la cadencia de la mano femenina sobre la entrepierna del pantalón, mientras él lamía y besaba con devoción sus pechos. Aferró con fuerza la mano de Erik cuando ella le desabrochó la bragueta y, sin ningún miramiento, liberó su erección.

Erik la abrazó desde atrás y la estrechó contra su cuerpo, e Inés dejó escapar una sonrisa.

—Estás excitado —dijo al sentir su pene alzado contra la parte baja de su espalda.

—¿Tú no? Es difícil no estarlo, ¿has visto lo que hacen ahora los hombres a los que rechazaste hace un momento? —Inés negó con la cabeza, sin prestarle demasiada atención. La chica del sofá se había subido el vestido por los muslos. No llevaba ropa interior y su sexo, decorado con una franja estrecha de vello púbico, quedó a la vista de su acompañante, que comenzó a acariciarla con dedicación—. Mira, Inés.

El tono de Erik la hizo volverse, reacia, hacia donde él señalaba. Reprimió una exclamación de sorpresa. Los mellizos se deshacían en cuidados hacia Eva. Inés comenzó a respirar más rápido. Los tres estaban arrodillados en un cojín bajo, cuadrado, y se despojaban de distintas prendas en una coreografía sensual.

—¿Quieres acercarte más? —invitó Erik, con voz tenue—. Ven, desde aquí veremos mejor.

La condujo hasta el sofá que quedaba justo enfrente. Fascinada, Inés se sentó y se dejó abrazar por Erik, que la sostenía desde atrás.

—¿Te gustaría estar ahí? —preguntó él en voz baja y ronca. Inés lo pensó un momento antes de contestar. Eva estaba desnuda. Ellos conservaban aún los pantalones, pero sus torsos descubiertos aprisionaban a la mujer mientras se deshacían en caricias y besos que iban desde un inocente deslizar de los dedos sobre el pelo corto y rubio, hasta hundirlos en el interior húmedo de su sexo.

—No lo sé. Quiero decir, ¡me gusta mirar!, pero no estoy segura. —Dio un respingo al notar una de las manos de Erik abrirse paso entre sus muslos. Él se detuvo, como esperando su autorización e Inés asintió sin decir nada. Estaba demasiado tensa y nerviosa, y mucho más excitada de lo que cabía imaginar, con Álex y Philip tan cerca, y rodeados de desconocidos.

—¿No te gustaría que otro te tocara mientras yo te beso el cuello? —preguntó él en voz baja, casi en un susurro, describiendo lo que ocurría frente a ellos. Inés clavó la vista en la mujer, que se entregaba con gemidos y pequeños jadeos a las atenciones de los dos hombres. Erik la besaba justo en el encuentro del cuello y el hombro, y deslizó una mano hasta rozar su sexo por debajo del vestido—. Yo me encargaría de tus pezones. —La otra tanteó entre

la tela y su escote hasta abarcar uno de sus pechos—. Él, de masturbarte. Exactamente así.

Inés soltó un gemido al notar los cuatro dedos de Erik comenzar un masaje sobre los pliegues de su coño, mientras que con el pulgar le acariciaba el clítoris. Se debatía entre las ganas de rendirse y cerrar los ojos para concentrarse en su tacto, o permanecer con la mirada fija en el trío que escalaba cada vez más en la lujuria mientras Erik seguía relatando la fantasía de un tercero entre ellos dos. Ganó el morbo y mantuvo los ojos abiertos mientras los susurros en su oído disparaban la excitación. Cuando uno de los hombres se desnudó por completo y se puso un condón, Inés centró su atención por un momento en la escena, olvidándose de que Erik la tocaba, pero cuando Eva se tendió en el cojín y el hombre la penetró, Erik introdujo dos de sus dedos en su interior de fuego y dejó escapar un pequeño grito. Eso llamó la atención del otro hombre, que sonrió con lascivia al ver que eran observados, pero Eva lo reclamó en su boca, y el hombre volvió a centrarse en sus acompañantes. Inés jadeó, fascinada con la visión de la mujer, penetrada por uno de los hombres mientras le hacía una felación al otro.

—¿Eso te gustaría, Inés? ¿Querías comerme la polla mientras otro te folla sin piedad?

Ahora sí tuvo que apartar los ojos del trío y enfocar su atención en Erik. El tono era ronco y agresivo, su mano había aumentado el ritmo sobre su sexo y la otra acariciaba y retorció los pezones bajo la tela del vestido. Estaba muy cerca. Se bajó el escote del vestido y dejó ver el corsé de lencería. Los jadeos de los cinco se entrelazaron en un babel de lujuria, aderezado con el aroma de sexos y cuerpos desconocidos y estimulantes. Erik emitió un gruñido de satisfacción cuando Inés se corrió en sus dedos expertos con una inevitabilidad absoluta. Borracha de placer, se desconectó de todo lo que ocurría su alrededor y se aferró a la nuca masculina. Después, cayó desmadejada sobre su pecho. Vaya tensión. Los brazos la sostenían con fuerza y una sensación de bienestar y seguridad la invadió, tan intoxicante como el placer y la excitación.

Cuando abrió los ojos, todas las escenas que había a su alrededor parecían haber acabado también. Una calma lánguida se apoderó de la estancia, mientras que la voz desgarrada de Oliver Nelson en *Stolen moments* los acunaba. Erik echó un vistazo a su reloj; eran más allá de las cuatro de la mañana.

—¿Nos vamos?

Inés asintió mientras recomponía su ropa con movimientos lentos. Álex y Philip estaban sentados en uno de los sofás, conversando entre susurros en la casi oscuridad de la sala. Se despidieron con un gesto cómplice y salieron de la casa. Inés sentía que le temblaban las piernas y se aferró al brazo de Erik, que la cubrió con su chaqueta.

El frío glacial del exterior los sorprendió a ambos, sacándolos un poco de su letargo.

Inés no paró de comentar lo que había pasado en la fiesta, mientras él conducía hasta su casa. Cuando se despojaron del calzado, ella seguía encadenando preguntas e impresiones.

—Cuando los mellizos me propusieron ir al reservado con ellos, ¡casi muero! ¿Y qué me dices de Titania y Oberón? Me encantaría conocer más su dinámica. Nunca había conocido a una pareja que fuera practicante del BDSM. ¿Y esos azotes en el sexo? ¡Nunca había visto nada tan intenso! ¿Y qué es una brat?

—Inés.

—Y Eva con los mellizos, ¡uf! Cuando me tocabas mientras la tocaban a ella, ¡qué morbazo!

—Liten jente...

—Cuando hiciste que me corriera con tus dedos casi me desmayo, ¡fue muy intenso!

—¡¡INÉS!! —rugió Erik, desesperado. Ella detuvo su charla en seco y lo miró, ofendida. Él cogió su mano y la llevó hasta su erección férrea—. Inés. Tú has tenido tu ración, sí, pero yo llevo en guardia desde que te has corrido en mi mano. Cállate de una vez y haz algo para resolverlo.

La autoridad de sus palabras, la lujuria que encerraban sus ojos azules y la sensualidad que la cercaba por todo lo contemplado hicieron que se disparase la excitación. Tenía razón. Había sido egoísta. Abrió la cremallera del vestido y lo dejó caer al suelo. Desabrochó el corsé, y sus pechos saltaron al verse libres de su constricción. Fue todo lo que Erik necesitó. La agarró de la coleta, la giró contra la mesa del salón y la hizo inclinarse contra la madera y el cristal.

—Ah, ¡Erik! —gritó.

Bajó su cremallera en un gesto seco y comprobó lo que ya sabía, que el sexo de Inés era pura miel.

—Fóllame. Fuerte —gimió ella, al sentir los dedos abrirse camino en su interior.

Se hundió en ella con una embestida seca y profunda, arrancando un jadeo lascivo de la garganta femenina. Inés se revolvió bajo su agarre férreo.

—¿Sabes? Oberón tiene razón. Eres una maldita brat. No sé cómo no me había dado cuenta antes.

—Pero ¿qué es brat? —gimió ella, ondulando sus caderas para acomodarse a sus acometidas.

—Las sumisas se someten. A las brats... hay que someterlas. —Se hundió en ella con una embestida seca y aún más profunda. Inés gritó le clavó las uñas en el antebrazo que la sostenía —. Las brats cuestionan, desafían, irritan hasta el límite. ¿Te suena de algo?

Inés soltó una carcajada retadora y se volvió para mirarlo a los ojos. Esa provocación lo excitó aún más.

—No sé de qué me estás hablando —protestó, intentando aparentar indiferencia.

—Ah. Claro que sí lo sabes —estrechó el cerco de la mano en torno a su cuello e incrementó el ritmo de la penetración.

—Oh, sí. Erik, así. Más. ¡Más!

Ahora fue él quien rio. Se rebelaba y se debatía solo para conseguir que él le diese aún más. Lo ponía a prueba continuamente con sus provocaciones. Lo volvía loco. Pero valía la pena, porque cuando conseguía su entrega absoluta, saboreaba el triunfo con mayor fruición. No cesó en la intensidad de sus envites,

no cedió la fuerza de su agarre ni en un segundo. Los gemidos de ella se entrelazaban con sus gruñidos en un coro de pura lujuria. No duraron mucho. El orgasmo los fulminó y los batió contra la mesa, donde se desplomaron, agotados. Sus jadeos erráticos se entretejían al intentar recuperar el resuello.

—Ahora sí estamos en paz.

Tormenta emocional

—Buenos días, *liten jente* —dijo Erik, con un beso suave sobre sus labios. Inés despertó con la sensación de haber corrido una maratón —. Es tarde. Había pensado en que pasáramos el día en Farellones, pero es casi la hora de comer.

Se estiró sobre la cama y se estrechó contra su costado. Erik la rodeó con uno de sus brazos. Se quedaron en silencio, pensativos. Inés rememoró la noche anterior con una sonrisa. Tenía una mezcla de sentimientos que la remecían: incredulidad, placer, morbo, expectación. Y mil preguntas bullían en su cabeza.

—Vaya nohecita, ¿eh? —dijo Erik. Parecía leer su pensamiento. Asintió. Había sido muy intenso. Y muy placentero. Los dos estuvieron cómodos y en ningún momento se sintió presionada.

—La verdad es que necesito procesar. Tengo la cabeza que creo que me va a estallar —dijo Inés.

—¿Qué fue lo que más te gustó? —preguntó, intrigado. Ella contestó sin necesidad de pensarlo.

—Que me tocaras mientras mirábamos lo que hacían los demás.

—¿No te hubiera gustado estar ahí? ¿Ser la mujer entre ellos?

—De eso no estoy tan segura, pero escuchar tu charlita morbosa mientras contemplaba lo que hacían en primera fila y me masturbabas, me dejó como loca. No me lo esperaba. —Erik sonrió ante su sinceridad, y con cierta vanidad al saber que, frente a todo lo que habían visto, Inés seguía prefiriéndolo a él.

—Podemos repetirlo cuando quieras.

—¡Genial! —respondió ella con una sonrisa enorme—. Si el fin de semana que viene hay fiesta, le diré a Philip que cuente con nosotros.

—Bueno, ya veremos —dijo Erik, de pronto un poco fastidiado. Le apetecía mucho subir a Farellones a esquiar, quedaba

poco para acabar la temporada. Aunque, por otro lado, sería interesante ver hasta dónde llegaba Inés con todo aquello. Tenía una butaca en primera fila, y no se lo podía perder—. ¿Qué hacemos, comer o desayunar? Anoche no comí gran cosa y me muero de hambre.

—Café. Por encima de cualquier cosa, necesito un café —dijo Inés, entornando los ojos con gesto dramático mientras se dirigían a la cocina.

Se apoyó en la encimera mientras la cafetera burbujeaba emanando el aroma fuerte y estimulante. Erik la abrazó por detrás mientras ella vertía el líquido en las tazas. Cerró los ojos al sentir sus brazos en torno a la cintura y un beso sobre su pelo, y sonrió al contrastar el hombre lascivo y salvaje, con la ternura y calidez de compartir un simple desayuno.

—Podría acostumbrarme a esto, ¿sabes? —murmuró él, sobre su cuello—. Me gusta levantarme por las mañanas y estar contigo.

Inés sintió un nudo apretarse en su estómago. Ese nudo conocido de ansiedad y expectación, que creaba expectativas de un futuro juntos, que confirmaba que ese «quiero estar contigo» no eran palabras vacías. A veces tenía la certeza de que sí podría tenerlo todo algún día.

—Yo también, Erik. Esto... —Abandonó las tazas y rodeó su cuello con los brazos—. Esto está bien. Así es como tiene que ser.

Fundieron sus bocas en un beso lento y húmedo, con la intensidad justa para dejar claro su deseo, pero sin profundizar en la excitación, en un intercambio sereno y plácido.

Se movían con independencia, pero siempre orbitando uno junto a otro. Inés encendió el portátil y Erik abrió las ventanas del apartamento para dejar entrar la claridad gris de la mañana de invierno.

—¿Qué estás mirando?

Inés señaló la pantalla. En su perfil de Facebook, una Viviana sonriente, vestida con colores alegres y rodeada de colegas, contaba en inglés lo mucho que estaba aprendiendo en su rotación en Estados Unidos.

—Joder. Parece otra persona —dijo Erik. Se sentó a su lado mientras ella pasaba las fotos. A cada cual más alegre y divertida.

—Es otra persona —murmuró Inés. Buscó imágenes de un par de meses atrás. Había muy pocas fotos. Rodeada de sus hijos, demacrada, y con ese aspecto gris y ajado que conocían.

—Cuánto daño hace la maternidad —ironizó Erik. Ella reaccionó con rabia.

—¡No tienes ni idea de lo que hablas! Esto no es culpa de los hijos.

Él la contempló de hito en hito e Inés eludió su mirada.

—Inés, ¿y esa reacción de dónde sale?

Escondió el rostro entre las manos. Necesitaba soltárselo a alguien, pero no estaba segura de que Erik fuese el mejor interlocutor para ello y prefirió no decírselo.

—No te preocupes, no es nada.

La miró con extrañeza y se fue a la ducha mientras ella se tomaba otro café. Erik salió de la habitación ya vestido y con el móvil del hospital pegado a la oreja. Mierda.

—Estaré allí en media hora. Llamad al Dr. Suárez también, es una cirugía interesante y le gustará estar presente.

—¿Tienes que irte? No me lo puedo creer—dijo Inés componiendo un mohín de tristeza. Él asintió con cara de circunstancias y se acercó a darle un beso en los labios.

—Sí. Cirugía de bypass coronario. Saldré tarde, ¿quedamos para cenar?

—Vale. Llámame cuando acabes. Aprovecharé de investigar un poco por internet eso de las gestiones de poder, las brats y la fauna del BDSM.

—Suenas bien. Después me ilustras a mí. —Hundió su mano en la melena hasta aferrarla por la nuca y la besó de nuevo, con brevedad, pero con fiereza—. Calculo unas cuatro o cinco horas.

Ya estaba en modo cardiocirujano, así que Inés solo agitó la mano, distraída por aquel beso, y volvió a la pantalla de su ordenador.

Vaya tela.

Lo primero que se le ocurrió teclear fue BDSM. Leyó en diagonal la información de la Wikipedia, todo eso ya lo sabía. ¿Las siglas se acuñaron en los noventa y en el ambiente gay? Estaba claro que lo que existe desde siempre, no siempre tiene nombre. O la sociedad no está preparada para ponérselo.

Durante todo el día, se sumergió, fascinada, en conceptos de Vieja guardia, Nueva guardia, artículos que defendían uno y otro bando, a veces de manera encarnizada, y cómo para algunos era solo un juego sexual, pero para otros constituía un auténtico estilo de vida. Leyó sobre ceremonias de imposición de collar, maravillada por todo el aspecto atávico que rodeaba el BDSM, pero también hubo imágenes que la hicieron tragar saliva por su crudeza y sordidez.

Vio también algunos vídeos. Algunos la excitaron, como los azotes a una sumisa amarrada a una cruz en aspas, en una escena muy parecida de la que habían sido testigos la noche anterior. Otros despertaron su curiosidad, como el de una intrincada sesión de bondage con cuerdas, que más parecía una obra de arte, y otros le generaron asco y repulsión, como el juego con agujas perforando la piel.

Erik llegó a última hora de la tarde, agotado. No tenía fuerzas ni para cabrearse por haber encadenado dos cirugías complejas, y ni siquiera se cuestionó volver a su piso cuando cogió el coche y enfiló hacia el apartamento de Inés. Ella le abrió con los ojos enrojecidos y algo pálida.

—¡Hola! ¿No te has movido de aquí en todo el día?

Seguía con el mismo pijama de la mañana y el pelo en un moño desordenado y se echó a reír.

—He estado todo el día leyendo sobre BDSM. He encargado un par de libros —dijo ella, señalando el ordenador y frotándose los ojos—. Estoy alucinada con lo que he visto, y eso que sospecho que solo he escarbado la superficie. He visto cosas que no creerías —añadió con tono profético. La abrazó con fuerza, agradeciendo la calidez de su tacto y el aroma de su piel.

—El BDSM es un submundo, sí. ¿Alguna conclusión respecto a tu «bratitud»?

—No me queda muy claro. Lo de la gestión de poder, me refiero. Me cuesta pensar que una persona quiera dejar en manos de otra lo que coma, cómo se vista, o cómo se comporte.

—¿Y qué me dices de dejar en manos de otro tu placer sexual? —preguntó Erik, acariciando su espalda por debajo de la tela de la camiseta. Inés siempre elegía telas diáfanas, suaves y delicadas, que casaban bien con su aspecto frágil, pero fatal con su carácter fuerte. A veces, destructor.

—¡Eso es muy diferente! El placer es distinto, dejarte llevar es liberador, es sublime, es... un alivio, y además, es recíproco. Me refiero a que darte placer a ti, me da placer a mí. —Agitó la cabeza en un gesto de confusión tan cómico e infantil que Erik soltó una carcajada.

—Te entiendo. Pero ¿por qué va a ser diferente? La persona sumisa disfruta de complacer a su dominante.

—¿Aunque sea sufriendo humillaciones y prácticas dolorosas? He visto cada cosa... —Bajó el tono, pensativa. Erik se preguntó si habría visto imágenes de juegos con agujas, o prácticas humillantes como la lluvia dorada, el *fisting* o la animalización. EL BDSM ofrecía una amplísima variedad—. No entiendo que haya alguien que disfrute con que le pongan pesos de los labios vulvares o le claven agujas. Ouch.

—Bueno, yo conozco a alguien que disfruta con unos buenos azotes, que le pone mucho el bondage, y que no tiene problema en dejarse hacer por el Señor Hitachi. Y no miro a nadie. —Clavó los ojos en ella, que se sonrojó. Era deliciosa. Esos contrastes lo volvían loco. Por un lado, le hablaba de sadomasoquismo como quien se come un muffin, y luego se ruborizaba al recordarle lo que le gustaba a ella en el sexo.

—No es lo mismo.

—Es lo mismo, Inés. La diferencia está en los límites. Tú disfrutas con algo de dolor en el sexo, otros...

—¡Porque me lleva a más placer! —Erik la miró con paciencia. También lo volvía loco que lo interrumpiera, que rebatiera todas y cada una de sus afirmaciones, y que fuese testaruda hasta unos niveles imposibles.

—Tú disfrutas con algo de dolor en el sexo, pero hay otras personas que disfrutan con mucho, mucho dolor. El umbral es distinto en cada persona, y el masoquismo no es para todos.

—Vale, eso puedo entenderlo. Pero ¿y la humillación? — insistió. Erik comenzaba a estar incómodo con todo aquello. No tenía la experiencia para contestar sus preguntas, necesitaba hablar con Titania y Oberón.

—Tendrás que hablarlo con Titania, liten jente. Yo no te puedo ayudar con eso. Me gusta dominar en la cama, pero no tengo problema con que tú cojas las riendas. Y no me gusta ni un ápice la humillación.

—A mí tampoco —coincidió Inés, que parecía aliviada—. Pero, quizá, otras cosas... sí me gustaría probarlas.

—¿Como qué? —dijo, sintiendo reavivar su interés.

—Como que me ates a una cruz en aspas, me azotes y me folles. Y esas pinzas para los pezones tampoco están mal.

Simple y clara. Sus palabras, y la mirada lasciva con la que las acompañó provocaron en su cuerpo una reacción inmediata. Inés sonrió, perversa.

—Y veo que a ti no te disgusta la idea... —dijo, contoneando las caderas para frotarse contra su erección—. De hecho, te encanta.

—Ven aquí, ya verás si me encanta o no.

Esos polvos rápidos eran sublimes.

Esta vez ni siquiera alcanzaron el sofá. La tumbó contra el suelo, arrancó los pantaloncitos y la camiseta del pijama y se hundió en ella con la seguridad de que la conversación la había calentado tanto como a él. Inés se echó a reír, triunfante, mientras aferraba su trasero para dirigirlo más y más profundo en su interior. ¿Cuándo se iba a acabar? ¿El deseo, la atracción irracional, perder la cabeza de ese modo? Se vació en ella con un gruñido y los dientes apretados, al sentir que ella ya había alcanzado el orgasmo. La dulzura que acaecía tras la intensidad de esos momentos era el complemento perfecto. Estaba loco. Loco por Inés. Apartó la melena desordenada de su rostro y besó sus ojos cerrados y la sonrisa lánguida de sus labios. La alzó y se abrazaron entre suspiros de satisfacción.

—Me lo creo. Que te encanta —resopló ella, divertida. Él solo pudo reír una vez más—. ¿Comida tailandesa de cena? No tengo ganas de cocinar.

—Perfecto.

Se puso de pie y la ayudó a incorporarse del suelo entre risas. No podía imaginar una compañera de vida mejor que Inés.

No todo es tan bonito

Lunes, y comenzaba su rotación en Cardiología de adultos. *Adultos*. Arrugó la nariz frente al espejo del ascensor mientras subía hacia la zona de consultas. Nada más salir, ya echó de menos el ambiente colorido y alegre de la Unidad. El Dr. Bustos la recibió como a una visitante agradable pero un poco molesta, y estuvo de pie casi toda la mañana junto a la mesa del cardiólogo, más atenta a los afiches con consejos de prevención y estilo de vida saludable, que atendiendo lo que hacía. La mañana se le hizo larga y tediosa. ¿Iba a aguantar un mes así? Menos mal que había logrado que la rotación se acortase, se sentía como si hubiera vuelto a ser una alumna de quinto de carrera.

Se escabulló a mediodía hasta el Teatro Municipal para rogarle a Cecilia que la dejase volver, pero ni siquiera la recibió. Tampoco podría asistir a las clases de Danza Moderna, el horario no le ajustaba. Desanimada, se llevó varios folletos que ofrecían todo tipo de actividades del expositor de la entrada y los estudió en el metro de vuelta al hospital. Descubrió que Marcelo, el profesor de Danza, daba clases también de ocho a nueve y media de la noche en un gimnasio cerca de casa. Llamó por teléfono para reservar una prueba: al día siguiente iría su primera clase de *poledance*.

Cuando llegó la hora de ir al cambio de guardia en la UCI Pediátrica, se alegró de volver a terreno conocido, donde, además, era la doctora Morán, pediatra, y no una chica de los recados. Hasta se alegró de ver a Marcos y de tener que trabajar hasta bien entrada la noche. Los niños eran lo suyo. Ahí era donde tenía que estar.

Por la mañana, comprobó con una enorme sonrisa que, al estar rotando en adultos, su carga de guardias se veía reducida de modo significativo. Bien. Alguna ventaja tenía que haber. Conservaba el turno de lunes, pero aquel mes solo tenía una guardia de fin de semana. Hacía años que no disfrutaba de un calendario tan relajado, y era una novedad más que bienvenida.

«Te espero en el *hall*. Descansamos y vamos juntos al Sótero».

Inés sonrió al ver el mensaje de texto. Al grano, como siempre. Sin saludar, sin despedirse; el vikingo en estado puro. Pero se alegraba de entrar dentro de sus planes, y que él asumiera el estar juntos con tanta naturalidad. Al menos, por el momento y cuando estaba cerca de ella. Mierda. La cápsula del «Tema Peta» reflató cuando menos se lo esperaba. Con un esfuerzo de voluntad, volvió a hundirla en el fango de esos pensamientos que la carcomían en segundo plano.

Las manos de Erik, grandes, fuertes y cálidas, se ciñeron en torno a su rostro. La observaba, preocupado.

—Estás ojerosa y pálida. Tienes que descansar —dijo antes de decirle ni hola. Inés lo ignoró y abrazó su cintura refugiándose en esos brazos fuertes y la amplitud de su pecho deseando que fuera piel desnuda.

—Qué amable, ¡gracias! Tú, sin embargo, estás estupendo, oh, dios vikingo de la cardiocirugía —ironizó mientras deseaba meter las manos por debajo de su camisa y acariciar su espalda. Pero estaban en la puerta del hospital. Ya habían llegado demasiado lejos con ese despliegue afectivo, por mucho que a ella le diera lo mismo.

—Prefería cuando era el dios vikingo del sexo, pero me vale —dijo Erik sin un ápice de vergüenza.

—¡Arrogante! Eso tendrás que ganártelo.

Siempre ganaba, era incorregible, y aquella sonrisa de chico malo con colmillos algo torcidos y ojos azules traviosos así lo decían.

Llegaron al piso de Erik en silencio, con movimientos ralentizados por el cansancio y la falta de sueño. Tenía su primera cirugía en el Sótero, de manera que se metieron en la cama y se quedaron dormidos.

Inés despertó primero.

Tenía calor. Estaban desnudos y su piel, adherida al cuerpo de Erik. Cerró los ojos y disfrutó de lo simple de estar entre sus brazos, con uno de sus muslos entre las piernas y con la espalda apoyada en su torso. El aliento cálido que exhalaba con cada

respiración movía con suavidad unas hebras de su pelo. ¿Por qué no podían quedarse así para siempre? Olvidar las responsabilidades y las preocupaciones, los compromisos y los convencionalismos. ¿Para qué trabajar o comer, si podías quedarte en la cama y dormir o follar? Cuando sonó la alarma del despertador, se hundió con pereza hasta lo más profundo de las mantas, pero ahí estaba el Dr. Thoresen para inyectarle una buena dosis de realidad.

—¡Es tarde! ¡Vamos a la ducha, dormilona!

Inés soltó un quejido amargo e intentó aferrar el nórdico que la cubría y que Erik retiraba hacia atrás.

—Odio la energía con la que te levantas, ¡a veces pareces un cíborg!

—Eso es porque cuando duermo contigo, descanso de verdad. Ya te lo he dicho, duermo cojonudamente bien. Y eso que no hemos follado.

—¡Qué romántico! Te odio. Déjame dormir. —Erik soltó una carcajada y la sacó de la cama en volandas, y ella pegó un grito al ver que la llevaba a la ducha—. ¡Más vale que el agua esté caliente!

Cada momento sencillo con Erik estaba revestido de felicidad.

El Sótero seguía igual de lúgubre y el invierno no lo trataba con benevolencia. Los pasillos rezumaban enfermedad y miseria, y Erik no pudo evitar pensar en Cristián. ¿Cuántas veces repasó en Noruega lo ocurrido después de la cirugía, paso por paso, para identificar algo que hubieran hecho mal?

—Estás pensando en Cristián, ¿verdad? —musitó Inés, con el rostro velado por la tristeza. Él asintió—. Todo va a salir bien esta vez. Nos vemos cuando termines.

Se separaron y Erik se apresuró hacia los quirófanos mientras ella se dirigía a las consultas. Se le congeló la sonrisa al ver que Marita la esperaba con cara de circunstancias.

—Hola, Inés. Ha habido un problema. De fondos.

—¿Qué problema? —Se le cayó el alma a los pies. Un problema de fondos era malo en cualquier hospital, pero en el

Sótero, con sus escasos recursos, podía ser una tragedia.

—La cuenta está en números rojos y la cirugía de la niña del ventrículo izquierdo hipoplásico, no está autorizada.

—Pero eso es imposible —dijo Inés, desconcertada—. Erik ha hecho un ingreso nada más volver de Noruega, y me consta que la cubre de sobra.

—Sí, sí. —Marita carraspeó, incómoda—. Al parecer, han utilizado esos recursos en otras necesidades.

—¿Cómo? —gimió Inés.

—Han comprado una partida de ordenadores para informatizar los despachos y las consultas.

—¿Ordenadores?

Se sentó en una silla, presa del abatimiento. No podía creerlo. Marita abrió los brazos en un gesto de impotencia mientras la algarabía de los niños en el pasillo se hacía insoportable. Ignoró unos golpes secos y una reclamación airada por la tardanza.

—Tengo que seguir trabajando, Inés. De verdad que lo siento muchísimo.

Se apartó un poco de la zona de trabajo, y llamó a Erik. No le iba a gustar nada encontrarse con la noticia.

—¡Hola, Inés! —saludo. Parecía aliviado—. Estoy ya en quirófano, pero me dicen que la cirugía está suspendida y nadie me dice por qué. ¿Tú sabes algo?

Cerró los ojos, enfadada y triste. Suspiró y apretó los dientes con fuerza.

—Hola, sí. Ven a la consulta, esto no te va a gustar.

Erik puso el grito en el cielo. Marita aguantó el chaparrón con estoicismo, mientras Inés intentaba calmarlo. Sin éxito.

—¿Me vas a decir que la dirección del Sótero se ha gastado setenta mil dólares en ordenadores? ¿En malditos ordenadores? —rugió con incredulidad, mientras caminaba a zancadas por la consulta—. ¡Ese dinero es privado! ¿Quién les ha dado acceso al número de cuenta?

—Erik, ellos tienen el número para hacer los cobros de los insumos y el pago de los sueldos. No sé si hay modo que, desde el banco, bloqueen un uso indebido —intentó hacerlo razonar Inés.

Pero estaba tan cabreado que no atendía a razones. No en ese momento.

—¿No se dan cuenta de que le han robado a una niña de un año una cirugía que va a mejorar su vida? —Se sentó en la camilla y se agarró la cabeza con las manos—. ¡Yo no puedo ingresar esa cantidad de dinero a este ritmo! Es una maldita ruina.

Inés se mordió el labio inferior, algo culpable. Erik había cubierto todos los gastos del ingreso de Cristián en el San Lucas y no había dudado en aportar, al crear la FUNCORP, el equivalente a los gastos de dos cirugías cardiacas complicadas. Por no hablar del equipamiento nuevo del quirófano. Frotó su espalda y lo abrazó en un intento de consolarlo y pareció serenarse un poco.

Marita habló por primera vez. Parecía impresionada por el arrebato y su voz temblaba. Inés se preguntó si ella sabía algo más de lo ocurrido.

—Erik, un proyecto así necesita de la financiación de varios patrocinadores. Está claro que no es algo que tengas que asumir tú solo. —Erik alzó los ojos azules, glaciales, y asintió en silencio—. Hablaré con Calvo, quizá el Hospital Calvo Mackenna, que tiene UCI Cardiovascular Pediátrica y un buen equipo de cardiocirugía, pueda asumir la operación de esta niña.

—¿Quién va a hablar con sus padres? —respondió, ignorando el ofrecimiento.

—Yo misma iré a hablar con ellos. Es mi paciente y es mi responsabilidad —dijo Marita, y les señaló la puerta—. Ahora, por favor, déjenme trabajar. Estoy muy retrasada.

Erik no respondió. Inés podía ver los esfuerzos que hacía por contenerse y replicar. Se despidió de Marita con cara de circunstancias y se apresuró a seguir a Erik hacia el aparcamiento.

Corrió hasta él y lo cogió de la mano. Erik se detuvo y se giró hacia ella.

—¿Tú sabías algo de esto? —Ahora estaba más bien derrotado. Inés negó lentamente con la cabeza.

—No tenía ni idea. Mañana a primera hora llamo a Nacha y veo si se puede hacer algo para que no vuelva a ocurrir —dijo, apretándole la mano entre las suyas en un intento de consolarlo—. Sería bueno que hablásemos con la Dirección del Sótero.

—Vale. Vale, de acuerdo. Se arreglará. Veré si puedo volver a ingresar más fondos, pero que el banco no autorice nada sin nuestro visto bueno. —Se detuvo un momento, culpable—. Inés, quiero subir a la casa de Farellones. Tengo algunas cosas que hacer, no he ido por allí desde que volví de Noruega.

—Está bien, no te preocupes —dijo Inés. No hacía falta ser adivina para saber que quería estar solo. No se sintió mal por ello; Erik necesitaba espacio, ya lo conocía muy bien—. Yo descansaré un rato en casa y tal vez llame a Philip para preguntarle el contacto de Titania. Después, tengo clase de danza en un sitio nuevo. —Se dio cuenta de que Erik no sabía nada—. Me han expulsado de las clases de ballet.

—¿Y eso? —Erik acarició su rostro y le apartó el flequillo de la cara. Inés se derritió con el pequeño gesto de ternura.

—Por inasistencia —confesó ella—. Reconozco que este año he sido muy inconstante, y Cecilia es exigente. No puedo mantener el nivel.

—Ya me contarás qué tal en el sitio nuevo. Vamos. Te llevo a casa.

En cierto modo, se alegraba de que Erik quisiera estar solo. Cuando lo embargaba ese ánimo taciturno no era muy buena compañía. En el coche, no soltó más que un par de frases más bien cortantes y acabó por dejar de intentar animarlo.

—Hasta mañana —se despidió, frío. Pese a todo, ella lo abrazó y le besó los labios. Frotó su ceño fruncido con el pulgar y envolvió su rostro con las manos.

—Descansa, disfruta de la montaña. Yo pensaré en ti, y mañana será otro día, ¿vale?

Él sonrió por primera vez en aquella tarde. Lo tomó como un pequeño triunfo. Y su sonrisa se tornó aún más amplia cuando él murmuró, casi a regañadientes.

—No sé qué haría sin ti, Inés.

Llegó a su apartamento, encendió la televisión e ignoró la montaña de plancha que la saludaba desde la habitación desastre.

Comenzaba a tomar proporciones preocupantes, pero no le apetecía ponerse a ello. En vez de eso, se quitó los zapatos, se tiró en el sofá con el móvil en la mano y pulsó en el contacto de Philip.

—*Chérie*, qué sorpresa! —contestó su amigo—. Tenía pendiente llamarte, ¿qué tal lo pasasteis tú y Erik en la fiesta?

—Llamaba para agradecerte la invitación. La verdad es que lo pasamos más que bien —dijo riendo. Cada vez que recordaba los detalles de la noche, le costaba asumir que todo aquello había sido real—. El ambiente, la decoración, la música, la comida, la luz... ¡Todo!

—Estáis invitados a compartir con nosotros cualquier fin de semana. A veces hacemos fiestas temáticas, otras veces, solo nos juntamos a contarnos las penas y tomar un café. Este fin de semana, jugaremos a «Beso, verdad y desafío», ¡será magnífico!

—Mil gracias, Philip. Hablo con Erik y te confirmo.

—*Princesse*, sabes que puedes venir tu sola, sin el vikingo, ¿verdad? Yo te cuidaré.

Inés se echó a reír ante el tono conspirador de Philip.

—Lo sé, pero lo cierto es que me gusta compartir todo esto con él.

—¿No te gustó la compañía de nuestros invitados? —preguntó Philip, con la voz cargada de picardía. Ella se echó a reír aún más fuerte.

—La compañía fue lo mejor de la noche, ¡no hace falta que te lo diga! De hecho, Titania me dijo que podía pedirte su número de móvil. —Dudó si contarle para qué lo necesitaba, y decidió ser sincera—. Me ofreció conocer una mazmorra, ya sabes... una mazmorra de BDSM.

—Uhm, *princesse*. Ya veo que he abierto una compuerta que ha desatado un torrente de curiosidad —replicó Philip con malicia. Inés no le iba a aclarar que había sido Erik quien lo había hecho, mucho tiempo atrás. No contestó y Philip prosiguió—. Lo confirmaré con ella y te enviaré el contacto por WhatsApp, *d'accord?*

—Claro, claro —dijo Inés. Toda la razón, debía confirmarlo primero. Titania tendría sus razones para mantener el anonimato y supuso que no le daba a cualquiera su contacto. Lo agradeció aún más—. Un beso, Philip. Y gracias de nuevo.

Su amigo se despidió tras un instante de duda en el que pareció querer decirle algo, pero finalmente colgó. Inés esperó, impaciente, pero a los pocos minutos tenía el contacto de Titania. Antes de abordarla con una llamada, decidió mandarle un *whatsapp*.

«Hola, T. Soy India, Philip me ha dado tu teléfono. ¿Cuándo te viene bien que charlemos un ratito? Besos».

No se conectaba desde hacía horas, así que no se quedó esperando la respuesta. Se deshizo de parte de la montaña de ropa hasta que fue menos intimidante y se preparó para ir a su primera clase de *poledance*.

El gimnasio no estaba lejos de su casa, pero en dirección Ñuñoa. Quizá podría ir en bicicleta en vez de en coche la próxima vez. Frunció el ceño, por fuera tenía el aspecto de una nave industrial, y se escuchaba la música de unos altavoces a toda potencia. Cuando entró, se encogió. El volumen estaba altísimo, aun así, el ritmo rápido, casi africano de la percusión que sonaba hizo que su cuerpo comenzara a entonarse. Asomó la cabeza en lo que parecía una minúscula oficina, donde una chica con rastas garabateaba algo en un papel mientras hablaba por teléfono. Le hizo un gesto amistoso para que esperara e Inés se sentó en el puf frente a la mesa.

—¡Hola! Bienvenida al Circo Moderno. Soy Gabriella, ¿tú eres?

—Soy Inés. Vengo a inscribirme a las clases de *poledance*.

—¿Inscribirte o probar? Las clases de *pole* son muy duras — dijo ella, riendo—. Toma, aquí tienes la ficha para rellenar. El primer mes se paga en metálico.

Inés llenó los datos habituales y pagó el importe, bastante inferior al de las clases de ballet.

—Ven. Te enseñaré los vestuarios. Aquí está la clase. — Abrió una puerta cubierta de afiches de presentaciones y fotos en papel cuché, e Inés sonrió al ver las barras verticales de acero sobre el parqué de madera y el espejo, que daba la sensación de una amplitud infinita—. Todos los días hasta las nueve, o nueve y media.

Te recomiendo que empieces con dos días a la semana, por la dureza de las clases.

—¿Dureza? —preguntó Inés, extrañada.

—Oh, sí. ¡Ya lo verás! Aquí tienes el vestuario —dijo, abriendo una puerta y señalando las taquillas—. ¡Apúrate, que está por empezar la clase!

Inés metió a toda prisa la bolsa en una taquilla, tras sacar la toalla y la botella de agua, y se dirigió a la sala. Ya estaban casi todas las barras ocupadas y Marcelo le hizo señas para que se acercara hacia adelante.

—¡Bienvenida, Inés! —saludó, haciéndose oír por encima de la música—. ¡Saluden, chiquillas!

—¡Hola, Inés! —dijo el grupo al unísono y entre risas. Ella devolvió el saludo con un gesto y una sonrisa.

—Vamos, lindas. ¡A calentar!

Inés siguió sin problemas los movimientos de estiramiento, abdominales y flexiones. Cuando empezaron los ejercicios en la barra fue harina de otro costal. ¡Qué difícil! Marcelo le dio instrucciones para aprender a subir, rodeándola con las piernas y ayudándose con los antebrazos, pero el dolor de sus empeines y sus rodillas le impedía el ascenso. Contempló, desconcertada, cómo el resto de las chicas, algunas con más sensualidad, otras con más torpeza, ascendían por la barra en un movimiento sinuoso. Volvió a intentarlo, ignorando el dolor, y el reflejo en el espejo le devolvió una imagen que era de todo menos erótico. Le entraron ganas de soltar una carcajada.

El profesor se acercó mientras ella se abrazaba de modo lastimero a la barra.

—¡Vamos, Inés! ¡Que no se diga, que tú juegas con ventaja! —Y le estampó una sonora palmada en el culo, que la hizo dar un respingo—. No lo pienses tanto, ¡hazlo!

A fuerza de intentarlo una y otra vez, consiguió algo parecido a lo que el resto hacía con su cuerpo. Las figuras tampoco eran fáciles, pero pudo replicarlas con algo menos de esfuerzo. Al finalizar la clase, que pasó volando, tenía las manos con callos, varios morados en sus rodillas y pies, y estaba cubierta en sudor.

—¡Muy bien, Inés! ¡Has superado la primera clase! —Las sonrisas aprobadoras de Marcelo y sus compañeras la confortaron—. ¿Y? ¿Te quedas con nosotras a sufrir?

Resopló y soltó una carcajada, pasando por alto que Marcelo se incluía sin problemas entre ese nosotras.

—Por supuesto.

Cuando se subió al coche, casi no podía agarrar el volante de lo agotadas que tenía las manos. ¡Agujetas en las manos! Tuvo las fuerzas justas para darse una ducha, mandarle un mensaje de buenas noches a Erik y responder con un «Okay, espero tu llamada, gracias», al *whatsapp* de Titania, que decía que se comunicaría con ella por teléfono.

Esa noche durmió como un bebé.

Pasar el día en Farellones le había devuelto la calma. Cortar y preparar dos metros cúbicos de leña con el hacha para lo que quedaba de invierno, el ejercicio perfecto para descargar la rabia y frustración que sentía, y dormir a pierna suelta al acabar. La casa estaba ya lista, y no veía el momento de llevar de nuevo a Inés.

Enfrentó la mañana de cirugías del miércoles como nuevo, despejado. Aquel día le tocaban un par de quirófanos muy, muy duros. De hecho, salió del primero con la espalda anquilosada y el cuello agarrotado por la postura forzada. Un chaval con un corazón ya muy castigado con cirugías previas. Esperaba que esta reparación fuese la definitiva y que pudiese disfrutar de un poco de calidad de vida.

Había sudado como un caballo y se dirigió al vestidor masculino para darse una ducha corta, dándole vueltas a cómo resolver el asunto de la falta de fondos de la FUNCORP. No le importaba hacer un ingreso desde su cuenta en Oslo de vez en cuando, pero cada cirugía cardiorádica costaba una media de setenta mil dólares. Y ya llevaban dos financiadas de manera íntegra por él. Salvo el pequeño aporte de Inés. Sonrió. De pequeño, nada. Cedió el premio del congreso sin cuestionárselo ni un segundo. Otra prueba de su generosidad. No solo era

desprendida en el sexo. Sonrió a solas mientras el agua tibia se llevaba el sudor y el dolor de sus músculos. Era mejor no continuar aquella línea de pensamiento, o se ganaría un buen calentón.

Salió renovado y se secó enérgicamente el pelo.

—¡Ah, huevón! ¡No te vi entrar! ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Dio un respingo ante el grito desproporcionado del nuevo, de Portales. Luego frunció el ceño con extrañeza.

—Llevo aquí más de media hora, Franco. Acabo de ducharme. —Levantó la toalla que tenía en la mano como prueba—. ¿Estabas aquí?

—¡Ah, sí! Claro, claro. Estaba en el váter. Ya sabes, descargando lastre antes de la próxima cirugía. —Sus brazos se movían en aspavientos exagerados, y ladeaba la cabeza de manera brusca. La extrañeza se transformó en auténtica repulsión—. Bueno, me voy al quirófano. ¡Que estés bien! ¡Vamos a salvar vidas, huevón! —Y le dio un puñetazo en el brazo antes de salir disparado por la puerta.

Erik apretó la boca en una línea fina. Si quiso ser amistoso, desde luego se le había pasado la mano. Se frotó el brazo con ganas de devolvérselo, pero en la cara. Quizá así dejaría de moverse como un mono en un nido de serpientes.

Qué tío más desagradable.

La llamada de Titania le dio la excusa perfecta a Inés para despedirse de su tutor y marcharse tras acabar la consulta. Debía ponerle más energía y dedicación, pero no era capaz de motivarse.

—¡Hola, Titania! —dijo con entusiasmo. La mujer se echó a reír al otro lado del teléfono.

—Soy Tania, linda. Puedes llamarme por mi nombre, solo te pido que cuando estemos en el rol, no te olvides de llamarme Titania.

—Claro que sí. Yo soy Inés.

—Genial, Inés. Oye, te llamaba porque esta tarde a las siete hay un café BDSM para mujeres en La Ergástula. Solo chicas. ¿Te apetece venir conmigo?

Inés no pudo evitar la alegría. Era una oportunidad única.

—¡Claro, me apunto! ¿Dónde es? ¿Tengo que vestirme de manera especial?

Ella se echó a reír con la idea.

—Es algo informal, en estas cosas no hay código de vestimenta. Te mando la dirección por *whatsapp*. ¡Nos vemos, linda!

Su alegría se diluyó un poco al entender que Erik no podría acompañarla. Lo llamó por teléfono, para saber de él. Su mensaje de buenas noches no había obtenido respuesta, de hecho, ni siquiera había mirado el móvil. Cuando estaba en la montaña, se desconectaba por completo. Hasta de ella.

—Hola, *liten jente*. ¿Cómo estás?

Inés sonrió. Así era Erik, y tendría que acostumbrarse a lidiar con ello. No importaba, mientras siguiera llamándola así. Se derretía cada vez que lo escuchaba.

—Bien, muy bien. ¿Todo bien en la casa?

—Todo perfecto. Te está esperando; a falta de comprar algunos muebles para acondicionar las habitaciones, está lista. Tendrás que ayudarme con eso. —Se enterneció con su ilusión y por el hecho de que la incluyera—. ¿Tú?

—He hablado con Titania, y me ha invitado a un café en la mazmorra. Solo mujeres.

—¿Entonces no nos vemos? —dijo Erik. Parecía decepcionado—. Está bien, yo estoy agotado después de las cirugías de hoy. Además, he tenido un encontronazo con el cirujano nuevo que me ha dejado raro todo el día.

—¿Raro? ¿Cómo raro? —preguntó, extrañada por lo vacilante que se mostraba. No era habitual escucharlo tan dubitativo—. ¿Qué pasó?

—Nada especial. Solo que es un tío muy desagradable. Coincidimos en el cuarto de baño y... bueno. No sé. Quizá es solo que me cae mal.

Inés se echó a reír. Quizá a Erik no le gustaba tener competencia y por lo que había oído, Franco Portales no estaba nada mal, aunque ella no había tenido la oportunidad de conocerlo aún.

—¿Nos vemos mañana después del hospital? Tenemos que decidir si vamos a la fiesta de Álex y Philip este fin de semana. —No pudo esconder las ganas que tenía de ir. Por favor, que Erik la acompañase. Por favor. Por favor. Si él no iba, dudaba mucho que se animara a ir sola. No todavía. Él gruñó al otro lado del teléfono.

—Tenía pensado ir a Farellones el fin de semana.

—Por favor —rogó Inés con voz dulce—. Te ofrezco un día de esclavitud a cambio.

—Eso es muy de BDSM —bromeó él.

—Estoy dispuesta a someterme a cualquier cosa que tú ordenes, *Amo* —dijo, con una entonación grave y sensual que decía a las claras a qué tipo de sometimiento se refería.

—No sabes lo que dices, India. Tengo todo lo que me vas diciendo anotado. No en la cabeza, no. En una lista de mi móvil que se llama «Inés». Algo de una cruz y unos azotes, algo de unas muñequeras de cuero, repetir con el Señor Hitachi... —Inés soltó una exclamación al recordar que era cierto. Esas palabras habían salido de su boca—. En cuanto te tenga a solas con un poco de tiempo, veremos de qué eres capaz. —La obscenidad de su tono de voz la hizo estremecer en lo más íntimo.

—Llamaré a Philip para confirmar.

Inés llegó con puntualidad británica al lugar donde Titania la había citado. Una cafetería no muy lejos del Teatro Municipal, en el metro Bellas Artes. Ella apareció a lo lejos, envuelta en un abrigo gris y elegante, y la cara al natural. Era una mujer bonita y llamativa, con ojos negros y melena corta más negra aún.

—¡Hola, Inés! ¿Nos tomamos un cafecito antes de ir a La Ergástula? Así te cuento un poco lo que te vas a encontrar.

Intercambiaron un beso en la mejilla y se apresuraron a entrar en el local. Hacía mucho frío, y una lluvia molesta y fina se descargaba de modo intermitente sobre la ciudad. Inés sonrió al saber que en Farellones estaría nevando y una punzada de nostalgia atenazó su pecho. Echaba de menos a Erik. Se sentaron

en una acogedora mesa en un rincón y pidieron un chocolate caliente.

—Se agradece con el frío —comentó Titania. Inés sonrió, aún no sabía muy bien cómo enfrentar aquel inicio de amistad—. Dime, ¿has experimentado alguna vez algo de... de sexo no convencional?

Inés se acercó a ella de manera instintiva, y ambas bajaron la voz, pese a que el barullo y el lugar en el que estaban las protegía de oídos indiscretos.

—Bueno, al vikingo le gusta mucho el *bondage*. Con cintas, con muñequeras, con lo que sea —admitió Inés. Era maravilloso hablar con libertad de aquello con alguien que no se escandalizara como su hermana, o la mirase como si fuera extraterrestre como Nacha—. Y hemos probado muchos juguetes: vibradores, Hitachi, anales...

—Bueno, eso es más de lo que muchos que se interesan por el mundillo han hecho —dijo Tania, aprobadora—. ¿Y juegos de gestión de poder?

—La verdad es que no estoy muy segura de entender el concepto. Me refiero, a que sé que Erik es dominante. —Se detuvo al darse cuenta de que había soltado su nombre. Tenía que andarse con más cuidado. Vikingo. Era Vikingo—. No es solo follar, es todo el sexo. Una vez me inmovilizó, y me arrancó cinco orgasmos en veinte minutos —confesó, notando que su cuerpo se desperezaba al recordarlo—. Aquello fue...increíble. Bestial.

—Bueno, tal vez no lo creas, pero es una práctica habitual en BDSM —dijo Titania—. ¿Y tú, cómo te sientes?

—Siento que en esos momentos haría lo que fuera por él. Cualquier cosa que me pidiera. Y eso a veces me da miedo. —Inés se sorprendió de sus propias palabras, y sobre todo de decirlas en voz alta, ante una casi desconocida. Pero sentía que Titania era la persona adecuada—. Él me dijo una vez, no sé si con estas palabras exactas, que era muy diferente obligarte a hacer una cosa que no deseas, a hacerte desearlo. Que él me llevaría, en el sexo, donde yo creía que no quería ir, pero exactamente donde deseaba estar. Es complicado.

—Es más fácil de lo que crees, Inés. Eso es MUY de dinámica Ds.

—¿Dinámica Ds? —repitió ella sin entender.

—Dinámica Dominación sumisión, intercambio erótico de poder. Los dominantes sienten placer en hacer crecer a las sumisas, en el sexo o en otros aspectos de la vida. Nosotras, sentimos placer al entregarnos y seguir las órdenes de nuestro amo.

Inés frunció el ceño. No. Eso sí que no.

—Puedo entenderlo en la faceta del sexo, pero tú pareces una mujer fuerte e independiente, ¿por qué quieres algo así en el resto de los aspectos de tu vida? ¡Es perder tu libertad como mujer!
—protestó, reivindicativa.

Titania no pareció ofenderse por su comentario. Se encogió de hombros y sonrió.

—Eso es mejor que se lo preguntes a Dómina Flecha. Vamos. Es casi la hora.

La Ergástula

El edificio era de piedra y destilaba un aire señorial y majestuoso; las cornisas mostraban algún desportillado, pero conservaba los relieves originales, y la escalera desgastada por el paso de los años, tenía una maravillosa barandilla de madera torneada.

Se metieron en el vetusto ascensor de hierro forjado e Inés no pudo evitar cierta aprensión.

—No te preocupes, es antiguo, pero funciona perfectamente. Es en el segundo sótano, ¡vamos! —dijo Titania entusiasmada.

Inés la siguió hasta una pesada puerta de madera, con un enorme pomo de bronce bruñido. La única del rellano. Titania pulsó el timbre bajo una pequeña placa que rezaba dos letras barrocas. «L.E.».

Un sonido chirriante avisó de la apertura de la puerta, y entraron. Una música instrumental, envolvente, que a Inés le recordaba a la banda sonora de alguna película épica, sonaba desde el interior. Siguió a Titania hasta llegar a un amplio espacio, con dos ambientes muy diferenciados. A la derecha, una barra de madera con algunos taburetes presidía un suelo de baldosas de mármol blanco y negro, en el que se repartían algunas mesitas redondas de madera con sillas torneadas. Varias mujeres se sentaban en ellas, conversando. Alguna sonrió o saludó a Titania en señal de reconocimiento.

Inés reprimió una exclamación al descubrir lo que había en el otro lado. El suelo era de una moqueta granate, de aspecto lujoso pero muy desgastada. Una cruz de San Andrés, no acolchada en cuero como la de casa de Philip, sino de madera, de la que colgaban unas cadenas con mosquetones. Un potro. Una camilla ginecológica, que la hizo encogerse en disgusto; una enorme jaula, desde el techo al suelo. En un rincón un poco más apartado, un par de anillas de acero colgaban del techo, sujetas con cadenas a las vigas. Pero lo más espectacular, no sabía si por lo bizarro o por lo majestuoso, era la tarima en el centro de todo aquel mobiliario,

donde había una silla de madera con una pátina de oro casi imperceptible, donde se sentaba la mujer más peculiar que había visto en toda su vida. Ni siquiera le dio importancia al hombre que, tirado en el suelo, parecía adorar sus pies descalzos.

—Esa es Dómina Flecha —susurró Titania con tono reverencial. Inés cerró la boca que tenía abierta desde que entró a la mazmorra—. El hombre que la acompaña es el único que verás aquí hoy, es su sumiso más fiel. Una especie de ayuda de cámara.

La mujer debía pesar al menos ciento treinta kilos. Era inmensa. Llevaba el pelo, de un gris plateado, recogido en un moño que le daba un gesto severo e imponente. Sus manos descansaban con elegancia sobre los reposabrazos del improvisado trono, con las uñas pintadas de negro. Clavó los ojos en ella, y sonrió con calidez. Inés sintió la necesidad absurda de saludarla con una inclinación de la cabeza. En vez de eso le devolvió una sonrisa tímida.

—Cálzame, Perro —dijo la mujer, empujando con el pie al hombre, que hizo una reverencia exagerada y le puso los zapatos de tacón con devoción—. Ahora, ayúdame.

Alguien apagó la música y el murmullo de las conversaciones animadas desapareció. La mujer se levantó de la silla con cierta dificultad, pero su sumiso la sostuvo con firmeza, y le ofreció su brazo. Era alto y fornido, pero al lado de la dominatriz, parecía casi enclenque.

—No se detengan por mí, niñas. Sigán conversando tranquilas. —El gesto displicente y a la vez maternal hizo fruncir el ceño a Inés por la sorpresa—. Mi Perro pasará para ofrecerles alguna bebida, y yo me sentaré en mi mesa habitual para que vayan acercándose a conocerme y plantearme sus dudas.

—¡Ven, Inés! Vamos a sentarnos y pedirle algo al Perro.

Sortearon las mesas ya ocupadas, y escogieron una de las pocas libres, en un lateral. Allí había un buen puñado de mujeres. Inés hizo un conteo rápido: eran once mujeres. Dos estaban solas, había un grupito de tres y el resto eran parejas. Poco a poco, las conversaciones se reanudaron. Pidieron un par de cafés que el Perro les trajo con una sonrisa pero sin decir ni una sola palabra. Inés permanecía atenta a las conversaciones, atrapando al vuelo retazos de dudas muy parecidas a las que ella misma tenía.

—Pucha, hoy nadie se atreve a romper el hielo —se lamentó Titania. Inés alzó las cejas, interrogante—. ¿Quieres ser tú la primera en hablar con Dómina Flecha? Yo te acompañaré.

Inés asintió, y se levantaron hacia la mujer. Se agarró al brazo de Titania, y ella la sujetó con un ademán para reafirmarla e intercambiaron una sonrisa.

—Buenas tardes, niñas. Hola, Titania. Hace tiempo que no venías por aquí, ¿cómo está Oberón? —preguntó, con cariño. El tono era incluso entrañable. E Inés comprobó que no era una pose, que su porte no era estudiado, y que sus palabras brotaban con naturalidad.

—Mi amo está bien, Dómina. Ya sabe que no nos gusta mucho compartir en comunidad, somos más de intimidad —dijo Titania con una sonrisa—. Le manda muchos saludos.

—Dile que no sea tan tieso, y que se acerque a ver a su vieja amiga alguna vez. ¿Y esta niña, quién es?

Inés se sentía como si tuviera dieciséis años. No permitió que Titania contestara por ella. Cuando se disponía a hacerlo, respondió.

—Soy India. Titania me habló del café para mujeres y me apunté sin dudarlo.

Flecha la miró con extrañeza, pero Inés estaba acostumbrada a despertar curiosidad por el resto de acento español que todavía conservaba.

—¿Y por qué te apuntaste sin dudarlo, India?

Inés vaciló. ¿Qué iba a contarle? Ahora entendía por qué no era tan fácil llegar y exponer sus dudas.

—Estoy descubriendo muchas cosas sobre mí misma, en torno a la sexualidad, quiero decir. —La mujer esperaba, paciente—. A medida que leo sobre el BDSM y conozco lo que incluye, la... teoría —dijo, por ponerle un nombre a todo aquello que había leído —, más me doy cuenta de que me gusta lo no convencional. Y que mucho de lo que comparto con el Vikingo, con mi pareja, podría clasificarse como tal.

Vaya. Para no tener qué decir, había soltado un buen discurso. Dómina Flecha sonrió con calidez.

—Sigue, India. Todo lo que me cuentas es muy interesante —la animó a seguir.

—No todo —aclaró, siguiendo la línea de la conversación con Titania—. No me cuesta entregarme en el sexo, he hecho cosas con Erik que si me dicen hace un año que iba a estar así, me habría echado a reír. Pero no entiendo la sumisión en la que una mujer libre, fuerte e independiente, entrega al supuesto dominante la capacidad de elegir lo que come, lo que viste... No sé. Me parece casi...

—¿Casi machista? —completó Dómina Flecha. Inés asintió. Quiso evitar de manera deliberada aquella palabra porque no quería ofender a Titania, pero era exactamente lo que sentía—. Titania, ve a conversar con tus amigas. Yo me quedaré con India.

La mujer se levantó, hizo una pequeña inclinación de cabeza, sonrió a Inés, apretándole un hombro para tranquilizarla, y se marchó.

—Sí, así es. Yo no podría renunciar a lo que me define como mujer. Esas pequeñas cosas, lo que me pongo, lo que como, dónde voy y cuándo, me pertenecen. —No pudo evitar un deje de altivez en sus palabras y Flecha volvió a sonreír—. Puedo entregarme en el sexo, pero no en todo lo demás.

—¿Y por qué eso te genera conflicto, India? No todos están preparados para una dinámica de 24/7, de hecho, no es lo habitual.

—¿Ah, no? —preguntó Inés, sorprendida.

—No. Entre el blanco y el negro existe una amplia escala de grises. Una relación 24/7 se acercaría mucho al negro. Jugar en la cama de vez en cuando, al blanco. Es de competencia única y exclusiva de la pareja decidir en qué grado de la escala están. Todo, o casi todo, vale, siempre y cuando ambos lo decidan así. A eso refiere el consensuado de las famosas siglas.

—Sensato, seguro y consensuado —murmuró Inés.

—E incluso así hay matices. Muchas prácticas que se ven el BDSM son poco seguras, solo el hecho de atar con cuerdas a una persona, entraña muchos peligros potenciales —dijo Flecha con calma, señalando la cruz y el resto del mobiliario—. Tampoco diría yo que son sensatas.

Inés se echó a reír, asintiendo. Lo acogedora que era aquella mujer abrumaba. Y su paciencia también.

—Es cierto. He visto algunas cosas que ponen los pelos de punta —afirmó, enfática—. Lo juegos con agujas, las suspensiones, las prácticas médicas. —Se estremeció.

—No son para todos, es cierto. Pero ¿por qué hacer algo que no nos atrae, cuando hay tantas y tantas cosas que nos llenan de felicidad y placer? Experimentar no significa ir a contrapelo, India. Hay que conocer los propios límites para poder explorarlos.

Inés le dio vueltas a la idea unos segundos.

—Nada de agujas. Ni de sangre. Y por encima de todo, nada, NADA, que tenga que ver con la medicina.

Dómina Flecha se echó a reír. Inés miró con fascinación la blandura de sus carnes moverse con los estertores de su risa.

—Acabas de delatarte. No respondas si no quieres, ¿eres enfermera, médico?

—Soy médico —reconoció Inés, a regañadientes.

—Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo. No es raro tener gente del mundo sanitario en el BDSM, es algo curioso —dijo la mujer. El Perro se acercó a ellas y le tendió una botella de agua a su ama.

—Dómina, otras mujeres esperan —dijo con sumo respeto.

—Que esperen un momento, enseguida acabo con India.

—No quiero acapararla —dijo ella con rapidez. Era cierto que llevaban charlando un buen rato, y la fila que esperaba crecía y se impacientaban.

—¿Quieres preguntarme algo más?

Inés se mordió el labio inferior. Tenía tantas preguntas, que sentía que el cerebro le iba a explotar. Se decidió por la que más despertaba su curiosidad, por no entenderla.

—Solo una. ¿Por qué alguien puede disfrutar con la humillación? No lo entiendo. —Dómina Flecha la miró con interés—. Rebajarse hasta el límite de ser un felpudo humano, por ejemplo. —Inés escogió justamente esas palabras, para hacerse entender, porque ver al sumiso a los pies de Flecha, en un primer momento, le generó repulsión.

—Bueno, es rebajarse para ti. Pero ¿te has preguntado qué significa para la persona que lo hace? —Inés negó con la cabeza—. Antes de juzgar, hay que conocer. ¡Perro, ven aquí!

El hombre no tardó ni diez segundos en acercarse hasta ellas.

—Sí, Dómina.

—Explícale a India qué sientes al ser mi perro. —Al hombre se le iluminó la mirada y asintió.

—Orgullo. Gracitud. Me siento un privilegiado.

—¿Por qué? —insistió Flecha, mientras miraba fijamente a Inés.

—Porque, de entre todos los hombres, yo soy el escogido para atenderla. Porque cada cosa que puedo hacer por ella me llena de felicidad —dijo el hombre, con sencillez—. Porque los premios con los que me retribuye son... —Se detuvo unos segundos para sonreír con picardía— magníficos. Y por encima de todo, porque es la única persona en este mundo con la que puedo ser yo mismo. No tengo que ser más que lo que siento y quiero. Porque servirla me hace libre.

Inés recordó al instante el tatuaje de Erik, y enrojeció.

—Gracias, Perro. Ahora, fuera de aquí —dijo Flecha, después de acariciar su mano con cariño. Se dirigió a ella con seriedad—. India, tienes que alejar de ti los prejuicios. No tiene que ser lo que tú escojas o disfrutes, pero siempre debes respetarlo. El feminismo consiste, entre otras cosas, en escoger con entera libertad aquello que queremos hacer con lo que tenemos entre las piernas. ¿Por qué vas a coartar a una mujer que escoge libremente entregar a su dominante esas parcelas de su vida? Es su elección. Nadie tiene nada que decir, salvo ella y su pareja.

Inés asintió. Dómina flecha le había dado mucho que pensar. Erik era mucho más abierto que ella en ese sentido, pero hasta ahora, desconocía la magnitud de cuánto.

—Gracias, Dómina Flecha —dijo Inés. De corazón. No solo había resuelto sus dudas, además le había enseñado una bonita lección. Se levantó y le dio, espontánea, un beso en la mejilla. La mujer sonrió, maternal—. Espero volver pronto con mi Vikingo.

—Ven cuando quieras, India. La Ergástula está para disfrutarla y que la comunidad se nutra de gente nueva, con inquietudes. Y si Titania te avala, eres bienvenida junto a tu Vikingo. —Le tendió una tarjeta, con las dos siglas en las mismas letras que la placa de la entrada, y un número de teléfono—. Si deciden venir este sábado, hay una pequeña celebración. Vendrá un maestro argentino de *shibari*, pero tienen que avisar si vienen o no.

Inés cogió la tarjeta y la guardó en el bolso, y volvió a la mesa junto a Titania.

—¿Qué tal? —preguntó su nueva amiga con curiosidad.

—Esclarecedor. Duro, a la vez. Me ha dicho unas cuantas verdades —admitió Inés—. Me ha dado mucho que pensar.

—¿Quieres quedarte? Te puedo presentar a algunas otras chicas, pero yo tengo que irme —dijo, mirando su reloj—. Oberón me espera, ya es tarde.

—Me voy contigo, mejor.

Inés esperó un momento a que Titania se despidiera, y salieron juntas a la calle.

—¿Nos veremos en casa de Philip? —preguntó la mujer cuando se despidieron.

—Sí, ahí estaremos sin falta. Gracias por todo, Tania. De verdad.

El jueves Erik tuvo una guardia de mierda, así que no pudieron verse. Y ella trabajó con la sensación de formar parte del mobiliario en la consulta de adultos. Por la tarde, con los últimos pacientes, tuvo que hacer un esfuerzo consciente para reprimir los bostezos, y en cuanto Bustos le dio luz verde, salió escopetada del hospital. ¿Iba a estar todo el mes así? Al menos tenía solo tres guardias al mes.

Por fin viernes. Una noche de sueño reparador alejó el ánimo taciturno con el que se había acostado. Mientras se tomaba el café, llamó a Erik sabiendo que estaría ya en el hospital.

—Buenos días, *kjaereste* —respondió al segundo tono. Aquella premura en contestar la hizo sonreír—. ¿Qué tal en la

mazmorra?

—Fui a tomar algo con Titania y después conocí a Dómina Flecha. El lugar es espectacular, ¡tienes que venir conmigo a conocerla! Y ayer fui a *poledance* y en cuanto llegué a casa me tiré a la cama a dormir. Tengo muchísimo que contarte. —Se moría de ganas de describirle la experiencia—. ¿Nos juntamos a tomar un café a media mañana?

—No. No voy a poder. Tengo que ir a hacer una consulta interhospitalaria, y probablemente esté fuera todo el día. —Inés soltó un gemido desilusionado, mezclado con cierta admiración. A Erik lo consideraban tan bueno que ya lo llamaban de otros hospitales para valorar pacientes con casos complejos—. ¿Nos vemos en la auditoría de la tarde?

—¡No te olvides que ahora es a las cinco y media! —dijo Inés, avisándolo de los cambios que Guarida había introducido en su ausencia—. En la Sala de Juntas de la Unidad.

—Sí, tenemos que cambiar eso —gruñó él con fastidio—. Nos vemos allí.

—¡Adiós, Erik!

El clic de que la llamada terminada la pilló en mitad de su nombre. Al menos había alcanzado a despedirse. Le costaba acostumbrarse a lo seco y cortante que era por teléfono. Se dio cuenta de que, si no se daba prisa, llegaría tarde al hospital.

Entró puntual a la consulta del Dr. Bustos, que la saludó como si fuera un inconveniente agradable. Pasó toda la mañana sentada en una silla, a su lado, intentando prestar atención a las tediosas y repetitivas historias de los pacientes. Al menos podía auscultarlos. Lo único bueno del día fue que Bustos no citaba pacientes los viernes por la tarde, y pudo ir a comer a casa y dormir una pequeña siesta antes de ir a la reunión de la auditoría.

Erik llegó puntualmente a las cinco y media de la tarde a la Unidad. Sonrió al ver a través de la puerta de cristal el buen ambiente que reinaba en el grupo. Entró en la sala y le guiñó un ojo a Inés.

—Buenas tardes a todos, me alegro de veros —dijo con sinceridad. Recibió con resignación las palabras de pésame y cariño por la muerte de su padre. Solo habían pasado dos semanas, y a

veces parecía que fuesen años. Otras, como en ese momento, sentía con claridad la punzada de dolor. Cambió de tema un poco brusco, centrando la charla de nuevo a la auditoría—. Bueno. He visto que habéis hecho un buen trabajo con Guarida. No hay retrasos importantes, y los informes son completos y detallados. La semana que viene...

—¿Cómo que la semana que viene? —dijo Álex, ultrajado—. ¡Las reuniones ahora son cada quince días!

—Pero debemos enfrentar lo que queda de año...

—Lo que haya que enfrentar, lo podemos hacer cada quince días, Erik —interrumpió Yenny con voz dulce pero implacable—. Tú mismo has dicho que hemos hecho un buen trabajo y que no tenemos retrasos.

—Y en cuanto a la hora, yo no puedo ir antes de las ocho, porque...

—Sí puedes —atajó Gus. El que faltaba—. Ya lo hablamos con Guarida. Estás autorizado para venir a las cinco. De hecho, estaba sorprendido de que no se lo pidieses tú mismo.

Apretó los dientes. Comenzaba a quedarse solo en la cruzada de la auditoría. Soltó un suspiro resignado y se sentó en la butaca junto a Inés, que reprimió una sonrisa.

—Y supongo que no querréis que las reuniones se hagan aquí.

—Ya lo hemos hablado —dijo Inés, que parecía divertida con toda la situación—. No importa si son en mi casa, tu casa o en la de Yenny, pero Dan y Gustavo viven muy lejos; cuando les toque a ellos, mejor las hacemos aquí.

—Muy bien. ¿Cómo van los temas pendientes?

En menos de veinte minutos, programaron las siguientes reuniones. Eran poco más de las seis y media de la tarde y ya habían terminado.

—¡Esto ha sido una sublevación en toda regla! —gruñó Erik cuando todos se marcharon—. ¡Habéis conspirado contra mí!

—Un poquito —reconoció Inés, abrazándolo cuando por fin estuvieron solos—, pero así es mucho mejor. ¡Reconócelo!

Se echó a reír, derrotado.

—Tienes razón. Pero estoy agotado de tanta subversión.
¡Vámonos de aquí!

Beso, verdad o desafío

Una llamada de última hora en el hospital le impidió pasar a buscar a Inés, y quedaron directamente en la casa de Álex y Philip. Erik aprovechó para coger la moto y condujo con una sonrisa perpetua. Le sacó una foto con el móvil al cuentakilómetros y se la mandó a su hermano. «200.000 kilómetros». Todo un hito. Varios miles los había compartido con él, y apreciaría la imagen.

Antes de entrar en la casa, recibió la respuesta de Kurt.

«Tienes que pensar en cambiarla. Ya no está para viajes largos».

Tenía razón; funcionaba perfectamente, pero no estaba para muchos troles. Y carecía de muchas de las innovaciones de seguridad con las que contaban las motos nuevas. Ya le había echado el ojo a una BMW K1600 GTL *Exclusive*. Signo inequívoco de que se estaba haciendo viejo.

Contestó el mensaje a su hermano con la foto que le había sacado a la candidata en el concesionario. Se quedaba sin el Porsche, pero a la moto no pensaba renunciar. Con algo tenía que justificar su crisis de los cuarenta. Philip se acercó a él desde la puerta.

—Buenas noches, *cher ami!* ¿Todo va bien?

Erik se bajó de la moto y se metió el móvil en el bolsillo del pantalón. Estrechó la mano de Philip y se dieron un abrazo rápido.

—Todo bien. Respondiendo un mensaje a mi hermano. ¿Inés está dentro?

El francés ignoró su pregunta. Contemplaba la moto embobado.

—¡Qué máquina tan bonita! ¿Es una Cafe Racer?

Erik se echó a reír. Otro amante de lo clásico y *vintage* en lo que a motos se refería.

—No, no. Es un modelo inspirado, pero de hace diez años. Deberías ver la de mi padre, aún conserva un modelo de los

cincuenta.

—¡Me encanta, *chéri*! Es magnífica. ¿Puedo sentarme?

Philip acarició el asiento de cuero, fascinado, y cabalgó sobre la moto. Una idea comenzó a rondar la cabeza de Erik.

—Estaba pensando en comprarme una moto nueva, para rutas largas y quizá ponga en venta esta. ¿Te interesa?

El rostro de Philip se iluminó como el de un niño pequeño ante caramelos.

—¿En serio? ¡Llevo meses buscando algo así! Necesito una moto para moverme en la casa de la playa, y esta es perfecta.

Le tendió las llaves y su amigo las recibió con una sonrisa aún más grande.

—Pruébala unos días y hablamos. ¿Qué tal las cosas dentro? —Hacía frío y se preguntaba qué estaría haciendo Inés. Su coche estaba aparcado un poco más abajo en la calle.

—Calientes. Estamos jugando a una especie de «Beso, verdad y desafío».

—¿Inés está participando?

Philip le echó una mirada divertida antes de contestar.

—Claro que sí. No va a mirar eternamente, ¿o sí?

Prefirió ignorar el tono irónico de su pregunta, y lo siguió hasta dentro de la casa. Claro que no. Para eso estaban allí. Pero Philip tenía esa extraña manera de conducir las cosas que lo hacía sentir un poco incómodo. Manipulado.

Lo que no podía negar era el gusto exquisito con que todo estaba decorado. El amplio salón tenía hoy una distribución distinta. Habían apartado todos los sofás hacia las paredes, y en el centro de la estancia quedaba un espacio diáfano donde todos se distribuían en círculo. Las risas emanaban complicidad, la música de Beyoncé y su *Speechless* amenizaba la velada y las luces, como siempre, daban el toque perfecto de intimidad.

—¿Están los mismos de la semana pasada? —preguntó, sin localizar a Titania y Oberón. Quizá estarían en la pequeña mazmorra.

—Así es. Mira, ahí tienes a Inés.

Murmuró una disculpa y se dirigió hacia ella. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Estaba preciosa. El pelo recogido en una

coleta alta, un vestido corto, de encaje cerrado al cuello, que dejaba entrever el conjunto de debajo. Pero la sonrisa que le dedicó al verlo fue lo que acabó por derretirlo.

—¡Llegas tarde! —dijo, y lo abrazó por el cuello con fuerza.

—La última cirugía se prolongó más de lo previsto, y tenía que pasar por casa. —Deslizó la yema de un dedo por la comisura de su boca—. Alguien te ha corrido el pintalabios, ¿quién ha sido el afortunado? —dijo con tono perverso. Inés enrojeció y echó una mirada a su lado.

—Afortunada. Ha sido Eva. ¡Uf! —dijo Inés, turbada—. Ya te contaré, pero nunca había besado así a una mujer.

—Uhm. Habría dado oro por verlo —añadió Erik.

—Erik, ¿te unes o esperas la ronda siguiente? —preguntó Álex, que ejercía de crupier ante una caja de madera con varios compartimentos llenos de cartas.

—Me uno, por supuesto. —Saludó con un gesto y una sonrisa al resto del grupo, que lo acogió con risas y miradas apreciativas.

—Pero ¡es injusto! —protestó Philip—. Ya hemos pasado la ronda de beso y verdad, y el Vikingo no ha participado. ¡Tiene que pasar las pruebas!

—¡Sí! ¡Que pase las pruebas! —Todos se mostraron de acuerdo y los expresaron a través de silbidos, exclamaciones y fingiendo ofensa.

—No hay problema —dijo él, encogiéndose de hombros—. Un beso y una verdad. Dale.

—Te cuento rápido cómo va. Toma esta carta y enséñala. —Álex le alargó una tarjeta de color negro y la levantó para que todos la vieran—. Un corazón plateado, ¡perfecto! En este compartimento, hay cartas con todos los integrantes. Tendrás que contestar con veracidad a la pregunta del poseedor de la carta que levante al azar. Si sale la tuya, te libras de la prueba. Lo mismo con el beso. ¿Entendido?

Erik asintió. Inés lo tenía agarrado de la mano y le sorprendió comprobar la fuerza con la que sus pequeños dedos la apretaban. Estaba nerviosa y excitada.

—¡Oh! Óscar, el gemelo maligno. —Álex arrancó carcajadas con su presentación al levantar la carta—. ¿Qué verdad inconfesable quieres sonsacarle al Vikingo?

EL hombre sonrió con perversidad, y se llevó la mano a la boca, pensativo. Se tomó unos segundos que hicieron crecer la expectación de los demás.

—Vikingo, ¿eh? Destilando heterosexualidad por todos los poros. Dinos, ¿alguna vez has tenido sexo con hombres?

Inés abrió los ojos de par en par en una expresión de sorpresa tan cómica, que Erik se echó a reír.

—Sí. Aparte de las tonterías de adolescente, en la universidad experimenté durante un tiempo con relaciones homosexuales —dijo en tono casual.

Álex y Philip giraron la cabeza hacia él en un gesto de interés tan sincronizado, que el grupo entero se echó a reír.

Inés asimiló la información con dificultad. Sí que era experimentado. Su mente se desconectó de las dudas en broma que expresaba Óscar para hacerlo pagar la penitencia, y dibujó con claridad la imagen de Erik sometiendo a un hombre en el sexo. Tragó saliva. Ella sí que pagaría oro por ver eso. Notó su cuerpo responder con un cosquilleo entre las piernas. Tenían pendiente una conversación sobre el pasado sexual.

—Entonces, ¿lo creemos? —preguntó el maestro de ceremonias, interrumpiendo sus pensamientos.

—¡Sí! —respondieron todos. Álex puso cara de duda, pero finalmente volvió a barajar las cartas.

—Muy bien, Vikingo. Te queda el beso.

Inés advirtió cómo las mujeres se enderezaban esperanzadas. Y algunos hombres también. Álex levantó la carta, un zapato de tacón rojo.

—Philip, tu eres el afortunado.

Erik se volvió hacia Philip con expresión indescifrable y él lo contempló con una sonrisa de suficiencia. Se miraron unos segundos y, finalmente, Erik, agarrándolo por el cuello, selló sus labios sobre él. La inhalación brusca de aire de Philip fue percibida por todos, también cómo se relajó cuando Erik comenzó a mover los labios lentamente sobre su boca. Cuando pasaron unos largos

segundos en los que no se escuchó ni una palabra, fue Erik quien lo contemplaba con una sonrisa. Philip entrecerró los ojos, acusador, pero no dijo nada. Nadie dijo nada.

Había sido muy intenso.

Inés se ruborizó, más excitada aún. Había presenciado la fantasía erótica dibujada en su mente unos segundos atrás en vivo y en directo.

—Bueno, retomemos el ritmo normal del juego, y la última prueba de la ronda. ¡Desafío!

Todos se acomodaron en sus cojines, y Eva se levantó para coger una cerveza, que tendió primero a Inés. Echó un trago y se la devolvió con una sonrisa.

Álex carraspeó, antes de levantar una nueva carta.

—Corazón plateado. ¡Que conste que ha sido casualidad! —dijo riendo ante sus protestas. Le tocaba de nuevo a él—. Erik, ¿juegas o prefieres pagar la penitencia?

—Por supuesto que juego —respondió con voz desafiante—. ¿Qué tengo que hacer?

Álex levantó una carta, y abrió los ojos y la boca, sorprendido. Philip se inclinó para verla y puso los ojos en blanco, enseñándosela al grupo. Un Joker de sonrisa perversa.

—¡Qué cabrón!—exclamó. Eva también parecía entusiasmada

—¡Qué suerte!

El resto no parecía saber de qué estaba hablando. Inés se moría de curiosidad ante la expectación suscitada por la carta y Erik finalmente preguntó.

—¿Qué? ¿Qué significa?

—¡Comodín! —dijo Álex con entusiasmo—. Lo que quieras. Cuanto quieras. Con quien tú quieras.

Erik sopesó sus palabras. Se volvió hacia ella y una sonrisa depredadora se instaló en su rostro.

—Escojo como víctima a Inés.

Su tono la hizo estremecerse, sintiendo cómo sus pezones se endurecían y su sexo se tensaba. Intuía que esto iba a ir más allá de darse un beso o revelar algún secreto picante. Su corazón

comenzó a desbocarse en el pecho y entreabrió los labios para poder respirar.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó, con la voz un poco temblorosa.

—Eso se lo dejamos a las cartas —contestó él y le hizo un gesto a Álex. Se volvió hacia Inés con sus ojos azules glaciales mientras su amigo levantaba la carta. Ella se revolvió, impaciente.

—«Sexo oral».

Inés inhaló bruscamente, y en el grupo se levantó un murmullo de apreciación. Mierda. ¿Sería dar o recibir? Erik clavó los ojos en ella, no era difícil adivinar lo que estaba pensando. Los nervios y la excitación comenzaron a atenazarla, pero ella solita se había metido en este lío. Trabajó con la respiración para relajarse.

Erik parecía discutir algo con Álex, y volvió a prestar atención. Ahora tenía una larga cinta negra, algo más ancha que las que usaban ellos para *bondage*, entre las manos.

Se puso de pie y le tendió una mano. De acuerdo. Había decidido dejar de ser una mera espectadora, y no quería echarse atrás. Se la agarró y la ayudó a levantarse. Quedaron frente a frente. Inés lanzó una mirada nerviosa al resto del grupo, que los observaba con atención.

—Ignóralos. Ignóralo todo a tu alrededor —dijo él en voz baja. No era tan fácil. Intentó concentrarse en su rostro, lleno de determinación.

Puso las manos sobre sus caderas y la obligó a retroceder hasta que notó la pared junto a la chimenea en la espalda.

—¿Contra la pared? —preguntó en un hilo de voz.

—Es el lugar más alejado del grupo y estamos en penumbra. ¿Prefieres otro sitio?

Inés echó un vistazo alrededor. No. Tenía razón. Le acarició los bíceps con aprensión. Estaba muy nerviosa. Se dio cuenta de que alguien había puesto una música suave de fondo y agradeció que el sonido ocultase su respiración.

—Tranquila. Iré despacio —dijo Erik, recostándose contra ella. Se abrazó a él con fuerza, notaba cada uno de los relieves de su cuerpo y su aroma intoxicante la envolvió—. Solo te voy a pedir

dos cosas. Quiero que accedas a taparte los ojos —susurró, levantando la tela negra satinada—, así podrás aislarte mejor.

Ella asintió. Se sentía perdida y decidió someterse por completo a Erik. Se dejó hacer cuando él apoyó la tela sobre sus ojos, y la amarró con firmeza. Movi6 la cabeza de un lado a otro en un intento inútil de relajarse.

—¿Y la segunda cosa? —preguntó. Se comunicaban casi en susurros. Un murmullo curioso se percibía a lo lejos, pero no podía ver nada, así que lo ignoró.

—Quiero silencio —advirtió. El tono categ6rico la hizo soltar una risita ronca, coreada por las risas de los que habían alcanzado a escucharlo en el grupo. Erik la sostuvo contra la pared con más fuerza—. No estoy de broma: nada de gritos, ni sí, ni no, ni Erik, ni nada. Necesito que me ayudes con esto. Dime que lo harás.

—¡Pero eso es imposible, ya lo sabes! —se quejó. Erik la sostuvo del cuello y la besó con pasión. Ella se tensó, excitada—. De acuerdo, haré lo que pueda.

—Silencio, India.

Tragó saliva y asintió. Sintió que se apartaba un momento y de manera refleja estiró los dedos, buscándolo. Chocó con sus manos, se desabrochaba la camisa. Esperó a que terminase y volvió a tocarlo. Necesitaba su contacto, necesitaba su calor, su piel. Acarició sus pectorales a ciegas. Era una sensación diferente, solo podía guiarse por el instinto. Buscó sus pezones y percibió el acero frío en contraste con el calor de sus dedos.

—Voy a bajar —susurró Erik rozándole la oreja.

Y comenzó otro tipo de baile.

La besó en el cuello, libando el hueco justo encima de la clavícula con la lengua. Inés jadeó. Se tensó como la cuerda de un violín y ansió quitarse el vestido para exponer más piel a sus caricias, pero él la besó por encima de la tela. En los pechos, el ombligo. El encaje dejaría ver los lugares, no iba a ciegas, su cuerpo estaba tan solo un poco velado por la tela. Lo sintió arrodillarse frente a ella y hundir el rostro en el abdomen. Le acarició el pelo, liberándolo de la goma, y la colocó en su muñeca.

Notó sus manos en los tobillos, donde la masajearon unos segundos, enviando corrientes de placer al centro de su sexo.

Inspiró y espiró profundamente para mantener el control. De pronto subieron hasta el borde de su vestido, y con lentitud enloquecedora, Erik dobló la prenda en pliegues hacia arriba, por los muslos, hasta exponer el ligero y las bragas. La dejó a nivel de sus caderas.

—Aprieta un poco —se quejó Inés. Se sorprendió de la voz ronca y grave, no parecía la suya.

Erik respondió subiéndolo hasta la cintura, y su piel se erizó pese al calor del ambiente. Volvió a tensarse con violencia cuando deslizó los dedos entre sus muslos e incursionó en la entrepierna de las bragas. Esperaba que se las quitara, pero simplemente desplazó el pequeño trozo de tela hacia un lado. Las yemas de sus dedos tantearon su sexo y lo sintió sonreír.

Ella buscó asidero en la pared, pegando las manos a la piedra. Ningún apoyo. Volvió a hundir los dedos en su pelo, desesperada. La cabeza le daba vueltas e intentó controlar de nuevo la respiración. Si seguía hiperventilando así, se desmayaría. El calor de su aliento anunció unos segundos antes el tacto de su boca. Cuando sintió la humedad de su lengua sobre el sexo, no pudo evitarlo y dejó escapar un pequeño gemido ahogado.

—¡Erik!

Su mano severa la retuvo contra la pared por el abdomen. El calor de su palma hizo que se derritiera por dentro, y luchó por controlarse. Los movimientos rítmicos de sus labios y su lengua sobre su hendidura cálida la estaban volviendo loca. Sintió que se iba a quebrar por el exceso de estímulo y abrió los brazos para buscar inútilmente un apoyo. La piel ardiente chocó con la frialdad de la pared, los dedos buscaban, ávidos, sobre la dureza de la piedra. De pronto, su mano derecha tocó la madera del zócalo de la chimenea y se aferró a ella con ansiedad. Todo su cuerpo vibraba en una carrera desesperada hacia el orgasmo. Él lo sabía y aumentó el ritmo de sus libaciones. Inés arqueó la espalda, apoyando la cabeza en la pared, respirando erráticamente.

Erik no le daba tregua. Sintió cómo aumentaba la presión de la lengua sobre su clítoris e incapaz de seguir conteniéndolo, liberó su orgasmo con un gemido desesperado. Sus rodillas flaquearon.

—¡Ah! —exhaló, apoyándose extenuada en sus hombros. Temblaba sin control. Le acarició el cuello, pero él rechazó la caricia

con un gesto brusco de la cabeza y hundió de nuevo el rostro en su abdomen.

—India, ¡silencio! —rogó, con la voz ronca por la tensión—. Si no te controlas, te juro... yo... te juro que te voy a amordazar—amenazó, en voz baja—. No he acabado, así que no te muevas.

Ella tragó con dificultad y asintió, abrumada por la autoridad que desprendían sus palabras. Pero no pudo procesarlas. Él le elevó una pierna, acomodándole el muslo sobre uno de sus hombros, y continuó el castigo dulce, esta vez con mayor intensidad. Los dos se entregaron al placer erótico del momento. El grupo de gente había desaparecido.

Inés aún no se había desprendido de las réplicas del orgasmo anterior, cuando comenzó a notar cómo su cuerpo acumulaba, avaricioso, la tensión hacia un nuevo clímax.

Acompañó los movimientos rítmicos de la cabeza de Erik con sus manos, entrelazadas en su pelo, y con sus caderas, instándole a aumentar el empuje de su boca. De nuevo la tenía al borde del abismo. Pronto, Inés cerró los ojos con fuerza por detrás de la venda, sus dedos hipersensibles acariciaron la melena revuelta. Sus pezones erectos estaban tan tiesos, que le provocaban un dolor y un placer inmanejable.

Erik deslizó una mano entre sus piernas y unió la penetración de sus dedos a la caricia de su boca. Ella intentó absorber la deliciosa sensación, con todo el cuerpo rígido, enroscando con la pierna la espalda de él como una boa constrictora, y el afilado tacón se clavó en su espalda. Erik gruñó sobre su sexo e Inés no aguantó más. Al quebrarse, soltó un gemido desgarrado, incapaz de contenerse.

—¡Oh, Diossssss!

Esta vez Erik gimió con ella. Se enderezó sobre las rodillas y volvieron a abrazarse. Deslizó las manos por el cuello de la camisa. Los músculos de sus hombros ondularon bajo la piel húmeda por el sudor, los dos respirando entrecortadamente.

—Erik, por favor... —suplicó Inés en un murmullo. No sabía qué le estaba pidiendo, pero todo su cuerpo parecía clamar por él.

—*Kjaereste* —susurró él. Pero el tono autoritario lo había abandonado. La abrazó por la cintura con fuerza, aún de rodillas

frente a ella.

—Erik. Erik —volvió a llamarlo, presa de un anhelo inexplicable tras la intensidad de su liberación. Él se incorporó y le deslizó la venda hacia abajo. Los ojos de Inés se enfocaron con dificultad en las pupilas dilatadas de sus ojos azules—. Por... favor... —insistió.

Se pasó la lengua por los labios hinchados y él la besó. Percibió el sabor de su sexo en sus labios y se abrazó a él, frenética. Erik se separó unos milímetros.

—¿Qué quieres, Inés? Dime qué quieres —murmuró sobre su boca. Ella lo empujó hacia atrás y clavó en él una mirada lasciva.

—Por favor —repitió, con algo más de claridad.

Erik la estudió unos segundos, inmóvil, intuyendo lo que ella necesitaba. Se giró hacia el grupo y se aclaró la voz.

—Necesito un condón.

Silencio en el grupo. Ella hundió la cara en su pecho presa de un alivio infinito. Temblaba, incapaz de tomar las riendas de su cuerpo. Lo necesitaba dentro. Y lo quería ya.

—¿Cómo? —preguntó Álex, quien parecía pensar que no había escuchado bien.

—¡Un condón! —contestó, irritado. Inés había deslizado una mano por dentro de su ropa interior y los dedos rodeaban su erección de acero. Philip se acercó y depositó un paquetito violáceo en su mano.

—Un momento —susurró, aprisionándola contra la pared de pizarra.

Inés sonrió con languidez mientras se deslizaba el látex.

Una sensación de vértigo la inundó cuando Erik la elevó agarrándola de los muslos contra la pared. La empaló sin piedad, con un gemido ronco, paralelo al sollozo de ella. Un murmullo apagado los acompañó, pero estaban tan borrachos el uno del otro que ni siquiera advirtieron que seguían en público. Fue rápido, intenso y duro. Muy duro. Inés elevó los brazos sobre su cabeza, estirándose ante su invasión y Erik los fijó allí, sosteniéndole las muñecas con una mano, mientras que con el otro brazo, enroscado en la cintura, evitaba que perdiera el balance mientras la hacía rebotar contra el bombeo infatigable de sus caderas. Con un gruñido

primitivo, se corrió con violencia en su interior. Ella lo seguía, agotada, unos segundos después, con un sollozo de alivio inconmensurable, las lágrimas brotando sin control de sus ojos cerrados.

Erik se giró con ella en brazos, apoyó la espalda en la pared y se dejó caer en el suelo. Inés se derrumbó en su pecho, desmadejada. Se abrazaron desesperados por la intensidad del momento, intentando por enésima vez controlar el ritmo de sus respiraciones entrecortadas. Se confortaron así un largo rato, unidos aún por el nudo de sus sexos, fuera de combate.

Inés, inmóvil entre sus brazos, no intentó racionalizar lo que acababan de hacer. Era hedonismo, placer por el mero hecho del placer, en su estado más puro. Y era sublime.

Erik se revolvió entre sus piernas y ella, con esfuerzo, se incorporó sobre las rodillas, bajándose el vestido. Él se retiró el condón y le hizo un nudo para esconderlo después en su mano. Se acomodó la ropa con torpeza. Inés se dio cuenta de que se lo estaba poniendo más difícil e hizo ademán de levantarse, pero él la retuvo por la cintura, obligándola a sentarse de nuevo sobre sus piernas. Volvieron a abrazarse con fuerza.

—*Liten jente...* Joder, Inés.

Ella no respondió. El sopor comenzaba a invadirla y se acomodó en el hueco de su cuello. Se sentía segura. En su hogar.

Erik estudió por primera vez el ambiente a su alrededor, con los ojos entornados. El grupo se había diluido. Una pareja se abrazaba sobre un sofá. Al parecer no habían sido los únicos en dejarse llevar por el momento. Álex confortaba entre sus brazos a Philip, que seguía con la mirada fija en ellos. Sus ojos conectaron unos segundos y Philip se desasíó del abrazo de su pareja y le hizo un gesto con la mano. De despedida.

—Llévame a casa, Erik —suplicó Inés.

Ya he tenido suficiente

Erik trabajaba en la presentación para el congreso internacional de Cardiocirugía que tenía en Vancouver dentro de un par de semanas. Se estiró sobre la silla y bostezó, apartándose de la pequeña mesa del comedor de Inés. Últimamente, siempre que estaban juntos, acababan en su casa. Sonrió. Era más acogedora y lo habían adoptado como una costumbre. Y su máquina hacía un café mejor.

Se levantó para servirse una segunda taza y meneó la cabeza al ver la hora que era. Casi las cuatro de la tarde y ella seguía durmiendo. Cuando trató de despertarla para ofrecerle algo de comer, solo abrió los ojos un segundo, sonrió y volvió a dormirse con una facilidad pasmosa. Estaba agotada. Desde que llegó de Noruega los dos llevaban un ritmo infernal.

—Buenos días —murmuró ella con voz somnolienta.

Se frotaba los ojos como una niña pequeña y su preciosa melena caía en desorden sobre sus hombros. Su cuerpo reaccionó con el deseo de siempre al ver sus pezones marcarse bajo la tela. ¿Nunca se iba a acabar aquella fase? ¿Iba algún día a dejar de ponerse en guardia cada vez que Inés se acercaba a él?

—Buenos días, *kjaereste*, ¿has dormido bien?

—He dormido muchísimo —dijo sorprendida—. Suelo estar como nueva con siete u ocho horas como mucho, pero últimamente el cuerpo me pide mínimo diez.

—Son las actividades extracurriculares —dijo, divertido. Ella parpadeó, sin entender—. La noche de ayer fue bastante intensa.

Intercambiaron una mirada cómplice, sin añadir nada más. Inés se sentó sobre sus piernas y le robó la taza de café.

—¿Qué haces?

—Estoy terminando la ponencia que tengo para el congreso de cardiocirugía en Vancouver.

—¿Cuándo es? No me acordaba que tuvieras este viaje —gimió Inés, abrazándolo con fuerza. Él se echó a reír.

—Segunda semana de septiembre. Tengo el vuelo para el día nueve, porque el lunes a primera hora participo en la mesa redonda de la Sociedad Internacional de Cardiocirujanos. ¿Te he contado que soy vocal? —dijo, sin poder evitar el tono arrogante.

—¡Vaya, qué importante! Tan joven y ya en el Olimpo internacional de los Dioses de la Cardiocirugía —se burló Inés. Le mordió el mentón generando una corriente de cosquillas que viajó directa a su pene, que se desperezó. Respondió con una caricia dulce sobre sus pechos.

—Es importante. Pero no es raro. Con todo el tiempo que invierto en ello, es lo mínimo que puedo esperar —gruñó. Inspiró el aroma de su cuello y le importó todo una mierda. La estrechó entre sus brazos con fuerza. Ella se apartó.

—Pero siempre has tenido tiempo para las actividades extracurriculares —dijo con un tono que detuvo el avance de las manos sobre su cuerpo y lo hizo observarla con suspicacia.

—Claro. Ya sabes que soy un adicto a la montaña y que...

—No me refiero a eso —interrumpió Inés. Se detuvo a tomar aire y se mordió el labio, gesto inequívoco de que iba a soltar alguna bomba—. ¿Cómo es eso de que tuviste una etapa de experimentación homosexual?

Y ahí estaba la bomba. Soltó una risotada y siguió tecleando en el ordenador, pero Inés no se había movido de su regazo, rodeándole el cuello con los brazos y con una mirada acusadora en los ojos grises. Suspiró y cerró la tapa de su portátil.

—¿Qué quieres saber, Inés?

—¿Con cuántas mujeres...? Quiero decir, ¿con cuántas personas has tenido sexo?

Erik reprimió una sonrisa ante la pequeña matización. Decidió tomarle un poco el pelo. Por cotilla.

—¿A qué le llamas sexo?

Inés lo miró sin entender.

—¿Qué quieres decir? Pues... ¡Sexo, sexo!

—Bueno, ¿te refieres a sexo penetrativo? ¿A prácticas que incluyan genitales, como el sexo oral? Porque, claro, si te hacen una mamada, pero no follas, ¿eso es «Sexo, sexo»? —Inés lo miró, boquiabierta—. Una vez disfruté muchísimo mientras una mujer me

masajeaba la polla con los pies. ¡Con los pantalones puestos! — Utilizó a propósito un lenguaje crudo, y disfrutó con su desconcierto. Era una conversación en la que no tenía ningún interés en entrar—. ¿Y un beso? Porque una vez besé a alguien, contra un coche, y fue uno de los momentos más eróticos que he vivido. ¿Te suena de algo?

Ella negó con la cabeza con una mezcla de cabreo y sorpresa tan cómica, que lo hizo soltar una carcajada.

—Pues tendría que sonarte, porque ese alguien fuiste tú.

Inés apretó los labios. Sabía que le había gustado aquella pequeña confesión, pero jamás lo admitiría. Enarcó las cejas y la miró, severo.

—Inés, sea lo que sea que haya vivido, forma parte de mi pasado. Y ahora me interesa más estar pendiente del futuro. Contigo.

Ella no se aplacó con su declaración. Se apartó de él y se sentó en la silla contigua, pensativa. Como no decía nada, optó por abrir el portátil y ponerse a trabajar de nuevo.

—De acuerdo, lo siento —dijo al cabo de unos minutos. Se levantó y le dio un beso en la frente—. Voy a darme una ducha, te dejo trabajar.

Él emitió un gruñido disconforme en respuesta. Odiaba ese tipo de conversaciones. A él jamás se le ocurriría preguntarle algo tan personal. Cuando habían hablado de parejas pasadas, nunca indagaron en el aspecto sexual. Entendía que declaraciones como las de anoche suscitaran su interés, pero no estaba dispuesto a enumerar sus conquistas sexuales. Bastante había tenido con reconocer lo que había pasado con Peta. Tema que, por cierto, no salía a colación últimamente. Bien.

Siguió con la presentación mientras Inés iba y venía ordenando cosas en el apartamento, con la música de Coldplay de fondo. Cuando ya le ardían los ojos de tanto ordenador, llegó con unos sándwiches y un zumo de naranja para una merienda tardía.

—Vale. Asumo que tienes tu recorrido.

Erik puso mala cara y recordó las palabras del hermano de Inés. «Parecerá que todo está arreglado, pero cuando menos te lo esperes, ¡BUM!».

—Inés, de verdad que no es para tanto.

—No pasa nada. Yo ahora estoy haciendo mi propio recorrido. Y respecto a eso, hoy quiero ir a La Ergástula —dijo con decisión. Erik puso los ojos en blanco.

—¿No tuviste suficiente con anoche? Porque yo estoy muerto. Cada vez que pienso en ti contra esa pared de pizarra me gano una erección, ¡y necesito concentrarme! —protestó.

—No pasa nada. Llamaré a Titania para ver si quiere acompañarme. O iré sola —dijo, sin esconder la decepción en su voz—. Me encantaría que me acompañases, pero sé que tienes que trabajar.

Atacaron los sándwiches vegetales y el zumo con hambre. La noche anterior había malcomido en el hospital tras acabar con la última cirugía y picado algo en casa de sus amigos, pero, aparte de los dos cafés de aquella mañana, no había comido nada. Cuando Inés le ofreció otro, no dudó en aceptar, aunque lo sorprendió ver que ella se comía otro también.

Al acabar, ella echó un vistazo a su reloj de pulsera, y se puso de pie para recoger.

—Son las siete de la tarde, voy a llamar a Dómina Flecha para confirmar que voy. Aún estoy a tiempo.

—Espera, Inés. —Terminó el zumo y se limpió la boca con la servilleta—. Voy contigo.

—¿En serio? —La sonrisa de gratitud e ilusión lo hizo sonreír a él también.

—Sí. Vamos. Solo quiero trabajar un poco en casa y cambiarme de ropa, ¿puedo llevarme tu coche?

—Claro —dijo, y le dio las llaves—. ¡Genial! La performance de *shibari* es a las diez de la noche, ¿vienes a buscarme a las nueve y media?

—Aquí estaré.

Erik trabajó en su presentación un par de horas, y se metió en la ducha para prepararse e ir a la fiesta. Bajo el chorro de agua caliente, intentó relativizar el cierto fastidio que lo embargaba.

Recordó con indulgencia la época en que él mismo se había sumido en una intensa etapa de experimentación. El morbo por lo desconocido, la necesidad de saciar su curiosidad con experiencias reales, tener la mayor cantidad de vivencias en el menor espacio de tiempo posible.

Entendía a Inés a la perfección, él también había pasado por ello, pero sin la necesidad de tener una pareja a su lado para compartirlo, con lo que la promiscuidad había sido aún mayor. Inés parecía buscar seguridad en él para experimentar y explorar su erotismo. Y por muchas ganas que tuviese de pasar unos días en Farellones, era algo que no podía perderse. Porque sabía que la exaltación sería pasajera. Ya vendrían tiempos de mayor sosiego y tranquilidad.

«Código de vestimenta: fetish o de negro. ¡Besos, Vikingo!».

Hasta en las palabras de su mensaje de texto se intuían la expectación y el entusiasmo. Frunció el ceño con preocupación. Aunque Inés le había contado cómo era la mazmorra y parecía elegante, esperaba que el lugar no fuese demasiado siniestro. Escogió las prendas en el armario y avistó la bolsa de terciopelo que contenía las correas de cuero. Una sonrisa perversa se dibujó en su rostro, y se la llevó también.

—¡Qué guapo estás! —dijo Inés con admiración, al abrirle la puerta. El pantalón vaquero negro, desgastado, la camisa de corte estrecho y los Grenson le sentaban como un guante.

—Tú también estás preciosa. —La besó en los labios y le alargó la bolsa que llevaba en las manos—. Me gustaría que te las pusieras.

Inés sacó las muñequeras y un rubor delicioso tiñó sus mejillas. Sus ojos brillaron.

—¿Soy tu sumisa, ahora? —preguntó con expresión traviesa, y levantó el collar con la argolla de acero que ya le había puesto en una ocasión. Él negó con la cabeza.

—Todavía es pronto para eso. ¿Qué tal si lo tomamos como un collar de consideración?

Inés sonrió y asintió. No solo Erik se planteaba explorar una relación de dominación y sumisión con ella. También mantendría alejados a otros dominantes y, sin saber por qué, aquello la tranquilizó. Alzó la melena hasta descubrir su nuca y se dio la vuelta. Erik ciñó el collar en su cuello y la besó sobre el hombro. Inés se volvió y sonrió.

—¿Tengo que llamarte amo? —dijo con picardía.

—No. Por el momento. Me gusta cuando me llamas Vikingo. —Metió un dedo por la argolla del collar, y tiró de ella. La besó en los labios con ternura, sorprendido de lo mucho que le gustaba ver aquel símbolo en ella—. Vamos, o llegaremos tarde.

La pequeña mazmorra no estaba mal. Se notaba que alguien ponía mimo y cuidado detrás, aunque al lugar le viniese bien una buena reforma. Alzó las cejas al ver la camilla ginecológica, el *medical play* le generaba auténtico horror. No había nada mejor para bajarte la libido que asociar algo de tu trabajo con el sexo, pero la cruz, el potro y la jaula eran de lo más interesantes. Se acercó un poco más hacia aquella zona mientras Inés conversaba con unas mujeres. Era mobiliario de fabricación amateur, un poco tosco, pero efectivo.

—Buenas noches. Bienvenidos a esta jornada de cuerdas. — Erik se volvió hacia la tarima sobre la que pendían un par aros de acero, colgados de unas fuertes vigas. Se quedó unos segundos inmóvil y alzó las cejas. Menuda mujerona.

—Ella es Dómina Flecha, ¿a que es impresionante? — susurró Inés a su lado. Lo agarró del brazo y tomaron asiento en las sillas dispuestas en círculo en torno al pequeño escenario improvisado, mientras la dominatriz presentaba al maestro de *shibari*, un hombre argentino de unos cuarenta años.

La enorme mujer se bajó de la tarima con la ayuda de lo que parecía un sumiso.

—Es Perro, el que me explicó el tema de la humillación. ¿Verdad que hacen una pareja curiosa? —cuchicheó Inés. Erik la

miró con una media sonrisa. Estaba encantada, sonreía a las caras conocidas y había cogido sitio en primera fila. Cuando la modelo se tendió en el suelo, las luces se atenuaron y la música subió de volumen.

Si algo le gustaba por encima de todas las siglas del BDSM, era el *bondage*. La erótica de las cuerdas siempre lo había fascinado, pero nunca tuvo la necesidad de sumergirse seriamente en ello. Hasta ahora, las cintas de seda y las muñequeras habían sido suficientes para satisfacer su deseo de dominación. Pero la sola idea de pensar que las cuerdas, guiadas por sus manos, se enroscarían en cada centímetro de la piel sensible y receptiva de Inés, generándole placer y sometiéndola a él, le hacía la boca agua y endurecía su polla.

Estudió con interés clínico los movimientos armoniosos y sensuales del atador mientras inmovilizaba a la sumisa, y se sorprendió al imaginar una escena idéntica entre él e Inés. Se inclinó hacia ella para decírselo, pero ella lo interrumpió.

—Me encantaría que me ataras así —susurró, con la voz encogida. Erik la miró con atención. Estaba tan inmerso en el espectáculo, que no había visto que Inés también estaba extasiada.

—Queda apuntado en tu lista.

Y sería una de las primeras cosas a tachar.

Contemplaron en silencio cómo la sumisa, vestida con una sencilla camiseta negra de tirantes y un *short*, quedaba envuelta en un delicado y a la vez efectivo enrejado de cuerda, unido a una de las argollas de acero que colgaba del techo por un trenzado del mismo material. Cuando el atador realizó un sutil movimiento y la sumisa quedó suspendida en el vacío con una expresión de éxtasis, un murmullo de admiración se levantó de entre el público, que estalló en un aplauso espontáneo. Después, el interés decayó al aumentar la intensidad de las luces, pero ellos, junto a un par de parejas más, se quedaron hasta que el dominante retiró las ataduras.

Comprobó todas y cada una de las zonas de roce, susurrando palabras ininteligibles a las que la sumisa contestaba asintiendo con una sonrisa lánguida. Después, la envolvió en una manta y acercó una botella de agua hasta sus labios.

—Esto es el *aftercare*, ¿verdad? —preguntó Inés con curiosidad. Erik asintió. Se estaba documentando bien.

La intimidad del momento entre atador y atada fue tal, que se sintió incómoda por seguir mirando. Agarró a Erik del brazo y tiró de él hacia donde seguía desarrollándose la fiesta.

—Ven, vamos. Te presentaré a Dómina Flecha.

La mujer los miró de arriba abajo a los dos con una sonrisa apreciativa. Erik se preguntó, muy a su pesar, si estaría dando la talla.

—Hola, India. Veo que has venido. ¿Quién te acompaña esta noche?

—Este es Vikingo —lo presentó Inés, con su naturalidad habitual. No parecía intimidada por todo el aspecto atávico que envolvía al BDSM, solo sentía curiosidad.

—Muy apropiado. Bienvenido a La Ergástula, Vikingo. —Tendió una mano envuelta en cuero, en una posición que buscaba ser besada, pero Erik la estrechó con formalidad, sin prestarse a mayores reverencias—. ¿Dominante?

Erik se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Casi siempre. Pero no tengo inconveniente en estar en ambos lados del látigo —dijo con una sonrisa. Inés se volvió hacia él con gesto sorprendido.

—¿Eres *switch*?

—Claro —contestó él—. Y, por lo que te conozco, tú también.

—¿Pero yo no era *brat*? —dijo ella; parecía confundida, pero se lo estaba pasando en grande—. ¡Qué lío con tanta etiqueta! —añadió, riendo.

—No hay necesidad de etiquetar nada —dijo Dómina Flecha—; las etiquetas son armas de doble filo: sirven para ofrecernos un marco definitorio, pero corremos el riesgo de encasillarnos.

—Eso es cierto —corroboró Erik. Miró a la mujer con atención, tendría unos sesenta años y un porte majestuoso, remarcado por su piel nívea, el moño tirante de su pelo canoso sin teñir y los labios finos pintados de rojo. Sabía de lo que hablaba.

—Bueno, yo sé que hay etiquetas que nunca me colgaré —dijo Inés, dando vueltas a la anilla de acero de su collar con dedos

nerviosos—. Sé que no soy sádica, sé que no soy masoquista, y dudo muchísimo el ser sumisa.

Erik soltó una carcajada espontánea y Dómina flecha los contempló con curiosidad.

—¿No eras tú quien quería ser atada? Y, ¿quién era la que quería ser azotada en la cruz? —dijo, con cierto tonillo acusador.

—Ya —reconoció Inés a la defensiva—. Pero por placer. Tú sabes hacerlo de manera que todo sea placer. No es por el dolor.

—No hay placer sin cierto dolor —dijo Dómina Flecha con una sonrisa maliciosa—. Y ese equilibrio conlleva una responsabilidad que no todos están dispuestos a asumir.

Inés la miró, intrigada. Erik iba a decir algo, pero se lo pensó mejor. ¿A dónde quería llegar la mujer?

—¿Alguna vez has azotado a alguien, India? Y no hablo de unas palmadas más o menos entusiastas en el calor del sexo. —Inés se ruborizó y Erik escondió una sonrisa. Aquella mujer era maravillosa—. ¿Y cómo sabes que te gustaría ser azotada si no sabes lo que se siente «al otro lado del látigo», como dijo el Vikingo?

—Nunca he tenido la oportunidad —reconoció Inés, en voz baja.

—Vikingo, ¿te prestarías a ser azotado por ella? Si no quieres, le ordenaré a mi Perro que se ofrezca.

Erik asintió con una sonrisa desafiante.

—Sin problema.

—Muy bien, India. Escoge tu instrumento. En esta mesa tenemos una amplia variedad.

—Prefiero escoger uno de la tienda —dijo Inés, sin tocar los que le ofrecía. Erik se echó a reír. Se lo estaba pasando en grande. Aún recordaba la reacción de auténtico asco de Inés cuando había descubierto las cintas de *bondage* y se había enterado de que estaban usadas.

—De la tienda, pues.

Se acercaron a la pequeña exposición de artículos. Erik miró con interés un pesado gato de múltiples colas, pero Inés parecía más atraída por los instrumentos rígidos. Dejó de lado una fusta y una vara, y cogió un látigo corto y trenzado.

—¿Una verga? —dijo Dómina Flecha, con la duda retratada en el tono de voz—. ¿Estás segura? ¿Y tú, Vikingo?

Inés asintió, comprobando la flexibilidad del instrumento. Se golpeó la palma de la mano un par de veces y Erik extendió la mano para comprobarlo también. No parecía nada del otro mundo. Eran mucho más imponentes los látigos largos y aquellas varas de nogal, tan finas y estilizadas.

—Vamos. La cruz está libre. Os acompañaré.

La siguieron hasta la zona de juegos, eran los primeros en romper el hielo. Dómina Flecha parecía reírse de un secreto que ellos desconocían y Erik se quitó la camisa, harto de tanta ceremonia.

—¿No prefieres en el trasero? —preguntó la dominatriz. Erik se colocó en la cruz, dándoles la espalda.

—No tengo ninguna intención de exponer mi culo ante desconocidos —gruñó, impaciente. Estaba bastante excitado. Inés se revolvía con el látigo entre las manos, nerviosa—. Vamos, India. Dejémonos de rodeos. Hazlo. Átame a la cruz.

Inés dejó el látigo en manos de Flecha y lo inmovilizó de las muñecas. La cruz era demasiado baja para él, y dejó caer los brazos, flexionando los codos.

—Tienes una espalda impresionante —murmuró Inés sobre su tatuaje. Después lo besó, siguiendo algo en el dibujo y lo excitó aún más.

—Vamos, India —presionó, mirándola por encima del hombro. Dómina Flecha le tendió la verga e Inés la golpeó sobre la palma, indecisa—. Ahora no puedes echarte atrás.

Asintió. Balanceó su peso sobre uno y otro tacón, abrió un poco las piernas para equilibrarse mejor, y le dio un latigazo, de lado. Erik se echó a reír.

—India, si no lo haces con un poco más de ganas, no dará resultado. ¡Dale! —La animó. Inés se mordió el labio inferior, tomó aire, cerró los ojos, y descargó el látigo sobre su espalda tan solo un poco más fuerte que la vez anterior.

—Otra vez. Más fuerte —ordenó Erik. Inés titubeó.

—¿Qué ocurre, India?

—Es que no quiero hacerle daño —confesó Inés, bajando la voz.

Comenzaba a perder la paciencia. Se revolvió contra las muñequeras, acomodándose frente a la cruz.

—No me harás daño. Si no quieres hacerlo, tal vez Dómina Flecha pueda enseñarte.

La mujer tendió la mano hacia la verga e Inés reaccionó. Apartó de ella el látigo, como si temiera que se lo arrebatara, tomó aire en una inspiración profunda y se cruzó el látigo sobre el hombro izquierdo.

Y lo restalló, con fuerza, sobre su espalda.

—¡AUCH! Svarte Helvete, Fy Faen, Dritsekk! Satan i Helvete!...

Soltó una retahíla de insultos en noruego mientras se retorció intentando averiguar por qué de repente sentía como si le estuvieran desollando la espalda. Cuando se le acabaron, siguió con el alemán.

Inés soltó el látigo, asustada.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! —exclamó, corriendo hacia él.

—¡No! ¡No me toques! —aulló Erik cuando Inés deslizó los dedos sobre la línea roja y despellejada que atravesaba su espalda desde el omóplato izquierdo hasta la zona lumbar derecha, y que comenzaba a ponerse de un feo color violáceo—. ¡Desátame!

Un coro de risas y de exclamaciones de sorpresa y reprobación recorrió la estancia. Fue cuando se dio cuenta de que todos los estaban mirando. Inés se tapaba la boca, con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento, ¡lo siento! —murmuraba sin saber qué hacer.

Dómina Flecha negaba con la cabeza y le tendió a Inés un tubo de pomada.

—Toma. Ponle esto. Es un gel natural de aloe vera, te calmará —dijo dirigiéndose a él.

—Soy una bruta —susurró Inés, mientras aplicaba el producto con sumo cuidado. Erik se apoyó sobre la mesa. Cerró los ojos cuando las propiedades calmantes y el efecto frío comenzaron a actuar—. Lo siento —repitió por enésima vez.

Posó la mano en su mejilla y le dio un beso en los labios para tranquilizarla.

—No pasa nada, *liten jente*. Es solo que no me lo esperaba.

—¿Quieres que te azoten ahora a ti, India? —dijo Dómina Flecha. No bromeaba.

—¡No! —exclamó Inés, airada. Ignoró la sonrisilla paternalista de la mujer y se dedicó a aplicar más gel sobre su espalda—. No. Mira lo que he hecho.

—Los dos son culpables de esto. No solo tú —prosiguió Flecha—. Los dos se lanzaron a una sesión de azotes sin hablar absolutamente nada antes. Sin averiguar la dureza y cómo se usa el instrumento, que, por cierto, es uno de los más dolorosos que hay. Sin pactar una palabra de seguridad, sin preguntar a los presentes aquí que tienen más experiencia...

Erik apretó los labios en una línea fina. Era cierto. Y lo peor era que ni siquiera se había detenido a pensarlo. Y cuando Inés descargó aquellos ridículos golpeitos en su espalda, lo único que hizo fue envalentonarla.

—Ahora ya sabes el daño que pueden hacerte. Y tomarás una decisión informada a la hora de probarlo.

—Ya —dijo Inés. Erik podía ver su intento de seguir siendo amable, pero le salió más bien como un gruñido.

Erik se puso la camisa con cuidado, el aloe vera hacía su trabajo y la herida no quemaba tanto. Se acercaron a la pequeña barra, donde el Perro secaba unas copas escondiendo una sonrisa.

—Un *whisky* —gruñó. Inés no hacía más que frotarle el antebrazo, preocupada. Podía ver que los engranajes de su cabeza rodaban a mil revoluciones por minuto.

—Lo siento. Los días de fiesta BDSM no servimos alcohol, amo. Por razones obvias.

—Razones obvias, claro. —Se echó a reír. Se sentía como un adolescente experimentando por primera vez—. Dame un agua fría. ¿Tú no quieres nada?

Inés negó con la cabeza, pero se sentó a su lado en el taburete y bebió un trago de su agua. Después se bajó.

—¿Nos vamos a casa? —dijo en voz baja—. Sé que te he arrastrado hasta aquí, pero ahora no me apetece quedarme.

—Perfecto.

Dejó dinero en la barra, le hicieron un gesto a Dómina Flecha, rodeada de personas, y salieron de la mazmorra.

Hacía frío en la calle y lloviznaba. Inés rodeó con cuidado su cintura y apoyó la frente en su hombro.

—Soy una bruta, lo siento. ¡No sé en qué estaba pensando! —dijo Inés. Parecía algo más tranquila, pero aún atribulada—. Me piqué cuando me dijiste que ni sentías el látigo y no supe calibrar la fuerza.

Erik se echó a reír. La situación había sido bastante cómica.

—No pasa nada, *kjaereste*. Los dos hemos hecho el ridículo, y Flecha tiene razón. La culpa no es solo tuya.

—No me ha gustado. Me refiero a que... tenía curiosidad, y quería experimentarlo, pero no hacerte daño.

—Lo sé, Inés. Y no ha sido para tanto, aunque reconozco que tu latigazo me pilló por sorpresa —dijo Erik. Después la sostuvo de la mano y tiró de ella, reclamando su atención—. Lo que no me gustó fue que ocurriera frente a toda esa gente. Me encantó la *performance* de cuerdas, pero si vamos a hacer algo así, prefiero que lo hagamos solos.

—No vamos a volver a hacer algo así —respondió Inés con rotundidad. Erik sonrió, la acogió bajo su brazo y la estrechó contra su costado.

—Ya veremos. Oye —dijo, echando un vistazo al reloj—. Es relativamente temprano, si nos vamos ahora a Farellones, llegaríamos allí poco después de la una.

Inés ni lo pensó.

—De acuerdo, pasamos por casa a coger un par de cosas y tiramos.

Mientras Erik conducía bajo el aguanieve en mitad de la noche, Inés dormitaba. Se preguntó si su idea no había sido una locura, pero llegar a la casa barrió cualquier malestar. Se metieron en la cama a cámara lenta, casi sin hablar. La espalda le molestaba un poco, pero no impidió que se durmiera nada más apoyar la cabeza en la almohada.

El domingo se levantó regalándoles una nevada serena que suavizó las aristas del paisaje y de su ánimo. Apoyó el antebrazo en

el ventanal y se quedó un buen rato viendo caer los copos. Cuando el tiempo estaba así, no podía evitar pensar en Noruega, en su madre, en su familia. Tenía que llamarlos más. Solo había hablado un par de veces con su madre desde que se había marchado. Con Maia hablaba de manera más fluida por WhatsApp, pero no sabía nada de Kurt desde que se habían despedido en el aeropuerto.

—Buenos días —saludó Inés, con voz somnolienta, abrazándolo con cuidado—. ¿Qué tal la espalda?

Erik la rodeó entre sus brazos y besó su frente. Estaba preocupada, y llevaba callada e introspectiva desde que habían salido de La Ergástula.

—Inés, estoy bien. De verdad. Que este pequeño traspies no te quite las ganas de probar otras cosas —dijo, estrechándola contra su cuerpo—. Unos azotes, bien dados, pueden ser muy placenteros.

—Lo sé, lo sé. Cuando lo haces tú, parece perfecto —murmuró, escondiendo el rostro en su pecho—. Pero yo no quiero volver a coger un látigo en toda mi vida.

Soltó una carcajada estentórea y la abrazó con más fuerza. Qué mujer. Su espontaneidad lo desarmaba.

—Me parece bien. Por la cuenta que me trae. —Inés emitió una protesta ante la pequeña broma—. Pero eso no quiere decir que dejes de clavarme las uñas en el culo y en la espalda cuando follemos —susurró en su oído. Ella se estremeció, y la guio hasta la cama.

Hicieron el amor lento, con calma, entre las sábanas revueltas. Con los ojos entreabiertos y una media sonrisa. Adoraba sentir a Inés fundirse bajo su cuerpo, sin más objetivo que el placer y la entrega.

Y compartir la rutina de preparar el desayuno, ver una película tirados en el sofá o ir cada uno a lo suyo, acompañándose en silencio sin pretensiones, una idea aproximada de la felicidad que los esperaba.

Buenas intenciones

El pase de visita del lunes en la UCI fue lento y tedioso. El aliciente de que Inés estuviera allí cada mañana ya no estaba, y se encontró más de una vez evocando momentos con ella mientras se hablaba de los pacientes que no eran de cardiocirugía. Notó una pequeña vibración en su móvil y leyó disimuladamente el mensaje.

«¿Tienes un ratito para un café? Estaré allí en diez minutos. :* Inés».

Tecléo de con rapidez la respuesta. La había dejado la noche anterior en su casa al volver de Farellones y parecía una eternidad.

«Allí estaré».

En cuanto el residente les informó de que el niño operado de la semana anterior se recuperaba de la infección y le daban el alta a planta, todo el equipo de cardiocirugía salió de la UCI con rapidez. Intercambió un saludo rápido con Dan y con Ana, que se marcharon a toda prisa a sus respectivos quirófanos, pero Guarida los retuvo a él y a Portales del brazo.

—Antes de que os marchéis, quería comentaros que, a partir de septiembre, Franco se une al trabajo de mañanas. Erik, tu esquema no cambia: seguirás con las cirugías más complejas — aclaró, echando a andar por el pasillo hacia la Unidad—. Franco asumirá las mías.

—Espero que eso cambie pronto —dijo Franco con una sonrisa que se le antojó falsa—. Yo puedo meterle mano a los casos complicados también.

Erik no pudo evitar cierta animadversión ante la aparente buena voluntad de Portales y esbozó una sonrisa forzada. Dudaba mucho que lo hiciera mejor que él. Guarida lo despachó con un gesto de la mano.

—Ya veremos. Por el momento, la cosa queda así. Ya hablaremos más adelante.

Erik esperó a que su jefe se marchara y miró el reloj. Inés estaría por llegar a la cafetería.

—Franco, nos vemos luego. Voy a tomarme un café.

—¡Ah, qué bueno! —dijo el otro con entusiasmo—. ¡Te acompaño, obvio!

«*Svarte Helvete...*». Apretó los dientes y no dijo nada. ¿Qué coño iba a decir? ¿Que no le apetecía una mierda que se acoplara? Encima, Inés no había llegado aún.

Pidieron dos cafés y se sentaron en una mesa cerca de la ventana. Así al menos veía un poco de luz del exterior. Se acercaba la primavera, pero seguía llegando de noche al hospital.

—¡Joder! —soltó Portales, con un volumen demasiado elevado para el sitio en el que estaban. Erik lo contempló con disgusto; todavía no dilucidaba si el tipo era un maleducado o solo inapropiado—. ¡Mijita rica! Fíjate en la mina que acaba de entrar. Me la pasaba por la piedra, pero ya.

Era Inés. Erik reprimió una risita irónica y se levantó de la silla para esperarla de pie. Venía con un vestido granate ceñido al cuerpo que la bata no lograba esconder, su melena suelta y una sonrisa preciosa en la cara. Dedicada en exclusiva a él. La saludó con un beso en los labios, como excepción, y apartó una silla para que se sentara.

—Un momento, voy a pedir mi café —dijo ella, devolviéndole el beso antes de alejarse hacia la barra.

—¿Es tu mina? No lo puedo creer —masculló su compañero. Erik lo miró con atención. El tono estaba envenenado de envidia y un resentimiento hostil—. ¿Qué hay que hacer para conseguirse una de esas?

Entornó los ojos con incredulidad, dispuesto a replicarle como se merecía, pero Inés llegó en ese momento con su café. En vez de eso, volvió a ponerse de pie.

—Inés, este es Franco Portales. Es cardiocirujano, viene a reforzar el *staff* —dijo con toda la cortesía que pudo reunir teniendo en cuenta que quería romperle los dientes—. Franco, esta es Inés, mi mujer. Quiero decir... ¿cómo se dice en Chile? Mi polola.

Inés se echó a reír con cierta perplejidad y le tendió la mano a Franco, pero lo miró parpadeando, desconcertada.

—Encantada, Franco. Estoy segura de que todo el equipo te recibirá con los brazos abiertos —dijo mientras se sentaba frente a su desayuno—. Hay mucha carga de trabajo y hacía tiempo que se necesitaba a alguien más.

—Claro, doctorcita —dijo, obsequioso. ¿Doctorcita? La reacción de Inés no se hizo esperar.

—Inés. Doctora Morán, si lo prefieres —aclaró, cortante. Erik reprimió una sonrisa al ver el gesto sorprendido en la cara de Portales, y se encogió de hombros con impotencia cuando cruzó miradas con Inés.

Se bebieron el café sin decir mucho y a toda prisa. Ella fue la primera en levantarse, y le tendió la mano con formalidad.

—Adiós, Franco. Erik, ¿nos vemos esta tarde? —dijo, con esa sonrisa que algún día iba a hacerle perder la cabeza.

Se levantó y la rodeó entre sus brazos; en la cafetería se calmó la algarabía por unos segundos. A la mierda las viejas cotillas del San Lucas, la besó en la frente y en los labios.

—Claro que sí.

La observó con una sonrisa hasta que salió de la cafetería. Casi podía escuchar cómo Portales rechinaba los dientes.

La guardia fue tranquila para ella, pero sabía que Erik no había parado en toda la noche, así que no lo llamó para ir al banco y arreglar los asuntos pendientes de la FUNCORP. El tema la tenía frita. No solo por la urticaria de Erik frente a todo lo que sonara a papeleo, sino porque no tenía muy claro cómo enfrentarse a los problemas de fondos y al mal uso que se les había dado desde la directiva del hospital.

Llegó a la hora y Nacha no la hizo esperar. Recibió con alegría el café que había cogido de pasada en el Starbucks.

—Me viene genial, estoy muerta. Este fin de semana ha sido movidito —se quejó, frotándose los ojos.

—No me digas nada —murmuró Inés, sentándose frente a ella. Pero no tenía ninguna intención de contarle lo que le había hecho a Erik—. ¿Ese montón de papeles es para mí?

—No, no todo. Solo esto —dijo riendo su amiga ante el tono lastimero, y le tendió un buen fajo de papeles—. Necesito que Erik lo firme antes de la próxima semana para que se autoricen los pagos de la próxima cirugía. —Se detuvo un segundo e Inés apartó la mirada de los folios, intrigada por el tono de su voz—. ¿Puedo preguntarte algo? Erik ha vuelto a ingresar en la cuenta. Setenta mil dólares. ¿De dónde saca el dinero? Me acuerdo de que tú misma estabas sorprendida de su tren de vida.

Suspiró, sopesando si contestar o no a su pregunta. Era lo malo de mezclar la amistad con cosas de trabajo.

—La familia de Erik es dueña de un pequeño astillero en Noruega. Son pocos y todos reciben beneficios. Sé que lo están ayudando con esto, pero está preocupado —confesó al fin Inés—. No puede mantener el ritmo de gastos y no tenemos muy claro cómo conseguir más patrocinadores.

—Para estas cosas hay que tener una estrategia primero, Inés —dijo Nacha. Repiqueteó los dedos sobre la mesa y clavó los ojos en ella—. Esta vez, he podido echar atrás las comisiones por el descubierto, pero la próxima, mi jefe no será tan magnánimo. Y un descubierto por un importe tan grande es un montón de pasta. Tienes que decírselo a Erik. ¿Por qué no te acompaña hoy?

«Porque está durmiendo tras una guardia horrible, y porque no le interesa en lo más mínimo ni el papeleo ni los temas de dinero», ironizó en su mente.

—Ha tenido muy mala guardia. Nacha, Erik es cirujano. No le interesa nada que no tenga que ver con los niños y sus diagnósticos —intentó explicar.

—Ya, pero yo he abierto la cuenta asumiendo un montón de irregularidades porque eres mi amiga, y Erik te respalda —hizo ver ella. Estaba claro que temía que las cosas se salieran de madre—. Mi jefe ya me ha dado un toque por el tema de la cuenta en rojo de la semana pasada. ¡Por favor, no me dejen en pelotas con el tema!

Y esa era la mierda de mezclar sentimientos y trabajo.

Menos mal que tenía el estímulo de pensar en sus actividades de ocio, porque el panorama en las consultas de adultos no era demasiado alentador. Muchos pacientes eran irresponsables con sus enfermedades, olvidaban los nombres de los medicamentos y tenían muy poca conciencia de enfermedad. Sufrían un infarto, estaban en la UCI, graves, a veces un par de semanas, y en la primera consulta estaban aterrorizados, pero poco a poco perdían el miedo. No lo entendía. Algunos incluso volvían a fumar.

En cuanto tenía más de veinte minutos libres, intentaba quedar con Erik para tomar un café rápido, aunque más de la mitad de las veces se quedara con las ganas por culpa de la presión del quirófano.

Aquel miércoles quedaron para comer en la sala de juntas de la Unidad. Empezaba a estar harta de las miradas indiscretas cuando iban a la cafetería, allí estarían tranquilos y tendrían un poco más de intimidad. Inés llevaba en una bolsa de papel un par de ensaladas, unos sándwiches vegetales y Coca Cola para los dos, y había horneado unos *muffins* tras la visita a Nacha. Empujó la puerta de cristal troquelado y se quedó de piedra.

—¡Hola, Inés! —Un Dan azorado, rojo como la grana, se levantó como un resorte del sofá. Una mujer, que NO era Alma, se arreglaba la bata blanca de enfermería y desapareció de allí en un récord digno de una atleta olímpica—. No sabía que ibas a venir por aquí. ¿Tú no estabas rotando en adultos?

El tono acusador la cabreó. Todavía más.

—He venido a comer con Erik a la sala. Hasta donde yo sé, no es de tu propiedad. —Por un segundo, pensó en dejarlo pasar y no decirle nada, pero el rostro amable y dulce de Alma apareció en su mente de manera providencial—. ¿Y qué coño ha sido eso?

—¡Nada! No ha sido nada. No es lo que piensas, yo...

La puerta se abrió y Erik entró con el uniforme de quirófano y el talco de los guantes aún impregnando sus manos. Intercambiaron un beso rápido y su humor mejoró. Solo un poco.

—Hola, Inés. Perdona por la tardanza. No me he podido escapar hasta ahora. ¡Hola, Dan!

—¡Hola, Erik! ¡Bueno! Yo ya me iba. Tengo quirófano. Solo estaba tomando un café.

Su amigo escapó con una expresión más que culpable e Inés resopló al ver la cafetera vacía y limpia.

—¿Qué ha pasado? —dijo Erik, sorprendido.

—Me acabo de encontrar a tu querido pupilo en una actitud más que cariñosa con una mujer que no es la suya en ese mismo sofá.

—Oh.

—¡Oh! ¡Oh! ¿Es todo lo que vas a decir? —Su cabreo ascendió a límites estratosféricos, y, por supuesto, la cápsula que ponía «Peta» con letras de neón se puso a parpadear con fuerza. Una pena, porque no pensaba en ello desde hacía días.

—Bueno, no hay mucho que decir —se defendió Erik, encogiéndose de hombros—. ¿Qué has visto exactamente?

Inés comenzó a sacar la comida de la bolsa con gestos bruscos y decididos. ¿Qué había visto en realidad? Nada. Pero intuía que su amigo no estaba operando a corazón abierto precisamente y no tenía ninguna intención de dejarlo pasar.

—He visto que Daniel está casado con Alma, que llevaba en la frente un letrero gigante que ponía «CULPABLE» y que la mujer que estaba con él tenía toda la pinta de que le hubieran metido un buen magreo —respondió, enfadada. Que Erik se echase a reír no le hizo ninguna gracia—. Ya sabemos que estas cosas para ti no son importantes, pero en mi mundo, la fidelidad sí es considerada un valor —soltó, mirándolo a los ojos.

Un silencio helado se cernió entre ellos. ¿Era eso lo que quería conseguir? Erik apretó los labios en una línea fina, pero sostuvo su mirada sin pestañear. Parecía esperar a que ella añadiese algo más, pero más valía que se quedara callada. Todo lo que se le ocurrían eran recriminaciones enfurecidas de novia celosa y se negaba a montarle un espectáculo a Erik por ello. No. No, no y no.

—He traído sándwiches de salmón, ensalada y Coca Cola, ¿comemos?

—No. Primero quiero saludarte como es debido.

Vaya. Inés se dejó rodear por aquellos brazos fuertes y se refugió en su pecho mientras el disgusto se diluía en bienestar. En pura felicidad. Cerró los ojos y sonrió al recibir un beso en la frente y

después en los labios. Se detuvo en aquel beso. Los labios expertos tanteaban su boca, apretando con la firmeza justa para buscar un poco más. La lengua acariciaba sin invadir, y sus manos la sostenían con fuerza y ternura a la vez. Lo dejaría pasar, era lo mejor. Por el momento.

Comieron mientras planificaban la semana, y Erik la sorprendió con algo con lo que no contaba.

—Mañana por la tarde me estreno como defensa con el equipo de Juan —dijo entusiasmado—. ¡Espero no partirme el cuello!

—¿Cómo? ¿En el equipo de hockey sobre hielo? —Su entusiasmo era contagioso y cualquier resquicio de resquemor desapareció.

—¡«Vikingos Chilenos»! —respondió él con una carcajada—. Tengo muchas ganas de volver a calzarme los patines, me he traído todo el equipo de Tromso. Estoy oxidado, pero espero dar la talla. Me preocupa un poco que la media de edad sea de diez años más jóvenes que yo.

—¡Eso tengo que verlo! Llamaré a Nacha para ir a veros las dos juntas.

El plan que perfilaban le apetecía cada vez más. El busca de Erik sonó, rompiendo el buen ambiente. Era de la UCI, y tenía que marcharse.

—Qué pena, no te da tiempo a tomar el postre.

—De eso nada. Me llevo esos *muffins* para la guardia. ¡Nos vemos mañana!

Intercambiaron un beso rápido e Inés ni siquiera protestó. Salió de allí con una sonrisa retratada en su cara. Esos pequeños detalles de apego por parte de Erik le decían que, pese a todo, estar juntos iba por buen camino.

Al día siguiente la consulta de adultos no le pareció tan pesada, con la perspectiva del plan de la tarde. Habló con Nacha para quedar, se verían directamente en la pista de hielo al empezar el entrenamiento.

Hacía mucho frío y cambió el vestido que había llevado al hospital por unos vaqueros, sus botas favoritas de piel de oveja y un jersey blanco de lana y cuello vuelto. Debajo, el conjunto de lencería color marfil que Erik le había regalado y que aún estaba pendiente de estrenar como era debido.

Erik pasó a buscarla a las siete de la tarde, e Inés disfrutó de verlo contento, relajado y parloteando entusiasmado sobre las reglas y las posiciones del deporte, con un lenguaje técnico del que entendió la mitad. En cuanto llegaron a la pequeña pista en el Parque Arauco, se despidió de ella con un beso y se dio un fuerte apretón de manos con Juan. Ella se acomodó en las gradas, dispuesta a jalearse a su chico. Solo le faltaban los pompones de animadora.

—Ver a unos cuantos maromos sudando en la pista no es mal plan, ¿verdad? —dijo Nacha, que se sentó junto a ella. Inés asintió con entusiasmo.

Verlo vestido con las protecciones, el casco, los patines y el *stick* de hockey la puso a cien. Sonrió al ver la camiseta oficial del equipo de Noruega, roja con una franja azul ribeteada en blanco, con su apellido, Thoresen, impreso en la espalda. Siempre llevaba Noruega con él de alguna manera. Se deslizó con elegancia sobre el hielo y golpeó el casco con el *stick*, guiñándole un ojo a las dos.

—No. No es mal plan. Ojalá todo fuera como si tuviésemos dieciséis años —suspiró al recordar que no todo era miel sobre hojuelas.

—¿Qué pasa, Inés? Te has puesto muy seria de repente. ¿Va todo bien con el vikingo?

Era increíble la perspicacia de Nacha para identificar cuándo algo no iba bien.

—Creo que sí, pero no lo sé. ¡Vamos, Erik! —gritó entusiasmada al ver a los seis jugadores distribuirse a lo largo de la pista. Vaya. Eran todos bastante corpulentos—. Hay algo que no te he contado.

Resumió a grandes rasgos lo que había ocurrido desde que Erik había vuelto. Cuando le soltó la bomba de que se había acostado con Peta, y que se lo había dicho así, sin más, Nacha quedó inmóvil. No dijo nada hasta que acabó con el relato.

—Lo pongo en cuarentena, Inés. Si te digo la verdad, a mí me parece un grandísimo hijo de puta —dijo con cierta inquina—, porque primero se folla a otra y luego te lo arroja a la cara para que seas tú quien se ocupe del problema. No me parece justo. ¿Te ha pedido perdón, al menos?

Inés frunció el ceño. No lo había visto desde ese punto de vista.

—No. La verdad es que no. Es que él no piensa que haya hecho nada malo. —¿Por qué sentía que lo estaba justificando? Nacha soltó una risita irónica que le dolió más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Inés, te ha puesto unos cuernos del tamaño de una catedral. Y luego, te lo ha soltado sin ápice de culpa y se ha quedado tan ancho.

No replicó, y Nacha tuvo la delicadeza de cambiar de tema y no seguir echándole limón a la herida. Las dos se concentraron en jalearse a sus chicos desde la grada. Pero Inés sabía que su entusiasmo se había diluido bastante con la conversación. Justo cuando pensaba que el «Tema Peta» estaba superado, algo volvía a reflotar la cápsula de nuevo.

Dejó de pensar la primera vez que uno de los hombres placó a Erik, lo tiró al suelo de espaldas y cayó sobre el hielo con un golpe seco que le heló la sangre. Horrorizada, comprobó que, tras el amigable entrenamiento inicial, los cuatro integrantes del equipo, todos salvo el portero, atosigaban a Erik sin tregua.

—¡Cuidado! —suplicó, al verlo estrellarse contra las protecciones laterales, empujado por dos compañeros que reían y lanzaban frases despectivas. Debió caer al menos veinte veces. Nacha disfrutaba de lo lindo animando a Juan.

Poco a poco, pareció calentar y ganar agilidad, esquivando los ataques y protegiendo la portería sin que ninguno de los atacantes lograra un gol. Juan lo arengaba y lo picaba, e Inés temió, en algún momento, que Erik se dejara llevar por la ira y acabara enganchando con alguno de sus nuevos compañeros, pero cuando terminaron, todos se abrazaron. Le tomaron el pelo con una complicidad que a Inés le pareció increíble después de una hora de

compartir empujones violentos, caídas contra el hielo e insultos obscenos.

—¿Tú sabías que esto era tan bestia? —dijo horrorizada cuando terminaron. Su amiga se echó a reír e Inés la abrazó en un gesto espontáneo.

—¿Por qué te crees que nunca vengo a verlo? ¡Me da pánico que se lesione! Deberías ver los moratones que trae.

—Vamos a ver si están enteros.

—¿No es como muy americano, esto? —pregunto Nacha mientras se acercaban hacia la salida de la pista

—Total. ¡Solo que con diez años menos!

—O con veinte menos —resopló Erik. Tenía el pelo revuelto y sudado por el casco, el rostro enrojecido por el esfuerzo, y una sonrisa que no le cabía en la cara. Inés se derritió cuando la abrazó y la besó en la boca—. ¡Menuda paliza me han dado!

—Eres nuestro nuevo defensa, ¡te lo has ganado! —dijo Juan, entre las risas del resto del equipo. Se despidieron con la camaradería que solo un deporte de contacto podía dar, y las dos parejas caminaron hasta la zona de restaurantes del centro comercial para una cena improvisada.

Las chicas se sentaron a un lado de la mesa. Su amiga soltó un grito y la abrazó con entusiasmo cuando Inés confirmó que su madre se encargaría del banquete de su boda, y escribieron varias tentativas de menú en una servilleta de papel. Erik y Juan, sentados al otro lado, no paraban de comentar las jugadas y el plan de los próximos entrenamientos.

Inés no dejó de fijarse en que mantuvieron las manos entrelazadas a cada momento sobre el mantel, y que él apretaba sus dedos de vez en cuando. Era perfecto. Pero no podía dejar de pensar.

—La próxima semana podemos hacer algo parecido —dijo Juan, estrechando la mano de Erik y besándola a ella en la mejilla para despedirse—. Estuvo genial el panorama. ¡Hasta la próxima!

—Estoy feliz —soltó Erik de repente, mientras caminaban hacia el coche. Inés se estrechó contra su costado y Erik la acogió bajo su brazo, pero no dijo nada. Las palabras de Nacha se repetían

como un disco rayado en su cabeza y tuvo que hacer un esfuerzo consciente para apartarlas.

Todo saldría bien. Estaba segura.

Nada es lo que parece

Viernes, y una mañana llena de cirugías complejas por delante. Erik saboreó el regusto metálico de la adrenalina en la boca, y repasó los pasos del desafío del corazón del primer niño. Mientras se lavaba las manos, anticipaba qué podía salir mal y preparaba distintas soluciones en un protocolo que seguía antes de cada operación. La interrupción de Dan al entrar como una exhalación en la antesala del quirófano lo arrancó de cuajo de su concentración.

—¿Qué coño pasa? —exclamó, airado.

—Necesito ayuda. —Su antiguo pupilo lo miró, preocupado. Parecía querer decirle algo con urgencia. Erik asomó la cara tapado con la mascarilla dentro del quirófano y se dirigió al segundo cirujano.

—Tú y Ana empezad ya con la esternotomía. Vengo en unos minutos.

Dan hizo señas para alejarse un poco de la vorágine de personal en torno al pasillo y bajó la voz.

—Erik, Portales está desaparecido. Hace quince minutos que lo estoy buscando, y tengo al paciente ya anestesiado —dijo con aprensión—. Lo he buscado por todas partes, lo he llamado diez veces a su móvil personal y al busca. Y nada. ¿Sabes dónde puede estar? No quiero avisar a Guarida.

—Vamos. Quizá esté en la Unidad —dijo Erik, y echó a andar fuera del área quirúrgica.

Quizá dar parte al jefe fuera lo mejor, pensó con fastidio. El comportamiento errático de Franco los estaba sacando de quicio a todos. Unas veces eran los retrasos, otras los estallidos irascibles o las salidas de tono con las mujeres del equipo, y otras cuando había que cubrirle el culo por no hacer algo que era de su competencia. No se tragaba cuando decía que era porque no estaba acostumbrado a trabajar a la manera del San Lucas. Eran protocolos que se seguían aquí y en Japón.

Miraron en los despachos, en la Sala de Juntas y en los vestuarios. Nada.

—Dan, vete al quirófano; no puedes dejar al paciente así. Yo seguiré buscando —dijo mientras en su mente soltaba una retahíla de insultos en noruego—. Si no doy con él, aviso a Guarida para que vaya a ayudarte.

Echó un vistazo al reloj de la pared, tenía que darse prisa. Confiaba en la pericia de su ayudante y Ana había mejorado mucho también, pero prefería controlar el procedimiento desde el principio.

—A la mierda —masculló. Avisaría a su jefe ya. Pero, por algún motivo, entró en el pequeño cuarto de baño para visitas del rincón. Allí nunca iba nadie, era muy pequeño y estaba apartado de todo.

—Hola, doctorcito.

Se encontró cara a cara con Portales, que inspiró con fuerza, con un ronquido desagradable. Se llevó la mano a la nariz y la frotó con movimientos repetidos. Nerviosos. Erik frunció el ceño y lo estudió con mayor atención: frente sudorosa, pupilas dilatadas, temblor en las manos... La certeza caló en él helándole los huesos. No era un tipo alterado e inquieto. Portales se drogaba.

—Franco, ¿qué coño te has metido? —preguntó, directo. No se atrevería a negarlo.

—¡Vamos, principito! —dijo, riéndose, despectivo—. Usted, que tiene tan buen chasis, con esos musculitos, ese porte... ¿nunca le ha dado a los esteroides? —Erik frunció el ceño y negó con la cabeza, estupefacto—. ¿A los anabolizantes? ¿Una ayudita para afrontar la carga de trabajo?

—No.

Era curioso. De pronto, Franco parecía haber vuelto en sí. Sus pupilas seguían midriáticas, pero el temblor, los movimientos nerviosos y la sudoración habían desaparecido. La dosis ejercía su efecto.

—Lo creo, lo creo. El Dr. Thoresen, tan perfecto, tan estupendo, tan todo —enumeró con tono adulator—. Tengo que volver al quirófano. Si me disculpa...

Pasó por su lado, chocando el hombro con el suyo, pero Erik no reaccionó. ¿Anabolizantes? ¿Esteroides? Ya. Y él era un trol de

los bosques de Tromso. Salió al pasillo. A un lado, los quirófanos. Al otro, el despacho de Guarida en la Unidad. Acusar a un colega de consumo de drogas era algo muy gordo. El busca sonó, insistente y esprintó hacia el ala quirúrgica. Ya pensaría qué hacer con la información que tenía.

Todo el parte se retrasó por culpa de la estupidez de Franco, pero al final, entre todos, sacaron el trabajo adelante.

—¿Qué tal con Portales? —preguntó a Dan al acabar la jornada. El residente lo miró con extrañeza.

—Bien. Una vez que volvió al quirófano, claro. —Erik apretó los dientes para no soltarle a Dan lo que sospechaba—. No es muy prolijo, pero resuelve bien. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Nada de comportamientos erráticos?

—No. Trabajamos como monos. Yo creo que está un poco perdido con la manera de trabajar del San Lucas. Somos muy estructurados —lo disculpó Dan.

Decidió no sacarlo de su error. No quería polémicas, y antes de hacer cualquier acusación, debía estar muy seguro.

—Vamos ya a la Unidad. Llegamos tarde a la reunión de auditoría.

Y maldita la gana que tenía. Saludó a Inés con un beso en los labios, sin importarle una mierda las risitas cómplices, y se sentó a su lado. Ella frotó su espalda y él se encogió levemente, aún le molestaba un poco el hematoma, aunque ya estaba curando. Se dio cuenta y la mano se desplazó hasta el hombro.

—¿Estás bien? —susurró, preocupada—. Vienes muy tenso.

—He tenido un día de mierda. Ya te contaré. ¿Empezamos? —dijo con impaciencia.

Gus ya tenía todo listo, pero en cuanto puso la primera diapositiva, Erik supo que la presentación no le iba a gustar.

«Número de pacientes que pasan de Cardiología Pediátrica a Cardiología de adultos»

¿Qué mierda de título era ese? No dijo nada. Inés le agarró la mano con disimulo y se la apretó. Agradeció el efecto calmante de su contacto, pero toda la presentación se reducía a cuántos adolescentes habían sido dados de alta, los antecedentes médicos

que portaban y el diagnóstico principal. Su relato no duró ni veinte minutos.

—¿Eso es todo? —preguntó. Más que enfadado, estaba sorprendido de la actitud de Gus, que lo miró sin entender.

—Sí, claro. ¿Hace falta algo más?

Erik se apretó el puente de la nariz. ¿Valía la pena pelear por eso? La auditoría no hacía más que traerle dolores de cabeza. Le quitaba un tiempo valiosísimo y los problemas más acuciantes ya los había resuelto en el primer semestre. Inés le iba a triturar los dedos si seguía apretando tanto. Se inclinó hacia ella antes de levantarse.

—Tranquila —masculló. No iba a montar una escena. Estaba demasiado cansado—. Sí, hace falta. ¿Cuáles son los temas pendientes con estos chavales? ¿Con qué problemas burocráticos se han encontrado los padres? Porque me consta que los hay. —Habló en un tono calmado, pero la sangre comenzaba a circular más rápido en sus venas—. ¿Qué cosas se hacen mal desde Pediatría? ¿Cuál es el tiempo medio de espera hasta que se regulariza su situación? ¿Qué ocurre con las interconsultas de otros especialistas importantes como nutrición, broncopulmonar...? ¿Se hace un trabajo coordinado? —Ya estaba bastante caliente con el tema, el rojo se vislumbraba cerca y no quería acercarse al momento de perder el control.

—Buscaré los datos —dijo Gus, alzando las manos en señal de indefensión.

—Más te vale —gruñó Erik. Todos comenzaron a levantarse; el momento había sido desagradable y tenso, y las caras de cansancio no ayudaban—. ¿A quién le toca la próxima reunión?

—La próxima reunión es después de la semana de las vacaciones del Dieciocho —aclaró Álex—. Muchos nos vamos de vacaciones, así que no estaremos aquí.

Había olvidado por completo el puente de las fiestas del Día de la Independencia.

—Está bien, a la vuelta nos organizamos. Pasad un buen fin de semana.

Se levantó un murmullo de despedidas y buenos deseos mientras salían de la Unidad.

—Estoy roto —dijo mientras se dirigían al aparcamiento. Miró a Inés, que lo contemplaba con una expresión entre divertida y solidaria—. *Liten jente*, ¿qué te apetece hacer? Si soy sincero...

—Tranquilo, no vamos a ir a ninguna fiesta hoy.

—¿No? ¿No quieres ir a casa de Philip, entonces?

Ella negó con la cabeza.

—No, yo también estoy agotada y tengo hambre. Vamos a casa, pedimos algo de comida y nos relajamos. ¿Qué te parece?

Erik sonrió, sorprendido.

—Perfecto. Pero ¿no prefieres que vayamos a la mía? Últimamente vivo en tu apartamento.

Ella soltó una carcajada y se abrazaron.

—No. Además, tengo algo para ti. Mientras estabas en Noruega compré unas cosas para agasajarte, y hoy es el día perfecto para utilizarlas.

—¿En serio? ¿Regalos? —La sonrisa no le cabía en la cara—. ¿Qué me has comprado?

—Vamos, en casa te lo enseño.

Entraron al apartamento y se descalzaron en un ritual ya familiar. No tardaron en ponerse cómodos con los pantalones grises y la camiseta blanca que Erik prefería para estar por casa. A Inés le quedaban genial. Sonrió al recordar lo poco sexy que le habían parecido las prendas cuando se las regaló, pero ahora las usaba con frecuencia.

—¿De qué te ríes? —lo pilló *in fraganti* y lo abrazó.

—De nada importante. Dime mejor qué me has comprado.

Inés ensanchó la sonrisa y sus ojos brillaron con malicia.

—Mejor te lo enseño. Están pensadas especialmente para ti, ¿sabes?

—¿En serio? —Estaba intrigado. ¿Qué podría ser? La noche pintaba cada vez mejor—. ¿Qué es?

Inés tiró de él hacia la habitación y soltó una risita divertida. La siguió y se dejó caer sobre la cama cuando ella lo empujó.

—Espera aquí. Si quieres, puedes ir quitándote la ropa.

Soltó una carcajada incrédula, pero obedeció. Todas las preocupaciones del hospital desaparecieron como por arte de magia.

—¿No vamos a comer nada, primero? ¡Tengo hambre! — protestó, pero estaba muy intrigado. Y muy excitado.

Se desnudó con rapidez y volvió a tenderse en la cama. Se consideraba dominante en el sexo, pero no dudaba que ponerse en manos de Inés significaría placer a raudales y diversión asegurada. Se revolvió, impaciente. Comenzó a sonar *If you Can't say no*, de Lenny Kravitz y sonrió. Lo tenía todo planeado al milímetro. Pero tardaba más de lo esperado, y deslizó los dedos sobre su erección.

—¡Eh, no empieces sin mí! —dijo Inés, con tono imperativo. Blandía en su mano unas esposas de acero, que, en vez de cadena, estaban unidas por unas bisagras que las hacían más rígidas—. Con esto, seguro que dejas las manos quietas. Arriba, vamos.

Él enarcó las cejas, burlón, pero se prestó al juego. Se puso de pie y extendió las manos hacia ella. Inés sonrió, divertida, y negó con la cabeza.

—No. Las manos, atrás.

—De acuerdo. —Se giró y las apoyó en el trasero. Ella ronroneó, arrancándole una sonrisa—. Pero así no voy a poder tocarte.

—¿Quién ha dicho que quiero eso? Hoy te toca a ti quedarte quietecito.

Con un chasquido, cerró las esposas en torno a sus muñecas. Erik intentó separar las manos para tantear su efectividad y el acero se clavó en su carne. No eran un juguete.

—¿Me tumbo en la cama? —sugirió, al verla rodearlo sin saber muy bien qué hacer. Dibujaba con los dedos sus pectorales, rodeaba sus pezones, y lo estaba poniendo a cien, pero comenzaba a perder la paciencia. Ella se detuvo.

—Empiezo a entender por qué a veces quieres ponerme una mordaza —dijo, burlona—. Déjame pensar... No. Mejor quédate como estás. Veamos si cuando acabe contigo eres capaz de seguir en pie.

El tono lascivo y perverso de sus palabras provocó que su erección se endureciera aún más, y abrió un poco las piernas para

equilibrarse. Bajó la mirada y esbozó una media sonrisa. Inés deslizaba las uñas sobre su pene y su trasero, y daba vueltas rodeándolo como si se tratara de una pantera rodeando a su presa.

—Sabes que adoro mirar tus ojos azules cuando follamos —dijo, acercándose con una de las cintas negras de seda entre sus manos—, pero hoy voy a prescindir de ellos.

—Inés, estás jugando con fuego. Recuerda que en algún momento tendrás que quitarme las esposas. —Así que le iba a vendar los ojos. Muy bien. La dejaría jugar un poco, y en cuanto bajase la guardia, cambiaría las tornas. No necesitaba las manos para someterla. Aquella sesión le estaba gustando cada vez más.

Se acercó a él y lo empujó con suavidad del pecho, hasta sentarlo sobre la cama. Después, besó cada uno de sus párpados y puso la venda sobre ellos.

—Uhm. No tan ceñido —protestó al sentir la tela bien ajustada en torno a su cabeza.

—Definitivamente, tengo que conseguir una mordaza la próxima vez —respondió ella.

Iba a pagar muy caras todas sus insolencias, pero lo cierto era que la situación lo intrigaba cada vez más.

Inés se acomodó entre sus rodillas y notó su aroma personal muy cerca. Alzó el rostro, casi sentía su calor, pero no podía tocarla. De pronto, ella se echó a reír y la calidez de su aliento chocó justo en su entrepierna. Se tensó. No esperaba que estuviera ahí.

—Qué malvada —dijo, mientras notaba que la tensión en sus ijares comenzaba a hacerse insoportable.

—Pues no he hecho más que empezar. Ponte de pie otra vez. —Notó los labios femeninos justo a medio camino entre su pene y su ombligo. Recorría con pequeños besos la línea de vello, tentándolo, pero sin llegar a tocar su erección. Exhaló lentamente y apretó los labios. Tenía que ser paciente. Ahora el aire caliente y húmedo de su respiración cayó sobre el pezón izquierdo. Apretó los párpados tras la venda, ansiando su boca y lengua sobre él, pero ella no lo tocó. Aquel juego provocador lo estaba volviendo loco.

—Me gusta ver mi nombre tatuado en tu pecho —dijo en un susurro. Él sonrió.

—Siempre me tatúo cosas importantes para mí.

—No veo otros nombres de mujer —observó Inés. Ahora notó los dedos sobre su piel, dibujando las letras, pero sin acercarse en ningún momento a la carne atravesada por el acero. Tragó saliva.

—Porque, hasta ahora, ninguna lo había sido lo suficiente como para grabarla en tinta. Ah, Inés...—Ella sustituyó los dedos por sus labios, y besaba y lamía las letras góticas sobre su pectoral izquierdo. Cerró los ojos con fuerza tras la venda.

—Quieto, Erik —susurró. Notaba que también estaba excitada. Su tono de voz adquiría un timbre más grave y sedoso, y se revestía de un cierto temblor. Una mano femenina, algo fría, acarició el interior de su muslo y toda su piel se erizó. Volvió a concentrarse en controlar la respiración. Cuando esa mano se movió para rodear su erección, se envaró y soltó un gruñido.

—Ah, *kjaereste*. —El tacto de los labios sobre su pecho y el de la mano, masturbándolo, era demasiado. Tensó los brazos, y las esposas mordieron de nuevo sus muñecas.

—Si te mueves, vas a hacerte daño —dijo ella, intercalando las palabras entre los besos—. Y acabamos de empezar.

Se abandonó a la sensación de aquella mano que lo sometía a una deliciosa tortura.

—Los pezones, Inés —ordenó. Ya no podía más. Rodaba la boca por sus pectorales sin darle lo que quería y se estaba volviendo loco. Ella sonrió, y en un movimiento brusco que no esperaba, cogió la barra de acero de un piercing entre los dientes—. *Fy faen!*

—¿No querías que fuera a los pezones? —Era malvada. Perversa. Perfecta. Se aplicaba con la lengua en círculos en torno a ellos de manera alternativa, humedeciéndolos con saliva, mientras su mano no dejaba de trabajarle la polla. Necesitaba sentarse. O tumbarse. Sus rodillas comenzaron a flaquear.

—Necesito tocarte, *liten jente*. Quítame las esposas.

Ella se echó a reír, esta vez con esa risa traviesa que adoraba, y que decía a las claras que se reía de él.

—¿Tan pronto? ¡No! —Se arrepintió de habérselo dicho. Ahora se había alejado; notó el aire moverse y desplazó el peso de un pie a otro, ansioso.

—¿Inés? ¿Dónde estás?

—Estoy aquí mismo, grandullón.

Se sorprendió al notar de nuevo su aliento sobre el abdomen. Distinguió el zumbido reconocible de un vibrador, y frunció el ceño, intrigado.

—¿Qué suena? ¿Es tu Iris? —aventuró, preguntándose qué pretendía hacer con él.

—No. Este es un regalo para ti.

Dio un respingo al notar el juguete recorriendo su polla. Cuando llegó al glande, suave y sensible, apretó los dientes. No estaba acostumbrado a la mezcla de cosquillas y placer y se revolvió desazonado. Cerró los ojos tras la venda y controló la respiración.

Notó la vibración sobre el lateral de su tobillo y se tensó al notar cómo ella lo deslizaba a lo largo de su pierna hasta insinuarlo entre sus glúteos.

—Ah. *Fy faen...* —dejó caer la cabeza hacia atrás y sonrió en puro delirio ante lo que iba a ocurrir—. Trátame con cariño, *liten jente*.

Nunca se lo había pedido, que le diera sexo anal. No quería presionarla, y alentaba siempre sus tímidos avances para que fuese más allá. Por fin la espera daba sus frutos.

—Siempre —dijo ella. Con la otra mano, lo instó a separar aún más las piernas.

Notó su rostro frotarse contra sus testículos y sus músculos se anudaron en tensión. La expectación lo estaba matando.

—Sí, Inés. Lo que vas a hacer es perfecto.

Ella volvió a reír, y comenzó a describir pequeños círculos para abrirse paso entre sus glúteos con el vibrador, ya lubricado.

—¿Y qué voy a hacer, señor clarividente?

—Hazlo, Inés. Ya.

Cerró los ojos con fuerza tras la venda cuando ella aferró la base de su polla y se la introdujo en la boca. Jadeó con cada exhalación, perdido en el placer de la felación, rabiando por deshacerse de las esposas.

—Me muero por aferrarte la nuca y follarte hasta la garganta —dijo con un filo agresivo en el tono. Ella soltó su presa por un

momento.

—Suerte para mí que tengas las esposas puestas. Pero aún no es hora de soltarte.

Poniendo el vibrador al máximo, penetró su orificio anal unos pocos centímetros, en un movimiento rítmico coordinado al *tempo* con que lo acogía en su boca. Dejó escapar un gruñido ronco cuando hundió por fin el juguete en su interior, provocando su caída en el orgasmo. Sus piernas flaquearon, y cayó de rodillas frente a ella. Inés lo besó con fervor. La calidez de su semen se percibía aún en sus labios. Si moría ahí mismo, entre sus brazos, no importaría lo más mínimo. Inés soltó la venda de sus ojos y rodeó su cintura con las manos, para quitarle las esposas. Retiró también el vibrador. En cuanto se vio libre, la estrechó contra su cuerpo.

—*Tusen takk, kjaereste* —murmuró, apoyando los labios en su frente. Ella esbozó una sonrisa tierna.

La cogió entre los brazos y la tendió en la cama, acomodándose entre sus piernas.

—Es tu turno, *liten jente*. Y has dejado el listón muy alto, veremos si puedo estar a la altura.

Inés cerró los ojos y arqueó la espalda, lista para dejarse ir.

—Inés, me preocupas. Son más de las dos y anoche tampoco nos acostamos tan tarde —dijo Erik, apartando la melena desordenada de su rostro.

Sonrió al ver la ansiedad en los ojos azules y se incorporó para saludarlo con un beso.

—Buenas tardes. Yo creo que es el frío del invierno, que me obliga a hibernar. —Se estiró sobre la cama y olfateó un delicioso aroma en el ambiente—. ¿Has preparado la comida?

—Macarrones con queso y tomate. La única cosa decente que cocino además de sándwiches de salmón. Vamos, que se enfría.

Estaban deliciosos. Devoró un plato que arrancó el aplauso espontáneo de Erik. No confesó que se habría comido otro, si no fuera porque, desde que había dejado el ballet, sus formas se

habían redondeado y tenía que reducir un poco la cantidad de hidratos de carbono.

—¿Cuál es el plan para hoy? —dijo, llena de energía, mientras lavaban los platos y ordenaban la cocina.

—Yo necesito moverme. Pensaba ir al gimnasio.

—¡Genial! Yo iré a *poledance*, esta semana perdí una clase por ir a verte al hockey. Y después...

—Para después no hagas planes —la interrumpió Erik. Inés lo miró, interrogante, pero él cerró el grifo y se secó las manos sin decirle nada más—. ¿Puedo ir a verte bailar?

—¡No! —dijo Inés, riendo—. Todavía me cuestan los movimientos, aunque poco a poco lo voy consiguiendo. Cuando no parezca un pato mareado, podrás ir a verme.

Intercambiaron un beso frente a la puerta de entrada y Erik estampó una palmada en su trasero que la hizo dar un respingo.

—Vendré a buscarte sobre las nueve. Come algo antes de que llegue, porque después no sé si tendremos tiempo —advirtió antes de marcharse.

Placer y dolor

—¿Dónde me llevas? —preguntó Inés por enésima vez.

—Ya lo verás.

—Hoy es sábado, no hay fiesta en casa de Álex y Philip. — Se acercaban a su dirección y se enderezó, expectante, en el asiento del copiloto.

—Chica lista. Vamos a su casa, sí. Pero no a una fiesta.

Dibujó una sonrisa tenue y fijó la mirada en la carretera. Inés quiso asesinarlo. Llevaba más de media hora intentando sonsacarle.

Aparcaron por fin e Inés entornó los ojos al ver que sacaba del maletero una bolsa de tela negra que nunca había visto antes.

—¿Qué llevas ahí?

Erik llamó al timbre, se volvió hacia ella y sonrió.

—Entre otras cosas, una mordaza. Que no voy a dudar en utilizar, India. Hoy sí me llamarás Amo. —Inés percibió el aura de autoridad que revestía su tono de voz—. Vamos a jugar. Pero de verdad.

Asintió, sobrecogida por la reacción brutal de su cuerpo. Su sexo se contrajo y sus pezones se frunció ante la sensual amenaza. La puerta se abrió y su sorpresa fue aún mayor al ver que quien abría era Titania.

—Hola, India. Ven conmigo, te ayudaré a prepararte —dijo con su voz dulce y suave. Inés lanzó una mirada rápida a Erik que se alejaba hacia el otro extremo de la casa—. El Vikingo te esperará en la mazmorra con Oberón. Ha preparado algo muy especial.

Se sumió en un estado de alerta expectante mientras se desnudaba con ayuda de Titania. Su corazón latía rápido, su respiración se hizo más profunda, cada centímetro de su piel se erizó. En vez de ropa, la vistió con un kimono corto de seda negra que dejó abierto por delante y luego señaló unas correas de cuero

sobre la cama. Eran nuevas, de cuero negro y lustroso con un ribete de color morado y un acero que brillaba. Inés tragó saliva.

—¿Qué ha preparado exactamente?

Titania se echó a reír y comenzó a ceñir sus muñecas y tobillos con las cinchas.

—Quiere entregarte tu collar de consideración —dijo, y levantó la pieza para su cuello a conjunto con a las que ya llevaba puestas—. Y quiere darte una prueba de lo placentero que puede llegar a ser un poquito de dolor.

Inés estiró las manos para coger el collar, pero Titania negó con la cabeza.

—Él te lo pondrá. Vamos.

—¿Con una ceremonia? —preguntó Inés. El aspecto atávico del BDSM la tenía fascinada.

—No exactamente. Oberón quería hacerlo a la vieja usanza, es muy tradicional, pero Erik ha optado por un abordaje un poco más práctico —dijo la sumisa entre risas—. Aunque estoy segura de que mi amo tendrá algo que decir.

Inés atravesó la casa, descalza, hacia la pequeña mazmorra. Erik y Oberón hablaban en voz baja, tan solo iluminados por unas velas sencillas. Su piel se erizó al escuchar *Teardrop*, de Massive Attack. Estaba tan nerviosa que ni los saludó, solo tensó una sonrisa en sus labios cuando Erik cogió el collar entre sus manos.

—De rodillas, India —ordenó con dulzura.

No vaciló en obedecer. Titania le indicó entre susurros que se sentara sobre los talones y que apoyase las manos, con las palmas hacia arriba, sobre los muslos.

Adoptó la posición, pero no bajó la mirada. No podía apartarla de los ojos azules de Erik, que brillaban con devoción.

Oberón tomó la palabra.

—India, un collar de consideración es el inicio de un camino. Materializa la intención de profundizar en una relación de Dominación y sumisión. —Erik sonrió y alzó su rostro con los dedos. Después se inclinó para ceñirle el collar—. Todos los inicios son frágiles; es trabajo de ustedes fortalecer el vínculo dando a conocer sus deseos, comunicar las necesidades y pactar los límites. Titania y yo estaremos junto a ustedes para resolver cualquier duda.

—Levántate, India —dijo Erik, y tendió una mano para ayudarla.

—El camino del BDSM es un camino de placer, y las maneras en que se presenta... infinitas. —El tono de Oberón cambió y Erik dejó caer de sus labios una sonrisa depredadora—. Hoy tu Amo quiere mostrarte cuán placentero puede llegar a ser.

Inés se dejó conducir hasta la cruz y tragó saliva cuando Erik abrió el kimono y acarició su piel.

—Voy a desnudarte. ¿Te importa que se queden? —preguntó señalando a la pareja.

Negó con la cabeza. No era capaz de articular ningún sonido por la tensión. Cerró los ojos durante un segundo cuando deslizó la seda por sus hombros. Ahora solo la vestían las cinchas de cuero y acero.

—Ahora te ataré a la cruz. Después te daré a probar distintas sensaciones. —Se detuvo un par de segundos, cuando Inés opuso una resistencia involuntaria, hasta que se dejó hacer. Sonrió, deslizándose el dorso de los dedos desde el collar hasta el encuentro de sus muslos en una caricia delicada—. Elige una palabra de seguridad.

—Glaciar —articuló Inés con dificultad. Sentía los labios hinchados, los pezones fruncidos y el sexo anudado en tensión.

—Si necesitas que me detenga, si algo no te gusta, si estás cansada o simplemente no te convence, quiero que la digas. Repítela.

—Glaciar.

Se moría por morder su boca, por hundir las manos en su melena rubia, por abrir las piernas y que se enterrase en ella, pero no se movió. Prolongar la agonía era otra manera refinada de obtener placer y paladeó la sensación.

Se dejó atar, con los brazos y piernas casi estirados, y clavó los ojos en él. Estaba expuesta, vulnerable, a su merced. Y sin embargo, una intensa sensación de seguridad la envolvió.

Erik deslizó el borde de la mano entre los labios de su sexo y lo llevó a la boca después.

—Deliciosa, *liten jente*.

Inés reprimió un gemido. Notaba su coño palpar después de la caricia.

—Tus pezones están perfectos para lo que voy a hacer. — Los lamió y succionó hasta dejar dos botones duros y violáceos. Ella cerró los ojos y jadeó—. Mira.

Tenía en la mano dos pequeñas pinzas unidas por una finísima cadenilla plateada. Inés asintió y él atrapó un pezón con una de ellas.

Un destello de dolor agudo atravesó su pecho, después el otro, y emitió un quejido, pero la corriente de placer que mantenía unidos todos los puntos de su cuerpo se aceleró, disparando la excitación. Las mantuvo ahí mientras cogía de la mano de Oberón un largo plumero.

—Hace cosquillas —murmuró Inés, con la voz grave y ronca.

Erik sonreía, atento a sus reacciones, mientras deslizaba las plumas por el interior de sus brazos y sus muslos, por el abdomen y encima de su monte de Venus. Cuando rozó sus pezones, aún oprimidos por las pinzas, Inés emitió un gemido ahogado.

—Erik, por favor.

—Amo. Soy tu Amo hoy. Voy a darte la vuelta, *liten jente*. Así podré azotarte ese culo maravilloso que tienes.

Inés no respondió. En cuanto sus piernas se vieron libres, frotó los muslos entre sí, buscando algún alivio para su desesperación. Estaba tan excitada que le dolía todo el cuerpo, tenía todos los músculos en tensión, pero no era capaz de desprenderse de cierto sentimiento de temor.

—Para empezar, Oberón me ha aconsejado esto —susurró. En su mano sostenía una palmeta de cuero, semirrígida, y de unos quince centímetros de ancho—. Y voy a emplear un pequeño truco también de su sugerencia.

Liberó sus pezones de las pinzas e Inés reprimió un quejido al notar de nuevo aquel relámpago de dolor. Erik los lamió, muy despacio y el latigazo de placer fue tan brutal, que su sexo se contrajo con avidez y desapareció cualquier vestigio de molestia. Su clítoris palpitó con vida propia. Inés jadeó.

—Amo. Por favor. ¡Fóllame, por favor! —rogó.

Las cadenas que sujetaban sus muñecas chasquearon con un sonido metálico al querer acercarse a él, pero estaba bien sujeta. Un olor mentolado la distrajo de la lujuria y consiguió recuperar un poco el control.

—¿Qué es? —preguntó, intentando enfocar de nuevo su atención.

—Solo otra manera de intensificar las sensaciones —dijo Erik, y le mostró un diminuto botecito rojo lleno de un bálsamo casi transparente que desprendía un intenso aroma a menta y alcanfor —. Pondré muy, muy poca cantidad, pero dime si es demasiado para retirarlo. Recuerda, la palabra de seguridad es «Glaciar». —Y deslizó un dedo, impregnado del bálsamo, entre los labios de su sexo y sobre el clítoris. Después lo hizo por sus pezones, que reactivaron la corriente de placer y dolor.

—Está frío —dijo Inés, extrañada. Erik le desató las muñecas y le dio la vuelta mientras ella se concentraba en el cosquilleo en su sexo, que comenzaba a revestirse de una creciente sensación de calor.

—Uhm. Ahora siento calor —gimió. Un calor cada vez más intenso—. Oh, joder. ¡JODER! —exclamó.

Recibió el primer azote en el trasero y viajó replicando el impacto en su sexo y sus pechos en esa corriente deliciosa que multiplicó en su cuerpo el placer y el calor.

La música cambió, con *River* de Bishop Briggs, y Erik adoptó un ritmo rápido con pequeños azotes que la hicieron estremecer e intentar juntar los muslos con desesperación. Entonces descargó uno fuerte y seco.

—¡Mierda! —gritó Inés, esta vez de dolor. Pero antes de volver a tomar aire, la corriente ya había mutado en placer y su sexo se contrajo rítmicamente en un preorgasmo. Si le tocaba los pezones, se iba a correr. Si le tocaba el coño, se iba a correr. Intentó apoyarse en la cruz en busca de contacto, algo en lo que apoyar su cuerpo, con lo que frotarse pero las aspas estaban bien pensadas y no consiguió la fricción.

—Amo, por favor...fóllame. ¡Fóllame! —gritó, sin importarle que Titania y Oberón estuvieran allí.

—¿Quieres que me detenga? Ya sabes lo que tienes que decir.

—¡No! —sollozó—. Fóllame. Por favor. Por favor. ¡Por favor! —repetía con cada azote recibido en las nalgas.

Erik dejó la palmeta encima de la mesa y llevó las manos a la bragueta, más que dispuesto a darle lo que pedía, pero Oberón lo detuvo.

—No. No cedas ahora. Sé que parece irresistible, pero debes acabar lo que empezaste. —Erik lo miró como si estuviera loco. Las palabras de Inés resonaban justo en polla—. Ponle la mordaza y continúa azotándola.

Inés soltó un grito desgarrador de pura frustración.

—Cabrón. ¡Cabrón! —No sabía cuál de los dos se merecía más el insulto. Se retorció contra las abrazaderas que la sujetaban a la cruz y Erik se volvió hacia Oberón, preocupado.

—Tengo miedo de no saber cuándo parar.

—Lo sabrás. Hazlo —dijo el Dominante.

Erik se estrechó contra su espalda y el contacto con su cuerpo, aunque estuviera vestido fue brutal. Se arqueó de puntillas y frotó su trasero contra el bulto de su erección. Cerró los ojos, intoxicada con su aroma y abrió la boca cuando él se lo ordenó, dejándose poner la mordaza en un trance. El morder con fuerza la bola de silicona le permitió aliviar un poco la tensión. Él le rodeó el mentón con la mano y alzó su rostro. Inés reunió en su mirada el odio, la lujuria y la más absoluta desesperación.

—Queda poco, *liten jente*.

Emitió un gemido, amortiguado por la mordaza y asintió.

Erik no la dejó descansar. Reanudó los azotes hasta dejarla de nuevo al borde del orgasmo. Notaba la lubricación empapar el interior de sus muslos y su sexo y su ano se abrían y cerraban en contracciones rítmicas fuera de su control. En un momento, las rodillas le fallaron y quedó colgando de las muñecas. Erik la desató de la cruz y se aferró a él con avidez.

—¿Quieres parar? —dijo, desatándole la mordaza.

Inés alzó el mentón, retadora.

—No. Fóllame, Amo. Por favor —susurró, en un hilo de voz.

Erik asintió. El cuerpo de Inés estaba perlado en sudor, el aroma dulzón de su sexo superaba el de la menta, percibía en la manera que se abrazaba a él que estaba muy cerca del límite. Volvió a amarrarla a la cruz de frente e Inés gimió. Sabía exactamente lo que tenía que hacer.

Sostuvo la palmeta un segundo, calculando la intensidad del impacto, y azotó con fuerza el sexo de Inés.

—¡ERIK! —sollozó, encogiéndose por el poder arrollador del orgasmo que la golpeó.

Su cuerpo se deshizo en un mar de fuego y las lágrimas anegaron su rostro con la intensidad del placer que la inundó. Por un momento fue tan sublime, que se desconectó de la realidad. Comprendió lo que era una pequeña muerte y flotó en un ambiente ingravido de endorfinas y libertad, en el que se mezclaba el aroma de Erik y una sensación de pertenencia que jamás había experimentado. Con un sentimiento inefable, cerró los ojos y se dejó caer.

Erik envolvió a Inés en la manta y la acomodó en el asiento del copiloto. Se aseguró de que quedase bien atada con el cinturón de seguridad y reclinó un poco el respaldo. Se subió al coche y aferró el volante embargado por una euforia y un poder que no recordaba haber sentido nunca. Se parecía a cuando sostenía un bisturí y se enfrentaba a una cardiocirugía complicada, o cuando se deslizaba fuera de pista haciendo snowboard por una ladera peligrosa. Solo que multiplicado. El puto Amo. Metafórico y literal.

Inés seguía sumida en un sueño profundo. Cuando Philip le ofreció la habitación de invitados estuvo tentado de aceptar, pero prefería atender a Inés en su casa. Calentarla con su cuerpo, abrazarla y confortarla, darle las gracias por su entrega. Y por hacerlo sentir así. Sabía que ella había alcanzado el «*subspace*». Si existía algo parecido para el dominante, él podría definirlo a la perfección. Menudo pelotazo de adrenalina.

Pero las palabras de Oberón lo centraron de nuevo en lo que debía hacer. «No te dejes llevar, India está totalmente desvalida

ahora. Tienes que cuidar de ella. Es tu responsabilidad, y parte de tu función como dominante».

Cogió a Inés en brazos y comprobó su temperatura apoyando los labios en su frente. Estaba tibia. Lucía una sonrisa lánguida.

—Erik...no te vayas —murmuró en sueños.

—No pienso irme a ninguna parte —respondió.

Cuando llegó al apartamento, lo atravesó a oscuras hasta depositarla sobre la cama. Seguía desnuda y su cuerpo se encendió de nuevo en una deflagración, pero se contuvo. No era el momento. La metió entre las sábanas y puso una botella de agua en sus labios. Ella bebió.

—¿Quieres comer algo?

—No. Ven a la cama. Necesito tu calor.

Erik se despertó helado. Inés se había enrollado en la ropa de cama como si estuvieran en el Ártico mientras que él estaba desnudo y destapado. Sonrió. No era muy tarde, y se levantó preso de una extraña energía. Tampoco sentía esa necesidad acuciante de sexo pese a que la noche anterior no le había dado ninguna clausura a su excitación. Era curioso. Estaba mucho más satisfecho, en un plano mental, que tras muchos polvos memorables.

Inés se levantó casi una hora después. Envuelta en la manta, suplicó por un café. Se sentaron entrelazando las piernas en el sofá e Inés lo tapó también a él.

—¿Qué tal estás? —preguntó, evaluando con ojo clínico su estado. Pero sabía que no era objetivo. La veía preciosa—. ¿Cómo tienes el culo?

—El culo, perfecto, ¡gracias! —dijo con una sonrisa maliciosa—. Estoy bien. Erik, lo de anoche fue... —Cerró los ojos unos segundos y bebió un trago de café—. Gracias. Fue sublime. Nunca había sentido algo así. Ni siquiera recuerdo cómo llegamos a casa.

Erik se echó a reír y la besó en la frente. Su sinceridad y su frescura derribaban cualquier defensa.

—Gracias a ti, *kjaereste*. Para mí también fue algo nuevo. Y muy revelador. ¿Te gustaría repetir algo así?

Inés asintió, pero a la vez compuso un gesto de extrañeza.

—Claro que sí. Pero tengo una sensación especial. Rara. Como de plenitud y saciedad. Como de...

—¿De no necesitar sexo en una temporada?

Volvió a asentir y Erik arqueó las cejas, sorprendido. Quizá el BDSM cubriera necesidades que ni ellos mismos sabían que tenían. Quedaron en silencio, con la compañía del café y el calor de los cuerpos bajo la manta.

—¿Cuál es el plan para hoy?

—Yo iré al gimnasio y después pasaré por casa. Si es que aún sigue allí —dijo riendo. Estaba abonado al apartamento de Inés.

—Yo iré a ver a Loreto. Me tiene un poco preocupada.

Erik alzó la mirada, interrogante. ¿Qué podría pasarle a Loreto? Parecía una mujer implacable.

—Las cosas no van muy bien entre ella y Julio. Iré a echarle una mano con los peques.

Se despidieron en el aparcamiento con un abrazo interminable.

Equilibrio precario

El contraste entre los fines de semana y la realidad de los lunes era brutal. En el hospital Erik tenía varios frentes abiertos, que tenía más o menos encauzados, pero no sabía cómo afrontar el asunto de Franco. Después de haberlo encontrado en el baño, no volvieron a cruzarse en toda la semana. Los dos tenían trabajo hasta las cejas y no había tiempo para conversaciones con tacto para confirmar de algún modo la sospecha.

La primera cirugía fue rápida, y se encontró con un par de horas muertas hasta la llegada del próximo paciente. Era demasiado pronto para comer. Estuvo tentado de hacerle una visita a Inés y comprobar qué tal tenía el trasero, pero conocía cómo eran las consultas, no tendría tiempo para él. Se tiró a descansar en el sofá. Cuando ya dormitaba, una enfermera lo remeció del hombro con suavidad.

—Dr. Thoresen, despierte —dijo con voz preocupada. Erik parpadeó, confuso. ¿Ya eran las cuatro de la tarde?—. Lo necesitan en el Quirófano 2.

Se despejó de golpe. Ese era en el que operaba Portales. Se frotó los ojos y se levantó del sofá.

—¿Qué pasa?

—El Dr. Portales necesita ayuda. Parece que está con fiebre y se encuentra muy mal.

Erik la siguió hasta el quirófano. Se lavó las manos con rapidez y esperó a que lo ayudara a ponerse la ropa quirúrgica.

—¿Qué ocurre, Franco? —preguntó, serio. Su colega había abandonado el instrumental y temblaba de la cabeza a los pies, estaba pálido como el techo del quirófano y sudaba con profusión entre el gorro y la mascarilla. Sus ojos se movían, nerviosos, saltando de un punto a otro de manera errática. No contestó—. ¿Y bien? —insistió, dirigiéndose al segundo cirujano.

—Estamos acabando la primera cirugía, surgió una complicación hemorrágica y se prolongó mucho más de lo previsto —explicó, desconcertado. La enfermera arsenalera a su lado asentía con la mirada preocupada—. Llevamos seis horas aquí metidos, y el Dr. Portales comenzó a sentirse mal.

—¡Solo tengo fiebre! —interrumpió el aludido, abriendo por fin la boca. Erik lo miró con irritación.

—Estáis terminando —dijo Erik echando un vistazo a campo quirúrgico. Aun así, se necesitaban otro par de manos. Se quitó los guantes y rebuscó su móvil bajo la bata—. Ana, ven inmediatamente al quirófano dos. Ayuda a cerrar y después te vas a comer. — Espero a que la residente confirmara que iba hacia allá para coger a Portales del brazo.

—Vamos, Franco. No estás en condiciones de seguir. —El hombre se desasíó de su agarre, reacio.

—Solo es una fiebre —insistió. Parecía evitar hablar demasiado. No era capaz de esconder el temblor. Erik tiró de él para alejarlo del campo quirúrgico. Intentó un tono conciliador.

—Por eso mismo. No puedes poner en riesgo al paciente si estás enfermo con un proceso infeccioso. Vamos. Salgamos de aquí.

Aún tardó unos segundos en apartarse de la mesa de operaciones. Con movimientos bruscos y nerviosos, se arrancó la bata, la mascarilla y el gorro, y salió de allí como una exhalación.

—¡Dr. Portales! —llamó Erik. Lo sujetó cuando ya se alejaba por el pasillo a toda velocidad—. Franco, espera. ¿Necesitas ayuda?

Se echó a reír de manera descontrolada.

—Dr. Thoresen. Tan bueno, tan magnánimo, tan perfecto. ¿Cuánto tiempo llevas chupándosela a Guarida para que te dé tanta importancia en el San Lucas? —Erik retrocedió, impactado por la agresividad del tono y las palabras—. Déjeme tranquilo. En un momento estaré como nuevo.

—¿Te vas a chutar otra dosis? ¿Es eso? —arriesgó Erik—. ¿Con qué es lo que te drogas?

Portales soltó una carcajada desencajada. Su casaca quirúrgica estaba anegada en sudor.

—Solo es un bajón de azúcar, doctorcito. En media hora estaré como nuevo. Vuelva a su trabajo, no vaya a ser que alguien lo eche de menos. —Erik frunció el ceño, preocupado y muy cabreado—. Y ocúpese de sus asuntos, no vaya a ser que le pase algo a su carita de revista. O a la de su mujer.

Desapareció por la puerta del quirófano y Erik se quedó clavado en el sitio. Jamás se había enfrentado a una amenaza semejante en los diez años que llevaba de cardiócirujano.

No volvió a verlo en lo que quedó de día. Tuvo una guardia movida y al día siguiente se fue a dormir para enfrentar más fresco la cirugía en el Sótero.

En esta ocasión, todo salió rodado: el material era el correcto, no hubo trabas burocráticas y consiguió una reparación perfecta del defecto cardíaco que aquejaba a aquel chaval. Inés había resuelto todos los problemas. Sonrió. Él era un cero a la izquierda para enfrentar los papeleos, tenía mucha suerte de contar con ella.

Salió del vestuario masculino con ganas de verla. Era tarde. La llamaría por teléfono al llegar al coche.

Comprobó con un vistazo rápido que no había sufrido ningún percance y enfiló hacia su apartamento. A aquella hora, Santiago era un infierno para conducir. Conectó la llamada en el «manos libres», sonriendo ante la ansiedad que sentía.

—¡Hola, Vikingo! —saludó con entusiasmo. Una calma serena lo inundó al escuchar su voz.

—Hola, *liten jente*. ¿Qué tal ha ido el día?

—Acabo de llegar de *poledance*, ¡voy mejorando cada vez más! —respondió con un suspiro—, pero estoy agotada. Voy a comer algo y me voy a dormir.

—Uhm... pensaba pasar por tu casa a darte un beso de buenas noches y un masaje en el culo, pero si estás tan cansada, lo dejamos para otro día —bromeó.

—Para eso siempre tengo tiempo.

Erik se echó a reír ante el tono invitador y lascivo.

—Lo malo es que estoy metido en un atasco monumental en Vicuña-Mackenna. No sé cuánto voy a tardar —dijo, fastidiado por la

velocidad a la que se movía la larga fila de coches—. Calculo una hora larga. ¿Qué tal con Loreto el domingo?

—No pudimos hablar mucho, los niños no se despegaron de nosotras ni un segundo. Parece que están en compás de espera. — Suspiró con resignación, y Erik se preguntó si las cosas entre Loreto y su marido irían peor de lo que él pensaba—. A Loreto le cuesta aceptar que las cosas vayan mal. ¿Y tú? ¿Qué tal la cirugía de la tarde? ¿Tuviste algún problema? Pensé en acercarme, pero terminé muy tarde hoy.

—Bien. Bien. Gracias, por cierto. Sé que resolviste todo tu sola; yo no hubiera sabido ni por dónde empezar.

—Ya te lo cobraré en especie, me alegro de poder ayudar. ¿Qué tal la guardia? ¿Ha pasado algo? Te noto preocupado.

—Pesada, pero no estoy preocupado por eso. Tengo un problema que no sé muy bien cómo afrontar.

—¡Cuéntame! —dijo Inés.

Erik tomó aire y se detuvo unos segundos a ordenar sus pensamientos con el tema de Portales. Comenzó a relatarle a Inés los hechos, sin interpretarlos, para que ella sacara sus propias conclusiones. Escuchaba en silencio, con alguna exclamación de vez en cuando. Muy en silencio. Demasiado en silencio.

—¿Inés? —la llamó, sin obtener respuesta—. ¿Te has dormido?

Escuchó con atención, pero solo se oía su respiración pausada al otro lado del teléfono. ¿Se había quedado dormida? Soltó una carcajada al comprobar que sí, estaba profundamente dormida. Pobre. Estaba agotada. En algún momento tendrían que bajar el ritmo.

Cortó la llamada y siguió conduciendo hasta su casa.

Aquel fin de semana había sido algo especial. Ojalá Inés se diera cuenta de que para experimentar no era necesario involucrar a tanta gente. Para él, el hecho de ir a la mazmorra o a las fiestas de intercambio no aportaba demasiado. Disfrutaba mucho más de profundizar el sexo en la intimidad de los dos, tal vez con una pareja de confianza como Titania y Oberón, que de exhibirse ante todos aquellos extraños. Entendía la curiosidad y el morbo que todo

aquello despertaba en Inés, pero a veces sentía que él ya estaba de vuelta.

Intentó tomar una decisión con el asunto de Franco sin llegar a ninguna conclusión. No tenía pruebas definitivas para acusarlo frente a Guarida; su cuadro clínico sí podía explicarse por una fiebre o por un bajón de azúcar, pero él sospechaba que no era así. Tardó un largo tiempo en quedarse dormido, no era capaz de dar con una solución.

El miércoles tampoco pudo ver a Inés: ella tenía guardia en la UCI y él quirófano de nuevo. El jueves por la mañana, le mandó un mensaje invitándola a acompañarlo de nuevo al entrenamiento de hockey.

«Ni hablar. No pienso ver cómo te rompes la cabeza y tengo *pole*, ¿quedamos a cenar con Nacha y Juan después? Besos y vuelve entero. Te echo de menos».

Llevaban toda la semana sin verse. El periodo más largo desde que había vuelto de Noruega, y el domingo se marchaba a Vancouver. Notaba en el cuerpo la abstinencia, y la soledad de su apartamento se hacía insoportable. Valoró la posibilidad de renunciar al entrenamiento y sorprenderla, pero su ego se lo impedía, y su sentido común le decía que era mejor respetar sus espacios. En vez de eso, tecleó una respuesta.

«Prefiero que nos veamos solos. Ven a mi casa después de tu clase. Te invito a cenar. E».

No esperó su respuesta, tenía la seguridad de que aparecería. Estaba convencido de que ella lo necesitaba tanto como él la extrañaba a ella.

El entrenamiento fue igual de duro que el de la semana anterior, solo que no lo pillaron tan desprevenido. Ofreció el hombro para cada contragolpe y contraatacó con rudeza cada placaje y ataque que recibía.

—Joder, ¡es como estrellarse contra una pared! —protestó Juan tras alguno de los encontronazos. Él solo sonrió. El hielo era su elemento.

Tras la dura sesión de hockey, el plan de una buena cena y pasar la noche con Inés no podía ser más perfecto.

—¡Hola, grandullón! —saludó ella, sorprendiéndolo en la cocina mientras terminaba de hacer la ensalada y se horneaba el salmón—. ¡Qué bien ver que estás entero!

Se besaron con las ganas de no haberse visto en cuatro días. El aroma dulce y fresco de su perfume y su piel se mezclaba con el sudor limpio de una buena sesión de gimnasio. Su cuerpo reaccionó buscando pegarse a ella y la estrechó con fuerza. El alivio de su abrazo lo envolvió con una ternura y una calidez inexplicable. Cuando ella trató de desasirse, no la dejó escapar.

—¿Todo bien? —preguntó, interrogante, al ver que no la soltaba.

—Te he echado de menos, es todo —gruñó. No se sentía cómodo admitiendo que sufría un auténtico síndrome de abstinencia—. Venga, vamos a cenar.

Se dio cuenta de que no era el apartamento de Inés lo que hacía la diferencia. Era ella. Su sonrisa mientras lavaba los platos o recogía la mesa, la manera en que buscaba su piel bajo la camiseta mientras veían una película en el sofá, la entrega con que sus labios lo acariciaban en besos tiernos o lascivos.

—Date la vuela, quiero ver como tienes el culo —murmuró cuando ya la tenía desnuda en su regazo, ignorando la televisión.

—Estoy bien —rezongó ella, sin hacerle caso. El la giró, atravesándola sobre sus muslos y masajeó sus nalgas, redondas y firmes. Aún exhibían alguna marca.

—Creo que he sido demasiado benévolo contigo. La marca de tu latigazo en mi espalda todavía dura y a ti casi ni se te notan las marcas.

—¡Mejor! —dijo Inés, riendo—. He tenido que hacer malabarismos en el vestuario del gimnasio para que no me vieses el culo.

Erik apretó su trasero con las dos manos. Era demasiado tentador. Inclinandose sobre ella, besó una de sus nalgas y después le dio un mordisco. Intentó ser suave, pero Inés dio un respingo y soltó un grito junto a una carcajada.

—¡Animal! —se quejó, revolviéndose hasta quedar a horcajadas en su regazo.

—Ahí tienes otra marca, redondita, para tu colección — resopló él. Se besaron, excitados. Aquellos juegos donde se mezclaba la ternura y la rudeza lo volvían loco.

Ya la tenía rendida bajo su cuerpo cuando el busca de los turnos de llamada vibró con insistencia sobre la mesa del salón.

—*Svarte Helvete*... —Tapó la boca de Inés, que ya protestaba para que la dejase salir, y contestó—. Thoresen. Diga.

—Dr. Thoresen, tiene un paciente politraumatizado con una contusión cardíaca. Están estabilizándolo en la UCI, y después subirá a quirófano. ¿En cuánto tiempo estará en el hospital?

Se levantó del sofá y compuso una mueca de desesperación. Inés se echó a reír y cogió su ropa para vestirse.

—En veinte minutos estoy allí. —Colgó la llamada y se aferró a Inés con toda la fuerza de saber que no iban a pasar la noche juntos—. Lo siento, *liten jente*.

—No pasa nada. Me quedaré a esperarte, he traído la muda de ropa del gimnasio. —Erik trazó una sonrisa que podía rivalizar con el sol—. ¿Te gusta que me quede?

—Sabes que sí. Ponte cómoda y disfruta. No sé cuándo llegaré.

Veinte minutos después, Inés estaba sola.

Le encantaba aquella cama enorme, pero antes de ponerse demasiado confortable, bajó al aparcamiento a buscar su bolsa con la muda de ropa. Un poco informal para ir al hospital, pero al menos no tendría que volver a casa al día siguiente.

Al volver a la habitación, no pudo evitar pensar en la vez que había registrado sus cajones. ¿Las postales de Peta seguirían allí? Se mordió el labio inferior, sentada en la cama y mirando la cómoda.

—A la mierda —masculló. Se levantó y abrió el cajón donde recordaba que estaban las dichosas postales. Sí. Era ese. Ahí estaban las chequeras y los pasaportes, pero no había rastro de las postales. Sí había una cuartilla de papel en blanco, doblada por la mitad. ¿Sería una receta? La abrió con curiosidad.

—¡MIERDA! —soltó Inés en alto. ¡No lo podía creer!

«Vas a recibir un castigo por esto. Ya pensaré en cuál. Mientras tanto, para aliviar el picor, el Señor Hitachi está en el arcón que guardo en mi vestidor. Sí, puedes mirar las otras cosas que hay

dentro. No, no vas a encontrar lo que estás buscando. No va a hacer falta que te pregunte, porque he puesto todo en un orden concreto y no vas a saber cuál era. Besos. Erik».

Se echó a reír con ganas, ¡otra vez la pillaba en un renuncio! Intentó que el contenido del cajón quedase tal y como lo había encontrado, pero no podía estar segura. Después, fue a buscar al Señor Hitachi. Algo bueno tenía que traer la metida de pata. Aunque hizo el esfuerzo de no cotillear, no pudo evitar ver las cuerdas doradas de *shibari* y algunas cajas negras misteriosas. Cerró el arcón y se llevó el vibrador a la cama. Al menos se redimía un poco al no haber fisgoneado en su contenido también.

Una vez que el Hitachi se puso a zumbar entre sus piernas, cualquier atisbo de vergüenza o culpa por lo que había hecho desapareció.

—Buenos días. Así que lo pasaste bien anoche... —dijo Erik tras lo que le pareció haber cerrado los ojos cinco minutos. Levantaba en la mano al Señor Hitachi y la miraba con una media sonrisa en la boca—. ¿Algo más que me tengas que contar antes de que me vaya?

Inés se desperezó y escondió el rostro en la montaña de almohadas impregnadas en el aroma masculino.

—¡Es injusto! —protestó en un gemido—. Es demasiado temprano para un interrogatorio. De acuerdo, sí. Busqué las postales de Peta. Solo quería saber si, después de lo que pasó, ha seguido enviándotelas.

Erik pareció perder todo el ánimo travieso que lo embargaba cuando la había despertado. Ella no pudo evitar ponerse a la defensiva.

—Inés, es mi amiga. Claro que hemos seguido en contacto.

Ella se mordió los labios para no replicar. En realidad, no sabía muy bien qué hacer con aquella información. ¿Le dolía? ¿La molestaba? La noche anterior ni siquiera había pensado en ello, se había dejado llevar por el impulso, pero el hecho de que Erik la presionara con el tema hizo saltar la cápsula por los aires. Aunque fuera por un juego tonto provocado por su curiosidad.

—No pasa nada, Erik. Lo entiendo. ¿Ya estás listo? No te he sentido levantarte.

Su cambio de tema radical no era muy sutil, pero prefería no enfrentar una discusión sobre el «Tema Peta» sin al menos un café cargado en el sistema. Erik pareció seguirle el juego.

—Te he dejado dormir un poco más, ya sabes que yo tengo que estar temprano en el hospital. Tienes café hecho en la cocina —dijo mientras se ponía el reloj en la muñeca y rociaba unas gotas de su perfume en el cuello. Aquellos dos gestos la distrajeron del enfado, y se acercó para inspirar su olor—. Yo tengo que irme ya.

—Gracias. —Inspiró rozando su oreja con los labios—. Que tengas un buen día.

Él la agarró por la cintura y la besó sin reticencias.

—Tú también. Hablamos.

Lo acompañó hasta la puerta del ascensor y después se sirvió un café. No eran más que las siete, y saboreó el brebaje caliente sin poder evitar pensar que a veces ella y Erik se balanceaban en una cuerda floja con un equilibrio muy precario.

Llegó temprano al hospital. Se dio el lujo de caminar desde el piso de Erik hasta el San Lucas, disfrutando de un paisaje que pocas veces podía presenciar. El tráfico denso de la mañana, las personas con caras más o menos soñolientas dirigiéndose a sus puestos de trabajo y la ciudad desperezándose con el olor penetrante de los tubos de escape, el frío de la cordillera nevada y el *smog*. Santiago en estado puro. Ya estaban en septiembre, y con él llegaba la promesa de primavera. Aunque la bruma helada de aquella mañana le recordase que aún estaban en invierno y que el sol tardaría meses aún en calentar.

—Buenos días, Dr. Bustos —dijo Inés con amabilidad cuando su tutor entró—. El primer paciente aún no ha llegado, si quiere, puede darme ahora su evaluación.

El cardiólogo la miró como si fuera una extraterrestre e Inés se armó de paciencia. No era parte del mobiliario. Era el florero que adornaba el mobiliario.

—¿Evaluación? ¿Ya ha terminado su rotación?

—Sí, Dr. Bustos. La semana que viene sigo con ustedes, pero paso a la rotación en Procedimientos de Hemodinámica. —Forzó una sonrisa y cogió el calendario de propaganda de un laboratorio que había sobre su mesa—. Llegué el día trece de agosto, y son cuatro semanas. Estaré en Hemodinámica aproximadamente tres meses; el tres de diciembre inicio la rotación en Ecocardiografía Fetal.

El médico parpadeó, y frunció el entrecejo. Inés reprimió sus instintos asesinos y volvió a sonreír.

—De acuerdo, Inés. No hay problema, por aquí guardo los papeles que me entregó al llegar. —Rebuscó en el primer cajón de su escritorio y le tendió los folios. Inés sintió que la cabeza le estallaba cuando vio que estaban sin completar.

—Dr. Bustos, disculpe... ¿Le importaría llenar los impresos? Si quiere puedo marcharme y dejarlo a solas para completarlo.

—¡No, no es necesario! —dijo, y relleno con rapidez la planilla. También garabateó un par de frases al final de la evaluación—. Tenga, lléveselo al Dr. Guarida. Yo iré pasando al primer paciente. ¡Vaya ahora! —la despachó, haciéndole un gesto con la mano.

Inés rechinó los dientes. Caminó por el pasillo hacia la Unidad tomándose su tiempo, si tan poco apreciada era, no le importaría que tardase en volver. Se echó a reír al ver la calificación máxima en todos los ítems y, sobre todo, al leer la frase final.

«Ha sido una delicia tener entre nosotros a la Dra. Morán».

Era la flor dentro del florero sobre el mobiliario. Sonrió al ver a Luisa con su gesto resuelto de siempre y su uniforme azul con estrellitas blancas en el control de enfermería de la Unidad. Echaba de menos su lugar habitual de trabajo.

—Buenos días, Luisa. ¿Está el Dr. Guarida en su despacho?

La amplia sonrisa de la enfermera y su abrazo maternal le devolvieron el buen humor.

—Está ocupado en una reunión, pero no tardará. ¿Por qué no lo espera en la salita y se toma un café? Yo la acompaño.

Inés asintió. Le parecía perfecto.

Dan estaba allí charlando con una mujer, en una actitud que más parecía un flirteo que una conversación laboral. Inés vio a Luisa arquear las cejas y apretar los labios sin decir nada, pero ella no se iba a callar.

—¡Buenos días, Dan! ¡Cuánto tiempo! —saludó con efusividad evidente. Su amigo se puso del color de la grana y la chica, muy guapita por cierto, la miró como si fuera el enemigo público número uno—. ¿Qué tal está Alma, tu mujer?

En ese momento, la chica se disculpó con una excusa cualquiera y salió con prisa evidente de la Sala de Juntas. Luisa se hizo la loca y comenzó a preparar el café, e Inés aprovechó para mirar a Daniel componiendo un gesto interrogante.

—Hola, Inés. Sí, cuánto tiempo. —Forzó una sonrisa y miró el reloj de su muñeca—. Ya tengo que irme, pero nos llamamos. ¡Que estés bien!

—Ya —dijo Inés.

«Nos llamamos». Odiaba aquella frase hecha que servía para salir de atolladeros como aquel. Una manera de quedar bien cuando no existía ninguna intención de llamada en la realidad. Se tomó el café charlando sobre las últimas novedades de la Unidad con Luisa, con el tema dándole vueltas en un segundo plano. Cuando Guarida la hizo pasar a su despacho y le entregó la evaluación, lo hizo distraída. Pero el jefe tenía prisa y no pareció darse cuenta de su ánimo disperso.

Era la segunda vez que pillaba a Daniel con una mujer en una actitud sospechosa. Y sabía que la estaba evitando; no contestaba las llamadas, y los pocos *whatsapp* que le había mandado eran respondidos con evasivas aduciendo mucho trabajo o no tener tiempo para hablar.

Volvió a la consulta con la idea de que no sería tan malo; al ser viernes, Bustos siempre reducía su jornada al horario de la mañana. Pero aquella tarde y la del viernes siguiente la tenía llena de pacientes. Iba a coger vacaciones para los festivos del Día de la Independencia, y tenía que apretar la agenda las semanas anteriores.

Cuando llegó a casa, seguía sin noticias de Erik. Supuso que la conversación de la mañana lo había incomodado tanto como a

ella y ponía distancia para no enfrentarse a ella. Qué tontería. Abrió el sobre plateado de Álex y Philip, sopesando si ir o no a la fiesta de aquella tarde. ¡Los dos celebraban su cuarenta cumpleaños!, y la invitaban a quedarse a dormir junto con Erik. No podía perderselo, pero por algún extraño motivo, se sentía cansada y con el estómago revuelto pese a haber dormido como un lirón. Necesitaba vacaciones. Tal vez ella también podía tomarse unas vacaciones por el Dieciocho. Quizá ir a Ranco a ver a sus padres. Llamaría a Loreto para saber cuál era su plan. Si las cosas no estaban bien con Julio, quizá podría echarle una mano con los niños.

Un mensaje de Erik la hizo torcer el gesto. Otra vez. Cirugía, cirugía y más cirugía.

«Me voy a la Clínica Las Condes, una interconsulta. Cuando acabe, te llamo».

Inés se echó a reír por lo impersonal del mensaje.

«Espero que todo salga bien con la cirugía. Mucho ánimo. Espero que hayas tenido buen día y que podamos vernos esta noche en casa de Álex y Philip. Te quiero, Inés».

Lo leyó un par de veces y borró el «Te quiero». Prefería no intimidarlo, y sabía que no significaba lo mismo para ella que para él, de modo que lo cambió por un «Te echo de menos».

Eran casi las ocho de la tarde. Le echó un vistazo a la invitación plateada, y escribió otro mensaje para Philip.

«Cuenta conmigo esta noche. No sé si Erik vendrá. Besos, Inés».

Las ostras como afrodisiaco

Aparcó el coche frente a la entrada ajardinada del chalet. Algo aprensiva, frotó el cuero del volante. No estaba muy convencida de ir sola; Erik le ofrecía la seguridad que necesitaba y el que no estuviera allí le generaba muchas dudas. Todo dependía de lo que ella se quisiese involucrar, ya sabía que nadie la iba a obligar a hacer nada que no quisiera hacer, pero aun así, seguía algo reacia.

Arengándose mentalmente por su cobardía, descendió del coche, y se acomodó el vestido. Los tacones vertiginosos la hacían sentirse sensual. Sexual. De eso se trataba, ¿no? ¿Cómo te vistes para una fiesta cuyo lema avisaba «*40 anniversaire Sex et Rock and Roll!*»?

Se puso el abrigo de terciopelo, en la calle hacía un frío glacial y le echó un vistazo al móvil. Las once de la noche. Estaba muy retrasada; había ido a comprar el regalo de cumpleaños y tardado más de lo previsto, y después había tenido que arreglarse. Sacó la maleta, cogió su diminuto bolso y cruzó hacia el jardín delantero. La entrada estaba flanqueada por pequeñas velas que exhalaban un discretísimo aroma a sándalo, y decorada con unas diminutas luces que se entremezclaban con la madreselva, emitiendo un destello cálido. Timbró mientras sentía la curiosidad y los nervios atenazar su estómago. Si Erik hubiese estado allí, estaría aferrada a su brazo.

Álex le abrió la puerta con una sonrisa lánguida.

—¡Inés! —saludó y le dio un beso en la mejilla—. Pensábamos que ya no venías.

Inmediatamente puso una copa de champán en su mano y la chocó en un brindis espontáneo de bienvenida.

—Tengo que confesar que hasta el último momento me lo he pensado —dijo con una sonrisa culpable.

—Lo importante es que estás aquí. Hay alguien que tiene muchas ganas de verte —prosiguió, en tono conspirador. Ella

sonrió, intrigada—. ¡Philip! —llamó mientras la retenía en la entrada, sujetándola por los antebrazos.

Inés aprovechó para extenderle su regalo. Una gran bolsa plateada con un lazo blanco satinado, que rezaba *Delicatessen* en letras elegantes.

—¡Oh!, ¿qué es? —preguntó Álex encantado. Philip se acercó a ellos, y estrechó a Inés entre sus brazos. Inés percibió un tono distinto en su contacto. El abrazo había conectado cada centímetro de sus cuerpos. Respondió, algo sorprendida, cuando rozó los labios con los suyos en un beso lascivo. Álex los miró con indulgencia, así que se relajó. Tomó un largo trago de champán para esconder su azoramiento.

—¡Abridlo! Es de parte mía y de Erik —exhortó, intentando disipar un poco la tensión que sentía. Los acordes de *Tonight*, de John Legend, sonaban desde la terraza acristalada tras el salón.

Álex desató el lazo y abrió la bolsa mientras Philip sacaba el paquete, envuelto en papel de seda. Lo abrió con cuidado.

—«Cocina tailandesa sensual» —leyó en alto, con voz sugerente. Álex sonrió de oreja a oreja, mientras su pareja hojeaba el gran libro de recetas, con espectaculares imágenes. —Es perfecto, Inés. Gracias. —Volvió a besarla en los labios, y esta vez correspondió, relajada. En ese momento, alguien llamó a Álex desde el salón, y se disculpó, alejándose.

—Ven, Inés. Déjame mostrarte dónde te vas a quedar —aprovechó Philip.

Cogió su maleta y rodeó su cintura, conduciéndola hacia una zona de la casa que no conocía. El estrecho pasillo, con el techo abovedado, tenía una iluminación tenue.

Philip abrió la última puerta de la derecha y la empujó con suavidad hacia la habitación. Una enorme cama reinaba en el centro de la estancia, cubierta con una manta aterciopelada de un marrón dorado y multitud de almohadones de distintas formas, en tonos ocres, amarillos y cafés, dándole una calidez suntuosa. Dos mesas de té marroquíes hacían las veces de veladores. Sin cabecero. No era necesario, con el gran ventanal estilo eduardiano, flanqueado con las pesadas cortinas de color beige. Inés deslizó los dedos sobre la cama, le encantaba. Un armario con unas puertas de

madera tallada con motivos intrincados y un espejo de cuerpo entero completaban el mobiliario. La habitación era en *suite* y el cuarto de baño guardaba la misma temática de inspiración árabe de todo el cuarto.

—¿Te gusta? —preguntó Philip, observando su reacción apoyado en el quicio de la puerta.

—Me encanta —respondió ella, con una sonrisa. Tienes que enseñarme el resto de la casa —añadió. Era decorador de interiores y muy exitoso. Tenía que presentárselo a Maia. Seguro que congeniaban.

—Mañana —replicó Philip, haciendo un gesto para que se acercara—. Ven. Vamos a guardar tu abrigo.

Inés se acercó hasta al armario y Philip caminó los pasos que lo separaban de ella. Mirándola a los ojos, desabrochó uno a uno, con deliberada lentitud, los grandes botones de su abrigo de terciopelo. Ella no se movió cuando le abrió la prenda, devorándola con la mirada.

—*Três Jolie!* —murmuró, deslizando las manos por su cintura—. Estás espectacular, Inés.

Ella sonrió, algo tensa. El vestido era espectacular. Enteramente realizado en tul negro, con bordados en el pecho y en la pelvis, dejaba traslucir de manera casi imperceptible, pero sugerente, su conjunto de encaje. Algo intimidada por la cercanía de Philip, se giró y deslizó el abrigo por sus brazos. Él lo cogió y lo guardó en el armario.

Inés se movió unos pasos hacia el espejo de cuerpo entero que colgaba de la pared y se acomodó el pelo. Él se acercó por detrás y, tomándola por sorpresa, deslizó una mano desde su hombro hasta su cintura, acariciando tentadoramente la curva lateral de su pecho.

—Sabes que yo cuidaré de ti, aunque Erik no esté, ¿verdad, *chérie*? —murmuró sobre su oreja. No se defendió. Los movimientos de Philip eran pausados y tranquilos, dejando bien clara su intención, dándole tiempo a negarse o a apartarse. Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Era un hombre sumamente atractivo, su bisexualidad le daba un aura prohibida y sabía que se sentía atraído

por ella. Y que la única razón para no haber insistido era porque Erik siempre estaba allí.

Se dio la vuelta y le rodeó el cuello con sus brazos. Con esos tacones, sus ojos quedaban prácticamente a la misma altura. Philip se acercó hasta detenerse a milímetros de sus labios, dejando de nuevo que ella supiera lo que quería hacer. Se fundieron en un beso sensual, pausado y cálido e Inés percibió la respuesta del cuerpo masculino sobre su pelvis. Pero el recuerdo de Erik seguía revoloteando en su cabeza. ¿Por qué no era capaz de soltarse?

—¿Nos unimos a la fiesta? —preguntó tras separarse unos centímetros. Él sonrió con languidez, y deslizó una mano desde la base de su nuca a la línea de su trasero, siempre lento, y asintió.

—Sí. Pero tengo toda la intención de continuar después —advirtió con tono sugerente. Inés curvó sus labios en una sonrisa.

—No te digo ni que sí, ni que no, Philip —respondió con sinceridad, bajando un poco la mirada—. Esto es nuevo para mí.

Él depositó un beso casto en la mejilla y se encogió de hombros.

—A tu ritmo, *princesse*. Será lo que tú quieras.

Inés asintió y lo siguió de vuelta a la fiesta, agarrados de la mano. Ya en el salón, la música estaba más animada y la banda tocaba *Take me out*, de Franz Ferdinand. Inés giró de manera inconsciente hacia la zona habilitada como pista de baile, donde se movían un par de parejas. Philip la retuvo en segundo para coger un par de copas de champán, y la siguió de la mano.

Inés alejó la copa echándose a reír.

—¡Necesito comer algo antes de beber más! Y prefiero bailar —dijo, atrayéndolo hacia la pista. Philip insistió también riendo, y cerró sus dedos sobre la copa.

—Tú mandas. Vamos a bailar.

—¿Álex no querrá unirse a nosotros? —preguntó, vacilante. Sentía una extraña ambivalencia ante lo que empezaba a fraguar con Philip, y tenía claro el motivo.

Él le quitó la copa de la mano y la apoyó en la mesa. Luego entrelazó las manos con las suyas y la miró a los ojos con intensidad.

—Inés, esta noche todo vale. Álex conoce y entiende mis inclinaciones, no tiene nada que ver con nuestra relación. Somos una pareja abierta, en muy contadas ocasiones, pero lo somos y esta fiesta que hacemos es una de ellas. No te preocupes por él. Está bien acompañado —dijo con una sonrisa y apretando sus manos. En ese momento, uno de los hombres que conversaba con Álex se inclinó sobre él, dándole un beso húmedo en los labios.

—De acuerdo —aceptó ella. Para eso estaba allí, ¿no?—. Perdona mi...no sé no cómo llamarlo, ¿ingenuidad? — Inés forcejeó con sus sentimientos, sus prejuicios y su educación. Philip negó con la cabeza.

—Nada de eso. Tómalo como lo que es, simplemente una fiesta para pasarlo bien y experimentar un poquito en un ambiente seguro —la calmó con tono despreocupado—. ¿Bailamos entonces?

Ella asintió. Philip volvió a ponerle la copa en la mano y la llevó a la pista poniendo un brazo sobre su cintura. Los ritmos sensuales de Kassabian con *Fire*, la empujaron a contonearse. Él no la siguió. Se alejó unos pasos, observándola fijamente, dejando traslucir su diversión en la mirada. Inés se movió para él, disfrutando de ser observada, pero bailando para ella misma.

Pronto se olvidó de que él estaba ahí. Contoneaba su cuerpo al ritmo de los temas, moviéndose desinhibida, atrevida, con los ojos cerrados y los brazos elevados sobre su cabeza. Perdió la noción del tiempo. De pronto notó una caricia lenta en su cintura y abrió los ojos. Luego dos manos sobre sus caderas. Philip se había acercado y se balanceaba junto a ella. Solo la acariciaba ocasionalmente al ritmo de la música: en la cintura, en la cadera, en el abdomen. Un roce tenue sobre un pecho. Un desliz imperceptible sobre su trasero. Ella se dejó hacer, todo valía en el baile y Philip era lento y delicado en su tacto. No la intimidaba.

El ritmo de la música cambió. La banda de jazz había tomado las riendas y la voz vibrante de la solista inició una balada melancólica. Philip la estrechó contra su cuerpo, enroscándole los brazos en la cintura. Ella rodeó su cuello. Cuando él apoyó la frente contra la suya y comenzó a mecerla con suavidad, cerró los ojos y se dejó llevar, disfrutando del momento entre las notas apasionadas de la canción y el tacto de terciopelo de Philip. Se sentía un poco

mareada, y notaba un vacío en el estómago que no tenía nada que ver con los nervios. Cuando él se inclinó para besarla, Inés se apartó.

—No me encuentro bien, Philip. Necesito comer algo — murmuró, preocupada. De hecho, se sentía bastante débil.

—Ven, vamos a la mesa del *buffet*.

Había unos pequeños canapés de jamón y queso, y comió un par. Después, Philip le dio un camarón untado en salsa rosa en la boca. Estaba delicioso y sonrió.

—Aquí tienes otro.

Repitieron la operación e Inés sorbió un poco de champán, estudiando a Philip. Era un hombre muy atractivo, no demasiado alto, de pelo castaño claro, ojos color miel y un bronceado tenue que unificaba agradablemente todas las tonalidades de su cuerpo. Acercó un huevo de codorniz a su boca y ella emitió un sonido de placer. Él dejó escapar una sonrisa perversa. Inés estaba relajada, le gustaba el juego de seducción en la que la estaba enredando.

—Todo para la *princesse* —dijo él con voz suave.

Inés le siguió el juego y con expresión juguetona, chupó la salsa con los labios y mordió con delicadeza el bocado. La mirada de Philip se iluminó.

—Eso es, Inés. Relájate. Juega conmigo. ¿Te apetecen ostras? —dijo, y acercó el plato con las conchas irisadas hacia su nariz.

Y, entonces, algo en su cuerpo hizo cortocircuito. El olor a mar que emanaba de los lustrosos moluscos le generó un asco insoportable. Se echó hacia atrás, sorprendida y alzó una mano para detener a Philip.

—Están deliciosas, Inés. ¡Prueba una! —insistió, llevando una de ellas a su boca. Unas intensas náuseas se apoderaron de su cuerpo y contuvo el impulso de ponerse a vomitar allí mismo, entre toda la sensualidad de la fiesta, en medio del salón.

Apartó a Philip como pudo y se abalanzó hacia el pasillo en busca del cuarto de baño de su habitación. Por el camino, chocó contra un muro de piedra que la agarró de las muñecas. Alzó la vista, rogando en silencio que la dejara pasar, y se encontró con los ojos azules y preocupados de Erik, que acababa de llegar.

—¡Inés! ¿Estás bien? ¡Estás muy pálida! —exclamó, consternado.

Ella negó con la cabeza. Si abría la boca, vomitaba. Corrió por el pasillo sintiendo que las rodillas no la sujetaban y le dio un empujón a la puerta de la habitación.

Se desplomó de rodillas sobre la taza del cuarto de baño y vomitó. No podía parar. Parecía que el cuerpo quería expulsar sus entrañas. Un sudor frío invadió toda su piel y se aferró a la cisterna para no caer. Erik la sujetó por detrás.

—Inés, ¿cuánto has bebido? —preguntó sin esconder la acusación en el tono de voz. No pudo explicarle que solo había tomado un par de copas de champán, ¡nada más! No era por el alcohol.

—Han sido las ostras —murmuró con un hilo de voz. Ya alguna vez había tenido malas experiencias con almejas crudas. Solo pensar en ello hizo que su cuerpo convulsionara otra vez. Erik apartó la melena de su rostro y la sujetó de la frente. No podía parar. Estaba totalmente fuera de control y las arcadas eran incontenibles, aunque ya no tenía nada que expulsar.

Erik la meció entre sus brazos, los labios apretados contra su sien, sosteniéndola con fuerza. Poco a poco, el efecto sedante del movimiento y el calor que emanaba de su cuerpo, la fueron calmando. Se revolvió entre los brazos de él y tiró de la cadena. Dos veces. Erik la dejó hacer, pero no la soltó. Inés hizo un esfuerzo para levantarse. Ya había pasado.

—Estoy bien.

—Estás helada, ¿puedes levantarte? Te has puesto perdida.

Ella asintió, y se incorporó con dificultad. Una sensación de vacío se apoderó de ella al ponerse de pie y tuvo que apoyarse de nuevo en Erik.

—¡Inés! —exclamó, consternado. Solo fueron unos segundos, en los que necesitó que él la sujetara. De pie sobre las frías baldosas, bajó la vista, avergonzada, pero Erik la sostuvo con un brazo y abrió el agua la ducha. Cuando el vapor comenzó a inundar el baño, la acomodó bajo la cascada de agua caliente y la desnudó con delicadeza. Ella se dejó hacer, mientras el agua caliente iba devolviéndole poco a poco la normalidad.

—¿Estás bien? ¿Puedo dejarte un momento? —preguntó, con los ojos azules llenos de consternación. Se estaba empapando y aún llevaba los vaqueros. Ella asintió, y aunque consciente de que era patético, respondió con voz trémula.

—Estoy bien. No sé muy bien qué me ha pasado.

—Voy a buscar agua y algo de comer.

Salió de allí sin poder evitar el enfado. Se pasó una toalla por los brazos y el tórax. Los pantalones también estaban mojados, pero no les prestó atención. Se dirigió hacia la cocina. Las voces amortiguadas de los anfitriones se detuvieron cuando llegó.

—¿Qué le pasó a Inés? —preguntó Álex, sorprendido ante la imagen del cuerpo semidesnudo, mojado y el rostro agitado de Erik.

—No estoy seguro. Lo que sí sé es que ha bebido demasiado alcohol y ha comido demasiado poco —respondió, sin mirar a Philip—. Necesito agua y algo caliente para comer. ¿Quién estaba con ella?

—Yo. Y solo ha bebido dos copas de champán que yo mismo he puesto en su mano. Comenzó a encontrarse mal mientras bailábamos y quiso comer algo. Le ofrecí ostras y se puso así. No entiendo qué ha pasado.

—Ya. —No pudo evitar el tono cortante. Philip le tenía ganas a Inés desde el primer momento en que le había puesto los ojos encima. Le daba lo mismo lo que hicieran, pero no estaba dispuesto a que manipulase a Inés o la emborrachase para conseguir lo que quería.

—¿Estás insinuando que yo tengo algo que ver con esto? —preguntó el francés, ofendido.

—Solo sé que Inés estaba contigo.

Philip lo contempló de hito en hito

—Erik, Inés es una mujer adulta, y sabía perfectamente en lo que se estaba metiendo desde el momento en que entró por la puerta —espetó, con cierta sorna.

—Yo no estoy tan seguro —respondió él, con irritación—. Inés no tiene tu experiencia, Philip. No la manipules.

—Inés no es tan manipulable como crees, pero al menos yo no la intoxico, como haces tú —lo acusó.

—¿Qué estás diciendo?

—Eres tóxico. Después de ti, Inés va a necesitar una larga rehabilitación —dijo, sin un ápice de dulzura en la voz.

—¡Inés es mi pareja! —exclamó Erik, ultrajado. ¿Qué coño se creía?

—¿Es por eso que no te despegas de ella cada vez que venís? No la dejas ser libre —se burló Philip. Erik exhaló bruscamente, sorprendido por su hostilidad.

—No es asunto tuyo —respondió conteniendo su ira. Decidió no esperar la tortilla que Álex estaba cocinando, o iba a acabar perdiendo la paciencia con Philip. Cogió la taza de agua caliente con la bolsita de té, y el sándwich, y volvió a la habitación.

Inés se desenredaba el pelo sobre la cama. Pálida y envuelta en un conjunto de seda negro, con una bata ceñida en su cintura. Erik dejó el té sobre la mesilla y la besó en los labios, percibiendo el aroma mentolado de la pasta de dientes.

—Gracias —musitó Inés sujetándolo unos segundos de la mano. Erik se sentó junto a ella con gesto preocupado.

—Inés, ¿qué te ha pasado?

—No lo sé con seguridad, pero no me encuentro nada bien. De pronto, me siento agotada.

—Come algo —dijo, acercándole el bocadillo. Inés alzó las manos y contrajo el rostro con gesto de asco.

—Prefiero que no. Sí me tomaré el té.

Rodeó la taza caliente con las manos y emitió un murmullo de confort.

—De acuerdo. Yo también necesito una ducha, estoy empapado. ¿Estarás bien? —Ella asintió, pero Erik era reacio a dejarla sola—. ¿Seguro?

—Sí. Voy a tomarme esto y me meteré en la cama. Ve a ducharte —sorbó el té, dulce y caliente, sintiéndose mejor.

Cuando acabó, se metió en la cama y no tardó en quedarse dormida. Ni siquiera notó cuando Erik se acostó a su lado, envuelto en una nube de ansiedad, enfado y preocupación.

De resaca

Una luz grisácea y molesta la despertó, incidiendo justo sobre sus ojos. Por un momento, se sintió totalmente desorientada. Estaba en casa de Álex y Philip. Tuvo que sujetarse la cabeza, y controlar un acceso de náuseas. Menuda resaca. ¿Y Erik?

—Ay. Mierda —murmuró, al recordar de golpe el bajón de la noche anterior, con desmayo y vomitona incluida—. Pobre Erik.

Se arrastró hasta su maleta, a los pies de la cama. ¿Cómo era posible encontrarse tan mal? ¡Tampoco había bebido tanto! Se puso un *short* sobre las bragas y una sudadera, y salió al pasillo. Todo estaba en silencio. El móvil estaba muerto, sin batería, y no tenía ni idea de la hora que era.

—¡Buenos días, *princesse*! ¿Recuperada? —Álex y Philip trajinaban en la cocina y un aroma delicioso salía del horno.

—No. Pero sobrevivo. Por piedad, Philip, dame una taza de café. —Su voz sonaba como si volviera de ultratumba—. Y algo dulce de comer.

—Claro, *chérie*, pero vamos a almorzar en breve. Aquí tienes.

Inés recibió la taza entre sus manos, agradecida. Emitió otro gemido al ver la hora en el reloj de la pared. Las dos de la tarde. Y recordaba haberse retirado de la fiesta con Erik no más allá de las tres de la mañana. ¿Doce horas de sueño? ¿Estaba enferma o qué?

—Debo estar incubando algo. No es normal que haya dormido doce horas, ¡perdón por la invasión de vuestra casa!

Philip se echó a reír y alargó un plato con galletas hacia ella. Álex se acercó y la abrazó con suavidad.

—Es la mala vida y la poca vergüenza, Inés. Pero no te preocupes, aquí sabemos mucho de eso —dijo su amigo, con una sonrisa. Ella correspondió con cariño, era delicioso compartir con ellos en ese ambiente de relax. No la juzgaban, nada importaba, y sentía el bienestar de sentirse libre. Pero faltaba algo.

—¿Sabéis dónde...? Quiero decir, ¿sabéis a qué hora se fue Erik?

—Se marchó temprano, no hablamos mucho. Parecía bastante molesto, *chérie*. ¿Qué te pasó anoche?

Vaya. No era para menos. No estaba enfadado, estaba furioso.

—Ay, ¿tan mal?

—Estaba enojado, sí. Una pena, porque no creo que vuelva. ¡Bueno! Más se perdió en la guerra —añadió el francés, encogiéndose de hombros—. Vamos a almorzar.

Picoteó la comida sin ganas, aún tenía el estómago revuelto, el dolor de cabeza pulsaba con insistencia en sus sienes, y la necesidad de hablar con Erik se hacía cada vez mayor. No quería parecer maleducada, pero en cuanto Álex sirvió el postre, se levantó para marcharse.

—Chicos, me voy. Me encuentro fatal. Me voy a casa a enterrar mi vergüenza bajo el edredón, a ver si se me pasa la resaca —dijo, en un intento de darle levedad al asunto, mientras besaba a sus amigos para despedirse—. Mil gracias por acogerme en este estado.

—No te preocupes, *princesse*, todos hemos pasado por esto. ¡Ah, la juventud! —Philip la acompañó hasta la puerta y la abrazó—. Si hablas con ese vikingo tuyo, dile que no se ponga tan grave, ¡no es para tanto!

Grave no, era cierto, pero no se sentía muy orgullosa de lo ocurrido la noche anterior. Apoyó la frente en el volante del coche para manejar la vergüenza. Philip era magnánimo y le daba todo igual, pero Erik... Recuperó el móvil y lo conectó al cargador del coche. No esperó a llegar a casa, en cuanto resucitó, conectó el «manos libres» y lo llamó. Por favor, que contestara. No podía enfrentar indiferencia, prefería mil veces su mal humor.

—Hola. Es bueno saber que estás viva —fue su respuesta al contestar la llamada. Fría. Seca.

—Hola. Lo siento, Erik. Anoche no sé qué me pasó. —No era el momento de hacerse la digna, ni de retorcer los hechos a su favor—. Quería darte las gracias por cuidar de mí, y bueno, pedirte perdón.

—Inés, no tienes que pedir perdón ni darme las gracias. Pero Philip hace lo que quiere contigo, no entiendo por qué te dejas manipular. —Su voz era seria, desprovista de cualquier calidez—. Tú no eres así.

—¡No es eso! Philip solo quería que me relajase un poco. De verdad que solo bebí un par de copas de champán, ¡nada más!

—Ya. Philip quería que fueses más allá de mirar a los demás y de bailecitos sensuales. Y lo ha conseguido, bien por él —respondió Erik, sarcástico—. ¿Estás allí todavía?

—Estoy yendo a casa, me he levantado muy tarde —respondió, sorprendida por su respuesta. ¿Estaba celoso?—. Erik, con Philip no ha pasado nada, quiero decir... he estado fuera de combate hasta las dos de la tarde, y solo he estado contigo. Me refiero a anoche, aunque llegaste tarde, solo estuve...

—*Liten jente*, no tienes que darme explicaciones. —Su voz se suavizó y la risa suave que acompañó su respuesta fue como un bálsamo en los oídos para ella—. Sabes que no me importa que estés con otras personas, pero me preocupo por ti.

—Erik, yo no soy así, ya me conoces —insistió. ¿Por qué tenía esa maldita necesidad de justificarse ante él?—. No sé qué pasó, si fueron las copas, o que comí poco, o...

—Inés, descansa. Tengo que dejarte. Estoy de turno de llamada y tengo que ir al hospital.

—¡No! —protestó como una niña pequeña enfurruñada—. ¡Estaba a punto de decirte si nos veíamos esta noche!

El silencio de unos segundos al otro lado de la línea se le antojó eterno. Seguía molesto, lo notaba perfectamente.

—No, Inés. Es mejor que no. No sé a qué hora volveré del hospital y aún tengo que hacer la maleta.

—¿Maleta? —preguntó en un hilo de voz.

—Mañana cojo el avión a Vancouver. Tengo el congreso internacional de cardiocirugía, te lo dije hace un par de semanas —respondió Erik, con cierta irritación en el tono de voz—. Me voy mañana porque el lunes tengo que estar a primera hora en una reunión importante.

—Ah, sí. ¡Es verdad! —No. No tenía ni idea. Últimamente no sabía dónde tenía la cabeza—. Nos vemos mañana, entonces. Te

llevo el desayuno a casa.

—No, no. Tengo que terminar las ponencias, y poner en orden algunos datos de mis cirugías. Nos vemos a la vuelta, mejor.

Mierda. Estaba más enfadado de lo que pensaba. Por un segundo, pensó en hacer caso omiso de negativa y plantarse allí, pero no quería rebajarse a tener que mendigar un poco de atención. Cuadró los hombros y alzó la barbilla. Era consciente de haber metido la pata, pero no se iba a humillar más.

—Vale. Pues que tengas buen viaje. Suerte con las ponencias.

—Gracias. Adiós, Inés.

La llamada la dejó con una desagradable sensación de vacío. De acuerdo, se lo merecía, pero ¿no verse en una semana entera? Estaba tan acostumbrada a tener a Erik al alcance de sus dedos, que pasar tanto tiempo sin él se le antojaba una tortura.

Y se iba a un congreso.

Una semana entera.

Él solo.

Por su mente desfilaron todos los momentos compartidos en Puerto Varas, las discusiones que ahora le parecían tan absurdas, los polvazos espectaculares, la ruptura de después. Y ahora no había exclusividad.

Su estómago se contrajo en un nudo de ansiedad. No quería ni pensar en ello. Pero la idea fue enraizando en su mente con malignidad.

No podía exigir nada. Era absurdo esperar que no estuviera con ninguna mujer. Había pasado diez días en Noruega y se había acostado con su amiga, en Vancouver sería lo mismo. Solo que sin exclusividad. Mierda.

La idea no dejaba de dar vueltas y vueltas en su cabeza como si de una centrifugadora se tratase. La resaca no ayudaba, no. Eran poco más de las cuatro de la tarde, pero se metió en la cama y se desconectó del mundo. Ni siquiera encendió la televisión.

Despertó a las once de la noche. ¿Otras siete horas de sueño?

—¡Venga ya! —exclamó en voz alta.

No era normal. Se encontraba algo mejor, pero no demasiado, seguía con aquel revoltijo de náuseas y malestar. No podía ser la resaca, algo le pasaba. De pronto, un escalofrío helado recorrió su columna vertebral.

¿Cuándo tenía que bajarle la regla?

Se le quitó cualquier resto de molestia de golpe y, en un estado de hiperalerta, se abalanzó sobre su bolso para recuperar la agenda del hospital. Pasó las hojas hasta llegar a la fecha de ese sábado con verdadera ansiedad, y buscó cuatro semanas hacia atrás. No había nada marcado. Buscó en la semana anterior. Nada. Seguro que se le había olvidado marcarlo. Solo que ella jamás había dejado de indicar en sus agendas, durante años y años, las fechas de su periodo. Nunca.

—Tranquila, Inés —dijo en voz alta, para intentar calmar sus nervios—. Seguro que se te ha pasado.

Pero no. Ahí estaba el recordatorio, en la esquina del día del calendario, seis semanas atrás, con la «R» de color rojo que indicaba el ritmo de sus reglas: el último fin de semana de julio. El que había pasado con Erik en Farellones, justo antes de que se marchara a Noruega. Aquel en que Erik había dibujado con su sangre aquellas líneas en su rostro.

Mierda.

Un pánico visceral envolvió su garganta y tuvo que sentarse en el suelo y concentrarse en respirar. El hambre canina. La enorme cantidad de horas que necesitaba dormir. Las náuseas inexplicadas.

Pasó veinte largos minutos mirando al vacío antes de levantarse, con las piernas acalambradas.

Respiró hondo y cogió su bolso. Vale. Tenía altas probabilidades de estar embarazada, pero hasta no tener el test positivo en la mano, no podía estar segura. No hacía demasiado frío y un paseo le vendría bien para calmarse. Su cuerpo siempre había funcionado como un reloj, jamás había tenido un retraso, pero para todo había una primera vez. Intentó ignorar la sensación de catástrofe inminente mientras caminaba por Tobalaba hacia la farmacia de la gasolinera Shell. Era muy tarde y sería la única abierta a esas horas.

—Buenas noches. Dos pruebas de embarazo, por favor.

La dependienta sonrió y no tardó ni medio minuto en darle dos cajas planas y alargadas.

—¡Suerte! —la animó. Inés la miró como si estuviera loca. ¿Suerte? Más bien necesitaba un milagro.

Comenzó el camino de vuelta a su casa. No había empezado a cruzar la calle, cuando se volvió a los baños de la gasolinera. No podía esperar ni un solo minuto más.

El olor a lejía de los productos de limpieza la golpeó con un acceso de náuseas, pero lo controló. Al menos estaba limpio. Abrió el primer test con manos temblorosas y leyó las instrucciones. Hubiera sido mejor hacerlo en casa, no tenía un vaso a mano e improvisó un recipiente con el envoltorio metálico de la prueba. Intentó orinar dentro.

Quiso echarse a llorar al ver que su cuerpo no respondía. Solo necesitaba unos pocos mililitros. Respiró y exhaló con calma. Cerró los ojos unos segundos y se concentró. El otro tema fue apuntar en la bolsita, pero se las arregló para reunir una pequeña cantidad de orina. Con eso tenía que bastar.

Introdujo el test en la orina durante los quince segundos que indicaban las instrucciones, lo dejó encima del lavabo y se sentó en la taza del váter a esperar.

Fueron los tres minutos más largos de toda su vida.

Eran casi las doce de la noche, Erik estaría haciendo la maleta para irse a Vancouver. La angustia atenazó su garganta y las lágrimas se agolparon en sus ojos. Tuvo la tentación de llamar a Nacha o a Loreto para no estar sola, pero se armó de valor y leyó el resultado: las dos rayas rosas paralelas eran tenues, pero no dejaban ninguna duda.

Estaba embarazada.

La confirmación

Se metió en la cama y miró al techo.

Embarazada.

Embarazada.

Embarazada.

Tragó saliva para intentar diluir el globo que ocupaba su garganta. Repasó cada momento compartido con Erik desde que había vuelto de Noruega, sin entender cómo era posible haberse quedado encinta, si con lo ocurrido con Peta fue más que insistente con el tema del condón. Rio con irritación al recordar las reticencias de Erik. Pero ella había sido inamovible. Condón, o nada.

Excepto aquella vez.

—¡Ay! —se le escapó de entre los labios al recordarlo.

Tras la primera fiesta en casa de Álex y Philip. Ella no paró de parlotear comentando todo lo que habían visto, el morbazo de ejercer de *voyeur*, las manos de Erik masturbándola y susurrándole todo lo que podía llegar a ocurrir... Llegaron a casa con un calentón brutal y follaron como dos salvajes. Y sin condón.

No iba a pegar ojo en toda la noche.

Y se despertó, de nuevo, casi a las dos de la tarde.

—¡Joder! —dijo, apartando las sábanas y levantándose de un salto. ¿Ahora hablar sola se transformaría en una costumbre? Al menos no tenía náuseas. Pero sí tenía un hambre atroz.

Atacó la nevera mezclando en una bandeja los alimentos más variopintos: patatas fritas de bolsa, un par de plátanos, una jarra de zumo de naranja, ingredientes para hacerse unos sándwiches y una tarrina de helado de chocolate.

Mientras hacía los bocadillos, comía patatas fritas. Y también cuchareaba el helado. Tenía que diseñar un plan de acción.

Erik. Tenía que decírselo a Erik.

No. Mejor no. Tenía que estar segura. Dejó a medias el bocadillo que se estaba comiendo y recuperó su bolso. Aún tenía otro test sin usar. Mientras caminaba hacia el cuarto de baño,

fantaseó con la idea de que todo fuera una equivocación. Un error de laboratorio. Ella no podía estar embarazada. Tenía una carrera por delante. Aún no había acabado la subespecialización de Cardiología Infantil. Aún le quedaban muchas cosas por vivir: viajar a las Maldivas, hacer *puenting*, escalar el Aconcagua. Lo de ayer solo era un mal sueño.

Hizo pis en un vaso, metió el test dentro durante quince segundos y esperó.

Las dos rayitas rosas seguían allí.

—¡MIERDA! —gritó, con una mezcla extraña de pavor, alegría e incredulidad. Era el momento de llamar a Erik.

Cogió el móvil, y, sentada en la taza, le dio vueltas entre las manos. No. Todavía no. Primero lo confirmaría de verdad.

Llamó a Ginecología y Obstetricia de la Clínica Alemana para ir aquella misma tarde. Aunque fuese domingo, podían atenderla en Urgencias. Ni loca pediría una cita en el San Lucas. A la velocidad que corrían los cotilleos, todo el hospital se enteraría antes que Erik de que estaba embarazada. Mejor en otro lugar, donde no fuese la Dra. Morán, sino simplemente Inés.

Tuvo tentaciones de llamar a Nacha. O a su hermana. De pronto se le antojó un poco deprimente ir sola a la consulta donde le dirían que iba a ser mamá. Llevó las manos a su vientre, plano y firme. Seguía sumida en una completa sensación de irrealidad.

Las consultas de la Clínica Alemana tenían un aspecto muy parecido a las de su propio hospital: suelos de mármol, paredes de colores claros y un aire moderno y tecnológico, aunque impersonal. No tuvo que esperar mucho, y se entretuvo leyendo las recomendaciones sobre hábitos de vida saludable durante el embarazo, los beneficios de la lactancia materna y la donación de células madre de cordón umbilical. Últimamente llevaba una vida de todo menos saludable, durmiendo poco, comiendo mal y bebiendo más alcohol del que había bebido en toda su vida. ¿Qué clase de madre hacía eso? Tendría que modificar muchas cosas.

Miró la pantalla del móvil. Un mensaje solitario de Erik, «Ya estoy en el aeropuerto», esperaba en la pantalla sin que se hubiese animado a contestar. ¿Qué le iba a poner? ¿«Que tengas buen viaje. Por cierto, vas a ser padre»? Se rio de su propia ocurrencia y se ganó un par de miradas sorprendidas de dos embarazadas que esperaban su turno.

—¿María Inés Morán Vivanco?

—Sí. Soy yo.

—Venga por acá.

La atendió una mujer que andaría por la edad de su madre. Dudó en decir la verdad cuando le preguntó por la profesión, pero finalmente dijo «médico». Agradeció que no dijese nada al respecto.

Leyó en su bata impecable el nombre bordado en letras de color verde: Violeta Kaplan. Su rostro afable, las canas en su pelo y su trato suave cuando se sentó frente al ecógrafo le generaron una calma especial. Se acomodó en la camilla, desnuda ya de cintura para abajo, pensando en lo bien que le habría venido tener a su madre al lado. Ahora era tarde. Tenía que apechugar.

—Entonces, estás de seis semanas, ¿estás tomando el ácido fólico?

Inés enrojeció hasta que las orejas le ardieron. Mierda. Era médico. No. Era pediatra, y no había empezado con las profilaxis que ayudarían a su bebé a estar sano.

—No. Quiero decir, es que esto me pilla un poco de sorpresa —dijo a modo de disculpa. La mujer rio suavemente y asintió.

—No te preocupes, después te extenderé una receta. Ahora quiero que te relajes, esto es un poco molesto al principio. —Inés respiró hondo cuando introdujo la sonda ecográfica en su vagina, y miró con curiosidad su interior reflejado en la pantalla del moderno aparato—. Sí, el endometrio es decidual, ¿te fijas en el grosor? Has preparado una buena camita para tu bebé. ¡Mira, aquí está el saquito embrionario! —dijo la mujer, entusiasmada—. Y... sí. Aquí está el latido. Sano y fuerte.

Inés miró hipnotizada el pequeño granito de arroz en cuyo centro bombeaba el diminuto corazón.

Y toda la angustia desapareció.

Todos sus miedos, todos sus temores fueron sustituidos por la convicción absoluta de que eso era exactamente lo que tenía que pasar. Un sentimiento de pertenencia, de amor incondicional por aquel soplo de vida que llevaba en su vientre, la golpeó con una sola certeza: iba a ser madre y no había vuelta atrás.

—Tu fecha probable de parto es el cuatro de mayo, un bebé otoñal. —Seguía hablando con cariño la obstetra e Inés esbozó una sonrisa—. Todo está bien. ¿Vas a controlar tu embarazo aquí, en la Alemana?

—Me encantaría quedarme con usted, no me importa venir hasta aquí.

—También atiendo en la clínica Las Lilas, si lo prefieres.

—¡Genial! —exclamó Inés—. Me viene perfecto, vivo muy cerquita.

—Entonces, aquí tienes la receta para el yodo y el ácido fólico, y aquí los análisis del primer trimestre. Intenta cuidarte, descansar y llevar una vida sana. Aquí tienes una tarjeta con los números de contacto de mi consulta. Nos vemos en seis semanas más.

Se despidió de la ginecóloga y salió de la clínica sintiéndose otra versión de sí misma. Su vida acababa de dar un giro de ciento ochenta grados. Todas sus prioridades se reajustaron, todos sus planes de futuro parecieron reorganizarse de manera natural en torno a lo que ahora sentía que era el centro de su vida: ese minúsculo bebé que comenzaba a gestar. Solo un detalle empañaba su alegría y determinación. Ahora no había excusas.

Tenía que decírselo a Erik.

Su ánimo esperanzador se vino un poco a bajo al pensar en cómo se lo tomaría. «La cardiocirugía es mi prioridad». «Me forzó a elegir: o ella o la cardiocirugía». Jamás podría pedirle que renunciase a lo que más amaba, pero ¿se conformaría ella con ser el segundo plato?

Sacudió la cabeza y caminó hacia el Parque Arauco, le vendría bien comer algo. Cuando llegó allí, paseó por la terraza del Boulevard sin decidirse por ningún local. Compró los medicamentos en la farmacia y, sin saber cómo, sus pasos la llevaron ante una pequeña tienda para niños que siempre le había gustado. Recorrió

con la mirada la ropita en tonos pastel para recién nacido. Era preciosa. Un conjunto de bodis de color blanco llamó su atención y acarició con los dedos el suave algodón orgánico. En un impulso, los compró. Era una tontería, un *pack* de tres bodis de talla cero meses que la dependienta envolvió con sumo cuidado en una bolsa elegante. Esa compra hacía todo mucho más real.

Al llegar a casa, hizo su cama, recogió los restos de la comida improvisada y acabó por darle una vuelta a todo el apartamento. Un pensamiento la acompañaba en todo momento, alternando un sentimiento de alegría infinita y de pánico irracional. Iba a ser madre. Y el hecho de que Erik fuera el padre la llenaba de felicidad.

No eran ni las nueve de la noche, pero sentía que el sueño la invadía de nuevo. Se tomó la medicación con un enorme vaso de agua, comió un buen plato de pasta sin remordimientos, y se metió en la cama a descansar.

Soñó con un bebé precioso de ojos azules y pelo dorado, sonrisa traviesa y hoyuelo en el mentón.

Vancouver

Erik revisó su móvil en busca de señales de vida de Inés, pero su mensaje seguía sin respuesta. Quizá había sido demasiado duro con ella. Tras marcharse de casa de Philip y Álex, la preocupación y el cabreo lo tuvieron desconcertado y molesto durante todo el fin de semana. Le había roto el corazón rechazarla y no verla antes del viaje, pero Inés tenía que entender que todo tenía un límite. Hasta ahora, los dos habían disfrutado de las fiestas y las sesiones en la mazmorra, pero lo ocurrido el viernes no entraba dentro de lo que él consideraba disfrutar. Ver a Inés vomitando sin control en el baño y cayendo desfallecida había marcado un antes y un después.

Pensó con irritación en Philip. Era un manipulador nato, aunque ni por un momento escondiese sus intenciones. Por eso le daba tanta rabia que Inés se dejara llevar. No le concedía ni una reflexión al hecho de que la estaba presionando.

Apretó los labios, enojado, y prestó atención a la última ponencia de la jornada. Al día siguiente le tocaba a él, y sonrió al saber que tenía mucho que aportar. Comenzaba a hacerse un nombre dentro del grupo de trabajo internacional, sus publicaciones eran nombradas por otros colegas de prestigio y tenía mucho que ofrecer. Con esa perspectiva en mente, se marchó al hotel. No tenía ningún interés en hacer turismo ni en darse una vuelta por el bar: tenía que lucirse al día siguiente.

Inés entró a las consultas de Cardiología de adultos como si estuviera de vacaciones. Entraban a trabajar a las nueve de la mañana. Aquel lunes comenzaba su rotación en Hemodinámica, y como todos los inicios, las horas se fueron en presentaciones de los miembros del equipo, trámites administrativos y familiarizarse con protocolos y procedimientos. El jueves entraría por primera vez al quirófano para los cateterismos, y aunque el Dr. Bustos era su tutor,

el jefe de Cardiología de adultos había delegado la función en otro colega, Isaac algo. No recordaba el apellido y en ese momento le daba igual.

Porque tenía un problema. Grave. No podía exponerse a la radiación de la sala de hemodinámica. ¿Qué demonios iba a hacer? No quedaba otra que hablar con el Dr. Bustos, y cambiar la rotación era incuestionable. Vaya. Después del trabajo que le había costado organizar todo. Suerte que estaba de guardia y al día siguiente no tenía que trabajar. Concertó con la secretaria una cita el miércoles a primera hora, no quedaba otra opción.

El trabajo de la guardia la ayudó a dejar en un segundo plano su estado. Llevaba desde que había visto el test positivo observando su cuerpo y sus reacciones con lupa; no advertía cambios importantes, pero las horas de sueño que necesitaba no eran normales y notaba sus pechos un poco más abultados. Por no hablar de las molestias en la pelvis. Por la tarde tuvo que tomarse un paracetamol y se preguntó si aquello era normal.

Al llegar la noche confirmó que no.

Aquello no era normal.

Al ir al baño identificó un pequeño sangrado en el papel higiénico. Un terror frío la inundó por un momento, pero intentó ser racional. Seguro que era por la implantación. Su arrocito estaba bien, su corazón latía fuerte en la ecografía. Pero de madrugada, en medio de la vorágine del trabajo de la UCI, tuvo que cambiarse varias veces la compresa.

En vez de utilizar la mañana para hacer mil recados, se fue a casa a dormir. Solo necesitaba un poco de reposo y descansar. Estaba agotada y se quedó dormida nada más apoyar la cabeza en la almohada. Cuando despertó, tenía un sangrado como una regla. Abundante. Algo iba mal. Dio vueltas entre sus dedos una y otra vez la tarjeta de la ginecóloga antes de llamar.

—Consulta de la doctora Kaplan.

—Soy la doctora Inés Morán. —Se odió un poco por utilizar su título para conseguir un acceso directo, pero estaba aterrorizada —. Necesito hablar con ella de manera urgente.

No tuvo que esperar mucho, la voz amable y suave de la ginecóloga la saludó al otro lado del teléfono y se serenó lo

suficiente como para explicarle lo que pasaba con claridad.

—Doctora, perdone por abordarla de esta manera. Soy Inés, la pediatra que estuvo en Urgencias el domingo. Un embarazo de seis semanas, con latido, pero hay algo que va mal.

—Me acuerdo de ti, claro que sí. ¿Qué ocurre?

—Estoy sangrando. Bastante. ¿Puede ser implantación?

La mujer se tomó unos segundos antes de responder, lo que le pareció un signo ominoso. Su voz tranquila, nuevamente, le generó serenidad.

—Podría ser, pero si es muy abundante, puede que lo estés perdiendo. ¿Puedes acercarte a mi consulta a última hora? Puedo hacerte un hueco.

—¿Sobre las ocho de la tarde?

—Sí. Aquí te espero. Tranquila, Inés. Es pronto para saber nada.

—Gracias, Violeta.

Pero por la tarde tenía la seguridad de que había tenido un aborto. No paraba de sangrar. Una tristeza sorda caló sus huesos poco a poco. Tras unas pocas horas sumida en la desesperación, ver el latido en su vientre había cambiado algo en ella. Y durante dos días se había aferrado con fuerza a la realidad de que iba a ser madre. De un modo incuestionable, toda su vida se reordenó en torno a su bebé. Sospechaba que, esta vez, el cambio de marchas no sería tan sencillo. No se hacía a la idea de que aquel corazoncito que había visto latir en su vientre ya no estaba. Tenía que reajustar.

Mientras caminaba hacia la Clínica Las Lilas, se juró a sí misma que sería un secreto que guardaría siempre.

No se lo diría a nadie.

A Erik, menos que nada. Les evitaría un sufrimiento a ambos. A él, por ponerlo en el aprieto de decidir si quería participar en la nueva vida en su interior. A ella, por saber que jamás sería su primera prioridad. Tampoco a su madre. Ni a Loreto. Ni a Nacha. Un secreto entre ella y aquel pececito que había ocupado su cuerpo durante más de un mes.

Comenzaba a odiar los hospitales como paciente. Aquel año había visitado más médicos que en toda su vida y estar del otro lado se le daba francamente mal. Primero la apendicitis y ahora esto.

Esperaba no tener que volver a tumbarse en una camilla nunca más.

La doctora Kaplan la esperaba en la consulta, ya vacía. Inés se ruborizó, sabiendo que estaba abusando de su confianza.

—Mil gracias por atenderme. Sé que debí pedir cita por el cauce regular, pero estoy muerta de miedo —dijo en un hilo de voz.

—No te preocupes. ¡Alguna ventaja tiene que tener ser médicos! Ven, vamos a ver cómo estás.

El sangrado seguía activo e Inés sugirió poner un empapador sobre la camilla. La enfermera la limpió entre las piernas con delicadeza, pero a ella le dio igual su dignidad. Solo quería confirmar la noticia.

—Inés, has tenido un aborto espontáneo. No veo el saquito embrionario y tienes el útero casi limpio. ¿Llevas sangrando así todo el día? —dijo la ginecóloga al ver la imagen en el ecógrafo, sin esconder su preocupación—. Quizá sería bueno ingresarte, solo para vigilar.

—¡No! No. —Intentó controlar el tono de voz nervioso y desahogado—. Estoy acostumbrada a sangrar así, y vivo a cinco minutos caminando. Si algo va mal, vendré por urgencias, pero a menos que sea estrictamente necesario, prefiero no ingresar.

La enfermera le tomó la tensión, y tuvo que esperar el resultado de una gasometría rápida para ver el estado de su anemia, pero todo estaba dentro de lo esperable. La doctora le dio el alta a regañadientes, podía verlo en su rostro preocupado.

—Quiero que vengas a verme mañana por la tarde, a las cinco. Tienes que guardar reposo, y si notas que el sangrado se descontrola, tienes que volver.

El tono severo de la doctora le decía a las claras que sospechaba que no iba a hacer ni caso.

Para haberla visto solo dos días, la había calado a la perfección.

Volvió a casa y tomó un par de analgésicos. Se tumbó en la cama, mirando al techo, en blanco. La saturación de emociones vividas desde el sábado acabó por bloquearla. No podía pensar. Solo existir. Se quedó dormida al poco tiempo y despertó, con la misma ropa con la que había ido a la clínica, a las siete de la

mañana del miércoles, sin que hubiera puesto el despertador. El sangrado parecía remitir, así que se vistió, se obligó a tomar un desayuno decente y se marchó al hospital. ¿Qué más iba a hacer?

Al llegar a la consulta, el Dr. Bustos la abordó antes de ir a la sala de Hemodinámica.

—Buenos días, Doctora Morán. ¿Quería hablar conmigo?

Mierda. Se le había olvidado por completo de la reunión. Ahora ya no tenía sentido modificar sus rotaciones. Tenía que improvisar algo.

—Quería pedirle, aunque sé que acabo de empezar la rotación, unos días para irme a casa por las fiestas del Dieciocho de septiembre. Toda la semana, si es posible. Sé que es un abuso...

—No se preocupe, doctora. Todos los procedimientos están suspendidos —respondió el médico con un gesto despreocupado—. Tanto Isaac como yo estamos de vacaciones, puede marcharse sin problema a su casa. ¡Disfrute de sus días libres!

Inés parpadeó, desconcertada. Vaya. ¡Por fin le salía algo bien! La jugada había sido magistral; podría descansar y recuperarse, emocional y físicamente. Pero de ir a Ranco, nada. Su madre se olería que algo gordo le pasaba en cuanto la viese en la terminal. Mejor en casa, tranquila, sin presiones, dormir bien, comer bien y cuidarse un poco.

No hacer el reposo le pasó factura. En pleno procedimiento, cuando asistía a su tutor y a Isaac, el peso de las protecciones de plomo, llevar de pie tres horas sin poder moverse y que aún seguía sangrando hicieron que casi se desmayara. Completamente avergonzada, tuvo que retirarse de la mesa quirúrgica, sentarse en el suelo y meter la cabeza entre las rodillas.

—No te preocupes, ¡les pasa a muchos los primeros días! —la consoló Isaac—. Es cosa de acostumbrarse. Un buen café antes de cada paciente ayuda. Ve a casa a descansar.

Inés agradeció a su nuevo tutor su amabilidad, y que le permitiera marcharse más temprano aquella tarde. Si se daba prisa, llegaría a tiempo a las cinco a la consulta de la doctora Kaplan.

Ya conocía el ritual: desnudarse de cintura para abajo, ponerse la bata, acomodarse en la camilla de estribos. Hizo todo de

manera mecánica. Llevaba en piloto automático desde que había empezado a sangrar.

—Todo va bien, Inés. Has expulsado los restos, imagino que dejarás de sangrar entre hoy y mañana. Quiero que vengas dentro de cuatro o seis semanas, en cuanto te haya vuelto la regla.

—Quiero ponerme un DIU —barbotó Inés, verbalizando algo que le daba vueltas desde hacía tiempo—. Esto no puede volver a pasar. —La ginecóloga le lanzó una mirada incierta, Inés sabía que era pronto para ponérselo—. Sé que es preferible hacerlo en diferido, pero no quiero esperar.

—No hay problema en ponerlo de inmediato, Inés. Tienes mayor riesgo de expulsarlo, nada más.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué tengo que hacer?

—Espera un momento.

Se quedó inmóvil mientras ella salía de la consulta. Se echó a reír al observar su reflejo en el amplio ventanal oscurecido. Aquellas camillas con estribos eran realmente medievales, aunque no dudaba que años de práctica ginecológica avalaran su utilidad.

Reposó la cabeza en la superficie mullida y suspiró. Ya no había bebé. Una nostalgia inmensa hacia algo que ni siquiera conocía la invadió. Y echaba de menos a Erik, tanto que dolía. ¿Dónde estaría ahora? En el congreso, en alguna ponencia. En Canadá eran... ¿Tres, cuatro horas menos? Quizá estaban ya en el descanso de la hora de comer.

O quizá se estaba tirando a alguna zorra.

El pensamiento amargo la pilló por sorpresa, y la bocanada de bilis mezclada con los celos que ascendió hasta su boca la golpeó con la certeza de que era un escenario más que real. Estadísticamente, era más que probable. ¿Cuántas veces habían follado ellos mientras habían estado en el congreso en Puerto Varas? Intentó pelotear las imágenes que bombardeaban su cerebro sin piedad, pero no pudo. Ya no había exclusividad. Ambos eran libres de hacer lo que quisieran. ¿Cuál era el problema? El rencor la inundó sin misericordia. El problema era que ella estaba en una camilla ginecológica en pleno proceso de aborto, y él... Mierda.

—Inés, ahora necesito que te relajes. Solo notarás una pequeña molestia. En los días siguientes, también puedes tener

algún dolor, parecido al de la regla. Si no se controla con analgesia, tienes que volver.

Inés asintió y apretó los dientes con fuerza al notar un dolor lancinante en su interior con la inserción del dispositivo.

—Ya está. De todas maneras, quiero verte de nuevo cuando te vuelva la regla, ¿de acuerdo? No puedes faltar. —La doctora Kaplan la miraba con severidad—. Tienes que tomar antibióticos durante una semana, y descansar.

—Lo haré. Me voy de vacaciones toda la semana del Dieciocho, pero nada de fiestas —bromeó. Pero había algo que rondaba su cabeza desde que había sabido que algo no iba bien con su embarazo—. Violeta, ¿tengo que hacerme algún estudio? Quiero decir, ¿hay algo que pueda estar mal en mí que me haya hecho abortar? He tenido un mes bastante movidito —reconoció, preocupada. La ginecóloga la miró con una sonrisa interrogante—. Sexo, drogas y Rock and Roll. Solo que alcohol en vez de drogas —dijo al fin, bromeando solo a medias.

—No, Inés. No te preocupes —respondió, con esa calidez que la había ganado para siempre como persona y profesional—. Está dentro de lo normal, solo ha sido mala suerte. No le des más vueltas. El sexo es siempre muy beneficioso en el embarazo, y con seis semanas ni siquiera se ha formado la placenta. —Se echó a reír, divertida—. Pero todo esto ya lo sabes, ¡eres médico! Quédate tranquila. Si no ha seguido adelante, es porque algo no iba bien.

—Gracias por todo, en serio.

Se marchó de allí con la sensación de haber cerrado un capítulo breve pero muy importante de su vida. Uno que la haría crecer y madurar. Tenía que dejarse de tonterías, saber que sus acciones tenían consecuencias, detener su andadura de caballo de carreras y reflexionar.

Solo que no podía quitarse de la cabeza que Erik estaba a miles de kilómetros de distancia, montándose de lo lindo con vete a saber cuántas, y sin tener ni idea de todo lo ocurrido.

Ya maduraría a partir del domingo.

Pulsó en el móvil el número de Philip. La voz sensual y despreocupada del francés encerraba promesas de olvido y placer.

—Hola, Philip. ¿Qué planes hay para este fin de semana?

El viernes se despertó como nueva. Después de dos días de tomarse las cosas con calma, por fin se encontraba bien. Al día siguiente la esperaba una noche frenética, así que cuando Nacha la llamó para quedar, aunque era cierto que no se veían hacía semanas, declinó el ofrecimiento. Prefería no verla para no correr el riesgo de soltarle todo lo que de aquella semana infernal. Porque solo había sido una semana. Parecía una eternidad.

En el hospital, el ambiente era de vacaciones. Todos se preparaban para aprovechar el puente de las fiestas de la chilenidad. Recibió una llamada de su madre para tantearla si iría a Ranco con Loreto y los niños, pero adujo un par de excusas vagas sobre las guardias y descansar. Su madre no insistió. Mejor.

Llegó temprano a casa. Una mezcla de rabia y tristeza la invadió al ver otro mensaje de Erik junto al primero recibido, que seguía sin contestar. «¿Todo bien? No has contestado a mi mensaje. Vuelvo el domingo por la tarde. Besos. E».

Besos. Ya.

Demasiado ocupado para escribir nada más y nada antes. Una semana de desconexión absoluta. Cada vez que pensaba en ello, tenía ganas de matar a alguien o echarse a llorar. Intentaba racionalizar todo diciéndose que su cuerpo estaba sumido todavía en una debacle hormonal y que por eso reaccionaba de aquella manera tan desproporcionada, pero no podía evitarlo: los celos la devoraban por dentro. Era incapaz de pensar con claridad.

El sábado se entregó a todos los mimos y cuidados posibles. Se dio una larga ducha de agua caliente, rabiando por no tener una bañera, exfolió su piel con la mezcla lujosa de miel, chocolate y azúcar negra que solo usaba en ocasiones especiales. Moldeó su pelo con las planchas, dejándolo en ondas suaves y brillantes. Contra la palidez y las ojeras, una buena sesión de maquillaje. Escogió el lujoso conjunto de lencería que sus amigos le habían regalado por su cumpleaños; estaba segura de que Philip lo apreciaría.

Con tanto ritual de embellecimiento se olvidó de la hora y llegó tardísimo a su cita, pero valió la pena. Álex la contemplaba con la boca abierta y Philip la cogió de la mano y la hizo girar sobre sí misma.

—Esta noche prometo ser mágica, *princesse* —dijo en sus labios, a modo de saludo.

Ella solo sonrió, y devolvió ese beso con lascivia, acariciando los labios carnosos de Philip con la lengua con sensualidad.

El ambiente de la fiesta era el de siempre: sonrisas de reconocimiento, y algunas invitadoras, pero Inés se pegó a Philip, que la agarraba de la cintura como si fuese de su propiedad. No bebió ni una sola gota de alcohol. Nada de escenitas, solo disfrutar. Picaron algo de comer junto a Álex. Inés recibía en su boca los bocados de la mano de Philip, y en uno de ellos, mordió su dedo con un gesto juguetón. La mirada de su amigo se tiñó de lujuria.

—No puedo esperar a tenerte a mi merced, Inés.

—¿Por qué esperar?

Le dedicó esa sonrisa de las ocasiones especiales que sabía que postraba a los hombres a sus pies. Funcionó. Philip la contempló un instante y tendió su mano hacia ella.

—Vamos. Hora de retirarnos a un lugar más tranquilo.

No dudó ni un segundo. Un *flash* cruzó por su mente para recordarle que, justo una semana atrás, hacía ese mismo camino, desesperada por encontrar un cuarto de baño. Desechó el pensamiento de inmediato. Erik lo estaba pasando bien en Vancouver, ahora le tocaba disfrutar a ella.

No lo hizo esperar. En cuanto cerró la puerta tras de sí, llevó las manos a los botones de su camisa y selló sus labios con un beso lento y húmedo.

—¿Dominante en la cama, *chérie*? Sin duda eres algo especial.

—¿Algún problema?

—Ninguno. Estoy en tus manos.

La camisa ya estaba fuera. Se tomó un instante para apreciar el cuerpo fibroso y delgado de Philip, cubierto de pequeñas pecas. Recorrió su pecho con la yema de los dedos, uniendo unas con otras en una constelación errática. Él mantenía una actitud

expectante, con una media sonrisa en los labios y la mirada clavada en ella.

Inés descendió hasta la hebilla de su cinturón. Lo liberó de sus pantalones sin ceremonia y sonrió al ver el bóxer suelto de tela de cuadros blancos y azul marino.

—Me encanta tu estilo clásico —susurró, notando cómo su cuerpo comenzaba a reaccionar. Él deslizó una mano por la línea de sus clavículas y después por las curvas que describían sus pechos.

—Tu turno, Inés. Me gusta la democracia y la igualdad.

Ella se echó a reír ante el comentario, y aunque él buscó desnudarla, fue ella quien abrió la cremallera lateral del vestido y lo dejó caer al suelo. Al ver el corsé, Philip emitió una larga frase en francés que no alcanzó a descifrar. Daba igual. Ver la adoración en sus ojos era lo que necesitaba después de una semana de sentirse como un despojo humano. Comenzó a abrir los corchetes que cerraban la prenda sobre su pecho, pero cuando alcanzó más o menos la mitad, él la detuvo.

—Déjalo así, Inés. —Acarició sus pechos expuestos por la prenda a medio desabrochar, y paladeó con su lengua los pezones. Inés soltó un gemido—. Es perfecto.

Su tono de voz se tornó más grave y oscuro. Las respiraciones de ambos comenzaron a acelerarse. Philip parecía expectante. Rodeó su cuello con los brazos y se apretó contra su cuerpo.

—Vamos a la cama. Quiero follar. Ya.

Philip alzó una ceja y se dejó conducir hasta el lecho. Apartaron los cojines e Inés se puso a horcajadas sobre él. Placó sus brazos contra la almohada y se inclinó para volver a besarlo, esta vez con intensidad. Erik estaba muy, muy lejos. Y ella necesitaba olvidar.

Philip reaccionaba con un prometedor bulto bajo la tela.

—Es mejor que te pongas un condón —dijo Inés, sin brusquedad, pero inamovible.

—En la mesilla, *chérie*. Contigo encima no puedo alcanzarlo.

Abrió el cajón, inclinándose, y le tendió el preservativo. Philip se tensó entre sus muslos y se lo puso sin esperar. No era Erik, pero no estaba mal equipado. Y estaba muy excitado. Ella, aún más.

Durante más de ocho meses, el único hombre con el que se había acostado había sido Erik. Y le constaba, dolorosamente, que no había sido así para él. No solo por Peta. Imaginó a cuánto ascendería la cuenta con el viajecito a Vancouver, y se quitó las bragas. No podía esperar más. Con una mezcla de lujuria y cabreo, enterró a Philip en su sexo.

—*Mon Dieu, princesse!* —resopló él, e intentó contener sus movimientos desenfrenados aferrándola de las caderas.

Pero ella apartó las manos de su cuerpo, volvió a llevar sus antebrazos sobre la cabeza y los sostuvo con fiereza, mientras aumentaba el balanceo. Él la miró, sorprendido, mientras ella sonreía con maldad. Era cierto. Lo tenía a su merced. Y lo iba a quebrar. Saboreó el poder de saber que podría hacer lo que quisiera con él. Su rostro crispado decía con claridad que estaba a punto de estallar. Tensó con fuerza el interior de su sexo, frotando su núcleo de mayor placer contra la pelvis masculina y cimbreado las caderas en un movimiento final que la catapultó hacia el orgasmo.

Philip se corrió entre sus muslos de manera inevitable, e Inés soltó una carcajada triunfante, jadeando como si hubiera corrido una maratón. Él abrió los ojos e intercambiaron una mirada cómplice. Inés descabalgó de su montura y se tendió a su lado para recuperar su respiración. No dijo nada. Le nacía darle las gracias, necesitaba ese polvo, pero sentía que un vacío negro y helado comenzaba a apoderarse de su pecho.

Philip reposó un momento junto a ella, luego se acomodó de lado y apoyó la cabeza en el codo.

—*Chérie...* No es que me importen demasiado las razones, y estoy más que dispuesto a ayudar, pero esto ha sido un *hatefuck* en toda regla. ¿Estás bien? ¿Qué te ocurre, *princesse*? Cuéntale al viejo Philip qué es lo que va mal.

Primera persona que se lo preguntaba. En toda la semana. Después de todo lo que había ocurrido. El tono cálido y cariñoso rompió las compuertas que lo contenían y el torrente de lágrimas, sujeto desde que había salido la prueba de embarazo positiva, salió de sus ojos sin control.

Lloró con hipo. Con mocos. Con sollozos desgarrados.

No había una manera digna de llorar. Lloró hasta que sintió que no quedaba ni una lágrima más dentro de ella, se detuvo unos minutos y luego volvió a llorar. El pecho de Philip estaba anegado en lágrimas, pero a él no parecía importarle. Solo susurraba palabras dulces en francés y acariciaba su melena desordenada con suavidad. Con interés lejano, vio cómo cogía el móvil de la mesilla y tecleaba un mensaje. Poco después, Álex entraba con una manta suave entre las manos. Los cubrió a los dos, y tras un momento de titubeo, se deshizo de sus vaqueros y se tendió sobre la cama al otro lado de Inés. El calor de los dos cuerpos masculinos ofrecía un incomparable solaz. Entre lágrimas y respiraciones entrecortadas, se durmió por fin.

Álex y Philip conversaban en voz muy baja en la penumbra. Inés se revolvió, acalorada. Alguno de los dos le había quitado su corsé y puesto una camiseta. Creyó recordar que fue en pleno torbellino emocional.

—Buenos días —murmuró, apocada. Las sonrisas de Álex y Philip sobre ella, que se incorporaron un poco al escucharla, la hicieron corresponder con timidez.

—¿Mejor, *chérie*?

Ella asintió sin hablar. Se sentía como nueva. En un gesto espontáneo, los abrazó a los dos del cuello con fuerza.

—Estoy mejor. ¡No sabéis cuánto necesitaba esta catarsis! —intentó bromear—. No os puedo decir exactamente a qué obedece, pero ahora estoy genial.

—Yo sí sé lo que te pasa —dijo Philip, conspirador. Inés apartó la melena de su cara y lo miró, suspicaz—. Algo grandote. Rubio. De ojos azules tremendos. *N'est-ce pas?* No frunzas así la boquita, *princesse*. Acabas de descubrir que eres monógama, y que no cualquiera puede compartir tu cama. Eres como esos pajaritos que conservan un solo amor toda su vida. No pasa nada.

—Bienvenida a mi mundo —suspiró Álex—. No pasa nada. Es... como una pequeña enfermedad.

Los tres se echaron a reír. Era cierto. La razón por la que se había inhibido en otras ocasiones a experimentar con otras personas era porque necesitaba esa conexión especial. Besar y tocar a otros había sido satisfactorio, pero para el sexo... lo había sabido desde siempre, necesitaba algo más. Prefirió olvidar que no era el único motivo. No estaba preparada para verbalizarlo.

—Y, ¿cómo llevas que Philip tenga otras necesidades? —preguntó con precaución. Quizá su situación se pareciese a la de ella y Erik más de lo que quisiera aceptar. Su amigo se encogió de hombros con resignación.

—Mientras yo no tenga carencias, y se ocupe de mí, no tengo problema. Eso sí, no me verás participando. Yo necesito intimidad.

Inés asintió, lo entendía perfectamente. Después del periodo de frenesí en el que se había sumido aquellas últimas semanas, comenzaba a comprender que necesitaba otras cosas, necesitaba algo más para llegar hasta el final.

—Somos la pareja perfectamente imperfecta. Pero ambos lo sabemos y no aspiramos a nada más que nuestra imperfecta felicidad —añadió Philip con un guiño.

Se quedaron conversando a media voz, los tres en la cama bajo la manta, hasta que las tripas de Inés comenzaron a chirriar.

—Vamos a desayunar. *Mon Dieu!* ¡Qué tarde es! ¿Tienes la maleta lista?

—Está todo listo, mi amor. Hay tiempo de sobra —dijo Álex con una sonrisa.

—¿Dónde os vais? —preguntó Inés, de pronto incómoda. Estaba abusando de sus anfitriones—. Mejor me voy a casa y os dejo tranquilidad para preparar las cosas.

—Nos vamos a la playa por las vacaciones del Dieciocho. ¿Nunca te he contado de mi casita de la playa? Estuve de médico general de zona en el hospital de Copiapó antes de hacer anestesia en el San Lucas, y nunca quise desprenderme de la casa. —Inés se echó a reír ante el tono soñador de Álex—. Vuelvo siempre que puedo, y estas vacaciones vamos a tener un tiempo sensacional.

—¡Qué maravilla! Sol y playita, no sabéis la envidia que me dais.

—¿Por qué no vienes con nosotros a pasar unos días? Tenemos sitio de sobra, *chérie*. Y se nota que te hace falta descansar. —Esta vez, el tono de Philip había sido de preocupación. La miraba con seriedad, y sostenía su mano con firmeza—. Ven con nosotros. La casita de la playa te encantará.

Abrazó sus rodillas y apoyó el mentón sobre ellas, pensativa. El ofrecimiento era sincero. Y le vendría muy bien poner tierra de por medio ahora que Erik estaba a punto de llegar de Vancouver. Preguntaría solo una vez más antes de decir que sí.

—¿Estáis seguros de que no os importa una carabina metida en vuestro nidito de amor?

Álex y Philip se echaron a reír y la abrazaron sobre la cama. Inés se derritió en puro amor y amistad.

—Estamos felices de que nos acompañes. Tu compañía nos encanta, eres un soplo de aire fresco. Y a ti te vendrá fenomenal.

—¡Perfecto! Acepto vuestra invitación encantada. Ahora mismo me pongo a mirar vuelos.

Mientras Álex y Philip se preparaban para marcharse, Inés buscó vuelos en internet. En pleno Dieciocho y saliendo en fin de semana a una zona tan turística le supuso un buen desembolso, pero necesitaba con urgencia desconectar. Viajaría al día siguiente, antes no pudo encontrar nada.

Llevó a sus amigos al aeropuerto, era lo mínimo después de cómo la habían cuidado y mimado durante todo el día. Philip no había dicho ni una sola palabra aparte del comentario sobre el *hatefuck*, e Inés se lo agradeció. Necesitaba ese polvo, era cierto, pero las sensaciones de después no se las esperaba.

En cuanto volvió a casa, recuperó sus bikinis y su ropa de playa, emocionada ante la perspectiva de tomar el sol y bañarse en el mar. La tercera región en septiembre tenía un clima muy benigno. Con un poco de suerte, hasta haría calor de verdad.

En el avión volvió a dormir como un tronco, su cuerpo entraba en modo vacaciones. Solo su cerebro necesitaba desconectar. Dio mil vueltas a todo lo que había ocurrido, como si hubieran pasado mil años en aquella semana. Esperaba su maleta ya en el aeropuerto de Copiapó, cuando una llamada la sacó de su concentración. Se alejó un poco del trájín de las cintas de equipajes

para contestar con tranquilidad. Era Erik, pero la separaban de él mil kilómetros de distancia, y eso le dio cierta seguridad para enfrentarlo. Aunque no pudo evitar que su voz temblase.

—Hola, Erik.

—¡Hola, *liten jente!* —Se mezclaba el alivio y la ternura en su voz—. Acabo de llegar de Vancouver, ha sido una semana infernal. Te llamaba porque quiero que nos veamos, ¿paso por tu casa esta noche?

No. Mil kilómetros no eran suficientes para manejar el sentimiento de privación y la ansiedad.

—Estoy fuera de Santiago, Erik. No vuelvo hasta el próximo domingo. —No quiso aclarar dónde estaba, prefería evitar el conflicto y no le apetecía dar explicaciones.

—...

El silencio al otro lado de la línea le dio mucho que pensar. ¿La echaba de menos? ¿No se lo esperaba? Había hecho bien en marcharse para enfriar las cosas. Los celos, el pececito que ya no estaba, el polvo con Philip y la noche inicial. Ya podía cubrirse de gloria. Menudo currículo.

—Vaya. Bueno... —Erik no sabía qué decir, intentó comenzar varias veces una frase sin lograrlo e Inés comprobó que su maleta era la única dando vueltas en la cinta.

—Tengo que irme. Nos vemos a la vuelta. Espero que haya ido todo bien en el congreso, ya me contarás. Un beso.

—Un beso, Inés.

Colgó la llamada y recogió la maleta, enfadada porque la tranquilidad ganada en el viaje se acababa de esfumar con cuatro frases intercambiadas con él. No podía dejar que la afectara tanto. Aunque fuera a golpe de pura voluntad, necesitaba olvidarse de todo y desconectar.

Sonrió ampliamente al ver a sus amigos esperándola al otro lado de la barandilla de acero en la zona de Llegadas y arrastró su pequeña maleta hacia a ellos. Se arrojó a los cuatro brazos que la esperaban, y logró dejar la llamada atrás.

Un viaje para pensar

Vaya palo.

Llevaba toda la semana preocupado por las consecuencias de haber puesto distancias con Inés tras el espectáculo de la borrachera, pero aquello no se lo esperaba. Se había marchado a Ranco, a ver a su familia. Lógico. Él habría hecho lo mismo. Pudieron hacer planes juntos, quizás ir a algún viaje, pero el congreso en Vancouver y su decisión de, en cierto modo, castigarla, habían hecho que las fechas se echaran encima sin nada organizado.

El enorme apartamento se le antojó frío y vacío. Estaba agotado por el viaje y la semana dura de trabajo y no le apetecía conducir hasta Farellones. Tenía que reconocer que una buena parte de él contaba con que Inés lo estuviera esperando y con ganas de estar con él.

Se dio una ducha y puso la televisión para no sentir la soledad del piso vacío, sin sus risas y su voz suave. Quizá debería salir a correr, pero el *smog* en Santiago, debido a la falta de lluvias, estaba en niveles alarmantes, era como respirar directamente de un tubo de escape. En vez de eso, fue al gimnasio a entrenar.

Solía encontrarse siempre con la misma gente, pero aquel día estaba solo. Domingo por la tarde de un puente largo, la ciudad se había vaciado. Todo el mundo estaba en la montaña o en el mar. Debió coger el coche y marcharse a la nieve. Ahora era tarde. Cuando escuchó el móvil sonar, en vez de cabrearse como siempre, se alegró. Así al menos hablaría con alguien para mitigar un poco el aburrimiento.

Frunció el ceño al ver que era Philip.

—*Bonsoir, chéri.* ¡Espero no haberte despertado! —saludó su amigo con entusiasmo. Erik no pudo evitar sonreír a su vez pese al ácido intercambio de la última vez que habían estado juntos.

—Estoy terminando una sesión de gimnasio.

—¡Cultivando esos músculos de acero, muy bien! Quiero hacerte una proposición indecente sobre la moto, espero que aceptes —dijo con voz pícaro. Erik cambió de lado el móvil y secó el sudor de su cuerpo con la toalla.

—Te escucho.

—Sabes que la moto la quiero para moverme en la playa, pero no me animo a conducirla hasta aquí yo solo, aún tengo que practicar. ¿Me la traerías tú?

—¿Cuántos kilómetros son? —La perspectiva de un viajecito en moto para despedirse de la máquina que tantos años había estado con él era más que atractiva, visto que estaba tirado en Santiago más solo que un calcetín desaparejado.

—Bueno... son casi novecientos kilómetros.

—Uf, Philip. Son muchos kilómetros.

—¡Pero no has escuchado la segunda parte de mi propuesta! Me la traes hasta aquí, te quedas unos días en Bahía Inglesa con nosotros disfrutando de la arena y el mar, y te pago el billete de avión de vuelta.

—No suena mal. —Erik sonrió. Unos días cerca del mar. En Santiago echaba de menos el agua que lo había acompañado durante toda su vida hasta llegar a Chile—. Olvídate del billete de avión, eso ya lo arreglaré yo, pero cuenta conmigo para pasar unos días.

—¿Cuándo te esperamos?

—Mañana por la noche o el martes a mediodía. Depende de la paliza de carretera, pararé a dormir o no.

—*Magnifique!* Te esperamos entonces, estamos en contacto. Estoy segurísimo de que te va a encantar estar aquí. ¡Hasta mañana! —Erik se echó a reír ante el entusiasmo del francés.

—Gracias, Philip. Hablamos mañana.

Ahora ya tenía algo en lo que enfocarse. Deshizo la maleta que trajo de Vancouver y se puso a llenar las alforjas de la moto con lo mínimo imprescindible para pasar unos días en la playa. Sonrió al comprobar en el parte meteorológico del teléfono que una ola de calor estaba por llegar.

Durmió como un tronco y se levantó con ganas de Inés, pero al recordar que no la vería hasta la semana siguiente moderó su

entusiasmo. Alargó la mano hacia el teléfono con toda la intención de llamarla... y se acobardó. Mejor no. Tenía que ser consecuente. Él mismo la había apartado y estaba seguro de que el periodo de reflexión les vendría bien a los dos. Aunque la falta de sexo comenzaba a pasarle factura. No estaba acostumbrado a pasar tanto tiempo sin siquiera masturbarse, pero un periodo monacal tras el mes de locos anterior era de agradecer.

Desayunó su bol de yogur, muëсли y miel, y se tomó un café doble. El zumo de naranja, como siempre, le recordó a Inés. Ya se había acostumbrado a tenerla siempre rondando en sus pensamientos, ya fuera porque la echaba de menos, porque tuviera ganas de sexo, o porque se comportara como un maldito grano en el culo.

El entusiasmo lo embargó a medida que se preparaba para el viaje. Pese al calor, se embutió en cuero de la cabeza a los pies, con las pesadas botas reforzadas con acero. Sabía que el color negro no era buen amigo del sol, se iba a cocinar, pero el otro traje no le gustaba tanto y este aportaba mayor seguridad. Cogió su casco, las llaves y sacó dinero en efectivo de la caja fuerte. Sonrió al ver el arcón donde guardaba los objetos de placer; tenían varios pendientes de estreno. Más valía que se concentrara en los kilómetros que tenía por delante y dejara de pensar en Inés.

Llenó el depósito de gasolina y compró un par de paquetes de caramelos en la estación de servicio a la salida de la ciudad. Le daba pena despedirse de la moto. Recordó con cierta nostalgia el viaje de casi un mes que había hecho tras contactar con Guarida en Noruega gracias a su jefe. Por aquella época, no sabía qué iba a ser de su vida. Sin trabajo. Sin pareja. En un agujero negro y sin visos de salir. Aquel viaje lo había ayudado a recuperarse a sí mismo. Salió de Tromso con un par de alforjas y llegó a Chile con más de quince mil kilómetros encima, casi diez kilos menos de peso y un futuro nuevo por descubrir. Puso a Prodigy en los cascos y aceleró por la calle casi vacía.

Los primeros cuatrocientos kilómetros hasta La Serena, donde paró a comer, se le fueron en un suspiro. Era temprano, la autopista no estaba muy transitada al ser un lunes, y no hacía demasiado calor, pero a partir de las tres de la tarde, circular fue un

infierno. Se detuvo en un área de servicio buscando sombra como un perro en verano y se deshizo de la cazadora de cuero y de las botas. Descalzo, se sentó en el asfalto y buscó por internet el hotel más cercano que fuese medianamente decente y que tuviese piscina. Tras navegar por un par de sitios, todos llenos debido a las fechas, se preguntó si tendría que buscar un motelucho de carretera. Sonrió al recordar algunas anécdotas, unas divertidas, otras más bien peligrosas, en sus muchos viajes en moto. Finalmente encontró algo que valía la pena. Tendría que conducir hasta Vallenar, pero al menos dormiría en una habitación decente y con aire acondicionado. Hacía un calor inusitado para ser mediados de septiembre.

El recepcionista le echó una mirada reprobadora al verlo entrar en el vestíbulo impoluto del hotel vestido de cuero negro de la cabeza a los pies, con las alforjas de la moto sobre el hombro y cubierto de polvo.

—Buenas tardes —saludó con suspicacia. Erik se echó a reír, no lo culpaba. El espejo de la recepción le devolvía la imagen de un delincuente callejero.

—Buenas tardes, acabo de reservar una habitación a través de Booking. —Extendió su Cédula Nacional de Identidad y aguardó a que el hombre tramitara el *check in*—. He aparcado mi moto cerca de la entrada, no sé si puedo dejarla ahí.

Señaló hacia afuera y el hombre se asomó con curiosidad.

—No hay problema. Aquí tiene la llave —dijo, y después le relató la información habitual sobre horarios y desayunos, que Erik escuchó a medias.

Empezaba a estar viejo para echarse tanta carretera encima, habían sido casi setecientos kilómetros de ruta.

La habitación era agradable y espaciosa. Se dio una ducha para quitarse la mugre de encima, sacudió la ropa y le pasó un agua, y se puso el bañador, una camiseta blanca y las hawaianas. La piscina que había en el exterior lo llamaba con el canto de una sirena.

Llamó a Philip, pero no contestó. Supuso que estaba en la playa. Le dejó un mensaje en el móvil.

«Llego mañana. Paso la noche en Vallenar. Cuando esté en Caldera te llamo para que me des la localización exacta».

¿Era posible echar tanto de menos a una persona? Inés había estado presente en todos y cada uno de sus pensamientos; la idea de recorrer la Carretera Austral en moto, planificar unas vacaciones, llevarla a conocer Noruega y presentársela a su familia. Y llevaba fantaseando con el reencuentro desde que había cogido el avión de vuelta en Vancouver. Saber que le restaba aún otra semana para verla lo tenía abatido. Con ansiedad.

Se dio un baño rápido en la piscina y volvió a la habitación. Demasiadas familias con niños gritones. Pidió algo de comer al servicio de habitaciones y se acostó temprano a dormir. Tenía la idea de salir de nuevo de ruta temprano.

A las ocho de la mañana, tras un desayuno succulento, volvió a la carretera. La moto comía kilómetros suavemente, recorriendo la columna vertebral de Chile: la Ruta 5 norte. El cambio del paisaje era notable: seco y rocoso, con un aspecto lunar. Repostó de nuevo en Copiapó y tomó el desvío hacia la costa. Cuatro horas después de salir del hotel, esperaba a Philip en la pequeña plaza de Caldera tomando una cerveza, frente a la iglesia de San Vicente de Paul. Era un pueblo feo con ganas, pero las playas eran espectaculares.

—*Bienvenue, mon ami!* —Philip lo abrazó con calidez pese a su ácida discusión de la última vez que se vieron—. Veo que mi pequeña está en perfecto estado de revista.

Erik palmeó el asiento de cuero y asintió. No podía evitar cierta pena al deshacerse de su vieja compañera.

—Solo hay que quitarle un poco el polvo, pero no te va a dar ni un solo problema. Le he hecho una puesta a punto y viene con el depósito casi lleno. Cuando le hagas la matriculación chilena, ¿puedes devolverme las placas?

—Claro, *chéri*. ¿Terminaste la cerveza? Empieza a hacer mucho calor, vamos a casa.

Erik abandonó el resto de cerveza, ya caliente, y siguió a su amigo hasta un Suzuki Vitara hecho polvo. Faltando a una regla para él inamovible, hizo el recorrido hasta la casa sin casco. El paisaje de las playas de arena blanca, los roquedales y las aguas revueltas del Pacífico merecían una visión sin filtros.

—Vamos, Erik. Hay alguien que te está esperando —dijo su anfitrión al llegar a la casa, una construcción moderna, no muy grande, enclavada en una pequeña ladera que desembocaba directamente en una calita rodeada de rocas. Cerca, pero no lo suficiente como para que invadiera la privacidad, había un par de casas de arquitectura similar.

Cuando entró en la casa, el corazón le dio un vuelco y se llevó la mano al pecho.

Inés estaba allí.

Arena y sol

La primavera en la Región de Atacama se acercaba con aires de verano. Hacía calor, y desde que había llegado, Inés solo tenía una cosa en mente: bañarse en el mar. Había pasado medio año desde la última vez, en la boda de Alma y Dan. Su ánimo volvió a ensombrecerse durante algunos segundos al acordarse de ellos, ¿qué tal les estaba yendo en realidad? El recuerdo de Dan retozando con aquella enfermera volvía a su cabeza una y otra vez. Se estaba transformando en un gilipollas arrogante; no reconocía a su amigo, y lo que era peor, engañaba a Alma.

Sacudió la cabeza con energía para alejar esos pensamientos. Ahora estaba de vacaciones, necesitaba sentir el sol sobre la piel y nadar en el agua salada.

Y se estaba contagiando del ambiente de total libertad que reinaba en aquella casa. Con una sonrisa, se puso la parte de abajo del bikini, se calzó las hawaianas y se ató el pelo en una coleta. Nada más. Lo mínimo posible que la separase de los rayos de sol y del mar.

Bajó las escaleras hasta la cocina, donde Álex se afanaba cocinando algo que olía deliciosamente bien. Al verla, esbozó una sonrisa.

—¿A dónde vas, sirenita?

—Bajo a la playa —dijo Inés, y le dio un beso en la mejilla—.

¿Y Philip?

—Ha ido al pueblo un momento, pero... ¡mira! Acaba de llegar.

Inés se volvió hacia la puerta y quien apareció fue Erik.

Erik.

Todo su cuerpo se envaró, sumido en un estado de alerta. Vestido de cuero negro de la cabeza a los pies, algo polvoriento, el casco en una mano y su gesto más personal de abrir y cerrar el puño en la otra. Jadeó.

Hacía, ¿cuánto? ¿Solo diez días que no se veían? Quiso arreglarle el pelo desordenado con los dedos, pero se contuvo. Él se llevó la mano al pecho y esbozó una sonrisa tenue.

—Hola, Inés.

No se movió. Ella tampoco. Por un momento, el aire pareció vibrar entre ellos y se le vino encima lo mucho que lo había echado de menos. La yema de sus dedos ardía por la necesidad de tocarlo. Su boca se entreabrió por la urgencia de sentir sus besos. La mirada de Erik se tornó hambrienta y se desplazó hacia sus pechos desnudos. No se cubrió, pero una fuerza invisible la contenía para no arrojarse en sus brazos. Philip entró, rompiendo el momento.

—*Bonjour, princesse!* —Se detuvo, sorprendido, al verla medio desnuda—. Erik viene también a pasar unos días. Espero que no te importe.

—¡Claro que no me importa! —dijo, alegre. Se acercó a Erik, apoyó la mano en la chaqueta de cuero, sobre el hombro, y le dio un beso en los labios, suave como una promesa—. Estoy en la playa —susurró junto a su oído.

Fuera de la casa, la brisa tibia acarició su piel desnuda. El paisaje era maravilloso. Las pequeñas calas encerraban diminutos espacios de arena protegidos por roca oscura y escarpada. Extendió la toalla en la arena y, tras dudarlo un segundo, se quitó la parte de abajo del bikini. Después se soltó el pelo. El sol picaba sobre la piel bajo el frescor de la mañana y acariciaba sus muslos.

¿Qué iba a contarle a Erik?

Hundió las manos en la arena caliente hasta tocar la húmeda y fría. Una cosa tenía clara: nada sobre el embarazo. Era una promesa hecha a sí misma que no pensaba romper. Nada sobre el *hatefuck* con Philip, al menos por el momento. Hasta enterarse de cómo se había portado en Vancouver.

Estaban distanciados, esa era la realidad. Desde que había vuelto de Noruega, todo fue follar, y follar, y follar... No. No estaba siendo justa. Habían compartido muchas otras cosas, pero sentía a Erik lejano. Y ella no terminaba de superar el tema del desliz con

Peta, quedaba más que claro que no lograba deshacerse de los celos, y algo se había quebrado en su interior al perder el bebé.

Y, aun así, lo añoraba tanto que le dolía el cuerpo.

Cerró los ojos y respiró hondo mientras jugueteaba con los dedos en la arena. Separó un poco las rodillas y se acomodó en la toalla. Los rayos del sol incidieron sobre la entrada de su sexo y sus pezones se erizaron con la caricia espectral. Su piel gritaba la necesidad de contacto.

Una sombra se cernió sobre ella y abrió los ojos, sorprendida y molesta por la interrupción de su idilio con el sol. Era Erik. Se le hizo la boca agua. No quedaba rastro del cuero. Ahora lucía un sencillo bañador negro, y tragó saliva con la visión de sus abdominales y el acero atravesando su carne. Aún le sorprendía leer su nombre tatuado en su pecho. Tenía una botella de agua fría y le dio un largo trago. Quiso ser las gotas que escaparon de sus labios, y que retiró con el dorso de la mano.

—¿Quieres agua?

Inés asintió. Necesitaba sofocar las llamas. Se incorporó para cogerla, pero la dejó a un lado sobre la toalla.

—Hola, Erik. ¿Cómo es que estás aquí?

El tono era de curiosidad, no de acusación. Erik se echó a reír y se sentó junto a ella. Reprimió las ganas de tocar la marca entre la piel dorada por el sol y la que no se había expuesto. Recordó la vez que había extendido protector solar sobre aquellos brazos y hombros. La compulsión se transformó en congoja.

—¿Te acuerdas de que le vendí a Philip la moto? Quiere tenerla aquí, en la playa, pero no se atrevía a llevarla en un viaje tan largo —dijo, con simpleza. Vaya. No era por ella—. Yo se la he traído y, a cambio, voy a pasar unos días aquí. Me hace falta. Llevo unas semanas muy duras, Inés.

—Te he echado de menos —susurró ella.

Erik la miró sin sonreír y paseó los ojos sobre el mar. El azul sereno casaba a la perfección con el del mar, pero su ceño estaba fruncido.

—No has dado señales de vida mientras estaba en Vancouver. Ni un solo día. ¿Por qué?

Inés tardó un poco en contestar. Erik cogió un puñado de arena y la soltó, muy despacio, sobre el empeine de uno de sus pies.

—Bueno... supuse que estabas muy ocupado.

Mierda. No fue capaz de ocultar el retintín revestido de sorna en su voz. Él no pareció darse cuenta, seguía concentrado en cubrir su pie de arena, extendiéndola con una delicada caricia.

—Sí, ha sido una locura. No he parado ni un solo minuto, ni siquiera para conocer la ciudad. Pero estoy contento, mi ponencia ganó un premio y he podido ver a algunos colegas de Noruega.

Cuando se acababa la arena, cogía otro puñado y repetía la operación. Eran sus manos lo que anhelaba, y aquel contacto indirecto le pareció una burla cruel. Comenzó a dibujar con ella la línea de sus pantorrillas. Primero una, luego la otra. La dicotomía entre cuerpo y mente se hizo insoportable.

—¿Solo trabajo entonces? —La voz le tembló. Él asintió, mirándola a los ojos con extrañeza—. ¿Seguro? ¿Nada de actividades extracurriculares? —insistió.

Su mirada se endureció de repente. Por fin caía en la cuenta. ¡Lento!

—No, Inés. No me he acostado con ninguna mujer mientras estaba en el congreso. ¿Estás contenta ahora?

No dijo nada para no dejar traslucir el enorme alivio que le generó aquella sencilla declaración. Se odió un poco más por ello, pero no podía evitarlo.

—Pues sí —murmuró. Él negó con la cabeza, resignado, y siguió trazando líneas con la arena, ahora en sus muslos. Inés empezó a respirar de manera errática.

—¿Y tú? ¿Qué tal esta semana?

Se echó a reír de un modo casi histérico. Casi nada. Un embarazo. Un aborto. El inicio de su rotación en hemodinámica, donde era considerada como parte del mobiliario, y el *hatefuck* con Philip. Percibía el aroma de su piel caliente muy cerca; su olor personal, masculino, sutil y a la vez penetrante. Frotó sus muslos, inquieta. Optó por terreno seguro.

—He empezado con hemodinámica. Me gustan los procedimientos, pero no me gustan los adultos —confesó.

Erik levantó las cejas, interrogante. Ahora, en vez de arena, colocaba sobre su pierna una larga fila de conchas diminutas. Inés se quedó inmóvil, no quería destrozar su pequeña obra de arte. Fascinada, y excitada, contempló cómo la hilera ascendía hacia su rodilla.

—Tienen poca conciencia de enfermedad, son irresponsables y mienten más que hablan —soltó Erik a bocajarro—. Por eso soy cirujano. Me gustan los pacientes, pero cuando ya están anestesiados.

Los dos se echaron a reír con ganas e Inés asintió. Por fin la conversación volvía a la zona de confort.

—Es cierto. Por eso me gusta a mí tanto trabajar con niños. Al menos sus padres se preocupan por ellos.

—En la mayoría de los casos —puntualizó Erik.

—En la mayoría de los casos —repitió ella.

De nuevo se levantó entre ellos un silencio expectante. No incómodo, pero plagado de dudas. Erik colocaba conchitas y piedrecitas sobre su muslo estirado con precisión de cirujano y cada roce en su piel se reproducía con exactitud en el centro de su sexo. Cuando llegó al hueso de la cadera tuvo que recostarse en la toalla. Excitada. Necesitada. Ávida de su contacto.

—¿Qué tal la fiesta del viernes? —Erik dejó la frase en el aire. Inés no se movió. No contestó. Retuvo el aire en los pulmones—. Antes de que te plantees mentirme otra vez, ya sé que te has acostado con Philip.

—¿Qué? —Parpadeó, confusa, y se incorporó un poco. La mirada de Erik mezclaba condescendencia y cierta diversión—. ¿Cómo lo sabes? ¡Y yo no te he mentido! —protestó, sorprendida por el giro que tomaba la conversación.

Él se echó a reír, y siguió concentrado en su tarea de recolocar las conchas que cayeron con el movimiento.

—Lo sé, porque conozco perfectamente lo que siente un hombre que ha follado contigo.

De pronto, Erik se inclinó sobre ella, amenazador. Volvió a coger arena en la mano y la dejó caer sobre uno de sus pezones desnudos, tan lento que era una tortura. La fina línea dejaba un trazo ardiente sobre su piel. Después, entre sus pechos y hacia el

abdomen. Inés sentía la humedad entre sus piernas, el corazón latía, acelerado. Se mordió los labios y se llevó la botella de agua fría a la boca, por hacer algo, en un intento de disipar la tensión. Un reguero de agua escapó de la comisura y Erik se inclinó y la atrapó con su lengua. El latigazo de placer que provocó su contacto arrancó un gemido ronco de la garganta de Inés.

Ese sonido precipitó las cosas.

Erik estalló su boca en la de Inés. Ella se aferró a su nuca y a sus hombros y tiró de él para sentirlo más cerca. La sensación de compulsión era brutal, y hundió con fuerza la punta de los dedos en sus músculos ondulantes. Erik se acomodó entre sus muslos, y recorrió con la boca abierta, húmeda, insaciable, el cuello y las clavículas de Inés. Después los pechos.

—*Liten jente*, ¿dónde estabas?

Un deje de irritación se apoderó de ella.

—¿Dónde estabas tú? —jadeó, en una acusación.

Estrechó a Erik contra su cuerpo y llevó las manos bajo la tela de su bañador. Agarró sus glúteos con fuerza, y buscó entre ellos sin ninguna delicadeza. Erik gruñó.

—No tengo condones.

—Da igual —murmuró Inés—. Me he puesto un DIU. —Por un momento, Erik se detuvo, sorprendido—. Ya te contaré, pero ahora...

Erik se bajó el bañador, liberando su erección, y con un hambre que parecía infinita, se enterró en ella con fiereza. Inés soltó un grito de alivio y dolor.

Una semana. Un siglo. Un milenio.

La arena se pegaba a sus cuerpos sudorosos, las conchas se clavaban en su piel, pero le daba igual. Solo existía Erik. La manera en que se dejaba caer justo encima de su clítoris la volvía loca. La boca exigente y lasciva la hacía perder el control. Conocía su cuerpo mejor que ella, leía su mente y llegaba a su alma a través del sexo como nunca nadie había llegado. Las emociones azotaban su cuerpo con la misma intensidad que lo hacía la lujuria desatada por él.

Soltó su trasero y llevó las manos por encima de su cabeza, retorciéndose y perdida en un mar de placer. Erik inmovilizó sus

brazos en una presa férrea e intensificó sus embestidas en una carrera violenta y furiosa.

—Ah, *kjaereste!* —dijo él en una súplica, cuando se vació, indefenso y entre espasmos, en su interior.

Inés soltó un grito al dejarse caer en el clímax. Lánguida, agotada, siguió cubriendo el rostro de Erik con pequeños besos. Adoraba sentir su peso sobre ella. Adoraba lo vulnerable y entregado que lo percibía en esos minutos en que recuperaba el resuello y componía de nuevo sus defensas. En esos momentos era enteramente suyo. ¿Por qué sentía que no era más que una ilusión?

—Bonita imagen.

La voz de Philip la sobresaltó, pero no le prestó mayor atención. Estaba demasiado feliz. El gruñido fastidiado de Erik la hizo reír.

—Vete de aquí, Philip.

—*Chéri*, esta es mi casa. Y mi playa. —La voz afectada del francés encerraba cierta irritación divertida—. Además, la visión de tu magnífico culo entre los muslos de Inés no es algo que pueda ignorarse con facilidad.

Inés soltó una carcajada. Era un gamberro irreverente. Erik se incorporó, fastidiado y se subió el bañador. Philip le dio una palmada en el culo.

—Magnifique!

Erik se la devolvió, riendo, y corrió para tirarse de cabeza al agua. Eran como niños.

Ella se quedó tendida sobre la toalla, exangüe, drenada, como siempre que tenía sexo con Erik. Tenía el pelo desordenado y todo el cuerpo lleno de arena. Ahora que había pasado el calor del momento, no era tan agradable. Se puso de pie y se sacudió como pudo, entre risas. Philip se acercó hasta ella y retiró la melena de su rostro.

—¿Has disfrutado, *princesse*? ¿Ha sido Erik bueno contigo?

Inés se encogió de hombros y miró hacia su vikingo, que se alejaba nadando de la playa.

—Siempre lo es. Oye. —Se detuvo y miró a su amigo con seriedad—. ¿Lo has hecho venir a propósito? ¿Por mí?

—No tengo ni idea de qué me estás hablando, *chérie*. Ve. Ve con él. Te está esperando.

Erik flotaba en el agua sin moverse, e hizo un gesto de invitación.

Por supuesto que lo había hecho a propósito, y en cierto modo, estaba agradecida. Aunque Philip no daba puntada sin hilo, eso también lo sabía muy bien. ¿Qué estaría maquinando?

Caminó hasta que el agua llegó a sus caderas y se lavó entre los muslos, con cierta timidez. Se zambulló, agradeciendo que la corriente del Pacífico la arrastrara mar adentro, y se llevase la arena y el torbellino de emociones. Cuando emergió, estaba ya junto a Erik, limpia y más tranquila.

—Hay que tener cuidado con la corriente —advirtió.

Asintió. Su cuerpo ya estaba aplacado, y la dicotomía entre él y su mente desapareció para dar paso a una frialdad que no pudo evitar.

Erik frunció el ceño. Parecía querer borrar esa distancia que no sabía bien a qué obedecía. Se acercó más a ella y la acogió en sus brazos.

—*Liten jente*, ¿te pasa algo? Te noto rara. Dijimos que dejaríamos todas las chorradas atrás, que iríamos de frente siempre. —Habían retrocedido a aquellos días en los que jugaban al gato y al ratón, y no lo iba a permitir.

La ciñó con fuerza contra su cuerpo y ella soltó un suspiro. Al menos respondió a su abrazo encerrándolo entre sus muslos.

—No pasa nada. Es solo que he tenido una semana complicada. —Rehuyó su mirada, y él tuvo que alzar su mentón con los dedos para recuperar el contacto visual. Sus ojos grises seguían opacos. Y tristes—. Y a ti, ¿qué te pasa con Philip?

—No sabes las ganas que tenía de verte, Inés. Saber que no estabas en Santiago fue un palo. Pero supuse que estabas en Ranco, con tu familia. No supe que ibas a estar aquí hasta que te vi —explicó él. ¿Cómo transmitirle lo que sentía?—. Tengo la sensación de que Philip me está manipulando, y eso no me gusta.

—Nos está manipulando a los dos, Erik. A mí tampoco me dijo que ibas a venir. —Se inclinó sobre su boca y lo besó. Saboreó la sal en sus labios con deleite, pero cuando intentó profundizar el

beso, Inés se apartó—. Da igual. Estoy feliz de que estés aquí. Vamos a pasarlo bien, yo también necesito estos días de vacaciones.

—De acuerdo.

—No quiero que pelees con Philip.

Erik titubeó, y terminó por asentir

—Lo intentaré.

—¿Vamos? Me estoy congelando. Y tengo hambre.

Estaba feliz, pero una brecha permanecía abierta entre ellos y no lograba entender el porqué.

Álex era un cocinero maravilloso y tenía un sentido estético que a la hora de sentarse a la mesa era un verdadero placer. Inés sonrió al ver que cada puesto tenía un salvamanteles de bambú, un bajo plato de cristal azul y porcelana con motivos provenzales. Las copas también eran azules, y el amarillo de las servilletas, encerradas en servilleteros de peltre brillante, le daba un aspecto veraniego y festivo.

Los cuatro se sentaron y comenzaron a comer con apetito. Las empanaditas de camarones con queso, de locos; el pan con mantequilla y las pequeñas sopaipillas con pebre estaban para chuparse los dedos. Inés tragó con fruición.

—Álex, me encanta. ¡Y es muy chileno!

—Después tenemos empanadas de pino hechas al horno.

—¡Genial! Una manera perfecta de celebrar el Dieciocho— exclamó Inés.

Erik no hablaba, comía a dos carrillos y bebía de una copa que nunca estaba vacía gracias a las atenciones de Philip. Al terminar, se palmeó el abdomen con una sonrisa de satisfacción en el rostro y se dirigió a Inés.

—¿Me acompañas a dormir la siesta?

Ella le regaló una maravillosa sonrisa. No se dio cuenta, pero Philip se detuvo en el momento de decir algo, y a Erik no se le escapó la cara de fastidio. Le dedicó sus cejas alzadas antes de

cogerla de la mano para conducirla a la habitación que sus anfitriones le habían asignado.

Erik se tendió en la cama, apreciando la suavidad del algodón y la comodidad de los almohadones. Inés bajó las persianas, dejando un pequeño hueco por donde se colaba la luz intensa de la tarde. Después se quitó el vestido blanco que parecía flotar en torno a su cuerpo. Erik sonrió. Ya se había dado cuenta de que debajo de la prenda, estaba desnuda.

—Ven aquí —susurró, y palmeó el espacio a su lado.

Ella atravesó la habitación, acomodando el pelo sobre sus hombros, con una ligera sonrisa. Algo había cambiado en ella. Se mostraba sin timidez, caminaba con una seguridad y una sensualidad aún mayor a la que siempre había tenido. Parecía más cómoda con su cuerpo y con él. Tomaba la iniciativa con menos titubeos y disfrutaba más. Sin embargo, un velo de duda flotaba entre ellos. Una frialdad que intuía, pero que no alcanzaba a definir.

—Voy a darme una ducha, estoy llena de sal. ¿Vienes?

No lo dudó ni un segundo. Apartó de una patada las sábanas y la acompañó hasta el cuarto de baño. Se desplazaban en una coreografía perfecta, sin que los movimientos de uno molestasen al otro. El vapor los envolvía en una bruma tenue, e Inés se metió bajo la cascada de agua caliente.

Erik observó sus movimientos pausados, su cuerpo ondulando con placer, la sonrisa tenue en sus labios. Lo normal sería que charlara y le sonsacara cosas del viaje, no ese silencio introspectivo. Abrió la mampara de cristal y entró junto a ella. Con esfuerzo, tanteó lo que creía que la preocupaba.

—Inés, lo digo en serio. Me da igual que hayas follado con Philip. —Ella se dio la vuelta, sorprendida. Retiró de su rostro el agua que lo cubría con las manos y él se las sostuvo—. Ya te lo he dicho, me da igual con quien te acuestes, mientras sigas estando conmigo.

—Ya lo sé, Erik —murmuró ella.

—Solo quiero preguntarte una cosa. ¿Lo hiciste por...? —Se detuvo. Por un momento, le pareció tan infantil la idea, que quiso desecharla—. ¿Por venganza por lo que pasó con Peta?

—No. Lo hice porque me sentía sola. Y porque me apetecía. —Alzó un poco la barbilla, desafiante—. Pero no te preocupes, no creo que vuelva a pasar.

—¿Y eso? —preguntó, intrigado. Y, aunque no quisiera reconocerlo, aliviado.

—Porque después de hacerlo me sentí fatal. No por ti —se apresuró a aclarar—. Creo que es porque necesito algo más que atracción para que el sexo funcione. Una conexión emocional, conocer algo de la otra persona.

—Si alguien te toca de la manera adecuada en los puntos correctos, te excitarás. No tiene mucha ciencia, Inés.

Ella negó con energía.

—No. No es así para mí. Creo que esa es la razón por la que no he participado de manera tan activa en las fiestas. —Se aferró a su cuello y acercó su cuerpo, poniéndose de puntillas. Por un momento se olvidó de la importancia de la conversación para disfrutar de la suavidad de los pechos contra su torso—. Necesito saber qué hay detrás del cuerpo de una persona, de unas manos que me tocan, de unos labios que me besan. Me lo paso bien, ¡claro que sí! Pero no es lo mismo que contigo.

—Me alegra saberlo.

Acarició sus labios con el pulgar y la besó. Con calma, con dulzura, con la certeza de saber que nada sería igual después de Inés. Se abrazaron bajo la lluvia de agua caliente, confortándose. Recorrió su columna vertebral, abarcó su trasero con las palmas, se dejó acunar por sus brazos y notó la necesidad acuciante de tantos días sin ella. La obligó retroceder hasta la pared de azulejos, cubiertos de gotas de condensación y apoyó las manos, encerrándola entre sus brazos.

—Nada es lo mismo —dijo sobre sus labios entreabiertos. La placó contra la pared, y ella enroscó las piernas en torno a su cintura, envolviendo su pene entre los pliegues cálidos de su sexo.

No la penetró. Se dedicó con devoción a su boca hasta arrancar de ella gemidos, descendió por el cuello y enterró el rostro

entre sus pechos. Nada sería igual, pero ambos insistían en poner barreras en forma de dudas. ¿De qué coño tenía miedo Inés? ¿Qué era lo que temía él? No lo sabía. Y, en aquel momento, no quería saberlo.

—Erik.

La voz enronquecida, la mirada ardiente, su mano dirigiendo la erección al interior de su cuerpo eran una orden incuestionable. Se enterró en ella paladeando cada centímetro, prieto y húmedo, de su sexo. Hasta el fondo. Se recostó sobre ella, que lo aferraba con desesperación, para controlarse y permitir que se amoldara a su envergadura. Después se retiró hasta casi abandonar su guarida, y volvió a embestir. Su grito ahogado de lujuria espoleó el deseo. Aumentó la cadencia, de pie, contra la pared, mientras el agua caliente caía sobre ellos. El ambiente del pequeño baño era asfixiante, los jadeos de Inés lo estaban volviendo loco, y el abrazo firme de su coño hizo que perdiera el control.

—*Kjaereste!* —susurró, desfalleciente, mientras las contracciones de su orgasmo lo arrastraban al clímax también. Con ella en brazos, se dio la vuelta y se dejó caer hasta el suelo. Inés se refugió en su pecho, y esa ansia absurda de querer protegerla, de construir un mundo mejor para ella, lo desbordó.

—Quiero un hogar contigo —barbotó. Su rostro enrojeció aún más que con el calor del agua y del sexo. Ella rebajó la seriedad de la declaración con una sonrisa divertida.

—Eso es el chute de oxitocina. Te lo perdono.

—Lo digo en serio, Inés. Pero hay cosas que tienen que cambiar.

La mirada límpida de sus ojos grises le atravesó el alma. Una mezcla de entrega y profunda tristeza que no pudo descifrar.

—Lo sé. Necesitamos un poco de tiempo. Te quiero, Erik.

En momentos como aquel, todas las dudas se desvanecían. Tenía la certeza de que podría estar junto a ella toda la vida. Tal vez fuera solo eso. Cuestión de tiempo.

La envolvió en un albornoz para llevarla a la cama. Ahora que habían caído las barreras, no permitiría que las levantase más.

Inés despertó descansada, con una inusitada sensación de bienestar. La brisa que entraba por la ventana era ya algo más

fresca, y se pegó al cuerpo cálido de Erik. Estaba de espaldas a ella, y comenzó a besar una a una las pequeñas pecas sobre sus hombros. Cuando llegó al tatuaje, dibujó el contorno de las figuras con los dedos.

—Uhm...—protestó él al despertar.

—Me fascina tu espalda.

—A mí me fascinan tus tetas apretadas contra mi espalda —murmuró él, con la voz aún atenazada con el sueño.

Se dio la vuelta y esbozó una sonrisa perezosa. A Inés se le derritió el corazón. Después de todo lo ocurrido en aquellas semanas, Erik seguía situado en el centro de sus pensamientos. Recorrió sus labios con la punta de los dedos, valorando si provocarlo para volver a hacer el amor, pero parecía tan sereno, tan tranquilo, que decidió simplemente disfrutar del roce de sus pieles desnudas y la sensualidad de su aroma masculino. Se acariciaron con pereza bajo las sábanas, en silencio.

—¡Aló! —Los despejó de pronto la voz de Álex—. Chiquillos, son las ocho de la tarde. Si quieren ir a disfrutar un poco del Dieciocho, hay que moverse ya.

Inés arrugó la nariz, y Erik parecía sentir lo mismo al respecto, porque dijo con tono seco.

—Yo prefiero quedarme. No me gustan las fondas.

Álex alzó las cejas, interrogante, y ella se acurrucó bajo el brazo de Erik.

—Nosotros nos quedamos. Pasadlo bien.

Durmieron unas cuatro horas. Inés se despertó envuelta en un bienestar que no sentía desde hacía semanas. Desde que Erik se había marchado.

—¿Qué hacemos? ¿Comemos algo? Estoy despejado del todo —dijo Erik riendo. Se levantó y abrió la persiana.

—¿Vemos una película? —aventuró Inés.

—No. Tengo aún las llaves de la moto. Vístete. Se me ha ocurrido una idea.

Inca de Oro

Inés se bajó de la moto, aterida de frío. Llevaban más de una hora de camino. Al principio, la adrenalina por la velocidad y el camino de curvas adentrándose en el valle habían resultado estimulantes, después se había aferrado a la espalda envuelta en cuero de Erik para escapar del viento gélido que azotaba sus piernas desnudas. Cuando vio las luces de la gasolinera a lo lejos, fue como ver una tabla de salvación. Golpeó con impaciencia el hombro de Erik y señaló la estación de servicio. No supo si él había entendido hasta que comenzó a bajar la velocidad.

—Necesito un café y algo caliente, ¡estoy congelada! —dijo mientras se frotaba las manos y daba saltitos sobre las Converse, el calzado más abrigado que tenía en la playa. El vestido de tela vaquera tampoco era muy adecuado, pero no había traído ni unos míseros pantalones. Erik la abrazó.

—Sí, tienes razón. Hace más frío del que esperaba.

El dependiente parpadeó, soñoliento, y se apresuró a servirles los cafés y las napolitanas de chocolate que pidieron.

Se sentaron en una mesa al lado del radiador. Inés se cubrió las piernas con su cazadora para entrar en calor.

—¿Cuánto falta para llegar? No es que no quiera ir —dijo, disculpándose—, pero hace bastante frío.

Erik miró el mapa en su móvil mientras sorbía el café caliente.

—No falta mucho, pero no tenemos por qué llegar hasta el observatorio. Cuando encontremos un sitio que nos guste, paramos. —Inés soltó un suspiro de alivio—. Es la gracia de la moto.

—¿Cómo es que le vendes la moto a Philip?

Erik dio vueltas a las llaves entre sus dedos con pericia y compuso un gesto pensativo.

—Me he comprado otra más cómoda para viajar, y aunque le tengo mucho cariño a esta, no tiene sentido tener dos motos.

—¡Muy bien, Dr. Thoresen! Me gusta tu nuevo yo, menos despilfarrador y más concienciado.

Erik emitió unos gruñidos de protesta, pero Inés se recostó de nuevo en su pecho con una sonrisa satisfecha. Había cambiado mucho en ese sentido. Verlo preocupado por las cuentas de la Fundación y ajustar al milímetro el dinero para poder abarcar más niños en espera de las cirugías la hacía amarlo todavía más.

Pasaron unos largos minutos así, abrazados y recostados en las sillas. Inés ya dormitaba cuando él soltó un sonoro bostezo.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. ¿O prefieres que volvamos a la casa?

Inés no contestó. Se levantaron y se despidieron del dependiente, que dormía a pierna suelta. Al salir y ver el cielo plagado de estrellas, negó con la cabeza.

—No. Vamos a buscar un sitio donde ver las estrellas. Es maravilloso.

Erik condujo unas decenas más de kilómetros. Llegaron a una zona donde la carretera perfilaba un precipicio y se detuvo en un mirador. Un valle desértico, de aspecto casi lunar, se extendía ante ellos. Inés se bajó de la moto, olvidando el frío, y contempló el paisaje, sobrecogida por su belleza. El cielo, de un púrpura oscuro, estaba tachonado por un millar de estrellas. La vía láctea se dibujaba con claridad como si de un manto brillante se tratara.

—Ven aquí —dijo Erik, estirando un brazo hacia ella. La cogió de la mano y la atrajo hacia sí—. Sube. Delante de mí.

Inés se encaramó de nuevo en la moto. Con su ayuda, consiguió moverse hasta quedar a horcajadas frente a él.

—No me sueltes. Si me sueltas, ¡me caigo! —rio ella, abrazándolo con brazos y piernas.

—No pienso dejarte caer. Nunca.

Se preguntó si se refería a algo más que a estrellarse contra el suelo. Lo cierto era que con Erik se sentía segura. Reafirmaba sus pasos sin invadirla. La acompañaba sin cuestionarla. A veces sentía que él la amaba incluso más de lo que ella lo amaba a él, pese a que jamás lo verbalizara. Abrió la cremallera de su chaqueta y se refugió en su pecho. Erik la envolvió con la prenda y una calidez inusitada la confortó. Escuchaba el latir pausado de su

corazón y la entrada de aire en sus pulmones. La vida que los sostenía. La fuerza de sus músculos al abrazarla.

—Ay, Erik —susurró, de pronto abrumada por el sentimiento de pertenencia. Y pensar que habría sido el padre de su bebé... desechó aquel pensamiento intruso para concentrarse en su calor.

Ascendió con besos tiernos desde la línea entre sus pectorales, y disfrutó del cambio de textura cuando pasó del algodón de la camiseta a la piel. Frotó los labios contra su cuello y notó en ellos el retumbar profundo de su voz al murmurar algo en noruego que sonaba a placer. Él inclinó la cabeza y sus miradas se engarzaron en un abrazo íntimo. Sus bocas se fundieron en un beso lento y entregado. El deseo burbujeaba desde el centro de su sexo y aumentó la exigencia del contacto aferrándose a su nuca. Erik jadeó. Subió su camiseta todo lo que pudo por su torso y hundió la boca en su pecho. Con avidez, buscó los pezones perforados y los lamió.

—Quiero hacerte el amor. Ahora —gimió Inés.

Él asintió. Siempre generoso. Siempre entregado. Cerró los ojos con fuerza, sintiendo las lágrimas agolparse tras sus párpados. El amor que sentía por él la azotaba sin piedad, y buscó con torpeza los botones de sus vaqueros. Abrió la bragueta y acarició con la palma la erección que rugía bajo el bóxer.

—Dame un segundo —susurró Erik.

Aseguró la moto entre sus muslos y puso la pata de cabra. Inés empujó la pesada cazadora de cuero por sus hombros y se la quitó. Erik buscó piel desnuda por el escote de su vestido.

—No me quites la chaqueta —susurró Inés—. Tengo frío.

Se besaron con fruición, con hambre, insaciables. Erik levantó su vestido por encima de sus muslos y buscó su sexo. Incómodos, febriles, acariciándose en equilibrio precario sobre la moto. Inés encontró los tocones de los reposapiés y consiguió elevarse por encima de Erik para que la penetrara. Cuando se dejó caer en su erección, él soltó un gruñido. Se mecieron con urgencia, enroscados el uno en el otro. Mientras el vaivén los llevaba más y más allá en las cotas del placer, Inés desvió la vista por un momento hacia el paisaje que los rodeaba. No había ni un alma. Sobre los cerros, la oscuridad de la noche se rompía con el fulgor aún

vacilante del amanecer. Solo se escuchaban los jadeos entrecortados y sus nombres en susurros. Él estaba muy cerca, podía sentirlo. Había acelerado el ritmo de los círculos de su pelvis y sus manos se clavaban en su cuerpo sin piedad.

—Erik —llamó, obligándolo a elevar el rostro hacia ella. Él alzó sus ojos azules, fieros, entregados, mientras se liberaba en su interior. El toque de su mirada la empujó a ella a correrse y lo atenazó entre sus piernas mientras su sexo convulsionaba de manera irremediable.

Hacía frío, pero estaban ardiendo en llamas.

Se tomaron unos minutos para aplacar el fuego de sus cuerpos. Erik hundió su boca entre su pelo y soltó un suspiro de satisfacción.

—Por fin, *liten jente*. Por fin estás aquí conmigo.

Inés se refugió entre sus brazos, no quería moverse de ahí jamás.

—Buenos días, *princesse* —saludó Philip cuando entró a la cocina—. ¿Dónde os metisteis anoche, picarones?

Se acercó hasta él y lo abrazó. Philip la sujetó de la cintura.

—Buenos días. Erik quería despedirse de su moto. Fuimos a dar una vuelta hacia el observatorio astronómico Inca de Oro. Estuvo bien, el paisaje es precioso. —Inés sonrió al recordar la vuelta, relajada y satisfecha, amparada por la amplia espalda masculina, disfrutando del amanecer mientras volvían a Bahía Inglesa—. Vale la pena ir a verlo.

—¡Pero esa era la excursión para hoy! ¿Y ahora dónde vamos? —dijo él, con cierto tono de fastidio.

Inés lo miró, suspicaz. ¿Qué le pasaba a Philip?

—Pues volvemos a ir, no veo el problema.

Soltó una carcajada ante el gruñido del francés.

—Philip, ¿por qué estás tan gruñón?

—Me tienes totalmente abandonado. Desde que ha llegado el vikingo, no me haces ni caso.

El mohín de ofensa fingida la hizo reír aún más fuerte, pero no la ablandó en lo más mínimo.

—Tú tienes la culpa. ¿Por qué no me dijiste que Erik iba a venir? —Él se dio la vuelta y siguió preparando el desayuno, pero ella agarró su brazo y lo obligó a enfrentarla—. ¿Y por qué no le dijiste que yo estaba aquí?

—Quería que fuera una sorpresa, sé que te gusta estar con él y a mí me gusta que tú estés contenta. No hay más, *princesse*.

Inés lo miró a los ojos, intentando adivinar si había alguna motivación más oscura que el mero hecho de complacerla.

—¿Y Erik? ¿Lo has visto? —Cuando se había levantado por la mañana, la cama estaba vacía.

—Está en el agua. Desayunó y bajó hace un buen rato.

Inés bajó hasta la playa con una manzana en la mano, y esperó a que Erik saliera del agua.

—¿Paseamos?

El calor apretaba, pero era agradable caminar por la orilla mientras él relataba su semana de locos en Vancouver. Inés lo animaba y le preguntaba detalles. No quería dar mucho margen para que quien preguntara fuese él.

Se tendieron después sobre las toallas, pero hacía tanto calor que Erik terminó por rendirse.

—Necesito beber algo y esconderme del sol. Voy dentro.

—Vale. Yo me quedo, se está demasiado bien aquí como para meterme en casa.

Contempló a su vikingo subir la escalerilla tallada en la piedra hasta perderlo de vista. Se puso los auriculares, programó Artic Monkeys en el Spotify y soltó un largo suspiro de satisfacción.

Despertó cubierta en sudor. Hacía un calor espantoso, estaba muerta de sed y su estómago gruñó. Cuando se metió en el agua helada, apretó los dientes por el cambio de temperatura. Se secó y recogió sus cosas. Por mucho que le gustara tomar el sol, llevaba tres horas sin descanso y sentía la piel arder.

La penumbra de la casa la envolvió con un poco de frescor. De la nevera de la cocina cogió una botella de agua helada. Las persianas estaban bajadas hasta dejar unas pocas hileras de puntos por las que entraba la mínima claridad. El volumen de la televisión la

llevó hasta el salón. Álex dormitaba en uno de los sillones, y Erik y Philip miraban atentos una película.

Inés sonrió al ver las diferencias entre ambos; el vikingo, con su estilo expansivo, ocupaba más de medio sofá: los muslos abiertos, vestido solo con un bóxer, un vaso de algo con hielo en una mano y el mando de la televisión en la otra. Philip, con las piernas cruzadas con sobriedad, en un rincón a su lado.

Se sentó entre ellos, empujando a Erik para hacerse sitio.

—¡Este sofá es muy pequeño, no te pongas en el medio! — protestó. Inés lo ignoró y se recostó contra él.

—¿Qué estáis viendo?

—¡Chist! —la hizo callar Philip—. El Caballero Oscuro.

Intentó prestar atención a la película, pero hacía calor, estaba incómoda y los aromas que percibía le generaron cierta desazón. A la izquierda, Erik exhalaba un olor fresco y deportivo. A la derecha, otro más serio y almizclado. Era el de Philip, que se reacomodó en el sofá. Inés quedó aprisionada entre los dos cuerpos masculinos.

—¿Estás incómoda? —preguntó Erik, al verla revolverse—. Pon las piernas aquí —indicó, palmeando sus muslos. Inés negó con la cabeza, hacía demasiado calor. Intentó adoptar la misma posición que ellos, con los pies sobre la mesa auxiliar, pero no llegaba, y los encogió, chasqueando la lengua con fastidio.

—*Chérie*, estás insoportable —se quejó Philip—. ¿Es que no te vas a estar quieta en toda la película?

Inés frunció el ceño al ver que Erik dejaba escapar una sonrisa divertida. Acabó por aceptar su sugerencia y puso una pierna sobre su regazo.

Mala idea.

Erik llevó la mano a su muslo y lo acarició sin ninguna intención concreta, pero Inés se puso tensa al ver lo cerca de su entrepierna que estaban aquellos dedos. Intentó controlar la respiración, mientras se disparaba el deseo. Philip debió darse cuenta, porque se giró y los estudió, expectante.

—¿Qué? —dijo Inés, desafiante.

—Nada, *princesse* —replicó su amigo, encogiéndose de hombros. Continuó atento a la película y ella se relajó. Pero no por

mucho tiempo. Philip posó la mano sobre su otra rodilla, reclamando hacia sí la otra pierna. Inés vaciló. Ya estaba bastante excitada por las caricias de Erik, y alentada por el morbo de la situación, dejó que Philip se apropiara de ella.

—¡Eh...! —soltó, al sentir el interior de sus muslos recorrido por las manos de ambos hombres. Erik y Philip se miraron, intercambiaron una sonrisa de connivencia y la ignoraron. Los dedos de Erik incursionaban ya bajo la tela del pantalón corto.

Un tercer aroma, más sutil y dulzón, se mezcló con los perfumes masculinos. Inés se revolvió para intentar escapar, al darse cuenta de que ascendía de entre sus piernas. Sus reacciones fueron gemelas y la sujetaron por los muslos para impedir su fuga. Se quedó quieta. Las caricias de Erik eran firmes y exigentes y ya rozaban su sexo. Las de Philip eran de porcelana. Roces tenues que dejaban un trazo de fuego sobre la piel.

—Mierda... Erik —jadeó cuando las yemas de dos dedos se movieron en círculos sobre su entrada femenina. Philip lo tomó como una señal para levantarle la camiseta sobre los pechos y apoderarse de un pezón.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el sofá. Dios. La estaban adorando a cuatro manos y dos bocas. Álex los miraba desde su butaca sin perder detalle.

—Relájate, Inés —ordenó Erik, clavando los ojos azules en ella. Philip sonrió, tranquilizador, y depositó un beso suave en sus labios.

—No pasa nada, *princesse*. Pararemos cuando tú nos digas.

Pero Inés no quería detenerlos. Miró a los ojos castaños del francés y leyó deseo. Se volvió hacia los ojos azules y leyó deseo. Cerró los suyos para que ellos no leyeran el deseo inmanejable que la golpeaba a ella. Por un momento solo existía la mano de Erik en su sexo, excitándola con pericia, y la de Philip sobre sus pechos.

—No, no paréis. Quiero más.

Miró a Erik y entreabrió los labios. Él los selló inmediatamente con su boca. Philip añadió la suya a la ecuación, llevándola a sus pezones.

Los gemidos de las tres gargantas se entrelazaron. Los hombres la estrecharon aún más entre sus cuerpos. Erik tironeó de

los pantalones cortos, e Inés los apartó a ambos, con algunas dificultades para quitárselos de encima, y se puso de pie para desnudarse.

—Déjame a mí —exigió Erik.

Sin moverse del sofá, la despojó de la camiseta y el pantalón y después la instó a sentarse en su regazo. Se besaron con lascivia mientras Philip se desnudaba, muy cerca de los dos. La mano de Erik retornó a su lugar entre sus piernas, provocándola, evitando acariciar el núcleo enardecido de su placer. Philip volvió a su lado y se dedicó a adorar sus pechos. Inés entró en otro mundo, ahogada en placer. Percibió de manera lejana que los dos hablaban algo entre ellos y llevó las manos hasta ambas erecciones. Apretó con avidez para recuperar su atención, y lo consiguió. El concierto de jadeos, gruñidos y gemidos creció en intensidad, y Álex escogió aquel momento para marcharse. Los tres detuvieron el frenesí durante un instante.

Philip observó a su pareja alejarse y después lo miró.

—¿Habéis hecho esto alguna vez? —preguntó en voz baja, con la respiración entrecortada.

Inés negó con la cabeza. Vaya. Erik asentía. Pero no pudo pensar demasiado en ello.

—Estaremos más cómodos en la cama. Ven, *princesse* —añadió, tendiendo la mano hacia ella.

Los tres se levantaron del sofá, pero Erik la cogió de la muñeca con brusquedad y la estrechó contra su cuerpo. Philip se pegó a su espalda y se abrazaron. En ese momento, no hubo espacio ni tiempo. Inés se sintió confortada por el calor que exhalaban los dos cuerpos masculinos. Adorada como si fuese una diosa. Estaba segura, y a la vez tenía miedo. Por encima de todo aquello, un deseo infinito que la hizo desfallecer.

Erik la cogió en brazos y la llevó hacia la habitación. Allí estaba más fresco, casi a oscuras. Philip se detuvo un segundo para sacar una caja de condones de la mesilla, se tendió en la cama y estiró los brazos hacia ella, en una invitación. Aquello iba a ocurrir. De verdad.

—Tu culo es solo para mí, Inés. Primero Philip —ordenó su vikingo, con un matiz agresivo. Inés se volvió a mirarlo, embelesada.

Todo su cuerpo vibraba en tensión, los músculos contraídos lo hacían parecer aún más enorme y su erección se alzaba, rabiosa. La mirada glacial y ardiente no admitía réplicas.

Asintió, ignorando el latido insistente de fuego entre sus muslos y gateó sobre la cama hasta cabalgar sobre su amigo. Primero lo besó. Philip recorrió con ese tacto delicado que lo caracterizaba el contorno de su cuerpo y ella se alzó sobre las rodillas para permitirle ponerse un condón. Alcanzó su pene con la punta de los dedos y lo dirigió hacia su interior. Inés sonrió ante el gemido ronco que arrancó de Philip al mover sus caderas y cerró los ojos al sentir sus manos en los pechos, rozando con suavidad sus pezones. Era delicioso, pero necesitaba más.

Se volvió para mirar a Erik, mientras iniciaba un cabalgar sensual sobre su montura. Su sexo estaba pleno por otro, pero su sonrisa fue solo para él. Él no sonrió. Su rostro exhibía un rictus decadente. Los párpados entornados sobre los ojos azules y fieros, los labios déspotas entreabiertos y la mandíbula tensa mientras batía la mano con furia en torno a su erección.

—Ven. Por favor —rogó, extendiendo los dedos hacia él.

Erik se acercó, su polla aún encerrada con firmeza en la mano. Cuando llegó a su altura, la agarró de la melena con un gesto brusco e Inés inspiró.

—*Suge*.

La orden, seca y tajante, la puso a mil. Su sexo se tensó y Philip emitió una protesta. Inés se inclinó un poco, sin dejar de moverse, y acogió a Erik en su boca con avidez. Recibirlo entre sus labios mientras Philip la acunaba fue sublime. Hubo unos segundos de desconcierto hasta que los tres se acompasaron al mismo ritmo. Erik aumentó el agarre en torno a su nuca e intensificó la profundidad de las embestidas en su boca, Philip se hundió en ella con mayor profundidad. Inés cerró los ojos, con fuerza, conteniendo el orgasmo. No aguantaría mucho más.

—*Kjaereste...* —llamó Erik.

Abrió los ojos de nuevo y los alzó hasta él. En la mirada vidriosa, perdida en lujuria, también había amor. La soltó del pelo, y sostuvo con suavidad su rostro para apartarla de él.

—¡No! —protestó ante el abandono.

—No se irá lejos, *princesse*. —Solo se había acercado a la cómoda, para coger otro condón y sacar un bote de lubricante del cajón. Al verlo, Inés volvió momentáneamente a la realidad. ¿Estaba segura de lo que iba a ocurrir? Se asustó un poco y dejó de moverse—. No lo pienses, Inés. Ven, concéntrate en mí —la llamó de vuelta Philip—. Deja a Erik, él sabe lo que hace.

Sus manos suaves y delicadas volvieron a tentar sus pezones, rozaron la curva de sus costillas y la sostuvieron por la cintura. Un pulgar rozó su clítoris justo en el momento en que el placer comenzaba a diluirse y su excitación se disparó.

—Espera, Philip —rogó en un susurro. Si seguía tocándola así, se iba a correr sin remedio.

Él rio, retiró el dedo, y abarcó sus nalgas con ambas manos. Y, con un movimiento lento y firme, las separó. Las abrió para exponer su ano e Inés soltó un grito. Erik se había acercado y la masajeaba en la nuca. Fue demasiado. La cercanía de su cuerpo, amenazante, y su aroma masculino fueron un estímulo insoportable. Se corrió.

—Un... momento... un momento... —jadeó, con el cuerpo inmóvil salvo los espasmos rítmicos que escaparon a su control.

—*Mon dieu*, Inés —resopló Philip. Su tacto ya no era suave. Los dedos se clavaban en torno a sus caderas.

El torso de Erik se pegó a su espalda, los muslos poderosos a los suyos, y notó el calor duro y firme de su erección sobre la espalda.

—No te muevas, *liten jente*. Quédate quieta, solo un momento —ordenó Erik.

El tono dominante de su voz la excitó aún más, y se dejó empujar, con Philip enterrado en ella, hasta que los pezones se aplastaron contra su torso. Su amigo sonrió, acariciándole los muslos, y se besaron. Las réplicas del primer orgasmo ya se habían calmado, pero las oleadas del segundo aumentaban de intensidad al subir y bajar en torno a su erección. Sintió un líquido frío caer entre sus glúteos y se volvió, sorprendida, pero Erik la obligó a mirar hacia adelante.

—Quieta, Inés. Tranquila —la calmó. Pero el tacto de sus dedos rozando su orificio anal fue demasiado. Arqueó la espalda,

cerró los ojos y se aferró a los hombros del francés.

Con un gruñido primitivo, Erik la agarró del cuello desde atrás, e insinuó su pene en su trasero, lubricándolo.

—¡Joder! —susurró Inés ante el latigazo inesperado de placer.

La erección de Erik tanteó entre sus glúteos hasta que, por fin, con un ruego ininteligible, se deslizó con suavidad y a la vez firmeza en su interior unos pocos centímetros.

—¡JODER! —repitió Inés, esta vez con un grito sin contenciones. Se envaró entre los brazos de Erik. La sensación de plenitud fue un delirio. Durante un instante eterno, los tres permanecieron inmóviles, temblorosos, hasta que Erik se enterró en ella sin piedad.

Los tres se acompañaron en un baile sensual. Inés se ahogaba en un mar de placer y lujuria. Rodeó el cuello de Erik echando un brazo hacia atrás y lo besó, con saliva, labios y dientes. Él respondió con generosidad. Acarició los pezones de Philip y metió los dedos en su boca. Gimió cuando se los succionó con fruición.

De pronto, Inés fue consciente de sus propios sollozos. Sus oídos zumbaban, su corazón galopaba desbocado y todo su cuerpo estaba empapado en sudor, mezclándose con el de los hombres que la atenazaban. Su sexo abrazaba el pene de Philip mientras su ano recibía a Erik con avaricia.

El vikingo aumentó la fuerza de sus embestidas y la presión del movimiento hizo que su sexo y su clítoris se estrecharan contra Philip. Volvió a correrse, sin control alguno sobre su cuerpo. Arrastró con su orgasmo a Philip, que emitió un quejido y se dejó ir.

Erik emitió un gruñido de frustración, también perdía el control. La tenía inmovilizada por la nuca, y se equilibraba apoyando el otro brazo en la cama.

—*Svarte Helvete!* —jadeó en su cuello, llegando al orgasmo de manera brutal. Inés se vio aplastada contra Philip cuando perdió el control de su cuerpo.

Los tres se fundieron, laxos, exhaustos. Ella cerró los ojos, flotando en un sopor de bienestar extraño. Suave y a la vez agresivo. Apenas podía respirar. No podía moverse, atrapada entre

ellos, pero tampoco quería estar en ningún otro lugar. Su corazón volvía poco a poco a la normalidad. Esbozó una sonrisa perezosa con el pensamiento de que quizá no volvería a caminar con normalidad.

Pasaron los minutos y Erik salió con cuidado de su interior y rodó a su lado. Inés sintió que la invadía una nostalgia desconocida. La atrajo hacia sí y ella se acurrucó entre los dos. Philip dormía, totalmente fuera de combate.

Daban igual el calor y el sudor. Estaba en la gloria.

Son etapas

El sonido de las páginas de un periódico la arrancó de un sueño plácido. Se estiró sobre la cama, exhalando un bostezo perezoso y se apretó contra el cuerpo de Philip.

—¿Dónde está Erik?

El francés leía las noticias con aspecto indiferente, pero depositó un beso sobre su frente y la ciñó contra su costado.

—Se ha marchado hace un rato, *princesse*.

—Oh. Vaya.

Inés se cubrió con las sábanas y se acomodó sobre su hombro. ¿Por qué se habría ido? Acababan de compartir un momento muy, muy intenso y necesitaba su contacto. En cierto modo, aunque no hubiera sido una sesión de BDSM, sentía que necesitaba un poco de *aftercare*.

Tras unos minutos en que intentó permanecer quieta y leer algo de *El Mercurio* que Philip tenía entre las manos, se levantó y se puso la camisola de gasa que alguien había dejado a los pies de la cama.

Necesitaba hablar con Erik.

Caminó hasta la habitación con una sensación de plenitud entre las piernas. Había sido muy, muy intenso y se sentía drenada. Agotada física y emocionalmente.

Cuando abrió la puerta, se quedó de piedra.

Erik estaba vestido y hacía su maleta.

—¿Dónde te vas? —preguntó, intrigada, Inés.

—Me voy a casa. He conseguido un vuelo para dentro de unas horas.

No la miró. Metía las pocas prendas de ropa que había traído en su bolsa de viaje con movimientos pausados, con precisión de cirujano. Inés frunció el ceño.

—Pero ¿no te quedabas hasta el domingo? ¿Qué pasa con tus días de vacaciones y de desconexión? —preguntó con tono acusador. Él no contestó, pasó junto a ella para ir al cuarto de baño

y volvió a salir con su neceser y la toalla. La enrolló de cualquier manera y la metió también.

—¡Erik! ¡Te estoy hablando! —protestó Inés. Lo agarró del brazo.

Él se volvió lentamente. La mirada que exhibían sus ojos azules era serena, pero llena de determinación.

—El problema es que no me estoy relajando. En absoluto.

—¿Por qué?

—Porque estoy cansado, Inés. Entiendo que tú necesites experimentar y probar cosas, pero para mí es suficiente.

Inés abrió la boca y lo contempló, estupefacta.

—Yo me voy a hacer a un lado. Estoy viejo, Inés. Todo esto me pilla muy de vuelta. Me gusta el sexo no convencional como al que más, pero necesito otras cosas.

No podía creerlo.

—Que tú ¿necesitas otras cosas? —estalló al fin, sin poder evitar el tono acusador.

—Mis sentimientos hacia ti no han cambiado, Inés. Sigo queriendo estar contigo, pero no así. No a cualquier precio, y desde luego, no con Philip involucrado en el medio.

—Discúlpame, Erik. Pero no fui yo quien involucró a una tercera persona cuando todo iba bien y por fin parecía que llegábamos a alguna parte juntos —dijo Inés con tono irónico. Le parecía muy injusto lo que decía—. ¿O tengo que recordarte quién rompió el acuerdo de exclusividad en primer lugar?

Al ver su rostro mordaz, quiso morderse la lengua con fuerza.

—Muy bien. ¡Por fin! Después de casi dos meses, por fin sale el tema —dijo Erik, dejando lo que estaba haciendo para mirarla a los ojos—. Desde que te lo conté, llevo esperando que esto salte por los aires. Me alegro de que haya sido en un tono civilizado.

—¡No te lo estoy echando en cara! —exclamó Inés, enfadada.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es, entonces? Porque pareciera que te debo algo por haberme acostado con Peta. En cuanto estuvimos

solos, te lo conté. ¡No significó nada! Si me dejaras explicarte lo que pasó...

—¡No! —gritó Inés, en un tono mucho más elevado de lo que habría querido. Se tapó los oídos y cerró los ojos, pero Erik la sujetó de las muñecas y las apartó de sus orejas.

—Inés, mírame. ¡Mírame! —demandó, cabreado—. ¿Sabes qué pasó esa noche? Sí, estaba destrozado por la muerte de mi padre. Sí, estaba un poco borracho. Sí, follé con mi amiga. Pero ¿sabes qué nombre repetía una y otra vez mientras estaba con ella? El tuyo, Inés. ¡El tuyo! —Cerró los ojos y negó con la cabeza al recordarlo—. Me lo dijo Peta al despertar, y estuve horas hablándole de ti tras ello. Porque al contrario de lo que tú crees, compartir el cuerpo no es lo mismo que compartir el alma. ¡Y mi alma es tuya! No me estoy excusando, solo quiero que sepas lo que pasó. Peta me confortó en un momento en que lo necesitaba de la manera que venimos haciéndolo desde hace más de veinte años, Inés. —La aferró por los hombros e Inés leyó en su mirada todo lo que en realidad quería decirle con aquellas palabras—. Estaba roto por la muerte de mi padre, te echaba tanto de menos que me desangraba por dentro. Fui a su estudio a que me tatuara tu nombre y acabamos en la cama. No hay más.

Las lágrimas comenzaron a escapar sin control de los ojos de Inés.

—¿Dijiste mi nombre?

—Sí. Mil veces. No quiero ponerme dramático, Inés, pero prefiero preguntártelo de frente. ¿Han cambiado tus sentimientos hacia mí?

Bajó la vista y se mordisqueó los labios. Retorcía entre las manos la tela de su vestido. Claro que no. Lo amaba más que nunca. Y el mero hecho de pensar que podía perderlo de algún modo atenazaba su corazón de manera que jamás pensó que lo haría.

—No. Te quiero.

—Vive, experimenta, siente lo que necesites. Yo siempre voy a estar ahí para ti, Inés. Esto no quiere decir nada más que me estoy haciendo viejo, y tengo esta etapa más que quemada —dijo Erik con una sonrisa resignada, suavizando el tono y encerrando su

rostro entre las manos—. Pero necesito hacerme a un lado de todo esto. Las fiestas en casa de Álex, en La Ergástula. Prefiero volver a lo de antes. No me importa compartir sexo con terceros de vez en cuando, pero llevamos un tiempo de auténtica locura. Y, por encima de todo, necesito alejarme de Philip.

Inés asintió mientras que el óvalo de esperanza que hacía tiempo había enterrado bajo toneladas de raciocinio volvía a resurgir. Erik quería más. Erik necesitaba más. Y entendía que quisiera alejarse de Philip. Su mente luchó entre la necesidad de retenerlo a su lado a cualquier precio, y a confesarse que, después de aquellas semanas frenéticas, jamás volvería a ver el sexo de la misma manera. El tema requería una conversación más profunda y extensa, pero la voz de Álex los interrumpió.

—Tenemos que irnos. Tienes que estar en el aeropuerto en una hora y vamos justos de tiempo.

Erik cerró la cremallera de la bolsa de viaje con determinación, la acomodó en su hombro y la besó en los labios con ternura.

—Nos vemos en Santiago. Disfruta de los días en la playa.

Intentó retenerlo, deslizándolo los dedos a lo largo de su brazo, pero no lo sujetó. Necesitaba espacio y no iba a insistir. Jamás se habría esperado una reacción así tras el trío que se habían montado con Philip. Le había dado muchas cosas en que pensar.

Vacía, derrotada, se sentó sobre la cama. Se miró las manos sobre el regazo.

¿Qué había ocurrido a lo largo de aquel periodo? Había descubierto cosas de sí misma que nunca pensó que llegaría a vivir. Disfrutar del dolor. Entregarse a la dominación sensual. Dejar en manos de otro el control de su placer. Exhibirse. Mirar. Jugar. Y de pronto, se quedó embarazada y su vida dio un giro de ciento ochenta grados. Para después perderlo. Como si el destino le hubiese permitido echarle un vistazo a otra vida, otra faceta, otra Inés. Solo que ella no se había sentido otra. Quería ser ambas al mismo tiempo. Quería tenerlo todo.

Se levantó y miró por la ventana el coche de Álex salir hacia la carretera con una sensación dolorosa de añoranza. Ya lo echaba

de menos.

—¿Todo va bien, *princesse*?

La voz de Philip sonaba preocupada, pero ella no se dejó engañar. Ya no.

—¿Tú sabías que Erik se iba a marchar?

—Sí. Me lo dijo esta mañana. ¿Por?

Maldita sea. Philip había vuelto a jugar con ella.

—¿Y aun así permitiste que lo de esta tarde pasara?

—Inés, yo no permito ni dejo de permitir nada de lo que ha ocurrido aquí. Puedo favorecer la situación, si tú quieres, pero solo hasta cierto punto. Tú y Erik sois adultos. —Se encogió de hombros e hizo un gesto displicente—. Todo tiene una consecuencia. Lo siento por ti, *chérie*.

Se alejó de su amigo, que había extendido los brazos hacia ella. Tenía razón. Si Philip la había manipulado, era porque se lo había permitido sin ponerle freno. Erik había cortado por lo sano. Ella no se sentía capaz.

—¿Quieres irte con él? Puedo llevarte al aeropuerto en la moto.

—No, no —respondió, reprimiendo el impulso primario de decirle que sí y salir corriendo tras Erik—. Necesita su tiempo. Necesita pensar, y yo también. Pero no voy a quedarme toda la semana. Buscaré un vuelo para el marcharme antes del domingo.

—Lo entiendo, *princesse*. ¡Ah, el amor! Qué bonito y bastardo es, ¿verdad? —Philip se había acercado a ella y retiró la melena desordenada de su rostro—. Y cómo cuesta encajar y ajustar. Sé que no me crees, pero os deseo lo mejor a ambos, Inés.

No pudo marcharse hasta el viernes. Aprovechó los días en la playa siguiendo una rutina de levantarse tarde, desayunar de manera contundente, perderse en las pequeñas playas y volver a la caída de la tarde, agotada y muerta de hambre.

Philip intentó algún que otro acercamiento para pasar la noche con ella, pero Inés se mostraba lejana. Después de la sinceridad de su conversación con Erik había dejado caer una

máscara. No podía culpar a Philip. «Soy un interesado, *princesse*. No tiene nada que ver con la ternura». Esas habían sido sus palabras la primera vez que habló de sus fiestas. Siempre había sido sincero.

En el aeropuerto, Álex la abrazó con fuerza, y la besó con cariño.

—Ha sido genial compartir estos días contigo, Inés. Te vamos a echar de menos. Sobre todo Philip, pero yo también.

—Ay, ¡gracias, Álex! Lo he pasado genial, he disfrutado muchísimo de la playa, y he cargado pilas. Pero tengo que volver.

—Lo sabemos, *princesse*. Que tengas buen viaje.

El abrazo con Philip fue algo estirado. La complicidad entre ellos se había esfumado. Inés sabía que ya no se dejaría manipular, y al saberlo, parte de la gracia del juego se diluía.

Le pareció que acababa de cerrar los ojos cuando el avión aterrizó en Santiago. Compró unos rollos de canela en el Dunkin Donuts del aeropuerto, y le dio al conductor del *transfer* la dirección de Erik. Fue perfilando un plan de acción para abordarlo. No avisó en la recepción que estaba allí, subió directamente hasta su apartamento. Llevaba todo el viaje juntando el valor suficiente para afrontar aquella conversación.

Las pesadas puertas de acero del ascensor se abrieron e Inés caminó arrastrando su pequeña maleta. ¿No estaba en casa? Todo su valor se desinfló. Seguro que estaría en la montaña. Abandonó la maleta en el vestíbulo y entró en la amplia estancia.

—¿Inés? —Erik estaba en la cocina, y salió de allí, sorprendido.

Ya no pensó. La estrategia para abordarlo se fue a la mierda. Se arrojó a sus brazos y hundió el rostro en su pecho.

—Necesitaba verte. Necesito... —Se besaron con pasión. Con urgencia. Se abrazaron durante unos largos minutos—. Llevo pensando dos días en lo que me dijiste y no podía esperar más.

—¿Esperar a qué, *liten jente*?

—A decirte que quiero intentarlo. Volver a lo de antes, digo. —Se detuvo y miró a Erik, que la contemplaba, interrogante—. Solos tú y yo, y de vez en cuando, si nos apetece..., involucrar a otras personas.

No sabía muy bien cómo poner las cartas sobre la mesa, pero Erik rodeó su cintura con las manos.

—¿Estás segura, Inés? —La miró a los ojos con seriedad—. Lo que te dije es cierto. No me importa esperarte, no me importa que explores y disfrutes con quien tú quieras.

—No, Erik —interrumpió ella—. Porque si tú estás al margen, no es lo mismo, ¿no lo entiendes? Te quiero. Quiero experimentar y profundizar en todo esto, pero contigo. Si no estás tú, es como si faltara algo.

—¿Quieres que volvamos a la exclusividad?

—No. No quiero exigirte nada. Pero también sé que yo no puedo separar lo físico de lo emocional con la facilidad que lo haces tú. Entiendo tu postura, sé que para ti es distinto, ¡pero yo no puedo! —Se alejó de él unos pasos, hasta llegar a la estantería. Cogió la foto en que él y Peta estaban juntos y la estudió con curiosidad—. Y lo que pasó con tu amiga, creo que lo entiendo. Me ha costado encajarlo, no te creas. Quería verlo como una infidelidad. Quería culparte y castigarte por ello, ¡y no soy capaz! No puedo porque sé que, según tu escala de valores, no lo es ni lo será nunca. Pero mi escala es, o era, ¡ya no lo sé!, muy distinta. Estoy empezando a encajar lo que tú crees con lo que yo creo. Lo que tú sientes con lo que yo siento. Y a veces es... muy difícil.

—Kjaereste...

Ella negó con la cabeza y levantó una mano para frenar su avance. Le costaba trabajo explicar con claridad lo que sentía, pero una vez iniciado, no podía detener el torrente de palabras.

—¡Es difícil, Erik!

—Lo sé. Ven aquí. Yo también estoy ajustando. Hacía mucho tiempo que no me comprometía así con alguien. —Inés se dejó confortar. Escuchar sus palabras era como un premio a toda su lucha interior. A todos los esfuerzos—. Los dos tenemos que encontrarnos en un punto medio.

—En el medio de ¿qué exactamente?

—Eso no lo sé. Tendremos que averiguarlo juntos.

—Juntos —repitió Inés, saboreando la palabra mientras rodeaba su cintura con los brazos.

—Suenan bien. Mira, estaba por marcharme a Farellones. — Erik la besó en la frente y alzó su rostro hacia él—. ¿Por qué no vienes conmigo? Sé que es tarde, pero nos vendrá bien estar solos.

Inés no lo pensó. Aferró de nuevo su pequeña maleta y siguió a Erik hacia el ascensor. En realidad, lo seguiría al fin del mundo.

Catarsis

Un fuego alegre crepitaba en la chimenea, mientras en la cordillera arreciaba un temporal de viento y nieve. El buen tiempo en Caldera había sido solo un espejismo. Inés se arrebujó en las mantas y se estrechó contra Erik, concentrado en escribir algo en su iPad. Ronroneó de pura satisfacción.

—¿Qué haces? —preguntó para no quedarse dormida al calor de las llamas y del cuerpo masculino.

—Termino de reunir los méritos para las jefaturas. Tengo que incluir las últimas publicaciones aceptadas y lo que presenté en el Congreso de Vancouver —informó, acercándole los papeles que tenía en la mano. Inés leyó el largo título en inglés del artículo científico, y arrugó la nariz—. Quiero dejarlo todo listo este fin de semana, *liten jente*. Así podremos estar más tranquilos después.

Asintió y volvió a perderse en las llamas. ¡Qué fácil era volver a las rutinas! La casa de Farellones era un reducto de paz y tranquilidad para los dos, en ningún otro sitio Erik estaba más relajado. Ni siquiera quiso buscar un libro y leer.

Compartieron una olla de pasta con tomate y atún y vieron juntos una película malísima de sobremesa. Eran las siete de la tarde y seguían en pijama. Inés venció la pereza y fue a buscar por fin su libro electrónico. Se instaló en la butaca del rincón, la del reposapiés, que Erik ya había bautizado en broma como su trono personal y se sumergió en la lectura de Jo Nesbo. A fuerza de ver autores suecos en sus libros, Erik le había recomendado uno noruego y estaba totalmente enganchada.

Dio un respingo, sorprendida, cuando Erik le quitó el aparato de las manos con una sonrisa traviesa.

—Inés, llevas dos horas sin moverte de esa silla. Vamos. Quiero que me ayudes con algo.

Se levantó con dificultad, anquilosada y con un calambre en una pierna. Se estiró y lo siguió de mala gana de vuelta hasta la chimenea. Había puesto música. Unos hatillos de cuerda, muy delgada, estaban ordenados frente a las llamas. La luz sobre ellos arrancaba unos preciosos matices dorados.

—Oh.

La sonrisa de su vikingo se ensanchó. Se agachó para recoger uno de los manojos y lo deshizo entre sus manos expertas.

—¿Qué creías? ¿Que por el hecho de no querer andar de fiesta en fiesta íbamos a follar con el misionero para siempre? Desnúdate.

Inés contempló hipnotizada el movimiento ondulante de la cuerda de yute. Erik la dobló por la mitad y la dejó extendida a sus pies sobre la alfombra; la miró, alzando las cejas, expectante. Inés agarró el borde de su camiseta y se la quitó. No llevaba nada debajo.

—Que sepas que me encanta follar con la postura del misionero. Me gusta sentir el peso de tu cuerpo sobre mí —aclaró, mientras se deshacía de los pantalones—. Ya. Estoy lista.

No pudo evitar que su voz temblara. Erik soltó la cuerda y se acercó a ella. No la tocó, solo llevó su mano hasta la goma que recogía su pelo en un moño desordenado sobre la nuca, y lo soltó. Las ondas cayeron sobre su espalda y él las acarició con suavidad.

—Ahora sí estás lista. Túmbate en la alfombra.

Él se arrodilló ante ella e Inés se quedó de pie un momento, reacia. Sabía lo que las restricciones obraban en ella. Conocía muy bien lo que Erik conseguía de ella cuando estaba inmovilizada. Cogió la mano que él le tendió, vacilante, y se arrodilló junto a él.

—¿Estás seguro de lo que haces? —preguntó, tragando saliva. Él esbozó una sonrisa divertida.

—Vamos a comprobarlo ahora mismo. Vamos. Túmbate.

Posó la mano entre sus pechos y la empujó con gentileza hasta tenderla de espaldas en la alfombra, con las rodillas dobladas. Inés hundió los dedos en la lana suave e hizo un esfuerzo para controlar su respiración. No podía apartar la vista de la cuerda moviéndose dócilmente entre sus manos. Dio un respingo e inspiró

con fuerza, sorprendida, cuando dejó caer la cuerda sobre la bisectriz de su cuerpo, y tiró de ella, acariciándola.

—Es menos áspera de lo que esperaba —susurró Inés, muy consciente del roce de las fibras cuando la cuerda se deslizó sobre su sexo.

—He conseguido cuerdas de cáñamo, coco y de algodón— dijo, cogiendo los extremos anudados. La acarició con ellos en el cuello e Inés tragó saliva—. Estas son de yute. Es el material que más me ha gustado.

—Un alumno muy aplicado —murmuró ella. Le costaba trabajo no jadear. El deslizar de las cuerdas sobre su piel mezclaba las cosquillas con un placer sensual.

—Ya sabes que cuando algo me fascina, le dedico toda mi atención. —Cerró los ojos al sentir la mano de Erik recorrerla desde la rodilla hasta el tobillo en una caricia firme—. ¿Qué palabra de seguridad eliges?

—La de siempre. Glaciar. Pero no creo que la necesite —confesó, espontánea. No había empezado y ya tenía el cuerpo en llamas.

—Inés, es la primera vez que hago esto. Quiero que me digas si aprieta demasiado, si te hago daño, si quieres parar... — Ella sonrió ante la preocupación de los ojos azules y el ceño fruncido.

—Tampoco creo que vaya a querer parar.

El calor de la palma de su mano al sostener su pie envió una corriente de deseo hasta su sexo. Erik lo apoyó en su muslo y rodeó el tobillo con la cuerda en una abrazadera firme. Hizo un nudo y metió el índice entre las hebras y la piel para comprobar la tensión. Después, con un tirón seco, llevó el talón hasta su trasero. Inés no se movió. Se concentró en el movimiento al envolver su pierna flexionada en una espiral, que se enroscaba como una serpiente sedosa y firme. Su cuerpo despertaba poco a poco desde zonas que no eran las habituales.

—Es precioso —murmuró, extasiada, al ver el contraste del dorado sobre su piel.

Erik asintió sin decir nada, concentrado en sus reacciones. Cogió un segundo hatillo y exigió el otro pie. Esta vez, Inés lo apoyó

sobre su hombro y él la besó en el empeine con una sonrisa. El tacto de los dedos se hizo más intenso, todo su cuerpo reaccionaba con mayor percepción y se tornaba más sensible al contacto con la cuerda. Cuando acabó, tenía ambas extremidades envueltas en una intrincada espiral dorada. La constricción era firme, pero no incómoda.

—*Vakker, linten jente* —dijo Erik en voz baja. Inés sonrió ante el halago.

—¿Cómo se llama esta atadura?

—Futomomo —respondió él. Abrió sus rodillas e Inés notó su sexo exponerse, vulnerable.

—¿Vas a follarme ahora? —lo provocó, al leer en los ojos azules el hambre y la lujuria.

—No. Aún falta mucho para eso —respondió, con una sonrisa tenue.

Sus pezones se endurecieron y su interior se licuó como el hierro fundido ante la promesa.

Erik gateó, sin perder el contacto visual, hasta situarse tras ella. La ayudó a incorporarse y la acogió entre sus muslos. Abrumada por la necesidad de sentir su piel, Inés alzó los labios hasta rozar su cuello.

—Quítate la camiseta, por favor, Erik. Quítatela. Quiero sentir tu calor.

Se despojó de la prenda y la envolvió entre sus brazos con ternura. Inés se recostó, pegando la espalda a su torso. La inesperada sensación de alivio la abrumó. Sonrió, satisfecha, y cerró los ojos, pero Erik no le permitió regodearse. Con una mano entre los omóplatos, la reclinó hacia adelante. La agarró de las muñecas y llevó sus brazos hacia atrás. Comenzó a atarle los antebrazos de manera que cada una de sus manos sostenía un codo. Sus pechos saltaron hacia adelante con la postura forzada. Inés se derretía con cada roce de los dedos de Erik, con cada caricia de las cuerdas bailando al compás de la música. La voz potente de Rihanna en *Stay* los envolvió.

Las hebras ahora rodeaban sus brazos y pasaban sobre sus pechos, dejando atrapados los pezones, y dejó escapar un gemido.

Su sexo expuesto destilaba la miel que delataba la excitación y el deseo.

Erik trabajaba infatigable, concentrado en tensar, anudar y rodear su cuerpo mientras sus labios susurraban palabras de reafirmación, muy cerca de su cuello. Cada exhalación y cada roce la hacían estremecer en lo más íntimo.

—Takatekote —anunció cuando hubo terminado la obra sobre sus pechos y brazos—. ¿Qué ocurre, *kjaereste*?

Inés no se había dado cuenta, pero las lágrimas se deslizaban desde hacía rato por sus mejillas. Apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos en un intento de contenerlas. No fue capaz. Alzó los labios hacia él, entreabiertos, como una ofrenda y Erik la besó con devoción. El abrazo de las cuerdas, la contención de sus brazos, el tacto de sus labios... fue más de lo que pudo soportar. Todas sus defensas se resquebrajaron y cayeron, y rompió a llorar con un sollozo amortiguado en la boca masculina. Erik no volvió a preguntarle qué le ocurría, solo la acunó entre sus brazos. Lloró por la herida abierta de la infidelidad con Peta, por la manipulación de Philip, por la pérdida de su bebé.

Por sentirse totalmente perdida.

Erik la acunó, susurrando palabras dulces, desconcertado. Toda la sensualidad desapareció para dar paso a cierta angustia. Inés estaba deshecha. Inés no era la misma. Alzaba entre ellos una barrera que no era capaz de derribar. Desde que había vuelto de Vancouver, era la primera vez que sentía que aquella coraza se desvanecía, pero no tuvo la sangre fría de presionarla para extraer de ella la verdad.

Retiró las cuerdas con cuidado, frotando las marcas que las hebras dibujaron en su piel. Había leído que las catarsis emocionales eran frecuentes en las sesiones de cuerdas, pero la reacción de Inés lo había descolocado. Preso de la impotencia, movió sus miembros laxos y sin fuerza para acomodarla en una manta, y la llevó en brazos hasta la cama. La abrazó bajo las sábanas. ¿Qué coño le pasaba? ¿Y por qué no era capaz de darle un marco de seguridad suficiente para que se lo contara con sinceridad?

Al día siguiente, no mencionó nada sobre lo ocurrido, pese a que sus miradas se encontraron, preocupadas, en más de una ocasión. Cualquiera de ellas pudo haber sido una oportunidad para abordarla y preguntarle por lo que ocultaba. No estaba muy seguro de querer saberlo en realidad. Si Inés cerraba con él las vías de comunicación, podía darse por perdido. Ella siempre había sido la que buscaba aclarar las cosas, resolver los malentendidos y salvar los escollos que sus diferencias levantaban entre ellos. Aquí había algo gordo.

Pasaron el día entre vigas de madera y libros. A media tarde, después de una comida frugal que aparentó ser de lo más normal, recogieron los bártulos para volver a Santiago. Inmersos en el atasco, parecían retornar a la rutina. Lo agradeció. Inés lo tenía desconcertado y no le gustaba nada no tener el control de la situación.

—El martes vuelves a entrar en quirófano al Sótero, ¿qué tal lo llevas? —preguntó, al revisar el plan semanal del trabajo para tratar de encajar unas horas juntos.

—Bien. Lo llevo bien. Esta vez, he dejado instrucciones claras. —Seguía enfadado por el desvío del presupuesto hacia otras necesidades del hospital—. Entraré a quirófano sobre las cuatro de la tarde y espero no salir más allá de las nueve.

—Me quedaré a esperarte mientras ayudo a Marita con la consulta. Me apetece ver niños —dijo con una sonrisa. Erik sonrió también; echaba de menos su trabajo, lo entendía—. Después, si no has salido, avanzaré con el papeleo de los próximos casos.

—Me alegro de verte contenta —respondió, espontáneo. El rostro de Inés demudó en una mueca un poco tensa y se apresuró a aclararlo—. Lo que quiero decir, es que estos días te noto...

—No es nada —interrumpió ella. Demasiado deprisa y demasiado entusiasmada—. Es solo que estoy cansada. Aparca el coche aquí.

Erik estacionó en segunda fila y puso las luces de emergencia. Había contado con quedarse a pasar la noche.

—¿No quieres que me quede? No hace falta que te levantes temprano mañana, me marcharé en el coche —ofreció, solícito. Pero ella negó con la cabeza.

—No, no. Tengo la casa patas arriba, necesito poner una lavadora con la ropa que llevé a la playa y ventilar —explicó, inclinándose hacia él para darle un abrazo—. Y los dos tenemos guardia, y tú una cirugía dura el martes. Es mejor que descansemos bien, y sé que contigo no voy a dormir lo que debería.

La sonrisa pícara y el sentido común que encerraban sus palabras terminaron por aplacarlo. Tenía razón. Intercambiaron un beso tierno, largo, con dedicación. El suspiro lánguido de Inés fue el mejor regalo.

Cuando puso rumbo a Isidora Goyenechea, condujo como si le hubieran quitado un peso de encima. Inés solo necesitaba reajustar después de todo lo ocurrido, y él exageraba. La vuelta a la rutina les haría bien a los dos.

Un mundo ideal

Las cirugías en el Sótero siempre encerraban imprevistos, y eso no le gustaba demasiado. Se lo veía intranquilo. Inés atrapó la mano de Erik sobre el regazo y él sonrió con expresión concentrada. Seguro que repasaba el procedimiento. Apretó sus dedos con fuerza para transmitirle su apoyo.

El lunes, en el hospital, fueron a comer juntos frente a quien quisiera verlos. Ya no se escondían, y el hecho de que se comportaran con naturalidad, aunque muy discretos, dejó de alimentar la curiosidad y el morbo de los demás.

Durante la guardia no se vieron. Los dos quedaron enterrados en la avalancha de trabajo de las Ucis pero Erik le envió un par de mensajes para interesarse por ella e Inés apreciaba, y agradecía, el esfuerzo. Sonrió al recordar cómo habían salido juntos del hospital tras el cambio de guardia, y agotados, se habían metido en la cama del piso de Erik. Sin sexo. Tan solo confortarse el uno al otro, compartir un desayuno tardío repasando los detalles de la cirugía y, tras una pequeña discusión porque Erik quería coger el coche, y ella insistía en el metro, salir de casa a enfrentar el día.

Se estrechó contra el costado de Erik, que la abrazó, distraído. Recordaba la época en que cada vez que se acercaba a él, reaccionaba con suspicacia o frialdad. Había cambiado.

O eso quería creer.

Atravesaron Vicuña-Mackenna cuando el semáforo se puso en verde. Erik aferró la bolsa en la que llevaba su instrumental quirúrgico. Las advertencias de Inés sobre un posible robo le daban más miedo que si le hubiera dicho que podían robarle el BMW.

—Aquí nos separamos —dijo Inés. El miró el reloj y frunció el ceño. Tenía poco tiempo para prepararse—. Voy a la UCI a ver si todo está en regla. ¿Necesitas algo?

—Me vendría bien otro café —gruñó. Después de todo, estaba saliente de guardia y no había dormido más que las tres horas en casa con ella—. Y algo más de comer, por si la cirugía se complica.

—De acuerdo. ¿Te vale que sea del tiempo? —dijo ella, revolviendo en su enorme bolso.

—Sí. De hecho, hace bastante calor —contestó, intrigado.

Inés sacó de su bolso un café embotellado del Starbucks y una bolsa con un par de *muffins* y un plátano. Erik se echó a reír, desarmado, dejando a un lado su ánimo oscuro.

—¿Me has traído una merienda? —Era increíble. Pensaba en todo. Cada cosa que él pudiera necesitar, un gesto de cariño, una palabra de aliento, una sonrisa insinuante o la rendición absoluta en el sexo—. Gracias, Inés.

—Ya me lo cobraré. En especie —dijo ella, con una sonrisa pícaro—. ¡Vamos o llegaremos tarde!

Erik se dirigió al área de quirófanos, su territorio. Sabía lo que tenía que hacer y no dudó en dar órdenes a las enfermeras que lo acompañaban y al anestesista. Los padres de la paciente estaban informados y los saludaría antes de comenzar. Dan llegaba en ese momento, retrasado. No dijo nada, al menos estaba ahí. Su antes pupilo parecía estar un poco descentrado últimamente. Erik reparó en que traía el pelo revuelto y llevaba la misma ropa que el día anterior. Se saludaron con cariño, pero Erik lo abordó sin contemplaciones. Seguía siendo su superior, pero por encima de todo, se consideraba su amigo.

—Dan, ¿sigues en las andadas? ¿Todavía no has hablado con tu mujer?

La pregunta frontal lo pilló por sorpresa. Un rojo intenso se apoderó de su rostro azorado y balbuceó al contestar.

—No, quiero decir, sí. Es decir —dijo, en un intento de esconder su turbación—. No sigo en las andadas, y bueno... estoy esperando el momento ideal para hablar con Alma. Ahora está preparando los exámenes finales. No quiero preocuparla.

Erik clavó los ojos azules, glaciales, en el rostro de Dan. Sabía con seguridad que estaba mintiendo. Los rumores en el hospital no solo se cebaban con él y con Inés. Cualquier cotilleo jugoso corría como la pólvora, y Dan no había sido precisamente cuidadoso con sus correrías. Abrió la botella de café y dio un trago, pensativo.

—Daniel, ser cirujano es estar solo. Lo sé muy bien. —Ojalá pudiera trasmitirle algo de su experiencia. Al menos lo intentaría—. Las horas en el hospital hacen que te relaciones de manera muy estrecha con el personal, tienes poco tiempo para dedicarle a quienes te importan y tú y Alma tenéis una relación a distancia, lo que no facilita las cosas.

—Erik, no sé qué te ha contado Inés, pero te aseguro que no es lo que parece.

—Inés está preocupada por ti, y yo también. Entiendo mejor que nadie un calentón, un momento de debilidad y que no es fácil estar solo —reconoció, bajando la voz al ver que el resto del equipo se congregaba ya en el quirófano—, pero habla con Alma y arreglad lo que sea que vaya mal entre vosotros. Antes de que sea tarde. Vamos, nos esperan.

Marita tendría que prescindir de ella en la consulta, quedaban un montón de trámites por enfrentar. Erik aún no formaba parte del personal del Sótero y cada cirugía se evaluaba caso a caso. Por el momento no ponían pegajos, pero la burocracia era interminable e Inés estaba cansada del agobio que suponía hacerlo todo sola: llevar las cuentas, repasar el material, conseguir las interconsultas necesarias para que los niños llegaran en las mejores condiciones posibles a la operación. A veces sentía que ella se encargaba del trabajo ingrato mientras que Erik se llevaba toda la gloria. No. No podía ser tan injusta. Ni ella era cardiocirujana, ni él podía firmar ni coordinar lo necesario. Eran complementarios. Aunque mientras rellenaba los folios sobre el desvencijado mostrador de Admisión no fuera lo más gratificante del mundo.

Cuatro horas después, Erik terminaba una perfecta sutura intradérmica sobre el esternón de su paciente. Dan observaba la técnica que permitía un resultado estético inmejorable, mientras comentaba alguna duda. Gael, el cardiólogo pediátrico, se asomó por la puerta.

—¿Cómo fue todo?

—Bien —dijo Erik con contundencia. Se apartó de la mesa quirúrgica y dejó a la pequeña paciente en sus manos. Cristián le había enseñado que, pese a toda su pericia como cirujano, algo podía salir mal, así que no fue demasiado entusiasta al informar a la familia y les advirtió que los días siguientes serían críticos en su recuperación.

Volvió a las consultas. Marita ya se había marchado e Inés estaba sola, inclinada sobre unos papeles que leía con atención.

—¿Nos vamos a casa?

Ella elevó la mirada, sorprendida, y dibujó una enorme sonrisa.

—¡Vámonos!

Caminaron abrazados hacia el metro. Ya estaba oscuro, y el trasiego de pacientes era menor al habitual.

—Me he encontrado con Dan. Creo que tienes razón —dijo Erik, preocupado. Inés lo miró con extrañeza—. Creo que sí está enredado con otra. U otras.

Inés negó con la cabeza, preocupada.

—No sé, Erik. A veces siento que el mundo se ha vuelto loco de repente. Loreto separándose de Julio, Dan poniéndole los cuernos a Alma y... —Se detuvo en mitad de la frase y recondujo tras un instante de titubeo. Él la miró con atención—. Sé que tú no le das importancia, pero yo no puedo pensar igual.

Erik asintió lentamente. Inés iba a decir algo respecto a la noche que había pasado con Peta. Apostaría un millón de coronas a que era eso lo que estaba pensando. Cuando menos lo esperaba, el tema se colaba de manera más o menos soterrada entre sus conversaciones. Carraspeó para ganar tiempo mientras caminaban hacia la salida del hospital.

—Inés, hay otras maneras de vivir en pareja. ¿Sabías que Maia y su marido tienen una relación abierta? Corbyn hace años

que tiene otra mujer, conocida y consentida por ella. —Tuvo que morderse la lengua para no reír ante la expresión sorprendida de Inés—. Maia, no tanto desde que tuvo a los niños, pero le gusta salir de vez en cuando con otras personas. Y eso incluye sexo, a veces.

—Pero ¿dónde queda la fidelidad? ¿La lealtad entre la pareja?

El vagón estaba a rebosar, no era el momento de enfrentar esa conversación, que tenía que manejar con delicadeza. Por mucho que Inés dijera que el tema quedaba superado, su explosión en casa de Álex y Philip echándole en cara que fue él quien faltó al pacto de exclusividad decía a las claras que no era así. Prefirió irse por la tangente.

—No volvemos a ir en metro —se quejó Erik, caminando entre la marea de gente en el trasbordo en Parque Bustamante.

—Nos bajamos en mi parada y te llevo a casa en coche, ¿te parece? —ofreció Inés.

Cuando llegaron al apartamento de Inés eran casi las diez de la noche y la pregunta seguía dando vueltas en su cabeza. «Lealtad. Fidelidad». Se había prometido a sí mismo que jamás volvería a traicionar la confianza de Inés pese a que su acuerdo de exclusividad ya no existiera, pero también necesitaba hacerla entender que había maneras igualmente válidas a la monogamia de ver una relación. No se consideraba poliamoroso, mantener una relación emocionalmente sana era más que difícil para él con una sola persona, pero compartir el placer con alguien más fuera de la pareja habitual no era descabellado. De hecho, hasta era beneficioso. Lo había experimentado durante el tiempo compartido con Nora y con otras mujeres. Nunca se habló ni de fidelidad, ni de poner límites en ese aspecto. Erik consideraba que si ellas necesitaban llenar una carencia durante las largas estancias de aprendizaje en otros hospitales, o en un congreso o, directamente, en una noche de desenfreno, no tenía por qué pedir explicaciones ni cobrar sentimiento. Eso sí, él ejercía el mismo derecho.

Inés estaba descalza y arreglaba cosas aquí y allá en el salón. No tenía prisa por llevarlo hasta su apartamento. Se quitó también los zapatos.

—¿Preparo algo de comer?

—¡Sí, por favor! —dijo ella desde el cuarto de baño—. Voy a darme una ducha.

Consideró acompañarla, pero prefirió enfrentar por fin la conversación con el estómago lleno y sin sexo de por medio.

Recibió a Inés, en pijama y con el pelo liso y brillante, con un zumo de naranja recién hecho y unos sándwiches vegetales en la mesa auxiliar frente al sofá.

—¡Qué rico! —dijo ella entusiasmada, lanzándose a comer. Erik masticó unos pocos bocados y luego lo dejó a un lado. No quería dejar pasar el tema ni un minuto más.

—Imagina por un momento, a una pareja casada. Tienen dos hijos. O tres —comenzó con precaución. Inés lo observó con una expresión suspicaz—. Todos los días comparten las pocas horas que les deja el trabajo. La rutina, los reveses profesionales... —Se detuvo para ordenar sus ideas. Ojalá pudiera hablar en noruego. Todavía le costaba expresarse en español cuando se trataba de emociones o pensamientos más allá de un tema médico—. Los dos se apoyan mutuamente, están cada día el uno para el otro, con todo lo que ello conlleva.

—Desgaste —murmuró Inés. Erik la observó fijamente. Inés era una mujer inteligente en extremo. No había acabado de perfilar su idea y ella ya sabía por dónde iban los tiros.

—Puede ser desgaste, puede ser necesidad de salir de la rutina y hablar de cosas distintas con alguien a quien no ves todos los días... son muchas las razones por las que puedes buscar sexo con otra persona, Inés.

—Consuelo si ha muerto un familiar, por ejemplo.

Vaya palo.

Un silencio incómodo se alzó entre ellos. Erik apretó los labios para encajar el golpe. Eso le pasaba por intentar manejar un tema que sabía que le venía más que grande, con una persona que tenía su propia argumentación, su propia escala de valores y una mente demasiado rápida. Tragó saliva y asintió.

—También. Compartir el cuerpo es importante, Inés. Pero por mucho que disfrute del sexo y lo tenga muy alto en mi lista de prioridades, hay otras cosas que lo son más. —Ella escuchaba con atención, los ojos grises fijos en él y una expresión neutra. Erik notaba un sudor frío recorrer su espalda. Estaba siendo más difícil de lo que esperaba—. Tú eres más importante. Es difícil para mí explicarte esto, nunca he pedido exclusividad a ninguna mujer.

—No quiero imponerte nada, Erik —se apresuró a apuntar ella—. No sé muy bien dónde nos está llevando esta nueva etapa, pero no quiero que encontrarnos en un punto medio signifique que tú renuncies a lo que eres.

—Eso está bien, Inés —dijo, aliviado.

—Pero yo tampoco voy a renunciar a lo que yo soy. —Se levantó del sofá y fue hacia la ventana. La abrió y entró una brisa cálida con la esencia de las hortensias del parque. Erik emitió una retahíla de insultos en noruego en su mente. No podía bajar la guardia ni un solo segundo.

—Yo no quiero eso, Inés, pero sí quiero que entiendas, de verdad, lo que pasó aquella noche —dijo acercándose a ella para abrazarla por detrás.

—Lo entiendo. El duelo distorsiona la realidad y hacemos cosas en las que parece que no somos nosotros mismos. Lo que no quiere decir que me guste.

Erik suspiró. ¿Qué buscaba en realidad con esa conversación? ¿Una absolución definitiva? ¿Un enterramiento del tema? Recordó las palabras de su hermano Miguel: «Inés es pasivo-agresiva. Cuando menos te lo esperes, ¡bum!, el asunto te explotará en la cara».

El caso era que no terminaba de explotar.

Estaba enquistado. Un elefante rosa que ocupaba el espacio entre los dos.

Inés se dejó abrazar, acariciando los antebrazos que la sujetaban. Inclino la cabeza hacia un lado y cerró los ojos para abandonarse al contacto de sus labios sobre el cuello, la mandíbula y el hombro. Cogió su mano y lo condujo hasta su habitación.

—Quédate —susurró.

El elefante rosa desapareció mientras duraron los jadeos, el sudor, la saliva y los cuerpos entrelazados pidiendo más y más. Después, Erik cayó en un sueño profundo e Inés apoyó la mano en su espalda y acomodó la mejilla en ella para extraer fuerza. Porque la iba a necesitar.

Cuando Inés se levantó, Erik ya se había marchado a trabajar. Sonrió al ver una nota con un: «No tuve tiempo de hacerte un zumo de naranja, pero te dejo listo el café. E», y se sirvió en la taza que él había dejado junto a la cafetera. Una buena manera de empezar el día.

El trabajo en la consulta comenzaba a ser un poco menos tedioso, pero esperaba con ansia la hora de marcharse a comer. Cuando recibió el SMS de Erik, «No puedo ir a comer. Cirugía urgente, hablamos luego», soltó un suspiro resignado. ¿Por qué no se había enamorado de un profesor, por poner algo?

Y por la tarde, lo único que quería era marcharse a casa, ver a Erik y prepararse para su clase de *poledance*. Pero seguía sin dar señales de vida, el quirófano debió complicarse. Suspiró, resignada, mientras caminaba hacia el metro.

«Voy a clase de *poledance*, ¿vienes a buscarme?».

Erik sonrió al ver el mensaje en su móvil. Cogió sus cosas y se apresuró hacia la salida. Si tenía suerte, podría ver cómo se contorsionaba Inés sobre la barra vertical. Solo pensar en ello provocó un latido en su pene.

La claridad de la tarde lo sorprendió y cegó por un instante sus ojos azules. Los días se alargaban y ya no salía del hospital en plena noche. En invierno pasaban días en los que ni siquiera veía la luz del sol, cuando llegaba a trabajar aún no amanecía y salía con la iluminación artificial ya encendida en las calles.

Condujo por el tráfico endemoniado de Santiago hacia Las Condes con impaciencia. Tamborileó sobre el volante en cada semáforo en rojo mientras pasaba una canción tras otra sin que

ninguna le gustase. Finalmente dejó que sonara *Creep*, de Radiohead, que tenía un efecto calmante sobre él. Cuando llegó al gimnasio estaba más sereno, pero la música sensual que sonaba de fondo resonó en su pecho, estimulándolo. El amplio galpón estaba casi a oscuras, eran poco después de las diez de la noche y la gente salía de las clases que acababan de terminar con rostros sudorosos y alegres charlando hacia los vestuarios o la salida.

Y ahí estaba Inés. Una música dulce y sensual lo envolvió. Se apoyó en el marco de la puerta y cruzó los brazos para contemplarla. Marcelo, el profesor, la animaba por encima de la canción.

Estaba de pie, frente a la barra. Comenzó a balancearse, voluptuosa, al ritmo de *Glory Box*, de Portishead. La melena suelta barría su espalda. De pronto, aferró la barra y giró su cuerpo hasta invertirlo, con las piernas primero recogidas; después, las desplegó lentamente hasta abrirlas en un amplio *espagat*. Erik contuvo el aliento cuando regresó al suelo, ascendió por la barra y se arqueó hacia atrás hasta un ángulo que parecía imposible; exhaló el aire lentamente mientras la temperatura de su sangre ascendía. El ambiente asfixiante del gimnasio no ayudaba. Inés se contoneaba y dibujaba con su cuerpo distintas figuras hasta que la música cesó. Marcelo emprendió un aplauso espontáneo, pero él no lo secundó. Seguía hechizado por el par de minutos que acababa de presenciar. Inés se volvió y dibujó una enorme sonrisa en su rostro. A Erik se le derritió el corazón.

—¡Has venido! No estaba segura de si te ibas a animar. —La recibió en sus brazos e inspiró el aroma íntimo y personal de su melena, deseando estar a solas con ella, muy, muy lejos—. Marcelo, nos vemos el jueves, ¡un beso!

—Excelente, Inés. ¡Pásenlo bien! —respondió el profesor, con un gesto de la mano y abandonando con paso ágil la clase.

Se habían quedado solos. Algunas voces se escuchaban aún, pero estaban casi todas las luces apagadas.

—Tengo que darme una ducha y cambiarme. ¿Me esperas?

—Claro.

Pero la siguió hacia la puerta de los vestuarios.

—Es un vestuario femenino, Erik —dijo ella, y detuvo su avance apoyando la palma de la mano sobre su pecho.

—Ya. Como si eso me fuese a detener.

Se coló en el amplio espacio con taquillas y cerró la puerta tras él con una sonrisa perversa.

—Erik...

Sí. Su voz tenía un tono de advertencia, pero todo su cuerpo lo desafiaba a jugar.

—¿Estamos solos? —preguntó, mientras lanzaba una mirada circular para detectar algún movimiento.

—Creo que sí. Las clases terminan a las diez, pero yo siempre me quedo un poco más ensayando con Marcelo, y cuando terminamos todo el mundo se ha ido.

—¿Sí? —Se acercó a ella y la agarró por la cintura. La estrechó contra su cuerpo con fuerza—. ¿Ves lo que tu bailecito ha provocado?

Inés le rodeó el cuello con los brazos y se restregó contra su erección.

—No me queda claro.

Erik rugió de frustración. Era una maldita provocadora. La cogió en brazos y se sentó cabalgando un pequeño y largo banco entre las filas de taquillas dispuestas a ambos lados del estrecho vestidor. Inés reprimió un grito y hundió la cara en su cuello.

—Te lo voy a dejar claro ahora mismo, *liten jente* —susurró con lascivia.

Se desabrochó el cinturón y abrió los botones de los vaqueros. Inés se reía, intentando mantener el tono bajo. El *short* de licra con el que bailaba era ridículamente pequeño, y los calentadores que protegían sus piernas, una tentación. Desplazó la entrepierna de la prenda y tanteó con los dedos. Ella protestó.

—¡No te tires directo al dulce!

—No puedo esperar. Verte bailar así es el sueño de cualquier hombre. Vamos, Inés... —La tentó con roces casi imperceptibles sobre la entrada de su sexo, que comenzaba a humedecerse—. No me hagas esperar.

Ella estrechó el cerco. Sus labios se tocaron. Una mirada traviesa adornaba los ojos grises mientras cabalgaba para sentarse

sobre sus muslos, atrapando la erección entre ellos. Apretó los pechos contra su torso y exhaló su aliento cálido sobre su boca. Casi perdió la cabeza en ese momento, pero Inés lo apartó.

—Sé que no te gusta que te hagan esperar. —Inés se elevó sobre la punta de sus pies descalzos y movió la pelvis en círculos hasta situar la cabeza de su pene justo entre sus pliegues femeninos. Erik clavó los dedos en sus caderas y emitió un gruñido desesperado. Pero entonces ella se puso rígida—. Ponte un condón.

La complicidad del momento se esfumó.

Erik se transformó en una placa de hielo.

—No he follado nadie más que contigo desde que volví de Noruega, Inés. ¿Cuántas veces voy a tener que aclarártelo?

Inés alzó el mentón, desafiante. Siempre tenía que ser ella quien se lo recordara. Que llevase un DIU no quería decir que dejaran de protegerse. Y menos con sus antecedentes. Además, el tonito no le hizo ninguna gracia. ¿Se sentía ofendido porque acababa de decir una obviedad? Problema suyo.

—Ya que tú no te acuerdas —dijo con tono afectado—, prefiero hacerme cargo yo.

Se levantó con movimientos bruscos y desapareció tras la puerta del baño. Erik se abrochó los pantalones y salió al vestíbulo. Justo en ese momento se asomó Marcelo. Por los pelos. Se acercó a la máquina de refrescos, casual.

—Estoy esperando a Inés —se excusó, y metió unas monedas en la máquina. El profesor dijo algo y volvió a su oficina. Le dio un largo trago a la Coca Cola y negó con la cabeza, frustrado.

Últimamente todos los malditos trayectos en coche los hacían en silencio. Odiaba cuando las cosas se ponían difíciles con ella, suponía un agotamiento que no estaba seguro de poder manejar. Inés estaba sumida en un silencio obstinado y él no tenía ni idea de cómo abordarla.

—Vamos a La Ergástula este fin de semana —dijo de pronto. Quizá ese era el motivo de que estuviese tan tensa. Inés había cedido. Era hora de que él también diese algo a cambio, y, después de todo, la sencilla mazmorra del centro era un lugar acogedor.

—¿Qué? ¡Pero si no te apetece! —respondió ella, desconcertada.

—No especialmente, pero estoy seguro de que a ti sí, y hace tiempo que no hablamos con Flecha. Pasaremos por allí a tomarnos una copa el viernes, y veremos dónde lleva la noche.

—¡Genial! La llamaré para avisarla de que vamos —dijo Inés con rapidez y un entusiasmo mal disimulado. Había dado en el clavo. El ambiente del coche pareció aligerarse de repente—. Me apetece hablar con ella y ver qué se cuece por allí. ¿Te quedas a dormir esta noche?

—No, no. Mañana tengo un par de cirugías largas y necesito dormir. Tú me distraes demasiado —dijo, deslizando los dedos por la línea de sus clavículas. Inés le dio un beso tierno en los labios y se bajó del coche.

—Hasta mañana. ¡Piensa en mí si utilizas tus manos expertas de cirujano!

Repiqueteó los dedos sobre el volante del coche antes de volver a su apartamento.

Algo con Inés no terminaba de encajar, y no tenía ni idea de qué podía ser.

Encontrarse en el medio

El jueves no se vieron. Inés salió de su clase de *poledance* agotada, y cuando Erik envió el SMS avisando de que acababa de salir de quirófano, ella llevaba ya un par de horas frita.

Tras acabar el trabajo del viernes en el hospital, lo primero que hizo al llegar a casa fue mirar en la página web de La Ergástula. La fiesta temática del viernes era «Fetichismo del cuero», el código de vestimenta, como siempre: como mínimo vestir de negro, estética *fetish* y mejor todavía si había algo de cuero. ¿Cuero? Como no fuese su cazadora, no tenía mucho más. Echó un vistazo a su armario y eligió su vestido negro y corto con tachuelas metálicas, y se pondría las botas de cuero negro y plataforma. Envío un SMS a Erik, porque seguro que no se había preocupado de mirarlo.

«Tienes que ir de negro. Y si vas de cuero, mejor».

Puso su lista *sexy* del Spotify, notando cómo el buen humor comenzaba a afianzarse en ella.

Sonrió al ver el mensaje de texto de Erik, «Vale. Paso a buscarte a las diez». Tenía tiempo para arreglarse. Genial.

Se dedicó a su protocolo de embellecimiento al completo, pero cuando abrió el cajón de su lencería favorita, lo pensó mejor. No quería que esas prendas se estropearan. Si acababa en la cruz de San Andrés o en el potro, prefería algo un poco más práctico. Escogió un conjunto de licra con un ribete sencillo de encaje, en color negro. Si había mambo, no se movería de su sitio. Terminaba de maquillarse cuando Erik llamó al telefonillo. Cogió su cazadora, una pequeña bolsa negra de tela con una muda de ropa y un neceser, por lo que pudiera pasar, y se lanzó a su encuentro.

Erik la esperaba apoyado en el coche y mirando su móvil. Cuando lo llamó, alzó su rostro y sonrió. Qué guapo. Maldito cabrón... Llevaba los pantalones y la cazadora de cuero negro reforzado que usaba para la moto, y unas pesadas botas. Se acercó hasta él y lo abrazó con las ganas de no haberse visto en día y medio.

—Te echaba de menos. ¿Listo para la acción?

—Claro. Vamos —respondió, tras darle un beso suave en los labios.

Condujo en el tráfico denso que mezclaba las micros, los taxis y colectivos con el sinfín de coches abandonando el centro para dirigirse a las zonas residenciales.

—¿Avisaste a Dómina Flecha de que asistiríamos a la fiesta? —preguntó Erik, tras un rato de escuchar las noticias. A veces sentía que estaba por completo aislada de la realidad. No tenía tiempo ni para saber lo que ocurría en el mundo.

—Sí, sí. La llamé esta mañana. Parecía contenta de que volviésemos por allí.

Erik no contestó, concentrado en aparcar. Era de noche, y había poco movimiento en el barrio de Huérfanos. La pequeña chapa metálica de color plata envejecida casi no se distinguía de la piedra del viejo edificio. Inés se preguntó cuánta gente sabía en realidad lo que se escondía en el sótano de la construcción señorial.

Llamaron al citófono y bajaron las escaleras que rodeaban el viejo ascensor de hierro forjado. Era precioso, pero Inés no confiaba en que aquella reliquia histórica funcionase de verdad. La puerta dejaba escapar una música hipnotizante, igual que las otras veces que habían ido por allí.

—Podrían cambiar de disco —comentó Erik, leyendo su pensamiento. Ella respondió con una risita y llamó al timbre, que no emitió ningún ruido. Un chasquido metálico avisó de que ya estaba abierto y pasaron a la estancia interior.

—Qué raro. Recordaba el sitio con más luz —dijo Inés en voz baja. Erik la miró con extrañeza—. La verdad es que está todo un poco lúgubre.

No había mucha gente, aún era temprano. Y nadie había pasado aún a la acción; casi todos se agrupaban frente a la pequeña barra del bar o se distribuían en círculos de conversación. Inés descubrió a Dómina Flecha en la esquina de la tienda y se acercó a hablar con ella. Erik se quedó en un rincón de la barra.

—Hola. Una Kuntsmann Torobayo.

El camarero asintió y destapó, diligente, un botellín helado. Erik ignoró el vaso y le dio un trago, observando a Inés desde la

distancia. Desentonaba. Iba excesivamente arreglada para el lugar donde estaban, y recibía miradas de curiosidad y recelo. Él mismo recibió unas cuantas. El haber ido tres o cuatro veces por allí no los convertía en habituales, y sabía por otras experiencias que ese tipo de locales cuidaban mucho quién podía entrar y quién no.

Un hombre, de unos treinta y pocos, se acomodó a su lado con una sonrisa de suficiencia.

—Fíjate en esas niñas. Carne fresca, ¿eh?

Erik se volvió para estudiarlo con más atención. Iba bien vestido con un traje negro de corte impecable, con camisa y corbatas también negras. Llevaba un afeitado apurado y un látigo corto, una lengua de dragón, enrollado en la mano izquierda.

—¿Cómo? —preguntó. Quizá había escuchado mal. El hombre hizo un gesto con la cabeza señalando un grupo de cuatro mujeres, poco más que chiquillas.

—Esas niñas. ¿No te parecen exquisitas?

Erik frunció el ceño. Llevaban unos minúsculos vestidos negros y parecían tener frío. Dos de ellas llevaban unas diademas con orejas de gato y otra un collar de iniciación, pero se podía oler a kilómetros que carecían de ninguna seguridad o experiencia. Se alzaban sobre unos vertiginosos tacones de plataforma, pero echaban los hombros hacia adelante, escondiendo el pecho que pretendían exhibir en esos escotes osados. Se movían nerviosas, muy juntas una al lado de otra, intercambiando risitas y confidencias. Esperaba que en esas copas que sostenían ante ellas, como si las fuesen a proteger de algo, no hubiese alcohol.

—No. Prefiero mujeres experimentadas.

Su interlocutor lo miró, perplejo por la sequedad de su respuesta.

—¿Cómo que no? Son las sumisas perfectas. Dóciles, tiernas, ávidas por complacer y mantienen la boca cerrada. —Erik parpadeó, perplejo—. Las invité a un trago, y en un rato, cuando el alcohol las haga más... receptivas, iré a conversar con ellas. ¿Tú eres dominante?

Tardó unos segundos en contestar, aún no se reponía de la impresión de encontrarse cara a cara con un depredador sexual de manera tan abierta y flagrante.

—No. Soy sumiso —improvisó, solo para ver su cara. El otro lo miró con una expresión despectiva. Era de esos que también denigraba el rol sometido en los hombres. Un hipócrita.

—¿Eres sumiso de Flecha? No tienes pinta de perro, pensé que eras un lobo como yo. —Se rio de su propia gracia, pero Erik no lo secundó. No solo era peligroso. Además, era imbécil. Una pésima combinación.

—No. De hecho, ahí viene mi ama.

La casualidad quiso que Inés se acercara con un pesado *flogger*, una auténtica obra de artesanía, entre las manos. El hombre se enderezó, planchando con la mano las arrugas de su americana, claramente impresionado. Erik se mordió la lengua para no reír.

—¡Vikingo! ¿Has visto qué preciosidad? ¡Es perfecto! —dijo Inés, deslizando las largas tiras de ante por el brazo y chasqueando el *flogger* en el aire. Si lo hubieran ensayado, no habría salido mejor.

—Espero que esta vez no me despellejes la espalda, ama —dijo Erik. Pasó un brazo por su cintura y el otro hombre se quedó boquiabierto.

—Ja, ja. Muy gracioso. Ven, Dómina Flecha quiere saludarte. —Lo cogió de la mano y tiró de él hacia la esquina donde estaba la tienda. Hizo un gesto de despedida con la cabeza en dirección a su interlocutor y se alejó de él, asqueado.

—¿A qué ha venido eso de ama? —preguntó Inés entre risas.

—Luego te lo cuento. Vamos a ver a Flecha, necesito hablar con ella.

Tras saludar a la mujer, Erik le resumió en pocas frases lo que acababa de presenciar. Flecha asintió, preocupada.

—Ha venido un par de veces, es un neófito con ínfulas. Últimamente es más común de lo que queremos aceptar en realidad —dijo con tono disgustado—. Hombres que creen que con un traje, unas esposas y una fusta ya son los reyes del BDSM.

—A mí me parece más preocupante que les esté buscando las cosquillas a unas niñas —añadió Inés, que parecía impresionada por su relato—. Dudo mucho que sepan diferenciar una conducta abusiva de una gestión de poder.

—Así es, India. Para llegar al BDSM hay que recorrer un camino. En el sexo está casi todo permitido, pero cada cosa tiene su edad. —La mujer se sentó con dificultad, acomodando sus carnes envueltas en un amplio vestido de seda negra, sobre una silla. Erik la sujetó para ayudarla, y ella musitó un agradecimiento—. Esas chiquillas deberían vivir muchas cosas antes de elegir someterse a un dominante, si es eso lo que quieren. Formar un criterio de lo que quieren recibir, y, sobre todo, de lo que quieren entregar.

—¿Hay algo que podamos hacer? —añadió Erik. En cierto modo, se sentía responsable. Quizá debió decirle algo al hombre en la barra, pero Flecha negó con la cabeza.

—Son mayores de edad, en eso somos muy estrictos. Aunque me parece raro que hayan pasado la criba. Me enteraré de quién avaló su entrada, y mantendré un ojo puesto en ellas. ¡Perro! —Erik sonrió al ver a Inés dar un respingo de sorpresa con el cambio de registro de la dominatriz—. Vigila a ese grupito de ahí. Si alguien las incomoda, vienes inmediatamente a avisarme. Serás premiado. Ve.

—Sí, Dómina.

El hombre se apresuró a cumplir su mandato y Flecha recuperó el tono amable.

—¿Y a ustedes? ¿Cómo les va?

Inés y Erik se miraron. Erik alzó las cejas en una expresión de circunstancias. Inés se encogió de hombros y se atrevió a dar una respuesta.

—Estamos ajustando. Erik prefiere compartir en un ambiente más privado. Yo siento que mi curiosidad no va a saciarse nunca.

Flecha los evaluó con la mirada y asintió.

—Es el mismo proceso, en diferentes puntos. Nada más. Vikingo, si eres paciente y esperas que ella viva lo que tiene que vivir, llegará a ti con la madurez suficiente como para experimentar con una mayor intimidad. India... —Se detuvo e hizo un gesto circular con la mano para señalar el local—. No te encandiles con lo que ves. Esto es puro atrezo. El verdadero BDSM está aquí. —Se señaló la cabeza—. Y aquí. —Se señaló el corazón—. El resto es un decorado negro con gente disfrazada con mayor o menor acierto. Permiso.

La mujer se levantó y caminó hacia un pequeño grupo de gente que acababa de entrar. Erik estudió a Inés, que parecía sumida en una profunda introspección.

Las palabras de Dómina Flecha calaron hondo en ella. Sentía que estaba abriendo los ojos por primera vez en aquel lugar. Inés asistió, hipnotizada, a cómo el hombre del que hablaba Erik se acercaba al grupo irradiando seguridad. Las chiquillas se miraban y lanzaban risitas nerviosas. Cuando una de ellas se encogió al recibir una caricia sobre la redondez del pecho que asomaba por el vestido, Inés se envaró, dispuesta a acudir en su defensa.

—No es asunto tuyo, Inés. Y el perro de Flecha las cuida. — Inés miró a Erik con aprensión. Entendía que no era nadie para andar haciendo de madre de aquellas chicas, pero algo le decía que aquello no estaba nada bien—. Han empezado los juegos, ¿quieres ver?

Se apartaron de la escena incómoda y se dirigieron hacia donde estaban el potro, la cruz y la jaula. Inés arrugó la nariz al percibir cierto olor a cerrado, que las velas aromáticas distribuidas de modo estratégico para conseguir una iluminación cuidada no lograban disimular. Por primera vez, vio el lugar con otros ojos. Donde antes creyó ver glamur, ahora descubría un aspecto más bien industrial, con las paredes de cemento sin pintar cubiertas con unas telas negras no demasiado limpias. El suelo de baldosas blancas y negras dispuestas como un tablero de ajedrez sobre el que se erigía la barra del bar y las pequeñas mesas redondas con sillas de madera torneada estaba bien mantenido, pero en aquella área, los azulejos viejos y corrientes estaban recubiertos de una moqueta delgada de un color parduzco.

—¿Qué pasa, *liten jente*?

Erik la contemplaba con extrañeza y se acercó a él en busca de seguridad. Se había caído la venda que idealizaba lo vivido hasta aquel momento, y lo que veía no terminaba de encajar.

—¿Te habías fijado en eso? Es un poco...

—Es un poco cutre, Inés —dijo Erik, con esa mirada sarcástica de cejas alzadas que le decía que seguramente él se había dado cuenta desde el principio—. El aspecto de estos sitios

suele ser así, salvo que sean muy exclusivos. Y está bien. Que sea accesible, quiero decir.

—No quiero parecer esnob, pero es verdad —Inés frotó su espalda, buscando aclararse y él la interrumpió, deslizando las tiras del *flogger* por su cuello, para después atraerla hacia sí.

—¿Qué esperabas? No todos los locales son como en *Eyes Wide Shut*. El BDSM no es elitista, está al alcance de cualquiera que quiera practicarlo.

Tenía razón. Las personas que estaban allí disfrutaban sin fijarse en esas tonterías. Y a Erik no parecía importarle. Se estaba comportando como una niña caprichosa. Y, sin embargo..., no podía sacudirse la sensación de incomodidad.

Desplazó la mirada por la tabla con clavos de la que pendían las fustas, *floggers*, paletas de *spankig* y hatillos de cuerdas. El mobiliario que tanto la había impresionado las primeras veces que visitó La Ergástula se le antojó de calidad escasa. El potro y una cruz de San Andrés, aunque artesanales, estaban revestidos de una imitación de cuero pese a los herrajes brillantes. La silla que quería asemejar un trono, bastante desvencijada, Dómina Flecha disfrutaba de un agradable masaje en los pies de uno de sus sumisos. Ella exhibía una pose majestuosa, y su rostro expresaba una placidez extraña. El hombre arrodillado frente a ella la contemplaba con devoción. Los dos obtenían placer con la sencilla escena.

Y entonces lo entendió.

No era el cuero y el acero.

No era la estética de la ropa y lo atractivo de los juguetes o utensilios.

No era compartir con el resto de la gente, ni mirar lo que otros hacían.

Era vivir en el sexo aquello que te hacía feliz. Sin esconderse y sin hipocresía. Y, sobre todo, sin culpas.

—¿Quieres que estrenemos el *flogger*? —preguntó Erik, que parecía intrigado por su actitud estática. Estiraba las largas tiras de ante en sus manos, y verlo manejar el látigo la excitó mucho más que las escenas que se sucedían en torno a ellos. Se volvió hacia su vikingo: sabía perfectamente lo que le apetecía hacer.

—Sí. Pero no aquí. Vámonos a casa.

La sonrisa de Erik pudo rivalizar con el sol de medianoche.

Ya en el coche, Inés retorció las tiras del látigo mientras Erik conducía con calma hacia su apartamento.

—¿Qué te preocupa, *kjaereste*? No has abierto la boca desde que nos marchamos de la mazmorra.

—¿Crees que les ha pasado algo a esas chicas?

—No creo. Flecha estaba pendiente, y a la comunidad no le conviene que se la asocie con problemas. No todo el mundo entiende que hay una diferencia entre el BDSM y el abuso.

—Es complicado —coincidió Inés—. Yo he llegado vieja a esto. Quiero decir —aclaró ante la risa espontánea de Erik ante el comentario—, que sé lo que me gusta y lo que no en el sexo.

—Todas las elecciones tienen consecuencias, y al final, el BDSM tiene riesgos que hay que asumir. ¿Recuerdas el latigazo que me diste el primer día que fuimos allí? —Inés asintió. Claro que se acordaba. Cada vez que pensaba en ello, se encogía pensando en el dolor que le había ocasionado—. ¿A que no te quedaron ganas de probar después de aquello?

—Flecha sabía muy bien lo que hacía cuando me lo pidió —comentó Inés—. Es cierto. La confianza que tienes que depositar en la otra persona, sobre todo para ciertas prácticas... —Se estremeció al pensar en algunas de ellas realizadas sin conocimiento.

—El «sensato, seguro y consensuado» ofrece un marco muy laxo para moverse. Yo prefiero la confianza que se construye a través de una relación consolidada, y que los límites sean consuetudinarios.

Al llegar, Inés seguía dándole vueltas a todo el asunto. EL BDSM encerraba muchos más matices de lo que inicialmente había podido imaginar, y cuando Erik se acercó a ella con intenciones más que evidentes, ella lo abrazó, pero no alentó sus avances.

—Prefiero que nos vayamos a la cama tranquilos. La verdad es que se me ha ido la libido al suelo con todo esto.

—¿Nos vamos a Farellones? —dijo Erik, que parecía resignado. Abandonó el *flogger* sobre la mesa y se deshizo del

cuero que lo cubría con alivio manifiesto—. Es tarde, pero podemos meternos en cama y ver una película.

—Me parece genial.

Se quitó lo que llevaba puesto, se puso unos *leggings* y una camiseta holgada y se reunió con Erik en la entrada. De pronto, acurrucarse en su pecho mientras veían cualquier mierda en la televisión se le antojó un lugar seguro y fácil de manejar.

El ermitaño

—Mira que te gusta meterte en tu mundo —protestó Inés, besándolo en el cuello.

Erik dejó el martillo y el escoplo a un lado y la abrazó. Tenía razón, y sabía que a Inés le molestaba un poco el aislamiento que buscaba, pero no podía evitarlo. Estaba tan acostumbrado a ir a su aire, que ajustarse a los horarios y a la rutina de otra persona le costaba trabajo.

—Vamos a desayunar. Ya seguiré con esto más tarde.

—No me gusta despertarme sola en la cama —siguió refunfuñando ella—. Con lo que me apetecían unos cariñitos por la mañana.

Erik se echó a reír. Así que era eso. No había problema, tenía grandes planes para aquella noche de sábado. Aseguró la viga en el soporte y siguió a Inés hasta la cocina. Desayunaron juntos en la mesa y prepararon el día. Pronto cerrarían las pistas y subirían a esquiar. Tenían que aprovechar al máximo.

—Después tengo que trabajar un poco —se excusó, culpable—. Debo preparar la propuesta para la jefatura. Hay varias cosas que quiero implementar y creo que serán muy positivas para el desarrollo de la cardiocirugía del San Lucas.

—¿Sí? ¡Cuéntame! —dijo, entusiasmada, Inés.

Erik sonrió, algo sorprendido. Eso era algo a lo que tampoco terminaba de acostumbrarse. Inés siempre se interesaba por lo que hacía, disfrutaba de sus triunfos y empatizaba con sus cabreos y sus disgustos. Se lanzó a explicarle sus ideas sobre modificar los horarios, repartir el trabajo de manera distinta, involucrar más a los residentes y hacer más investigación.

Ella lo escuchaba con ojos brillantes de entusiasmo. Se dio cuenta de que él, envuelto en su mundo, se preocupaba muy poco por lo que hacía Inés.

—¿Qué tal te va a ti? ¿Qué rotación te toca después de hemodinámica?

—Bueno... me gustan los procedimientos, pero ya te comenté en la playa que los adultos me exasperan. La rotación dura tres meses, en diciembre empiezo Ecocardiografía Fetal con la Dra. Garay, ¡y me muero de ganas!

—Garay es dura. He coincidido en la discusión de algunos casos con ella y es una mujer arrolladora. —Se preguntó cómo encajaría Inés en el ambiente de su servicio, conocido por ser muy exigente y muy competitivo.

—Lo sé, me lo ha advertido. Viviana también me ha dicho que... bueno... que las obstetras de su equipo son bastante...

—Tienen fama de arpías.

—No lo he dicho yo —dijo Inés. Los dos se echaron a reír. Compartir ese grado de intimidad era delicioso—. ¿Cuándo sabrás el resultado de los méritos para la jefatura?

Erik abrió y cerró la mano en un puño varias veces, y después lo llevó hasta su boca, pensativo.

—Todavía está abierto el plazo, y la cosa va a estar más reñida de lo que creía. Portales, el nuevo cirujano... —Erik endureció la mirada e Inés se sorprendió de su expresión adusta. No se llevaban bien. Ambos eran cirujanos alfa, y Franco se encargaba de hacerles saber a todos que pelearía por uno de esos puestos pese a ser un recién llegado— tiene méritos de sobra, por mucho que me cueste reconocerlo.

—Guarida sabe cómo trabajas y cómo resuelves las cirugías complicadas —intentó animarlo Inés, señalando la torre de diplomas, revistas científicas con artículos marcados y certificados de ponencias—. Estoy segura de que una de esas jefaturas lleva tu nombre.

Se prepararon para subir a las pistas entre risas y besos robados cada vez que se cruzaban, e Inés disfrutó con la intimidad que estaban recuperando tras aquellas semanas de alejamiento. Tenía la invitación de Philip y Álex para otra de sus fiestas, pero lo cierto era que no le apetecía. Estar con Erik a solas, disfrutando de la

rutina, del día a día, era una novedad más que bienvenida. Aunque él tendiera a encerrarse en sí mismo.

Se lanzaron por las pistas saboreando lo que sabían que serían los últimos descensos. Inés no pudo evitar sonreír al ver a su vikingo deslizarse con pericia con una camiseta de manga corta azul eléctrico y un gorro de lana. Ni casco, ni gafas, ni cazadora... era inútil tratar de convencerlo. Estaba como loco. Las cimas de las montañas comenzaban a mostrar las aristas de roca grisácea, ya con poca nieve, bajo el sol intenso de primavera. Solo quedaban unas pocas semanas de temporada. Si seguía haciendo aquel tiempo, casi veraniego, duraría aún menos.

Compartieron una comida rápida en el Bajo Zero, pero después de remolonear un rato sobre las tumbonas al sol, Inés se abrazó al cuerpo masculino. Inspiró el aroma de su piel, algo sudada por el esfuerzo, mezclado con el protector solar que ella se había empeñado en untar en su cara y su cuello. Sintió su cuerpo desperezarse y deseó estar frente a la chimenea. Desnudos, si era posible.

—Vamos a casa —dijo ella, mimosa, contoneándose contra su torso. Erik la miró con un gesto de sorpresa.

—Hace una tarde preciosa, Inés. Vamos a esquiar un poco más.

Ella rezongó como un gato.

—Pero yo ya no quiero esquiar más. ¿Por qué no vemos una película o nos damos un chapuzón en la piscina? No he traído bañador... —dijo ella, invitadora. Metió las manos frías por debajo de la camiseta y acarició los pezones perforados. Bien. Se lo estaba pensando. De pronto, pareció decidir algo, sacó las llaves del coche y se las puso a Inés en la mano con una amplia sonrisa.

—Tú vete y descansa. Yo voy a esquiar un poco más. —Inés recibió un sonoro beso en la boca, estupefacta—. Ya tengo controlada una ruta fuera de pista que llega a pocos metros de la casa.

Inés no supo cómo, pero cuando se dio cuenta, Erik le había dejado las llaves y su cazadora, que no pensaba ponerse pese a que caía la tarde, y se marchaba a toda velocidad sobre su tabla hacia el telesilla para volver a subir.

Cerró la boca. Tenía la mandíbula desencajada de la sorpresa. Vaya. Tenía un calentón brutal, le hacía una invitación en toda regla... y se quedaba a dos velas.

No le quedó otra que calzarse los esquíes, meter a presión la enorme parka técnica de Erik en su pequeña mochila, y bajar hasta el aparcamiento. Mientras intentaba colocar las tablas en el portaesquí, se le cayeron al suelo con estruendo, lo que consiguió cabrearla aún más. Porque sí, estaba cabreada. ¿Eso era compartir los dos solos? ¿Cada uno por su lado? Los metió de cualquier manera en el maletero, acordándose del vikingo y de todos sus ancestros. Había accedido a ir a esquiar por acompañarlo, no porque le apeteciera demasiado. Lo que le hubiera gustado era quedarse a tomar el sol en la piscina y... bueno. Sí. Más sexo. Llevaba desde la mañana con ganas.

Desenvolverse sola en la casa se le antojó extraño. Raro. Se sentía, en cierto modo, una intrusa. Descargó el equipo con la misma sensación de irritación creciente. Marcó el código y dejó las botas de piel antes de entrar en la casa. No hacía frío, pero la chimenea se había apagado y se debatió entre comer algo primero o encenderla para sentir la compañía de las llamas. Años de encender fuego en Rancho, en la casa de sus padres, le habían enseñado a hacerlo con rapidez. A los pocos minutos de acomodar la leña fina, el fuego crepitaba frente a ella. Acabó por comer un bocadillo sentada en la alfombra junto al calor. Estaba exagerando. La temporada estaba por terminar y Erik había subido pocas veces a disfrutar de la nieve. ¿Cómo se sentiría ella si supiera que no podría bailar en... cinco meses? Se levantó con un suspiro resignado y, con su Kindle, tomó posesión de la butaca frente al gran ventanal. La luz entraba a raudales, envolviéndola en una calidez agradable, pero sin lograr desterrar el malestar de fondo. Al poco tiempo se quedó dormida.

—¿Inés?

Erik se frotó los brazos, aterido de frío. La jornada se había prolongado algo más de lo que pensaba, y aunque el sol calentaba,

la altitud hacía que la temperatura descendiera con rapidez. Se quitó la ropa térmica en la entrada y entró en el salón cubierto tan solo por el bóxer. Sonrió al descubrir a Inés dormida sobre la butaca. Las novedades agradables que descubría cada día junto a ella, los pequeños detalles de tener su compañía eran una sorpresa más que bienvenida.

Se acercó a ella y besó sus labios entreabiertos con dulzura. Amortiguó un quejido de protesta seguido de un ronroneo satisfecho cuando puso la lengua en juego. Rozó con los dedos la curva de su pecho, y jugueteó con el pezón que se alzó bajo la tela.

—Buenas tardes. O noches —dijo mirando al exterior. Estaba ya casi oscuro.

—Uhhmm —rezongó ella, estirándose con languidez sobre la silla. Erik sintió cómo se le erizaba la piel. Estaba cansado, pero su cuerpo respondía como una máquina bien engrasada. Y ella sabía qué botones tocar para ponerlo a funcionar—. Estás frío.

—Estoy helado. Déjame sitio.

La butaca era estrecha, pero consiguió acomodarse junto a Inés. Ella acabó por subir a su regazo y tenderse sobre él. Se acariciaron perezosamente bajo la manta suave y pesada, sin prisas. Tenían todo el tiempo del mundo por delante. Su erección estaba atrapada bajo el trasero de Inés, y dibujó la imagen penetrándola, con ella de rodillas frente a él, en la posición que tanto le gustaba poseerla. Pero no había por qué precipitar las cosas. Apartó la melena de su cuello e inspiró con avidez. Recorrió la delicada piel con besos y pequeñas succiones, sonriendo al notar los pequeños gemidos que ella emitía. La camiseta amplia y de algodón muy fino se desplazó, dejando su hombro al descubierto. Puso también las manos en juego por debajo de la tela.

—No llevas sujetador —dijo en un susurro ronco.

—Al llegar a casa me pongo cómoda, ya lo sabes —respondió ella, arqueándose para aumentar el contacto.

—Tu piel es suave.

—Pues tus manos no. Son ásperas —Erik se echó a reír y negó con la cabeza—. Pero me encanta sentirlas. En especial sobre los... pezones... —Ya lo sabía. Y se adelantó a que ella lo dijera, pellizcando las protuberancias con calma estudiada—. Y en mi...

—Dilo, Inés. —La miró a los ojos con una sonrisa perversa —. Vamos.

—En mi coño.

Su boca se hizo agua al escucharla hablar así. Inés se soltaba cada vez más. Que perdiera sus inhibiciones con él era un triunfo que saboreaba con satisfacción. No se hizo de rogar y llevó una de sus manos entre las piernas femeninas, primero por encima del pantalón. Inés abrió los muslos para darle acceso y no pudo resistirse a tantear por debajo de sus bragas. Inés comenzó a describir círculos con sus caderas, frotándose contra su erección. Ignoró la incomodidad de la postura para centrarse en el placer de sentir la humedad creciente que envolvía sus dedos, que se introdujeron levemente en su interior.

—Ah... Erik —jadeó ella.

Gud. Escucharla lo volvía loco. Abandonó sus pechos y cerró la mano sobre el cuello, obligándola a alzar el rostro. No la besó. Le comió la boca con intensidad. El ritmo de sus caderas y el compás de su mano se volvieron frenéticos. Los dedos de Inés se hundían en su nuca, entre su pelo, con avidez. ¿Qué más podía pedirle a la vida? Era un hombre afortunado. Asentarse con ella era algo palpable. Una realidad.

—Gracias por estar aquí, *liten jente*.

Ella se giró levemente para mirarlo, con una sonrisa tenue en sus labios y la mirada teñida de lujuria. Erik protestó al notar todo el peso de su cuerpo sobre su pene, hinchado hasta el punto del dolor. Tiró de la cinturilla de sus pantalones e Inés levantó el trasero para facilitar la tarea de quitárselos. Él se bajó el bóxer y la empujó entre los omóplatos hacia adelante. Primero necesitaba lubricarse. Fijó la vista en cómo su pene se hundía poco a poco entre los labios violáceos de Inés. El gemido y el movimiento de su cuerpo al penetrarla hizo que su erección palpitara, al borde de perder el control. Ella respondía estrechándolo en su interior con fuerza.

—*Kjaereste, Vaer sa snill...* —rogó en un gruñido ronco—. Por favor, Inés, deja de hacer eso.

Ella se volvió. La melena castaña escondía a medias su rostro, mostrando la mirada traviesa y lasciva, mientras lo atrapaba con contracciones lentas de su sexo. Clavó los dedos en su cintura

y la penetró con mayor profundidad. Cerró los ojos y apretó los dientes para prolongar la agonía. De pronto, las contracciones se hicieron más rápidas e intensas e Inés arqueó la espalda con un gemido dulce. Erik no se dejó ir. Quería su culo. Resistió el orgasmo devastador de Inés sin saber muy bien cómo, a punto de quebrarse. Cuando ella se desplomó entre sus brazos, la empujó hacia adelante y cayeron de rodillas sobre el suelo. Llevó las manos hasta su pene, e inspirando lentamente, se retiró de ella para volver a introducirse, esta vez en su orificio anal, violáceo y estrecho. Inés abrió las rodillas y bajó la frente hacia el suelo. Erik gruñó ante la muestra de sumisión. Era increíble cómo ella lo postraba a sus pies, incluso cuando él dominaba, al menos físicamente, la escena. No estaba seguro de dominar el juego mental. Se enterró en ella unos pocos centímetros y después, la empaló. Inés se tensó para contrarrestar sus embestidas con un quejido que lo llevó de nuevo al límite. Erik envolvió su melena en una mano y la asió con fuerza. Llevó la otra hasta el encuentro de sus muslos, por delante, para añadir mayor placer. Inés soltó un grito agudo cuando encontró su clítoris y lo atrapó entre sus dedos.

—*Ah. Helvete...* —Se corrió sin previo aviso y se desplomó sobre Inés, que cedió bajo su peso. Ella se deshacía en temblores entre sus manos en un segundo orgasmo algo menos intenso.

Con la mitad del cuerpo sobre la alfombra y el resto sobre el suelo de madera, con la manta enredada entre sus piernas y el bóxer aún en sus muslos, Erik se echó a reír al ver su reflejo en la cristalera.

—Animal —farfulló Inés, con el rostro escondido entre las hebras de su melena, humedecidas por el sudor.

—¿Yo? —dijo él, fingiendo estar ofendido—. Eres una provocadora, *liten jente*. Cualquiera día me matas de un infarto. ¿Qué es eso de... tragarme así?

Ella se echó a reír, mientras intentaba incorporarse. Protestó cuando Erik salió de ella y se levantó, y la ayudó a ponerse en pie. Se echó a reír, conspiradora.

—Un pequeño truquito.

—Trucos te voy a dar yo a ti —gruñó él.

La cogió por detrás de las rodillas y se la echó sobre un hombro. Ella soltó una carcajada y palmeó su trasero desnudo mientras subían por las escaleras. Se metieron en la cama y se abrazaron. Erik la besó en la frente, con una sonrisa en el rostro que estaba seguro no se borraría jamás.

Y otra vez se despertaba sola en la cama. Qué rabia. Era bien consciente de que se comportaba como una niña pequeña, pero echaba de menos sentir el cuerpo cálido de Erik antes de tener que enfrentar la jornada. Se dio cuenta de que estaba desnuda de cintura para abajo, y se echó a reír. Erik era un vikingo salvaje, ermitaño y terco hasta límites insospechados. Pero no quedaba otra que amarlo tal cual era. Recuperó sus pantalones tirados en el salón, extrañada de no encontrarlo allí, trabajando con las vigas. Tampoco estaba en la cocina, que la recibió con el aroma del café, todavía caliente. Se sirvió una taza y miró por la ventana. Erik podaba las ramitas de unos árboles, en una parte del jardín que ella todavía no conocía.

—Vikingo loco... —susurró, negando con la cabeza. Estaba en calzoncillos y con las botas de montaña sin abrochar, manejando las enormes tijeras de hierro como si fueran de juguete. ¡No eran ni las diez de la mañana! Todo aquel despliegue de actividad la ponía nerviosa, aunque también le generaba cierta ternura. Abrió la ventana de la cocina.

—¡Hola! ¿Por dónde puedo bajar?

Él se volvió y los ojos azules brillaron junto con su preciosa sonrisa.

—Baja por la piscina.

Inés salió y rodeó el café con las manos para calentarlas. Lucía un sol espléndido, pero hacía bastante frío. Erik la esperaba al pie de la escalera de obra que daba al jardín. Intercambiaron un beso suave y dejó que la condujera de la mano a la zona de la casa que no conocía. La franja de terreno no era muy grande, pero Erik tenía plantados varios árboles.

—¿Son frutales? ¿Cómo sobreviven a la nieve?

Él se echó a reír y se encogió de hombros.

—Los árboles son fuertes. En unos años, darán frutos en verano. He plantado un poco de todo. —Fue señalando los pequeños troncos casi sin hojas, enumerando: cerezos, manzanos, limoneros. Inés se dejó llevar de la mano, prestándole atención solo a medias. Desconocía esa faceta de él por completo. Sabía que le gustaba la montaña, los espacios amplios y libres, pero le costaba encajar aquel Erik tan... rural.

—¡Quién diría que normalmente vives en medio del Sanhattan, en un rascacielos de acero y cristal! —dijo riendo—. Se me hace raro verte así.

Erik negó con la cabeza y dibujó un amplio arco con el brazo, que abarcaba el paisaje de las montañas y la casa.

—Vivo en la ciudad porque no me queda otro remedio, Inés. En Noruega, la vida es muy distinta. Las ciudades son pequeñas, están muy cerca o al lado del mar. —Su mirada se tornó soñadora, velada por los recuerdos. Inés se preguntó si no echaría de menos su casa más de lo que en realidad admitía—. Las montañas te acompañan donde quiera que estés. Los noruegos somos de espacios abiertos, de deportes al aire libre, de naturaleza. Ni siquiera Oslo es una ciudad como puede ser Santiago, tan hostil. —No interrumpió su alegato encendido. Le gustaba hablar de su tierra, y le gustaba compartirlo con ella. Sonrió, contagiada con su entusiasmo—. Te encantará. Y Tromso, cuando vayamos, no querrás volver, te lo aseguro.

Inés esbozó una sonrisa que podría competir con el sol sobre las montañas. Erik la incluía en su futuro cada vez más, hablaba de viajes y de planes sin fechas concretas, y parecía cómodo con ello.

—Dicen que es uno de los mejores países de mundo para criar a los hijos —dijo Inés, sin pensar.

Erik frenó en seco su paseo por la parcela y se quedó inmóvil.

Casi dejó caer las tijeras de podar mientras abría y cerraba la mano libre. ¿Hijos? ¿A qué coño se refería? Un escenario que no tenía ninguna intención de invocarse materializó en su mente y un pánico helado atenazó su pecho.

—¿A qué viene eso ahora?

—¡Oh! Lo leí el otro día en el periódico —dijo Inés, adoptando un tono despreocupado. Pero la reacción quedó anotada con letras de fuego. Su cerebro se puso a diseccionar en un segundo plano aquel minúsculo detalle mientras cambiaba de tema de manera magistral—. También leí que sois muy patrióticos y que os encanta lucir la bandera por todos lados —añadió con tono despreocupado y algo burlón.

—¡Ah, sí! Siempre encontrarás una bandera en las casas. — Erik se aferró a ello con una desesperación dolorosa de ver—. El día nacional, la gente se viste con trajes típicos y la calle se llena con los colores.

Inés encajó el golpe con elegancia, y continuó la conversación con una perfecta alegría fingida mientras entraban de vuelta en la casa y la reacción de Erik sobre su inocente comentario sobre los hijos se retransmitía en bucle en su subconsciente.

—Voy a darme una ducha —dijo Erik, sin rastro de que el tema lo hubiera afectado para nada.

—Yo voy a cocinar algo, ¡me muero de hambre!

Inés no dejó de sentir que otro elefante rosa, aún mayor que el que ya había entre ellos, parecía ocupar toda la cocina cuando se sentaron en la mesa a comer.

De hecho, por más que intentó mantenerse atenta a lo que Erik le contaba mientras conducía de vuelta hacia Santiago, se dio cuenta de que contestaba con monosílabos, gestos de la cabeza o alguna interjección que más o menos cuadraba con lo que estaba diciendo.

En realidad, no era necesario darle tantas vueltas. Lo que ocurría era muy sencillo: ella quería tener hijos. Erik no.

—Inés, no me estás escuchando —protestó él—. Ya hemos llegado.

Comprobó, desconcertada, que estaban frente al portal de su edificio. Había pasado una hora larga rumiando y rumiando aquellos escasos segundos en los que a Erik parecía que, efectivamente, le iba a dar un infarto.

—¡Oh! Sí, lo siento. Mañana quedamos para comer, ¿de acuerdo?

Erik arqueó las cejas y lanzó una mirada suspicaz. Quizá intuía que el elefante rosa sí existía, porque no insistió en quedarse ni intentó retenerla cuando ella se despidió de manera apresurada con un beso tenso en los labios.

Mientras subía en el ascensor, Inés meditaba sobre las extrañas conexiones de la mente humana. Junto al elefante rosa del tema de los hijos se había instalado la cápsula en la que tenía encerrado el asunto de su infidelidad con Peta.

De pronto, todas las pequeñas, y no tan pequeñas, heridas que Erik le había causado, se abrieron y empezaron a sangrar.

Papeleos

Menuda guardia de mierda. A esas alturas del año, con el buen tiempo que hacía, la carga de trabajo en la UCI debería haber descendido, pero continuaban con los niños graves con problemas respiratorios igual que en pleno invierno. Movi6 el cuello de un lado a otro, agotada, y con la espalda r6gida por haber pasado la noche durmiendo a saltos sobre la silla del despacho. Marcos le alarg6 una taza de caf6 y sonri6, agradecida.

—Queda el cambio de guardia y nos vamos a casa. Un esfuercito m6s —la anim6. In6s se puso de pie y se ech6 a reír.

—Vamos all6.

Ya frente a la boca del metro, dud6 si dirigirse a su casa o ir a la de Erik. Era temprano, pero seguro que ya estaba en pie. Mejor asegurarse. Sac6 el m6vil y lo llam6, notando c6mo la expectaci6n y las ganas de pasar el d6a con 6l la embargaban. Descansar junto a su cuerpo c6lido y desnudo era lo primero que har6a cuando estuviera junto a 6l.

—Buenos d6as, *liten jente* —respondi6 con energ6a a su saludo.

—¿Est6s en mi casa o en la tuya? Necesito descansar, de verdad —dijo, mimosa. Las ganas de verlo comenzaban a transformarse en ansiedad.

—¿Mala guardia? A m6 no me han llamado no una sola vez en toda la noche. Ven aqu6 y lo solucionar6 en un momento.

—M6s te vale. ¿D6nde est6s? —repiti6, con impaciencia.

—En Farellones. Te espero con un buen desayuno hecho.

El cambio de marchas fue tan brutal, que se qued6 sin palabras por unos largos segundos. El cabreo la inund6 y se mezcl6 con el cansancio en una muy mala combinaci6n. No. No, no y no. No se meter6a en el coche, saliente de guardia, para meterse ochenta kil6metros de carretera de curvas.

—No te molestes. Me voy a casa.

Cortó la llamada porque si seguían hablando, iban a acabar muy mal. Le encantaba la casa de Erik en Farellones, pero si seguían así, iba a cogerle manía. Mucha. ¿No podía dedicarle al menos un pensamiento de consideración? El teléfono volvió a sonar y contuvo el impulso de estrellarlo contra el suelo. Respiró hondo y contestó. Estaba siendo injusta.

—Ya veo que has tenido mala guardia —dijo Erik con voz glacial.

—Siento haberte cortado la llamada. Sí, he tenido mala guardia. Tengo una contractura en la espalda bestial y no he podido dormir más de veinte minutos seguidos. No tengo el ánimo de coger el coche y subir hasta allí —dijo con sinceridad, y moderando el tono de voz. La falta de sueño la hacía perder los nervios, no era todo culpa de él—. Nos vemos mañana.

—Bajo a buscarte yo. Acabo de llegar, pero no me importa. De verdad.

Inés se echó a reír, y caminó frente a la boca del metro, impaciente. Lo único que quería era meterse en la cama y vegetar.

—No, Erik. Aprecio el esfuerzo, pero no vale la pena. Tú disfruta, yo voy a descansar. Mañana nos vemos en el hospital.

Un silencio de un par de segundos al otro lado de la línea. «No. No bajes, Erik. Por favor», rogó en su interior.

—De acuerdo. Nos vemos mañana.

Y, como siempre, cortó sin esperar respuesta. Le daba igual. En ese momento, no tenía ni las fuerzas ni las ganas de lidiar con sus incompetencias emocionales. Lo único que quería era meterse en la cama y caer en coma.

Pero cuando despertó cuatro horas después, lúcida y descansada, fue otra cosa.

Estaba enfadada.

Independientemente de que le apeteciera pasar el día con él, también tenían que trabajar. Los papeles de la fundación seguían acumulándose y él no había devuelto los primeros que le había pasado. Necesitaba su firma en los contratos por un día que la administración del Sótero había creado para las cirugías que iba haciendo. Se sentía como una maldita secretaria.

A última hora de la tarde, salió a correr para intentar imprimir un poco de energía positiva a su cuerpo; los temas pendientes con Erik en la balanza de lo negativo empezaban a pesar más de lo que quería admitir. ¿El sexo era magnífico? Sí. ¿Su compañía, deliciosa? Sí. Pero en un segundo plano seguían activas un montón de capsulas que, por salud mental, había pateado al fondo de su cerebro, y ahora no paraban de emerger.

Erik dejó su tabla de *snowboard* en el armario de la entrada, tras limpiarla y encerarla con dedicación, y volvió a mirar el móvil. Por enésima vez aquel día. Inés seguía sin dar señales de vida y él no se decidía a llamarla. Por un lado, no quería despertarla si estaba descansando. Por otro, prefería no enfrentarse de nuevo a su irritación. Había calculado mal. Dio por sentado que, tras la guardia, le apetecería descansar en la casa de Farellones con él. Ni se le ocurrió que el cansancio le quitaría las ganas. Estaba claro que la nieve y la montaña no significaban para Inés lo mismo que para él.

Era temprano. Si se marchaba a Santiago ahora, llegaría antes de la hora de cenar. Le mandó un mensaje al móvil y, sin esperar una respuesta y algo más animado, condujo de vuelta hacia la ciudad.

Se llevó un planchazo al ver que ella no estaba en casa. Un conserje al que no conocía le abrió la puerta y se sentó en las escaleras cuando llegó al piso de Inés. La llamó un par de veces por teléfono, sintiéndose un completo idiota. ¿Por qué había asumido que ella iba a estar allí, disponible, esperándolo complaciente? Dudó si levantarse y marcharse a casa, o esperarla en una cafetería en vez de aplanarse el culo en los escalones de mármol, pero siguió allí como un pasmarote, incapaz de moverse.

Cuando ella salió del ascensor, se incorporó con dificultad y una mueca de dolor. Inés lo observó, sorprendida.

—¿Qué haces aquí, Erik? ¿Ha pasado algo?

—No cogías el teléfono —dijo con tono apocado.

—Me fui a correr al parque Bicentenario y no llevé el móvil.

—Algo así me imaginé.

Ahí estaba su vikingo. Casi cuarenta años, la inteligencia emocional de un chico de dieciséis, y la terquedad de una maldita mula.

—Pensé que nos veríamos mañana —dijo al fin—. Si tengo que ser sincera, no me apetecía mucho verte.

—Me gusta que seas sincera. Y yo sí que tenía ganas de verte a ti.

—Ya.

Abrió la puerta de casa y él la siguió, sin hacer un esfuerzo aparente por arreglar las cosas, pero sin marcharse a su maldita casa. Cogió la botella de agua fría de la nevera y le dio un buen trago. Él estaba de pie, en medio del salón, sin decir nada. Soltó una retahíla mental contra toda la cultura nórdica y escandinava.

—Ya que estás aquí, podemos trabajar.

—¿Trabajar?

—Era parte de lo que teníamos que hacer hoy, ¿recuerdas? Hay un montón de cosas pendientes de la fundación, y no pienso sacrificar más horas de mi tiempo libre por cosas que son de tu competencia.

—Oh.

—¡Oh, oh! —repitió ella, sin poder evitar el tono burlón. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza—. Claro. Como eres el dios vikingo de la cardiocirugía, ni te dignas a bajar de las alturas para firmar unos malditos papeles que los pobres mortales necesitamos para hacer funcionar lo que ocurre en la tierra.

Erik se mordió los labios y un brillo divertido atravesó su mirada azul. Vale. Eso había sido divertido. Dejó escapar el aire por la nariz y sus hombros convulsionaron al intentar reprimir la risa.

—De acuerdo. Me lo merezco.

—Además, yo, que soy una simple mortal, cuando tengo una mala guardia necesito descansar y no meterme dos horas de carretera de curvas. Espero que, dentro de tu «celestialidad», logres ponerte a mi nivel y lo entiendas —continuó con irritación. Se cruzó de brazos y clavó la mirada en él.

—¿Esa palabra existe en realidad? —dijo él, con expresión interrogante. Inés lanzó un gruñido exasperado y él soltó una

carcajada—. ¡De acuerdo, de acuerdo! Tienes razón. Debería haber sido un poco más considerado, lo siento.

La atrapó entre sus brazos y ella le dio una palmada en un hombro, enfadada.

—Más te vale.

—¿Dónde están esos papeles?

Inés se desasíó de su abrazo y señaló los montones que había encima de la mesa del comedor. Esperaba que ahora se ablandara un poco, pero comenzó a pasarle documentos con diligencia y sin ninguna calidez. Cuando acabaron con el primero, siguió con los siguientes, sin darle ni un minuto de tregua.

—¿Dónde vas? ¡No hemos terminado! —dijo en un momento en que se levantó, más que harto.

—Voy a mear, Inés —dijo, también enfadado—. Si quieres me llevo los putos papeles al cuarto de baño, también.

Ella se levantó, agarró los papeles y el bolígrafo, y los estampó contra su pecho.

—Aquí los tienes. Cuando acabes, te puedes marchar a tu casa. Yo voy a comer algo, porque estoy hasta el mismo moño —replicó ella, con el mismo tono cabreado.

Vaya. Puta. Mierda.

Dejó los papeles sobre la mesa y fue al baño. Tenía que arreglar las cosas con Inés, pero no sabía cómo. Lo habitual era que no le durasen demasiado los cabreos, pero últimamente parecía cocinar a fuego lento cada metedura de pata que tenía con ella. En todos sus reproches había un rencor soterrado. Y él no tenía mucha mano izquierda para manejar este tipo de situaciones, lo sabía muy bien.

Se acercó a ella por detrás, muy despacio. Preparaba unos filetes en la plancha y rociaba un poco de sal sobre ellos con movimientos bruscos.

—¿Me puedo quedar a cenar?

—Esto no está funcionando, Erik —dijo ella, disgustada.

Frunció el ceño con suspicacia. ¿A qué se refería? Una sensación de pánico lo embargó de pronto, pero ella apartó la sartén del fuego y lo abrazó, soltando un suspiro.

—¿Qué quieres decir?

—La fundación. No funciona. Llevamos tres cirugías y los fondos ya están en las mínimas otra vez, ¿no has revisado las cuentas?

—No. La verdad es que no —respondió, preocupado. El dinero desaparecía a mayor velocidad de lo que él ingresaba—. Lo arreglaré mañana mismo.

—Es un proyecto precioso, pero no podemos llevarlo a cabo nosotros solos. Económicamente solo lo sustentas tú, y eso es una locura. Necesitamos más respaldo.

Erik asintió. Tenía razón, era hora de afrontarlo.

—Es cierto —aceptó, reacio—. Pero no se me ocurre qué podemos hacer. Quizá limitar a un caso cada dos o tres meses.

—Le he dado vueltas y quizá podríamos desviar los pacientes y los fondos al Salvecor. El viernes tenemos la fiesta de gala. —Erik abrió los ojos como platos, se le había olvidado por completo que tenía ese compromiso. Menos mal que tenía a Inés—. Habla con el doctor Calvo y coméntaselo, estoy segura de que cualquier ayuda será bienvenida.

—Pero no operaré yo a los pacientes —masculló Erik, pensativo. No quería perder el control de las intervenciones, era de lo más satisfactorio ser su propio jefe, pero ella negó con la cabeza, resignada.

—Seguro que se puede negociar, pero no podemos seguir así. El papeleo es una maldita locura y, económicamente, es un agujero sin fondo. —Por fin había vuelto la calidez a Inés, que lo abrazó con fuerza—. No puedes controlarlo todo, Erik. Esto se escapa de nuestra competencia, y lo sabes.

Asintió con cierta tristeza.

—Hablaré con Guarida y Calvo el viernes, y veremos qué se puede hacer. Gracias, Inés.

El abatimiento se cernió sobre los dos al saber que el precioso proyecto se iba, en cierto modo, a pique. Pero encontrarían la manera de reconducirlo.

No hablaron demasiado durante la cena, y en la cama se confortaron sin buscar nada más que el calor en el cuerpo del otro.

Había sido un día pesado, correoso, tenso.

Estrenos por todo lo alto

El miércoles no se vieron en el hospital. Inés acabó pronto en la consulta y Erik seguía en el quirófano operando cuando ella se marchó. Llegó a casa tranquila, descansada y satisfecha de haber hecho todos los recados pendientes en una sola tarde. Colgó con cuidado el vestido de seda morada con apliques de cristal que había usado para la boda de Loreto, recién salido de la tintorería, y se calzó los *stiletos* que usaría para la fiesta. Con un poco de suerte, los aguantaría toda la noche. El *clutch* de terciopelo sería el complemento perfecto. Genial. Una cosa menos en que pensar.

Porque tenía muchas cosas en la cabeza. Las discusiones y pequeñas pullas de las últimas semanas con Erik los estaban llevando a un callejón sin salida, y no quería continuar así. La culpa también era de ella, lo tenía muy claro, pero por alguna extraña razón, no era capaz de abandonar esa actitud infantil. Se preguntó si lo que le ocultaba estaba pasándole factura de algún modo. Todas las cápsulas de sus temas pendientes emergían una y otra vez a mayor velocidad de la que ella era capaz de pelotearlas a una zona donde la dejaran en paz. Y algunas, era bien consciente, eran enormes y difíciles de ocultar. El timbre de la puerta la arrancó de sus preocupaciones y le echó un vistazo a su reloj, era temprano, no más de las siete de la tarde.

—Hola, no te esperaba tan pronto.

—Le debo un favor a Portales. Ven aquí.

El tono de su voz la sorprendió y obedeció a regañadientes. Erik la atrapó, la giró bruscamente y tapó sus ojos con una mano. Inés inspiró con fuerza, su cuerpo respondió en tensión, presa de la expectación, cuando él vendó sus ojos. La ciñó con fuerza de las muñecas cuando intentó llevarse las manos a la cara.

—¿Qué haces, Erik?

—Tenemos un estreno pendiente. Pero aquí no es un buen lugar.

—¿Dónde vamos? ¡Coge al menos mi bolso! —protestó. No podía creerlo. La estaba esposando. Todas sus tribulaciones desaparecieron. Ahora tenía las manos, inmovilizadas por las pesadas esposas de acero que ella había comprado para él, sobre el abdomen. Esperando—. ¡Estás loco!

—Y si dices una sola palabra que no me guste, ya sabes lo que va a pasar, pequeña *brat*. —Las yemas de dos de sus dedos recorrieron sus labios y se introdujeron levemente entre sus dientes. Inés sintió replicar la sensación justo en el centro de su sexo—. Tengo la mordaza preparada para ti, justo aquí.

La pesada bola de silicona cayó entre sus clavículas, se la había atado al cuello, e Inés escondió una sonrisa. Erik había dejado salir al dominante. Él cogió las esposas, obligándola a alzar los brazos, y metió la cabeza entre ellos. Inés quedó colgando de su cuello, estirada, notando a la perfección el bulto de su polla contra la parte baja de la espalda.

—¿Dónde me llevas? ¿Qué me vas a hacer? —murmuró. Comenzó a respirar más rápido. Erik la tenía apretada contra su cuerpo y las manos bajaban desde el cuello hacia los pechos, cubiertos tan solo con la camiseta negra y ajustada.

—Me encanta que no uses sujetador. Y tus pezones delatan que a ti también te gusta. —Inició un masaje, frotando y retorciéndolos con firmeza y suavidad al mismo tiempo, hasta que de repente los apretó con fuerza. Ella dejó escapar un gemido—. Dime, ¿te gusta, Inés?

—Sí. Sabes que sí —afirmó. Su voz enronquecida y lánguida lo atestiguaba con más fuerza que la afirmación en sí—. Ah, Erik.

Ahora una de sus manos la acariciaba entre los muslos. Abrió un poco las piernas para darle acceso, y la deslizó dentro de su pantalón.

—Tampoco llevas bragas. Uhm. Eso es nuevo. —El borde de sus dedos tanteaba entre los labios húmedos e Inés comenzó a gemir al ritmo que marcaba su mano. Las rodillas le flaquearon y, por un momento, tuvo que dejarse caer en las esposas. El cuello de Erik se tensó, y llevó esa mano de nuevo a la boca—. Será mejor que nos vayamos, *liten jente*, o al único sitio al que llegaremos será al suelo de tu salón.

Dios. Amaba cuando se ponía duro con ella. En todos los sentidos. Erik salió de entre sus brazos y volvió a situar sus muñecas esposadas frente al cuerpo. La dirigió por los hombros hacia la salida, e Inés dio un respingo al sentir el portazo y cómo él cerraba con llave.

—Erik, ¿estás loco? ¡Puede vernos cualquiera! —susurró, asustada. ¿Qué pensaría cualquiera de sus vecinos al verla salir esposada, con los ojos vendados y medio desnuda?—. ¡Además, estoy descalza!

—Eso no es problema. —Inés reprimió un grito al sentir que perdía el suelo bajo sus pies, cuando Erik la cogió en brazos sin avisar—. Dime si quieres que detenga esto, Inés. Nos quedamos tranquilos en casa, no pasa nada. Pero si aceptas, no hay vuelta atrás. ¿Entendido?

Se mordió el labio, indecisa. Iban a ir en coche. Notó el cambio de temperatura y el olor a tubo de escape cuando salieron del ascensor, no quedaba duda de que estaban en el aparcamiento. Confiaba en él, sabía que jamás la pondría en peligro y aquel juego tenía una pinta demasiado buena como para acobardarse.

—Entendido, pero ¿puedo al menos quitarme la venda de los ojos?

—No.

Vaya. Qué mandón. Apretó los labios en un mohín de fastidio e intentó alcanzar sus labios para ablandarlo, pero solo pudo besarle el mentón. Erik abrió la puerta del coche y la acomodó en el asiento trasero. Se dejó hacer mientras abrochaba el cinturón.

—¿Voy atrás, yo sola?

—Sí. Cuídame esto —dijo él, sin dar mayor explicación. Inés sonrió al notar entre las manos las tiras largas y suaves del *flogger*. Así que estaban de estreno—. No quiero arriesgarme a preguntas incómodas, los cristales de atrás están tintados y nadie te verá.

El viaje se le hizo largo. Hasta que el coche empezó a zigzaguear no supo que se dirigían hacia Farellones. Hablaron de lo que habían hecho por la mañana, del plan a seguir para que la FUNCORP fuera absorbida por la otra asociación y de otros temas del hospital, pero se le hacía raro conversar con él sin poder mirarlo, sin poder pasar la mano por su nuca, o por su muslo. Permaneció

quieta en el asiento de atrás durante casi una hora, hasta que después se durmió. Despertó cuando Erik abrió la puerta y percibió el aroma de los pinos y el aire frío de montaña.

—Vamos, *liten jente*. ¿Necesitas ir al baño?

—No. Estoy bien.

La condujo hasta el salón, que los recibió con el fuego crepitando en la chimenea y una inusitada calidez. Erik la dejó de pie sobre la alfombra. No se había dado cuenta de lo suave y untuoso que era el tacto de la lana, siempre la había pisado en calcetines. Comenzó a respirar de manera acelerada al escuchar *Closer*, de Nine Inch Nails. Él caminaba alrededor, sin tocarla, pero lo suficientemente cerca como para percibir cómo se movía el aire.

—Muy bien, Inés. Voy a desnudarte. —Se arrodilló frente a ella y la despojó del pantalón delgado de algodón. Solo percibió la caricia de la tela al deslizarse, en ningún momento la tocó—. Sube los brazos.

Obedeció, notando cómo su sexo quedaba al descubierto al alzarlos y emitió un pequeño gemido al sentir su aliento cálido justo sobre su monte de Venus, cuando él habló de nuevo.

—Voy a abrir las esposas un momento. No bajas los brazos. Si me tocas, se acaba el juego, Inés.

Rezongó con una protesta desarticulada, pero no se movió. Erik le quitó la camiseta, y con un gesto hábil de solo un par de segundos, abrió las esposas. Tiró de la prenda y volvió a ceñirlas. Ella continuaba con los brazos estirados, y el sonido seco de un mosquetón al anclarse en la cadenilla la avisó de que estaba colgando del techo.

—¿Dónde estoy atada?

—No tengo una cruz de San Andrés, de manera que me he tenido que buscar la vida. Abre las piernas.

Inés obedeció de nuevo, y notó cómo ceñía en torno a sus tobillos las correas de cuero que ya conocía. Solo que, cuando intentó mover los pies, los tenía retenidos por una barra separadora.

—Estás perfecta, India. Y te tengo a mi merced.

Tragó saliva y entreabrió los labios para respirar por la boca. Intentó humedecerlos, porque los tenía algo secos. Se sorprendió al

notar el filo de una copa de cristal sobre ellos. Erik no dejaba escapar ni un solo detalle. Bebió con avidez unos tragos y sonrió.

—Agua con hielo y limón —susurró, sorprendida de que lo hubiese preparado para ella.

—Está bien refrescarse un poco, porque vas a pasar calor. Mucho calor —dijo él, con un tono perverso que la hizo estremecer.

El sonido de la deflagración de una cerilla y el aroma dulzón a sándalo estimularon su piel con la sinestesia de que el aire la estuviera acariciando. Había encendido una vela.

Erik comprobó en el antebrazo la temperatura de la cera. Lo suficiente para provocar un ardor sin llegar a quemar, y una textura que se solidificaba con rapidez. Rodeó a Inés y se situó tras ella, le costaba trabajo no tocarla, se le iban las manos y tenía que reprimirse una y otra vez.

—Vas a pasar calor —repitió, y vertió un pequeño chorro de cera en la parte baja de su espalda. Ella se tensó y un reguero rojizo descendió por la curva de su trasero, hasta casi llegar al muslo, y se solidificó formando un dibujo de una línea rodeada de salpicaduras. Repitió la operación, esta vez con un chorro más grande.

—Está caliente —protestó Inés, su cuerpo oscilaba hacia adelante y hacia atrás, o hacia los lados, en un bamboleo sensual.

—No te quemará, *liten jente*. Confía en mí.

Cogió el otro vaso de cristal que contenía otra vela encendida, que ya acumulaba una buena cantidad de cera derretida y siguió cubriendo la otra nalga. Después roció su espalda, arrancando siseos y pequeños jadeos que mezclaban placer y dolor.

—Erik —suplicó. Pero aún faltaba mucho para darle lo que quería, aunque estaba por abandonar la sesión y follársela ahí mismo, colgada de la viga del salón.

—No todavía, *kjaereste*. Me falta decorarte por delante. — Los pezones estaban fruncidos y apuntaban hacia él, acusadores. No pudo resistirlo. Llevó la boca hasta uno de ellos, lo lamió con delicadeza y lo succionó.

—Erik, ¡por favor! Más. —Sonrió. Podía estar inmovilizada y con los ojos vendados, pero jamás desaparecía ese punto exigente y caprichoso. Esta vez, la consentiría. Repitió los movimientos de su lengua sobre el otro pezón y después lo mordió, arrancándole un

pequeño grito. Sabía que lo había dejado palpitando, y roció con cera caliente el pecho. Ella siseó. Después el otro pecho, su vientre, sus muslos. Toda su piel estaba decorada de miles de gotas y pequeñas líneas. Dejó lo más delicioso para el final.

Comprobó lo que ya sabía llevando sus dedos a la entrada femenina. Estaba empapada. Saboreó su esencia, con los ojos cerrados, y se detuvo unos segundos para recuperar el control.

—Me está costando llevar a cabo esto —confesó en voz baja—. Me duele la polla y todavía no he terminado contigo.

Ella se echó a reír.

—Si me desataras, podría ayudarte —ofreció, tentadora.

—No. Primero tengo que acabar esto —dijo Erik, rociando la cera caliente sobre su sexo. Inés volvió a gritar y sus caderas vibraron en un movimiento involuntario—. Y ahora te la tengo que quitar.

Inés sentía que su piel estaba en llamas. El calor de la cera impregnaba su cuerpo, y el ardor le generaba un placer difícil de manejar. Sentir el chorro caliente entre sus piernas fue más de lo que creía soportar y se le escapó un grito ahogado. Cuando se movía, notaba las costras de cera adheridas a su piel, impidiéndole una movilidad normal

—¿Y cómo me la vas a quitar? —preguntó en un hilo de voz. Los pezones latían con la dureza de la cera estimulándola aún más, el interior de su sexo palpitaba por la necesidad de penetración y notaba la boca hinchada, con los labios recorridos por un cosquilleo sensual. Erik no contestó, pero escuchó el sonido seco del *flogger* al ser sacudido en el aire—. ¡Oh!

—Estrenamos por todo lo alto, *liten jente*. —Y acto seguido, descargó las colas del látigo sobre su trasero. La capa de cera se fragmentó en mil pedazos, amortiguando el azote de las tiras, y generando una sensación diferente a la que había sentido con anterioridad. La piel se expuso al aire, y el frío en contraste con la cera caliente le puso la piel de gallina. La cera sólida adherida a su piel le generaba una extraña sensación.

—¡Erik, fóllame! —suplicó.

Era demasiado. No sabía cómo se tenía en pie. Él ignoró su petición. Volvió a sacudir el *flogger* en el aire e Inés se tensó. El

siguiente latigazo sí era para ella, y lo descargó en la otra nalga. El aspersor de pequeños trozos de cera cayó por sus piernas, provocando un pequeño picor. Ahora todos los impactos caían sobre su cuerpo. Las treinta y dos tiras de ante caían sin descanso en sus muslos, en su espalda, de nuevo en su trasero. Toda su piel magnificaba cada mínimo roce, y sentía los impactos justo en el centro de su sexo, contraído hasta tal punto que creía que llegaría al orgasmo sin necesidad de ningún otro tipo de estímulo. Se detuvo unos segundos y supo que continuaría por delante, y se envaró. El primer azote sobre los pechos la hizo gritar, esta vez de dolor. La precisa balanza en la que, hasta ahora, se habían equilibrado placer y dolor a la perfección, se inclinó hacia el dolor, pero lo saboreó notando un regusto metálico en la lengua. Eran tantas las sensaciones que por un momento se le hizo inmanejable, pero Erik volvió a meterla en situación. Otro azote, seco, pesado, sobre el mismo pecho, y la balanza se inclinó de nuevo a favor del deleite. Cambió la dirección del *flogger*, y barrió la cera de su abdomen y de las piernas. Solo quedaba su sexo.

—Por favor, Erik. En el coño —suplicó. No sabía de dónde salía aquel lenguaje obsceno, solo que diría lo que fuera para conseguir una liberación.

—¿Cómo dices, *liten jente*? —fingió estar escandalizado. Ella soltó un grito de pura frustración cuando paseó con suavidad las tiras del látigo entre sus piernas. Necesitaba más.

—¡Azótame! —ordenó. Él se acercó, aferró su moño ya medio deshecho y la empujó hacia su boca en un beso agresivo que la dejó mareada, y después descargó el *flogger* con firmeza donde ella le había ordenado. Unas contracciones rítmicas, que no llegaron a construir un orgasmo, se apoderaron de su interior. La azotó de nuevo. Y esta vez, sí se corrió. Se dio cuenta de que gritaba porque escuchaba su propia voz, pero había perdido el sentido. Después notó el chasquido de la cremallera de Erik y sus dedos enterrarse en su cadera, para hundirse en ella y soltó una risotada de triunfo cuando la penetró. No duró mucho. Las salvajes embestidas la levantaron del suelo, y después, ambos quedaron colgando de la viga de madera. Inés recuperó el aliento y abrió los ojos.

—Eso sí que es un estreno por todo lo alto —resopló.

Aquellas sesiones parecían suavizarlos a los dos. Él disfrutaba ofreciéndole nuevas formas de placer, e Inés acababa por rendirse. No volvieron a discutir, de lo único que hablaban era de la fiesta de gala.

Cuando quedaron a comer al día siguiente, Inés estaba entusiasmada y volvía a ser la de siempre.

—¿Qué te vas a poner? —preguntó con curiosidad, mientras compartían un almuerzo rápido tras la consulta de la mañana—. Mi vestido es morado, por si necesitas saberlo.

—Esta tarde tengo que recoger el traje en el sastre. Voy todo de negro, excepto por la camisa, así que supongo que da igual.

—¿Puedo ir contigo?

—No. Es una sorpresa —dijo Erik con tono enigmático. No podía ir con ella o todo lo que tenía pensado se iría al garete.

—¿No nos vemos esta tarde? —Compuso tal mohín de tristeza que casi cedió.

—No. Pasaré a buscarte mañana por la noche a las nueve. Tengo muchas cosas que hacer.

Aquella noche sería mágica, ya se encargaría él de que así fuera. Le dio un beso a la boquita fruncida con fastidio de Inés y se marchó con una amplia sonrisa.

Fiesta de Gala

—Estás impresionante —afirmó Erik en voz baja, desde el quicio de la puerta del baño. Inés sonrió sin mirarlo, concentrada en delinearse la raya del ojo, con la cara casi pegada al espejo. Se le daba fatal.

—¡Ahora mismo acabo! —exclamó, intentando controlar el pulso tembloroso de su mano.

—Te espero en el salón, tengo que hacer un par de llamadas.

Inés contempló su reflejo con una sonrisa. Era la segunda vez que usaba aquel vestido. La vez anterior, en la fastuosa boda de Loreto. Morado, con escote palabra de honor drapeado y salpicado de diminutas cuentas de cristal, y una larga falda con abertura que se movía casi líquida entre sus piernas al caminar. Sus zapatos de tacón de acero, el abrigo de terciopelo que siempre la acompañaba en estas ocasiones y un *clutch* negro con cadena plateada.

Se había maquillado un poco más de lo habitual, más que nada para tapar las ojeras de una semana intensa y el saliente de guardia. Lo bueno fue que tuvo tiempo de hacerse la manicura, la pedicura e ir a la peluquería en un día maravilloso de acicalamiento y se notaba el resultado. Ahora sus uñas lucían un precioso rojo sangre que contrastaba con el vestido, y su melena caía en ondas estudiadas que enmarcaban su rostro.

Cuando llegó al salón, Erik estaba de espaldas con el móvil en la oreja, hablando algo de cornisas de piedra. Admiró su espalda recia enfundada en el negro del traje. Se dio la vuelta y el mundo desapareció. Aquella sonrisa terminaría por condenarla al infierno. La chaqueta negra caía sobre los hombros, enmarcándolos de manera perfecta, la pajarita encerraba su cuello fuerte y se había peinado hacia atrás con una coleta que le daba un aspecto enigmático y severo.

—Guau —murmuró. Su caminar contenido era aún más elegante al estar enfundado en el esmoquin.

—Creo que mejor no vamos a ninguna parte —susurró Erik, deslizando lentamente un dedo por encima de la línea del vestido, acariciando las redondeces de sus pechos. Inés suspiró.

—Estás guapísimo.

—Y tú... *liten jente*... estás preciosa. —Le costaba encontrar las palabras, e Inés lo besó. Primero con dulzura, luego con lascivia.

—Veo que te gusta —bromeó sin poder evitarlo, plenamente consciente de su erección presionando entre ellos.

—Inés. *Kjaereste*. —Se detuvo, solemne, y acarició sus brazos arriba y abajo. Ella lo miró, interrogante. Se había puesto muy serio de repente.

—¿Qué ocurre?

—Te he traído algo —afirmó. Nervioso. Buscó en el bolsillo interior de su chaqueta y depositó en su mano extendida una pequeña caja de cuero rojo. Cartier. Inés clavó los ojos en él, inmóvil.

¿Le estaba regalando una joya? ¿De Cartier?

—¿No lo vas a abrir? —Erik la miraba con las cejas enarcadas y una sonrisa algo titubeante.

Bajó la vista hacia la inofensiva cajita. Un revoltijo de oro blanco y brillantes, el espacio era demasiado pequeño, pero logró identificar una tuerca. Eran pendientes. Un brillante en el lóbulo, una finísima cadena de oro blanco y otro brillante de tamaño un poco mayor. Inés dejó escapar una exclamación admirada.

Erik abría y cerraba los puños, rojo como un tomate, con los brazos pegados al cuerpo. Los ojos azules destilaban ansiedad.

—Si no te gustan, puedes cambiarlos. Tengo la caja original en casa, pero era demasiado grande para traerla en el bolsillo —farfulló.

—Erik, son maravillosos. Son... ¡demasiado! —murmuró en voz baja. Él exhaló lentamente, intentando esconder el alivio que sentía.

Inés se desprendió de los pequeños pendientes que siempre llevaba, y se puso los nuevos. Casi no podía controlar el temblor de los dedos. Erik le había regalado diamantes. Se acordó de la conversación que un día tuvo con Loreto, cuando Julio le pidió

matrimonio y le regaló el anillo de pedida: «Cuando un hombre te regala diamantes es porque eres la mujer de su vida, Inés».

Se volvió hacia él, incapaz de decir nada. Tenía la garganta atenzada de felicidad. No era el valor de las joyas en sí, era el gesto. Lo que significaba. Lo que había detrás.

—Te quedan bien —dijo, deslizando los dedos por su oreja y después por el pendiente. Inés se estiró y le dio un beso dulce en los labios. Él correspondió con delicadeza—. Me da miedo tocarte. No pareces real. Ese vestido...

—Soy real —susurró Inés, cogiéndole la mano y poniéndola en su cuello. La caricia lo hizo mirarla con otra intensidad.

—Quiero follarte. Ahora.

—¡Y ahí está mi vikingo! ¡Casi, casi me estaba asustando! —dijo Inés con una carcajada—. ¡Vámonos!

En el coche, Erik le abrió la puerta. Estudió pensativo la abertura de la falda, y deslizó una mano desde la rodilla hasta el puntiagudo tacón. La miró a los ojos y ella asintió con una sonrisa traviesa. Eran los tacones que había estrenado en la primera fiesta de Álex y Philip.

—¿Te acuerdas de estos?

—¿Cómo no me voy a acordar? He soñado con la imagen de estos zapatos decorando mi cuello de nuevo desde que te follé con ellos puestos —contestó, subiendo la mano desde el tobillo hasta su sexo.

Inés dio un respingo y le apartó la mano, riendo.

—¡Para! El conserje nos puede ver. Y ya deberíamos estar allí.

Levantó el ruedo del vestido y lo acomodó de manera que se arrugara lo menos posible. Erik cerró la puerta y poco después enfilaban hacia el Colegio Médico.

A medida que se iban acercando, Inés se puso más nerviosa. Calvo, Guarida, Mardel y el resto del *staff* de la Unidad estarían allí. Era la primera vez que Erik y ella acudían a un acto oficial como pareja.

Dejaron el coche en el servicio de valet y Erik entregó la invitación al vigilante de la puerta. El fotógrafo les pidió que posaran bajo el arco de la entrada. Cuando lo hicieron, cogidos formalmente del brazo, el chico los animó a algo más espontáneo y Erik inclinó súbitamente a Inés entre sus brazos, forzándola a agarrarse de su cuello, riendo. La besó apasionadamente y el fotógrafo soltó una exclamación aprobadora. Iba a ser una noche inolvidable.

Al llegar al amplísimo salón, un *maître* los estaba esperando.

—Buenas noches —contestaron ambos a su saludo.

—¿Qué nos hemos perdido? —añadió Erik, mirando al resto de asistentes, que se mezclaban en el cóctel.

—Solo un pequeño discurso de bienvenida del Dr. Calvo. Han llegado justo a tiempo, la recepción acaba de empezar. —El hombre los miró apreciativamente—. Si me permiten decirlo, hacen ustedes una bonita pareja.

Ambos sonrieron, sorprendidos, e Inés le agradeció la atención. Recibirían esa valoración repetidas veces durante la noche. Después de señalarles la mesa donde se sentarían durante la cena, se retiró a acomodar a otros invitados. Inés dejó el bolso con la cadena enrollada en su silla y le echó un vistazo al resto de comensales.

—Estamos sentados al lado de la mesa presidencial, ¡qué importantes! —Se echó a reír divertida, y negó con la cabeza.

—¿De qué te ríes? —preguntó él, curioso.

—¡Qué machistas! Le han cambiado el sexo a Marita —dijo, con un tarjetón entre las manos, donde señaló «Dr. Mardel y esposa»—. ¡Y a mí me han quitado el título! —añadió, indignada—. Mira, «Dr. Thoresen y esposa».

—Apuesto a que esto va en contra de todos tus principios de mujer independiente y emancipada —dijo, cogiéndola de la mano.

—¡Pues sí! —replicó, elevando la barbilla con suficiencia—. Soy la Dra. Morán, brillante cardióloga infantil en ciernes. De hecho... —musitó, sacando un bolígrafo de su bolso. Tachó el «esposa» y con su letra femenina de patas de araña, escribió su título y apellido, asintiendo con aprobación. Él la observó con detenimiento y una sonrisa divertida.

—¿Tan terrible te parece la idea de ser mi esposa?

Ay. Casi se le cayó la tarjeta de las manos. Alzó la mirada, muy despacio. ¿Ser su esposa? ¿Su mujer? Balbuceó, medio atontada.

—Claro que no, ¿cómo...?

—¡Dr. Thoresen! ¡Por fin! Ven, quiero presentarte a alguien.
—Calvo llegó a zancadas, saludando con efusividad. Ni siquiera lo había visto. Era difícil prestarle atención a algo más que no fuera a Erik en esmoquin, con su pelo largo y rubio, y su sonrisa perversa al decirle semejante cosa—. Dra. Morán, está usted espléndida. Venga usted también.

Erik la empujó gentilmente poniéndole la mano en la cintura, y reaccionó por fin.

—*Showtime!* —dijo él en voz baja. Inés intuyó el fastidio. Erik entendía la necesidad de hacer un poco de *lobby*, pero era obvio que le costaba esconder lo mucho que lo aborrecía.

El presidente de la Sociedad les presentó a tanta gente que perdió la cuenta de los nombres y las caras. Recibió besos, cumplidos y miradas apreciativas, pero la conversación giraba en torno a la cardiocirugía, los cardiocirujanos, el congreso internacional... reprimió un bostezo entre los dedos y se desconectó de la conversación. Entonces entendió por qué las mujeres no estaban allí. Habían huido. Lanzó una mirada aprensiva hacia la mesa, donde charlaban sentadas.

Un camarero se acercó con una bandeja y Erik cogió champán para los dos, detectando su cambio de humor. Se alejaron unos pasos del grupo.

—¿Aburrida? —preguntó, tendiéndole una de las copas y una sonrisa sarcástica.

—Muy agudo, Sherlock —contestó ella, igualmente mordaz.

—¿Te vale esto, o quieres otra cosa?

—Champán está bien.

Erik le dedicó una sonrisa depredadora.

—Me gusta ese espíritu complaciente. Espero que lo mantengas después de la fiesta.

—¿Vas a atarme esta noche? —desafió ella, jugueteando con la solapa de la chaqueta.

—No. Esta noche quiero que tengas las manos libres. Quiero esas uñas rojas clavadas en mi espalda y en mi culo cuando te folle.

Inés se quedó clavada en el sitio. El tono de voz. La mirada ardiente. El morbo de la situación, rodeados de gente, encendió su piel y su sexo. La desidia desapareció para ser sustituida por lujuria.

—*Svarte Helvete* —susurró. Estaba excitada. Notaba la humedad entre sus piernas y los pezones endurecidos—. Su romanticismo me desarma, Dr. Thoresen.

—¿La he escandalizado, Dra. Morán? Y esa frase es mía, me la has robado —replicó él, con una sonrisa engreída en el rostro. Maldición. Hiciera lo que hiciera, reaccionaba pagado de sí mismo. ¡Arrogante! Cambio de estrategia.

—No. Me has puesto cachonda. Si no estuviéramos donde estamos, haría tus deseos realidad. —Lo rodeó con los brazos y deslizó sus uñas por la espalda en un gesto lento; disimulado, pero cargado de segundas intenciones. Erik la sostuvo por la cintura y la estrechó contra su cuerpo—. Este. Y el relacionado con mis tacones.

Y ahí estaba la reacción esperada, erguida entre ambos como una columna de acero. No podía ganar él siempre. Contoneó las caderas con disimulo contra él y le dedicó una sonrisa inocente.

—Porque acabamos de llegar y tengo que soltar un discurso —gruñó, con la mirada ardiendo en fuego azul—. Si no... te juro que... de hecho... —Luchaba con lo que quería decir, como siempre que ella lo descolocaba.

—¡Dr. Thoresen! ¿Se ha quedado usted sin palabras? —interrumpió, soltando una risita traviesa. Él asintió, amenazador.

—Sí, sí. Tú ríete. Ya veremos cuando te tenga en la cama, a ver qué haces entonces. Puede que reconsidere lo de amarrarte —amenazó, fastidiado. Inés se rio con aún más ganas. Por fin un poco de diversión. Brindaron en silencio por ello.

—¡Erik, ven un segundo! —llamó de nuevo Calvo, reclamándolo desde un nuevo círculo de personas de aspecto importante. La miró con gesto contrito, e Inés forzó una sonrisa.

—Ve. No te preocupes, ya nos resarciremos luego.

Lo empujó levemente, ante la insistencia de la llamada del cirujano.

Bebió de la copa de champán, sola en mitad del enorme salón. Soltó una risita divertida; así que eso era lo que se sentía al ser una mujer florero. Dejó la copa en la bandeja de un camarero que pasaba y echó a andar hacia su mesa, cuando alguien la retuvo del brazo. Portales.

—Hola, Franco. —No terminaba de gustarle aquel tipo. Era demasiado obsequioso, tenía una mirada huidiza y se tomaba demasiadas confianzas. Como en ese momento—. ¿Me devuelves el brazo, por favor? —dijo solo a medias en broma.

—Pero no sea tan arisca, doctorcita. La voy a acompañar a la mesa. ¿Qué hace tan sola?

Y no le soltó el brazo. Inés no sabía si estaba más incómoda o más cabreada por su actitud.

—El Dr. Thoresen está atendiendo a unas personas, pero viene enseguida. Lo tienes ahí, con Calvo y el ministro de sanidad.

Lo hizo a propósito. Quería picarlo. Para ella era evidente que lo que intentaba hacer pasar como una sana competitividad no era más que envidia por el prestigio de Erik entre los cardiocirujanos. Él esbozó una mueca sonriente pero tensa.

—El Dr. Thoresen. Siempre nadando entre los peces gordos, siempre la frase precisa, siempre la cirugía adecuada —enumeró, fingiendo bostezar y riendo. Inés soltó una risita, ¿buscaba connivencia con ella para aliarse contra Erik? Lo llevaba claro. Pero su frase de después la preocupó de verdad—. ¿No se aburre de que sea tan perfecto, doctorcita? Seguro que en la cama es aburridísimo. Si necesita un cambio, ya sabe dónde me tiene.

Y volvió a reír. Tal vez estaba borracho. Inés frunció el ceño, incrédula, mientras Franco la llevaba del brazo hacia la mesa. Menos mal que Erik apareció justo en ese momento.

—¡Doctor! ¡Cómo deja sola a esta belleza! —Inés compuso un gesto de asco y Erik traía una cara de muy pocos amigos—. No se enoje, si solo la estaba acompañando.

—Gracias, Franco. ¿Tú mesa no está por allí? —dijo señalando al otro extremo del amplio salón—. Están todos

esperando, será mejor que nos sentemos —añadió, cogiéndola de la mano. Inés aferró sus dedos. Era increíble lo diferente que podía hacer sentir el contacto con una u otra piel. De la repulsión a la más absoluta entrega. El tacto de Portales era repulsivo. El de Erik, cálido, tierno y firme a la vez.

—Sí, sí —contestó, aliviada—. Mejor vamos a sentarnos.

Portales hizo una reverencia exagerada y se marchó a su sitio. En el salón se hizo silencio cuando Calvo y Guarida se acercaron al atril con micrófono situado frente a las mesas.

Erik se inclinó hacia ella, con gesto algo tenso.

—Inés, es mejor que no te acerques a Franco. No es trigo limpio.

Lo miró, sorprendida por su afirmación, y también ofendida.

—¡Yo no me he acercado a nadie! Ha sido él. Al verme sola —recalcó con cierta inquina. Alguien siseó para hacerlos callar.

—Luego hablamos, pero no me gusta. No me gusta nada su actitud.

—Ni a mí —cuchicheó a su vez, Inés. Volvieron a hacerlos callar, ya comenzaba la presentación.

Calvo dio unos toquitos en el micrófono, atrayendo la atención de los comensales.

—Buenas noches, colegas, queridos amigos. Como todos los años, nos juntamos para la Fiesta de Gala del Corazón, que llevamos celebrando desde hace ya cuarenta y cuatro años. —Los aplausos atronaron junto con algunos silbidos de admiración—. Espero que estén pasando una bonita velada. —Se escucharon exclamaciones afirmativas, y alguna negativa.

—¡No des la lata, Jorge! —dijo una voz masculina; el resto se echó a reír. Eran como una gran familia.

—No los voy a entretener más, a mí ya me tienen muy visto. —Hizo un gesto con la mano, aplacando a su audiencia, que protestaba ante su afirmación—. Este año, el discurso lo va a dar un cardiócirujano que hace tan solo dos años que está entre nosotros. Vino de las antípodas y Guarida lo escondía celosamente en el Hospital San Lucas, hasta que en el simposio del pasado mayo todos conocimos su trabajo sobre ventrículo izquierdo hipoplásico y sus ideas revolucionarias. Este vikingo, como lo llaman algunos de

sus residentes, es el principal benefactor de la nueva Fundación del Corazón Pediátrico. Erik, por favor, deja de esconderte detrás de la Dra. Morán y sube aquí a contarnos de qué se trata tu proyecto — bromeó Calvo, fiel a su estilo.

Erik se puso de pie, y tras unos segundos de vacilación, dio un beso ligero en los labios de una sorprendida Inés, y se colocó tras el atril. Calvo le rodeó los hombros en un gesto paternal.

—Todo tuyo —dijo, señalándole el micrófono.

Erik lo acomodó a su altura, lanzó una mirada circular a los presentes, y se aclaró la voz.

—Buenas noches. No sé muy bien qué hago aquí —confesó con una sonrisa un poco tensa, que inmediatamente se ganó a los presentes—. Si es por mi labor de cardiocirujano, otros con más mérito deberían sustituirme —dijo, mirando hacia Guarida—. Y si es por la aportación económica a la FUNCORP... bueno, no es mayor esfuerzo que el de extender un par de cheques.

Inés sonrió con disimulo ante algunos comentarios que se elevaron ante la polémica afirmación. No podía evitarlo. Era tan arrogante que rozaba en lo despótico.

—A lo que me refiero es que ningún paciente en Chile debería quedarse sin un diagnóstico, un tratamiento, sea quirúrgico o no, y un seguimiento, si tiene un problema cardiaco. Mientras las autoridades terminan por entenderlo —dijo mirando en dirección a la mesa donde el ministro de sanidad y otros políticos se sentaban exhibiendo sonrisas incómodas—, nosotros podemos hacer algo a través de esta iniciativa. Desde aquí, doy gracias a la Dra. Morán por abrirme los ojos ante una realidad que desconocía y llevar todo el trabajo duro del proyecto. —Inés se derritió ahí mismo, sobre la mesa, sin importarle que todas las miradas convergieran hacia ella. El corazón le dio un vuelco ante la sinceridad que destilaban sus palabras. ¿Cómo no iba a estar enamorada de él?—. Pero mi cheque no es nada si no se acompaña de otros. Así que os invito a todos a participar de esta iniciativa y a aportar a una causa totalmente exenta de fines de lucro —concluyó, con un gesto seco de afirmación con la cabeza. El aplauso surgió atronador en toda la sala, había dejado al auditorio sobrecogido con la crudeza y la simplicidad del discurso.

—Estoy orgullosa de ti —susurró Inés, abrazándolo cuando llegó junto a ella. Esta vez el beso fue más tierno y largo, y suscitó un murmullo en la mesa. Le dio igual. Lo cogió de las manos—. ¡Estás helado! —dijo, sorprendida.

—Estoy aterrado. Odio hablar en público —gruñó él. Inés se echó a reír mientras frotaba las manazas entre sus dedos, y soplaba sobre ellos para darles calor.

Pronto estuvieron inmersos en la conversación, el vino y los entremeses. Inicialmente, las charlas versaron con puestas al día, problemas de los distintos servicios y la situación general de la cardiología pediátrica. A Erik lo interrumpieron varias personas que se acercaron a hablar con él, hasta que Calvo acabó por llevárselo a la mesa presidencial.

Y otra vez estaba sola. Lo estudió desde lejos, embelesada; no solo era un cardiocirujano brillante, era ambicioso y tenía dotes de liderazgo. Llegaría muy lejos en el terreno profesional, estaba convencida. Una de las subjefaturas sería para él. La certeza de la idea estaba revestida de una ligera ansiedad. ¿Dónde encajaba ella? Agitó la cabeza para alejar esos pensamientos. Erik estaba con ella. Ya pincharían más adelante los elefantes rosas que los sobrevolaban.

Tras el café, ofrecieron tragos largos y seguía sin acompañante. Volvía a estar aburrida como una ostra. La mujer de Calvo le hizo un gesto que atrajo su atención.

—¡Inés! Te sentaste pésimo, niña —dijo, riendo—. Cuando estos hombres se juntan, se ponen insoportables. Solo hablan de cirugía, cirugía y más cirugía. Soy Ester, la mujer de Jorge Calvo.

—Tienes razón, son unos pesados. Y ya bastante tengo con aguantarlos todos los días en el hospital —se quejó, dramática. El grupo de mujeres se echó a reír—. ¡Encantada, Ester!

Hicieron una ronda rápida de presentaciones y hablaron de sus respectivos trabajos. Había mucha confianza entre ellas. Se conocían desde hacía décadas y volaban las bromas, las miradas de cariño y las confidencias. Pronto se sintió totalmente a gusto

entre ellas. Las risas se hicieron más frecuentes con la llegada de las copas. Cuando Portales la abordó de nuevo, estaba tan absorta que ni lo vio venir.

—¿Te gustaría bailar? —ofreció, extendiendo la mano. Ella forzó una sonrisa cortés.

—No, gracias, Franco. Estoy muy entretenida con la conversación —respondió con diplomacia y los labios tensos en una mueca que destilaba frialdad.

—¡Bah! Ve a bailar, Inés. ¡Mucho más entretenido que estar hablando con esta manga de viejas! —dijo Ester, coreada por las otras mujeres—. ¡Aprovecha, niña!

—Lo cierto es que estos tacones de aguja me están matando —intentó de nuevo, con una risa forzada. Franco no entendía la indirecta y seguía ahí, de pie, demasiado cerca.

—Doctora, si no quiere, no hace falta que ponga excusas —dijo, burlón. Las mujeres lo apoyaron, instándola a no ser estirada, a corresponder su galantería. Inés acabo por levantarse, con una mezcla de furia y traición.

—De acuerdo. Vamos.

Llegaron a la pista y Franco la cogió de la cintura con confianza, estirándole el otro brazo hacia arriba con estilo. No bailaba mal, aunque la sujetaba con demasiada fuerza. Primero una bachata. La siguió un ritmo reconocidamente ibérico.

—Pasodoble —anunció él, ciñéndola a su cuerpo—. Tú que eres medio española tienes que saber bailar.

—¿Yo? ¡Ni idea! —exclamó, algo incómoda. Preferiría dejar un poco más de aire entre ellos, y se retiró hacia atrás en un gesto inconsciente, pero él no la dejó ir. Ella cedió. Al fin y al cabo, estaban bailando; era inevitable que sus cuerpos se tocaran. No hablaban. Se movían al compás de la música, ella, dejándose guiar, él, con expresión ausente en el rostro.

La música cambió, una balada de Juan Luis Guerra. Era una canción preciosa, pero Inés se encontró lanzando miradas de socorro hacia la mesa. Portales la estaba asfixiando. La tenía pegada a su pecho, el brazo enroscado en la cintura y la mano apretada en la suya sobre la solapa de su esmoquin, obligándola a inclinarse hacia él. Se revolvió, enfadada, pero él la estrechó aún

más. Podía sentir su pene erecto en el abdomen. No tenía por qué aguantar aquello. Puso las dos manos en su pecho y empujó. Con fuerza.

—Franco —comenzó con tono enojado de advertencia. Pero él sonrió con su mirada socarrona.

—¡No me diga que no le gusta bailar pechito con pechito! — se burló, sin soltarla.

—Si crees que no soy capaz de montar una pelotera aquí mismo, frente a todo el mundo si no me sueltas ahora —amenazó, volviendo a empujar con los puños—, es que no me conoces en lo más mínimo.

—Qué mal genio, doctorcita, ¡pero si solo estamos bailando! —rio él. Inés cogió aire, dispuesta a ponerse a chillar como una energúmena y él la soltó con una risotada.

Se alejó de la pista de baile ardiendo en pura furia. Menudo imbécil. No volvió a la mesa donde las mujeres seguían charlando y riendo a carcajadas, la tonta era ella por haberse dejado presionar.

Salió a la terraza por uno de los grandes ventanales; alejarse de la música y el bullicio de la fiesta era agradable. La noche estaba tibia, y olía a hierba recién cortada. Los aspersores emitían un ruido rítmico que la tranquilizó. No le apetecía volver a la fiesta, ya eran casi las dos de la mañana y no veía a Erik desde hacía al menos una hora. Suspiró. Se le daba fatal esto de ser mujer florero.

—¡Estabas aquí!

Erik abrió el ventanal y salió a la terraza, aliviado. Llevaba un buen rato buscando a Inés. La última vez estaba en la pista de baile, y él fue incapaz de zafarse de las conversaciones con los jefes. Cuando se levantó, se dio cuenta de que el salón ya se había vaciado bastante.

—Hola, ¿qué tal todo? ¿Ya le has arrebatado la presidencia de la sociedad a Calvo? —dijo, riendo—. He salido a tomar un poco el aire.

La abrazó y se besaron en los labios. Los pendientes le quedaban bien. Una mezcla de devoción, orgullo y ternura lo

envolvió de manera súbita.

—Siento haberte dejado sola, ¿qué te apetece hacer? ¿Tomar algo? Estaría incluso dispuesto a bailar, si quieres —dijo, sonriendo. Lo sorprendió ver que ella negaba con la cabeza, y componía una expresión de espanto. La sonrisa se congeló en sus labios—. ¿Qué ocurre?

—Nada, nada. Que Franco es imbécil.

—Os vi bailar juntos, ¿ha pasado algo? —Erik notó que la hiel subía por su garganta, pero Inés hizo un gesto displicente con la mano.

—Nada, nada. ¿Qué me ibas a contar el otro día sobre él?

Se tomó un momento para contestar. En realidad, era una acusación muy grave y no tenía la certeza de que fuera así. Pero sus pupilas dilatadas, el enrojecimiento de sus ojos y los movimientos nerviosos entre cirugía y cirugía le parecían indicios más que evidentes.

—Creo que Portales se pone con algo. ¡No tengo pruebas! —se apresuró a añadir, encogiéndose de hombros—. Pero lo he pillado un par de veces con un comportamiento muy raro.

Inés lo miró, preocupada.

—¿Estás seguro? Quiero decir... joder. ¿Y qué vas a hacer?

Erik negó con impotencia. ¿Qué iba a hacer? Nada.

—No tengo pruebas —repitió—. Pero lleva un ritmo infernal, que supera al mío. Es pendenciero y agresivo, y tiene arrebatos totalmente fuera de lugar. —Inés lo miraba reprimiendo una sonrisa—. ¡No tiene nada que ver conmigo! —dijo, airado. ¿Acaso lo comparaba con él? —. Yo puedo tener mal genio, pero en el trabajo intento mantener la calma.

Inés esta vez resopló y se echó a reír abiertamente. Eso lo hizo enfadar.

—¿En serio me parezco a Portales?

—No, no —dijo Inés, agarrándolo del brazo para aplacarlo—. Será que todos los cirujanos estáis cortados por el mismo patrón. Venga, vámonos a casa.

Solo unos pocos fiesteros tardíos se agrupaban en torno a la mesa de las bebidas o en la pista de baile. Los camareros recogían ya las mesas, y las luces estaban atenuadas. Inés cogió su bolso abandonado en la mesa, le hubiera gustado despedirse de las mujeres, aunque la hubieran empujado a bailar con Franco.

—Necesito ir al baño, ¿me esperas fuera?

Erik negó con la cabeza, mientras reprimía un bostezo con la mano.

—No. Voy a buscar agua, estoy seco. Te espero aquí.

Inés empujó la delicada puerta de cristal que separaba el salón del pasillo. Los baños estaban ahí mismo. Se tomó su tiempo, disfrutando del silencio, y se retocó un poco el maquillaje frente al espejo. Ahora se irían a casa. ¿A la de Erik? No, mejor a la suya. Tenía la nevera mejor surtida y necesitaba sus productos de belleza para desmaquillarse. Salió sumida en sus pensamientos y casi chocó con Portales, que salía del servicio masculino.

—Disculpa, buenas noches —murmuró, sin prestarle demasiada atención y a modo de despedida. Pero él la sujetó del brazo.

—¿Ya se va, doctorcita?

—Sí, ya es tarde.

—No, no se va a ninguna parte. —El tono agresivo de su voz la hizo prestar atención, olía bastante a alcohol. Y tenía las escleras inyectadas en sangre, un temblor nervioso en los labios y las pupilas dilatadas. Mierda. Erik tenía razón.

—Disculpa —repitió con firmeza, arrebatando el brazo de su garra—, pero me están esperando.

—Un ratito, no más. Quédese conmigo —contestó con un mohín burlón que la sacó de quicio, y la agarró con más fuerza—. Antes me dejó todo caliente, y se arrancó con el vikingo. Eso no se hace. Acompañeme un poquito, no sea tan estirada.

Inés intentó desasirse, pero el agarre del brazo era como un tornillo de banco. Portales era tan alto como Erik y quizás más corpulento. No tenía ninguna posibilidad. Aun así, forcejeó hacia la puerta de cristal y consiguió desplazarlo algunos pasos.

—Suéltame, Franco.

—Oiga, pero no se ponga brava. —El irritante tonillo burlón la estaba poniendo frenética. Buscó desesperadamente a alguien que pudiera ayudarla. Él se echó a reír como una hiena—. Acá solo estamos nosotros dos, mejor se queda quietita y me acompaña al baño.

Intentó empujarla en esa dirección, y se resistió, asustada. Soltó un grito agudo y le descargó una bofetada con el puño cerrado en el rostro con todas sus fuerzas.

Franco la soltó, sorprendido, pero fue peor. Durante unos segundos, creyó poder escapar de él por el pasillo hacia la puerta de cristal, pero la rabia provocada por su ataque lo hizo enloquecer.

—Maldita zorra...

La atrapó y la empujó contra la pared con violencia, metiéndole un muslo entre las piernas. Asustada, y muy cabreada, empezó a gritar y forcejear con todas sus fuerzas. El aliento a alcohol apestando sobre su boca la hizo girar la cara con asco. Ni siquiera entendía lo que le decía. Habían pasado tan solo unos segundos, y le parecieron años. Sintió una mano apretarle un pecho y gritó desesperada, defendiéndose con uñas y dientes, pero el vestido y los tacones no ayudaban. Los tacones. ¡Los tacones! Presa de una súbita inspiración, empujada por el miedo y la rabia, alzó la rodilla y clavó con fuerza su tacón de acero en el empeine del cirujano.

—¡LIBRE! —gritó triunfante, y se alejó corriendo hacia la puerta; al mirar atrás, la invadió cierta satisfacción al ver a Franco saltando sobre un pie y aullando como un perro malherido. Había sido capaz de quitárselo de encima.

Erik apareció en la puerta, y chocó con su pecho. El alivio que sintió la hizo abrazarse a su torso con fuerza.

—¡Menos mal que estás aquí!

Erik no respondió. No se movió. Inés alzó la mirada hacia los ojos azules, que pasaron del desconcierto a la extrañeza y después, a la ira. Franco dejó de saltar y lo miró con la misma intensidad.

La agarró de los hombros y la apartó a un lado. Inés lo vio. Sus intentos por contenerse, por sofocar la rabia. Todo su cuerpo temblaba. Abría y cerraba los puños cada vez más rápido. Su tórax se elevaba con el ritmo rápido de su respiración. Sus hombros se

cuadraron y pareció aumentar de tamaño. Su cuello se ensanchó. Casi podía escuchar el latido de sus carótidas.

La sonrisa malvada de Portales hizo que Inés girase la cabeza hacia él. Se acercaba a pasos lentos, con las manos abiertas, como un maldito matón del oeste.

—¡A ti te tenía yo ganas, huevón! —dijo entre dientes justo antes de echar a correr para salvar los pocos metros que lo separaban de Erik.

Inés se vio empujada por él a un lado. Mierda. Mierda, mierda, mierda.

—ERIK, ¡¡NO!!

Situaciones surrealistas

—¡A ti te tenía ganas, huevón!

Portales se lanzó hacia él a la carrera. Durante un segundo, la ira y la contención se enfrentaron en perfecto equilibrio. Todas las fibras de su cuerpo reverberaban, presas de la lucha interna. Cerró los ojos un instante, y la imagen de Inés, agredida por aquel cabrón, terminó por inclinar la balanza hasta desatar sus instintos.

—Erik, no.

La voz de Inés le llegó lejana. Amortiguada. Era producto de la subida de tensión. Sentía los oídos acorchados y la garganta seca. Solo tenía un objetivo. Ir a por él, y esprintó hacia su encuentro.

Se encontraron en el medio del pasillo como un choque de trenes. El impacto de los cuerpos emitió un sonido mate y el dolor lo sorprendió. Nunca le había pasado. Ambos rodaron por el suelo, pero quien descarriló fue él. Se contorsionó hasta ponerse de nuevo en pie. Franco era corpulento y más alto, y era evidente que estaba bajo el efecto de alguna droga. La violencia de su mirada inundó sus venas de adrenalina con una emoción nueva: terror. Alzó los puños en una postura defensiva, justo a tiempo.

—Voy a por tu carita linda. Cuando acabe contigo no te va a reconocer ni tu mamá —amenazó Portales, levantándose encabronado.

Erik se dio la vuelta y recibió en la mandíbula un terrible gancho. No ponía en duda en ningún momento su amenaza. Trastabilló hacia atrás y sacudió la cabeza, atontado. Pero el segundo golpe no lo pilló desprevenido, y bloqueando su puño con la mano izquierda, conectó un derechazo en el centro de su cara. La sangre comenzó a brotar y Erik tragó saliva. Pero aquello no hizo más que encabronarlo y Portales volvió a abalanzarse sobre él. Lo esquivó. Al menos conservaba la ventaja de estar sobrio, y el puño describió un arco en el aire. Siguió un ataque frenético de puñetazos

de los que se defendió a duras penas. Había encontrado la horma de su zapato, y recibió varios golpes en las sienes y en las costillas.

—Ya está bien, Franco —gruñó, jadeando por el esfuerzo y la tensión. Lanzó una mirada circular. Inés estaba allí, desencajada de angustia, pero tenían más público. Alguien sugirió llamar a los carabineros—. ¡Ya está bien! —gritó, en un intento de hacerlo entrar en razón.

Portales ni siquiera lo había escuchado. Se lanzó contra el abdomen de Erik como un cohete, y cayeron los dos al suelo de nuevo. Erik se lo quitó de encima y se puso de pie. Aprovechando la ventaja, justo cuando iba a encajarle una patada en las costillas, Inés lo llamó con todas sus fuerzas. Erik se detuvo un segundo, como en trance. Ella se acercó, levantándose el vestido para no pisarlo y tiró de su mano. La miró a los ojos grises, cubiertos de lágrimas, angustiados.

—Erik, no —suplicó en voz baja. Él la miró sin verla, y se volvió hacia su oponente, aún intoxicado por la adrenalina del momento—. Erik, ¡por favor! —repitió, en un sollozo.

Alguien más se acercó a sujetarlo, pero él dio un manotazo brusco. Todo su cuerpo temblaba. La cabeza le daba vueltas y un dolor intenso agujoneaba su sien derecha. Se llevó la mano a la boca y miró hipnotizado la sangre que manaba de ella, mientras Inés lo conducía hacia la puerta.

—¡Estoy bien! Estoy bien —afirmó, irritado por las palabras suaves y las caricias de Inés sobre su espalda en un intento de calmarlo. Portales parecía ido, flotaba en otro mundo. Pero no. Súbitamente, volvió a atacar con el puño en alto. Erik lo esquivó con habilidad y su mano se estrelló contra el delgado cristal de la puerta, haciéndolo añicos. Un silencio ominoso fue seguido por un grito aterrador y la sangre brotó de su mano. Los alaridos de él se mezclaron con los de advertencia de Erik y las peticiones de que se detuvieran. El galimatías de voces y gritos lo sumió en un estado de irrealidad.

No sentía nada.

Ni cuando lo esposaron a la espalda, con los destellos azules y rojos de la baliza iluminando la noche. Ni cuando lo metieron en el coche patrulla, impregnado con un olor rancio y penetrante. Ni el

trayecto hasta la comisaría, donde les advirtieron que era probable que pasaran la noche entre rejas.

Inés asistió, sumida en una nebulosa, al espectáculo de ver a Erik con las manos esposadas a la espalda meterse en el coche de carabineros. Portales había salido en otro vehículo un poco antes. El corrillo de curiosos se había disuelto, y estaba sola en el vestíbulo del Club Médico. Se tomó unos minutos para respirar. Otra vez. ¡Otra vez! Recordó con claridad cuando había estrellado su puño en el marco de su coche. O la vez que lo retuvo antes de ir a por Claudio. O cuando dejó una bonita marca radial en el espejo de su cuarto de baño. No era más que un crío. Arrogante. Inmaduro. Descontrolado. Una intensa desilusión la envolvió, con trazas de auténtica furia. Se planteó la posibilidad de dejarlo tirado. Por ella, como si se pudría en la cárcel.

No. No podía hacerle eso.

Recordó que tenía las llaves del BMW en el bolso y se dirigió hacia el aparcamiento taconeando sobre el suelo elegante de mármol. No supo ni qué le dijo al hombre que le trajo el coche, y condujo hacia la comisaría de Carabineros de Lo Barnechea con la cabeza en una espiral de recuerdos aviesos. La balanza se inclinó hacia lo negativo sin retorno. En su retina estaba grabada una sola imagen: el rostro ensangrentado de Erik y en la mano inerte de Portales tras estrellarse contra el cristal.

Desde la entrada se escuchaban los gritos airados de ambos. Portales exigía que «ese loco hijo de puta» pasara la noche encerrado, y ambos se amenazaban con demandas y contrademandas. Cuando entró, el espectáculo era aún peor. Dios mío... ¿Cuánto había sangrado Erik? Tenía la camisa blanca del esmoquin totalmente salpicada de sangre, y la hinchazón de su nariz comenzaba a tomar proporciones preocupantes. Seguro que estaba rota. Ambos rellenaban furiosamente y concentrados, callados ahora, unos papeles. Ni siquiera se dieron cuenta de que ella estaba allí.

Eran casi las cuatro de la mañana, pero decidió llamar a Loreto. En un destello de lucidez se dio cuenta de que, si había denuncias de por medio, a Erik le iba a venir muy bien contar con un abogado.

—¿Loreto? —Su voz dejaba traslucir toda la ansiedad y preocupación que sentía.

—Diga... ¿Inés? —La voz pastosa delataba que acababa de despertar de un sueño profundo—. ¿Qué pasa? ¿Qué haces llamando a estas horas? —A medida que hablaba, sus palabras cobraban fuerza y lucidez.

—Loreto, creo que Erik está metido en un lío. Gordo.

La puso rápidamente al corriente de la situación y mencionó los daños de Portales. No le contó su parte en la historia; en realidad no tenía mayor relevancia y prefirió dejarlo para después.

Erik se acercó a ella en ese momento. Preocupado. Cabreado.

—Tienen que darme luz verde para marcharme de aquí. Aún no tengo claro si voy a tener que pasar la noche entre rejas. —Se tocó la nariz y soltó un gruñido de dolor—. ¡Joder! ¡Joder, joder, joder! —exclamó, con rabia y frustración.

—Erik, tienes que calmarte —pidió Inés con un hilo de voz, al ver la cara de pocos amigos del oficial de guardia—. Tu actitud no te ayuda en nada.

—¿Que me calme? —soltó una risotada irónica que la hizo encogerse en el asiento—. ¡Lo que quiero es matar a ese maldito hijo de puta!

—¡Ssshhh! —intentó apaciguarlo Inés—. Erik, he llamado a Loreto y...

—Que has hecho, ¿qué? —preguntó el, atónito. Su rostro demudó en una expresión glacial.

—La he llamado para que te asesore como abogada. —Inés inhaló y exhaló despacio y miró al techo. No era el momento de perder ella también los papeles—. Le he hecho un resumen de la situación y opina que...

—¡Lo que me faltaba! —interrumpió Erik, elevando la voz—. ¿No tengo suficiente, que ahora metes en medio a tu hermana?

Lo miró, presa de la indignación por su agresividad. Seguía fuera de control, ¿acaso no se daba cuenta de la gravedad de la situación?

—Oye, he llamado a Loreto porque si te ponen una denuncia, más vale que tengas un buen abogado al lado —siseó, enfadada. No tenía por qué aguantar sus desplantes. Lo único que quería era ayudarlo—. Si tienes uno, ¡llámalo! ¿Tienes?

—No, no tengo. Quiero decir, tengo un abogado en Oslo que lleva mis asuntos, pero no aquí —respondió él, más calmado. Inés asintió, mordaz. Ni siquiera había pensado en ello.

—¡Muy bien! Pues llama a tu abogado de Oslo, o deja que Loreto te asesore. Por lo negro que se está poniendo esto, ¡la vas a necesitar!

Erik le lanzó una mirada preocupada. Estaba hecha un manojo tembloroso de nervios y su actitud la enervaba aún más.

—Tranquila, Inés. Ya está, ya pasó.

—¿Tranquila? ¡Yo estoy muy tranquila! —exclamó, irritada—. ¿Y por qué no te tranquilizaste tú antes? ¿Eh? —Sabía que estaba siendo injusta, pero a esas alturas de la noche había perdido cualquier ecuanimidad.

—Inés, ¡ese imbécil me atacó primero! —replicó Erik, ofendido—. ¿Y crees que iba a dejar pasar lo que te hizo? ¡Vi perfectamente cómo se sobrepasó contigo!

—¡Y tú mordiste el anzuelo como un idiota! ¿No te das cuenta de que va puesto de coca hasta las cejas? —Retorcó la cadena de su bolso con dedos nerviosos sobre su regazo—. ¡Tienes que aprender a controlarte, Erik! Ya ves que pude defenderme sola.

—¡Ya lo sé! —replicó él, frustrado—. Pero no puedo. Ya sabes que cuando lo veo todo rojo, ¡no puedo! —Se sujetó la cabeza entre las manos con un rictus de dolor y desesperación. Esos golpes en la cara tenían que doler.

Se mantuvieron en silencio durante los minutos en que Portales hablaba con los agentes, lanzando miradas envenenadas hacia ellos de cuando en cuando. Se preguntó qué había sido de su noche mágica, del bienestar que sentía cuando estaba entre sus brazos. Erik la agarró de la mano con fuerza, pero su contacto no le resultó reconfortante. No apartó la mano, pero hizo un esfuerzo

consciente para no hacerlo. Un insulto obsceno dirigido hacia ella de la boca de Portales hizo que Erik se pusiera en pie de guerra de nuevo.

—Te aconsejo que cierres la boca, cabrón de mierda —dijo con voz letal, Inés se encogió en el banco de madera—, o vas a tener la mano que te queda a juego con la otra.

—¿Me estás amenazando?

Se enzarzaron de nuevo entre amenazas y gritos. Los carabineros trataron de poner orden, pero ellos estaban obcecados, no escuchaban a nadie. Los dos hombres, enormes, con los rostros y los puños ensangrentados, se encaraban a escasos centímetros. Si nadie se imponía, aquello acabaría muy mal. Inés se frotó los brazos y controló un acceso de escalofríos. Hacía mucho frío en el interior de la comisaría.

Loreto entró, impecable y profesional pese a ser más de las cuatro de la mañana.

—Buenas noches. —Su voz atronó por encima de la algarabía y, de manera increíble, todos guardaron silencio—. Les aconsejo a todos los presentes que mantengan un poco de civismo, por favor.

Los rostros de Erik y Franco se tiñeron de vergüenza. Sintió un alivio indescriptible al ver a su hermana, que se sentó junto a ella. La abrazó brevemente y echó una mirada circular para calibrar lo que había pasado.

—¿Quién inició la pelea? —preguntó con tono clínico. Nunca la había visto así.

—Portales. Él fue quien provocó a Erik, pero Erik también se le tiró encima —cuchicheó Inés, con la cabeza pegada a la de su hermana.

—¿Y qué llevó a Erik a hacer semejante cosa? —preguntó, escandalizada, Loreto.

—Porque Erik tiene un problema de control de la ira —explicó, a falta de un argumento mejor. Vaciló antes de contarle el

resto de la historia—. Y porque vio cómo Portales se sobrepasaba conmigo.

—¿Cómo?! —exclamó Loreto, anonadada. La agarró con fuerza de los hombros y la obligó a mirarla a los ojos. Inés se tensó, intimidada—. Más vale que esto no sea uno de tus dramas, Inés, porque...

—¿Que te inmovilicen contra una pared, metiéndote una pierna entre los muslos, y que te agarren una teta mientras te dicen que eres una puta calentona te parece suficiente drama? —respondió ella, con la voz temblando por los nervios. Acto seguido, se echó a llorar, liberando la tensión contenida. Ya no podía más.

—¿Mi niña! —la consoló su hermana. Rehízo su pose profesional con rapidez—. No te preocupes. Estas cosas pasan todos los días, y peores. Voy a cerrarle la boca a Erik antes de que siga metiendo la pata con sus amenazas. —Lo miró con auténtico odio, pero la besó en la frente y la abrazó con fuerza—. ¿Has puesto ya la denuncia?

—¡Ay, Lore! No sé. Logré quitármelo de encima y, en realidad, no es para tanto.

—¡Inés! —reprendió, severa—. ¡Este no es momento de meter la cabeza en la tierra cual avestruz como siempre haces! ¡Ese imbécil te ha agredido y te ha insultado! —La indignación era patente, pese al tono contenido de su voz. No quería atraer la atención hacia ellas. De todos modos, el grupo de hombres seguía discutiendo acaloradamente mientras formalizaban papeleo—. Además, si Portales se ha lesionado de manera tan grave, y le echa la culpa a Erik, más vale que tenga un buen motivo para justificarse. La denuncia lo ayudará. Venga, Inés, no puedo obligarte, ¡pero tienes que hacerlo!

Sorbió por la nariz y asintió. Le pidió un pañuelo de papel a su hermana, y se enjugó los ojos. El pañuelo terminó negro. El rímel. Genial. Ahora tendría la cara como un maldito panda.

Erik se acercó a ellas, con una mezcla de determinación y ansiedad. Le dio un beso rápido a Loreto.

—Hola, Loreto. Inés me ha dicho que es mejor que hable contigo. Esto es lo que he escrito en la declaración. —Su hermana cogió los papeles que él le tendió sin abrir la boca y se puso a

revisarlos. Después se volvió a Inés y reparó en su estado—. *Svarte Helvete!* —masculló, exasperado. Se dio cuenta de que temblaba—. ¡Joder! —Se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros. Inés sonrió, trémula, agradeciendo el calor de la prenda.

—¡A buenas horas! —musitó Loreto con irritación. Erik clavó los ojos en ella, sorprendido por su hostilidad y la seguridad que irradiaba. Sus palabras impusieron el silencio en la comisaría, su voz se escuchó, alta y clara—. Soy la abogada del Dr. Thoresen. Si no tienen mayor razón para retener a mi cliente, se irá a su casa.

—¡No pueden soltar a este loco! —gritó Portales, con voz aguda.

Loreto lo recorrió con una mirada despectiva.

—Además, mi otra cliente, la Dra. Morán, quiere interponer una denuncia por agresión contra el señor Portales.

Inés no pudo evitar un sentimiento de admiración ante la actitud fría y profesional de su hermana frente a Portales, que cerró la boca de golpe, con los ojos destilando odio.

Loreto se volvió hacia el carabinero y se puso a rellenar los papeles con diligencia. Portales miraba alternativamente a Erik y a Inés, sentados en el banco, y a Loreto. Un carabinero le dio luz verde y, conectando una llamada telefónica en su móvil, abandonó el lugar a toda prisa. Nadie prestó demasiada atención.

—Inés, estás temblando. ¿Todavía tienes frío? —susurró Erik junto a ella.

Negó con la cabeza, no quería hablar. No podía creer todavía lo que había pasado. En tan solo unos pocos minutos su vida estaba totalmente patas arriba. Loreto la sacó de su bloqueo y le tendió a Erik un sobre.

—Erik, tienes que rellenar esto. Después, llévamelo al bufete y lo revisamos juntos. Quiero pelos y señales. Todo. Cualquier cosa que recuerdes, aunque te parezca una estupidez. —Erik cogió el sobre como un autómatas y asintió—. Inés, la denuncia ya está hecha, tienes que firmar. Léela, y si estás de acuerdo, hazlo.

Inés se desasíó de los brazos de Erik y se acercó al mostrador. Leyó con atención lo que su hermana había escrito. Resopló, sorprendida. Le había dado solo tres o cuatro frases, y ella había hecho un relato perfecto de toda la situación. Como si hubiera

estado allí. Se preguntó a cuántos casos de este tipo se había enfrentado.

—Por favor, ¿me puede prestar un bolígrafo?

La carabinera detrás del mostrador le tendió uno, mordisqueado y sin tapa, acompañado de tal mirada de conmiseración, que Inés frunció el ceño con altivez. No estaba acostumbrada a que la mirasen así. Firmó el papel, y con un ademán orgulloso, se lo devolvió junto al bolígrafo.

—Gracias.

De pronto, descubrió su reflejo en el cristal sucio de la comisaría. Su rostro era casi cómico: tenía los ojos ennegrecidos, unos regueros oscuros recorrían sus mejillas, y su cuidado moño estaba despeinado y torcido. Se le escapó una risita nerviosa. El lujoso vestido y los pendientes de brillantes casi le parecieron horteras, fuera de lugar.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Loreto esperaba de pie, fuerte y sólida como un roble. Desechó las ganas de arrojarse a sus brazos y que la protegiera, que la llevara muy lejos de allí. Erik esperaba sentado en el banco, demasiado pequeño para él, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos en una estampa de pura impotencia.

—No, Loreto. Tengo que hablar con Erik.

El trayecto hasta su apartamento lo hicieron en silencio. Tuvo tiempo para pensar en lo que le diría a Erik y ensayó en su mente varios discursos, pero no se decidió por ninguno. Estaba tan cansada, tenía tal sensación de derrota, que esperaba al día siguiente. Una noche de sueño la ayudaría a ver todo aquello con más claridad.

Erik estaba ensimismado. En varias ocasiones pareció que quería decir algo para luego quedar sumido en sus pensamientos. Cuando llegaron al apartamento se le antojó frío. Gélido. Los dos se descalzaron en la entrada. Erik desapareció en el cuarto de baño y ella se desnudó a cámara lenta, con la resaca de todo lo que había ocurrido.

—¿Vienes a la cama? —Los restos de sangre habían desaparecido, pero la hinchazón empeoraba y, por la expresión tensa, tenía mucho dolor.

—Tengo que desmaquillarme —contestó Inés, apocada. Se quitó los pendientes de brillantes y los dejó en su caja—. Ayúdame con el corpiño, por favor —murmuró. Le había costado bastante ponérselo. Si él desabrochaba los primeros corchetes, le sería más fácil seguir.

Alzó la melena para facilitarle la tarea, y él se concentró en desabrochar la prenda.

—Uhm... —ronroneó apreciativo cuando su espalda quedó descubierta—. Ven aquí.

La abrazó desde atrás y abarcó los pechos con la palma de sus manos, instándola a sentarse sobre su regazo. Inés se encogió ante el contacto. Su cuerpo reaccionó con rechazo y tenía la cabeza en otra parte. Muy, muy lejos de allí.

—¿Qué ocurre? —murmuró sobre su cuello, mientras depositaba una línea de besos húmedos hacia el hombro. Ella cerró los ojos. No. No quería. No le apetecía. Erik rozó sus pezones con la yema de los dedos y le apartó las manos de un manotazo—. ¿Qué pasa? —repitió, alarmado.

Inés se levantó con brusquedad y lo encaró con disgusto.

—¿De verdad te quedan ganas de follar después de todo lo que ha pasado? —Él enarcó las cejas con los ojos azules divertidos, llenos de deseo. Pero ella solo podía ver su rostro hinchado, amoratado y los cortes en sus labios—. ¡Eres un crío!

Erik apretó los labios y su expresión traviesa demudó en seriedad. Durante unos segundos, un silencio helado se levantó entre ellos.

—Muy bien. Yo me voy a dormir, estoy reventado. Te espero en la cama.

Inés no contestó. Tras desmaquillarse, decidió darse una ducha caliente. Los chorros de agua se llevaron su angustia y su tristeza, y dejaron paso a la determinación. No sentía el corazón roto, eso ya había ocurrido hacía mucho tiempo. Ahora solo sentía un vacío inmenso y una sensación de inevitabilidad.

Cuando salió del baño, Erik dormía. Su rostro amoratado exhibía un rictus tenso: el ceño fruncido, los labios apretados, la nariz hinchada. Inés se preguntó si podría descansar algo estando así. Se fijó en las finas arrugas de expresión. En las canas que se entrelazaban con su pelo dorado. Su torso y su abdomen, desnudos, se le antojaron con una menor firmeza. Ver su nombre tatuado en el pecho y el destello de las barras de acero en los pezones, le pareció, por primera vez, fuera de lugar. Como si sobraran. Lo veía con ojos distintos. Aquella noche, cualquier idealización que tuviera de él, de su temperamento, de su manera de ser, o incluso de cuerpo, desapareció sin dejar rastro. La máscara había caído.

Pasó de largo a su lado, apagó las luces, y se tumbó en el sofá.

—¿Inés?

Erik se revolvió en la cama y estiró el brazo, buscándola, pero estaba solo. Se levantó, se frotó los ojos con saña y emitió una exclamación de dolor. ¿Había dormido solo? Tenía la cara hinchada y dolorida; movió la mandíbula de un lado a otro, y se apretó con cuidado el puente de la nariz. No parecía estar rota. También abrió y cerró la mano derecha en un puño. Tenía los nudillos despellejados. Los recuerdos de la noche cayeron sobre él en tromba y un escalofrío helado recorrió su columna vertebral.

—¿Inés? —repitió. Esta vez no pudo evitar el temor en su tono de voz.

—Estoy aquí. En el salón. Dios mío. ¡Cómo tienes la cara! —dijo en un gemido. Se levantó hasta el congelador y sacó una bolsa de guisantes—. Ponte esto.

En su voz no había ni rastro de ternura. Una frialdad espeluznante impregnaba todos sus gestos, y los ojos grises, opacos, rehuían su mirada.

—Gracias. —Aplicó la bolsa, rodeada de un paño de cocina, sobre su rostro magullado y reprimió un gruñido de dolor. Reparó

que en el sofá había unos cojines y una manta como si ella hubiera pasado la noche allí—. ¿Has dormido en el salón? ¿Por qué?

—Porque necesitaba pensar.

La miró con atención. Sostenía una taza de café entre sus manos, estaba pálida y tenía los ojos enrojecidos.

—Inés, ¿has estado llorando? ¿Qué pasa? —preguntó, desconcertado. Se sentó junto a ella en el sofá y tendió la mano para acariciar su rostro. Ella lo apartó, con suavidad pero con firmeza. No dejaba lugar a dudas de que no agradecía su contacto.

—No pasa nada. Escucha, Erik. —Se detuvo un instante y sorbió por la nariz. Sí que había estado llorando. Frunció el ceño, suspicaz—. No hay una manera fácil de decirte esto, así que empezaré por el final. Quiero que lo dejemos.

—¿Que lo dejemos? ¿A qué te refieres?

Inés cerró los ojos e inspiró lentamente. Después soltó el aire y clavó la mirada en él.

—No lo pongas más difícil de lo que es, ¿vale? Te quiero. Ya lo sabes.

—Lo sé. Y yo quiero estar contigo. —Se apresuró añadir. Un sentimiento ominoso se apoderó de su pecho y le impidió respirar con normalidad.

—Pero llega un momento en que el amor no es suficiente. — Su voz se quebró. Él se quedó paralizado por el horror.

—¿Qué quieres decir?

—No es suficiente para enfrentar los problemas, no es suficiente para suplir las carencias, no es suficiente para compensar aquello que sabes que jamás llegaré.

—¿Esto es por la pelea de anoche? —dijo con extrañeza. Las palabras de Inés no terminaban de permear su entendimiento.

—En parte, pero no es solo eso.

—Y, entonces, ¿qué es?

—Son tantas cosas que no sé ni por dónde empezar. Se acabó, Erik.

Se levantó y se apoyó junto a ella en la mesa. Tenía que tomarse esto con serenidad. El espectáculo que había dado la noche anterior había colmado el vaso de la paciencia de Inés y, en

cierto modo, lo estaba esperando. Solo era cuestión de tiempo que ella se enfrentara a lo más oscuro y despreciable de su ser.

—Está bien, Inés. Me iré a casa y te dejaré un poco de espacio. Entiendo que lo que pasó anoche...

—¡Lo que pasó anoche es la punta de maldito iceberg! —estalló ella con rabia. Se encogió, sorprendido por su arrebató—. ¿Tú crees que es eso lo que me impulsa a alejarme de ti? No, Erik. Esto lleva haciendo aguas desde hace tiempo, y lo sabes tan bien como yo.

—¡No, Inés! Yo no sé nada. No tengo ni puta idea de lo que hablas —replicó él, también enfadado. Sus palabras eran injustas, tenía que hacérselo ver—. ¿Qué es lo que te pasa? Hace semanas que estás rara, que ocultas algo. ¿Esto es por haberte acostado con Philip? ¡Ya te he dicho que me da igual con quién te acuestes! ¿Es por lo de Peta? ¡Se supone que lo habíamos superado! ¿Por qué me sales con esto ahora?

Ella cerró la boca en un gesto obstinado y las lágrimas afloraron a sus ojos. ¡Maldita sea! No tenía ni idea, aparte de lo obvio, de por qué reaccionaba así.

—Es todo eso y más. Es tu arrogancia, es tu prepotencia, es por pensar que todo el mundo gira alrededor de ti. —Abrió la boca, desconcertado. ¿De qué coño estaba hablando? Por un momento pensó que se refería a otra persona—. Por dar por sentados temas que hay que hablar como pareja y que tú no eres capaz de enfrentar, por... tantas cosas, que en realidad no sé cómo hemos llegado tan lejos. —Ver las lágrimas rodar por sus mejillas lo desconcertó todavía más. ¿Qué estaba pasando?—. Bueno, sí lo sé. Porque el sexo es maravilloso. Porque, aunque parezca increíble, entre nosotros sí hay amor. Y eso es lo que nos ha sostenido hasta ahora.

—Inés, ¿qué temas? —insistió. La sorpresa se mezclaba con la súplica en sus palabras, pero estaba tan confuso que no era capaz de cabrearse de verdad.

—Amor y sexo. —Soltó una carcajada histérica que le heló la sangre—. ¿Sabes cuál es el problema? Que llega un momento en que no son suficientes.

—¿Qué? —volvió a repetir, perplejo. Inés alargó la mano y él recogió de modo automático lo que tenía en ella. Cuando vio la caja de los pendientes entre los dedos, la soltó sobre la mesa como si quemara y una lanza de acero le atravesó el pecho—. Es un regalo. Es tuyo.

—No. No puedo quedarme con algo tan valioso. —Volvió a coger la caja azul y la depositó de nuevo entre sus manos—. Tienes tu muda de ropa en el cajón de siempre, puedes ducharte si quieres. Tómate el tiempo que necesites. Yo voy a salir a la terraza, fuera. Necesito respirar.

—Espera, Inés. Hablemos de esto, sé que lo que pasó anoche fue un *shock* para ti. Para mí también lo fue —dijo Erik, conciliador. Era eso. Solo necesitaban aclarar las cosas, comentar lo ocurrido y decidir un plan de ataque.

—No, Erik. Ya no es cuestión de hablar. Es cuestión de quién eres tú y quién soy yo. A veces, cuando estoy junto a ti, se me olvida quién soy realmente. Y ya no estoy dispuesta a renunciar a quién soy y a lo que quiero.

—¡No tienes que renunciar a nada para estar conmigo! —dijo él, escandalizado por la afirmación.

Inés sentía un vórtice de tristeza y desesperación girar acelerado en el centro de su pecho. Una súbita sensación de ahogo, de impotencia, la embargó. Un dolor emocional que llegaba a ser físico. No tenía ni idea. Se veía perdido. Sopesó si darle toda la información antes de tomar la decisión definitiva serviría para algo. Dos cables de acero tiraban de ella, despedazando su corazón. Quizá había llegado el momento de revelar la verdad.

Inspiró profundamente y lo miró a los ojos.

—¿Sabes por qué me puse el DIU?

Erik interrumpió su caminar nervioso por el salón, abriendo los brazos en un gesto de puro desconcierto.

—¿A qué cojones viene esto ahora?

Inés sintió que la furia subía un par de peldaños en su escalada.

—¡No me hables así y responde a la pregunta! —gritó ella a su vez. Erik reanudó su marcha en círculos, negando con la cabeza.

—No lo sé. ¡No lo sé! ¿Porque es un buen método anticonceptivo? ¿Porque querías evitar un embarazo? —Inés soltó una risotada amarga—. ¿Porque querías experimentar con tranquilidad? ¡Yo qué demonios sé! —acabó, exasperado.

—Porque me quedé embarazada.

Erik se quedó clavado en el sitio. Se volvió hacia ella, muy lento, con los ojos azules entornados.

—¿Cómo dices?

—¡Porque me quedé embarazada! ¡Embarazada! —gritó, para hacerlo reaccionar. Pero Erik era como una placa de hormigón armado—. Lo que oyes. ¿Recuerdas el desmayo y la vomitona en casa de Philip? No estaba borracha, ya te lo dije, ¡estaba embarazada! Y el bebé era tuyo.

La cara de Erik era un espectáculo. Su rostro se descomponía en expresiones de pánico e incredulidad, en un intento de digerir lo que estaba escuchando.

—¿Bebé?

Inés inhaló y exhaló en largos segundos. Cerró los ojos y los abrió, para descubrir que Erik seguía con la mirada perdida, la boca entreabierta, parpadeando. Tuvo ganas de abofetearlo.

—Sí, Erik. ¡Un bebé! Nos lo estábamos buscando, haciendo el idiota, follando sin protección. Lo raro es que no nos pasara antes.

—¿Por qué no me dijiste nada? —farfulló, con la voz ahogada.

—Porque empecé a sangrar a los tres días de que el test saliera positivo. No llegué ni a las siete semanas. Tú te habías ido a Vancouver y no me pareció oportuno molestarte con ello, en vista de cómo nos separamos antes de que te marcharas —respondió Inés con resentimiento al recordar la soledad y el dolor de aquellos días—. Juré no decirte nada. No lo supo nadie, ¡nadie!, salvo la ginecóloga que me atendió.

—¿Tuviste un aborto? ¿Estuviste sola? ¿No me dijiste nada? —Erik se frotó la cara, intentando encajar aquella nueva información. Encadenaba preguntas una tras otra, desconcertado. Perdido—. ¿Qué pasó?

—No sé qué pasó, Erik. Empecé a sangrar y lo perdí. Si te sirve de algo, el bebé tenía latido.

La tristeza que la embargó la pilló desprevenida. Pensó que el duelo por aquel ser diminuto ya había pasado, y sin embargo, saber que en un par de meses podría estar luciendo una preciosa barriga de embarazada la llenó de congoja. Cerró los ojos y las lágrimas se agolparon tras los párpados.

Ya estaba hecho.

Ahora Erik tenía toda la información que necesitaba para decidir, de verdad, si quería estar con ella. Le hubiera venido bien un abrazo, sentir su calidez, que la confortara por su pérdida. Por la pérdida de los dos. Pero estaba claro que era mucho pedir.

—Es mejor que hayas abortado. Todavía no has acabado la residencia, y no es el momento para que tengas un hijo —dijo él, finalmente. El tono, glacial. La mirada, lejana. No había en su cuerpo ni una sola gota de pena. La frialdad de sus palabras chocó de frente con la tristeza y el dolor que ella sentía, y las transformó en rabia.

—Mejor para ti. Está claro —espetó con amargura—. Y tus palabras confirman mi teoría de que, definitivamente, somos incompatibles. Esto ha sido un error, Erik. Soy una imbécil y te pido perdón, pero ahora quiero que te vayas de mi casa.

Se levantó del sofá y recuperó las prendas de ropa desperdigadas por el suelo. No quería verlo. No quería estar cerca. Ahora sabía por qué no le había dicho nada sobre el bebé. Porque sabía que significaba una ruptura definitiva.

—Inés, hablemos de esto. ¡Espera! No quería decirlo así. Lo que quería decir era que... —Luchaba por encontrar las palabras, pero las declaraciones de Inés lo habían dejado en *shock*.

—¡He dicho que te vayas! —repitió ella, mientras las lágrimas se agolpaban tras los párpados.

Se odió por romper la promesa que se había hecho a sí misma de no decirle absolutamente nada. Le lanzó la ropa con rabia. Que se quedara con su cardiocirugía, con su jefatura, con todo el puñetero San Lucas si quería. A ella le daba igual.

Erik cogió sus zapatos y salió de allí, intentando entender lo que había pasado. Se encogió con el portazo que Inés dio tras de sí.

Se quedó unos largos minutos en el rellano frente al ascensor, medio desnudo, con la ropa y los zapatos entre los brazos.

Negación

Inés solo necesitaba tiempo.

Lo entendía, aquella maldita noche había sido un infierno y gran parte de la culpa era de él. Lo tenía bien claro. La parte más oscura y peligrosa de su personalidad, la que más detestaba, volvía para amargarle la vida y estaba más que harto.

Se acercó al espejo para examinar los hematomas de su rostro y frunció el ceño. Después de tres días, seguía con un aspecto lamentable. Sus manos estaban perfectas, y se sentía plenamente capacitado para enfrentar cualquier cirugía, pero dudaba mucho que Guarida permitiese su entrada al quirófano con esa cara de matón a sueldo. Una sonrisa escapó de los labios magullados; de lo que sí estaba seguro era de que Portales tardaría una buena temporada en sostener un bisturí entre los dedos. Se había pulverizado la mano contra el cristal. ¿Qué hubiera pasado si hubiera terminado contra su cara? Se estremeció. Iba puesto de coca hasta las cejas y la violencia de su ataque lo pilló por sorpresa. Por un momento, tuvo miedo. Fue solo una cuestión de suerte, y sus buenos reflejos, que el puño terminara estallado contra la cristalera y no contra su boca.

Un relámpago de ansiedad y preocupación atravesó sus pensamientos. El intercambio de palabras entre ellos había sido más violento que el físico. Las amenazas de demandas, represalias legales y en el hospital no eran vanas. Portales lo haría pagar bien caro el enfrentamiento, de eso estaba seguro.

Revolvió el neceser y recuperó el blíster de analgésicos. Se metió en la boca dos comprimidos y los tragó con un poco de agua del grifo para atajar el molesto dolor de cabeza que arrastraba de manera intermitente tras la pelea. Llevaba encerrado tres días en casa y eso no ayudaba. Guarida los había echado, a él y a Portales, sin contemplaciones, y les había advertido de que habría consecuencias.

Inés no contestaba sus llamadas y terminó por desistir y dejarle espacio. Ahora no podía hacer nada, y quizá unas horas de sueño desenredaran la maraña en su cerebro. Bajó las persianas y, sumido en una oscuridad absoluta, se desnudó y se tendió en la cama.

No pudo pegar ojo.

Dormitó a saltos durante un par de horas sabiendo que algo no terminaba de encajar. Llevaba días dándole vueltas. Entendía que lo hubiera pasado mal con todo lo que le había ocurrido, pero ¿por qué se había enfadado tanto Inés? Ella conocía bien su faceta menos brillante, lo había visto dejarse arrastrar por la ira y perder el control en más de una ocasión. Repasó todo lo ocurrido sin identificar un motivo concreto por el que acabar con todo de esa manera tan abrupta, pero algo en su subconsciente le decía que aquello era mucho más que un arrebato de niña caprichosa.

Solo que no sabía qué.

—*Fy fæen!* —masculló, retirando las sábanas para levantarse.

Frustrado, recuperó su móvil del cargador y marcó el contacto de Inés.

Nada.

Lo intentó hasta tres veces más, pero ella levantaba esa barrera que creía haber superado. Como un león enjaulado, dio vueltas por la habitación con una impotencia que no recordaba haber sentido jamás.

No lo entendía. Y necesitaba entender.

Tras unos instantes de negociación consigo mismo, marcó el contacto de Juan. La alegría de su amigo al responder la llamada hizo que una sonrisa curvara sus labios por unos segundos.

—¡Hola, vikingo! ¿Cómo va? ¿Vienes al entrenamiento esta semana?

Respiró hondo. Mejor ir directamente al grano.

—Hola, Juan. Sí, iré al entrenamiento, pero no llamo por eso. Necesito hablar con Nacha un momento, por favor.

Ya había llorado todo lo que tenía que llorar. En el hospital se sentía a salvo porque Erik no asomaría la nariz por allí, Guarida se lo había dejado bien claro: no quería verlos delante a ninguno de los dos, pero la historia de la pelea era la comidilla de todo el San Lucas, y estaba harta de pelotear preguntas incómodas e impertinentes. Esperaba que fuera lo suficientemente inteligente como para no presentarse en su casa.

Miró el móvil por inercia y vio otras tres llamadas perdidas de él. Apagó el teléfono y lo soltó sobre la mesita como si quemara. En contra de cualquier costumbre, se preparó un *gin-tonic* con calma. Primero los hielos, luego las frambuesas congeladas y el jengibre, después un par de dedos de Hendricks. Generosos. Y la tónica de hibisco, vertida sobre el dorso de una cucharilla. Todo ello en una copa de balón. Daba hasta pena bebérsela, pero los dos primeros tragos, largos, le supieron a gloria.

Se descalzó y salió a la terraza. El aire fresco la despejó un poco y a medida que se vaciaba la copa, calaba en ella la certeza de que Erik jamás entendería el anhelo que ese bebé, esa idea de vida, había sembrado en ella.

Las lágrimas acudieron a sus ojos de nuevo al recordar la frialdad de sus palabras.

«Es mejor que hayas abortado, ahora no es el momento de que tengas un hijo». ¿Qué mierda sabía él? No tenía ni idea de lo que había sentido.

Que hayas abortado.

Que tengas un hijo.

El bebé también era suyo y en ningún momento de la conversación Erik lo había sentido así. Ni siquiera lo había considerado.

Unos golpes nerviosos en la puerta la arrancaron de su tristeza. No quería que fuese él, no podía enfrentarlo todavía. Con sigilo, se acercó hasta la entrada y se asomó por la mirilla. Se encontró con un ojo oscuro y, después, con el rostro de Nacha.

—¿Nacha? —El nombre escapó de entre sus labios sin poder evitarlo, ante la sorpresa de verla allí.

—María Inés Morán Vivanco, ¡abre inmediatamente la puerta, si no quieres que la eche abajo!

No bromeaba, porque lo siguiente que hizo fue ponerse a aporrearla. En cuanto abrió, Nacha entró como una exhalación y se fundieron en un abrazo.

—¿Es cierto, princesa? —preguntó con voz trémula. Inés asintió.

—Sí, es cierto. Erik y yo hemos roto. De verdad.

—¡A la mierda el vikingo! —respondió ella con irritación—. Te pregunto si es cierto que tuviste un aborto. ¡No puedo creer que no me lo hayas contado!

A Nacha se le quebró la voz. Sus ojos brillaban con lágrimas de incredulidad mezcladas con conmiseración. Inés volvió a asentir, mirando a los ojos negros de su amiga, y supo que tendría que dar unas cuantas explicaciones.

Se lo contó todo.

Minuto a minuto.

Desde que comenzó a encontrarse mal en la fiesta de Álex y Philip.

Cuando soportó el sangrado y el dolor mientras estaba de guardia.

Cuando la doctora Kaplan hizo la ecografía y le dijo que ya no había latido.

Volcó en ella toda la soledad y la tristeza de la pérdida del bebé.

Acabó el relato y solo sentía un enorme vacío. Su amiga lloraba en silencio, de un modo que la confortó y le dio fuerzas. No estaba sola. Ya no. Sonrió débilmente y secó con los dedos las lágrimas en los ojos de ambas.

—¿Sabes? Nunca pensé que lo diría, pero ahora sé que Erik se equivoca. El amor no es voluntad. —Nacha se quedó inmóvil, con los ojos fijos en ella—. Cuando vi el positivo en el test, el mundo se me vino encima, pero ver latir aquel diminuto corazón en mi vientre... —Se detuvo, rememorando la felicidad sentida en aquel preciso instante—. Me cambió, Nacha. Nunca pensé que podría querer de esa manera. Desinteresada. Incondicional. Enorme. Y saber que era de Erik —rio, mientras negaba con la cabeza— me llenó de una dicha indescriptible. Solo por haber sentido ese amor tan grande, ha valido la pena. Aunque no haya durado.

—Pero, Inés, ¿cómo pudiste pasar por todo esto tú sola? ¿Por qué no me llamaste a mí, a Loreto, a tu mamá? —balbuceó, desconcertada. Volvieron a abrazarse con fuerza e Inés se apoyó en su hombro. Por fin podía consolarse de aquella pérdida, aunque no fuese en el calor de la piel que ella hubiera deseado.

Se encogió de hombros y cerró los ojos mientras los brazos de Nacha se ceñían en torno a su cuerpo y la mecían con suavidad.

—No lo sé. En aquel momento estaba tan inmersa en lo que me pasaba, que no podía, ¡no quería!, involucrar a nadie más. — Revivió el dolor, el miedo y la sensación de pérdida de aquellos días —. Lo que necesitaba era tener a Erik conmigo, y, aunque no fue su culpa estar ausente, con la frialdad de su respuesta cuando se lo conté me queda claro que es mejor que no haya estado aquí.

Nacha la sujetó por los hombros y la apartó.

—¿Qué te ha dicho ese cabrón? —La agresividad de la pregunta la sorprendió, nunca la había visto tan violenta—. Me llamó por teléfono, y me preguntó, así, sin más, si yo sabía algo más sobre tu aborto.

—¿Y qué le dijiste?

—¡Qué le iba a decir! —estalló Nacha, ahora enfadada—. Que no sabía ni que estabas embarazada y que si supiera algo, ¡tampoco le diría nada! Le colgué el teléfono y me vine volando para acá. —Inés no pudo evitar sonreír ante la fidelidad de su amiga—. Te salvaste, Inés. Erik es un cabrón, concha de su madre, hijo de puta y, encima, cobarde. Siento muchísimo que hayas tenido que pasar por todo esto, pero creo que va a ser para mejor.

Sin ganas de aguantar nada

Pasó el fin de semana entre lágrimas, llamadas de Nacha para controlar que estuviera bien y tarrinas de helado de Häagen-Dasz. Pero el lunes tenía que volver a recuperar el aspecto de ser humano e ir a trabajar.

Saber que no tendría que encontrarse con Erik en la visita era un alivio. Mientras rotaba en adultos estaba desconectada del resto de la Unidad, pero al menos tenía un poco de tranquilidad. Entró en la consulta de Isaac y revisó las historias acumuladas sobre la mesa, distraída. Cuando él llegó, le lanzó una mirada incierta, pero la saludó con amabilidad, igual que siempre. Inés sonrió y se concentró en el trabajo. Si Isaac sabía de lo ocurrido en la fiesta de gala, no lo dijo en ningún momento, ni lo insinuó. Se lo agradeció infinitamente en su fuero interno, pero eso no evitó que estuviera tensa durante toda la jornada.

En la guardia, puso el piloto automático, peloteando los pensamientos recurrentes e intrusivos sobre la pelea. Marcos la abordó en varias ocasiones, pero se escabulló. Primero, con evasivas. Luego, de manera más frontal. Hasta que perdió la paciencia.

—¡Métete en tus asuntos y déjame tranquila! —acabó por espetar, con acritud, ante su enésima pregunta sobre lo que había ocurrido el día de la fiesta.

Cerró el portátil de golpe, ante la mirada atónita de su compañero y se marchó a la habitación para volver a los veinte minutos por el ingreso de un niño politraumatizado. Al menos no tuvo que aguantar más insinuaciones e interrogatorios.

Pero al día siguiente, en el pase de visita de la UCI, Erik estaba allí.

Once pares de ojos, entre médicos, residentes y enfermeras, se clavaron en su rostro hinchado y amoratado. Pero los únicos que quería encontrar, los grises de Inés, rehuían su mirada de modo obstinado. Seguía cabreada. Y ahora tenía que añadir al saco de

sus incompetencias el haberle soltado a Nacha lo del aborto. No sabía nada. Estuvo tentado de llamar a Loreto, pero no quería meter la pata otra vez. Últimamente no hacía más que cagarla. Y lo peor era que no lo veía venir hasta que estaba con la mierda hasta el cuello.

El relato de la residente era una letanía monótona, no eran pacientes cardiacos, así que dejó de prestar atención para estudiar a Viviana. Frunció el ceño, parecía otra persona. Era la primera vez que la veía vestida de colores alegres y maquillada. Se veía diez años más joven, y en aquellos dos meses, su cuerpo se había dotado con curvas que antes no estaban ahí. Sus ojos se encontraron y le lanzó una sonrisa apreciativa, pero ella correspondió con un gesto de extrañeza. Casi soltó una carcajada. Sabía que ofrecía un aspecto lamentable, pero no pensaba ceder ni un milímetro de terreno. Iba a dar la cara y no ceder su sitio ante Portales.

Que no daba señales de vida desde que se habían separado en la comisaría.

Frunció el ceño al recordar su reunión con Guarida el día anterior.

«—¿Has venido a trabajar con ese aspecto de sicario? Todavía no estás en condiciones de mostrarte cara al público. — Nada de gritos ni aspavientos, su jefe empleó un tono cáustico y contenido, pero él no se arredró. Tenía perfecta conciencia de lo que era y no era su responsabilidad.

—He venido a trabajar porque estoy en condiciones de hacerlo, pese a mi aspecto.

—Portales está de baja hasta nuevo aviso. Tú cubrirás sus guardias.

—Entendido. —Apretó los dientes, aquello aumentaba su carga de trabajo a quince guardias localizadas al mes. Volvía a los peores momentos de estrés. Su jefe le tendió una mascarilla quirúrgica y él la cogió, interrogante.

—Póntela. —Hizo lo que le decía y Guarida asintió—. Quiero que la llesves puesta hasta que se puedan distinguir las facciones de tu cara. No te retrases. Los quirófanos empiezan en diez minutos».

Volvió de su ensoñación al ver que la visita se disolvía y que Inés abandonaba la UCI con paso rápido junto a Viviana. Con toda seguridad, huía de él. Tendría paciencia. Necesitaba más tiempo, y él también tenía muchas cosas en las que pensar.

—¿Qué tal estás, Viviana?

Se acercó a ella con precaución, pero su residente mayor la acogió en un enorme abrazo. Vaya. No esperaba tanta efusividad, pero ella lanzó una enorme sonrisa.

—Genial, Inés. De verdad. Tienes que ir a rotar allá el próximo año. —Inés sonrió al escuchar las experiencias de Viviana en Nueva York, estaba radiante.

—¿Y qué tal la vuelta a casa? —no pudo evitar preguntar, y analizó el rostro de su compañera con atención—. ¿Te echaron mucho de menos tu marido y tus niños?

—Este tiempo fuera nos ha hecho muy bien a todos, Inés —dijo con fervor—. Ahora las cosas van a cambiar. Cuando termine la residencia, me iré a vivir un tiempo con los niños a casa de mi madre en Concepción, y después buscaré una casita. Tengo la oportunidad de trabajar en su hospital.

—Me alegro muchísimo —dijo ella, con sinceridad, abrazándola de nuevo—. Bienvenida de vuelta.

—¿Vienes a la Unidad?

—No, no. Ahora estoy rotando en adultos —se echó a reír al ver la mueca de conmiseración en su rostro—, y además salgo de guardia. ¡Nos vemos en el próximo pase de visita!

Se despidieron con cariño e Inés no pudo evitar alegrarse por ella, y mucho, pese a todo su torbellino emocional. Recogió sus cosas del despacho de la UCI y se marchó a casa. No tenía ganas de nada, ni de tiendas, ni de tomar un café con Nacha, solo meterse bajo las sábanas y dormir, dormir, dormir, hasta que todo volviera a la normalidad.

La alarma que la despertó poco después de la una le recordó que debería ir al Sótero. Culpable, la apagó y meditó qué hacer. No tenía ninguna gana de aparecer por allí, por mucho que Erik no

fuera a estar. Últimamente, la ayuda que prestaba allí era muy discontinua y más bien escasa. Dedicaba más tiempo a temas de papeleo que a aliviar la carga asistencial. Un nudo de ansiedad la hizo incorporarse de la cama. ¿Qué mierda iban a hacer ahora con la FUNCORP? Erik había tanteado a Calvo en la fiesta de Gala, pero ella no sabía en qué habían quedado al final. La idea de esa conversación pendiente con Erik no la seducía en lo más mínimo, pero retirando las sábanas con decisión, se levantó para prepararse e ir hablar con la Dra. Mardel.

Se alegró de haber ido. La consulta estaba, como siempre, de bote en bote y la cardióloga pareció más que contenta de verla. Trabajar con los niños y sus madres la hizo dejar aparcada, por unas horas, la angustia que venía acechándola desde el domingo, y de la que no podía deshacerse. Seguía dejando en el limbo los mensajes y llamadas de Erik. Ni siquiera los había abierto. Si lo hacía, la tentación de contactarlo y volver a verlo sería insoportable y necesitaba espacio para arrancar el dolor y la ansiedad.

Al acabar, cogió las carpetas de los niños pendientes de cirugía y abordó a su antigua tutora.

—Marita, ¿cuáles son los niños que están más graves? Vamos a tener que hacer una optimización de recursos y trasladar el resto de los casos a SALVECOR. —Rehuyó la mirada de la cardióloga, cuyo rostro se crispó en una mueca de suspicacia—. Nos quedamos sin recursos, el Dr. Thoresen no puede sustentar por sí solo todas las cirugías, y es absurdo mantener la FUNCORP cuando hay otra asociación que ya está funcionando bien.

—Parece razonable. Y lo entiendo. —Revisó las historias y le tendió dos de los dosieres del montón—. Estos dos niños son los que más gravedad revisten.

—Claro, lo miraré con calma en casa.

Inés se apresuró a recoger las carpetas y las metió en su bolso para huir de allí, musitando una despedida rápida. Marita la interceptó en la puerta.

—Inés, todo el San Lucas sabe lo que pasó en la fiesta, y no hay más que mirar la cara del Dr. Thoresen para confirmarlo, pero ¿vas a lanzar por la borda un proyecto tan bonito y necesario solo por las desavenencias personales? —La cardióloga cogió todas las

carpetas de los niños pendientes de cirugía y se las puso sobre las manos con un ademán brusco—. Piénsalo. Piénsalo bien. Piensa en Cristián y después toma una decisión.

Pasó el resto de la semana trabajando como una autómatas y sin salir del área segura de Cardiología de adultos. No ver a Erik en varios días ayudó, al menos un poco. Tropezarse cada dos por tres con ínfimos detalles que le recordaban a él ya era lo suficientemente difícil.

En cuanto llegaba a casa, implementaba el *pack* de supervivencia: el pijama, algo calórico para comer y una buena película donde hubiera muchas explosiones y superhéroes. Fue a *poledance* a golpe de pura voluntad, porque se negaba a modificar ni un solo segundo de su vida por él.

Cuando se dio cuenta de que el viernes no tenían reunión de auditoría porque era festivo, una losa de angustia desapareció como por arte de magia. Solo habló un par de veces con Nacha, pero se deshizo de sus invitaciones para salir a bailar y emborracharse con evasivas vagas.

No quería salir.

No quería hablar con nadie.

No quería hacer nada más que hundirse en la más absoluta abulia.

Y el sábado tuvo guardia. Mala. Así que no tuvo ningún remordimiento al pasar el domingo encerrada en casa pese a que el buen tiempo tenía a todo su barrio en las terrazas y las cafeterías aledañas. Y se libraba de tener que ir a trabajar el lunes. Mejor. Un día menos de considerar siquiera tener que enfrentarlo.

Necesitaba con desesperación pasar página.

—Inés, te pasa algo. Y algo malo.

Apartó la vista de la pantalla del ordenador, y la fijó en Isaac, sentado frente a ella con los brazos cruzados y expresión

acusadora. Llevaba con cara de querer abordarla todo el día, pero ella había mantenido las distancias. Ahora tocaba enfrentarlo.

—No me pasa nada. Solo estoy un poco cansada, nada más —dijo, apocada—. El sábado tuve una guardia muy mala, y no me ha llegado con descansar ayer y el domingo.

Pero él negó con la cabeza y la señaló con el dedo, como un profesor reprendiendo a un alumno descarriado.

—No te creo. La semana pasada estuviste totalmente desconectada de lo que hacíamos en la consulta y en la sala de hemodinámica, parecía que no estabas allí. —Inés se tensó en la silla, culpable. Tenía razón. E Isaac no dejaba de ser su tutor. Él dulcificó la mirada y, con dos dedos bajo su mentón, la hizo volver el rostro hacia él—. Hoy no has sonreído ni una sola vez, y eso sí que me preocupa. ¿Qué ocurre, Inés?

Tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para no echarse a llorar ahí mismo, en la consulta. Tenía los nervios a flor de piel. Agradecía la preocupación de Isaac, pero no iba a encontrar consuelo en desahogarse con él. Volvió a escribir en el ordenador, buscando cualquier excusa, pero él retuvo una de sus manos sobre el teclado.

—Inés, sé lo que pasó en la fiesta. Siento mucho que hayas tenido que pasar por todo eso. Portales es un imbécil. No sé qué papel tiene el Dr. Thoresen, pero también conozco los rumores sobre vosotros.

—No hay un nosotros.

—¿No? —Inés retorció el borde la bata y negó con la cabeza una vez más—. Lo siento. Lo siento mucho, Inés.

—No hay nada que sentir, no te preocupes. —Bien. Sonaba tajante y llena de confianza.

—¿Vamos a tomar algo al acabar la consulta? Te sentará bien, hoy no comiste casi nada a mediodía y a mí me vendrá bien despejar la cabeza —dijo Isaac con una expresión esperanzada. Inés cerró los ojos un segundo—. ¿Otro día, quizá?

Acompañó su insistencia con una sonrisa cálida y que transmitía calma. Inés esbozó otra en respuesta y asintió. No la presionaba, ni la mangoneaba. Le permitía conocer sus intenciones

sin avasallarla y se sentía segura. No podía haber alguien menos amenazador que él.

—Claro. Otro día.

—Eso me gusta más, ¿ves? Por fin has sonreído.

Solo por esas palabras, reconsideró aceptar su invitación, pero había leído con claridad que el interés amable de su tutor pasaba a significar algo muy distinto en cuanto confirmó que entre ella y Erik no había nada. Prefería no darle alas, así que sonrió de nuevo, recogió sus cosas, y con un ademán de despedida, salió del despacho.

Viejas costumbres

Al llegar a casa, Nacha la llamó por teléfono. Otra vez. Parecía tener un radar para saber cuándo entraba por la puerta. Suspiró, tentada de no contestar, pero estaba siendo injusta. Lo único que hacía era cuidar de ella.

—Hola, Nacha.

—¿Cómo va todo, princesa? —Su tono maternal la hizo reír.

—Voy tirando.

—¿Vamos a tomar algo? Le digo a las chicas y cenamos por ahí. Volveremos temprano —dijo su amiga, en un tono alegre que sabía era forzado.

—Nacha, mañana trabajamos todas. No seas loca.

—Vale. Pues el fin de semana. El viernes es la famosa fiesta de San Lucas, ¿no? Llevas invitándome desde primero de carrera y nunca te he acompañado —dijo con entusiasmo. Una sonrisa esperanzada asomó a los labios de Inés—. Quedamos con Carola y Mónica, que quieren verte. ¡Vamos! Di que sí. Una noche de copas, baile y desenfreno.

—Erik nunca va a estos rollos sociales —murmuró Inés. Estaría segura. De pronto, la idea se le antojó fantástica—. De acuerdo. El núcleo duro, como antes. Conseguiré las entradas para el viernes.

Nacha gritó emocionada al otro lado del teléfono, contagiándola con su entusiasmo. Ese fin de semana no se quedaría a llorar y a lamer sus heridas. Ese fin de semana saldría de juerga.

Pero aún tenía que superar lo que quedaba hasta el viernes.

Se sentía llenando espacios a la desesperada, estirando el trabajo en el hospital al máximo y buscando excusas para no estar sola. Se quedaba horas tras la clase de *poledance*, entrenando en la barra las figuras que aún se le resistían. Marcelo la ayudaba a corregir las posturas sin decir nada, aunque Inés podía ver que las preguntas pendían de sus labios. Se lo agradeció. Tenía la

sensación de contener todo a duras penas, y que, en cuanto le dieran el más mínimo margen, soltaría todo lo que tenía acumulado, probablemente en forma de lágrimas más o menos dramáticas.

Y por fin llegó el viernes. Revisó su armario de arriba abajo buscando el modelo perfecto para lucir aquella noche, un vestido negro *evasé*, atado al cuello que dejaba su espalda al aire, las sandalias de charol negro, sus aros grandes de plata y la cazadora de cuero. Se maquilló con esmero, necesitaba verse bien, llevaba dos semanas de mierda. Recogió su melena en una coleta alta y apretada. Cuando las chicas llegaron, Nacha abrió los ojos como platos.

—¡Por fin! Ya era hora de verte en otra cosa que no fuera un pijama.

—Necesito esto —confesó ella, dando una vuelta sobre sí misma frente al espejo—. Quiero verme bien, quiero salir de esta mierda de estado depresivo.

En el coche, la música sonaba a todo volumen, encadenando temas de moda uno tras otro. Las risas y el entusiasmo de sus amigas terminaron por contagiarla. Por fin había conseguido dejar Erik atrás.

El Hotel Hyatt era el lugar perfecto para una fiesta de aquel tipo. Atravesaron el *hall*, abarrotado de gente, admirando la decoración con miles de pequeñas luces de un tono dorado, que continuaban en el exterior, como luciérnagas entre los árboles. Las mesas estaban distribuidas alrededor de la piscina, con varias barras ubicadas estratégicamente entre ellas.

—¡Qué ambientazo! —dijo Mónica entusiasmada—. Hay que ver lo bien que os lo montáis los médicos.

—Para lo poco que nos divertimos, hay que esmerarse —respondió Inés entre risas.

Ubicaron su mesa y abandonaron sus chaquetas en las sillas. La noche era perfecta, cálida y sin una gota de brisa. Los camareros se movían entre los asistentes repartiendo el aperitivo, y las chicas cogieron al vuelo las gambas a la gabardina, las empanaditas, y los cócteles salados en su camino hacia la barra.

—¿Cosmos para todas? —preguntó Inés. Por supuesto, todas asintieron. Era el combinado perfecto para empezar la noche, y el barman asintió con una sonrisa cuando los pidió. Necesitaba desahogarse, bailar, reírse a carcajadas. Dejar escapar a la Inés más exuberante, porque la tristonera y decaída de las dos últimas semanas era odiosa. A partir de ahora, seguiría con su plan: mantener las distancias y divertirse, sin mirar atrás.

—Inés, por favor, no te pongas histérica. Date la vuelta con disimulo.

La voz de calmada de Nacha no auguraba nada bueno. No. No podía ser él. Jamás aparecía en este tipo de eventos.

—¿Es Erik? —preguntó, con la voz tensa.

—Sí. Y está acompañado.

Inés se dio la vuelta con brusquedad. A la mierda el disimulo. El mazazo que recibió en el estómago la pilló por sorpresa, y agradeció que la multitud la camuflara. Se volvió hacia la barra y apoyó las manos. Con Bettina. Estaba con Bettina. Respiró lentamente.

Qué. Cabrón.

—Inés, eh.

La voz preocupada de Nacha la trajo de vuelta a la realidad.

—Está bien, Nacha. Estoy bien. —El camarero fue muy oportuno y puso la primera copa sobre la barra. Inés la aferró como una tabla de salvación y echó un largo trago.

—¡Inés! —repitió Nacha, consternada. Pero ella sonrió y repartió el resto de bebidas a sus amigas.

—No pasa nada, Nacha. He sido yo la que ha terminado, y él tiene todo el derecho a estar con quien le dé la gana. —Su tono sonaba despechado, se daba cuenta perfectamente, pero al menos el nudo de su estómago fue sustituido por el calor agradable y dulce del alcohol.

—Al menos podía haber esperado a que se le enfriara la bragueta —comentó Carola entre dientes.

Inés rio ante el ácido comentario. Parapetada tras Mónica y Nacha, más altas que ella, observó a Bettina y a Erik. Él parecía ausente, pero separó la silla para que ella se sentara y se acomodó

a su lado, aunque estaba más atento a Hugo y a Greta, también en la mesa.

—Inés, en serio. ¡Déjalo ya!

Vació el resto de la copa y, con una sonrisa, se la dio a su amiga.

—No, Nacha. Voy a saludarlos. Además, nuestra mesa está cerca. Me va a ver igual, y prefiero tener yo las riendas de todo este asunto.

Se soltó la melena y la ahuecó. De pronto, se sentía sensual y dominando la situación. Durante unos minutos, ella tenía un poco de ventaja. E iba a aprovecharla al máximo.

Se dirigió hacia ellos, relajada. Se acordó de las palabras de Marcelo en las clases de *poledance*. «Inés, siempre pareces contenida. ¡Suelta a esa mujer sensual que llevas dentro! Esto no es ballet, sácate la escoba del trasero». De pronto, fue más consciente del roce de la tela del vestido sobre sus muslos, de la brisa cálida sobre la piel de sus brazos y sacó provecho de sus tacones para avanzar con un movimiento sutil, sinuoso y elegante de su cuerpo. Hugo la divisó e hizo un gesto con la mano para que se acercara. Erik pareció palidecer y su boca mostraba un rictus tenso. Ella ensanchó la sonrisa. Falsa, sintética, pero sonrisa al fin y al cabo.

—¡Hola, Bettina! —dijo con la efusividad justa. La enfermera sonrió con aplomo y le dio un beso en la mejilla. Erik y Hugo se levantaron de la silla.

—Hola, Inés.

Su voz sonó tensa, incómoda. Inés lo miró a los ojos, casi con crueldad.

—Erik. —Le dedicó un beso tieso en la mejilla, y lo ignoró sin más—. Greta, ¡cuánto tiempo!

Siguieron con los saludos durante un par de minutos. La charla insustancial se le daba de maravilla y se sentía cómoda entre sus amigos. Erik parecía haberse tragado un limón.

—Bueno —dijo al ver que Nacha le hacía señas—. Me voy. Me están esperando. Me alegro mucho de veros. —Hizo un gesto de despedida general con la mano y se alejó hacia su mesa.

—¿Con quién has venido?

Erik se dio cuenta de que había expresado un pensamiento en voz alta sin ningún filtro. Ni siquiera hizo un intento para camuflar el tono intrigado y ansioso de su voz. Inés lanzó una sonrisa breve y, sin responder, se marchó. La contempló caminar con ese paso elástico, elegante, casi etéreo, entre los comensales. Quería ver dónde estaba su mesa, pero Bettina lo agarró del brazo, instándolo a que se sentara.

—¿Qué quieres beber?

—Solo agua. Gracias.

Intentó ser cordial con ella, pero se sentía emboscado en una encerrona. No quería darle alas prestándole demasiada atención. Sabía muy bien cómo interpretaba Bettina cualquier gesto amable de su parte.

Durante la cena, intentó mantener un punto medio entre la frialdad y lo cordial, y dirigirse lo imprescindible a ella. Hugo y Greta parecían entender lo que estaba pasando y agradeció que su amigo sugiriera a su mujer que cambiaran los sitios para que Bettina y ella hablaran con mayor comodidad tras acabar el postre.

Se acomodó en la silla junto a Hugo y se agarró el puente de la nariz en un gesto de derrota. No pudo identificar a Inés al levantarse, pese a que la había buscado con la mirada. El camarero les sirvió la copa que habían pedido e hizo girar el hielo en el *whisky* con ademán pensativo.

—Erik, ¿se puede saber qué te pasa?

No quería decirlo en alto. Hacerlo solo lo haría más tangible, más real, pero su amigo esperaba, mirándolo fijamente.

—No creo que sea definitivo. Pero estoy empezando a dudar que Inés quiera volver conmigo.

Hugo se acercó a él y bajó el tono.

—¿Habéis hablado?

Negó con la cabeza y abrió y cerró las manos. Un peso abrumador se cernió sobre sus hombros.

—No. Casi no nos hemos visto.

—¿Vas a darle más tiempo? Quizá ya es momento de que se sienten y conversen tranquilos.

Erik le lanzó una mirada culpable. Todavía no había sido capaz de conseguir que Inés hablara con él.

—No quiere hablar conmigo. Lo he intentado, pero se ha blindado.

—¿Cómo que se ha blindado? Joder, ¡qué complicado es tener una conversación contigo! —se quejó Hugo en voz baja.

Miró de reojo a Greta y Bettina, enfrascadas en su charla. Luego enfrentó a su amigo, con cara de circunstancias.

—La he llamado mil veces, le he enviado mil mensajes, he intentado abordarla, pero nada ha dado resultado.

—Pues intenta algo que dé resultado.

Erik soltó una carcajada ácida.

—Muy agudo. Cuando aprenda telepatía para saber lo que piensa, te contaré qué tal me va.

Hugo apartó la mirada de él con expresión reprobadora, y negó con la cabeza. No dijo nada más, y Erik lo agradeció. No estaba para reproches.

Bettina intentó entablar conversación en varias ocasiones por encima de Hugo y Greta, pero él respondió con monosílabos, hasta que, finalmente, dejó de contestar. Escaneó las mesas en busca de Inés.

Ahí estaba. Bailando y riendo con sus amigas. Verla tan alegre, tan desafectada generó en él cierto rencor. Se revolvió en la silla, y miró el reloj. Eran ya pasadas las doce de la noche, el hielo se había deshecho aguantando el *whisky*. No tenía nada que hacer allí.

—Hugo, me marchó. Bettina se va con vosotros, ¿verdad?

—Sí, claro. Ha venido con nosotros, vive cerca, así que la llevaremos.

Erik se levantó y se puso el jersey. La noche empezaba a refrescar. Se despidió de sus amigos con ademán distraído, e ignoró la mirada ansiosa que Bettina le lanzó. Era una mujer formidable, pero no tenía ningún interés en ella.

—¿Queréis otra copa? —Inés se recogió la melena en un moño, la pista estaba abarrotada y la música invitaba a no dejar de bailar, pero necesitaba beber algo.

—¡Yo sí quiero! ¡Otro Cosmo! —pidió Nacha. Mónica y Carola la ignoraron, mientras movían sus cuerpos al ritmo de Elvis Crespo.

Inés serpenteó con sonrisas de saludo al encontrarse con algún conocido, pero la mayoría eran estudiantes de la facultad. Por un momento, se sintió un poco vieja entre tanto universitario, pero ¡qué demonios! Ella también tenía derecho a divertirse.

Las barras exteriores estaban a rebosar, así que se dirigió hacia el Anakena, el restaurante del hotel que daba hacia la piscina. Agradeció alejarse un rato del barullo de la gente y la música. Dentro se respiraba un ambiente más tranquilo e íntimo, escasamente iluminado. La barra estaba vacía.

—Te invito a una copa.

La voz de Erik la pilló por sorpresa. Se volvió, sentada en el taburete, sin saber muy bien qué decir. Ay. Estaba muy guapo. Llevaba una camisa blanca y un jersey de hilo azul marino. Tuvo que reprimir la imagen de su mano acariciándolo por debajo del cuello de la prenda. Apartó los ojos de él y suspiró.

—Ay, Erik.

—Vamos, Inés. Necesitamos hablar. Solo una copa, luego me marcharé.

—Todo lo que tenía que decirte te lo dije el día después de pelea. —Una resignación triste impregnaba el tono de su voz—. Seguir prolongando esto no tiene ningún sentido.

Erik endureció la mirada, e hizo caso omiso a su alegato. Se acomodó en el taburete junto a ella y llamó al camarero. El aplomo de sus movimientos, la autoridad que desprendían todos sus gestos, aunque fuera el mínimo elevar de una mano, seguían hechizándola como siempre. Era por eso que necesitaba poner tiempo y distancia entre ellos.

—Un *whisky*, Talisker. Y un *gin-tonic* de Tanqueray Ten.

—Suave —añadió Inés. Necesitaba sus plenas facultades para enfrentar esta conversación. Erik se concentró en cómo el barman servía sus bebidas y hasta que se marchó, dejándoles un poco de intimidad, no se giró hacia ella. Inés no pudo evitar cuadrar los hombros y ponerse a la defensiva.

—¿Cómo estás?

Inés lo miró con suspicacia. Erik tanteaba el terreno para no dar un paso en falso. Más valía no darle demasiada información.

—Bien.

La escueta respuesta pareció hacer tambalear la resolución de Erik, que permaneció en silencio de nuevo. La miró a los ojos.

—Te echo de menos, Inés.

Mierda. La afirmación, cruda y sin adornos, la desarmó. Sus barreras se desmoronaron y reprimió el impulso de apartar el pelo rubio que acariciaba su mandíbula.

—Solo es cuestión de tiempo.

Él se echó a reír con cierta irritación y le dio un trago a su *whisky*.

—¿Tiempo? ¿Cuánto tiempo necesitas tú?

—Para mí también es difícil, ¿vale? Pero es lo mejor.

—¿Tú crees que para mí es fácil? ¡Has sido tú la que ha hecho saltar todo por los aires!

Inés cerró los ojos e inspiró. Cogió su bolso de encima de la barra e hizo amago de marcharse. No tenía por qué aguantar aquello.

—¡Espera! Lo siento —dijo él, reteniéndola por la muñeca—. Quédate. Por favor. De verdad quiero que arreglemos esto.

—No hay nada que arreglar. —Inés inspiró, y se revolvió sobre el taburete. El vestido era muy corto y no atinaba a encontrar una posición cómoda. Se puso de pie y volvió a sentarse. Cerró las rodillas y apoyó la punta de los tacones en el reposapiés del taburete de Erik. Sus piernas se rozaron, pero ninguno de los dos se apartó. Erik se inclinó hacia ella.

—Sé que la cagué el día de la pelea. Sé que no te presté suficiente atención, estaba tan cegado por la rabia que no vi que me necesitabas. Estabas asustada. —Recordó el temblor del cuerpo de Inés, consolada por Loreto y aterida de frío, en la comisaría. Chasqueó la lengua, cabreado—. Sé que tengo un problema con la ira. Grave. Pero estoy en ello. Lo estoy solucionando, Inés. Hacía meses que no perdía el control, tú lo sabes.

Ella bajó los ojos y negó con la cabeza de manera casi imperceptible.

—Vamos, Inés —presionó Erik. Deslizó la yema de los dedos por su rodilla. Ella sujetó su mano y le apretó los dedos en una caricia tan familiar, que no pudo evitar sonreír.

—Si solo fuera eso —replicó, con un suspiro. Enlazaron los dedos y el contacto cálido de su palma, las asperezas que tan bien conocía generaron en ella la nostalgia de su abrazo.

—¿Qué quieres de mí, Inés?

La pregunta quedó flotando entre ellos, pero no contestó. Estaba pendiente de la caricia de Erik entre sus dedos, mientras que la otra mano se había desplazado hacia el borde de su vestido, muy arriba, sobre su muslo.

—Nada que puedas darme —dijo por fin.

—Eso no es correcto. Quiero dártelo todo.

La yema del dedo índice se desplazó hacia la piel sensible del interior. Ascendió tan solo unos pocos centímetros e Inés notó la corriente de excitación desplazarse hacia el interior de sus bragas. Cerró los ojos. Tenía la certeza de estar en el punto exacto. En el filo del cuchillo. En el lugar donde tenía que detener las cosas y marcharse.

Pero no lo hizo.

Erik disminuyó aún más la distancia entre ellos, hasta que notó el aliento cálido que escapaba de sus labios humedecer los suyos. El aire entre ellos adquirió esa carga eléctrica que anunciaba que la descarga sería brutal. Violenta. La suavidad de su tacto era engañosa. Inés cerró los ojos.

—Vamos, Inés.

El timbre grave de su voz, casi imperceptible, hizo que su entrepierna se tensara. Él no se había movido, solo deslizaba en un espacio de pocos milímetros aquel dedo que la estaba haciendo enloquecer. Deseó que se desplazara por debajo de sus bragas. Estaba loca.

Fue ella quien tomó la iniciativa. Apoyó con suavidad la boca sobre la suya, que tantas cosas provocaba en su cuerpo. Recorrió con la punta de la lengua el perfil de su labio inferior, sin apartarse de su contacto. Él detuvo el movimiento de su mano, solo se apoyó en su regazo. Inés marcaba el tempo sin querer precipitar las cosas, aún insegura de qué era realmente lo que quería. Pero él abrió la

boca y cayó en la trampa. Se sumergió en ella con avidez. Sus pezones se erizaron y su abdomen se contrajo. Sus rodillas se rozaban, pero la posición de los taburetes no permitía un mayor acercamiento y ninguno de los dos se levantó para facilitar el contacto. Se fundieron en un beso lento, húmedo, profundo. Inés sentía cómo una languidez, una sensualidad especial se apoderaba de su cuerpo. Habían pasado dos semanas.

Erik se separó de ella con delicadeza y, con movimientos pausados, llevó el vaso de *whisky* hasta sus labios. Inés reprimió el impulso demente de arrebatarse el vaso y devolverlo donde pertenecía: sobre su piel. Ambos respiraban controlando las exhalaciones.

Bajó los ojos y emitió una sonrisa casi imperceptible. El bulto por debajo de su cinturón era demasiado tentador y alargó los dedos hasta recorrerlo en su longitud; él dejó el vaso de cristal con un golpe seco sobre la barra. La escasa iluminación los cobijaba de miradas indiscretas. El barman secaba copas en el otro extremo de la barra e Inés intensificó su masaje. Los nudillos de Erik, que aferraba el vaso con fuerza, estaban blancos. Y ella estaba perdiendo la capacidad de razonar. Por un momento temió que el vaso estallara en mil pedazos. No le extrañaría. En vez de eso, la agarró de la muñeca y llevó la mano hasta su boca. Inés introdujo en ella uno de sus dedos y succionó. El rostro de Erik se tiñó de un rojo purpúreo.

—Vámonos de aquí.

El filo del cuchillo

Caminaron hacia la salida sin mirar hacia atrás. Sorteaba a la gente, que no les prestaba ninguna atención, como si fueran muñecos inertes. Solo se detuvo un momento en el *hall* para enviarle un mensaje a Nacha. «Me voy con Erik. No me esperéis». El móvil no tardó ni cinco minutos en sonar, insistente, y lo apagó. Erik contemplaba en silencio sus movimientos sin apresurarla. No quería precipitar nada. Que fuera lo que Inés decidiera. De este modo, quizá podría resolver el enigma de qué era lo que quería de él.

—¿Dónde está tu coche? —dijo ella. La resolución en sus ojos persistía.

Cogió su mano y caminaron por el aparcamiento. El sonido de los tacones de Inés al chocar sobre el asfalto no hizo más que aumentar su desesperación. No tenían a nadie a su alrededor. En cuanto llegaron al BMW, la atrapó contra la puerta.

—No, Erik. Por favor —rogó.

Pero él acababa de descubrir, en el ángulo más apartado de su visión, a sus amigos. Su mirada se cruzó con la de Bettina tan solo una fracción de segundo y hundió su rostro entre el cuello y el hombro de Inés. Era una demostración animal. Absurda. Pero esperaba que dejara claro dónde tenía fijada su mira. En Inés. Y en nadie más.

Inés respondió tal y como esperaba. Aferró su melena hasta el punto del dolor y lo obligó a besarla. ¿No se iban a marchar de allí? Las manos femeninas buscaron su espalda por debajo del jersey. Solo divisó los gestos de negación de Hugo antes de que por fin se dirigieran hacia su coche. Inés notó su vacilación y se apartó de su boca.

—Vámonos, Erik. No quiero acabar follando en el aparcamiento.

Él dejó escapar una sonrisa torcida. Esa boca dulce podía ser muy sucia cuando quería. O cuando no quería, que era aún mejor.

Al subirse al coche, el vestido de Inés dejó ver la blonda de sus medias. Erik deslizó la tela hasta exponer el liguero.

—Vakker.

—Ya verás cuando veas todo el conjunto —dijo Inés en un susurro tenso. Subió la falda de su vestido hasta mostrar el triángulo de encaje negro con destellos de cristal y Erik desplazó la mano directamente entre sus muslos. Tenía las bragas empapadas, pero ella lo apartó con brusquedad.

—Atento a la carretera.

Condujo aceleradamente hasta incorporarse a la Kennedy. Soltó un juramento cuando se pasó el desvío por Manquehue para volver a su piso. Inés volvía a trabajar su pene con la mano. No iba a quejarse, pero se preguntó qué coño le pasaba. Estaba desatada. Cuando sus dedos desabrocharon la hebilla del cinturón, reclinó la cabeza contra el asiento y cerró los ojos por un instante. Lo estaba volviendo loco. El sonido al bajar la cremallera fue atronador en el silencio del coche. Solo se escuchaban sus respiraciones entrecortadas. Conectó el equipo de música del coche y dejó que el azar eligiera. *I like the way*, de The body rockers. El sonido envolvente de la percusión y la melodía sinuosa eran perfectas. Inés lo acariciaba por encima del bóxer.

—*Fy fæn...* Inés...

Liberó su erección por encima de la prenda.

—Atento a la carretera —ordenó ella, agresiva.

Erik aferró el volante cuando ella se inclinó sobre su regazo y acogió su polla en la boca.

—Ah, kjaereste.

Fijó la mirada en las luces rojas del coche de delante mientras lo sometía. Su boca subía y bajaba sobre su erección, envolviéndola. La lengua femenina acariciaba su envergadura mientras succionaba con pericia. Se permitía algún que otro pequeño mordisco en el glande.

—Uhhmm... —Los sonidos de su garganta, haciéndolo saber que también disfrutaba, y mucho, lo excitaron aún más.

Detuvo el coche frente a la puerta del edificio, agradeciendo que nadie estuviera cerca, porque jamás la detendría. Estaba a

punto de correrse. La puerta se deslizaba sobre los rieles con una lentitud absurda. Se iba a correr.

—Vamos. La puerta está abierta.

¿Sentía su polla arder y ella dejaba de trabajársela? Lo había dejado al borde del abismo. No dudó ni un momento de que lo había hecho a propósito.

Condujo hasta su plaza y aparcó mientras ella le recomponía la ropa.

—No te molestes —gruñó, aún cabreado por quedarse a medias—. En cuanto lleguemos a casa te voy a follar contra el suelo.

Ella soltó una risita que lo irritó. ¿A qué coño estaba jugando? La siguió como un autómata hasta la puerta de acero del ascensor. Le echó un vistazo a la cámara que vigilaba hacia su coche. Todo el garaje estaba plagada de ellas y los vigilantes del hotel hacían muy bien su trabajo.

Inés tecleó el código, y en cuanto empezaron a subir, arrastró la falda del vestido hasta mostrarle la ropa interior.

—Mira. ¿Verdad que es bonito? —dijo ella, aparentando ingenuidad. Apretó los dientes. Percibía el aroma dulzón y almizclado de su sexo con claridad—. ¿Te gusta?

No dijo nada. No era capaz de articular ni una sola palabra. Ella hizo un mohín decepcionado, y se dio la vuelta.

—Tal vez te guste más por atrás.

Levantó el vestido sobre su trasero, exhibiendo su culo, partido en dos por la tira de un tanga ridículamente pequeño.

—Inés... —dijo como advertencia. Ella recogió la tela del vestido en torno a su cintura y arqueó la espalda.

—Hay cámaras.

Abrió las piernas y volvió la mirada hacia él, con una sonrisa mordaz y retadora.

—¿Y qué más da?

Soltó un juramento y la aferró por la nuca, empujándola contra el espejo. Con la otra mano, liberó su polla, que llevaba alzada con rabia desde el coche.

—¡Con cuidado! —protestó ella. Él solo fue capaz de soltar una risotada. Con el pie, le abrió las piernas aún más y tironeó de la

tela del tanga, que se desgarró, pero no cedió. Inés soltó un gemido.

—Svarte Helvete...

—Fóllame. Erik. ¡Fóllame! —Inés ordenaba. No suplicaba. Sentía que la cabeza le iba a estallar y la agarró del pelo con brusquedad.

—Cierra la boca, Inés.

Ella soltó un gemido ante la fuerza de sus palabras. Erik la agarró de las muñecas y las elevó sobre su cabeza. Si la escuchaba pedir una vez más que la follara, la iba a partir en dos.

Pero ella no callaba. Los sollozos con los que se lo pedía lo estaban haciendo enloquecer. Apartó la tira de su tanga y tensó el abdomen. El grito de Inés cuando la penetró le recordó dónde estaban y le tapó la boca con la mano. Se movió dentro de ella como un salvaje mientras sentía cómo lo envolvía en su interior con avidez. Se corrió sin importarle si ella había llegado o no al orgasmo, aunque la manera en que se desmoronó bajo su cuerpo le indicaba que así había sido. La ropa se le pegaba al cuerpo por el sudor y el espejo frente a ellos estaba empañado. Inés respiraba erráticamente con la mejilla aplastada contra el cristal.

La puerta del ascensor estaba abierta y dejaba ver la oscuridad de su piso. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban allí.

—Siento haber sido tan brusco —dijo con sequedad. Salió de ella y se abrochó los pantalones con la sensación de no haber controlado nada de lo ocurrido, en absoluto, pese a la fuerza con la que habían follado. Ella se echó a reír, negando con la cabeza. Era Inés, pero no parecía Inés. La miró con fijeza intentando desentrañar el enigma.

Ella se ordenó el pelo con los dedos al tiempo que caminaba hacia el salón, en silencio.

—Estás muy callada.

—Es mejor así. Cada vez que abrimos la boca, lo jodemos. Hagamos lo que de verdad nos sale bien.

—Follar.

—Exacto.

Erik frunció el ceño ante la frialdad de su discurso. Tampoco se le escapaba el deje amargo de su voz. Se acercó a ella por la espalda y la atrapó entre sus brazos. No dijo nada. Dejó que su

cuerpo hablara por él. Desabrochó la lazada que sujetaba el vestido tras su cuello y lo dejó caer al suelo. Ella chasqueó la lengua con fastidio.

—¿Qué?

—Me has roto las braguitas —rezongó. La manera en que frunció los labios y su expresión enfadada lo hicieron reír.

—Pues quítatelas.

Inés se alejó de él unos pasos, le lanzó una mirada coqueta con esa sonrisa que lo volvía loco, en la que, a la vez que estiraba las comisuras, juntaba con fuerza el centro de los labios. Después, enganchó los pulgares en las tiras laterales del tanga y, muy lentamente, deslizó la prenda a lo largo de sus piernas estiradas. Él tragó saliva. A medida que las manos se acercaban a los tobillos, el rombo que dibujaba el encuentro de sus nalgas y el interior de sus muslos se abría dejando al descubierto el sexo violáceo y el ano de Inés.

—Quieta —ordenó.

Ella se giró levemente, con los dedos rodeando sus tobillos y sonrió. Dos semanas muy largas, sin mitigar el deseo y la necesidad por estar con ella. Extendió los dedos sobre su columna, y siguió la línea hasta posarlos en el centro del rombo. Inés jadeó.

—No te has puesto condón.

La frialdad y la acusación que encerraban sus palabras barrieron la sensualidad del momento.

—Tienes un DIU —respondió, cortante.

—No es eso lo que me preocupa.

—Cuando quieras volvemos a la exclusividad.

Inés soltó una risita irritante y se alzó sobre los tacones.

—Inés, ¿a qué estás jugando?

EL tono cortante desapareció, solo quedaba el desconcierto.

—No juego a nada. Me apetecía follar y me he dejado llevar. No hay más. —Avanzó, desnuda, hasta la escalera—. ¿Vienes, o no?

Erik se quedó en mitad del salón, desconcertado. Intentaba saber por dónde seguir, por dónde llegar hasta ella. ¿Quería follar? Muy bien. Subió tras ella. Le daría lo que quería.

—Quítame la ropa —ordenó, sin ápice de humor.

Inés soltó una risita, pero se acercó hasta él. Desabrochó uno a uno los botones de su camisa, primero con brusquedad, pero poco a poco notó cómo se relajaba y sustituía sus gestos por otros más dulces. Cuando deslizó la camisa por sus hombros, él cerró los ojos para disfrutar del tacto de sus manos. Inés lo miró y vio en sus ojos grises la necesidad de él. Lo necesitaba. Y no era solo sexo, lo intuía, pero ¿entonces, qué?

—Inés.

—Shhh. Ahora no, Erik. Por favor —suplicó. Ya había desabrochado sus pantalones y los deslizaba hacia abajo. Se apartó un poco y Erik se deshizo de los zapatos y las prendas a patadas. Inés se pegó a él y se abrazaron. La sostuvo entre sus brazos con cierto temor. Una cosa eran los polvos rápidos. Otra, muy diferente, la intimidad que compartían al hacer el amor.

Se arrodilló frente a ella y llevó las manos a la minúscula hebilla en su tobillo para quitarle las sandalias. Ella permaneció inmóvil. Llevó los labios hasta su ombligo, que besó y lamió con delicadeza, y luego a su monte de Venus.

—Ah, Erik —gimió Inés al sentir cómo succionaba la piel justo por encima del núcleo de su placer.

Deslizó la mano en dirección ascendente entre sus muslos, y comenzó a masturbarla con firmeza. Había comenzado brusco, casi agresivo, pero sentir la rendición de Inés bajo su boca lo suavizó.

La instó a abrir un poco más las piernas y la premió con un movimiento más amplio de la caricia. Conocía cada rincón, cada pliegue, cada recoveco de su cuerpo y volvió a ellos con dedicación. Rozó su clítoris con cuidado, deslizó el borde de la mano entre los labios de su sexo y tanteó con la yema del índice su ano tenso. Sonrió, sin apartar la boca de su monte de Venus, cuando ella tuvo que apoyarse en sus hombros.

—Erik, por favor.

Ahí estaba. El ruego que era en realidad una orden. La entrega paradójica en la que ella tenía todo el control. Desplazó la

lengua hasta el pequeño botón enardecido de su placer, introdujo el pulgar en su sexo, y el índice, en el interior de su ano.

—¡Erik! —gritó Inés al dejarse caer en el éxtasis. Sus rodillas flaquearon y la sostuvo, frotando su abdomen con la esencia dulzona que le empapaba los labios.

Se puso de pie con dificultad, estaba tan excitado que la erección le generaba dolor. La abrazó. Esto era lo que constituía la diferencia. La cercanía, la complicidad, la intimidad y el saber que nunca se había sentido así en los brazos de otra mujer. No podía asegurar que fuera eterno, pero en ese instante, deseó que durara toda la eternidad.

—Inés, quiero que volvamos a estar juntos. —Sostuvo su rostro entre las manos y la obligó a mirarlo a los ojos. Ella negó con la cabeza lentamente, pero todo su cuerpo clamaba por él.

Solo necesitaba despejar las dudas.

La tendió sobre la cama y se alejó para coger un condón. Pensó en el arcón donde guardaba los objetos de placer, pero no podía soportar estar lejos de ella ni un solo segundo más. Se puso el preservativo y se acomodó entre sus muslos. Sonrió, con alivio, al escuchar su gemido de satisfacción. La penetró con suavidad, dejándose envolver por su sexo prieto. Era como siempre. Era perfecto. Comenzó a moverse en su interior sin prisas, paladeando el momento. Lo del ascensor había sido un polvo por desesperación. Lo de ahora era muy distinto. Inés se retorció bajo su peso. Sus manos se aferraban a sus bíceps y su piel estaba perlada por el sudor. Un sentimiento de pertenencia lo inundó con una pasión salvaje.

Era irracional. Era incontrolable. No lo podía evitar.

La sostuvo por la cintura y la incorporó con brusquedad. Inés abrió los ojos, sorprendida.

—¿Qué ocurre?

—Quiero follarte por detrás.

—¡Oh! —Se mordió los labios, indecisa. Después asintió—. De acuerdo, pero sé suave.

Tenía algunas reticencias. Lo entendía. Pero él se las haría olvidar.

La giró, tendiéndola sobre la cama. Ella intentó doblar las rodillas y Erik la empujó del trasero hacia la cama.

—No, no es necesario. Así será más suave.

Inés se quedó inmóvil, pero temblaba. Erik llevó la mano hasta su rodilla, y la elevó hasta que quedara flexionada junto a su cuerpo. La visión de los orificios expuestos casi lo hizo perder el control. La penetró primero por delante para empaparse en su esencia, el lubricante del condón ayudaría también. Después, tanteó sobre su ano y presionó con cuidado. Ella estaba relajada, excitada, y tras una mínima resistencia inicial, permitió su paso con un gemido ahogado que brotó desde el fondo de su garganta. Se internó solo a mitad de camino. Quería disfrutarlo, prolongar la agonía.

—Uhhmm, Erik —se quejó. Él esbozó una sonrisa y se incorporó ligeramente sobre un antebrazo, aumentando la presión sobre su trasero. Era una estupidez, pero saber que había sido el único en darle sexo anal era importante para él. Llevó la otra mano hasta la base de su cuello y comenzó un masaje lento. Inés escondió la cara entre las almohadas, amortiguando su respiración agitada.

La agarró con fuerza de un hombro y se enterró en ella hasta el fondo. Inés jadeó. Comenzó a moverse en su interior con velocidad creciente. La manera en que se entregaba a él en el sexo era un deleite. Una droga. Verla disfrutar bajo su cuerpo, una idea aproximada de lo que era el paraíso. En ese momento habría jurado que todo era perfecto. Inés sollozó y arqueó la espalda. Estaba a punto de caramelo. Se retiró casi hasta salir, y volvió a hundirse con fiereza.

—*Kjaereste!* —gruñó al correrse, contra los dientes apretados, mientras Inés temblaba presa de las contracciones del orgasmo. Se desplomó sobre ella, agotado. Antes de abandonarse al sopor, se quitó el preservativo y lo abandonó sobre el envoltorio.

Por fin. Por fin tenía de vuelta a Inés.

Se despertó empapada en sudor. El cuerpo de Erik la cubría bajo las mantas y lo empujó con suavidad para levantarse a beber.

No quería despertarlo, así que bajó la escalera de caracol con cuidado y rescató su camisa tirada en el suelo. El sudor se había enfriado y un escalofrío la recorrió. Cerró los ojos al percibir su aroma en la prenda. ¿Qué pasaría ahora? Sabía que habían cometido un error, pero estaba tan relajada que prefirió no darle demasiadas vueltas.

Inspeccionó el contenido de la nevera. Sonrió al ver los *tuppers* con comida y distintas cervezas. Cogió la botella de agua fría y se sirvió un vaso.

—¿Me das también a mí?

Erik controló el tono de voz para que no advirtiese la ansiedad. Por un segundo, pensó que se había marchado. Se acercó a ella y bebió del vaso que le tendió. ¿Cómo sería tenerla para siempre en su vida? Sin limitaciones, sin barreras. La mera idea era como un abismo peligroso y maravilloso a la vez. Dejó el vaso a un lado y la abrazó.

—Eres como el genio de la lámpara —dijo sobre sus labios.

—¿Por qué?

—Porque haces realidad todos mis deseos. —La sentó sobre la encimera e Inés lo encerró entre sus muslos. Se fundieron en un beso—. Sexo en el ascensor... y sexo sobre la barra de la cocina.

Ambos rieron, mientras se hundía en ella, centímetro a centímetro, disfrutando de hacerlo piel con piel. Se mecieron en un abrazo lánguido, empapando de sudor la tela de la camisa atrapada entre sus cuerpos.

—Es increíble lo bien que funcionamos en el sexo —murmuró Erik cuando se abrazaron tras el orgasmo.

Pero Inés se tensó.

—Ya. Pero ahí es donde está el problema, Erik —dijo, apartándolo de los hombros—. He tenido tanto sexo en estos meses como para darme cuenta de que no es suficiente.

—¿Cómo que no? —dijo él, con una risotada. Estaba de broma.

—No, Erik. Ya te lo he dicho. Necesito otras cosas. Y sé que contigo nunca las tendré. Tú no puedes darme lo que yo necesito. Yo no puedo darte lo que tú necesitas. Es mejor dejar las cosas como están.

Se bajó de la encimera y pasó por su lado sin añadir nada más.

Erik subió tras ella a la habitación envuelto en incredulidad. No. No lo decía en serio. Solo se hacía la dura. Se abrazaron en silencio sobre la cama. Inés se dejó contener, pero no dijo nada. Acababan de reconciliarse, y no había que darle más vueltas.

La idea de que Inés buscaba algo, y de que él no daba la talla, no podía aceptarla.

Emboscada

Inés se despertó con el ruido de tazas en el piso de abajo. Se estiró sobre las sábanas revueltas de la cama, percibiendo con claridad que el aroma masculino que las impregnaba, lo hacía también su piel.

Bajó, reacia, sin saber qué iba a encontrarse. Las pocas frases intercambiadas de madrugada, cuando la oscuridad favorecía la franqueza, habían sido demoledoras.

Estaba de espaldas, vestido. Cogía sus cosas. ¿Iba a marcharse? Mierda.

—Hola. ¿Te vas?

Él se volvió con una sonrisa sorprendida.

—Sí. Tengo que pasar visita. De hecho, tengo que darme prisa.

Inés se quitó su camisa y recuperó el vestido tirado en el suelo del salón. Joder. Tendría que haberse marchado de madrugada.

—Dame un minuto, cogeré mis cosas. Necesito que me lleves a casa.

—No. Estoy muy retrasado.

Inés lo miró un segundo, y se vistió con lo único que tenía: el vestido y el sujetador.

—De acuerdo. Cogeré un taxi. Pero necesito que me des mi chaqueta, la he dejado en el coche.

—Inés, ¿por qué no te quedas aquí, descansas y pasamos el día juntos? —dijo él, con un tono que mezclaba cierta condescendencia y la seguridad de que ella se quedaría.

Se echó a reír.

—No.

¿Dónde mierda estaba su bolso? Subió corriendo la escalera del caracol y cogió su bolso y sus sandalias de tacón. Erik daba por hecho que las cosas se habían arreglado entre ellos. Nada más lejos de la realidad.

—Inés, me tengo que ir al hospital. No seas ridícula. Estas descalza y medio desnuda. Espera a que vuelva.

—Llévame a casa. O devuélveme la chaqueta.

Erik negó con la cabeza, con una sonrisa irritada.

—Llego tarde. Espérame aquí, ¿cuál es el problema? —dijo él, suavizando la voz. Rodeó su rostro con las manos. Inés las apartó de un manotazo. No podía ni empezar a enumerar todo lo que estaba mal aquella mañana.

Las puertas del ascensor se abrieron e Inés se apresuró a entrar. Erik la siguió con gesto reprobador.

—Inés...

—No me toques, Erik.

El silencio hasta que llegaron al garaje fue demoledor. No entendía nada. ¿Qué coño le pasaba a Inés? Activó el mando del coche y ella no tardó ni un segundo tras escuchar el doble sonido en abrir la puerta y recuperar la chaqueta. Después, se dirigió a la rampa.

—¡Inés!

Maldita sea. Se subió al coche y condujo hacia la salida. La puerta del garaje estaba abierta, e Inés se perfilaba contra la claridad de la mañana.

—*Fy fæn!* ¡Inés! —llamó por la ventanilla bajada—. Súbete al coche. Te llevo.

—No. Cogeré un taxi. No quiero que llegues tarde al hospital.

Uno pasó e Inés alzó el brazo y lo agitó con impaciencia. El coche iba vacío, pero no se detuvo. Siguió caminando con obstinación. Erik se puso a su altura, y disminuyó la velocidad para seguirla. Abrió la puerta del copiloto.

—Inés. Súbete al puto coche.

Ella soltó una risotada. Prefería llegar a su casa caminando. La acera estaba bastante limpia, solo tenía que esquivar algunas piedrecitas. Las sandalias se balanceaban en su mano y no llevar bragas con ese vestido era tan incómodo... Otro taxi pasó junto a ella, y echó a correr, agitando de nuevo la mano, pero tenía un pasajero. ¡Mierda!

Erik aparcó, notando que la ira se apoderaba de él. Se bajó del coche y corrió detrás de Inés. Se puso frente a ella y la sujetó de

los hombros.

—Inés, me estoy volviendo loco. Por favor. Dime qué te pasa. Para. ¡Para!

Ella dejó de forcejear y fijó la mirada en los ojos azules, teñidos de ansiedad. La situación era absurda.

—Lo que te dije es cierto. Lo de anoche fue un error. Entre nosotros solo funciona el sexo, y últimamente, ni siquiera eso.

—Inés, no puedes enfadarte por querer que te quedases en casa y me esperases. ¡Vamos!

—¿Qué? Erik, si querías que me quedara, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué quieres forzar una situación absurda? Quiero que te alejes de mí. Quiero que me dejes tranquila. No puedes darme lo que yo necesito. Yo no puedo darte lo que tú necesitas. Se acabó. Se acabó.

Divisó otro taxi y alzó la mano. Por fin.

—¡Inés!

Se subió al vehículo sin mirar atrás. Erik se llevó las manos a la cabeza y miró cómo se alejaba el taxi con desesperación. No hacía más que cometer errores. El busca de guardia localizada sonó en su bolsillo y lo aterrizó a la realidad.

—¿Se puedes saber dónde estás? Tenemos una cirugía pendiente. Te estamos esperando

Hugo sonaba cabreado. Normal. Hacía más de media hora que tenía que estar en el hospital.

—Voy para allá. En veinte minutos estoy ahí.

—Más vale que tengas una buena excusa.

—*Svarte Helvete*, me cago en todos los demonios del averno.

Erik se concentró en lavarse las manos, ignorando los ojos acusadores de Hugo.

—Una cirugía perfecta, Dr. Thoresen —dijo su amigo mientras se quitabas los guantes llenos de sangre y la ropa estéril.

—Gracias. ¿Qué más hay?

—He revisado las heridas quirúrgicas y he retirado un drenaje con Dan. Se las apaña bien sin ti.

—Será un buen cirujano. ¿Qué más hay? —repitió, impaciente. Lo único que quería era terminar y largarse de allí.

Hugo lo miró largamente, y Erik apretó los labios.

—Te he cubierto el culo. He pasado la visita, está todo listo.

—Gracias.

—De gracias, nada. ¿Qué te pasó? ¿Por qué has llegado tarde?

—Vamos a tomar un café.

Se sentaron en la terraza de la cafetería. De pronto, todo el cansancio y la tensión acumulada se desplomaron sobre sus hombros. Había dormido poco y llevaba semanas desconcertado. La pelea. La denuncia. La crisis que atravesaba con Inés. La jefatura en peligro. Al menos no tenía que verle la cara a Portales: se libraba de la cirugía en su mano derecha, pero seguía de baja hasta recuperarse por completo. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Dos semanas? No sabía ni qué día era.

—Eh. Erik —llamó Hugo, preocupado.

—Creo que me estoy volviendo loco. —Se tapó la cara con las manos y después, las llevó a su pelo—. Mi vida está fuera de control.

—¿Sabes algo de la denuncia?

—No. No sé nada. Tengo una reunión el miércoles con los abogados, ahí supongo que me informarán.

—¿Qué ha pasado esta mañana? Jamás llegas tarde.

—He vuelto a pelearme con Inés. Pensé que llegábamos a alguna parte anoche, pero todo lo que hago parece empeorar la situación—dijo, cabreado. No tenía ni idea de cómo solucionar las cosas—. No sé qué coño hacer.

—Entonces he formulado mal la pregunta. ¿Qué pasó anoche? En el aparcamiento, tú e Inés estaban bien entretenidos. —Hugo se detuvo, indeciso, y Erik lo miró con atención—. Bettina también los vio, estaba bastante enojada.

—Mejor. Que la incluyeseis en la cena fue un golpe bajo —respondió Erik de malos modos.

—Tú mismo dijiste que necesitabas distracciones. Greta y yo pensamos en que sería una buena idea.

—Ya.

—Erik, ¿qué pasó?

No quería contestar. Sabía perfectamente lo que estaba mal de todo aquello. Insistía una y otra vez en llegar a ella a través del sexo, pero ya no contaba con esa arma, hasta ahora infalible. Inés se lo había dicho bien claro: ya no era suficiente.

—Fuimos a casa, follamos. Sucio. Duro. Como siempre. Yo mencioné lo bien que nos compenetrábamos en el sexo, y... —Se detuvo a recordar sus palabras exactas. «Para mí ya no es suficiente. Tú no puedes darme lo que yo necesito. Yo no puedo darte lo que tú necesitas. Es mejor dejar las cosas como están»—. Y ella me dejó claro que no es suficiente. Yo insisto en que me diga qué es lo que quiere de mí, pero no obtengo nada de ella.

—Follasteis.

—Sí.

—Dices que quieres arreglar las cosas, Erik, pero yo veo que caes una y otra vez en los mismos errores de siempre. ¿Por qué insistes en el sexo?

—Porque es la única manera que conozco de llegar a ella.

—Erik, en el amor no hay medias tintas. Si ella no quiere tenerte a su lado, tendrás que asumirlo. Esperar a que vuelva a ti, y asumir también que es posible que no regrese. Será su decisión. Y mientras esperas, piensa en si quieres darle lo que ella quiere y necesita.

—¿Y qué es? Se lo pregunto de frente, pero habla de necesidades distintas —gruñó Erik. Abría y cerraba las manos en torno a la taza de café—. Todo abstracto.

—¿Tú qué quieres?

—Quiero a Inés.

—Como objetivo de vida, quiero decir.

—¡Ah, bueno! Quiero crecer como cardiocirujano, quiero ser jefe, quiero estar tranquilo...

—¿Y dónde entra Inés ahí? No te das cuenta, Erik, pero la has sacado de la lista. Piensa dónde encaja Inés en esos objetivos.

Yo creo que está claro, y además, está siendo sincera. Y bastante más realista que tú.

—¿Qué coño quieres decir? —dijo Erik, enfadado—. ¡Estoy harto de acertijos y enigmas!

—Que si no eres capaz de ver lo que Inés quiere decirte, a lo mejor ella tiene razón, y ni siquiera vale la pena decírtelo.

Su amigo se levantó y pagó la cuenta antes de decir nada, Erik se quedó sentado, desconcertado. Ni siquiera se despidió.

—¿No se supone que estás de mi lado? —dijo alzando la voz.

Cosas de abogados

Qué bien. Llegar a casa y encontrarte con una carta del juzgado. Inés la abrió con movimientos lentos, reacia a enfrentar lo que contenía, sin siquiera desprenderse del maltrecho vestido.

Una citación para revisar la denuncia de la agresión de Portales. Para diciembre. ¿Para diciembre? Un nudo de angustia se aferró a su pecho. Recuperó su móvil del bolso y marcó el teléfono de Loreto. Las risas de sus sobrinos y los gritos de sus juegos no la confortaron, la irritaron aún más.

—¿Puedes ir a un lugar donde podamos hablar sin gritos? —dijo, en un arranque irascible.

—Caray, Inés. ¿Y ese mal humor?

—Tengo en la mano una citación del juzgado. ¿No se supone que la justicia funciona lenta? —se quejó con amargura. Vaya mañana de mierda. La voz de su hermana se tornó seca y cortante, adquiriendo un tono profesional.

—Perfecto, Inés. Esto acelerará el proceso de la demanda contra Erik y lo ayudará como atenuante. Conseguiremos que esto no llegue a nada, ya verás. Tienes que...

—¡Para, Loreto! —interrumpió Inés, cabreada por la retahíla de palabras a toda velocidad—. No entiendo nada de lo que dices.

—Oye, Inés. ¡Ubícate! —respondió su hermana, cortante—. Estoy de tu lado, y así no puedo ayudarte. ¿Se puede saber qué te pasa?

Inés se mordió el labio inferior, nerviosa. Estaba sudada de la noche de sexo y la caminata, necesitaba una buena ducha y unas cuantas, muchas, horas de sueño, y quizá una retahíla de latigazos. Dios mío. Estaba perdiendo la cabeza.

—Lo siento, Loreto. Llevo unas semanas un poco difíciles. Erik y yo hemos roto, y... mierda. —Su voz se quebró, e hizo un esfuerzo por controlar su respiración. La garganta le quemaba—. Eso. Llevo unas semanas difíciles.

—¿Después de la pelea? —Su hermana rebajó el tono a uno más amable.

—Sí.

—Vaya.

Se hizo un silencio incómodo al otro lado de la línea. Inés sabía lo que su hermana estaba pensando: «Te dije que esto iba a pasar». Pero era lo suficientemente elegante como para no echar limón a la herida, y ella no insistió. Un carraspeo rompió el momento de incomodidad.

—No te olvides que el miércoles tenemos una cita en el bufete para que nos reunamos y planifiquemos los pasos a seguir —prosiguió con el tono frío y profesional. A veces, Loreto le daba miedo—. Acuérdate de llevar la citación.

—Okay. Vale. Hablamos —soltó en estacato, mientras seguía atenzada por el nudo de angustia.

—Te llamo el lunes por la noche. ¡Inés! —llamó cuando ya iba a colgar—. Lo siento. Aunque no lo creas, lo siento.

Tragó saliva e hizo un esfuerzo por engullir la bola de pinchos atascada en su cuello. Como una autómatas, se despojó del vestido y se metió bajo el agua caliente de la ducha. Después se hundió en el sofá. Y pasó del sofá a la cama cuando se hizo de noche.

El timbre insistente de la puerta de entrada la obligó a levantarse con una larga sucesión de insultos hacia los invitados indeseables a primera hora de la mañana del domingo. Bueno. No tan a primera hora. Alcanzó a ver en el reloj de la cocina que eran casi las doce.

Era Nacha. Soltó un enorme suspiro y abrió.

—Esto de venir sin avisar se está transformando en costumbre —murmuró, apocada.

—Ya. Si me cogieras el teléfono, no tendría que venir hasta aquí a ver si te metes en la boca algo más que Erik —soltó, estampándole un beso en la mejilla. Llevaba una bolsa del Buenos Aires que desprendía un olor maravilloso a café y pan de huevo recién hecho. La dejó sobre la mesa y clavó los ojos en ella—. Cuando te dije que necesitabas divertirte, no me refería a esto.

Inés rehuyó su mirada acusadora y se metió en la cocina. Fue pasándole los salvamanteles y los platos para desayunar.

—Ya. Ya lo sé. Solo ha sido el polvo de la recaída, Nacha. — Enfatizó con exageración la frase, necesitaba convencerse a sí misma—. Estoy más segura que nunca. No quiero volver con él.

—¿Qué pasó?

—Lo de siempre —dijo, encogiéndose de hombros. Se metió en la boca un panecillo de huevo y masticó, mientras pensaba en lo que iba a decir—. Follamos. Dios, no sabes lo que lo echaba de menos en la cama. Bueno, en la cama, en el coche, en el ascensor, en la cocina.

Nacha fingió un bostezo.

—¡Al grano, Inés!

—Fue una noche muy intensa. Hablamos poco, pero lo poco que se dijo fue muy significativo de lo que nos pasa, Nacha. —Negó con la cabeza y rodeó la taza de cartón con las manos; estaba muy caliente—. El sexo es magnífico, estoy enamorada, pero no es suficiente.

—¿Y él?

—Repite que quiere estar conmigo, pero es lo único que dice. Dice que no sabe lo que quiero, y que se lo diga. —Sorbió el café y cerró los ojos para saborearlo y disfrutar la caricia del líquido descender por su garganta, confortándola—. Pero yo ya he dicho todo lo que tenía que decir.

—¿No habéis vuelto a hablar del embarazo?

Inés se echó a reír y volvió a negar con energía.

—No. Está claro que él no siente la necesidad, y yo estoy harta de tener que poner siempre los temas sobre la mesa para enfrentarlos.

Nacha frunció los labios en puro desacuerdo, pero no dijo nada. Durante unos minutos se concentraron en el café, hasta que se decidió por fin a abrir la boca.

—Lo que te cuesta es estar sin sexo, lo entiendo. ¿Pero no puedes buscarte otro para tirar que no te traiga tanta comedura de cabeza?

Inés soltó una carcajada. Tenía razón. Dos semanas sin sexo habían sido un infierno. No quería pensar en un periodo más largo

de abstinencia.

—No tengo muchos candidatos esperando.

—¿Y tu etapa de «experimentación»?

—No he tenido el ánimo de seguir por ahí, la verdad — reconoció. Pensó en Álex y Philip con un sentimiento de añoranza, pero lo desechó al momento. No. Todavía no—. Está todo demasiado reciente.

Nacha se marchó a la hora de comer e Inés dio vueltas y vueltas a todo. Se metió en la cama temprano, repasando todo lo que tenía que hacer aquella semana. No era un panorama demasiado alentador.

El lunes llegó a la sala de hemodinámica con la resolución firme de manejar todos los frentes abiertos con un poco más de sangre fría. La sonrisa cálida de Isaac al verla llegar arrancó de ella una mueca un poco tensa, y se apresuró a ponerse los plomos que la protegían de la radiación para el primer procedimiento de la mañana.

La insensibilidad de todo el proceso la abrumó. El equipo entraba cuando el paciente, un hombre bien entrado en los cincuenta que había sufrido un infarto, ya estaba anestesiado. No dudaba de la calidad profesional de Isaac y del Dr. Bustos, pero echaba de menos la calidez del Servicio de Pediatría, las risas de los niños y las conversaciones con los padres.

—Has estado muy callada —dijo Isaac mientras se lavaban las manos al terminar.

—No me encuentro muy bien. El procedimiento ha sido más largo que de costumbre. —Qué patética. Y encima, acababa de quedar muy poco profesional.

—Te traeré un café. Es cierto que estar de pie tantas horas sin moverse cansa mucho. Nos pasa a todos. —Inés sonrió de verdad por primera vez aquella mañana y miró a Isaac con otros ojos. Era alto y muy delgado, el pelo por completo canoso, unos ojos oscuros y amables, y una sonrisa cálida. No era guapo, pero sí muy atractivo. Defendía bien la camisa blanca de rayas azules y los

pantalones beis de vestir. Se dio cuenta de su escrutinio y dejó de hablar por un instante para mirarla con intensidad. Esta vez, sí le devolvió la sonrisa

—Gracias, Isaac.

Comieron también juntos después del último paciente. Inés estaba cómoda y se habría quedado al café al que la invitó, pero a las cinco era el cambio de turno y se marchó a la UCI tras prometerle que dejaban pendiente la invitación para otro día. Hacía semanas que no se sentía tan relajada. Ignoró la vocecita que decía que el sexo era el causante de tanta relajación.

Volver a Pediatría, aunque solo fuera por las guardias, era un alivio. Además, el buen tiempo comenzaba a notarse: los niños con infecciones respiratorias graves ya eran cada vez menos, y estar de turno no era una locura de no parar. Se fue al despacho de residentes en la Unidad y se dedicó a poner al día su presentación de hemodinámica con esmero. Aún faltaban tres semanas, y quería dejarla perfecta. No podía permitirse darle a Erik ni un solo milímetro de margen para que le reprochara.

Erik.

Miró el móvil y vio esos *whatsapps* pendientes. Tenía varios mensajes sin leer, el último de aquella misma mañana, pero no se sentía con fuerzas de lidiar con él.

—Dra. Morán, acaba de llegar el niño del ingreso procedente de Urgencias —avisó una enfermera desde la puerta. Perfecto. Trabajo duro.

Aquel pequeño con una sepsis los tuvo en pie durante toda la noche. Dormitó un par de horas en la cama libre de la UCI, porque aquel día no tenían residente, y se tomó un café con las enfermeras antes de la visita. En cuanto Marcos apareció, frotándose los ojos y reprimiendo un bostezo, le dio el busca y se marchó. Alcanzó a vislumbrar a Erik junto a Guarida frente al resto del equipo en torno a la cama del primer paciente, pero ella no se quedó a la visita. Aprovechó la prerrogativa de rotar en Cardiología de adultos y se marchó a casa a descansar.

No quería ir al Sótero. Erik tenía quirófano y ella, ninguna gana de encontrárselo después de la noche del viernes. Durmió un par de horas en casa y acabó por levantarse, maldiciendo su

inoportuno sentido de la responsabilidad. ¿Por qué solo parecía funcionarle respecto a la medicina?

—¿Has pensado ya en lo que quieres hacer con la FUNCORP? ¿Has hablado con Erik? —preguntó Marita en un descanso entre paciente y paciente. Como siempre, la algarabía de los niños en el pasillo hacía difícil mantener una conversación. Inés compuso un gesto contrito.

—No, aún no hemos hablado. Sé que con esta cirugía las cuentas volverán a estar bajo mínimos —dijo, preocupada. Una cosa era que Erik metiera dinero de su bolsillo de vez en cuando. Otra muy distinta, financiar una a una las cirugías sin ayuda—. Si no conseguimos más financiación, el proyecto no es viable.

—Es complicado —concedió la cardióloga—. Ya existe SALVECOR, que funciona bien. Es difícil conseguir dinero para dos cosas tan similares.

—Por eso queremos trasladar los casos allí —se apresuró a añadir Inés. Marita tenía que entenderlo—. No vamos a rendirnos, pero tendremos más recursos.

—La idea de un proyecto exclusivo para los niños del Sótero era demasiado bonita para ser verdad —respondió con gesto derrotado. Inés sintió cada palabra como un cuchillo en el corazón.

—Marita, no vamos a dejarlos tirados. Solo te pido que no valores más casos hasta no aclarar la situación. Erik no puede sostener esto sin ayuda. Yo pensé que la fiesta de gala ayudaría a conseguir recursos, pero está todo centrado en el SALVECOR.

En el viaje de vuelta en el metro, con el móvil en la mano, estuvo tentada de mandarle un mensaje a Erik. Tenían que reunirse y hablar de ello. Tuvo su contacto en la pantalla del móvil. Pero no. Al día siguiente se verían en la reunión en el bufete de abogados. Esperaría a verlo cara a cara. Una llamada de teléfono podría malinterpretarse y quería dejar las cosas claras: no quería saber nada de él.

Al llegar a trabajar al día siguiente, el ambiente festivo y la cantidad de gente en los pasillos llamó su atención. El hospital celebraba un ciclo de charlas especializadas, abiertas a cualquier

médico que quisiera asistir, y los corrillos de especialistas en discusiones improvisadas amenizaban las mañanas anodinas con un coro de voces entusiasmadas. Se respiraba ambiente académico, de universidad. La semana de San Lucas era volver a ser estudiantes.

Ella no estaba para muchas fiestas. Cuando vio el *mail* del grupo de auditoría, tuvo ganas de gritar. ¿A qué venía esa advertencia dirigida en exclusiva a ella?

De: Erik Thoresen

Para: Grupo de auditoria cardio

Asunto: Charla San Lucas.

Hola a todos:

El viernes no hay reunión de auditoría, pero a las 7:00 pm tenéis que estar en la charla sobre complicaciones hemorrágicas de la cardiocirugía en el salón de actos del hospital, con motivo de la semana de San Lucas. La asistencia es obligatoria.

Inés, tú también.

Saludos,

E.

Genial. Para una tarde libre de la que podía disfrutar, tenía que perderla en una charla que no le interesaba en lo más mínimo. Esperaba que la reunión con Loreto fuera corta, o perdería también esa clase de *poledance*. Odiaba cuando su vida se veía regida por circunstancias externas a ella. Últimamente la arrastraba la corriente, las cosas ocurrían a una velocidad mayor a la que estaba acostumbrada. Tenía la necesidad imperiosa de bajarse del mundo y procesar.

Lo mejor del día fue la comida rápida a mediodía con Isaac. Las historias de su hijo la tuvieron riendo a carcajadas buena parte de la velada, y le dio verdadera pena tener que volver a trabajar.

—Me gusta hacerte reír —dijo, antes de entrar en la consulta y ponerse a ver pacientes. Inés notó una calidez hacia él que antes no estaba ahí.

El bufete de abogados donde trabajaba Loreto destilaba elegancia y profesionalidad. Hacía años que no iba por allí. Aparcó su preocupación durante unos minutos para admirar la decoración: primaban las maderas nobles, las alfombras gruesas y los grandes espacios. Tras una pared acristalada, divisó a Erik y a su hermana y se dirigió hacia allí. Antes de empujar la puerta, respiró hondo. En el hospital era fácil evitarlo; allí era imposible. Un nudo de añoranza se apretó en su abdomen. Ya casi no quedaban restos en su cara de la pelea, y no deslucían en nada lo guapo que estaba. Llevaba una camisa blanca que parecía hecha a medida, y unos vaqueros oscuros. Los ojos azules estaban velados por la preocupación, pero se iluminaron al verla. Tuvo que reprimir el impulso de corresponder a la sonrisa precavida que se deslizó de su boca.

—Hola —saludó, apocada.

—Hola, Inés. —Loreto señaló a su lado y reparó en la abogada, alta, rubia y sofisticada—. Esta es Nadia Sánchez, va a asesorar a Erik en su defensa y yo me ocuparé de la tuya. Ella tiene mayor experiencia en demandas de este tipo.

Estrechó su mano con desinterés, y se sentó a la mesa, escuchando a medias lo que su hermana, que coordinaría las defensas de ambos, decía.

—Inés, he dicho que me des la carta del juzgado —reclamó Loreto con impaciencia.

—Sí, sí, perdona.

Ni siquiera la había escuchado. Sacó el sobre y se lo tendió a su hermana, que lo leyó en voz alta. Al parecer, eran buenas noticias. Pero ella estaba más pendiente de evitar y buscar las miradas subrepticias que Erik le dedicaba. Cuando sus ojos se encontraron, apartó su rostro para centrarse por fin en las indicaciones de Loreto, pero alcanzó a percibir su gesto dolido. Inés apretó los dientes y alzó el mentón. Todavía dolía, y mucho, todo lo que había pasado. Todo lo dicho. Todo lo callado.

—¡Ninguno de los dos me está escuchando! —exclamó Loreto, alzando las manos en gesto de desesperación—. Erik, esto es importante para ti.

—La denuncia de la señorita Morán da una justificación más que sólida para tu defensa —añadió Nadia, dirigiéndose en exclusiva a él, y terminando la frase con una sonrisa seductora. Inés frunció el ceño, ¿aquello era una reunión de abogados o un flirteo en un bar? Erik parecía inmune a sus encantos. No era para menos, tenía que estar preocupado.

La reunión continuó durante un tiempo más, pero ella no atendió demasiado. Rememoraba el día que habían roto, cómo en unas horas todo se fue al carajo.

No. En unas horas, no.

Erik y ella llevaban haciendo aguas desde que empezaron, y lo sabía. No era la infidelidad, no era que la cardiocirugía fuese para él lo prioritario, no era que ella quisiese tener hijos. Eran tan diferentes que ni siquiera el sexo era suficiente para amalgamarlos. Ni siquiera el amor que se profesaban.

—No es necesario que no reunamos más por el momento, cuando tengamos novedades volveremos a hablar.

Inés volvió de golpe a la realidad del despacho. La abogaducha se inclinó hacia Erik, poniendo una mano sobre su antebrazo y fue más de lo que pudo soportar. Murmuró una despedida y se levantó sin siquiera intercambiar unas palabras con su hermana. Ya hablarían de la FUNCORP después. Estar cerca de Erik y barajar la mera idea de que estuviera con otra mujer era más doloroso de lo que en un principio hubiera imaginado.

Llegó un poco tarde a la clase de *poledance*. Golpeó la puerta con timidez, pero aquello no era la Escuela de Danza.

—¡Vamos, niña! Ponte a trabajar —dijo Marcelo, que puso la música a todo volumen con The Weekend en una de sus canciones sensuales. Inés se soltó el moño, se quitó la camiseta que solía llevar sobre el top de gimnasia y comenzó a estirar con ayuda de la barra. Una hora y media después, lucía un par de hematomas en sus piernas, junto con una enorme sonrisa.

El jueves, se confesó que había echado de menos a Isaac y su cita a mediodía. Estaba saliente de guardia y ella tuvo que pasar la consulta con el Dr. Bustos. Su tono de voz monocorde y anodino la tuvo bostezando durante todo el día. Lo bueno era que su

consulta tenía menos carga asistencial, y pudo marcharse a casa temprano. Aun así, la semana se estaba haciendo eterna.

El viernes trabajó con la idea de tener que asistir a la charla obligada orbitando todo el día en su cabeza. Se planteó no ir, pero Erik había sido claro: quería a toda la Unidad allí. Aunque se trataba de una presentación en un tono más bien informal y dedicada a cualquiera que quisiera asistir en la semana del San Lucas, lo consideraba una actividad formativa y, por lo tanto, obligatoria. Su política de poner tierra y tiempo de por medio para tratar de arrancarlo de debajo de la piel era efectiva pero precaria. Y todo parecía confabularse contra ella.

Pese a todo, descansó en casa unas horas y disfrutó de conducir con la ventanilla abierta, y de la brisa tibia de la tarde. Se respiraban aires de veranito. El sol brillaba y sentía que comenzaba a tener las cosas bajo control. No se molestó en buscar dónde dejar el coche, se metió al aparcamiento del hospital.

Mierda. Todo el mundo había tenido la misma idea.

Daba vueltas y vueltas y no había dónde aparcar. Bajó hasta el cuarto subterráneo y descubrió una plaza apartada y oscura. La iluminación era casi nula, y el sistema de ventilación y drenaje de agua, también, dándole un aspecto lúgubre. Peligroso. Se bajó del coche y estiró su vestidito blanco de verano. Se frotó los brazos. Un escalofrío recorrió su espalda. El año anterior, habían violado a una compañera en ese mismo aparcamiento. Mejor llevar el bolso bien sujeto y el móvil a mano, por si acaso, aunque allí no tendría cobertura.

—¿Todo bien, Inés?

—¡Joder! —exclamó ella, llevándose las manos hasta el pecho. Su corazón latía desbocado y estaba hiperventilando—. Erik, ¡me has dado un susto de muerte!

—Han ocupado mi plaza, he tenido que venir hasta aquí abajo.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos. Inés apartó la mirada de su rostro, pero descenderla hacia su pecho fue peor. La camisa blanca, impecable, le sentaba como un guante. Se ajustaba a su torso como si fuera una prenda hecha a medida.

—No deberías estar sola, es peligroso. El año pasado agredieron a una enfermera aquí.

—Lo sé —dijo Inés en un hilo de voz, asintiendo nerviosa. El aire pareció cambiar entre ellos. De pronto se hizo más pesado, más denso. Inés hizo el amago de alejarse, pero Erik estiró el brazo y apoyó la mano sobre el perfil del techo del coche, impidiéndole el paso.

—Es muy peligroso. —El tono de su voz también había cambiado. Más grave, más gutural. Más salvaje. Inés alzó la mirada hasta los ojos azules. También habían cambiado—. Alguien podría acorralarte.

Mierda.

Mierda. Mierda. Mierda.

—Deja que me vaya, Erik —rogó en un susurro. Los nervios la traicionaban arrebatándole cualquier fuerza a su voz.

—No. Prefiero no dejarte sola.

—Sé cuidar perfectamente de mí misma.

—¿Seguro? —Inés pegó los brazos en la puerta y extendió las palmas, el metal estaba frío y se estremeció—. Nunca sabes a quién puedes encontrarte en un sitio como este.

—¡Déjame pasar!

Erik la estrechó contra el coche, e Inés percibió con claridad cómo su entrepierna se humedecía. Sus pezones se fruncieron. Lo miró con rabia, dejando escapar la respiración rápida por los labios entreabiertos. El pulso de sus miradas se sostuvo durante solo un segundo, hasta que Erik la placó también con la boca en un beso ineludible.

¿A quién iba a engañar? Su cuerpo respondía por inercia, y las últimas neuronas con sentido común de su cerebro se licuaron. Hundió los dedos en su nuca y exigió de él un mayor contacto. Erik la agarró de los muslos y la levantó. El vestido ascendió por sus caderas hasta su cintura, y una de sus manos buscó la entrepierna de las bragas. No podía hacer otra cosa que aferrarse a su cuello mientras devoraba su boca perversa con besos desesperados, violentos. No había pasado ni una semana desde el polvo de la recaída, y parecía que habían pasado siglos sin tocarse. No tendría ninguna importancia. Era como el último cigarrillo antes de dejar de

fumar. La última dosis. Después de eso, nunca más. No supo cómo, pero de pronto se sintió empalada por la erección férrea y soltó un grito. Él le tapó la boca con la mano y apoyó la frente en la suya. El ritmo frenético de su penetración la catapultó hacia el clímax en una carrera absurda, mientras los jadeos cortos y secos se ajustaban a la cadencia rítmica y furiosa de sus embestidas.

Rápido. Duro. Violento.

Magnífico.

Los gritos cuando llegó al orgasmo se mezclaron con unas lágrimas de alivio tras la mano que aún sujetaba su boca. Él cerró los ojos y exhaló un gemido ronco mientras se liberaba en su interior.

—Svarte Helvete...

Erik retiró la mano de su boca con cuidado, e Inés boqueó, tragando el aire con avidez. La besó de nuevo, esta vez con calma. Con dulzura. Intentando compensar la brutalidad de su anterior contacto. Se aferró al cuerpo de Inés, sintiendo sus curvas bajo la ropa, sus pechos cálidos tras la tela delicada de aquel vestido de verano. El móvil comenzó a sonar en el bolsillo trasero de su pantalón. Lo ignoró. Ahora se sentía tranquilo. En paz. Como si las cosas hubiesen vuelto a su equilibrio natural.

—Erik —dijo ella, con la voz desfallecida.

—*Sssshhhh, liten jente* —la mandó callar, sellando su boca con los labios. Volvieron a fundirse en un beso, aún estaba en su interior. Su erección había perdido la dureza, pero el abrazo firme del sexo de Inés era un lugar en el que morir.

Ella se revolvió tras unos minutos, y Erik la dejó caer entre sus brazos. Cuando apoyó los pies en el suelo, se separó un poco y ordenó la tela del vestido sobre su cuerpo.

—Dios mío —murmuró Inés, con la voz ahogada.

No dijo nada. Colocó también los mechones que se habían escapado de la coleta. Tenía las mejillas arreboladas y las sienes empapadas en sudor. Le frotó los brazos.

—Inés, ¿estás bien?

Ella se echó a reír con un deje histérico en la voz y se tapó el rostro con las manos. Cuando intentó apartarlas de su cara, ella se resistió.

—Tengo que irme. Llego tarde a la ponencia.

—Sí, sí. Lo sé. Vete.

No se movió de allí.

—Inés, tenemos que hablar.

—Erik, vete, ¡por favor!

Miró el reloj. No iba a llegar a la hora. El teléfono móvil seguía sonando en el bolsillo de sus pantalones. Inés lo empujó sin fuerzas del pecho.

—Por favor, vete.

La miró una vez más, inseguro. Después, esprintó hacia la salida del aparcamiento.

Inés se tomó unos minutos para recuperar el aliento. El sudor caliente de su piel se enfrió, dejando una sensación pegajosa. El bienestar generado por el orgasmo fue sustituido por una desagradable desazón. No sucumbió a la tentación de meterse en el coche y largarse a casa. Tenía que dar la cara. Y no podía dar a Erik ni una sola pista de lo mucho que todo aquello la estaba afectando. Arregló como pudo su pelo frente al retrovisor y se pasó un pañuelo de papel por la cara. Ensayó una sonrisa que se le antojó falsa, sintética.

Echó a andar percibiendo con claridad la humedad entre sus piernas, y el aroma del perfume de Erik, mezclado con el picante de su piel durante el sexo, no podía arrancarlo de su cabeza.

El salón de actos estaba a rebosar. No cabía ni un solo alfiler, pero Dan le había guardado un sitio en las primeras filas y, de hecho, la estaba buscando. En cuanto la divisó, agitó la mano y señaló una butaca a su lado. Caminó hasta allí con ganas de salir corriendo en la dirección contraria. De fondo, la cadencia lenta y grave de la voz de Erik, hablando de algo sobre los sangrados, el tema de todas las ponencias de aquel día. Sus ojos azules se clavaron en ella durante un par de segundos, e Inés se concentró en llegar hasta el asiento. Pidió a Álex y a Ana que se movieran a su izquierda, y ella ocupó la butaca del extremo, murmurando unas

palabras de disculpa. No quería sentarse entre ellos, prefería asegurarse una salida rápida una vez terminara el ciclo de charlas.

Un malestar sordo crecía en su interior, e iba más allá del sexo furtivo en el aparcamiento. La frialdad con la que Erik daba la charla, como si nada hubiese pasado, la hizo sentir aún peor. Era un maldito iceberg. Un bloque de hielo pulido contra el que ella se estrellaba una y otra vez, intentando derretirlo, pero él permanecía inamovible.

Jamás cambiaría.

El malestar se aferró en sus entrañas como un monstruo de garras afiladas, y cuando los aplausos sonaron, atronadores, sintió que le faltaba el aire. Por un momento, su campo de visión se estrechó hasta convertirse en unos pequeños puntos de luz y notó que su cuerpo se convertía en una gelatina. ¿Qué mierda había hecho? No podía perder el control ahora. Respirar. Contar, despacio.

Uno. Dos. Tres.

«Vamos, Inés. Contrólate», se ordenó mentalmente.

Cuatro, cinco, seis.

El salón de actos volvió a aparecer ante sus ojos, con mayor nitidez que antes, mientras Erik respondía a las preguntas que se alzaban entre el público. Retiró la mirada del atril desde donde exponía.

Siete, ocho, nueve.

Tenía que salir de allí. Por salud mental. Inspiró y espiró con lentitud sofocante.

Diez.

La charla había acabado. Erik bajaba del escenario y se dirigía hacia ellos, era el momento de huir.

—De verdad, Nacha —sollozó, envuelta en lágrimas—. Es como una droga dura. ¡No puedo decirle que no!

Tras contarle todo el episodio, lloraba con la seguridad que la comprensión de su amiga le brindaba.

—Princesa, tienes que tomar una decisión, pero de verdad —dijo Nacha, con tono preocupado—. ¡No puedes seguir así!

—La decisión está tomada, ¡no hay vuelta atrás! Esto solo viene a confirmar lo que pienso, que estoy intoxicada. Erik es tóxico. Tóxico. —Se tragó la palabra con desesperación—. Y yo soy una mierda, no soy capaz de resistirme. Lo único que hizo fue agarrarme del cuello y apretarme contra el coche, y yo ya estaba abriendo las piernas. Soy patética.

Nacha se echó a reír.

—Vaya, tal como lo cuentas, no parece que hayas tenido mucha opción.

—Tengo todas las opciones del mundo. O, mejor dicho, solo una: no dejarme llevar. ¡Pero es imposible! —Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos de manera incontenible. No era más que una pantalla. Una fachada de normalidad que había construido de modo precario para soportar el hecho de que Erik ya no estaría en su vida.

—No te pongas dramática, Inés. Un par de recaídas las tiene cualquiera —intentó consolarla su amiga.

Se limpió el rostro con las manos y rehízo su coleta. No hacía nada de frío, pero se arrebujó en la manta sobre el sofá.

—No es solo eso. Lo echo de menos, ¿vale? —reconoció, reacia a decir las palabras.

—Entonces, no creo que la decisión sea tan firme como crees —dijo Nacha encogiéndose de hombros—. Lo quieres. Y frente a eso, no puedes hacer nada.

—No es cierto —rebatía, obstinada—. Erik dice que el amor es cosa de voluntad, y yo no tengo la voluntad de seguir amándolo si no voy a tener ninguna proyección.

La carcajada que soltó su amiga la enfadó tanto que tuvo ganas de abofetearla.

—¡No me pongas esa cara! Esa definición puede que le sirva a Erik, pero a ti no te sirve, Inés. ¡Y lo sabes!

—Nacha, Erik no quiere una vida en pareja. No busca un proyecto de a dos. No se plantea tener hijos. —Enumeró aquellas cosas en un intento de convencerla, cuando solo trataba de convencerse a sí misma—. Su vida parece reducirse a dos cosas: cardiocirugía y sexo. ¿Dónde entro yo en esa ecuación?

—El sexo es colosal. Tú misma lo has dicho.

Ahora fue Inés la que soltó una carcajada.

—El sexo lo puede tener con cualquiera. La cardiocirugía ya la tiene, será nombrado jefe, estoy segura. Pero yo sí quiero un proyecto. Sí quiero una vida en pareja. Sí quiero hijos. ¿Dónde entra él en esa ecuación? —Negó con la cabeza en un gesto de derrota—. No es suficiente. Para ninguno de los dos.

Por la ventana abierta se escuchaba el trino de los pájaros y el bullicio de los niños en el parque. Debería airearse, dar un paseo, pero no era capaz de deshacerse de su ánimo depresivo.

—Necesitas irte a tu casa. Con tu mamá —dijo Nacha, resuelta. Ella emitió un gemido de fastidio—. En serio, Inés. Necesitas airearte. ¡Llevas tres semanas que parece que no eres tú!

—Lo pensaré. Gracias, Nacha.

Tras acabar la consulta del lunes, y pese a que pidió unos días de vacaciones en septiembre, volvió a hablar con Bustos para que le firmase otro más. El uno de noviembre era festivo, si le concedía el día dos, un viernes, se marcharía a Ranco a ver a sus padres y huir de la situación, aunque fuese una medida de parche. Nacha tenía razón. No aguantaba más. Se sentía como una maldita basura y necesitaba alejarse.

Al cardiólogo no pareció importarle demasiado su necesidad de descanso y le firmó la petición sin hacerle mucho caso. Si no fuera porque realmente lo necesitaba, Inés se habría enfadado por la indiferencia que su tutor demostraba ante la implicación en el trabajo. No era más que parte del mobiliario de la consulta. Ahora mismo, tenía otras cosas en qué pensar.

Nada más llegar a casa compró los billetes por internet. Escuchar a su madre al otro lado del teléfono fue un bálsamo para sus nervios. Solo con eso notaba que empezaba a relajarse.

—Mamá, llego el miércoles por la noche a las 22 a Osorno, ¿podéis ir a buscarme tú o papá?

—¡Qué sorpresa, hija! —Su madre no pudo evitar el tono de reproche, e Inés se mordió los labios, culpable. Era cierto. La había

estado evitando—. Claro que sí. Loreto llega en la tarde, pero te esperamos.

—¿Loreto? ¿Loreto va a estar ahí con los niños? —preguntó, emocionada con la perspectiva de verlos. No pudo reprimir una punzada de culpa, hacía semanas que no se veían. Su madre tardó un poco en contestar.

—No, no. Viene ella sola. —Ahora quien quedó en silencio fue ella—. Raro, ¿verdad?

No contestó a la pregunta de su madre. Al parecer, no iba a ser la única que se refugiaba en las faldas de su madre aquel puente de difuntos.

Quiero tenerlo todo

La primavera era una época preciosa para estar en Ranco. Si estaba despejado, el lago regalaba destellos plateados y el verde adquiría un fulgor especial, pero Inés, secretamente, prefería los días lluviosos como aquel.

El repiqueteo incesante de la lluvia sobre los cristales, el crepitar del fuego y arrebujarse bajo las mantas en la enorme cama de sus padres era una delicia. Veía a medias junto a Loreto una película en la televisión, dormitando bajo la pesada ropa de cama, mientras su madre cosía unos cojines. Era lo único que necesitaba en aquel momento y emitió un largo suspiro de satisfacción.

—¿Queda más chocolate?

Loreto le alargó las últimas onzas por encima de las piernas de su madre, tendida entre ellas. Se metió el trozo entero en la boca y cerró los ojos en puro éxtasis.

Demasiado bonito para ser verdad.

—¿Y? ¿Me van a contar de qué se vinieron a esconder aquí?

Mierda.

Casi se atragantó con el chocolate. Su madre, sin dejar ni por un segundo lo que estaba haciendo, y con un tono monocorde, lanzó un dardo y dio justo en el centro de la diana.

Inés se quedó inmóvil. Loreto lucía en su rostro una expresión de pánico. Miró de soslayo a su madre, que seguía cosiendo con aguja y dedal, y las gafas para ver de cerca apoyadas sobre la punta de la nariz, como si nada.

Inés reaccionó primero, como en los viejos tiempos, cuando las pillaban en una travesura.

—Loreto primero —barbotó.

Su hermana soltó un insulto y por unos segundos solo se escuchó el diálogo insulso de la película de sobremesa.

—Julio y yo estamos separados —dijo con voz que comenzó siendo firme para acabar en un sollozo tembloroso.

Victoria sostuvo la aguja y el hilo en el aire.

—Algo así me imaginé. Me extrañó mucho que no apareciera ni a saludar cuando nos juntamos con tu hermano.

Loreto asintió con tristeza.

—Sí. En esa época estábamos en lo peor, resistiéndonos a la realidad, pero peleando por las sobras.

—¿Qué pasó, Loreto? Pensé que Julio y tú tiraban bien del carro.

Inés escuchaba con la boca cerrada. No quería interrumpir el momento de confidencias entre su madre y su hermana.

—Eso quería creer, pero no es así. Soy yo la que tira del carro. De la casa, de los niños, de la pareja...

—Es la realidad de casi todas las mujeres —respondió Victoria. El tono resignado hizo preguntarse a Inés si la relación entre sus padres sería tan fluida como ella creía—. Las familias y los matrimonios funcionan porque nosotras funcionamos. Si la mamá está bien, todo va bien. Si la mamá falla, todo se va al traste.

Inés no pudo evitar chasquear la lengua con fastidio. Su madre poseía una sabiduría antigua, pero jamás podría aceptar aquellas reminiscencias machistas sobre la familia y la pareja. Loreto soltó una risotada amarga y prestó atención de nuevo.

—Ese es el problema, que yo estoy mal. Y no sé si quiero seguir tirando del carro.

Y se echó a llorar desconsolada. No podía creerlo. Jamás, en veintiocho años, había visto derrumbarse así a su hermana.

Victoria dejó por fin la costura a un lado y aferró las manos de Loreto.

—Mi niña linda... Entiendo el cansancio. —El consuelo dulce de la voz de su madre permeó también en ella, confortándola—. El peso de la casa, del trabajo, de los niños.

—No es solo eso, mamá —la cortó Loreto con brusquedad—. El problema soy yo. Julio no me toca desde hace meses. Desde que nacieron los niños el sexo se resintió, pero de un tiempo a esta parte, no existe.

Su voz se quebró de nuevo y Victoria retomó las riendas de la conversación.

—¡Y el sexo es tan importante! —exclamó, consternada—. Es difícil que una pareja sobreviva sin ese aliciente. ¿Cuál crees que es el problema?

—No lo sé —reconoció Loreto sin ambages—. Sé que está viendo a alguien más. Lo pasé por alto y me esforcé en recuperarlo, pero ignora y desprecia mis esfuerzos. Y estoy cansada de encajar rechazo tras rechazo. También tengo mi orgullo.

Inés permaneció en un segundo plano. ¿Por qué las mujeres parecían tener que elegir entre distintas facetas? ¿Por qué no podía tenerlo todo? Con Erik, el sexo era sublime, pero no quería compartir una idea de pareja con proyección.

—El sexo es importante, pero no lo es todo —murmuró en voz baja.

Loreto y Victoria la miraron. Enterró la cabeza entre los hombros y se tapó con las mantas. ¿Para qué habría dicho nada?

—Erik e Inés han roto, mamá —informó Loreto, que parecía aliviada por desplazar el foco de atención. Su madre la miró, sorprendida.

—Parecáis muy compenetrados la última vez que nos vimos. ¿Qué pasó?

Inés emitió un largo suspiro. Su madre volvió a concentrarse en la costura y su hermana a mirar la televisión.

—Han sido muchas cosas, mamá. Todo se resume a que la primera prioridad de Erik es la cardiocirugía, y yo no me conformo con ser el segundo plato.

—Es normal que se centre en su carrera, es muy joven, Inés —lo defendió Loreto. Vaya con la abogada de causas perdidas—. Seguro que es solo una etapa.

—Erik tiene casi cuarenta años, igual que tú. —Inés se incorporó sobre los codos, airada. No podía creer que su hermana lo defendiera, después de lo mucho que se había opuesto a la relación—. Estuvo a punto de casarse una vez, y se fue al traste por ese mismo motivo. Me lo ha dejado claro en múltiples ocasiones. Intentamos que funcionase, a veces con mucho esfuerzo, durante más de seis meses. —Soltó una risotada al darse cuenta de que eso no era exacto—. Eso, sin contar que, cuando le pareció

conveniente, cortó la relación de un día para otro cuando mejor estábamos porque no quería nada serio.

Esperaba dejarlo claro. ¿Qué mierda les pasaba? Buscaba apoyo, que la entendieran, no que defendieran a Erik e intentaran hacerla entrar en razón.

—Pero, Inés, el trabajo es siempre muy importante para los hombres. No puedes esperar que renuncie a todo por ti —trató de razonar su madre. Inés puso los ojos en blanco.

—No me puedo creer que me salgas con esa mierda machista, mamá.

—No es machismo, niña. —Victoria se encogió de hombros, sin parecer demasiado afectada por su ácido comentario—. Es la realidad, los hombres son así. Que luchen por su trabajo es algo que incide directamente en su autoestima.

—Es cierto, Inés. No hay nada peor que un hombre frustrado en su trabajo. Te lo digo por experiencia.

Dos contra una. ¿Cómo hacerlas entender lo que ocurría en realidad? Inspiró y expulsó el aire, muy lento. Retiró las mantas y se giró hacia ellas sobre la cama.

—No se trata de que yo no entienda la importancia del trabajo. Para mí también es de vital importancia, ¡adoro la medicina! —dijo con fervor—. No podría hacer otra cosa, pero también quiero, como pareja, una proyección real. Que incluya, entre otras muchas cosas, tener hijos. ¡No ahora mismo! —se apresuró a decir al ver la cara sorprendida de su madre—, pero sí en algún momento. Y tengo la seguridad absoluta, comprobada y reafirmada por el mismo Erik, de que él no lo quiere así.

Loreto soltó una risita divertida.

—¡Tan dramática que eres, Inesita! ¿Cómo tanta seguridad? Ahora la que se echó a reír, con cierta amargura, fue ella.

—Porque hace poco le conté a Erik algo que tampoco os he contado a vosotras. No fue en el mejor de los momentos, es cierto —reconoció. Ahora lo veía con claridad, en realidad no pudo escogerlo peor, pero ahora ya no podía volver atrás—. Justo antes de las vacaciones del Dieciocho de septiembre me di cuenta de que estaba embarazada. —Ignoró las exclamaciones de sorpresa de su madre y su hermana. Prefirió no mirarlas tampoco a la cara—. Lo

confirmé. Con dos test. Y en la ginecóloga. Estaba de unas seis semanas. No le dije nada a Erik porque en ese momento estaba en Vancouver en un congreso muy importante, y se había marchado... —Titubeó. La parte en que se desmayó medio desnuda en una fiesta liberal prefirió callársela—, un poco enfadado conmigo.

—Pero, Inés —dijo su madre en un susurro ahogado—, ¿cómo no nos dijiste nada? ¿Estabas embarazada y no nos dijiste nada? —No paraba de repetir esa frase, consternada. Loreto se mantenía en silencio con una expresión hierática.

—No os dije nada porque me quedé en *shock*. Sentí que se me venía el mundo encima, que toda mi vida se iba a la mierda. ¿Cómo me iba a sentir? —dijo con la voz temblorosa, recordando la desesperación de aquellas primeras horas—. Pero luego, no sé. Quizá fue por ver el latido de aquel granito de arroz dentro de mí. O las hormonas. Luego me di cuenta de que eso era lo que tenía que ocurrir. Que era perfecto. Que solo pensar en ello y que, además, Erik iba a ser el padre me llenaba de felicidad.

—¿Qué pasó? —presionó su madre al ver que detenía el relato.

Soltó una risotada sarcástica.

—Que me duró la euforia tres días. Tuve un aborto. Y me juré a mí misma que no se lo diría a nadie. A nadie. Ni a Erik. Ni a vosotras dos. Ni a Nacha. A nadie. —Hablaba en frases cortas porque el nudo de la garganta amenazaba con asfixiarla en angustia.

—Inés, mi niña... —Su madre la agarró de la mano y la apretó, pero ella se deshizo del contacto.

—Pero el día de la pelea en que Erik acabó esposado en Carabineros, tuvimos una pelotera. Grande. De esas épicas en las que sueltas todas y cada una de las miserias y rencores que le guardas al otro, y también le solté eso.

—¿Y cómo reaccionó? —preguntó Loreto con curiosidad.

—Con frialdad. Como si no fuera la cosa con él. Después de unos diez segundos de incredulidad, lo zanjó diciendo que abortar fue lo mejor que me podía haber pasado. Que era demasiado joven para ser madre. —Las lágrimas surcaban ya sus mejillas, pero las retiró con un gesto brusco—. En ningún momento se dio por aludido.

Cuando le hice ver que el niño era suyo, fue como si el asunto no fuera con él. No. No necesito un hombre así. Por eso sé que Erik no es suficiente. —Alzó el mentón con determinación—. Yo quiero tenerlo todo. Y no voy a renunciar a nada.

—Mi niña, ¡lo siento tanto! —La voz de su madre se quebró y la abrazó. Los brazos de Loreto las acogieron a ambas. Inés se dejó contener por la fuerza y el consuelo que transmitía su contacto. Era reparador. Sanador. Después de todo aquel tiempo, sentía por fin que, aunque quedara una cicatriz que le recordaría lo vivido, la herida por fin estaba cerrada.

Pasó los días entre caminatas bajo la lluvia fina de primavera, trajinando en la cocina junto a su madre y recuperando esas horas valiosas de sueño perdidas entre las guardias, las noches en vela o las salidas. Cuando se despidió de su padre el domingo, solo la abrazó, estrechándola como un oso gigante.

—Tu madre me contó. Lo siento, mi chiquitita.

Inés sonrió, reconfortada. No hacía falta más. Sabía lo mucho que le costaba su padre entrar en el mundo femenino, y a veces cerrado a propósito, que compartía con su madre y su hermana. Las tres fueron juntas al aeropuerto de Osorno para aprovechar hasta el último minuto en desahogar sus corazones. Loreto ya traspasaba el control de maletas, pero cuando ella estaba por entrar a la zona de embarque, Victoria la retuvo de un brazo.

—Inés, tienes que ser consciente de que a veces no se puede tener todo —dijo su madre, con el rostro moreno y los ojos sabios henchidos de determinación—. La vida de pareja está llena de renunciaciones, que no cuestan nada si sabes qué es aquello de lo que no puedes prescindir. —Inés tragó saliva ante la crudeza y fuerza de sus palabras—. Pero si hay alguien capaz de conseguirlo, de tener la fortaleza para luchar por ello, esa eres tú, hija. No renuncies a nada. No renuncies a él. —La sujetó de los hombros con firmeza, en ese gesto que podría parecer frío, pero con el que a ella le llegaba todo su amor incondicional—. Estarás bien, Inés.

Unos días en Brasil junto a Maia parecían el remedio perfecto para poner en orden su cabeza. Sol, playa y comida muy calórica. Erik perdió la cuenta de cuántas horas llevaba en el agua. Flotaba boca arriba entre el cielo azul y el mar turquesa de Tamandaré, mientras la idea de que había perdido a Inés permeaba poco a poco en su conciencia. No sabía bien qué era lo que había hecho mal, pero se lo decían las tripas. La mirada gris y opaca. La frialdad de sus gestos. Las sonrisas que no eran para él. Cerró los ojos con fuerza y se dejó engullir hacia el fondo. Ahora no escuchaba el batir de las olas, ni el chillido de las gaviotas. Solo un vacío. Tal y como se sentía. Emergió cuando sus pulmones iban a estallar por aguantar la respiración y boqueó, en busca de un poco de aire. Su hermana hizo un gesto con la mano desde la orilla frente a la pequeña villa que habían alquilado.

—¿Es que no vas a salir nunca de ahí? ¡Quiero comer! — gritó con irritación, acercándose hasta la línea húmeda de la arena.

La ignoró, pese a que le chirriaban las tripas. Maia lo había acogido sin preguntas y con los brazos abiertos cuando le dijo que necesitaba un lugar donde refugiarse, pero sabía que, tras contarle lo que había ocurrido entre él e Inés desde la pelea, su hermana cocinaba a fuego lento lo que iba a decirle. Y no quería escucharlo. No tenía fuerzas.

—Me cago en todos los dioses del averno —gruñó al ver que se quitaba el vestido por encima de la cabeza, se metía en el agua, y se acercaba nadando hasta él.

—Maia, por favor.

—No voy a ser dura contigo, tranquilo —dijo con seriedad—. No te voy a decir lo estúpido que eres. Estoy de tu parte.

—No lo parece —gruñó, herido por sus palabras.

—Quédate aquí los días que necesites, pero llegará un momento en que tendrás que enfrentar la situación.

—¿Qué situación?

—Que has perdido a Inés, y que tienes que continuar con tu vida, dejarla en paz y parar de perseguirla.

—Hacen falta dos para el mambo, Maia —dijo Erik con tono despectivo—. Yo no la he obligado a hacer nada. Créeme.

—Déjale espacio. Pero de verdad. ¡Dale la oportunidad de que te eche de menos! —insistió su hermana—. Ahora lo único que haces es recordarle lo malo, que es lo más reciente. Un poco de distancia la ayudará a ver la realidad. A recuperar la perspectiva.

Erik soltó una risotada. Maia no entendía nada. Si se apartaba, Inés se alejaría aún más. Estaba convencido. Y no estaba muy seguro de querer que viese la realidad de lo que él era.

—Entonces nunca volverá a mí. No lo entiendes. Necesito estar cerca. En cuanto van pasando los días, veo cómo se escapa de entre mis manos. No soy capaz de llegar a ella. No sé cómo retenerla. —Volvió a hundirse en el agua. Al emerger, su hermana no logró esconder la mirada de pena y conmiseración—. Es ella, Maia.

—¿Estás seguro? ¿Es ella? —Por primera vez, pareció tomar en serio sus palabras—. Nunca habías dicho eso de ninguna mujer.

—No desde los catorce años —respondió Erik, riendo—. La amo, Maia. No se lo he dicho porque sé que para ella no significa lo mismo que para mí. Esperaba que lo fuera averiguando con el tiempo, junto a mí. Pero lo he estropeado todo antes de llegar a ese punto.

—¿Y el aborto?

—Es lo mejor que pudo pasar —admitió Erik con sinceridad—. Inés es muy joven y aún no ha terminado la residencia. ¿Qué pinta con un hijo ahora?

—¿Y tú? —dijo Maia, ladeando la cabeza y mirándolo con tristeza.

—Yo, ¿qué? —No tenía muy claro a qué se refería.

—En algún momento tendrás que plantearte si quieres ser padre.

Erik soltó una carcajada divertida y negó con la cabeza. Su hermana no insistió. Mejor.

Salieron a la orilla y se secaron en silencio. Un dolor sordo se instaló en su pecho. Un vacío inenarrable. Entraron a la casa y picotearon la comida en silencio.

—¿Quieres que hable con ella?

—No sé si servirá para algo —respondió, pero no pudo evitar un soplo de esperanza.

—Pero prométeme que la dejarás en paz. Yo le daré unas cuantas cosas en qué pensar, pero tienes que dejarla en paz.

Erik asintió. Haría lo que fuera por recuperarla.

Fue un viaje corto y tranquilo. Su hermana se aisló con los auriculares y su música, e Inés se sumergió en un libro. Cuando llegaron a Santiago, el control rutinario del aeropuerto fue lento y tedioso por todo el tráfico de pasajeros del fin de semana largo, e Inés respiró con alivio cuando el *transfer* por fin la dejó en casa.

—Nos vemos mañana en la reunión con los abogados de Portales —recordó Loreto justo antes de que se cerrara la puerta corrediza de la furgoneta. Ella hizo un gesto con la mano para tranquilizarla. ¿Cómo olvidarlo? Agarró su pequeña maleta y entró al edificio pensando en qué prepararía de comer. Estaba hambrienta. El pequeño refrigerio del avión había sido anecdótico, y acostumbrada a las comidas succulentas de su madre, se sentía capaz de comerse un buey.

—¡Señorita Morán! —llamó el conserje tras la pequeña recepción. Inés se acercó, culpable. Ni siquiera lo vio, para saludarlo —. Una señora, o señorita, le dejó un recado —dijo tendiéndole un sobre cerrado.

—Gracias —murmuró, intrigada. El sobre no tenía ninguna inscripción.

Esperó a que las puertas del ascensor se cerraran y lo abrió, presa de la curiosidad. Estaba escrita en inglés. Se saltó las líneas para llegar a la firma. Era de Maia.

Cerró los ojos con fuerza para devolver a Erik al fondo de sus pensamientos, pero no fue capaz. Esperó a estar sentada en el sofá, con un té en la mano, antes de leerla.

Queridísima Inés,

Estoy en Chile un par de semanas y me gustaría verte, hoy mismo, domingo, si es posible. ¿Crees que podría ir a tu casa sobre las nueve? Necesito hablar contigo algunas cosas.

Tuya, con sinceridad,

Maia.

PD: Erik no estará conmigo, puedes estar tranquila.

Miró su reloj de pulsera, eran casi las ocho. Envío un mensaje a su *email* y un *whatsapp* a su teléfono noruego para confirmar la cita. Ignoró la vocecita que decía que su actitud era muy infantil por no llamar a Erik, pero prefería no emitir mensajes equívocos. Pasó la hora en blanco, sorbiendo un té que se enfriaba, mientras se preguntaba qué demonios querría. Se mandaban algún mensaje de vez en cuando, siempre cariñosos, pero desde que había roto con Erik solo hubo un silencio esperable.

El timbre de la puerta la hizo saltar del sofá. Se dio cuenta de que su maleta seguía abandonada en medio del salón y la empujó hacia su habitación antes de abrir la puerta.

—Hola, Inés.

—Hola, Maia. —Inés hizo un amago de abrazo, por inercia, pero ella se envaró y lo dejó en un beso en la mejilla, algo tieso—. ¿Quieres té o café?

—Una cerveza está bien.

Inés sacó dos botellines de la nevera y señaló la terraza. La tarde era preciosa.

—¿Qué tal estás? —preguntó, precavida. Inés tardó un poco en contestar.

—Bien. Lo voy llevando.

—Porque Erik está hecho pedazos, Inés. Y quería hablarte un poco de él. Escúchame. —Maia alzó una mano para detener su intento de interrumpirla. No podía creerlo. ¿Erik le mandaba una emisaria?—. Déjame hablar.

—Maia, te quiero un montón, pero creo que estamos un poco viejos para que Erik me mande recaditos a través de ti —dijo Inés con tono despectivo—. Si tiene algo que decirme, que lo haga él mismo.

—Es que ese es el problema. No sabe qué decirte. No entiende lo que pasa. —Maia bebió del botellín de cerveza y la cogió de la mano—. ¿Recuerdas que te dije una vez que era un retrasado emocional? ¿Y que te pedí paciencia? ¿No rendirte?

—Sí, lo recuerdo —respondió Inés con la boca pequeña—. Lo que no entiendo es por qué me trasladas a mí toda la responsabilidad de lo que ha pasado.

—No lo hago, créeme. A Erik ya le ha caído lo suyo, y no vengo a reprocharte nada. Solo quiero que lo entiendas.

—¿Te contó todo lo que pasó? ¿Todo? —insistió Inés. Esperaba un poco más de solidaridad femenina—. ¿Incluido el embarazo y el aborto? ¿Qué se acostó con Peta? ¿La pelea?

Maia cerró los ojos un segundo y suspiró.

—Sí. Todo. Inés... —titubeó y miró la pantalla del móvil un segundo. Parecía querer estar a kilómetros de allí—. Voy a empezar por el principio. Peta y Erik son amigos desde que se quitaban el chupete el uno al otro. Eran inseparables. Siempre pensamos que acabarían juntos, pero nunca fueron más allá aparte de tener sexo cuando les apetecía.

Inés buscó en su mente la palabra en inglés. El hecho de no poder comunicarse en español con ella era un hándicap para defenderse.

—Un *follamigo* —dijo al fin.

—Sí. Nunca tuvieron una relación sentimental. Peta es muy promiscua, y Erik necesita otro tipo de persona a su lado. —Genial. Mañana mismo se haría unas serologías de infección de transmisión sexual—. Cuando Magnus murió, Erik llevaba dos semanas sin separarse de su lado, intentando recuperar el tiempo perdido durante catorce años casi sin relación. Para él fue un palo. Peta lo acogió como lo viene haciendo desde hace más de treinta años. ¿Qué más te da a ti, que estabas a diez mil kilómetros de distancia?

—¡Pues me da, y mucho! —respondió Inés, con sarcasmo. Probó la cerveza, pero ya estaba caliente y la regó sobre las plantas con gesto brusco—. Mira, Maia. Erik tenía un trato de exclusividad conmigo. Entiendo que el duelo nos empuja a hacer cosas que normalmente no haríamos, pero eso no lo hace menos doloroso para mí. —Inhaló con los ojos cerrados y después clavó la mirada

en ella—. Ahora ya da igual. Por mí, ¡como si se folla a todas las mujeres de la Tierra! —explotó, envuelta por la rabia. Lo hacía parecer tan racional, tan despojado de importancia, que sentía infravalorados todos sus sentimientos—. Imagino que en Brasil se lo pasó de lujo.

Maia parpadeó, desconcertada por su deflagración. Alzó las manos en un intento de apaciguarla e Inés cruzó los brazos, combativa.

—¡Joder con el carácter latino! —exclamó, apabullada—. Te equivocas, Inés. Vino porque necesitaba ayuda para recomponer los pedazos y entender un poco lo que estaba pasando. Pero de acuerdo. Solo quería explicártelo desde otro punto de vista. Siguiente punto.

Se echó a reír, divertida. Parecía tener un esquema bien estructurado para la conversación. Los hermanos Thoresen eran tan nórdicos que asustaban. Tenía que calmarse un poco antes de seguir.

—¿Quieres otra cerveza?

Maia asintió. Entró a la cocina y cogió otro botellín y agua con hielo para ella. Hacía mucho calor. El ratito a solas sirvió para procesar un poco lo que Maia le había dicho. No era diferente a lo que Erik ya le había explicado en su día, pero ese resquemor de celos seguía ahí, sin desaparecer. Le costaba gestionar aquello.

—Gracias. Entonces, sigamos —dijo su amiga, recibiendo el botellín de sus manos—. La pelea. Es un problema de Erik. De su carácter, quiero decir. Desde siempre. Desde que era un bebé y se golpeaba la cabeza contra el suelo cuando algo lo frustraba.

—¿En serio hacía eso? —preguntó Inés, sorprendida. Maia asintió, enfática.

—Mi madre se volvía loca con sus arranques. En el colegio estaba siempre metido en las camorras más absurdas, protegiendo a compañeros más débiles que él. Era muy grande para su edad, y los mayores lo hacían su objetivo como un desafío.

—Vaya.

—Él lo reconoce. Reconoce que la cagó. Está preocupado por las consecuencias y ha vuelto a ver a la psicóloga.

Inés asintió sin decir nada. No lo sabía. Ella misma había estado presente el día en que la Dra. Fuentes le había dado el alta, diciendo que no necesitaba más ayuda. Estaba claro que se había equivocado.

—Y respecto al bebé... —Maia volvió a perder seguridad en sus palabras, pero Inés alzó la mirada, expectante. Era lo que más le importaba—. No puedo decirte nada. Está cerrado como una ostra. Solo me dijo que había pasado. Es como si... como si estuviera bloqueado. Como si no se diera cuenta de que también era suyo.

—Exacto —murmuró Inés, desmoralizada—. ¿No te dijo nada?

—Solo que era lo mejor que podía haber pasado. Y en eso tiene razón, Inés. Tienes que reconocerlo.

No respondió. Se levantó y se apoyó en la barandilla de la terraza para encajar la decepción. Pensaba que Maia podría arrojar algo más de luz sobre lo que pensaba Erik acerca de lo ocurrido, pero era demasiado pedir. Las lilas de la plaza arrojaban un aroma tenue, tibio, y la noche caía con rapidez.

—No sé si es lo mejor o no. Lo que sí te puedo decir es que no contempla hijos en su vida, y yo sí. —Inés sonrió al ver el rostro intrigado de Maia—. No ahora. Ni dentro de cinco años. Pero sí en un futuro. Erik tiene su objetivo vital fijado en la cardiocirugía. Para mí, la medicina es un medio, no un fin. —Su amiga se levantó con gesto derrotado—. ¿Te vas?

—Sí. Esta conversación no está sirviendo de nada. Los dos estáis enrocados en vuestras posiciones y no queréis dar vuestro brazo a torcer —respondió, recogiendo las cervezas vacías y el vaso de Inés para llevarlos a la cocina—. Por favor, Inés. No lo des todo por perdido. Erik tiene que madurar respecto a este tema. Te pido que tengas paciencia y lo esperes. Tarde o temprano lo considerará.

Inés soltó una risotada irónica.

—Por lo que yo sé, ya puedo esperar sentada, porque es algo que no va a ocurrir —dijo con la voz teñida de amargura—. Y entiendo que es normal que defiendas a tu hermano, pero es injusto

que me endilgues la responsabilidad de todo esto exclusivamente a mí.

Maia se detuvo un momento en la puerta y la miró con tristeza.

—Erik tiene casi cuarenta años, Inés. Es cuestión de un poco de tiempo. Por favor, Inés —rogó, con insistencia. Inés sentía que el cabreo llegaba a su punto álgido—. Dale tiempo para pensar.

Pese a todo, el lunes se levantó más serena, más tranquila. Los días pasados en Ranco fueron como un ritual de renovación, y la conversación con Maia apagó algo en su interior. Ya no sentía esa angustia latente, tenía la sensación de haber hecho todo lo que estaba en su mano. Y, aunque en un principio la cabreó sobremanera que Erik le mandara recaditos con su hermana, valió la pena verla. Fue corroborar casi palabra por palabra el discurso de Erik, lo que no hacía más que reafirmar que no había vuelta atrás.

Isaac la invitó a comer al acabar la consulta y fue más fácil decirle que sí. Inés no se dio ni cuenta, pero estaban yendo a la cafetería de fuera del hospital cogidos del brazo. Cuando se percató, hubo un momento de tensión, en que ella trató de desasirse e Isaac insistió en sujetarla, aunque con gentileza. Se dejó llevar. Era agradable recibir la atención de un hombre, sin presiones. Comieron con tranquilidad, envueltos en una charla serena, sin pretensiones.

—Hoy no tienes guardia, ¿verdad? Te invito esta tarde a tomar un helado —dijo él, tras acabar de comer. Inés negó con la cabeza, compungida de verdad.

—No puedo, Isaac. De verdad que me apetece un montón, pero tengo un compromiso con mi hermana. —No le dijo que el compromiso consistía en acudir a una reunión con los abogados de Portales, que estaría también Erik y que no tenía ninguna gana de acudir—. ¿Lo dejamos para mañana?

Su sonrisa de mil vatios iluminó toda la tarde de trabajo.

Ensayo y error

Inés apoyó los antebrazos en la mesa de cristal, pero los retiró con rapidez. Estaba muy fría. El aparato de aire acondicionado marcaba dieciocho grados y se frotó los brazos, preguntándose si el ambiente gélido era buscado de manera intencional. Llevaban un cuarto de hora esperando, y comenzaba a hacerse muy incómodo estar allí en silencio. No podía apartar los ojos de Erik. Estaba muy bronceado, el pelo se le había aclarado mucho, y si no fuera por el entrecejo fruncido y la expresión atribulada de su rostro, diría que venía de vacaciones. Brasil le había sentado bien. Para entretenerse, se inclinó hacia Loreto, que exhibía una mirada enojada.

—¿Para qué nos han citado a una hora si no nos van a atender? —cuchicheó.

—Intentan ponernos nerviosos —aclaró su hermana, con voz cortante—. Y lo que están consiguiendo es cabrearme de verdad.

Nadia y Erik hablaban en voz baja. La complicidad entre ellos era clara, y tuvo que reprimir el impulso de preguntarle a su hermana si se habían reunido ellos dos solos. Seguro que sí. De nuevo tuvo que hacer un ejercicio consciente para ahogar el acceso de celos.

Portales y su abogado, Álvaro Adams, entraron en la sala con pinta de tener mucha prisa. Inés lo contempló con curiosidad: alto, bien vestido, y con el pelo engominado en un estilo impecable. Podría ser atractivo, pero algo en el brillo amarillento de su sonrisa falsa, y en sus ojos inyectados en sangre le generó un rechazo profundo. Abrió la boca para hablar, pero Loreto se adelantó, dejándolo con la palabra en la boca abierta, en un gesto cómico.

—Álvaro, si tu mala educación te lo impide, que al menos la profesionalidad de la que alardeas tanto se demuestre en la puntualidad —dijo, mientras señalaba su reloj de pulsera con un

gesto despectivo. Inés tuvo que morderse la lengua para no echarse a reír—. No estás en posición de cabrearme.

—Lo sé, lo sé. —Hablabla con un tono obsequioso y artificial, que acompañó con un gesto adornado de su mano como disculpa—. Hemos leído la citación, han sido muy rápidos. Me pregunto si el hecho de que la señorita Morán sea tu hermana ha tenido algo que ver.

—Las cosas funcionan rápido y bien cuando se trata de violencia contra las mujeres —rebatía Loreto de manera implacable y sin hacer caso de la acusación—. Que tu cliente sea un agresor no es culpa mía.

—¡Bueno, bueno! —dijo el otro, arrastrando las palabras, en un intento de acercar posturas—. Tampoco es para tanto. De hecho, hemos concertado esta reunión para ver qué se puede hacer al respecto. Quizá podamos... ¡en fin!, rebajar un poco el tono de la denuncia.

—No. Ni lo sueñes.

Su hermana era formidable. Las maneras arteras del abogado le resbalaban, la sonrisa, que intentaba ser amistosa, le pareció la de una hiena.

—Jugamos con ventaja y lo sabes, Adams. El señor Thoresen actuó en defensa propia y en la de su pareja, Inés Morán, al ver la agresión. Quiero que retires la denuncia.

El rostro del abogado compuso un gesto apenado tan falso como su sonrisa, y ofreció una negativa con afectación.

—Querida Loreto, sabes que eso no es posible. Mi cliente, el doctor Portales, ha sufrido una grave lesión en su mano, herramienta indispensable para su labor como cirujano.

—Lesión autoinflingida al golpearse contra un cristal, cuando intentaba atacar a mi cliente —lo interrumpió Nadia. Podía ser una abogaducha buscona, pero era rápida también.

—Lo hizo por defenderse. En todo caso —se apresuró a cambiar de tema Álvaro—, creo que todo esto está siendo magnificado. Mi cliente tiene un afán negociador y quiere compensar a la Dra. Morán por haberse excedido en sus atenciones y malinterpretar sus gestos femeninos.

Inés abrió la boca, anonadada. ¿Malinterpretar sus gestos femeninos? ¿Clavarle el tacón de aguja en el metatarso, por ejemplo? Soltó un bufido, pero su hermana la sujetó del brazo cuando pretendió cantarle cuatro cosas a Portales.

—No hay negociación que valga. La denuncia seguirá su curso. ¿Es todo?

—Es todo. Por el momento —dijo entre dientes Adams, por primera vez con un gesto que dejaba traslucir su odio.

—Una cosa más —añadió Loreto, plantando un sobre cerrado frente al abogado con brusquedad—. Tengo una orden judicial para conseguir una muestra de orina y de pelo para un estudio de drogas de abuso. Pura rutina, ya sabes. Tanto la doctora Morán como el doctor Thoresen han accedido a ser estudiados también. —Portales se inclinó a decirle algo al oído y el abogado se quedó lívido. Loreto sonrió abiertamente—. Si no se facilita el peritaje de manera voluntaria, enviaremos a la Policía de Investigaciones a obtenerla.

Ni siquiera se esforzaron en replicar. Loreto ganaba la partida y todos lo sabían. Erik parecía aliviado e Inés se alegró por él.

Salieron de la gélida habitación e Inés cerró los ojos al llegar a la calle, aliviada por el calor del sol sobre la piel. Nadia se alejó un momento de Erik. Hablaba con Loreto, las dos enfrascadas en la conversación. Por fin estaba solo, la abogaducha no lo soltaba ni un solo segundo. Se acercó a él, no podía evitar preocuparse.

—¿Cómo estás, Erik?

Él la miró con un gesto dolido y enarcó las cejas con ironía.

—Mal, Inés. ¿Cómo voy a estar?

—Bueno, parece que, con todo esto, el tema de tu defensa mejora mucho.

—Me importa una mierda todo esto, estoy hablando de nosotros.

La vehemencia de la afirmación la dejó clavada en el sitio. Tuvo que ahogar a fuerza de voluntad y raciocinio la esperanza que insistía en emerger de su pecho. Habían terminado. No tenían ningún futuro juntos.

—Erik, no hay ningún nosotros —dijo ella, en tensión—. No más. Por favor. Necesito que te alejes. Por favor —rogó. Sentía que le faltaba el aire, y toda la seguridad, toda la calma adquirida en casa de sus padres se evaporó. El influjo que ejercía sobre ella no sanaría jamás. Él se acercó y tuvo que cerrar los ojos con fuerza durante unos segundos.

Caminó unos pasos. Si pasaba un minuto más junto a él, se desmoronaría. Necesitaba alejarse. Necesitaba distancia y tiempo para sacarlo de su sistema. O, al menos, para permitirle construir de manera más sólida sus defensas. Porque con cada encuentro, se desmoronaban un poco más, dejándola desnuda. Alzó una mano y musitó una despedida.

Cada vez que estaban cerca era como un mazazo emocional. Se repitió una y mil veces la misma frase: el amor no es suficiente, el amor no es suficiente, el amor no es suficiente.

Pero lo quería. Con locura. Y quería tenerlo todo.

Los procedimientos en la sala de hemodinámica del martes consiguieron apartarla del caldo de cabeza que la tuvo en vela gran parte de la noche. No podía seguir así. No fue a comer con Isaac, no le daba el cuerpo. Pensó en refugiarse en la sala de juntas de la Unidad, pero la aterrorizaba encontrarse con Erik. O con Dan. ¿Cómo estaría? Era bien consciente de que ambos se estaban evitando. El viernes no le quedaría más remedio que verlo en la reunión de auditoría, y no le apetecía en lo más mínimo.

Cuando acabaron con el trabajo de la tarde, Isaac le tendió el brazo.

—¿Vamos por ese helado?

Inés no tuvo el valor de decirle que no. Además, quizá era lo que necesitaba: un hombre seguro, tranquilo, que la distrajera. Tomaron un enorme Banana Split en el Tavelli de Providencia y, cuando Inés miró por primera vez el reloj y manifestó su intención de querer marcharse a casa, él se levantó sin dilación.

—¿Dónde es? Te acompaño. Demos un paseo.

—Queda un poco lejos para ir andando —advirtió ella, riendo. Él metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros con una sonrisa.

—¿Qué importa? Está rico para caminar. ¡Vamos!

Era agradable ir sin prisas en la brisa de la tarde. Por un momento, recuperó la alegría de siempre. Isaac era más relajado y campechano cuando se quitaba la bata, y se reía con frecuencia. Su pelo cano, sus ojos castaños y su sonrisa franca ejercían sobre ella un efecto calmante. Sin darse cuenta, estaban frente a la puerta de su edificio. Isaac sonrió, la miró a los ojos, y atrapó su rostro entre las manos. Depositó un beso tan tierno y dulce que Inés no pudo, ni tampoco quiso, apartarse.

—Nos vemos mañana en el hospital.

—Hasta mañana, Isaac.

Tal vez sí podía superarlo. Sí podía dejarlo atrás. Si el amor era cosa de voluntad, entonces, dejar de amar también tenía que serlo. Y ella pondría todo el esfuerzo en ello.

El café con Isaac se transformó en varios más a lo largo de la semana, y en una invitación formal a cenar en un lugar que sería una sorpresa el viernes. Inés se encontró entusiasmada con la perspectiva, lo suficiente como para quedar con Nacha después de sus respectivas clases de danza y contárselo. Se armó una algarabía en la cafetería cuando vio que llegaba acompañada de Mónica y Carola. Se abrazaron y besaron como locas, ante las risas del resto de los clientes.

—¡Por fin una cita de verdad! —dijo su amiga, entusiasmada, mientras se agenciaba de la mejor mesa de la terraza, adelantando sin piedad a una madre con sus dos niños—. ¿Tienes alguna foto? ¡A ver su perfil de Facebook!

Inés buscó el contacto de Isaac y les enseñó la imagen. Las tres emitieron murmullos apreciativos.

—¿Te lo vas a tirar? —preguntó Mónica, entusiasmada. Tres pares de ojos maliciosos se clavaron en ella con sumo interés, y se echó a reír. Las había echado de menos.

—No creo. Es que me parece tan buen chico, tan amable, que no creo que se dé la ocasión. Aunque besa bien —admitió a regañadientes. Los grititos de entusiasmo de sus amigas la hicieron reír aún más.

—Seguro que es un *crack* en la cama —aventuró Carola—. A veces, los formalitos engañan mucho. ¡Ya nos contarás!

Pasaron el resto de la velada poniéndose al día. Inés reflexionó sobre lo mucho que las extrañaba. Siempre le pasaba lo mismo, dejaban de verse unas semanas y parecían enfriarse, pero cuando volvían a verse era como si el tiempo no pasara entre ellas. Quedaron en instaurar el miércoles de chicas y no pensaba fallar ni una sola vez.

Y llegó el viernes.

Tenía la presentación de la auditoría niquelada. Perfecta. Sin ningún cabo suelto. Y con todos los puntos flacos identificados para blindar sus defensas ante cualquier crítica que Erik le hiciera. Y después, tenía la cita con Isaac.

Le había dicho que el lugar era muy informal, pero le apetecía verse bien. Escogió uno de sus aliados: un vestido negro de corte lápiz y unas bailarinas plateadas, y añadió la chaqueta vaquera para darle un toque más relajado. Contempló su aspecto en el espejo con aire crítico, había ganado algo de peso desde que había dejado el ballet, pero estaba morenita, tenía el pelo largo y brillante y parecía más vivaz.

Aunque a veces sintiera que moría por dentro. Dan le dejó una llamada perdida y se apresuró a bajar, estaban justos de tiempo y quería al menos preguntarle por cómo iban las cosas entre él y Alma. Encontrarse con las chicas le dio la lección de que debía cuidar a sus amistades, y no solo estar para ellas cuando las cosas iban bien. Ellas recogían sus cachitos del suelo cuando estaba mal y los recomponían a base de risas, cócteles y buenos consejos. Tenía que hacer lo mismo por Dan.

—Guau. Estás muy bonita —dijo cuando se subió al coche. Se saludaron con un beso en la mejilla.

—Tengo una cita después de la reunión —informó Inés, con una sonrisa. Que se heló al ver la expresión preocupada en la cara de Dan. ¿Por qué no se habría mordido la lengua? Pero su amigo no indagó. Menos mal. Ya tenía preparada toda la caballería para advertirle de que no se metiera donde no lo llamaban—. ¿Tú qué tal estás? Hace tiempo que no hablamos, ¿qué tal está Alma?

Dan se concentró durante unos segundos en la conducción, ignorando su pregunta. Le costaba contestar. O no quería.

—Si no quieres hablar, no pasa nada.

—No, no es eso —respondió al instante—. Alma y yo nos hemos dado un tiempo.

—¿Qué? —musitó Inés, anonadada. Jamás pensó que las cosas estuvieran tan mal—. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Tú y Erik tenéis vuestros propios problemas, y siento que nos hemos alejado un poco. No estoy muy orgulloso de lo que hice —confesó su amigo. Un rictus de dolor atravesó su rostro—. Alma me encaró. Lo sabía todo. Sé que tú no le dijiste nada...

—¡Claro que no! —estalló Inés, ofendida por el solo hecho de que se le pasara por la cabeza—. ¿Qué pasó?

—Me pilló unas facturas de un hotel en una chaqueta cuando yo le dije que tenía guardia.

—Sois todos idiotas —pensó Inés en voz alta—. Todos los hombres sois unos malditos idiotas.

Dan se encogió de hombros, encajando el insulto con deportividad.

—Fui a verla a Viña y me encontré con mis cosas en la puerta dentro de una maletita. No pude entrar en su apartamento porque tenía las llaves puestas por dentro.

—¡Bien por Alma! —rio Inés sin piedad.

—Me lo merecía. Pero no me esperaba que durara.

—¿Cuándo fue esto?

—Hace casi un mes. El fin de semana después de que Erik y tú rompierais.

—Vaya.

—Ya ves.

Dan estacionó en una calle perpendicular a Isidora Goyenechea, pero no hizo amago de bajarse del coche. Ella

tampoco. Aún tenían un rato antes de tener que subir.

—Estoy un poco perdido —confesó, con un tono triste que le atravesó el alma—. Le he jurado y requetejurado que no volverá a ocurrir. Que fue un error. Que me arrepiento en lo más profundo, pero ella solo escucha y no dice nada. Dice que lo tiene que pensar. Yo le mando religiosamente un *email* para contarle lo que he hecho cada día. Ella los lee. Pero no los contesta. No sé qué más hacer.

—No sé si estoy en posición de darte ningún consejo, Dan —reconoció ella, con un suspiro resignado—. Pero si la quieres y estás seguro de que no volverás a traicionar su confianza, pelea. Juega duro. Ella lee tus correos, así que le gustan. Si no, los ignoraría. Son muchos años para tirarlos por la borda. Se arreglará, ya verás.

Dan asintió y quiso leer en sus ojos tristes cierta esperanza.

—¿Y tú y Erik? Sé que os queréis.

—Lo mío con Erik es diferente —dijo, evasiva—. No tenemos la trayectoria que tenéis vosotros, nos conocemos desde hace menos de un año. Y no es solo la infidelidad, hay otros temas más profundos.

—Me contó que tuviste un aborto. —Dan lo dijo con tono de nuevo triste, e Inés lo abrazó por encima de la consola central. Se había callado para nada. Ahora resultaba que Erik se lo estaba soltando a todo el mundo—. Lo siento muchísimo. Me hubiera gustado estar ahí para ti. Siento que no he estado a la altura como amigo.

—No te preocupes. Ahora ya pasó.

—Me gustaría que volviéramos a lo de antes, ¿puede ser?

Inés sonrió. En una semana, había recuperado a todo su núcleo duro de amistades.

—Claro que sí. Vamos, o Erik nos cortará la cabeza.

Inés relató con calma los pacientes de hemodinámica frente al grupo. Erik la escuchaba con un rictus serio y beligerante. Ay. ¿Volvían a las andadas?

No.

No estaba dispuesta a aguantar otra carnicería. Se conocían muy bien, y ella ya no era la Inés de diez meses atrás. Sus modos bruscos y demandantes no la asustaban. Sabía que no estaría de acuerdo con varias indicaciones, así que, cuando arremetió contra los datos no se inmutó. Explicó las razones de Isaac y Bustos para intentar un abordaje sin cirugía, y no se dio por aludida ante su frustración.

—¡Varios de estos pacientes debieron estar en manos de los cirujanos! —denunció Erik airado—. ¿Cómo se les ocurre poner dos dispositivos en un corazón tan pequeño? ¡Están arriesgando la vida de esos niños!

Inés se encogió de hombros, ignorando sus aspavientos.

—Yo solo expongo los datos, Erik. Lo que yo veo es un problema de coordinación entre los servicios —dijo, con toda la asertividad posible—. Se arreglaría con una reunión entre cardiólogos y cardiocirujanos, para comentar los casos dudosos.

—Pero en esta presentación...

—Esta presentación es solo informativa —lo cortó Inés, enfrentando su mirada iracunda y el rostro enrojecido. Podía resoplar lo que quisiera. Esta vez, no la iba a intimidar—. No la tomes conmigo, porque yo no tengo nada que ver con estos pacientes. Solo soy la mensajera, y sabes muy bien que esta presentación no me corresponde —añadió, echando una mirada a Gustavo, que no se dio por aludido—, bastante he hecho con reunir los datos y exponerlos en la reunión.

Lo contempló, expectante, pero él no añadió nada más. Estaba conteniéndose, claro, pero mantuvo su mirada sin parpadear.

Inés había crecido.

Erik se devanó los sesos para intentar retenerla, decirle algo para que se quedara, cualquier cosa, aunque fuese discutiendo, pero ella no enganchó. Erik abrió y cerró las manos en un puño. Se le escapaba. El plan trazado junto con Maia para acercarse a ella parecía sencillo en la teoría, pero no sabía cómo empezar.

Cuando ella se marchó, con aquel vestido negro, y el pelo suelto sobre la espalda, su mente quedó fija en el recuerdo de cómo se sentía entre sus dedos. Añoraba el tacto de su piel, el abrazo de

su sexo, su boca ávida y a la vez, complaciente. El ruido de las conversaciones y las risotadas del resto llegaba como un murmullo amortiguado. Estaba muy arreglada. ¿Iría a una cita?

Quiso abordarla de otro modo, pero se bloqueaba con la sola idea de ser rechazado de nuevo. Dolía demasiado. *Fy fæn...* quería recuperarla. Y a la vez no era capaz de mantenerse alejado y darle el espacio que necesitaba.

Se encerró en sí mismo, evitando la conversación de los demás. Contestó con monosílabos cortantes para provocar que el resto se marchara, cuanto antes mejor.

Dan palmeó su espalda en un gesto que, en vez de consolarlo, lo molestó.

—¿Va todo bien, Erik?

La rabia y la impotencia ascendieron por su garganta. Clavó sus ojos en él y mantuvo una expresión neutra, pero las palabras escaparon de su boca antes de que pudiera evitarlo.

—No. No va bien. La he perdido. Y no tengo ni idea de cómo recuperarla.

El clavo

Inés volvió a revisar la dirección en su móvil. La actitud de cardiocirujano cabrón de Erik con ella la había enfadado bastante, y no tenía la paciencia para recorrer calles en busca del lugar donde la había citado Isaac. No estaba frente a ningún restaurante, pub o cafetería; era un edificio alto en un barrio residencial de Las Condes. Un presentimiento la invadió. Mierda. ¿Su casa?

Un conserje le abrió con amabilidad la puerta, y mientras subía en el ascensor, observó su rostro tenso en el espejo. Se sentía en una encerrona, ¿por qué no había dicho nada? Sonrió, y negó con la cabeza. Porque, con toda seguridad, habría dicho que no. Prefería una cita en un lugar más neutral.

La sonrisa y el delantal ridículo de rayas que llevaba puesto barrieron de un plumazo todas sus reticencias. No pudo evitar echarse a reír.

—¡Bienvenida a mi palacio de soltero! —dijo Isaac con una reverencia, mientras blandía una espumadera. Inés soltó una carcajada e intercambiaron un beso rápido en los labios, sin ninguna exigencia. Acabó por relajarse, ¿qué podía salir mal?

—Deberías haberme dicho algo —reprochó, haciendo un gesto de impotencia—. ¡He venido con las manos vacías! Pude traer al menos un postre, o una botella de vino.

El negó con vehemencia, y ofreciéndole el brazo, la guio hacia el interior del apartamento.

—De eso, nada. No habrías venido, reconócelo. Así que, sorpresa mejor.

Un aroma delicioso a verduras y carne flotaba en el ambiente, e Inés se relamió. No había comido nada desde el mediodía.

—¿Cuál es el menú? —Caminó unos pasos por el salón, con pocos muebles y una decoración muy sobria. Descubrió un par de cajas en un rincón y se acordó de las suyas en el trastero—. Dicen

que si pasas más de un año con cajas de una mudanza sin abrir, es mejor que las tires o las regales.

—Son recuerdos o cosas compartidas con mi exmujer —dijo Isaac, mudando por completo la expresión de su rostro. Mierda—. La verdad es que no sé qué hacer con ellas.

—Ay, ¡lo siento! Soy una torpe. Lo siento, de verdad. —¿Por qué no funcionaba el filtro entre el cerebro y la boca? ¡Pobre Isaac!

—No te preocupes, en realidad, hace meses que debí deshacerme de ellas. Quizá haga una pira. —Se detuvo un instante, y volvió a sonreír—. De menú hay ensalada variada, y de plato de fondo, mi especialidad: carne mechada con verduras. El postre es una sorpresa. ¡Ven!

Compartieron un aperitivo en la mesa, ya puesta con todo detalle. El vino era dulce y refrescante, los aperitivos, perfectos para matar un poco el hambre, y la conversación, como siempre, relajada y distendida. Inés consideró seriamente la posibilidad de acostarse con él. Las miradas de Isaac se tornaban más atrevidas a medida que bajaba la botella y ella correspondía con audacia, sin rehuirlas, sin timidez.

Cuando acabaron de comer, se sentaron en el sofá. En esa parte del salón la luz era un poco más tenue e Isaac puso unos boleros de Luis Miguel. No era su música favorita, pero desde luego creaba un ambiente propicio.

—¿Quieres un traguito? ¿*Gin-tonic*, ron, pisco, *whisky*...?

—Tienes un bar bien surtido —observó Inés con cierta malicia. Él se echó a reír mientras revisaba sus reservas en un pequeño mueble bar de madera.

—Otra prerrogativa de los divorciados: beber solos. Soy famoso por cómo preparo los mojitos —anunció, con una expresión de orgullo exagerado, levantando la botella de ron blanco.

—Suelo preferir los *gin-tonic*, pero si son tan famosos, eso tengo que probarlo.

—Necesito un pinche de cocina, ven conmigo.

Inés aprendió la receta con entusiasmo. Mientras Isaac molía las dos ramitas de hierbabuena con un pequeño mortero de madera, ella se encargó de exprimir el zumo de una lima. Cogió dos vasos de cóctel y puso tres dedos de ron.

—¡No tan cargado! —protestó Inés al ver su generosidad con el alcohol.

—Es que tengo pérfidas intenciones —bromeó Isaac mientras trituraba el hielo en una batidora. Podía leer en sus ojos que solo a medias—. Quiero emborracharte y aprovecharme de ti.

—¡Oh! Para eso no necesitas mucho —lo retó Inés, fingiendo inocencia—. El alcohol se me sube muy pronto a la cabeza. Y ya llevo un par de copas de vino.

La miró con una expresión distinta en los ojos oscuros. Más animal. Más hambrienta. Inés notó que su cuerpo respondía a la invitación que encerraba su mirada y su sonrisa se tornó más lánguida y sensual.

—¿Te gusta poco dulce o muy dulce? —preguntó él, enfatizando la palabra.

—Muy, muy dulce—respondió ella. Se sorprendió del tono grave de su tono de voz.

Isaac echó solo una cucharada de azúcar morena en su vaso. A ella le puso dos. Terminó su obra de arte con una rodaja de lima en el borde y dos pajitas cortas. Cogieron los mojitos y volvieron a sentarse en el sofá.

Inés pensó que no llegarían a terminar el cóctel, pero Isaac no terminaba por decidirse. Le lanzaba miradas encendidas, pero no se lanzaba. Pobre. Quizá necesitaba una ayudita. Aprovechó que lo cazó mirando su escote y bajó un poco la cremallera delantera que cerraba su vestido.

—¿Algo que veas que te guste? —dijo con dulzura, sin presionarlo.

Isaac saltó sobre ella como un resorte y la besó. Entrelazaron los labios entre carcajadas. El alcohol hizo su trabajo de desinhibirlos y se enredaron en un galimatías de brazos y piernas sobre el sofá.

—Estoy muy caliente, Inés —confesó él entre jadeos mientras le bajaba la cremallera del vestido y forcejeaba para quitárselo de los brazos—. No creo que pueda llegar a la cama.

—Por mí no hay problema —resopló ella, desabrochándole la camisa con dedos torpes—. Yo estoy igual.

En ropa interior, volvieron a estrecharse el uno al otro. Inés reprimió una sonrisa al ver lo mucho que tardó en desabrocharle el sujetador. Por otro lado, ni siquiera recibió una mirada apreciativa a su lencería. Daba igual. Siempre podía volver a ponérsela. Tanteó su erección por encima del bóxer. Vaya. Nada, nada mal. Y su cuerpo era delgado y fibroso. No era Erik. Pero no estaba mal.

Le quitó las bragas y soltó un «—¡JODER!» con todas sus letras. Inés se echó a reír ante lo extraño de escuchar una palabra malsonante de su boca. Se deshizo también el bóxer, sin dejar demasiado tiempo para recrearse. Se tumbó sobre ella en el sofá y la besó.

—Espera, Isaac. Tienes que ponerte protección.

—Sí, sí —jadeó él—. Mejor vamos a mi habitación.

Inés asintió y se dejó guiar de la mano. Tenía un buen culo, y la espalda blanca como la leche. Le resultó extraño no ver colores y formas tatuadas en la piel. Agitó la cabeza para alejar ciertas imágenes. Era la segunda vez en aquel polvo que Erik se colaba en sus pensamientos. No podía permitirlo, y se enfocó de nuevo en él.

La habitación era práctica y sin adornos. Una cama de matrimonio, una cómoda y una mesilla. Nada más. Él sacó una caja de condones y se lo puso, mientras Inés se tendía en la cama. Se enfrió un poco. Isaac no abría la boca, no dirigía, no demandaba nada de ella. Solo se tendió entre sus muslos y comenzó a besarla con dedicación.

—Eres muy bonita, Inés —murmuró entre beso y beso.

Ella frunció el ceño. ¿Ya la estaba penetrando? ¿No era un poco pronto?

Mierda.

Estaba pensando.

Y si estaba pensando en el sexo, estaba perdida.

—Preciosa. Perfecta —seguía musitando él.

¿No se daba cuenta de que estaba totalmente desconectada de la situación? Intentó concentrarse en él, y basculó la pelvis para buscar un poco de fricción en el clítoris. Pero, básicamente, Isaac solo estaba concentrado en metérsela. Soltó una risita, y el correspondió con una sonrisa boba, chutado con endorfinas. «¡Ya está bien!», se arengó Inés. Pero él aumentaba el ritmo, jadeando, y

ella estaba muy lejos de alcanzar el orgasmo. Cerró los ojos y apeló a su imaginario erótico, que consistía en recurrir a los polvazos con Erik. Erik agarrándola por el cuello y follándosela con pericia. Erik atándola y vendándole los ojos para luego regalarle una sesión de sexo oral, Erik torturándola a orgasmos con el Hitachi. Funcionó. Se corrió entre gemidos con una verdadera sensación de alivio, mientras Isaac yacía inerte sobre ella porque había alcanzado el clímax varios segundos antes.

—Ha sido maravilloso, Inés —susurró sobre su rostro. Inés reprimió una sonrisa y asintió. Casi podía oler el aroma de Erik debido al reflejo condicionado de su cerebro. El poder de la mente era increíble.

Esperó a que se quedara dormido y se marcó «un ninja». Lo bueno era que toda su ropa había quedado desperdigada por el salón y los ronquidos de Isaac, sumergido en un sueño profundo por el alcohol, la avisaban de que no había peligro.

Ya en el coche, aferró el volante y soltó una carcajada por lo absurdo de la situación. No debería conducir, pero no tuvo el ánimo de esperar un taxi a esas horas y evitó las calles principales hasta llegar a su casa.

Pobre Isaac. El lunes hablaría con él.

El fin de semana quedó con Nacha, Carola y Mónica para echar abajo su teoría de que todos los buenecitos eran unos fenómenos en la cama. Fue a casa de Loreto para ir a ver a sus sobrinos, comprobando que su cuñado había abandonado de manera definitiva la casa, pero que su hermana parecía serena y mucho más tranquila. También llamó a Dan para comprobar que no había novedades por el frente con Alma. Se sintió bien. Preocuparse por los suyos era satisfactorio, se sentía útil y a la vez arropada.

Todo se fue a la mierda cuando se encontró con Erik el lunes en el hospital.

Solo le quedaban dos semanas de rotación en adultos, y ya tenía algunas responsabilidades sin supervisión. Subió a la planta de hospitalización a revisar las historias de los pacientes con

cateterismos: comprobar que el material necesario había llegado sin problemas, revisar que tenían la visita preanestésica lista y las analíticas al día, y si no era así, cursar las interconsultas y peticiones necesarias. Trabajo para un interno. Pero como ninguno rotaba en ese momento por allí, le tocaba a ella. No importaba. En menos de dos meses estaría rotando en Cardio Fetal, y casi no podía esperar de las ganas.

Se sentó frente al ordenador y abrió el programa de las historias clínicas.

—Mierda —masculló, ante el sonido desagradable que emitió el altavoz del ordenador y el mensaje de «ERROR» en la pantalla.

Volvió a teclear sus claves, sin éxito. ¿Habría algún problema por no pertenecer al servicio? Cerró el programa y volvió a entrar.

—¡Mierda! —se le escapó, esta vez en voz alta.

—Tienes que quitar mi tarjeta y poner la tuya.

Inés se envaró en la silla al escuchar la voz grave y el acento marcado de Erik. Contuvo la respiración y el corazón comenzó un galope desenfrenado. No fue capaz de articular ni una sola palabra. Él se acercó desde atrás, envolviéndola. Apoyó una mano sobre el respaldo de la silla, y con la otra, retiró la tarjeta de la ranura del ordenador. Inés metió la suya en un movimiento automático, obligándose a salir de su inmovilidad.

—Prueba ahora —dijo Erik, y esperó a que ella introdujese de nuevo sus claves. Volvió a saltar el mensaje de error e Inés murió un poco más al tener que coger aire e inhalar el perfume masculino, sentir el calor de su piel y la añoranza por su contacto—. A veces, el lector no funciona y tienes que mover la tarjeta un poco—. Metió y sacó la tarjeta hasta que parpadeó una luz verde en el lector.

Inés se identificó por cuarta vez y por fin el programa se abrió.

—Gracias —dijo en un hilo de voz. Pero él no se marchaba. Cerró los ojos y soltó el aire muy despacio. No quería que se percatara de lo mucho que su cercanía la afectaba.

—¿Esto va a ser siempre así? —preguntó él, en tensión, con un filo demandante en la voz que la conmovió en lo más íntimo. No contestó. No podía. Si abría la boca soltaría una súplica. «¡Abrázame! ¡Bésame! ¡Fóllame!», gritó en su interior. El impacto de

sentir los dedos masculinos rozar su nuca y enredarse entre las guedejas de su pelo fue brutal.

—Te echo de menos, *liten jente* —murmuró, mientras deslizaba entre las yemas de sus dedos la larga melena de Inés.

No aguantaría ni un segundo más. Se incorporó de golpe y se encaró con él.

—¡Déjame tranquila, Erik! —Y a continuación salió huyendo por el largo pasillo del ala de hospitalización.

Le costó una angustiosa punzada en el pecho aguantar la jornada de trabajo sin desmoronarse. La sonrisa de cordero degollado que Isaac le dedicaba cada vez que sus miradas se cruzaban lo único que le decía era que no podía dejar pasar ni un minuto más. No pudieron comer juntos porque Isaac tuvo que atender una urgencia, pero después de acabar el trabajo de la tarde, lo abordó sin contemplaciones.

—Isaac, tenemos que hablar.

No soltó prenda hasta que no estuvieron en una cafetería bien lejos del hospital, pese a sus preguntas, primero amables, y luego insistentes. Se sentaron en una mesa tranquila, apartada y pidieron un café. No hizo falta abordar el tema. Él se lo olía. Lucía una expresión ansiosa y no era capaz de esconder su nerviosismo.

—¿Por qué te marchaste si avisar? Pensé que te quedarías a pasar la noche. —El tono lastimero no auguraba nada bueno. Inés se armó de valor y mano izquierda.

—Isaac, lo pasé genial contigo. La noche fue maravillosa. —¿Para qué dañar su ego? No elaboró más—. Pero sabes que acabo de romper con Erik y todo está muy reciente. Necesito un poco de tiempo, no quiero sentir que me refugio en ti para olvidarlo a él.

—Puedes refugiarte en mí —insistió él—. Yo te protegeré.

—Lo sé. Eres seguro, maduro, confiable. Me siento bien contigo —lo aplacó Inés. Todo eso era cierto—. Pero me siento un poco culpable. Me está costando mucho superarlo. Sigo enamorada de Erik y quiero hacer las cosas bien.

Esperaba haber sido lo suficientemente clara. Y tuvo que reprimir una risita al darse cuenta de que era la primera vez que reconocía en voz alta que seguía enamorada y lo mucho que le estaba costando olvidar a Erik. Si lo conseguía alguna vez.

—¿Y por qué estás saliendo conmigo? —Isaac estaba claramente herido, sin entender. Inés respiró hondo. Tenía toda la razón.

—No me malinterpretes, no estamos juntos, ni nada que se le parezca —se apresuró a aclarar—. Rompimos el día de la pelea, ya sabes. Creía que lo había superado, pero no es así. Necesito más tiempo.

—Te has acostado conmigo —afirmó, con dureza. Inés suspiró. Estaba siendo más complicado de lo previsto explicarle la realidad.

—¡Y fue genial! Por unas horas, me hiciste olvidarlo por completo —mintió con descaro. Por unos instantes el rostro de Isaac se iluminó. Lo que era inflamar el ego de los hombres—. Pero creo que no puedo seguir engañándome. Te lo debo. De verdad, lo siento.

—De acuerdo —murmuró él—. Necesitas más tiempo. Seremos solo amigos. Solo te pido una cosa —dijo con una sonrisa divertida—. Cuando lo veas conveniente, tenme el primero en la lista de candidatos.

Inés asintió, aliviada ante su tono de broma, que no parecía fingido.

—Claro que sí. Prometido.

Se marchó a casa sintiendo que se quitaba un peso de encima. Dio gracias al universo por resolver aquel escollo de manera más o menos elegante. Canturreó mientras hacía el cambio definitivo de la ropa de invierno a la ropa de verano, y bajó las maletas al sótano. Agarró las cajas que llevaban allí más de un año. Revisó su contenido, pero eran apuntes viejos de la universidad, fotocopias y trabajos. Algo de ropa que no se ponía hacía años, y algunos adornos de su antiguo apartamento que le parecieron pasados de moda. Tiró todo a la basura y llevó la ropa a la parroquia de Providencia. Al volver a casa, notó como si tuviera diez años menos.

Iba a pasar una larga, larguísima temporada, sin querer saber nada de ningún hombre.

La realidad del Sótero

Erik pasó por la zona de consultas antes de acudir al quirófano. No solía ir por allí, y sabía que estaba retrasado para enfrentar la cirugía de aquella tarde, pero necesitaba desesperadamente hablar con Inés. A la mierda la distancia y el tiempo. Maia no podía tener razón, lo único que estaba consiguiendo era que Inés se alejara más y más de él.

La doctora Mardel pareció sorprendida de verlo allí.

—Hola, Erik. ¿Va todo bien con la niña de la cirugía?

—Voy para allá ahora —respondió, apresurado. Miró el reloj y frunció el ceño—. Solo quiero hablar un momento con Inés.

Marita negó con la cabeza, y señaló la enorme lista de pacientes.

—Ahora no tiene tantas guardias, y si no libra, no puede venir a pasar consulta. Arregla todos los papeleos desde su casa y deja todo listo a través de Gael —informó, con tono de reproche—. Inés se desloma para que esté todo listo cuando entras en quirófano, Erik.

—No estoy aquí para cuestionar su trabajo —dijo él con tono desabrido. No quería más enemigos de los que ya tenía—. Es personal.

La cardióloga asintió en señal de entendimiento, pero no dijo nada. Erik se preguntó cuánto sabía de lo que había pasado entre ellos.

—Si hablas con ella, espero que valoréis bien la situación de la FUNCORP. Hay más niños a la espera, Erik, pero no quiero darles esperanzas a sus padres hasta saber que no van a quedar en la estacada.

Erik apretó los labios en desaprobación. Sabía lo que opinaba Inés al respecto. Él mismo estaba alarmado de la sangría de dinero que suponía cada caso, pero no se daría por vencido. Y, aunque le doliera reconocerlo, le gustaba saber que había algo que todavía lo unía a Inés.

—Ten por seguro que este proyecto es muy importante para mí y que haré todo lo posible para que no fracase. Hablaré de ello con Inés.

Marita lo despidió con una sonrisa de aprobación y una palmada en la espalda. Lucharía con uñas y dientes, aunque tuviera que renunciar a su fondo de inversión. Una punzada de preocupación lo atenazó al pensar en todos los frentes que tenía abiertos: el pago del dúplex, de la casa de Farellones, el piso en Oslo. Tendría que deshacerse de alguna de las hipotecas. Y dejaría de lado la idea de cambiar el BMW, al menos por el momento. Sonrió al darse cuenta de que si le contase a Inés todo esto, ella lo felicitaría por lo mucho que había cambiado respecto a su manera de entender el dinero. Pero ella no estaba allí.

El miércoles, Inés entró en la consulta de Isaac. Era cierto que llegaba más temprano de lo habitual, pero allí no había nadie. Salió hacia la zona de despachos y también estaba desierta. Extrañada, se acercó al control de enfermería.

—Buenos días, ¿dónde están todos?

—Buenos días, Inés. Disculpe por no avisarla ayer, Isaac me dejó un recado para usted, pero no la vi. Se planificó una reunión con los cardiocirujanos a última hora, están en la salita de reuniones del final del pasillo.

¿Reunión con los cardiocirujanos? Mierda.

Taconeó rápidamente por el pasillo para llegar a tiempo. Así que Erik sí había escuchado su sugerencia. Entró en la pequeña salita, más parecida a un aula, con aquellas sillas incómodas con reposabrazos para escribir que estaban repartidas por todo el hospital. Saludó a todos con amabilidad y se sirvió un café. Tuvo que hacer un esfuerzo consciente para controlar el temblor de sus manos. Isaac le lanzó una sonrisa amistosa, pero ella correspondió con una mueca tensa. Quizá solo fuera cosa de los jefes. Después de todo, Erik tenía quirófano.

Cuando Guarida llegó, seguido de Erik y de Portales, casi se atragantó con el café. ¿Qué hacía Franco allí? Inés se puso a

hiperventilar.

La reunión se transformó en una pelea de gallos. Erik e Isaac se enzarzaban en una encendida discusión ante la más mínima diferencia de pareceres frente a los posibles tratamientos de los niños. Para Erik, todos los pacientes eran quirúrgicos. Para Isaac, lo eran de tratamiento conservador.

En cuarenta y cinco minutos de discusión, no sacaron nada en claro.

Portales parecía estar adulando a los jefes, y se fijó en que todavía llevaba un aparatoso vendaje en la mano, pese a que la movía sin problemas. El resto del grupo estaba desconectado por completo. Varios cardiólogos revisaban sus móviles mientras ellos dos seguían discutiendo para ver quién se llevaba la razón.

El móvil. ¡El móvil! Tecleó rápidamente un mensaje para su grupo de «Bailarinas cachondas».

«Por favor, HELP. Que alguna me llame un par de veces para poder salir de una reunión. Luego os cuento».

Su teléfono no tardó ni tres minutos en ponerse a sonar. Lo apagó, pero volvió a sonar con insistencia. Se excusó débilmente y salió de la sala para contestar. Nadie le dedicó ni siquiera una mirada.

—Gracias, Nacha —respondió con alivio—. Me acabas de sacar de una reunión horrible con Erik y con Isaac.

Su amiga soltó una carcajada.

—¡Tus dos pretendientes en la misma habitación! —cuchicheó divertida—. Llámame después para contarme los detalles. Estoy un poco liada. ¡Un beso!

Y cortó. Inés suspiró. Le hubiera venido bien charlar un rato con Nacha. En vez de eso, se dirigió a la máquina expendedora y sacó una Coca Cola light. Se arrepintió en el acto, estaba ya taquicárdica por el café que acababa de tomarse y con los nervios de punta. Aun así, se la bebió con calma, moviendo la lata en círculos para que se le fuera un poco el gas.

Tardó unos veinte minutos en volver. Esperaba que todos se hubieran marchado. Cuando entró en la sala, Erik tenía su fonendoscopio en la mano y jugueteaba dando vueltas a la campana.

—Dra. Morán —dijo con voz burlona—. Una reunión que se realiza según su sugerencia, y nos abandona en mitad del debate.

Inés cogió el fonendo de sus manos sin inmutarse.

—Eso no era un debate —respondió con desdén—. Eso era una competición médico versus cirujano en su versión más patética e infantil.

—¿Ah, sí? —preguntó él, enarcando las cejas con cara de sorpresa fingida—. ¿Y por qué piensa eso?

Inés se echó a reír con ganas.

—¡Venga ya, Erik! Solo os faltó bajaros los pantalones para ver quién la tenía más larga.

El semblante de Erik se oscureció.

—Ya te digo que yo. Pero tú podrías despejar también esa duda, ¿verdad, Inés?

Se quedó alucinada, mirándolo boquiabierta.

—Pero ¿tú de qué vas? —preguntó, conteniendo la furia. ¿Se habría ido de la lengua Isaac?

—Te has acostado con él —afirmó Erik con una sonrisa amarga en la boca.

—¿Y tú qué coño sabes?

—Ah, estoy seguro. Ya te lo he dicho. —Se acercó a ella, inexorable, y rodeó con un brazo su cintura. Acercó los labios a su oreja—. Sé perfectamente cómo se siente un hombre que ha follado contigo —susurró—. Invencible. Un conquistador. Un guerrero que ha derrotado una fortaleza inexpugnable.

Intentó zafarse, pero él no la soltó. Inés lo miró sintiendo como la furia se agolpaba en su pecho.

—Suéltame, Erik —siseó, escupiendo las palabras.

—También estoy seguro de que, cuando follabas con él, pensabas en mí —susurró Erik, con los labios rozándole la mandíbula. Inés cerró los ojos, reverberando de pura ira.

—¡Eres un cerdo arrogante! —Temblaba. Erik la estrechó contra su cuerpo aún más.

—En realidad, follabas conmigo. Niégalo. —Y apretó la boca contra sus labios con fuerza.

La bofetada resonó en la sala, seca y cortante. Erik soltó un bufido de sorpresa.

—¡Déjame tranquila de una maldita vez! —estalló, furiosa. Erik apoyaba una mano en su mejilla y la miraba con la boca abierta. Salió de allí dando un portazo.

La furia la ayudó a atravesar el resto de la semana. Sabía que no estaba siendo demasiado amable con Isaac, pero su cara de cordero degollado la tenía más que harta. Tachaba los días para acabar la maldita rotación como si de un preso se tratase.

El viernes se alegró de que estuviera saliente de guardia para no aguantar su sonrisa de cachorrito abandonado. Además, Bustos terminó pronto la consulta y no tenía pacientes por la tarde. Sopesó marcharse a casa pese a que su estómago rugía de hambre. Terminó por ir a la cafetería del hospital. La sorprendió encontrarse con Viviana.

—¡Hola, Vivi! —dijo con auténtica alegría de verla.

—Hola, Inés. —Forzó una sonrisa y a ella se le cayó el alma a los pies. No la había visto desde su regreso, hacía ya más de un mes. Estaba de nuevo pálida, demacrada, y había perdido peso.

—Te veo un poco cansada.

Ella asintió con una sonrisa dulce, y la miró con expresión ausente.

—Estoy bien.

—¿Qué tal van los planes que me contaste? —No se atrevió a mencionar la palabra separación. Ella agitó la cabeza en una negación vehemente.

—Estamos arreglando las cosas. Todo va a ir bien. Estamos tratando de tener otro bebé —dijo con ilusión. Inés sintió como la inundaba el horror—. No te preocupes, todo irá bien. Me marchó, yo ya terminé de almorzar.

Inés miró fijamente el sándwich tan solo mordisqueado en una punta y musitó un adiós, pero Viviana ya se alejaba por el pasillo hacia la Unidad.

El breve encuentro le dejó un pésimo sabor de boca. Estaba segura de que las cosas distaban mucho de ir tan bien como su residente mayor parecía afirmar. La impotencia de saber que no podía hacer nada la paralizó por un momento.

Vaya semana de mierda.

Necesitaba desahogar. Hacía mucho tiempo que no recibía un sobre plateado. Sacó el móvil y buscó el contacto de Philip.

Fiebre de sábado noche

Por fin un plan decente. Noche *boudoir* en casa de Álex y Philip. El francés no escondió su entusiasmo cuando le dijo que necesitaba una noche de evasión, y le advirtió que tendrían un fotógrafo profesional para quien quisiera inmortalizar su paso por la fiesta. El día anterior fue a Love, Lust & Lingerie y se gastó una buena cantidad de dinero en un corpiño de raso y tul de color rosa palo, ribeteado en negro, con un *culotte* a juego y unas medias de blonda. No pudo resistirse a unos tacones negros de charol tipo Mary Jane, que además eran comodísimos. Por la mañana fue a la peluquería y se cortó un poco el pelo. Se decantó por un alisado japonés, y puso todo cuidado en no estropearlo cuando se dedicó toda la tarde a sí misma con su ritual de embellecimiento. Se dio cuenta de que, desde que Erik y ella habían roto, había descuidado bastante su aspecto y eso tenía que cambiar.

Después de pensarlo mucho, solo se puso una falda negra de licra que se ceñía a sus caderas hasta la rodilla, dejando el precioso corpiño a la vista. Se miró al espejo y sonrió. Ahora era menos Alicia Vikander y más Mónica Bellucci. Dejar el ballet se saldaba su cuenta, pero, a cambio, lucía unas curvas que antes no tenía. Su cuerpo había cambiado y le gustaba lo que veía.

—*Mon Dieu, princesse* —murmuró Philip al verla. Intercambiaron un abrazo cariñoso y un beso en la mejilla—. Vuelves por todo lo alto.

—Siento mucho el abandono, Philip —dijo con gesto contrito—. Espero que no me guardes rencor.

Él se echó a reír con suavidad.

—Inés, sabía que volverías. Una vez que lo pruebas, si lo disfrutas, no puedes pasar demasiado tiempo sin ello. ¿Cómo está ese vikingo grandote? Álex me dijo que ya no estáis juntos. Lo siento, *chérie*. Siento que no haya funcionado.

—Gracias por tu sinceridad, Philip. Fue lo mejor. Pero no quiero hablar de Erik, ¡llévame a saludar a Álex!

No pudo evitar el entusiasmo y la expectación al entrar de nuevo en el salón púrpura. Adoraba la elegancia decadente que exhalaba en cada rincón. Saludó a Eva con cariño, envuelta en encaje rojo, magnífica, y a los mellizos, que no tardaron en ofrecerle tomar una copa, pero ella declinó la invitación. Se sentía bien, se sentía libre, pero con eso bastaba. No quería sexo.

—¡Álex! —Abrazó a su amigo con ganas.

—Hola, Inés —dijo él, riendo—. El otro día en la reunión quise hablar un poquito contigo, pero al ver que las cosas estaban un poco tensas entre Erik y tú, no me atreví a abordarte. ¿Qué te apetece? ¿Quieres un cóctel? ¿Algo de comer?

Inés negó y señaló hacia una esquina del amplio salón. En un sofá había identificado a Titania y Oberón, y se moría de ganas de saludarlos.

—¿Sabes qué me apetece? Tener unas fotos *boudoir* de esas. ¿Tengo que pedir hora con el fotógrafo? ¿Hay que pagarle?

—No te preocupes por eso, yo lo arreglaré.

Mientras Álex y Philip hablaban con el fotógrafo, Inés se acercó hasta la pareja. Titania tardó un poco en reconocerla.

—¿India? ¿Eres tú? —preguntó, indecisa—. ¡Hace un montón de tiempo que no nos vemos!

Inés notó un pequeño nudo en el estómago al escuchar el nombre que había escogido Erik para ella mientras entraban en dinámica de dominación y sumisión, pero desapareció como si una brisa leve lo arrastrara.

—Soy yo. ¿Cómo estáis? Estás preciosa, Titania.

La sumisa llevaba un arnés de cuero y acero que envolvía en tiras su cuerpo, unas botas hasta medio muslo y tacón de aguja y un *body* de tul transparente que cubría sus pechos y su sexo. Retorcía entre sus dedos la anilla de su collar e Inés lo miró con curiosidad. Era un modelo diferente, ribeteado en acero y más ancho.

—Es un collar de sumisión postural —explicó Titania con una sonrisa. Oberón se acercó hasta ellas y la saludó con un beso. Inés percibió esa aura de autoridad y dominancia que siempre sentía junto a él.

—Muy efectivo para mantenerla quieta, en especial cuando la someto por irrumación. —Inés no pudo evitar cierto rubor en las

mejillas, acompañado de una flagrante envidia. Por supuesto, Erik se situó en el centro de sus pensamientos durante un par de segundos—. ¿Y el Vikingo? Pensé que siempre veníais juntos.

Otra vez Erik. Pero su recuerdo parecía estar volviendo a ella sin estar impregnado de dolor.

—El Vikingo y yo ya no somos pareja —dijo Inés, con una sonrisa apenada.

—Lo siento. Me resultaba raro que, después de veros de manera tan asidua tanto aquí como en La Ergástula, dejaseis de venir —añadió Oberón, apretándole el brazo como consuelo. Inés no se apartó. Es más, se sintió confortada por su sinceridad.

—No fue ese el motivo. Los dos necesitábamos frenar un poco aquel ritmo desenfrenado y aclarar lo que queríamos. El resultado fue que cada uno siguió su camino por su lado —dijo Inés, con sencillez—. Ahora, yo, al menos, volveré. Pero sin presiones.

—Nos pasa a todos —reconoció Titania con una sonrisa cómplice—. Cuando te abres al mundillo, es como si todo te atrajese, quieres verlo todo, probarlo todo, ¡sentirlo todo!

—Ah, sí, mi pequeña —murmuró Oberón—. Fuiste en verdad agotadora, me alegro de que haya pasado esa etapa. —Inés se sorprendió al saber que no era la única en vivir aquel proceso y escuchó al dominante con atención—. Ahora toca refinarse y escoger aquello que realmente disfrutas. Es una etapa mejor, India. Ya lo verás.

Inés no estaba tan segura, pero hablar con ellos había sido de mucha utilidad. Se sentía comprendida, dentro de la extravagancia. Vio a Philip hacer una seña para que se acercara y se despidió de la pareja. Cuando ya se alejaba, Titania la agarró de la mano.

—India, si alguna vez quieres hablar, tomar un café... llámame —dijo con un cariño que la emocionó—. Perder a tu dominante es muy duro, al principio te sientes perdida, pero pasará. Ya verás.

—Gracias. —No le llevó la contraria, aunque su primer impulso fue negar esa sensación. Era cierto que en algún momento sí se había sentido perdida. Pero no ahora. Ya no—. Te llamaré.

Se dieron un abrazo rápido y se apresuró a llegar hasta Philip. Junto a él, un hombre vestido con un traje de látex de la cabeza a los pies, sin que se vieran más que unos ojos verdosos, los orificios nasales y una boca de labios finos y sensuales hizo una pequeña reverencia con la cabeza.

—Este es Gato. Guarda el más absoluto anonimato en su faceta *kink*, pero es un fotógrafo sublime. Ven. Hemos acondicionado un rincón para las sesiones.

Inés se sentó en el sofá más apartado del salón. El *chester* de un intenso color morado. Philip se despidió de ella con un beso en los labios.

—¿No te vas a quedar? —preguntó.

—No permito que nada incomode mis sesiones —dijo Gato—. Tiéndete en el sofá. De lado.

Vaya. Un hombre al que le gustaba dar órdenes. Se acomodó, un poco tiesa, y miró hacia la cámara.

—Muy bella. Pero muy tensa. Tienes que soltarte. ¿Qué tienes para mí? Juega. Sedúceme. Seduce a la cámara.

Inés soltó una carcajada desinhibida, echando la cabeza hacia atrás.

—¡Perfecto! —exclamó el fotógrafo—. Quítate la falda. Déjame ver esas caderas y ese trasero.

Inés se dejó llevar por las certeras indicaciones de Gato. «Acaríciate los pechos», «Ponte a gatas sobre el sofá», «Arquea la espalda». La fue envolviendo un halo de erotismo y sensualidad. Se sentía como una diosa. Era exactamente lo que necesitaba. Volver a brillar. «Abre los muslos», «Tócate bajo las bragas». Cuando le ordenó que se quitara el corpiño lo vio como algo natural. Las fotos subieron de voltaje y ella se volvió más audaz. Se masturbó sin atisbo de vergüenza, mientras sonaba *Dog days are over*, de Florence and the machine, frente al fotógrafo que no cesaba de destellar el *flash* sobre ella. Acabó acalorada, jadeando, cubierta en sudor y completamente desnuda frente a él.

—Has sido una modelo maravillosa, querida. Si fuera hetero, te suplicaría que me dejaras postrarme a tus pies. —Inés se echó a reír ante su deliciosa confesión y recogió las prendas esparcidas en

el suelo frente a ellos—. Tenlo por seguro: no habrá hombre que se te resista si utilizas tus armas de mujer.

Cuando volvió a casa, con el contacto de Gato en su teléfono para preguntarle por su reportaje en un par de semanas, se sentía una Inés distinta. Una Inés mejor.

Erik llevaba un buen rato sentado en el borde de la cama. La larga melena rubia de Nadia se esparcía sobre las almohadas de la habitación de abajo. Las cintas de raso seguían enredadas en el cabecero, como testigos de la noche pasada. No estuvo mal. Ella se mostró complaciente ante la propuesta de atarla pese a ser la primera vez que follaban. Tenía algo de experiencia en *bondage* y eso era siempre de agradecer. Se la folló con rabia. Con dedicación. La había hecho tocar el cielo, ella misma lo había dicho. Con esas palabras. Pero ahora, lo único que quería era que se marchara a su puta casa.

Se levantó, sin tener el valor de despertarla y echarla. No podía permanecer a su lado ni un minuto más. Recuperó sus vaqueros y se los puso, estilo comando, y fue a la cocina en busca de café. No había hecho falta mucho para dejarse enredar. Nadia llevaba coqueteando con él desde el momento en que Loreto los había presentado en el bufete. Lo citó en la barra del hotel con la excusa de repasar con él algunas cosas, y pasó del coqueteo a la insinuación. ¿Era insinuación que te sugirieran subir a tu casa mientras buscaban tu polla sobre la bragueta? Tenía que haber otro nombre para eso.

Al principio su seguridad fue muy estimulante. Luego, cuando la tuvo en la cama, no pudo echarse atrás. No había sido malo. Se encontraba relajado y tranquilo. Llevaba sin follar desde el polvo del aparcamiento con Inés.

Inés.

Inés, Inés, Inés.

En ningún momento había abandonado su cabeza pese a que Nadia no podía ser más diferente. En lo físico y en lo sexual. Era expresiva hasta rozar la *performance* de una actriz porno, y eso

le causó cierto rechazo. Todo en ella parecía estudiado. Sus gemidos. La manera en que abría la boca. Sus perfectas tetas operadas. Prefería la naturalidad de Inés.

—*Svarte Helvete!* —exclamó en voz alta. Había cogido la cafetera directamente del fuego sin protegerse la mano y se chupo los dedos. Los puso bajo el agua del grifo soltando un millón de juramentos en todos los idiomas que conocía. Se miró los dedos. Había sido rápido y no le saldrían ampollas. Menos mal.

—Estamos de mal humor esta mañana —dijo una voz femenina, que no reconoció. Nadia se acercó hasta él con un andar sinuoso, ahuecándose la melena con las manos—. Buenos días, hermosote.

—Esa camisa es mía —dijo sin atisbo de amabilidad. De pronto, las ganas de que se fuera de allí se convirtieron en necesidad.

Ella no se amilanó. Caminó hacia él mientras se desabrochaba la prenda. De puntillas. Poniendo un pie delante de otro de manera estudiada.

—Aquí la tienes —provocó. La dejó caer deslizándola por su cuerpo justo debajo del haz de rayos de sol que entraba por la ventana. Erik la miró con disgusto. ¿Podía ser más artificial? Rayaba en lo ridículo.

Se apoyó en la encimera y cerró los ojos, sopesando si ser diplomático o directamente maleducado para conseguir que se fuera. No hizo falta decir nada.

—¿No te bastó con humillarme anoche, que sigues haciéndolo por la mañana? —espetó ella con irritación.

—¿De qué hablas? Me dijiste que te ponía el *bondage*.

Nadia soltó una risotada amarga y se cubrió los pechos cruzando los brazos.

—No hablo de eso. De hecho, esperaba más. Hablo de que no me llamaste ni una sola vez por mi nombre. —Erik notó que se le helaba la sangre y alzó la mirada hacia ella. No. Otra vez no—. Supongo que el que lleves tatuado su nombre debió decirme algo, pero pensé que era agua pasada. Una cosa es que te confundas de nombre en el calor del sexo —dijo ella, despectiva—. Puedo ser indulgente, me ha pasado. Otra muy distinta, que con cada

embestida, lo repitas como un maldito subnormal. «Inés, Inés, Inés, Inés» —se burló, imitando su acento ronco.

Erik volvió a cerrar los ojos. Quiso que la tierra se lo tragara. Estaba enfermo. Enfermo.

—Será mejor que te vayas.

—¿No me vas a ofrecer ni un puto café? —Había perdido las formas por completo. Su rostro desencajado era digno de contemplar.

—No.

Se volvió, furiosa. Con cara de profundo asco, sin esconder su indignación. La escuchaba moverse por la habitación con movimientos bruscos, y gritarle a algún pobre diablo que necesitaba un taxi frente a la puerta del hotel de inmediato.

Erik se frotó el rostro con saña. Miró su pectoral izquierdo, el nombre de Inés tatuado justo encima de su corazón. Si Peta estuviera allí, habría ido a que le añadiese cadenas y fuego a su alrededor.

Nadia salió de la habitación, ya vestida, y le lanzó una mirada envenenada. Él alzó las cejas, interrogante.

—Maldito cabrón —murmuró entre dientes antes de dar un portazo.

Erik soltó una risotada amarga. No iba a defenderse. Tenía toda la razón.

—He esperado a que se fuese para bajar —dijo Maia en ese momento, desde la escalera de caracol. Cuando llegó con Nadia la noche anterior, se había ido discretamente a la habitación de arriba sin decir ni pío—. Sí que eres un poco cabrón.

—Maia, por favor.

—¿Así que la llamaste Inés? —No pudo evitar echarse a reír. Había escuchado todo desde arriba—. ¿No te había pasado lo mismo con Peta?

Erik se sentó en la mesa del salón, apoyó los codos en el cristal y se tapó la cara con las manos.

—Maia, ¿te puedes callar?

Su hermana se encogió de hombros y se sirvió un café en la cocina. Le llevó otro a él y masajéó su espalda como si consolara a un niño pequeño.

—Distancia y tiempo. Erik. Aléjate una temporada de Inés.

Ingratas sorpresas

Aferrarse al quirófano y a las cirugías era lo único que le quedaba. Cada domingo por la noche, esperaba volver al hospital con ansiedad. Portales volvió a la Unidad solo al trabajo administrativo y él estaba sobrecargado, pero lo agradecía. No era la primera vez que se refugiaba en el hospital. Era la única parcela de su vida sobre la que parecía mantener cierto control.

Era cuando salía de las elegantes puertas de cristal del San Lucas cuando su vida entraba en el caos. Mientras operaba, recibió varias llamadas de Nadia y también de Loreto. Esperaba que su abogada mantuviera la profesionalidad después del polvo. Acostarse con ella había sido un error, pero ahora no había manera de volver atrás.

En uno de los descansos entre cirugías, llamó a Loreto para preguntarle lo que ocurría. No le dijo mucho. Solo que el abogado de Portales los había convocado a todos a una reunión con carácter urgente. Miró la hora en el reloj y apretó el paso hacia el aparcamiento. Si no se daba prisa, llegaría tarde. La serenidad adquirida después de un día duro de trabajo se evaporó, sustituida por la ansiedad. ¿Qué coño querrían?

Llegó el último. Loreto e Inés cuchicheaban entre ellas. Nadia se sentaba un poco más apartada, con expresión neutra. Ni Portales ni su abogado estaban allí.

—Hola. ¿Sabéis a qué viene ahora esta reunión? —preguntó a Loreto.

—No lo sé. Tienen algo que comunicarnos. Álvaro parecía muy gallito cuando hablamos por teléfono, pero no quiso adelantar nada. —Loreto estaba preocupada, y eso no era una buena noticia.

Erik se dedicó a estudiar a Inés con disimulo. Estaba preciosa. Algo había cambiado en ella. Sus pómulos marcados estaban suavizados; sus labios, más carnosos. Tenía el flequillo corto de nuevo y recogía la melena en un moño. La camisa blanca de seda, elegante y sobria, se abría con sensualidad sobre su

escote, más lleno. Sus ojos se encontraron y ella sonrió, sin apartar la vista como otras veces, pero sin ningún interés. Un mazo golpeó su estómago.

—Nos están haciendo esperar más que la otra vez —observó Nadia, impaciente—. Llevamos más de media hora aquí.

—Esto no me gusta nada —masculló Loreto entre dientes. En aquel momento, los dos hombres entraron en la salita.

—Álvaro —dijo Loreto, cortante. Ni siquiera se molestó en saludar a su cliente—. Estoy harta del drama. Entiendo que necesites subterfugios teatrales para darle más impacto a tu práctica, pero comienzo a cansarme de tu impuntualidad. Mis clientes tienen prisa y yo también.

—Buenas tardes, abogada. Abogada. Dra. Morán, Dr. Thoresen —respondió él, con una sonrisa falsa en los labios, casi idéntica a la que exhibía Portales. Erik los miró con repulsión. Estaba contemplando dos reptiles—. Seré breve, pero ¿por qué no nos ponemos todos cómodos?

Con una floritura de la mano, señaló la amplia mesa. Todos se acomodaron en las sillas a regañadientes.

—Me siento en el deber de informaros que, recientemente, ha llegado a nuestras manos una información que... —Se detuvo lanzó una mirada circular con cara de circunstancias—, digamos que cambia la posición de aparente desventaja de mi cliente.

—Suéltalo ya, Álvaro —insistió Loreto, con voz cansada.

—A través de una fuente confidencial, y con confirmación de las autoridades noruegas, sabemos que el Dr. Thoresen, aquí presente, cuenta entre sus antecedentes el haber enviado al hospital de una paliza a un colega en estado de extremísima gravedad. —Erik volvió la mirada hacia el abogado, estupefacto. Helado. ¿Cómo coño habían obtenido aquella información?—. En este informe tenemos la declaración de la víctima y varios testigos que confirman el hecho y dan fe de su carácter extremadamente peligroso. No solo en ese gravísimo incidente, sino en otros de menor intensidad, pero no por ello de menor importancia.

Un insistente pitido en sus oídos dificultaba escuchar la perorata del abogado. Notó en el pecho una sensación opresiva.

Debía tener la tensión por los aires, porque la cabeza le iba a estallar.

—¿Tienen los presentes algo que decir? —Tanto él como su abogado lucían sendas sonrisas casi imperceptibles, pero no podían esconder la mirada de triunfo. Erik permaneció inmóvil. Loreto parecía que iba a estallar en llamas de furia en cualquier momento y Nadia tenía la boca abierta por la sorpresa—. He dicho que...

—Te hemos escuchado. Gracias por la información, Álvaro —dijo Loreto, recomponiéndose en una décima de segundo. Era formidable. Hizo un gesto para que se levantaran y la siguieran fuera—. Estudiaremos el giro que ha dado el caso y te mandaré un comunicado al respecto. Vamos —arengó en voz un poco más baja a Inés y Nadia, que estaban más cerca. Él las siguió, obediente, saliendo delante de Loreto.

—No se moleste, abogada. Somos nosotros los que daremos a conocer los nuevos términos. Te adelanto que tenemos toda la intención de llevar al Dr. Thoresen a juicio.

Y ahí estaba de nuevo la sonrisa de hiena.

Loreto no contestó.

Caminaron hasta el aparcamiento en un silencio enervante. Nadie abrió la boca hasta estar fuera de miradas indiscretas en el primer subterráneo. Nadia estaba furiosa y no era para menos. Entendía que toda la defensa construida y las ventajas con las que contaban se iban al garete porque había ocultado, aunque no fuese a propósito, información importante.

Loreto e Inés se mantuvieron en un segundo plano, mientras ellos discutían. Una corriente de tensión soterrada que nada tenía que ver con lo ocurrido emergía empeorando la situación. Nadia caminaba describiendo una línea de un par de metros frente a él, que permaneció quieto, apoyado en el coche. Los tacones resonaban contra el asfalto, generando eco en el enorme aparcamiento.

—¡Soy tu abogada, Erik! ¿No te parece una información importante? ¡Has estado imputado por esta misma causa! Has

pagado una fianza para no ir a la cárcel, ¡te retiraron del ejercicio de la medicina durante un año!

—No sé cómo coño se han enterado. Jamás pensé que algo que pasó hace ya dos años, ¡en Noruega!, traería cola hasta aquí —respondió. Su actitud no ayudaba. No quería reproches, quería un profesional que le dijera cómo coño iba a salir de aquel agujero—. No sabía que podrían utilizarlo en mi contra.

—¿No te das cuenta de que esto cambia todo? ¡Toda nuestra defensa se va al tacho! ¿No lo entiendes?

—Ya basta, Nadia. Erik, piensa bien si quieres ir a juicio. Probablemente estén buscando desplumarte con una indemnización. —Loreto los interrumpió, calmada, pero implacable—. Tendremos que esperar a ver qué es lo que quieren, pero prepárate para lo peor. Tenemos que estudiar las opciones e intentar adelantarnos a sus demandas—añadió Loreto, clavando en él unos ojos verdes que lo hicieron estremecer—. Si hay algo más que debemos saber, este es el momento. ¿No hay ninguna otra sorpresita con la que nos puedan agarrar de las pelotas? —Él negó con la cabeza. Un silencio incómodo se cernió entre los cuatro y Loreto señaló hacia su coche—. Muy bien, nos vemos en un par de semanas. Nadia, yo tengo que seguir trabajando y tú también.

Inés y él se quedaron solos. Ella se apoyó también en la parte de atrás del BMW, junto a él. Soltó un enorme suspiro.

—¿Quieres que te lleve a casa? —ofreció, esperanzado. Un poco de tiempo a solas, en un sitio más o menos neutral. Ella negó con la cabeza y señaló su propio coche, aparcado algo más lejos.

—Lo siento. Siento todo esto.

Él hizo un gesto, quitándole importancia. No sabía cuándo podría tenerla de nuevo a solas, y había algo que tenía que hacer.

—Inés, siento mucho lo que pasó en la reunión de hemodinámica. Me porté como un patán.

Ella se echó a reír, divertida. Se encogió de hombros y sonrió.

—Y yo siento haberte dado aquella bofetada, por mucho que te la merecieras —dijo con tono travieso. Dios. ¡Cómo la echaba de menos! Se quedaron en silencio, uno junto al otro, apoyados en el BMW. Ella parecía querer decir algo más y la miró, interrogante—.

¿Qué le has hecho a Nadia? —dijo al fin, con una mirada de conmiseración.

—¿A qué te refieres? Ni me acordé de lo de los antecedentes en Noruega, no le di importancia. Está claro que me equivoqué.

Inés esbozó una sonrisa cansada.

—No me refiero a eso. —Apartó la mirada y titubeó—. Me refiero a qué le has hecho a ella.

—¿Qué quieres decir? —No pudo evitar el matiz agresivo en su voz. No pensaba contarle absolutamente nada de lo ocurrido entre ellos. Apretó la boca en una línea fina, no quería mostrarse culpable. Inés volvió a reír. Sin acritud. Parecía estar por encima de la situación—. ¿Por qué me sales con esto? —se escapó por la tangente. No tenía por qué ocultar nada, pero no tuvo el valor de confirmárselo.

—Porque sé perfectamente cómo se siente una mujer que ha follado contigo. —Le devolvió palabra por palabra la demoledora frase que le dedicó por Isaac. Pero no lo acusó de correrse mientras pensaba en ella. No sentía celos. Estaba desahogada. No le importaba en lo más mínimo—. Adiós, Erik. Nos vemos en el hospital.

Caminó hacia su coche sin mirar atrás. Erik no se movió de su posición, hipnotizado por el movimiento ondulante de sus caderas. Cerró los ojos para no correr tras ella, caer de rodillas y suplicarle que lo dejara volver.

Aquella noche le costó quedarse dormido. Por primera vez en su vida maldijo no tener un fármaco a mano que lo ayudara a conciliar el sueño. Se echó a reír en la soledad de su cama. En otros tiempos, no le habría dado más vueltas; se habría masturbado y fin del problema, pero llevaba una temporada que no se reconocía a sí mismo.

Le costó levantarse cuando el despertador sonó. Se vistió al ralentí, anestesiado. La preocupación latente de lo que podía ocurrir con su futuro y la certeza cada vez más absoluta de que había perdido Inés lo tenían en un estado de bloqueo hasta para las cosas más pequeñas. El reflejo que el espejo le devolvía lo mostró demacrado. Las ojeras marcadas le daban un aspecto enfermizo.

Se frotó el pelo lacio, sin vida. Se dio cuenta de que hacía semanas que no hacía absolutamente nada de ejercicio y que su cuerpo había perdido definición. Tenía que hacer algo. Pero no podía. No tenía fuerzas.

Llegó muy temprano al hospital y mantuvo el foco en el trabajo. Se sentó en su despacho y revisó las historias clínicas de los pacientes de aquella mañana. Un doble recambio valvular, un *bypass* coronario y una cardiopatía compleja de la que necesitaba ver cómo estaba el corazón por dentro para tomar una decisión final. Abrió y cerró las manos, notando ese cosquilleo de expectación ante un nuevo reto.

Unos golpes en la puerta lo arrebataron de su concentración.

—Entre —respondió, cortante.

Luisa entró con cara preocupada.

—Dr. Thoresen, el Dr. Guarida lo necesita en su despacho.

Erik frunció el ceño. Tenía que irse al quirófano ya.

—¿Sabe para qué es? —preguntó a la enfermera.

—No me lo dijo. También ha citado al Dr. Portales, pero todavía no llegó.

—Gracias, Luisa —murmuró mientras se levantaba.

Sopesó al menos cien posibilidades distintas, y ninguna era demasiado alentadora, en el corto trecho hasta el despacho de su jefe. Golpeó y entró sin esperar respuesta.

—Buenos días, Hernán. ¿Querías verme?

Alzó la vista de unos papeles que leía con expresión disgustada.

—Sí. Siéntate, Erik. Esto no te va a gustar. He recibido esta carta del bufete de abogados Adams. —Su expresión se tornó preocupada, y le tendió los folios. Erik los cogió como un autómatas, sin atreverse a leerlos.

—¿Qué ocurre?

—Tienen información sobre el escrito que te hicieron cuando tuviste la discusión con la Dra. Morán, y también sobre una enfermera a la que humillaste en quirófano, que acabó llorando.

Recuerdo el tema de Inés, el otro no tengo ni idea de qué se trata —reconoció Guarida, abriendo las manos en un gesto de impotencia—. Exigen una copia del escrito y el nombre de la enfermera u otros testigos para el caso que Portales tiene contra ti.

—Facilítaselo. No tienes alternativa. Si no, lo conseguiré a través de requerimiento judicial y te harán pasar un mal rato. —Si el procedimiento era mínimamente parecido al que había seguido en Oslo, era eso lo que ocurriría—. No tengo nada que ocultar, y asumo mi responsabilidad.

—Gracias, Erik. Pero eso no es todo —añadió Guarida, casi culpable—. Tengo que apartarte de las cirugías hasta que todo esto se aclare.

—No.

—No me queda más remedio. He tenido que dar parte de esto a la gerencia y, de manera cautelar, estás suspendido.

—¡No! —estalló Erik, sintiendo que el mundo desaparecía bajo sus pies. Encerró su rostro entre las manos durante un segundo, preso de la desesperación. Alzó la mirada y fulminó a su jefe—. No puedes apartarme del quirófano ahora.

—Erik, no eres tú solo. Franco también está suspendido.

Lo miró con extrañeza.

—¿Por qué él?

—Porque el muy estúpido se ha hecho un control de tóxicos en orina en el laboratorio del hospital. En el chequeo de Medicina Preventiva que os hacen a todos al empezar a trabajar pidieron una analítica también. El médico laboral responsable vio los resultados pensando que eran los que él había solicitado. —Erik contuvo la respiración. Por el latido de las arterias del cuello de Guarida, no podía ser nada bueno—. Encontró cocaína y anfetaminas en elevada concentración. Y dio parte, claro.

Ni siquiera pudo alegrarse con la noticia. Eso lo ayudaría en el caso, pero no a volver a los quirófanos.

—Por favor, Hernán. —Se odió a sí mismo al escuchar salir de su boca aquel tono lastimero—. Necesito meter las manos en sangre.

—Si por mi fuera, estarías operando, Erik. ¿Tú sabes la que se me viene encima con dos cirujanos fuera del quirófano? —Se

masajeó el puente de la nariz con gesto derrotado—. Daniel pasará a cubrirte a ti y yo tendré que volver a las trincheras. Espero que solo sea cuestión de unos días. ¿En qué tesitura está tu tema legal?

—Estamos esperando una nueva reunión con Franco y su abogado. Te informaré de lo que sea —dijo, levantándose. Necesitaba correr. Levantar doscientos kilos de peso. Follarse a una mujer. Golpear un saco de arena. Ya.

—Vete a casa, Erik. Aprovecha para descansar, tienes mala cara.

—¿Estoy suspendido también de sueldo?

—Sí, hasta nuevo aviso. Espero que no te suponga un problema.

—Ese es el menor de mis problemas —respondió con amargura.

Salió del despacho sin despedirse de su jefe. Escuchó de manera amortiguada que Dan lo llamaba, pero pasó de largo frente a él sin dedicarle ni una mirada. Su próximo objetivo era poco ambicioso, simplemente llegar hasta su casa.

Al menos le quedaba el Sótero. El bebé de aquella cirugía tenía un ventrículo izquierdo hipoplásico con un arco aórtico muy pequeño. Pasaría horas dentro del quirófano. Saboreó aquel caso. Se detuvo a hablar tranquilo y con mucha paciencia a los padres. Cuando deslizó el bisturí por el minúsculo pecho se dio cuenta de que aquello era su vida. Estaba hecho para ello.

Pasó las cinco horas de la cirugía sumido en un profundo estado de concentración. Con una finura exquisita, fue reconstruyendo el arco y ampliando el ventrículo punto a punto. Sección tras sección. Aislado del resto del mundo salvo para emitir órdenes precisas de lo que necesitaba del resto del equipo.

—En mi vida he visto una cosa igual —dijo su cirujano ayudante tras terminar, mientras se lavaban las manos—. Es usted un artista.

Erik sonrió sin decir nada. Saboreó el halago, pero lo hizo aún más con la sensación de triunfo sobre la enfermedad. Informó a los padres y dejó al pequeño personalmente en la UCI. Gael estrechó su mano y se hizo cargo del paciente. Había acabado.

Volvió hasta las consultas para recoger el caso de su próximo paciente. Sabía que Inés no había tenido guardia el día anterior, y no estaría allí. Inés. El subidón de endorfinas se evaporó.

Darí su mano derecha por volver a respirar el aliento de sus labios de nuevo. Todo carecía de luz sin ella. No existía el color. Se preguntó si no estaría cayendo en una depresión.

—¡Erik! —saludó Marita con entusiasmo al entrar en la minúscula consulta. Era tarde y estaba recogiendo sus cosas—. ¿Todo bien con la cirugía?

—Sí, sí —respondió con una sonrisa. Pero gran parte de su entusiasmo había desaparecido—. Solo vengo a buscar el próximo caso.

—¿No te lo ha dicho Inés? —Marita parpadeó un par de veces, desconcertada—. Me avisó de que no incluyese nuevos casos por el momento hasta arreglar el asunto financiero de la FUNCORP. La cuenta vuelve a estar a cero.

—Pero eso es imposible. Ingresé una fuerte suma de dinero hace menos de dos semanas —barbotó Erik. Cogió el extracto de cuenta que Marita le tendió y tragó saliva.

—Hay que resolver esto, Erik. Sé de los problemas entre tú e Inés, pero hay que tomar una decisión.

Inés trabajó aquella semana serena y tranquila. Era la primera vez en meses que sentía que recuperaba las riendas de su vida. Saber que solo le quedaba una semana más en hemodinámica ayudaba. Hasta volvió a disfrutar de algún café o un almuerzo con Isaac. Él se mantenía amistoso y cordial en todo momento, lo que ayudaba mucho.

El sábado tuvo una guardia relajada, con el apoyo de varios residentes y pudo dedicarse a elaborar sus largas listas de regalos. Solo quedaba un mes para Navidad, una de sus épocas favoritas: se iniciaba el verano, tendría por fin unas vacaciones de verdad y la celebración en Rancho siempre era muy especial para su familia. Volvía a tener ocho años y creer en la magia.

Aprovecharía la libranza de guardia el lunes para comenzar a mirar. Enumeró en su agenda a todas aquellas personas que

significaban algo para ella. No dudó en incluir a Erik; aunque ya no estuviesen juntos, no dejaba de ser importante. Golpeó la punta del bolígrafo sobre la mesa, pensativa. Pensaría en algo especial. Un regalo a modo de despedida. Algo que lo hiciera recordarla con cariño cuando estuviese en Noruega. Un dolor agudo la golpeó en el pecho.

Tras el cambio de guardia del domingo se encontró con Isaac en la cafetería. No dudó en sentarse a su lado para desayunar.

—Te veo fresca cual lechuga, ¿buena guardia? —aventuró con una sonrisa.

—He dormido más que en casa. Se nota la llegada del buen tiempo, ¡hay un sol espectacular!

—Es cierto. Oye, Inés —dijo Isaac, como si se le acabase de ocurrir algo—, la próxima semana celebro en casa de mis padres la llegada de diciembre con un asadito. Habrá piscina, carne, cervezas, una pantalla enorme para ver el partido Colo-Colo contra la Católica. ¿Te gustaría venir?

—Claro, me apunto. ¿Con qué tengo que colaborar?

—Te aviso la próxima semana, aún tengo que repartir tareas.

—¡Perfecto! —dijo Inés. Se terminó el café y se despidió de él con un gesto de la mano—. Nos vemos el martes.

Fechas importantes

El lunes se levantó una mañana preciosa de sol. Se acercaba el verano y casi daba pena meterse en el centro comercial a hacer las compras, pero quería mirar los regalos con tiempo. Toda esa semana dedicó las tardes a añadir algún presente a la montaña que empezaba a crecer en su armario. El portadocumentos que descubrió para Erik le hacía especial ilusión.

Diciembre estaba a la vuelta de la esquina y pronto la ciudad estaría engalanada con las luces de Navidad. Todavía le resultaba extraño combinar al Viejito Pascuero vestido de rojo y blanco con el calor. Las ganas de fiesta flotaban en el ambiente; el buen tiempo traía la temporada de juntanzas al aire libre y barbacoas. Después de pasar sin planes durante meses, ahora tenía el asado en casa de Isaac, y a la semana siguiente, la clausura del grupo de auditoría y el cumpleaños de Hugo. Era bueno tener la agenda llena de citas en rojo.

El viernes se despidió por fin de Cardiología de adultos. Llevó a la hora del café una caja de *muffins* de doble chocolate con chips y un agradecimiento enlatado.

Cuando acabó la consulta de la mañana, se despidió de todos y llevó su evaluación a Guarida. Después, enfiló hacia Obstetricia. El lunes comenzaba la rotación más esperada de su formación en Cardiología Pediátrica: la de Ecocardiografía Fetal. Andrea Garay la esperaba para darle las directrices generales. Tenía muchas ganas de empezar.

Cuando salió de la reunión, estaba emocionada. Solo una cosa la preocupó un poco y Garay se mostró tajante: no podría librar las guardias. El compromiso con la rotación debía ser al cien por cien y no podría perder ni una sola mañana. Esperaba aguantar el ritmo.

Estar así de relajada con Isaac le recordaba a los inicios de su amistad con Dan, cuando disfrutaban de pasar tiempo juntos sin ningún tipo de presión. Simplemente, pasarlo bien. Había dejado las cosas claras, solo amigos, y se alegraba mucho de su decisión. Necesitaba una zona de seguridad, y él se la estaba dando.

Esa tarde de viernes tocaba supermercado. Al día siguiente tenían la barbacoa en su casa y se había comprometido a ayudarlo con la compra.

—Todavía no sé cómo has logrado enredarme en esto — gruñó, mientras empujaba el carrito detrás de él.

—Pues porque soy exquisito, y encantador, e irresistible — dijo en tono de broma—. ¿Asado de tira, o lomo?

Inés echó un vistazo al mostrador de la carnicería y señaló el lomo veteadado. Tenía muy buena pinta. Mientras él esperaba su turno ante el mostrador de las carnes, sorteó los pasillos llenando el carro con el resto de las cosas de la lista.

Se detuvo en seco, aferrando la barra del carro, al divisar a Erik eligiendo unas manzanas en la zona de frutería. No se veían desde hacía un par de semanas. Mierda. Ascendió la mirada desde sus pantorrillas musculosas, el trasero marcado en las bermudas que colgaban de su cintura, y la espalda recia bajo la camiseta sencilla de algodón. Estaba muy guapo. Se había cortado el pelo. Su nuca lucía despejada, rapada al uno, mientras que más arriba lo tenía un poco más largo.

Pese a que estaba más delgado, y sus sempiternas ojeras seguían ahí con aquel tono malsano, el dorado de su piel era irresistible. Seguro que pasaba largas horas en Farellones. Una nostalgia lejana, amortiguada por el tiempo separados, la sorprendió con un dolor latente, sordo. La última vez que se habían visto había sido tras la tensa reunión con los abogados. Sonrió al recordar cómo ambos se disculparon por su comportamiento infantil y estúpido tras la charla de hemodinámica. Un beso y una bofetada. Se había comportado como un patán y ella como una maldita loca. Pero tras ello, no volvieron a hablar. Sentía auténtica compulsión por escuchar su voz.

—¡Hola, Erik! —Le tembló la voz. Para encubrirlo, sonrió con seguridad. Él se volvió, sorprendido. Sus ojos suspicaces se velaron de una triste conformidad. Su sonrisa tenía un tinte resignado.

—Inés. Hola.

No podía dejar de mirarlo. Erik robó una manzana, la frotó contra la tela de la camiseta sobre su torso y le dio un mordisco. Quiso ser el jugo que escapó entre sus labios, que se perlaron con la humedad. La eternidad no sería suficiente para eliminarlo de su sistema. Ya no dolía tanto, pero verlo tras tantos días de ausencia fue un mazazo emocional.

—¿Tú de compras en un supermercado? —Consiguió imprimir a su tono de voz una alegría superficial. Bien. Ladeó la cabeza para mirar su rostro. Con aquellas zapatillas planas, Erik parecía aún más alto.

—Berta está de días libres y tengo que hacer la compra. ¿Tú?

Inés tardó unos segundos en responder. Con el movimiento, unas hebras de su melena cayeron sobre su rostro y él las apartó con un roce tenue de sus dedos en un gesto involuntario. Tan solo rozó su mejilla, pero dejó en su piel una marca de fuego que latía por la necesidad de que la tocaran.

—Estoy echándole una mano a un amigo con la compra.

—Hola, Erik. ¡Cuánto tiempo!

Inés se apartó, y los dos hombres se estrecharon la mano con cortesía. Nada más. Se generó un silencio incómodo, que, contra toda probabilidad, acabó rompiendo Isaac.

—Oye, Erik. Mañana hago un asadito en mi casa, ¿por qué no vienes? Tomamos unas cervezas y vemos el partido.

Erik se echó a reír, negando con la cabeza, pero Isaac insistió.

—¡Anímate! Vendrán algunos colegas, entre ellos, Inés.

Ella arqueó una ceja y reprimió una sonrisa. ¿Qué demonios quería demostrar Isaac? Su insistencia acabó por derribar las defensas de Erik, que pareció aceptar por puro compromiso.

—De acuerdo. ¿Llevo algo?

—No, no hace falta. Inés parece que ya compró medio supermercado —dijo riendo al ver el carro casi lleno—. Te mando la

dirección por WhatsApp, ven como a las siete. ¡Te esperamos!

—Ahí estaré.

Erik estrechó la mano de Isaac de nuevo y luego se volvió hacia ella. Se generó un momento extraño, porque ella alzó el rostro para darle un beso, pero él se envaró. Luego fue ella quien se apartó un poco, apocada, y Erik se inclinó para besarla. Finalmente, él extendió la mano e Inés la apretó entre sus dedos un par de segundos.

—Adiós, Inés.

Un par de segundos que fueron suficientes para percibir las asperezas de la palma y la suavidad del dorso, y que todo su cuerpo se pusiera a gritar.

Se despidió de Isaac con prisas y sin contemplaciones, casi rozando la mala educación, era consciente. Ignoró su expresión decepcionada; seguramente contaba con su ayuda para descargar la compra en su casa y comer algo juntos, pero Erik iba a estar allí al día siguiente. Y quería arreglarse. Quería... era absurdo. ¿Qué quería exactamente? Se sentó unos minutos en su cama para pensar.

—Inés, ¿qué estás haciendo? —dijo en voz alta.

Aquel beso y la bofetada, junto con las disculpas de después habían marcado un compás de espera, no la clausura que creía. No verlo durante aquellas dos semanas había enfriado el cabreo y la tristeza, pero también alimentado la añoranza. Escondió el rostro entre las manos. Lo cierto era que no tenía ni idea de qué quería en realidad. No era idiota, los problemas entre ellos no se habían volatilizado. No sabía qué hacer.

Pasó la tarde del viernes y la mañana del sábado entre reprimendas a sí misma para volver a un estado de cordura, y una esperanza alegre que no era capaz de sofocar. Estaba decidida a pasarlo bien sin demasiadas expectativas. Pero si podía estar cerca de Erik en algún momento y hablar con él, aunque fuese para saber qué tal estaba, no lo iba a evitar.

Llegó a casa de Isaac algo nerviosa, pero el buen ambiente terminó por contagiarla. Hacía mucho calor, y las parejas invitadas se repartían entre la piscina, las toallas extendidas en el jardín y la barbacoa. Sin prisas. Inés sonrió al ver cómo de manera inconsciente los hombres se agrupaban en torno a la pantalla encendida de una televisión que retransmitía un partido de fútbol, junto a la parrilla, mientras que las mujeres preferían las tumbonas junto a la piscina.

Cuando Erik llegó, Isaac servía las tiras de carne asada en platos de plástico y todos se repartían en las mesas o sillas desperdigadas por el jardín. Inés respiró hondo y se abrazó a sí misma. Ya no sentía dolor al verlo, pero ¿cuándo iba a desaparecer la ansiedad? Como siempre, guapísimo con sus bermudas verde oscuro y la camiseta blanca sin adornos o estampados. Lo vio reír y bromear con Isaac mientras cogía de sus manos un plato de carne y ensalada. Después se sentó en una tumbona, dejando el plato a su lado, un poco apartado del resto.

Inés cerró los ojos un segundo y se levantó. Cogió dos cervezas del barreño con hielos y se acercó a él.

—Hola, Erik.

—Hola, Inés.

Él alzó sus ojos azules y la ternura triste que leía en ellos últimamente traspasó su corazón. Parecía derrotado, pero sonrió al coger la cerveza, su favorita. Ambos comieron en silencio. No se decidía a abordarlo, no sabía qué decir, y sabía que si no era ella quien tomaba la iniciativa, la incompetencia emocional de Erik le impediría hablar primero. Aunque fuera para comentar sobre el tiempo. Solo que ellos jamás habían tenido una conversación insustancial. Cada palabra, cada frase, cada grito o jadeo había tenido su significado. Incluso los silencios habían dicho mucho. El que flotaba ahora entre ellos era extraño, denso y cubierto de una precaución expectante. Inés se preguntó si no sería mejor volver junto al grupo de la piscina, que charlaba y reía.

—Lo he hecho todo mal —murmuró Erik, de pronto.

—¿Cómo? —No estaba segura de haber oído bien, demasiado ensimismada en sus pensamientos.

—Todo mal. Desde el principio —insistió, obstinado.

—¿A qué te refieres? ¿Qué ocurre, Erik? —preguntó Inés volviéndose a mirarlo, pero él mantenía la cabeza gacha, fija en la cerveza que sostenía entre sus manos.

—Contigo. La he cagado tantas veces, de tantas maneras distintas, que no sé si algún día todo esto tendrá arreglo. —Inés notó cómo la esperanza la azotaba en el pecho y volvía a instalarse en él. Permaneció inmóvil y con los ojos clavados en los azules y fieros—. Pero no puedo dejar de pensar en ti. No puedo.

El tono era neutro, exponía los hechos con frialdad clínica, sin emoción ni dramatismo, y sin embargo Inés recibió cada una de sus palabras como un mazazo emocional.

—Erik —dijo con voz trémula. A la esperanza se añadió miedo. Miedo de pasarlo mal. De chocar de nuevo contra su muro. De volver a entregarse y caer en el vacío.

—¿Quieres tomar un café conmigo? —dijo tras un instante de silencio. Inés se mordió el labio inferior, indecisa—. Solo un café. Un café que no signifique más que eso.

Erik atrapó sus dedos en la mano fuerte y masculina. Inés quiso ser uno de esos dedos, enroscarse en la concavidad de su palma y refugiarse en ella para siempre.

—Claro.

—¿De verdad? —Ella rio ante el tono a la vez incrédulo y esperanzado.

—Claro que sí. Suena bien. Un café que no signifique más que eso.

Sonrieron y Erik apartó unos mechones de su cabello, sin tocarla. Entrelazaron sus manos, con precaución, tanteando el terreno. Solo disfrutar del calor de su piel.

—¡Eh, Isaac! El vikingo está robándote a la chica —bromeó alguien, y todas las miradas convergieron en ellos. Inés se soltó del agarre de Erik al ver la mirada entre acusadora y herida de Isaac.

Al parecer tendría que hablar con él de nuevo.

Esperó a que todos se marchasen, incluido Erik. Lo ayudó a recoger los platos esparcidos por el jardín, las botellas de cerveza vacías y los restos. No necesitó sacar la conversación. Él lo hizo en su lugar.

—Pensé que Erik y tú ya no estabais juntos.

Odió el tonito de reproche y su actitud infantil. Creía haber sido cristalina con el tema.

—Ya te he dicho que es complicado.

—No parece que esté tan terminado como me dijiste —dijo él con inquina. Inés suspiró.

—Las cosas no son siempre blancas o negras, Isaac.

—Ya. Y mientras te aclaras, te entretienes conmigo.

—¡Oye! Te dejé las cosas claras y quedamos en que solo seríamos amigos. ¡Fui sincera en todo momento! —Inés estaba enfadada y dolida. ¿Qué mierda les pasaba a los hombres?—. Siento mucho que hayas pensado que era otra cosa, Isaac, pero creo que no te he dado en ningún momento la impresión de estar buscando una relación. Tomar un café o almorzar lo hago con todos mis amigos. ¿Por qué pensaste que había algo más?

Él asintió sin decir nada, pero sin retirar las miradas acusadoras. Inés aguantó el silencio incómodo hasta que terminaron de recoger. Después se despidió con frialdad.

Una pena.

Pudieron tener una amistad bonita, pero no pensaba aguantar ni una sola incompetencia emocional más.

Sororidad

Por fin. Su rotación más esperada como cardióloga infantil en formación.

Estiró una arruga inexistente en el vestido y comprobó que sus medias no tuviesen carreras. Nada de vestiditos veraniegos y bailarinas, el ambiente que se respiraba en el equipo de Garay era de una femineidad agresiva, y quería encajar a toda costa. Menos mal que los tacones eran cómodos, porque sabía que iba a pasar muchas horas sobre ellos, trabajando. La bata estaba impecable, nada de pijamas de quirófano. Se armó de valor y entró en la zona de despachos para llamar a la puerta de la Dra. Andrea Garay.

—Buenos días, Inés. ¡Llegas temprano! Fenomenal. Vas a estar bajo mi tutela, pero eso significa que tendrás que compartirme —dijo riendo. Inés asintió—. Los lunes tenemos siempre un caso complicado. Una mamá que veréis en grupo. No voy a decir cuál es su diagnóstico, quiero que veáis conmigo la ecografía y que propongáis qué es lo que ocurre.

Cuando Inés vio la imagen del bebé en la ecografía, parpadeó, desconcertada. Miró con disimulo alrededor, y consiguió algo de alivio al ver que sus compañeras estaban tan perdidas como ella. ¿Qué era lo que iba mal? La madre y la Dra. Garay parecían compartir un secreto, porque se miraban, sonreían, y no decían ni una sola palabra. Después de cuarenta largos minutos en que supuestamente, todo iba bien, la mujer se marchó y tuvieron que seguir la consulta. Las otras tres residentes cuchicheaban entre ellas, pero no la incluían. Claro. Era «la nueva» y tendría que ganarse su sitio.

El tema de qué era lo que le ocurría a aquel bebé le daba vueltas y vueltas en segundo plano mientras atendía junto a su tutora al resto de embarazadas. Al acabar, poco antes de tener que marcharse al cambio de guardia, la doctora Garay la detuvo en el pasillo.

—¿Qué tal el primer día, Inés?

—Todo bien, tengo que acostumbrarme al ritmo de trabajo y a la manera de funcionar de la consulta, pero bien —respondió Inés, con seguridad.

—¿Tienes ya un diagnóstico para el bebé del caso de esta mañana?

Inés negó con la cabeza y su tutora hizo un gesto que mostraba a las claras su decepción.

—Tú, más que nadie, deberías saber qué le pasa. ¡Hasta mañana! —dijo, y guiñó un ojo antes de coger su bolso y marcharse.

Inés frunció el ceño, y se dirigió a la UCI pediátrica para comenzar la guardia dándole vueltas al caso. Quizá no lo estaba enfocando bien. En un receso entre las mil cosas que tuvo que hacer, cogió un peluche que decoraba la salita de enfermeras e intentó visualizar lo que había visto en la pantalla, modificando la posición del muñeco sobre su propio vientre. Lo que habían visto no tenía ningún sentido. Por la posición del bebé, el corazón tenía que estar a la izquierda, y estaba a la derecha. Y el hígado, ¡al revés! Debía estar a la derecha, y en la ecografía se veía claramente a la izquierda. ¿Estaría mal configurado el ecógrafo? Dudaba mucho que fuese eso... Era el bebé el que estaba al revés.

Un momento.

Inés inspiró y apretujó el peluche entre las manos, sintiendo que había tenido una epifanía. Eso era. ¡Qué obvio! El paciente tenía un *Situs inversus totalis*. Era muy, muy poco frecuente, jamás había visto ninguno, pero era la única explicación posible.

La noche de guardia no fue demasiado mala, solo atender algunas dudas de la enfermería y modificar algunos tratamientos. Agradeció dormir un número de horas aceptable antes de volver a la consulta de Obstetricia. No librar las guardias iba a pasarle mucha factura en invierno. Esperaba aguantar el ritmo.

Bajó a devolver el busca en el pase de visita, ya vestida y ataviada con la bata. En vez de un vestido, llevaba una falda negra de tubo y una camisa de seda de color verde agua. Cuando Erik entró acompañado del resto de cirujanos, la mirada que le dedicó la hizo morderse los labios con ansiedad. Sentía sus ojos acariciándole la piel en todo momento, y tuvo que obligarse a prestar atención a lo que los residentes decían. Cuando Erik se

acercó a ella al acabar, estaba más que dispuesta a escucharlo. Como siempre, estaba guapísimo.

—Hola, Inés. —Se le hacía difícil entablar conversación. Su rostro lucía una sonrisa precavida, y guardaba las distancias. Inés notó que todas las células de su cuerpo gritaban por su ausencia.

—Hola, Erik.

—Quieres... ¿Te apetece tomar ese café conmigo ahora? —preguntó, casi con temor. Inés maldijo a su nueva tutora por ser tan intransigente. Era el momento perfecto, habrían tenido todo el día para hablar. Compuso una expresión contrita y volcó en su tono de voz todo lo que lamentaba decirle que no.

—No puedo, Erik. Garay no me permite librar las guardias. —Echó un vistazo rápido al reloj—. De hecho, debo irme. Llego tarde a la consulta.

—Vaya.

—Lo siento. De verdad. —De acuerdo. Eso había sonado bastante desesperado, pero él no pareció darse cuenta.

—En otra ocasión. Nos vemos esta tarde en el despacho de abogados.

Se alejó con prisas, sin permitir que ella se despidiera. Como siempre. Pero no tenía tiempo para reclamarle nada. Ahora tenía que correr.

Llegó a Obstetricia la última, pero su tutora aún no estaba allí. Las otras tres residentes comentaban el caso con una de las adjuntas, que las miraba sin decir nada con condescendencia. Muy bien. Hora de lucirse. Saludó a todas, que le devolvieron un «buenos días» más bien frío.

—Creo que lo tengo. El bebé tiene un *situs inversus totalis*. Por eso la ecografía no tenía ningún sentido. ¡Todos los órganos están al revés!

La doctora Encalada se echó a reír, y aunque no dijo nada, Inés supo que había dado en el clavo. Lo que no se esperaba fue lo que ocurrió después.

Tras la consulta de la tarde, cuando ya comenzaba a acusar la falta de descanso y llevar todo el día elevada sobre los malditos tacones, su tutora las reunió en el *hall* de las consultas. Todas estaban listas ya para marcharse. Ella miró la puerta de salida con nostalgia. Necesitaba marcharse a casa, y todavía le quedaba la maldita reunión con los abogados.

—Y bien. ¿Qué tiene?

¿A qué se refería? Fue demasiado lenta de reflejos. Sonia, la residente mayor de obstetricia se le adelantó e Inés desencajó la mandíbula al escuchar su respuesta.

—El paciente tiene un Situs Inversus Totalis.

—¡Muy bien, Sonia! Excelente. ¿Cuáles son las complicaciones?

Ante el silencio de las ginecólogas, Inés relató como un autómatas la lista de dificultades que podían asociarse al síndrome, pero no daba crédito. Sonia acababa de robarle el diagnóstico. Y ni la adjunta ni las otras dos residentes habían dicho absolutamente nada. Ni ella tampoco. Esbozó una sonrisa tensa ante el «Muy bien, Inés», entusiasta de su tutora.

Antes de poder decir ni una palabra en su defensa, estaba sola en la salida del hospital. Se quedó pasmada durante algunos segundos ante la puerta.

¿Ambiente de compañerismo y apoyo entre mujeres? ¡Y una mierda!

Daríá oro por marcharse a casa, darse una ducha y tirarse a vegetar. Pero no. Tenía la reunión con los abogados. Después de dos semanas de mutismo, otra vez la convocaban con suma urgencia. Solo que, esta vez, sí le interesaba lo que tenían que decir. ¿Qué le ocurriría a Erik?

Inés entró en el bufete y dedicó cinco minutos para tomar un café de la máquina de la entrada que casi perforó su estómago. Al menos tenía azúcar y atenuó un poco la sensación de hambre.

Era la sala de siempre, pero no reinaba el invierno nuclear de las otras veces. Se echó a reír al ver que Loreto había abierto las

ventanas de par en par para que entrase el calor de la tarde. Nadia y Erik estaban allí, pero ni se miraban. Eso sí, ninguno de los tres estaba sentado. Una sublevación en toda regla.

—Hola a todos —saludó, pero besó solo a su hermana—. ¿Alguna novedad?

Loreto negó con la cabeza, y en ese momento Portales y Adams entraron. Una sonrisa mordaz adornó el rostro del abogado al verlos repartidos de pie por la sala.

—Buenas tardes, querida Loreto. Nadia, Dr. Thoresen, Dra. Morán. —Se sentó y esperó a que Portales se sentara también. Llevaba por primera vez la mano descubierta. Inés buscó con disimulo rastros de la lesión, pero no advirtió nada especial salvo un tenue enrojecimiento en los nudillos. Se dio cuenta, sorprendida, de que habían pasado casi dos meses desde la noche de la pelea.

—Sí, sí. Buenas tardes. Evítanos prolegómenos, Álvaro, y ve al grano.

La expresión de su rostro cambió. Ahora no era una hiena, era un buitres. Mostró los dientes amarillentos en una sonrisa malévolas e hizo un gesto rebuscado para señalar las sillas.

—Será mejor que todos se sienten.

Nadie movió un músculo. Estaba claro que Loreto los había aleccionado antes de que ella llegara, y les siguió el juego también.

—Como quieran. Como ya se advirtió la vez anterior, el Dr. Thoresen cuenta con gravísimos antecedentes en Noruega. —No paraba de mover entre sus dedos nerviosos un sobre abultado con algún documento—. Como se ha puesto en duda su validez en nuestra reunión anterior...

Inés se desconectó por un segundo de la perorata. ¿Qué reunión? Una a la que ella no había asistido. Volvió a escuchar con atención.

—...la evidencia de un escrito realizado por una enfermera con una acusación de acoso laboral a la Dra. Morán, aquí presente, y otro escrito en el que se relata una execrable humillación a una enfermera en su puesto de trabajo.

Inés palideció y abrió la boca para hablar, pero Loreto la sujetó del antebrazo justo a tiempo.

—No tengo nada que esconder —dijo Erik, que se encogió de hombros, impasible—. Yo mismo hablé con mi jefe para que se os facilitasen ambos documentos.

—Así es, así es —lo aplacó Adams—. Pero eso no quita que el panorama para usted sea bastante... aciago. Lo menos grave sería que estuviese apartado durante un tiempo de su ejercicio profesional. Pero por supuesto, nosotros presionaremos para una pena de cárcel.

Inés miró a su hermana con aprensión. ¿Cárcel? Pero Loreto no se dejó intimidar y puso los ojos en blanco,

—Al grano, Álvaro. No tenemos todo el día.

—Bien. Sí. Dicho esto... —Se levantó y caminó hasta Inés para entregarle el sobre. Lo cogió, sorprendida—. Esto la atañe sobre todo a usted, Dra. Morán. Quiero que estudie las condiciones detenidamente.

—Álvaro. Te lo advierto por última vez. —Esta vez, la voz de su hermana era amenazadora.

—¿Qué tiene que ver esto con Erik? —preguntó Nadia.

—Muy sencillo. En ese sobre están las condiciones por las cuales la Dra. Morán retirará la denuncia de agresión que pesa sobre mi cliente, para que, a su vez, mi cliente retire la denuncia sobre el Dr. Thoresen. Ambos historiales quedan limpios, nos evitamos dos juicios, y nuestros clientes siguen con sus vidas. Como ven *is a win-win situation* —dijo para terminar la frase.

—No. Por encima de mi cadáver —rugió Erik, poniéndose de pie.

—¡Cálmate, Erik! —dijo Nadia, sosteniéndolo del brazo. Él se zafó con irritación, y miró a Inés, suplicante.

—No. Inés, no lo hagas.

Ella se volvió hacia Loreto, interrogante. No estaba segura de haber entendido bien.

—Si retiras la denuncia contra Portales, ellos anularán la demanda contra Erik —respondió su hermana, desabrida.

—Las condiciones están estipuladas en el documento que he entregado a la Dra. Morán —añadió Álvaro, apoyándose en la mesa con gesto casual, y metiéndose una mano en el bolsillo, despreocupado. La mirada de odio de Loreto hizo estremecer a Inés

—. La fecha de la citación de la Dra. Morán en el juzgado de violencia de género se acerca —añadió, clavando los ojos en su hermana—. Necesitamos una respuesta sin tardanza.

—Sabes perfectamente que, si vamos a juicio, tu cliente va a salir mal parado —murmuró Loreto entre dientes—. Si hay algo que funciona medianamente bien en este país es el Servicio Nacional de la Mujer. Y lo sabes.

—Esa no es la cuestión, abogada —rebatió Álvaro. Su voz era esta vez afilada y cruel—. El asunto es que el Dr. Thoresen, como todos sabemos, tiene antecedentes en su país de origen. Tengo varios testigos sobre sus pérdidas de control en quirófano y dos escritos, firmados con el puño y letra por las víctimas directas. —Tiró sobre la mesa copias de todos los documentos con gesto displicente—. Si vamos por lo penal, puede costarle muy caro: su licencia de médico, para empezar. Por no hablar del tiempo que pasaría en prisión.

—Eres una maldita serpiente —siseó Nadia. Loreto apretaba los dientes sin dejar traslucir ninguna otra emoción. El abogado, lejos de ofenderse, parecía encantado con el adjetivo.

—Es muy sencillo: si la doctora Morán no retira la denuncia por agresión sexual, iniciaremos un proceso por lo penal contra el Dr. Thoresen. Mi cliente todavía está en rehabilitación por sus lesiones en la mano derecha. —Inés volcó toda la aversión que sentía en la mirada que dedicó a Portales, que la evitó para concentrarse en flexionar y estirar sus dedos con un gesto falso de dolor.

—No lo hagas, Inés —repitió Erik. Portales permanecía en silencio, con esa sonrisa sardónica, ladeada, y un rictus desagradable en su cara.

—¿Es todo? Estudiaremos las condiciones —cortó Loreto. Pese a su pose fría, su voz tembló por primera vez.

—No tardes en darme una respuesta, o caeremos sobre ti con todo.

Loreto se levantó e Inés, Erik y Nadia la siguieron. Nadie se despidió. Los reptiles quedaron en el interior de la oficina, y ellos salieron al amplio *hall* del edificio. Inés miró la calle como si fuera un

oasis. Necesitaba salir de aquel ambiente opresivo, pero Erik la retuvo, antes de que pudiera alcanzar la puerta de entrada.

Loreto arrastró a su colega hacia la calle.

—Te veo fuera, Inés. Vamos, Nadia.

Erik esperó a que salieran y la aferró con suavidad de los brazos. Todo su cuerpo gritó por la nostalgia de su contacto.

—No lo hagas, Inés. No.

—Pero irás a la cárcel —respondió ella, preocupada—. Y puedes perder tu licencia de médico—. El dolor en los ojos de Erik le decía que era eso lo que lo preocupaba. Le daba igual pasar un tiempo entre rejas, pero no podía enfrentar la idea de dejar de ejercer.

—Da igual, Inés. No dejes que ese cabrón quede impune por lo que te hizo.

—No podrás trabajar en Chile, Erik —insistió. ¿Qué le ocurría? ¿Es que no se daba cuenta de la gravedad de la situación? Él bajó la mirada y negó con la cabeza, abatido.

—Tal y como están las cosas, no sé si seguiré trabajando aquí. —Inés encajó el golpe sin dejar traslucir el dolor que sus palabras generaban en ella—. He perdido todas las opciones que tenía para acceder a la jefatura, Guarida me ha suspendido del quirófano, y... —Se detuvo y clavó la mirada en ella. Las lágrimas se agolparon en la garganta de Inés al leer la derrota en sus ojos—. En realidad, ya no hay nada que me retenga aquí. Lo mejor es que regrese a Noruega.

Sus palabras la golpearon con tal fuerza que se quedó sin respiración. Intentó ocultar su desesperación de algún modo, y se despidió de él de manera apresurada. Musitó un «adiós» al pasar junto a su hermana y la abogada, y se metió en la boca del metro con una sensación de ahogo. Le faltaba el aire.

Erik iba a marcharse.

Erik iba a marcharse a Noruega.

El metro llegó a la estación, y la gente pasó a su lado, chocando contra sus brazos, pero ella no se subió al vagón.

Iba a perderlo.

Casi no pudo dormir pensando en Erik. Pero hizo un esfuerzo y rodeó el tema de una cápsula mental para enfrentar el problema que tenía ella entre manos en el hospital. Parte del entusiasmo por su rotación había desaparecido con el golpe bajo que recibió de su corresidente. Pero cuando llegó al día siguiente a la consulta, saludó con la misma amabilidad de siempre. ¿Qué más iba a hacer? ¿Montar una pelea de gatas? Por muchas ganas que tuviera de poner en su sitio a Sonia, intuía que si montaba una escenita de celos profesionales la única perjudicada iba a ser ella.

Se comportó como si nada hubiera pasado, y se dedicó a hacer lo que mejor sabía: trabajar duro e ignorar a las demás. Ya llegaría su momento.

Y su sistema pareció dar frutos, porque su tutora se acercó a ella tras acabar con la lista de pacientes de la tarde, cuando ya todas se habían ido, y la abordó con una propuesta.

—Inés, ¿quieres venir a mi consulta privada? Es un trabajo duro, se extiende hasta las nueve de la noche, pero solo son dos días a la semana. ¿Qué te parece?

Inés tuvo que hacer un esfuerzo y reprimir el gesto infantil de triunfo que iba a hacer con el puño, pero también pensó en el *poledance*, ¡ahora que había avanzado tanto!

—Por supuesto. ¿Qué días son?

—Los lunes y los miércoles. Sé que algunos lunes tienes guardia, pero si vienes, me ayudarás y, además, tu curva de aprendizaje será más rápida.

—Perfecto —respondió Inés. Ya que no podía ir al Sótero, a menos tendría ese campo clínico extra. Respecto a la FUNCORP... bueno. Erik no terminaba de tomar una decisión y ella no podía esperarlo eternamente. Reprimió la punzada de tristeza al darse cuenta de que cada vez compartían menos espacios—. Empiezo el próximo lunes, que no tengo guardia.

—¡Muy bien! Cuento contigo para el próximo lunes, entonces.

Pese al entusiasmo por la invitación de Garay a pasar con ella su consulta privada, y a que sabía que debía hacer méritos para ganarse su posición entre las arpías de Obstetricia, Inés pasó la consulta del viernes más dispersa de lo habitual.

No pudo evitarlo, en lo único que podía pensar era en la reunión en casa de Erik. Se acababa por fin la auditoría después de un año de mucho trabajo y quería ofrecerles una cena en compensación. Inés se moría de ganas por verlo de nuevo. Cada vez que compartían aunque fuese unos minutos, se lo bebía como si no fuese a verlo nunca más. Y bien podía ser así. ¿Iba a marcharse a Noruega de verdad? Tendría que sondear a Dan, quizá él supiese algo al respecto.

—Buenas tardes, ¿la piscina de los apartamentos? —preguntó en recepción. A veces se le olvidaba que la residencia de Erik estaba incluida en un hotel. La mujer detrás del mostrador sonrió y asintió.

—La fiesta del Dr. Thoresen, ¿verdad? —Inés asintió. No. Se negaba a sentir celos de la maldita recepcionista—. En la azotea. Último piso.

Inés se armó de valor y le echó un vistazo a la caja con *muffins* y rollos de canela que llevaba entre las manos. Erik había dicho que no era necesario llevar nada, pero Inés no podía llegar de vacío. No llegaba ni muy temprano ni muy tarde. Había estudiado todo lo relacionado con aquella comida al mínimo detalle.

Cuando llegó allí, una punzada de nostalgia mezclada con deseo atenazó su pecho. Qué guapo. Ya no exhibía esa palidez enfermiza, le había dado un poco el sol y lucía aquel dorado que adoraba. El pelo, aunque corto, comenzaba a crecer un poco y a ella le gustaba aún más. Llevaba unas bermudas cargo y se fijó en sus pantorrillas. Una camiseta azul cielo manga corta y unas zapatillas blancas de cuero. Nada más, salvo el reloj de su muñeca. Su sonrisa traviesa de colmillos torcidos, mientras charlaba con Dan con un botellín de cerveza en la mano, le atravesó el alma. Podría echarse allí mismo a llorar.

—¡Inés! ¡Has llegado! —Se alegraba de verla. Mierda—. Deja eso aquí. No debiste traer nada.

—No pude resistirme. Nunca pierdo la posibilidad de lucirme con mis *muffins*. —Prefirió no decir nada sobre los rollos de canela. Era demasiado patético saber que los había hecho con especial dedicación para él.

—Las bebidas están allí y hay algo para picar mientras se hace la carne —dijo Erik mientras se afanaba con la parrilla. Aun así, Inés dejó la caja y se acercó para darle un beso en la mejilla. Mierda. No debió hacerlo. El aroma de la carne no disimulaba el perfume masculino de Erik.

Se alejó de él para saludar a Dan, que observaba con intriga su tregua aparente. Después de aquel ofrecimiento a tomar café, Inés no podía pensar en otra cosa. «Un café que no signifique nada más que eso». Esas habían sido sus palabras. Y, sin embargo, podían significarlo todo.

—Acompáñame a por una cerveza, Dan.

Su amigo no se hizo esperar, y lo cogió del brazo para ir hasta el cubo lleno de hielo donde se enfriaban las bebidas. Aprovechó para saludar a Gustavo y a Jenny, que conversaban sentados frente a la preciosa vista de Santiago mientras caía la noche. Pero ella no podía detenerse en ello.

—Dan, tú sabes si Erik...—Le costaba expresar el pensamiento en voz alta—. ¿Sabes si Erik va a marcharse de vuelta a Noruega?

—No tengo ni idea. Pensé que tú sabrías algo —respondió su amigo, lanzando una mirada furtiva a su antiguo tutor—. Hace tiempo que no hablamos con calma, él está separado del quirófano desde hace un par de semanas y, bueno, yo he estado ocupado en otras cosas. —La sonrisa de Dan la hizo sonreír también, intrigada.

—¿Qué ocurre?

—Alma y yo hemos vuelto, Inés. Lo vamos a intentar.

—¿En serio? ¡Cuánto me alegro, Daniel!

Se fundieron en un abrazo espontáneo e Inés supo que lo decía de corazón. No era una frase hecha.

—Ha sido esta semana, llevábamos ya más de un mes separados. Ha sido muy duro, Inés —confesó, bajando el tono de voz—. Y ahora no puedo creer en mi buena suerte.

—Ya te digo, si tienes buena suerte —dijo ella con cierto tono acusador—. Espero que la trates como se merece y estés a la altura de su generosidad.

—Lo estaré. Lo haré. Joder, Inés... pensé que toda mi vida se desmoronaba cuando me dijo que lo sabía todo. Vamos a cerrar el apartamento de Alma en Viña, pasaremos el Año Nuevo con sus padres, y comenzaremos una nueva vida en Santiago. Juntos.

Inés volvió a abrazarlo con fuerza.

—No sabes lo que me alegro, Dan. Tú, y sobre todo Alma, merecéis ser felices.

—Aún me queda el escollo de pasar el Año Nuevo en su casa. Sus padres no saben nada, pero lo intuyen. —Pareció pensar unos minutos y sonrió de nuevo—. Me vendrá bien tener una aliada en la fiesta, ¿por qué no vienes a pasar el Año Nuevo en Viña con nosotros? ¿Tienes algún plan?

No era una mala idea, Loreto aún no tenía claro cómo acordaría los festivos con Julio, y Miguel vendría de China solo en Navidad. Podría estar bien compartir el Fin de Año con sus amigos.

—No tengo nada. Voy a pasar la Navidad con mis padres y después vuelvo a Santiago el 29. Esperaba pasarlo con Loreto, pero no me ha dicho nada todavía.

—Entonces, ¡hecho! —dijo su amigo con entusiasmo—. Te vienes a Viña, nos ayudas con la mudanza del apartamento de Alma y celebras el Año Nuevo con nosotros.

Se abrazaron con cariño, e Inés sentía que por fin enterraban el hacha de guerra.

El ambiente era agradable, distendido. Inés se sorprendió mirando a Erik en varias ocasiones mientras atendía al pequeño grupo ofreciendo bebidas o más carne, se movía con pericia frente a la parrilla o simplemente conversaba con Dan. Cuando terminaron y ofreció café, ella repartió los *muffins* y después se alejó un poco del grupo para admirar la larga piscina. Tenía una vista magnífica del Sanhattan y la cordillera. No había traído bañador, pero la noche era cálida y se quitó las sandalias. Se sentó en el borde de la piscina y metió los pies en ella. Los movió perezosamente, ensimismada con el movimiento del agua, y no se dio cuenta de que Erik se había sentado junto a ella hasta que comenzó a hablar.

—Escucha, Inés... —Se detuvo en mitad de la frase y miró hacia las montañas. Inés aprovechó la ocasión. Era ahora o nunca. Se armó de valor, e intentó que no le temblase la voz.

—¿Te vas a volver a Noruega? —Fracasó. Su voz transmitía una desesperación absurda, pero él no pareció darse cuenta.

—Sí. Me voy. Cojo algo más de un mes de vacaciones —explicó, con los ojos fijos en la cordillera. Inés tomó aire lentamente para controlar la sensación de que se precipitaba al vacío—. Pasaré las Navidades con mi familia y aprovecharé para ver cómo están las cosas en el hospital de Tromsø. Si no hay nada allí para mí, en Oslo seguro que encontraré algo. Mi contrato en el San Lucas termina en junio, pero volveré solo hasta que Guarida encuentre un reemplazo o se formalice el contrato de Dan.

—¿Qué va a pasar con la FUNCORP? —preguntó ella, intentando un tono clínico y profesional, mientras que sentía que una fuerza invisible le arrancaba las entrañas.

Él la miró fijamente y asintió.

—Voy a traspasar los fondos al SALVECOR. No tiene sentido que haya dos fundaciones para lo mismo, y yo no tengo la capacidad de sostener económicamente algo tan grande. —Ya estaba. Lo único que los mantenía ligados de algún modo desaparecería con un par de firmas y una transferencia bancaria—. Quiero agradecerte todo lo que has hecho por esos niños, Inés. Me aseguraré de que Calvo los incluya con máxima prioridad en la lista, es la única condición que he puesto. Nuestros niños pendientes serán intervenidos en el Calvo Mackenna. Es lo mejor.

—Es lo mejor —repitió Inés, e intentó un amago de sonrisa. Cuando pensaba que las cosas podían arreglarse entre ellos, Erik se marchaba.

—Todavía tenemos pendiente ese café —añadió él, devolviéndole la sonrisa y añadiendo un grado más en la cota de dolor. Ella no correspondió. ¿Estaba jugando con ella? ¿Por qué quería acercarse, si se iba a marchar? ¿No se daba cuenta del dolor que le generaba? Se incorporó, sacudió sus pies para retirar un poco del agua y se calzó las sandalias ante la mirada extrañada de Erik.

—Me marchó, Erik. Ya quedaremos otro día —respondió ella, sin acercarse a él y sin comprometerse en absoluto.

La moto nueva era una puta maravilla. Erik aceleró por Apoquindo hacia la casa de su amigo para probar cómo se defendían los más de cuatrocientos kilos de máquina con los ciento sesenta caballos de potencia. No quería arriesgarse demasiado, pero sentir la fuerza del viento contra su cuerpo era liberador. Después de las últimas decisiones tomadas, se había quitado un peso de encima. Ya nada lo retenía en Chile. Solo quedaba una cosa pendiente: la sensación de ahogo que llevaba atosigándolo desde hacía un par de meses volvió a apoderarse de él al pensar en Inés.

Estaría allí, en el cumpleaños. Hugo se lo había advertido cuando lo invitó. Mejor. Cada oportunidad de verla era a la vez una tortura y un bálsamo que calmaba su ansiedad. Asumía que la había perdido, pero al menos quería marcharse dejando las cosas algo mejor entre ellos. Quizá un atisbo de amistad. Una sonrisa torcida asomó a sus labios. No, eso no. Pero al menos algo parecido a la cordialidad.

Llamó al timbre, sorprendido de la actividad inusitada en el jardín, lleno de niños. Dentro, alguien cantaba en un karaoke. Sonrió. La música y el canto, siempre presentes en la vida de su amigo.

Greta abrió la puerta y lo abrazó.

—Bienvenido, ¡qué bien que hayas venido! Hugo está dentro.

—Toma. No sabía muy bien qué traer —dijo, tendiéndole las dos botellas de vino que había comprado en el hotel—. Me dijeron que eran muy buenas.

—No hacía falta, pero haremos buen uso de ellas —respondió la mujer, riendo—. Hugo está en el karaoke, pasa dentro. Hay algo para picar y ahora te llevo una cerveza fría.

Hubiese preferido quedarse en el jardín, pero, pensándolo mejor, los críos corrían de un lado a otro entre gritos, de manera que aceptó la invitación de su anfitriona. Mierda. Inés estaba de espaldas a él, con el micrófono en la mano junto a Hugo.

La música inconfundible de *Don't go breaking my heart*, de Elton John y Kiki Dee comenzó, y Hugo, con su preciosa voz de tenor, inició la canción. Inés lo siguió con entusiasmo. La ansiedad se transformó en angustia y, por un momento, solo veía el cuerpo de Inés moverse al compás de la música en un baile inocente. Llevaba una camiseta amplia de color crema que dejaba descubierto uno de sus hombros, unos vaqueros ceñidos y unas bailarinas planas. Su melena, recogida en un moño que dejaba al aire su nuca. Esa nuca que él había mordido al poseerla en el sexo. Ese cuello que él había estrechado. Una mano se posó en su hombro y dio un respingo, presa del sobresalto.

Greta lo miraba con preocupación.

—Aquí tienes tu cerveza, Erik. —Se arrancó de la contemplación de Inés y cogió la cerveza como un autómatas. Ella lo miró con ¿tristeza?, y lo tomó de la mano—. Ven, vamos a sentarnos a charlar un rato.

Hablar con Greta era agradable y su malestar se diluyó poco a poco con la conversación sobre el hospital, la familia, los niños. No le preguntó sobre Inés ni sobre cómo iban las cosas con la denuncia, cosa que agradeció. Cuando Hugo e Inés llegaron, estaba con la guardia baja y volvió a sentir un puñetazo en el estómago al ver la sonrisa radiante y recibir el beso en la mejilla de saludo de Inés.

Abrazó a su amigo con fuerza para felicitarle el cumpleaños y volvió a sentarse en su sitio. Mierda. A su lado, se acomodó Inés.

—Tienes cara de cansada —dijo Greta al verla reprimir un bostezo.

—Sí, anoche me acosté tarde y esta mañana tuve que pasar visita en el hospital —respondió Inés—. La verdad es que tengo sueño.

—¿Qué tal el niño politraumatizado? —preguntó Hugo. Erik se volvió, interesado. Hacía un par de días que tuvieron que meterse a quirófano juntos a operar a un chaval de un accidente de tráfico. Él a reparar una laceración cardíaca y Hugo a realizar una esplenectomía.

—Bien, bien —respondió Inés—. Fuera de peligro.

—La laceración cardíaca era compleja —comentó Erik, sin poder evitarlo. Captó la atención de Hugo al comenzar a explicarle las condiciones del corazón tras el impacto, pero perdió por completo la de Inés, que pareció hundirse en el sillón.

Continuaba hablando con su amigo cuando notó el cuerpo de Inés acurrucarse contra él, y detuvo su charla, sorprendido. Estaba completamente dormida. Buscaba su calor de manera inconsciente. Sin poder evitarlo, pasó con cuidado un brazo sobre sus hombros y ella se acomodó sobre su pecho. Había dejado a Hugo con la palabra en la boca, era consciente, pero no quería emitir ni un solo sonido, ni hacer el más mínimo movimiento. Inés dormía contra su cuerpo con un abandono total. Al final, Hugo se levantó con una sonrisa y los dejó solos en el sofá.

No supo cuánto tiempo permaneció así, inmóvil. Notaba el brazo acalambrado y le hubiera venido bien ir al cuarto de baño, pero Inés seguía dormida. Se atrevió a girar la cabeza hacia su rostro. Lo tenía muy, muy cerca. Estudió para grabar en sus retinas la línea fina de su nariz, sus labios llenos y rosados y las largas pestañas reposando sobre las mejillas. Sus pechos se aplastaban contra su torso y al ser consciente de ello, comenzó a reaccionar en un plano más profundo. Su aroma lo tenía por completo intoxicado. No. No podía perderla. No podía marcharse a Noruega. Al menos, no sin ella. No sin saber que había hecho todo lo posible por arreglar las cosas entre los dos. La frágil tregua instalada entre ellos hacía ya una semana podría significar algo, pero debía avanzar con pies de plomo. Sin cometer errores, dándole la oportunidad de conocerlo como algo más que una máquina de sexo.

En ese momento, Inés abrió los ojos y parpadeó, presa del sueño. Seguía medio dormida, si no, no se habría estrechado así contra él, rodeando su cintura con el brazo. Sin poder evitarlo, movió con torpeza la mano sobre la que descansaba su cabeza, y con el pulgar, dibujó lentamente la línea de un pómulo marcado.

—¿Cuándo vamos a tomar ese café, *liten jente*? —Y, como si una fuerza inexorable lo arrastrase, borró los escasos centímetros que separaban sus bocas con un beso que fue tan solo un roce de labios. Inés temblaba, pero no se apartó. Él no se atrevió a ir más allá, tan solo disfrutó de la suavidad del contacto y de respirar del

aliento cálido de Inés. No solo porque estaban frente a un montón de gente, sino porque, por una vez en su vida, quería tomarse las cosas con calma. Y, esta vez, lo haría bien.

Se alejó de ella con una sonrisa y repitió la pregunta. Inés murmuró algo ininteligible sobre la semana siguiente, y se apartó. Parecía desconcertada. Rehízo su moño y se levantó del sofá a cámara lenta. Él se levantó también.

—Me marcho. Nos vemos el lunes en el hospital —dijo en voz baja.

—¿Ya te vas? —Erik asintió. Inés estaba afectada por aquel beso. Igual que él. ¿Cuánto tiempo hacía que no se tocaban? Una eternidad. Sonrió al verla retorcer el borde de su camiseta, nerviosa. Lo haría bien. Sin precipitarse. Reconquistándola paso a paso, y sacando el sexo de la ecuación para mantener la cabeza fría.

Le dio un beso en la mejilla, deteniéndose un par de segundos para volver a disfrutar de su olor, y se alejó hacia Greta y Hugo para darles las gracias antes de coger la moto y marcharse a casa.

Una sensación de euforia que nada tenía que ver con los ciento sesenta kilómetros por hora que alcanzó con la moto lo embargó mientras se dirigía a su casa.

—Nos besamos, Nacha. Un roce de los labios, y todo mi mundo se ha venido abajo. —Inés concluyó el relato de lo que había pasado el día anterior en casa de su amigo—. No entiendo nada. ¿El viernes me dice que se marcha a Noruega, y el sábado me besa?

—Bueno, no es que tú se lo hayas puesto fácil —dijo su amiga, riendo, al otro lado del teléfono—. Si te estabas restregando contra él, no parece que haya tenido mucha opción.

—¡Estaba dormida! —se excusó ella, indignada—. No lo hice a propósito. Estaba soñando, ¿sabes? Soñaba que estábamos juntos, abrazados. No hacíamos nada más, solo sostenernos el uno al otro. Supongo que tenerlo tan cerca me indujo a ello.

—Ya, ya —se burló Nacha—. Y porque no haces otra cosa que pensar en él, pese a todo lo que digas. Te conozco, Inés. Sigues colgada por él y lo que tienes que...

—Voy a reconquistarlo, Nacha —interrumpió con determinación. Su amiga exhaló un gemido de desesperación.

—¡No, Inés! Lo que tienes que hacer es sacarlo de tu sistema. ¡Se va a marchar!

—No. No si yo puedo evitarlo. Utilizaré el sexo. Y... —Se detuvo unos segundos antes de decírselo a Nacha—. Ya he decidido lo que voy a hacer con la denuncia. Voy a retirar todos los cargos contra Portales. El de agresión, el de insultos. Todo.

—Inés, ¿de verdad piensas que es un buen motivo para retener a Erik junto a ti? ¿Que te deba algo así?

Negó con la cabeza mientras paseaba de un extremo a otro en su salón.

—No. No lo hago por eso. Lo había decidido antes de este beso. Lo tenía decidido desde que salí del despacho de abogados en la última reunión. —Era cierto. Sabía que estaba en su mano limpiar el nombre de Erik. Aunque hubiese sido él quien se metiera en el lío en primer lugar—. Si eso facilita que él se quede, bueno, no me voy a quejar.

—¿Estás segura, Inés?

—Lo estoy.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—Ya sabes. Atacar con toda la artillería pesada.

Los salientes de guardia los carga el diablo

Esta vez, Inés supo el diagnóstico del caso de la semana en cuanto su tutora acabó la ecografía. Le hubiera gustado preguntarle un par de datos para estar más segura, pero habría levantado la liebre al resto de residentes, así que mantuvo la boca cerrada.

Cuando acabaron la consulta por la tarde, y se reunieron en un pequeño conciliábulo antes de que la Dra. Garay las interrogara, se mordió la lengua para no reírse. No tenían ni idea de qué se trataba.

—Muy bien, chicas. ¿Cuál es el diagnóstico?

Inés esperó un instante para darle la oportunidad a alguna otra a que contestara, y después aventuró su hipótesis.

—Creo que es una hernia diafragmática —dijo, con cierta inseguridad. Su tutora la miró fijamente.

—¿Crees o lo es?

—Lo es. Una hernia diafragmática bilateral. El bebé no muestra un desarrollo normal de los pulmones, y es por eso que su corazón es tan difícil de visualizar —respondió, esta vez sin atisbo de dudas en su voz.

—¡Muy bien, Inés! ¿Y qué harías?

—Dado que la edad gestacional es temprana, se puede plantear una cirugía intrauterina.

Su tutora asintió.

—Así es, Dra. Morán, pero, desafortunadamente, el San Lucas no cuenta con cirujanos fetales, de modo que la responsabilidad recaerá en ustedes, los pediatras. A este pequeño le espera una larga temporada en la UCI... si es que consigue llegar a término.

Inés prestó atención a medias a lo que su tutora decía. La mirada envenenada de Sonia no tenía precio, y correspondió con

una sonrisa maliciosa. Si le buscaban las cosquillas, ella también podía ser una zorra sin escrúpulos.

Estaba eufórica, aunque el trabajo de la guardia no tardó en bajarle los humos. Comenzaba la época de las vacaciones de verano y no tenían ni internos ni residentes en los que delegar el trabajo, con lo que Marcos y ella no se despegaron de la UCI ni un momento. Fue una locura, tuvieron cinco ingresos durante la noche y, cuando llegó la hora del pase de visita, Inés era un manojo tembloroso de nervios impregnados en cafeína y azúcares refinados. Dejó que su compañero llevase las riendas del relato, ella no tenía fuerzas ni para hablar. Y todavía le quedaba un largo día de consulta en Obstetricia. No poder librar las guardias era una tortura.

Se sorprendió por un momento al ver a Erik vestido de calle, pero recordó de inmediato que estaba suspendido de entrar en quirófano y relegado a actividades administrativas hasta nuevo aviso. Le dedicó una sonrisa incierta y vio en su expresión que quería hablar con ella, pero no tenía tiempo. Si no se daba prisa, llegaría tarde.

Mientras caminaba apresurada hacia la otra ala del hospital, recibió una llamada de Loreto. Sería lo más breve posible para que su hermana no intentara sonsacarle su decisión.

—Hola, Inés. No te olvides que mañana por la tarde tenemos la reunión con los abogados de Portales. Quieren dejar esto resuelto antes de Navidad. —Inés soltó una retahíla mental de insultos—. ¿Ya sabes lo que vas a hacer?

Tardó un par de segundos en contestar. Sabía que no iba a estar de acuerdo con su decisión, de modo que no le dijo nada.

—Mañana lo sabrás. Debo irme, llego tarde a la consulta. Un beso.

—¡Inés!

No se quedó a escuchar el alegato encendido de su hermana. Cortó la llamada y esprintó hacia su tutora, que estaba a punto de entrar por la puerta de Obstetricia.

—¡Buenos días, Andrea! —dijo sin poder esconder la respiración agitada por la pequeña carrera.

—Buenos días, Inés. ¿Qué tal esa guardia?

—Una mierda. —No iba a mentir, pero lo dijo con una enorme sonrisa. No pensaba enseñar la yugular ni un solo centímetro, o aquellas mujeres le destrozarían el cuello. Su tutora se echó a reír.

—Muy bien con el caso de ayer. Eres observadora, Inés. — Ella sonrió, sin saber muy bien qué decir ante el halago—. ¡Vamos a trabajar!

—¡Vamos! —dijo copiando su entusiasmo, aunque en realidad lo que quería hacer era echarse a un lado del pasillo y ponerse a dormir.

Aquella mañana debió bostezar al menos una docena de veces. Su tutora le echó un par de miradas divertidas e intentó disimular, pero lo cierto era que al terminar el día de consulta, ya no podía ni hablar. Estaba reventada. Se despidió de sus compañeras sin hacerles demasiado caso y lo único que quería era marcharse a descansar.

—¡Hasta mañana, Inés! Recuerda que por la tarde tenemos consulta privada.

Mierda. Mierda, mierda, mierda. Se le había olvidado por completo.

—Andrea, mañana no voy a poder acompañarte.

Lo malo de que su tutora fuese tan expresiva era que leyó a la perfección lo mal que le había sentado su afirmación.

—¿Y eso?

—Tengo una reunión con los abogados. —Decidió ser sincera, después de todo, Andrea ya sabía de qué se trataba—. Vamos a negociar la retirada de las denuncias y, bueno, tengo que estar allí a las siete.

—¿Necesitas que te dé el día libre?

—¡No! —contestó demasiado deprisa y demasiado ansiosa. Su tutora la observó con extrañeza—. No, gracias. Prefiero estar trabajando. De verdad.

Eso pareció ablandarla algo y se echó a reír.

—Vete a casa, Inés. Descansa, porque lo necesitas. Piensa que solo te quedan tres días para las vacaciones —dijo mientras le guiñaba un ojo con complicidad. Inés sonrió.

—Hasta mañana.

Era cierto. El domingo a mediodía cogería el avión a Osorno junto con Loreto y los niños para pasar las Navidades en familia, y un mes completo de vacaciones con tranquilidad. Hasta que no estuviese en el avión, no lo creería. Pese a tener ya impresos los billetes, seguía con la sensación de que aquella semana no iba a terminar jamás.

Genial. Estaba lloviendo. Una tormenta de primavera, con un calor bochornoso y agua cayendo a jarros. Esperó a que escampara un poco y echó a correr ridículamente sobre los tacones hacia la boca del metro, pero el cielo pareció abrirse sobre su cabeza, y cuando ya sentía el agua correr por su espalda, decidió caminar. Total, ya estaba empapada. ¿Qué más podía salir mal?

—¡Inés!

La voz de Erik la trajo de vuelta a la realidad. Se volvió y su BMW negro se detuvo junto a la acera con las luces de emergencia, mientras los coches de detrás le mostraban lo que opinaban de su maniobra con bocinazos y gestos obscenos. Se acercó hasta él, que bajó la ventanilla. Estaba calada hasta las bragas. Puro glamur.

—Sube. Te llevo a casa.

—Te voy a empapar el coche —le advirtió, señalando su ropa mojada.

—Da igual. Vamos.

Intentó sentarse en la punta del asiento de cuero para no hacer demasiado estropicio. Erik apagó el aire acondicionado.

—Gracias —musitó. Se estaba helando, ahora empapada y quieta.

—Inés, me voy a Noruega el domingo. Necesito que nos tomemos ese café —dijo él a bocajarro. Vaya. Lo miro de reojo mientras conducía. Estaba impecable, con su camisa blanca y los Docker's beige de tela de gabardina—. Mañana. Por la tarde.

—Mañana por la tarde tenemos la reunión con los abogados, Erik.

—*Fy fæn!* Es cierto. Se me había olvidado. El jueves, entonces.

—El jueves tengo guardia. —Él pareció quedarse sin saber qué decir. Probablemente tenía el fin de semana ocupado y prefería

no quedar—. ¿Qué tal ahora? Si dejas que me cambie un momento, podemos ir alguna de las cafeterías que hay por mi barrio.

Se lo estaba pensando, era obvio. «Venga, Erik. Di que sí. Di que sí». Un plan comenzaba a perfilarse en su mente. Lo único que necesitaba era tener a Erik en su apartamento. Nada más.

—De acuerdo —dijo al fin, con una sonrisa tenue—. Ahora está bien.

Al llegar junto al edificio de Inés, la puerta corredera que daba acceso al garaje se abrió. El conserje debió reconocer el coche. Sin pensarlo demasiado, aparcó donde ya lo había hecho antes tantas veces. Era difícil abandonar las viejas costumbres, aunque después de dos meses, se le hacía raro.

—Sube a casa conmigo y me esperas allí —ofreció ella.

Él asintió. Llovía a cántaros y no le apetecía quedarse en el aparcamiento. En el ascensor, el espacio le pareció pequeño, opresivo. Inés permanecía en silencio mientras intentaba poner en orden su melena mojada y arreglaba como podía su ropa frente al espejo. En el aire flotaba una expectación tensa, como si fueran dos extraños. Intercambiaban sonrisas breves cuando sus ojos se cruzaban, pero tenía la sensación de que se metía en la boca del lobo.

Un café. Un café que no significara más que eso. Debía mantenerse enfocado en su plan: era una buena oportunidad de iniciar su reconquista, en su terreno, donde se sentiría segura y en una situación que no los comprometiera a nada.

—Está lloviendo a chuzos —dijo, acercándose a la ventana del salón.

—Mejor nos quedamos aquí. ¡Qué pereza salir con esta lluvia! Voy a cambiarme, ¿haces tú el café? —dijo Inés, alejándose hacia su habitación.

Asintió, distraído, mientras intentaba averiguar si algo había cambiado en aquellos dos meses. Entrar en el apartamento, después de tanto tiempo, era duro. Le echó un vistazo al lugar exacto del salón donde habían discutido, primero en un tono razonable y después a gritos, aquella mañana fatídica. Una

sensación de opresión se apoderó de su pecho y huyó hacia la cocina. Todo parecía lejano, pero aún estaba muy presente.

Abrió la nevera para sacar el café en grano y sonrió al ver una jarra con un resto de zumo de naranja tapada con papel de aluminio. Eran tantas cosas, tantos pequeños detalles que lo llevaban de vuelta a Inés, que dar un solo paso sin ella era doloroso. Preparó el café y esperó, paciente. El aroma que fue impregnando la habitación lo llevó a todas y cada una de las situaciones en las que habían tenido un café en la mano: aquel primer polvo glorioso sobre la encimera en la que ahora se apoyaba, las discusiones, las negociaciones de las treguas. Cerró los ojos con fuerza: todo saldría bien. Solo tenía que ceñirse al plan: un café, una conversación sincera y nada de sexo.

—¿Necesitas ayuda?

Erik se volvió al escuchar la voz de Inés. Estaba tan absorto en sus recuerdos que no la vio llegar. Tragó saliva al verla. Dios. Estaba preciosa. Su melena caía brillante y lisa sobre los hombros, llevaba una sencilla camiseta negra, y unos vaqueros rotos y ceñidos, arremangados a media pantorrilla. Estaba descalza, y por un momento observó con fascinación las diminutas uñas de los pies pintadas de rojo.

—¿Te ayudo? —repitió ella, ladeando la cabeza y con una sonrisa.

—El café está listo —dijo, sin añadir nada más. De pronto, tenía la boca seca. La camiseta, holgada, caía dejando un hombro descubierto. No era capaz de apartar los ojos de la línea de su cuello y la clavícula. Tragó saliva. Café. Solo un café, y luego se iría.

—Ve a sentarte, ahora mismo llevo esto.

Era una buena idea alejarse un poco de ella. «¿Qué pasa, Erik? ¿Los nervios te traicionan?». Si no fuera porque estaba angustiado, se habría reído de sí mismo. Se acomodó en el sofá y luego se levantó para abrir la ventana. Seguía lloviendo, pero hacía un calor húmedo, bochornoso.

—¿Quieres *muffins*? Me quedan algunos de los que horneé para llevar a tu casa.

—Sí, claro.

Quiso añadir algo, bromear sobre lo mucho que le gustaban, decir algo ocurrente e ingenioso, pero no podía deshacerse de la sensación de pánico. Algo le decía que aquella sería la última oportunidad que tendrían de hablar con tranquilidad y trató de mentalizarse para decirle todo lo que daba vueltas en su cabeza.

—Toma, aquí tienes tu café —dijo Inés, tendiéndole una taza. Él solo sonrió—. Y aquí, *muffins*. ¡Oh! También tengo un poco de zumo que me quedó de la mañana. ¿Te traigo?

—Sí, sí. Gracias.

¿Qué coño le pasaba? Estaba completamente bloqueado. Quería decirle que una vez que tomaba una decisión, la llevaba hasta el final, hasta las últimas consecuencias. Que aquel «Quiero estar contigo» era real, no meras palabras. Que, si ella se lo permitía, trabajaría sin descanso para construir algo que valiese la pena, pero el ir y venir de Inés por el apartamento, despreocupada y alegre, lo tenía desconcertado.

Sorber de las tazas y concentrarse en el café permitió que sus nervios se asentaran y recuperó un poco la sangre fría. Inés parloteaba, entusiasmada. Hablaba de lo buena que había sido la experiencia de la auditoría, de lo bien que lo habían pasado en la cena y en la barbacoa, pero él solo podía mirar el movimiento de su boca al hablar. Sus dientes relucían en una sonrisa y la lengua asomaba para humedecer los labios, que se rozaban entre sí. Tuvo que hacer un esfuerzo para apartar de su mente la imagen de aquella boca conformando un anillo en torno a su polla. *Svarte Helvete*.

—¡Erik! ¡Que si quieres más café! —Obviamente repetía algo que ya le había preguntado. Se reacomodó en el sofá e hizo un gesto de disculpa.

—Perdona, Inés. Hoy no estoy muy brillante. Estoy cansado y bastante preocupado por la reunión con los abogados de mañana.

—No hablemos de eso, por favor —rogó ella, cogiendo de su mano la taza para alejarse hacia la cocina—. Mejor tomemos otro café. Está bueno.

—Sí. De acuerdo.

Inés evitaba el tema y no podía culparla. Mientras ella servía las tazas y calentaba la leche en el microondas, se preguntó qué

pasaría. Obviamente, ella rechazaría el trato, la demanda saldría adelante y tendrían que ir a juicio. Tenía muchos atenuantes, claro, pero los antecedentes en Noruega no ayudaban. Inés lo pilló con la guardia baja cuando volvió con las tazas.

—Erik, de verdad que me estás preocupando. Te pregunto si prefieres tomarlo con hielo. Hace mucho calor.

—¿Qué? No. Sí. No quiero más café, en realidad.

Inés lo miró largamente.

Así que no quería café. Perfecto.

Abandonó las tazas sobre la mesa y, en vez de sentarse a su lado, se situó justo enfrente, de pie, entre sus rodillas. Él alzó la mirada azul y preocupada, pero no se movió. Se armó de valor para lo que iba a hacer: seducirlo.

—¿Qué haces, Inés?

Ella sonrió de manera casi imperceptible. Por su tono brusco, con un filo de temor, intuyó que no se esperaba aquel abordaje. Mejor. Así no le daría tiempo de pensar en rechazarla.

Agarró el borde de la camiseta y, muy despacio, sin apartar los ojos de él, la arrastró por su cuerpo hasta deshacerse de ella por encima de la cabeza. No llevaba sujetador debajo. Estaba todo estudiado.

—Inés...

—¡Shhh! —lo mandó callar. Era mejor que no hablase. Debía conseguir que se dejara llevar o no llegarían a ningún lado. Se inclinó hacia él y se situó a horcajadas sobre sus muslos. Ignoró su expresión confusa. No podía detenerse ahora. Le rodeó el cuello con los brazos.

—Inés, no. No lo hagas.

—Vamos, Erik. Sé que quieres besarme. Termina lo que empezaste el domingo —lo tentó, a pocos milímetros de sus labios.

Acarició sus pectorales por encima de la camisa. Estaba tenso, tragó saliva, pero no dijo ni una sola palabra y permaneció inmóvil. ¿Qué demonios le ocurría? ¿Acaso no la deseaba? No. No era eso. Podía sentir con claridad el bulto de su erección entre ellos.

Se incorporó un poco sobre las rodillas y rozó sus labios con uno de los pezones. Erik cerró los ojos y emitió un gemido. Pero no mordió el anzuelo.

De pronto abrió los ojos y la miró. Su mirada translucía desesperación.

—Inés. —Cada vez que decía su nombre, marcando un poco la «S», la excitaba un poco más—. ¿De verdad quieres esto?

La frialdad de sus palabras y su contacto la desconcertó. Cruzó los brazos sobre el pecho, temiendo que quizá no había sido una buena idea intentar seducirlo.

—Sí, pero está claro que tú no —respondió con amargura. Hizo amago de levantarse y él reaccionó aferrándose a ella.

—¡No! No te vayas —rogó con voz atenazada por la ansiedad.

—Erik, ¿qué mierda te pasa? —Empezaba a preocuparse de verdad. Estaba semidesnuda, los pechos a pocos centímetros de su boca, lo que en cualquier otra ocasión hubiese significado que él se abalanzase sobre ellos a besarlos, morderlos, succionarlos. Ahora solo permanecía quieto, con los dedos clavados en sus caderas y una mirada angustiada. Rodeó su rostro con las manos y lo obligó a mirarla—. Erik. ¿Qué pasa?

Sus ojos se engarzaron y mezclaron deseo y miedo. Permanecieron inmóviles durante unos largos segundos, en que sus voluntades se mantuvieron firmes, equilibrándose en el filo de un cuchillo. Inés exhaló muy lentamente el aire que no sabía que estaba reteniendo, sin atreverse a romper el momento que reverberaba con pura tensión.

Entonces sus manos volvieron a la vida. Muy despacio, ascendieron por las costillas, rozaron la curva de sus pechos y se situaron en torno a su cuello. Esta vez, la que gimió fue ella. Quería más. Necesitaba más. Un anhelo inmanejable la inundó.

—¿Estás segura de esto, *liten jente*?

—Sí. No quiero que te vayas a Noruega.

Se abalanzó sobre su boca para reafirmar su respuesta. Él ciñó su agarre y la tendió con brusquedad sobre el sofá, cubriéndola con su cuerpo.

—Por fin —murmuró, aliviada.

Por fin lo había hecho reaccionar. Y ahora sabía que no habría nada ni nadie que pudiese detenerlo. Con dedos rápidos, y algo torpes, desabrochó su camisa y la sacó a tirones de sus

brazos. Él buscó la cremallera de sus vaqueros y la despojó de ellos llevándose en su camino las bragas. No permitió que ella lo desnudara, se desabrochó él mismo el pantalón y se lo quitó a patadas. Se abrazaron, con las bocas fundidas en un beso ávido, violento, sobre el sofá, pero poco después, Erik se incorporó y alzándola en brazos, la llevó hasta su habitación.

Ninguno de los dos dijo nada.

Se dejaron caer sobre la cama en un amasijo de brazos, piernas, manos y pechos. La boca de Erik parecía estar en todas partes y la besaba y succionaba con desesperación. Inés seguía su ritmo frenético, replicando besos y caricias al mismo ritmo salvaje. Sus cuerpos estaban en llamas, el sudor comenzaba a perlar su piel, y los gemidos y jadeos eran la señal certera de que cada cosa que hacían tenía su impacto sobre el otro.

—Demasiado tiempo —susurró Erik, incoherente—. Ha pasado demasiado tiempo.

—Fóllame, Erik —suplicó Inés, aferrada con las piernas a su cintura mientras él parecía no saciarse jamás de libar su piel—. No puedo esperar más.

—Quiero atarte. Quiero... —Se detuvo en mitad de la frase, ejerciendo una presa férrea sobre las muñecas de Inés, que había alzado los brazos sobre su cabeza.

—En la mesilla —jadeó ella, sin poder esperar a que él materializara sus deseos.

Sin soltarla, con una mano Erik abrió el cajón y revolvió hasta dar con las cintas. Esta vez no se recreó en el ritual. Rodeó con pericia sus muñecas y las ató con un nudo seco. Inés inspiró con fuerza al sentir el tirón que las fijaba al cabecero de su cama.

—Estos dos meses han sido una locura, Inés —confesó él, mientras depositaba una línea de besos desesperados desde la nuca hacia su trasero.

Hundió la cara entre sus nalgas y comenzó a libar su sexo desde atrás. Inés reprimió un grito. Erik había desplazado una mano bajo su abdomen y ahora alcanzaba su clítoris desde arriba. La presión, desconocida, ofreció nuevas formas de placer. Inés cerró los ojos y se aferró a las cintas, sintiendo que con cada aguda inspiración se quemaba más y más por dentro. El orgasmo la atacó

sin piedad, con la lengua circundando su entrada con pericia. Abrió las piernas en una invitación tácita, pero Erik no la penetró. La hizo rodar sobre su espalda y se situó entre sus muslos, arrodillado. Inés se arqueó, entreabrió los labios y clavó su mirada gris y clara en él.

—Estoy aquí. Y, aunque no lo parezca, he estado aquí todo este tiempo, Erik.

Él abrió con los dientes un condón y se lo puso, apresurado. La mirada fiera de sus ojos azules no se había apartado de ella ni un solo segundo. Inés abrió más aún las rodillas, tentándolo, y Erik la sujetó por las caderas, dirigiendo su erección férrea hacia donde pertenecía. En un solo certero movimiento, se enterró en ella con un gruñido. Inés gritó su nombre, con la desesperación de todas aquellas semanas evitando pensar en cómo se sentía su cuerpo dentro de ella, en cómo se sentía su peso sobre ella, en cómo el aliento quemaba la piel de su cuello y sus dientes la mordían y marcaban.

—Abre los ojos, *kjaereste*. Quiero ver en ellos el deseo. Que me necesitas. ¡Mírame! —exigió, penetrándola una y otra vez hasta llevarla al borde del éxtasis—. Nunca más, *liten jente*, nunca más quiero leer en ellos el rechazo. Ni la duda.

Inés abrió los ojos, más por la fuerza arrolladora de sus palabras que por la orden en sí. Se perdió en el dolor de aquellos ojos azules, en la devoción que mostraban mientras la llevaban más y más allá, perdida en un mar de lujuria.

—No más mierdas, Inés. No más mentiras, no más secretos, no más chorradas. Quiero estar contigo, ¿cuántas veces tengo que decírtelo?

La intensidad de su cuerpo casaba a la perfección con la de sus palabras. Por completo a su merced, recibió una tras otra las embestidas que los empujaban a los dos hacia el orgasmo. Erik se corrió con un gemido angustiado. Ella se dejó ir, acunada por los jadeos y por los últimos estertores del cuerpo masculino sobre ella, agotado.

—Desátame, por favor, Erik —murmuró, exhausta. Él tiró de las cintas, e Inés lo abrazó con fuerza. Quizá así podría retenerlo, impedir que se marchara. La mera idea le impedía respirar—. No puedes marcharte, ¡yo también quiero estar contigo!

Él la miró en silencio, con una leve sonrisa dibujada en los labios. Lo besó de nuevo. Había pasado demasiado tiempo y tener su boca al alcance era un lujo que quería aprovechar. Se regodeó en aquel beso, en sentir el peso masivo de su cuerpo, hundiéndola en la cama, en dejarse hacer por aquellas manos fuertes que la deshacían en caricias. Durmió un rato, y luego lo observó dormir a él. No se despertó pese a recorrer sus ojeras con los dedos y refugiarse en su pecho y bajo su brazo.

Pasaron las horas acariciándose, intercalando retazos de conversaciones llenas de promesas, y confesando recuerdos de la angustia de aquellas semanas infinitas que habían pasado sin el otro.

—Te he echado tanto de menos que me duele —dijo Inés, derrumbada en su pecho tras un nuevo orgasmo. La fuerza con que la estrechaban los brazos de Erik era una prisión de la que no quería escapar jamás.

—Yo he terminado por volverme loco. Y lo digo en serio, Inés. Esperemos a ver qué pasa en la reunión para tirar líneas, quiero que concretemos las cosas de algún modo, pero hay que salvar este escollo primero —murmuró. Estaba preocupado y nervioso. Daba por sentado que no iba a retirar la denuncia. Ella alisó su frente con el pulgar.

—Todo va a salir bien, estoy segura. Después, tendremos tiempo para pensar. ¿Cuándo te marchas a Noruega? —Tenía que alejar el tema de la decisión que había tomado, porque estaba segura de que discutirían. Y no quería matar por nada del mundo la dulzura del momento.

—Me voy el domingo, con Maia y Corbyn, que vienen a pasar unos días. Nos iremos todos juntos desde aquí.

—Yo me voy a Ranco con mis padres. A la vuelta, todo estará más asentado. Guarida se ablandará con las Navidades y será el momento de arreglar tu situación en el San Lucas.

—Tengo miedo. —Inés se incorporó, sorprendida de que lo aceptara frente a ella—. Llevo ya un par de semanas sin entrar en el quirófano y las cosas se están poniendo muy, muy duras. He avanzado mucho el trabajo de gestión, pero yo necesito meter las manos.

—Lo sé, todo está muy tenso con este asunto. Portales tampoco está operando, ¿verdad?

Erik asintió.

—Solo sacamos adelante lo que sale en las guardias, porque no queda más remedio. Pero el trabajo diario... No puedo seguir así.

—Hay otros hospitales, Erik. Estoy segura de que Calvo podrá ofrecerte un hueco en otro sitio. No te desespere.

Comentaron distintas posibilidades y él pareció animarse un poco. Inés enumeró todos los hospitales, incluso más potentes que el San Lucas, que estarían encantados de recibirlo.

—Gracias, *liten jente*. Esa es una de las cosas que me gustan de estar contigo. Siento que puedo enfrentar cualquier cosa. Que puedo lograrlo todo.

Se abrazaron sobre las sábanas revueltas y el ardor de sus palabras los llevó a hacer de nuevo el amor. Inés absorbía la furia de su cuerpo, la fuerza con que la retenía. Sabía que era su modo de expresar lo que sentía por ella.

Perdió la cuenta de los hechos y las palabras, pero sabía que quedaba algo importante que enfrentar. Una conversación pendiente sobre algo muy importante. Y sabía que jamás saldría de él.

Así que solo un café.

Era un imbécil. Inés le ponía un dedo encima y él caía como un maldito imbécil. Cerró los ojos con fuerza, y se preguntó cuánto daño habría hecho el que hubieran follado. No. No había sido solo sexo. Inés no quería que él se marchara, habían hablado de opciones, de posibilidades, de futuro. Juntos. Pero esa conversación tenía que haber estado fuera del sexo. En frío.

Ella se despertó con una sonrisa soñolienta y correspondió con una mueca forzada para esconder el pánico.

—Buenos días, es temprano —murmuró ella, sin darse cuenta de su ánimo oscuro.

—Buenos días. ¿Dónde guardas la ropa que suelo ponerme cuando estoy aquí?

—En el segundo cajón de la cómoda. ¿Pasa algo, Erik?

Se levantó para alejarse de ella, y su respiración se hizo por un momento rápida, sibilante, aguda. No quería escucharla, solo salir de allí. Huir muy lejos antes de empeorar más las cosas. Inés se incorporó, preocupada.

—¿Qué ocurre? —preguntó con dulzura.

Erik había abierto el cajón. Al buscar sus prendas, descubrió un pequeño paquete de plástico. Con una sensación extraña, lo cogió entre las manos. Estaba abierto y de él cayó una diminuta prenda de color blanco.

—¿Qué es esto? —preguntó, intrigado.

Inés se inclinó para ver lo que era y se echó a reír con un deje de tristeza que le chocó.

—Es un bodi. Una especie de camiseta interior para un recién nacido —dijo, tendiendo sus dedos para cogerlo. Pero no se lo dio. Era minúsculo. Estirado, cabía sin problemas en la palma de su mano.

—¿Y por qué tienes esto aquí?

Inés parpadeó. Parecía sorprendida por la pregunta. Negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Lo compré en un impulso, tras confirmar que estaba embarazada. Supongo que, por un momento, me hice ilusiones al saber que íbamos a tener un bebé.

Erik miró la ropita, hipnotizado. Un bebé. ¿Él? El pánico volvió a atenazar su pecho. Una idea que no había considerado hasta ese preciso instante comenzó a afianzarse hasta transformarse en certeza. Tenía que saberlo, pero le daba pavor conocer la respuesta.

—Inés, quiero que, por una vez, dejemos a un lado el sexo y hablemos cara a cara. No quiero volver a pasar otra vez por este infierno. —No estaba seguro de ser capaz de sobrellevar más tiempo separados, pero tampoco lo estaba de enfrentar lo que representaba aquella prenda. Inés frotó sus hombros con movimientos suaves buscando otorgarle algún consuelo—. No te lo he preguntado hasta ahora porque tengo miedo de la respuesta. ¿Por qué rompiste conmigo en realidad? —preguntó, con un matiz agresivo en el tono de voz.

Inés suspiró y se incorporó para mirarlo frente a frente. Cogió de sus manos el pequeño bodi y comenzó a doblarlo con ternura.

—He intentado romper contigo. Lo he intentado en serio, con todas mis fuerzas. Pero inevitablemente vuelvo a ti una y otra vez. —Erik la escuchaba en silencio, en tensión. Incapaz de apartar la vista de los dedos de Inés acariciando la prenda—. Te quiero, Erik. Y quiero estar contigo. El problema es que no sé si puedo pagar el precio que supone.

—¿Qué precio? —pregunto él, suspicaz.

—Renunciar a ciertas cosas y aceptar otras. Encajar lo que tú eres con lo que yo soy. Lo que tú quieres con lo que yo quiero. Lo que ambos necesitamos.

—Estoy dispuesto a cualquier renuncia. A aceptar lo que tú quieras darme. A amoldarme a lo que necesites con tal de estar juntos —dijo con fervor. Pero ella negó con la cabeza.

—Eso no es cierto, Erik, y lo sabes.

—¿Me estás preguntando si voy a dejar la cardiocirugía por ti? ¿Es eso?

Inés se echó a reír.

—Jamás te pediría algo así. Primero, porque sé que es importante para ti. Segundo, porque forma parte de lo que eres, Erik. Sería como amputar una parte de tu ser.

—¿Entonces? No lo entiendo, Inés —dijo, desconcertado.

—No se trata de ti. Se trata de que yo no voy a renunciar a algo que sí quiero en mi vida, y que tú no contemplas en la tuya.

—¿Qué cosa?

—Hijos, Erik. Quiero tener hijos.

Erik palideció.

Estaba viviendo un *déjà vu*. Por un momento, la figura de Inés se hizo borrosa y le pareció que se transformaba en el rostro nórdico, y tan distinto, de Nora. Le había dicho lo mismo, solo que con otras palabras. Intentó ocultar como pudo la sensación de pánico, y comenzó a abrir y cerrar las manos en un puño.

—¿No crees que ambas cosas sean compatibles?

—No. No lo creo. Y no es porque paternidad y trabajo no lo sean —dijo Inés con cierta amargura—. Es incompatible, en nuestro caso, porque sé que tú no quieres tenerlos.

—Eso no es del todo cierto —replicó él. Pero con la boca pequeña. Inés se echó a reír con tal resignación que lo ofendió.

—¿«Del todo»? Venga ya, Erik. Cada vez que he sacado mínimamente el tema, has zanjado la conversación con verdadero pánico. ¡No quieres ni escuchar hablar de ello!

Erik no lo negó. Había más verdad en las palabras de Inés de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Soy sincero. No es que no quiera tenerlos de un modo definitivo, es que no sé si quiero tenerlos en realidad. Y desde luego, no ahora.

—¿Tienes casi cuarenta años y no lo sabes? Vamos, Erik —presionó Inés, levantándose de la cama con expresión dolida—. Tenemos que hablar de esto. ¡Te recuerdo que hacen falta dos personas para gestar un bebé! Yo asumo mi parte de culpa porque he eludido el tema. Porque sabía que sería una fuente de conflicto. —Puso de nuevo el pequeño bodi entre sus manos—. Pues te lo digo ahora. Alto y claro. Yo sí quiero tener hijos.

—¡Eres muy joven para tener hijos! —exclamó, desconcertado por la contundencia de su afirmación—. ¿Qué pasa con tu periodo de experimentación? ¡Te recuerdo que no hace mucho, te tenía colgando de una viga, esposada y te azotaba!

—¿No crees que ambas cosas sean compatibles? —Inés le devolvió la frase con un tono irónico. Se cruzó de brazos, y se plantó frente a él, esperando una respuesta.

Erik no contestó. Tal y como temía, volvían a un callejón que no llevaba a ninguna parte. Caminaban por el filo de un cuchillo que se estaba poniendo peligroso. La conversación los estaba llevando, de nuevo, al terreno de hacerse daño. Y no podía afrontarlo. No ahora. No después de haberse reconciliado.

—¿Por qué tienes que estropearlo todo hablando de hijos ahora? Esto ha sido un error. Esto no debería haber pasado —murmuró, más para sí mismo que para ella. El plan era sencillo: café, conversación, nada de sexo. Y todo se había ido a la mierda. Inés quería tener hijos. Con él. ¡Él no podía ser padre! Cogió el bodi y lo apretó entre los dedos.

—¿Te das cuenta, Erik? —espetó con amargura—. Tus palabras confirman mi teoría de que, definitivamente, somos

incompatibles.

Tenía los ojos anegados en lágrimas, y se alejó de él hacia el salón. Erik se vistió, a cámara lenta, sin saber qué hacer. Todo había salido mal. En un momento, tenía a Inés entre sus brazos, y al siguiente, cuando por fin empezaba a entender por qué lo había apartado de su vida, no era capaz de reaccionar.

Hijos. La razón eran los hijos.

—Yo... me voy a casa. Necesito pensar. Te llamaré, de verdad —barbotó, mientras se alejaba hacia la puerta. Quiso abrazarla, pero el miedo fue superior a la necesidad.

—No te molestes, Erik —dijo ella en un sollozo que le atravesó el corazón—. Yo me doy por vencida con todo esto. No tengo fuerzas para luchar.

Ya en el coche se dio cuenta de que tenía de nuevo la ropita en la mano, sin saber cómo había llegado hasta allí.

Se aferró al volante y las lágrimas que llevaba conteniendo desde que se había despertado junto a Inés afloraron a sus ojos sin control. Hacía años que no derramaba ni una sola lágrima.

Habían perdido un bebé. Un hijo. Un niño. Suyo. Suyo y de Inés.

Elegir entre dos males

Una calma apacible la embargó después de rendirse a la realidad. Cuando Erik se marchó, ni siquiera le quedaron fuerzas para llorar. Permaneció toda la consulta de obstetricia callada, sin decir ni una sola palabra. Solo podía pensar en terminar con lo único que la mantenía atada a él de alguna manera. Aquella maldita reunión.

Lo que había pasado entre ellos no hacía más que reafirmar su decisión de retirar la denuncia. Que fuera feliz. Conseguiría la jefatura, acabaría siendo el jefe de toda la Unidad, de niños, de adultos, de la maldita Sociedad Mundial de Cardiocirugía. A ella le daba igual. Acabaría la residencia en un año y se marcharía del San Lucas. Estaba segura de que otros hospitales estarían encantados de tenerla.

Acabó la consulta de la tarde y se deshizo de la bata con rapidez en su taquilla. Apretó el paso hacia la salida, eran poco más de las cinco, y pretendía al menos tomar algo antes de la reunión. El sonido del móvil provocó en ella un momento de pánico. No quería saber absolutamente nada de Erik. Pero no era él, era Viviana. Frunció el ceño al contestar la llamada. ¿Qué querría?

—Hola, Inés —respondió a su saludo—. Me gustaría saber si puedes tomar un café conmigo. De despedida. Me voy de vacaciones el viernes y ya termino la residencia.

—¡Es verdad! —dijo, sorprendida. No había caído en ello. Terminaba la subespecialidad, y ella pasaba a ser la residente mayor—. Tengo un ratito ahora, si quieres.

—De acuerdo, pero no en el hospital. Prefiero que vayamos a otro lado.

Quedaron en el Starbucks de Isidora Goyenechea. Aprovechó el caminar para calmar sus nervios, no quedaba rastro de la lluvia del día anterior. El sol pegaba con fuerza y necesitaba un poco de aire libre. Ojalá la tormenta emocional se dispersara con la misma facilidad que las nubes negras, y diera paso al cielo azul.

Cuando vio a Viviana se le cayó el alma a los pies. Estaba delgada, demacrada. Pálida. Unos cercos grisáceos circundaban sus ojos y el vestido colgaba de sus hombros huesudos sin gracia.

—Hola, Vivi. ¿Cómo estás? Se te ve cansada —dijo, a falta de un adjetivo mejor.

—Sí, el embarazo me da algunas molestias —reconoció ella, mientras daba vueltas a un refresco sin bebérselo—. Estoy deseando salir de vacaciones y poder descansar.

—¿Cuándo te incorporas a tu trabajo en el Hospital de Concepción? —preguntó con cariño. Viviana la miró de reojo y forzó una sonrisa.

—No voy a incorporarme por el momento. El embarazo está siendo muy duro y Álvaro piensa que debo dedicarme a descansar en casa. Una vez que nazca el bebé, ya veremos lo que haré.

Inés la contempló de hito en hito. No. No podía ser. ¿Acababa de terminar la subespecialidad, e iba a abandonarlo todo por lo que pensaba su marido? Una bocanada de odio inundó su garganta. No daba crédito.

—Pero, Vivi, estabas tan ilusionada... ¡Acabas de volver de Estados Unidos con un currículum impecable! ¿Por qué quieres tirarlo todo por la borda? No lo entiendo.

—No hay nada que entender. Además, no te he llamado para contarte mi vida. —El tono desagradable y amargo de siempre había terminado por volver—. Quiero decirte algo respecto a la reunión que tienes esta tarde.

—¿Reunión? ¿Por qué sabes que tengo una reunión? —preguntó, suspicaz. Todas sus alarmas se pusieron en alerta nuclear, pero Viviana se echó a reír.

—¿Sabes cómo se enteró el abogado de Portales de que Erik Thoresen tenía antecedentes en Noruega? ¿Sabes cómo supo del altercado con la enfermera, y del escrito que hizo la auxiliar del sindicato?

—No —dijo Inés con un hilo de voz. Una sensación de vacío se instaló en su estómago.

—Fui yo quien se lo dijo. —Inés se quedó sin habla, incapaz de reaccionar. Ella siguió hablando, con la mirada perdida y revolviendo el refresco con la pajita con gesto ausente—. El

abogado de Portales, Álvaro Adams, es mi marido. Yo se lo conté. —Inés abrió la boca, estupefacta. No podía creer lo que estaba escuchando—. De manera que quiero decirte algo. Más bien, pedirte un favor.

—¿Un favor? —repitió, fuera de combate.

—No retires la denuncia, Inés. Yo... Estoy hasta el cuello en mi matrimonio, tengo tres hijos y otro en camino, no puedo dejar a Álvaro. Pero tú eres libre. Demuéstrales que ellos no siempre ganan. Que una mujer puede salir de una situación así. Que hay veces que... que estas cosas no quedan impunes. —El tono, a medida que hablaba, iba perdiendo fuerza y se transformaba en un hilo tembloroso de voz—. Sé que te han ofrecido un trato. No aceptes. Por favor. No lo hagas, Inés. No dejes que ganen esos cabrones, ninguno de los dos.

Se quedó en blanco. No pudo decir ni una sola palabra. Viviana la miraba, esperando una respuesta, pero cuando vio que no iba a recibir ninguna, se levantó sin haber tocado el enorme vaso y se marchó.

En menos de dos horas tenía la reunión.

Y fueron dos de las horas más largas de toda su vida.

Cambio de opinión al menos cien veces. Cuando pensaba tener tomada una decisión firme al respecto, las razones y motivaciones de la otra opción la aguijoneaban sin descanso hasta hacerla modificar su resolución. Fuera cual fuera el resultado de todo aquello, alguien salía perdiendo. A lo grande. ¿Por qué la vida no podía ser como en las películas, donde las decisiones generaban finales felices para todos, y fin del asunto?

Para cuando entró en el despacho había recuperado la serenidad y tenía bien clara su decisión. Llevaba en la mano el documento que el abogado le había entregado. Era lo que tenía que hacer y lo que le pesaría menos en la conciencia. Lo sabía muy bien. Todos estaban ya en torno a la elegante mesa ovalada.

Se situó junto a Loreto, que frotó su espalda en un intento de darle ánimo. Ya la besaría después. Ahora quería procurar la

máxima profesionalidad posible. Lanzó una mirada rápida hacia Erik y la abogaducha, y musitó un «Buenas tardes, disculpen el retraso» dirigido a toda la mesa.

—¿Y bien? —exigió Adams.

—Antes de comunicar mi decisión, quiero decir algo.

Loreto la miró con extrañeza. La ignoró. Evitó a Erik, notando sus ojos clavados en ella, y se dirigió única y exclusivamente a Portales y a su abogado, que hizo una floritura con la mano, animándola a seguir.

—Todos los días, en la privacidad de sus casas, las mujeres son maltratadas. —El respingo escandalizado que dio Álvaro casi valió la pena—. A algunas las insultan, a otras les pegan. A otras las matan.

—¿A qué mierda viene esto? —interrumpió Portales, con agresividad. Inés no se arredró.

—El Dr. Portales me agredió. Intentó abusar de mí sexualmente. Eso no hay nadie que lo cambie. Son los hechos y están ahí. Reflejados en la denuncia.

—Doctora Morán, piense muy bien lo que va a hacer. —El tono del abogado estaba revestido de amenazas veladas y no escondía su nerviosismo ni por un momento.

—Seguir adelante con la denuncia es como... como poner voz a todas esas mujeres que no tienen el valor o la fuerza para hacerlo. Para gritar y decir: esos malditos cabrones no pueden ganar. —Su voz comenzaba a quebrarse y se detuvo un momento para recuperar el control—. Pero mi decisión afecta a otros. Afecta a alguien a quien quiero. Y tengo que poner todo eso en una balanza.

—No lo hagas, Inés —murmuró Erik, negando con la cabeza. Ella sonrió con tristeza, había sido el primero en adivinar cuál sería su decisión.

—Inés, no. —Loreto cogió al vuelo el comentario de Erik. Lo había adivinado también.

—Voy a retirar la denuncia. —Alzó una mano cuando Portales y su abogado comenzaban a felicitarse entre palmadas en la espalda—. Pero eso no significa que tú no seas un hijo de puta. Y se lo aclararé, con pelos y señales, a cualquiera del San Lucas que quiera saber lo que pasó aquella noche. A cualquiera que me

pregunte, porque preguntarán. —Clavó los ojos en Adams para hacerle saber que era él a quién se refería en realidad—. En el San Lucas se sabe todo, y la comunidad médica es muy, muy pequeña. Y si no lo saben con seguridad, al menos lo intuyen. Yo me encargaré que se sepa la verdad.

Los escasos segundos que el maltratador sostuvo su mirada se le hicieron eternos, pero fue él quien bajó los ojos primero. Quiso creer que avergonzado, aunque su rostro no exhibía ninguna expresión.

—Tienes que firmar aquí, Inés —dijo Loreto, con el rostro demudado en seriedad.

—No. Quiero que firmen primero ellos. La retirada de la denuncia, y una declaración jurada de que no se emprenderá ninguna acción legal contra el Doctor Thoresen.

—Inés, no. —El rostro de Erik estaba teñido en conmiseración. No la necesitaba. En lo que a él respectaba, se sentía en paz. Ahora era realmente libre. Nada lo ataba a ella, no les quedaba nada.

El abogado tenía todos los papeles preparados, y él y su cliente firmaron con rapidez.

—Aquí está el documento de retirada de denuncia. Una de ustedes puede acompañarnos a la comisaría a hacerlo efectivo. La declaración jurada podemos hacerla en presencia de nuestro notario.

—Perfecto —dijo Inés—. Hazla.

—¿Ahora?

—Ahora. No pienso firmar ni un solo papel hasta que esté todo bien atado.

No se le escapó la sonrisa orgullosa de Loreto al verla hablar así y se la devolvió con calidez. Adams se levantó y salió durante unos minutos. Erik se acercó hasta ella, y se agachó hasta quedar a su altura. Estaba desencajado, nervioso. Negaba con la cabeza y abría y cerraba las manos en un puño.

—Inés, no tienes que hacer esto. Ese cabrón se merece llegar a juicio. Merece que la mancha quede en sus antecedentes —dijo, con la voz revestida de indignación.

—Mi decisión está tomada.

—Inés...

Intentó cogerla de la mano, pero ella la retiró con rapidez. No quería sentir su piel. No quería verlo delante. El día que se marchara a Noruega por fin podría respirar.

El abogado volvió con unos documentos y se los dio a leer a Portales, que asintió. Después los acercó a Loreto, que se tomó un momento para leerlos con calma.

—Todo conforme. Puedes firmar, si eso es lo que quieres, Inés.

—No es lo que quiero. Pero es lo que debo hacer. —Cogió los folios y firmó. Ya estaba hecho. Nadie dijo ni una sola palabra. La euforia que habían mostrado Portales y su abogado había desaparecido y el silencio de la sala era aterrador—. ¿Es todo?

—Es todo, Inés —respondió Loreto.

—Muy bien. Me voy.

Todos se levantaron y se pusieron en marcha. Portales y su abogado se estrecharon las manos sin mayores aspavientos y Loreto daba instrucciones a la abogaducha para que terminara los trámites. Erik se acercaba de nuevo a ella. Mierda. Huyó fuera de la oficina con rapidez.

—¡Inés! —llamó cuando se metió en el ascensor. Apretó repetidas veces el botón para que las puertas se cerraran. No quería verlo. No quería saber nada más de él. Ahora ya no había nada que lo atara a ella.

El ambiente del ascensor comenzó a hacerse opresivo. Las palabras de Viviana se repetían una y otra vez como un disco rayado en su cabeza. «No dejes que ganen. No dejes que ganen. No dejes que ganen». Toda decisión conllevaba unas consecuencias: los antecedentes de Erik quedaban limpios en Chile, no tenía nada que temer, pero ¿y ella? Sentía que había traicionado a todo el género femenino con aquella firma y tendría que aprender a vivir con ello.

Necesitaba que las puertas del ascensor se abrieran, la conocida sensación de ahogo, de no poder respirar, el corazón latiendo a mil por hora y saber que todo su cuerpo y su mente se sumían en un ataque ansiedad. Se aferró a la barra de acero del espejo y cerró los ojos.

«¡Ping! Nivel siete».

Malditos rascacielos. La gente entraba y salía del ascensor sin prestarle atención a su debacle emocional.

«¡Ping! Nivel cuatro».

Ya quedaba menos. «Controla la respiración, o te desmayarás. Esto te ha pasado antes. Vamos, Inés». Las imágenes de siempre: un paseo a caballo, deslizarse por la montaña esquiando, una coreografía de ballet. No funcionaba. Se mezclaban con el rostro demacrado y ojeroso de Viviana, rogándole que no los dejara ganar. Tenía que salir de allí.

«¡Ping! Nivel uno y salida».

El ascensor se abrió, pero su campo de visión se estrechaba cada vez más. Enfocó la mirada en las enormes puertas batientes de cristal, y en la avenida que se veía detrás. Un paso detrás de otro. «Puedes hacerlo. Puedes hacerlo. Puedes hacerlo». Tenía los ojos abiertos, pero no veía nada.

Escuchó a Erik pronunciar su nombre en un grito angustiado un segundo antes de caer desplomada en el suelo del *hall*.

Un intenso y desagradable olor la trajo de vuelta a la realidad. Estaba tumbada con las piernas en alto y la cabeza sobre el regazo de Erik, que sujetaba con delicadeza un algodón empapado en alcohol frente a su nariz. Intentó incorporarse, todo el edificio le estaba viendo las bragas, pero Erik la mantuvo en su sitio.

—¿Estás bien, Inés? —preguntó Loreto. También estaba allí, era quien sujetaba sus piernas—. Debiste esperar a que saliera contigo. Ya sabes lo dramática que te pones en algunas situaciones.

Se echó a reír, sin fuerzas, y su hermana la acompañó. Era reconfortante reír, aunque su risa sonara un poco histérica. Loreto soltó sus piernas y pudo estirar su vestido sobre los muslos, aunque Erik no la soltaba.

—Estoy bien, Erik. Deja que me levante.

—No.

—Erik, por favor —rogó. No tenía fuerzas para pelear con él, ni por esto ni por ninguna otra cosa—. Suéltame.

—Me has dado un susto de muerte. Cuando te he visto caer, yo...—La aferró con fuerza—. Pensé que te pasaba algo malo.

—Solo me he desmayado. Me pasa de vez en cuando, ya me has visto antes.

—Es parte del drama Vivanco. E Inés lo clava. Es una estrella de cine —se burló Loreto. Las dos se echaron a reír de nuevo.

Erik miraba de una a otra, desconcertado. Pero no la soltaba.

—Erik, suéltame de una vez. Mierda —dijo al echar un vistazo a su reloj—. Voy a llegar tarde a *poledance*.

—Ve a casa a descansar, Inés —dijo él, conciliador. Pero ella soltó un bufido despectivo. Era lo que le faltaba.

—No eres nadie para decirme lo que tengo o no que hacer. Sé tomar mis decisiones perfectamente sola.

—Lo sé. Deja al menos que te lleve en coche. Voy a acercarme a tu hermana hasta su casa. —Pese al tono ácido con el que le había contestado, él mantenía uno dulce y amable que no parecía suyo. Aquello la irritó aún más—. Te dejo de camino. Vamos.

—De acuerdo.

Cedió solamente porque así llegaría a tiempo a la clase. Una vez en el coche, Loreto hizo el amago de sentarse en el asiento de atrás, pero Inés se adelantó.

—Ve tú delante.

El ver a Erik poniendo los ojos en blanco la cabreó todavía más. Y la debilidad dio paso a la rabia y el rencor. Notó que volvía a faltarle el aire y abrió la ventanilla del coche. Cerró los ojos e intentó disfrutar de la brisa cálida de la tarde sobre su cara, pero subirse a aquel coche había sido un error. Erik era el culpable de todo lo malo que ocurría en su vida últimamente. Esa era la verdad. Y ella, ¿qué hacía? Salvarle el culo. Una rabia amarga la inundó y le dio unos golpecitos desagradables y secos en el hombro.

—Espero que esto te sirva de lección, Erik. —Él no contestó, concentrado en sacar el coche del garaje—. ¿Me estás escuchando?

—Sí, Inés. Te escucho.

¿A que venía esa docilidad? ¿Esa mansedumbre? ¡Tenía que reaccionar!

—Espero que se te hayan quitado las ganas de meterte en una pelea por una buena temporada.

—Sí, Inés. —Si volvía a utilizar a aquel tono amable y paciente, iba a estamparle otra bofetada.

—No puedo creer que esos cabrones vayan a irse de rositas —masculló entre dientes—. ¡Qué rabia! ¡Siento como si hubiera traicionado a todo el maldito género femenino! —Estaba siendo una hija de la Gran Bretaña. Lo sabía muy bien.

—¿Por qué coño retiraste la denuncia, entonces? —preguntó Erik, reaccionando por fin con un tono un poco más acorde con lo que era él.

—¡No estoy hablando contigo! Loreto, ¿sabes quién me invitó a un café justo antes de la reunión? —preguntó con tono irónico. Tenía ganas de golpear algo o, mejor, a alguien. Si era eso lo que sentía Erik en sus accesos de ira, podía comprender perfectamente su falta de control. Su hermana parecía incómoda, y lanzaba miradas subrepticias a Erik, que mantenía los ojos fijos en la avenida Kennedy, con los labios apretados con obstinación.

—No, no tengo ni idea.

—Fue Viviana. ¿Recuerdas que te conté que había llegado de Estados Unidos estupenda y con ganas de dejar por fin al cabrón de su marido? —Su hermana se volvió hacia ella, con los ojos muy abiertos, y asintió lentamente—. Pues puedes darle la enhorabuena. Porque está embarazada.

—¿Qué? —Si no fuera por la gravedad de la situación, la cara estupefacta de Loreto la habría hecho reír.

—¡Oh, espera! Eso no es lo mejor —dijo, haciendo una pausa estudiada para aumentar el dramatismo de sus palabras—. Resulta que termina la subespecialización de Cardiología Infantil en el mejor hospital del país y, ¿qué hace? Dejar de trabajar. Después de doce años quemándose las pestañas, ¡lo deja todo porque su marido piensa que tiene que cuidar de su familia y descansar!

—¿A dónde quieres llegar, Inés?

Soltó una carcajada ácida. No por nada Loreto era una de las mejores abogadas de Santiago. Su perspicacia no tenía límites. Tomó aire lentamente y lo soltó, abandonando el tono sarcástico.

—Álvaro Adams es su marido.

Loreto desencajó la mandíbula, anonadada. Inés se hundió en el asiento; lo había soltado, pero no se sentía mejor. Se sentía como una maldita mierda.

—Me estoy perdiendo algo. ¿Qué coño importa que Adams sea el marido de Viviana? —preguntó Erik, cabreado al sentirse por completo excluido de la conversación.

Inés no contestó. No se arrepentía de la decisión tomada. Erik estaba blindado, pero los remordimientos la perseguirían una buena temporada. Loreto contestó por ella con una concisión y una crudeza que hizo crecer aún más su admiración por ella.

—Álvaro Adams maltrata física y psicológicamente a su mujer.

—¿Cómo sabes eso? —inquirió Erik, con incredulidad.

—No tuve la confirmación hasta hablar con ella. Siempre lo negó, y cada vez que sacaba el tema, me mandaba a la mierda. Espero que esto sirva para que nunca más vuelvas a perder los nervios, Erik.

—Jamás me hubiera imaginado que Álvaro era su marido. — Loreto estaba impactada con la información. Erik se mantenía con la boca cerrada. Mejor—. ¿Cómo te has enterado?

El teléfono de Erik comenzó a sonar. Una vez. Otra vez. Y otra.

—Viviana me invitó a un café justo antes de la reunión. Fue ella quien le dio la información sobre tus antecedentes, en Noruega y en el San Lucas, Erik. Y sabía del trato que me habían ofrecido. ¿Sabes lo que me dijo, Loreto? —Hizo una pausa estudiada. Su hermana la miraba con los ojos como platos—. Me dijo: «No dejes que ganen esos cabrones. No dejes que ganen, ninguno de los dos».

El puto teléfono móvil no paraba de sonar.

—¿Qué dos? ¿Se refería a mí? —Obviamente, Erik no entendía nada. Pero no tenía ninguna gana de explicárselo.

—¡Te he dicho que no estoy hablando contigo! ¡Y apaga el maldito teléfono! —dijo, con los nervios por completo fuera de control.

—Es para ti. Cógelo.

—No.

—Cógelo, Inés. Por favor.

El teléfono sonaba. Erik insistía. Sus nervios se iban a pique otra vez.

—¡HE DICHO QUE NO! —Y acto seguido, arrebató el teléfono que él le ofrecía y lo tiró por la ventanilla abierta del coche. Y de pronto, sin saber por qué, se sentía muchísimo mejor.

—*Fy fæn! Svarte Helvete. GUD!* ¿Por qué coño has hecho eso? —Erik frenó el coche bruscamente en plena Avenida Kennedy —. Bájate del coche, Inés.

—¿Qué?

—¡Que te bajes del coche!

Inés parpadeó un par de veces, abrió la puerta y se bajó en la avenida, dando después un portazo monumental. Erik aceleró con brusquedad, alejándose.

—¡Cabrón! —gritó Inés al aire. Fue lo último que escuchó de ella.

Siguió conduciendo en silencio. Loreto tuvo la delicadeza de no decir ni una sola palabra mientras él se sumergía más y más en la desesperación. En cuanto salió de la Kennedy aparcó el coche a un lado y apoyó la frente en el volante, derrotado.

—Amo a Inés. La amo, Loreto. Nunca se lo he dicho, pero te lo digo a ti. Me crees, ¿verdad? —De pronto, era muy importante que ella le dijera que sí. Que lo creía de verdad.

—No es a mí a quien tienes que decírselo, es a ella. —Loreto frotó su espalda en un intento de consolarlo, pero estaba desesperado. Ahora daba igual que lo que dijese. Su relación se había fracturado de tal manera que le parecía irreparable—. Inés necesita el amor de quienes la rodean, necesita reafirmarse. Sé que habéis roto, pero Inés te quiere, Erik. Pero está harta de ser ella la que tire del carro. Créeme, sé mucho de eso. Los dos sois unos idiotas. Pero ahora te toca a ti luchar.

Llevó a Loreto hasta su casa y después condujo rodeando Santiago durante horas. Con la mente en blanco. Su cabeza no daba para más. Cuando llegó por la noche a su casa, se encontró con un

iPhone nuevo, una caja de Dunkin' Donuts con rollos de canela y una nota de disculpa de Inés. Le dio la vuelta para ver si decía algo más, pero solo se leía un «LO SIENTO».

Se quedó hasta más allá de las doce de la noche configurando el móvil nuevo. Odiaba el proceso. En cuanto recuperó los contactos de su correo electrónico y los sincronizó, le mandó un mensaje a Inés.

«Gracias por el teléfono, pero tenemos que hablar, Inés. Mañana por la tarde, vamos a cenar al Happening y hablamos con calma. No quiero marcharme y dejar las cosas así».

Esperó unos minutos hasta recibir su respuesta.

«Mañana tengo guardia».

Y por si no hubiese quedado claro con anterioridad, envió otro.

«Y no quiero hablar contigo».

Tres son multitud

Era hora de pasar página. Llevaba dos días sin saber nada de Erik pese a haberle pedido perdón por el ataque verbal, la escenita del teléfono y las cosas horribles que había soltado en el coche. Se echó a reír al recordar el frenazo en la avenida Kennedy y cómo la había echado del coche. No podía culparlo. Podía alegar un estado de enajenación transitoria por la tensión acumulada en el arbitraje, pero lo cierto era que no tenía excusa.

Aunque seguía enfadada y dolida. Caían una y otra vez en los mismos errores, en hacerse daño el uno al otro, en no dar su brazo a torcer. La frialdad con la que Erik la había tratado al levantarse por la mañana... agitó la cabeza para alejar los pensamientos. Dolía demasiado. Había dicho cosas preciosas, pero no las creía. O era un mentiroso, o era un cobarde Y no sabía qué cosa era peor.

Se estiró en el sofá, perezosa, y zapeó por los canales de la tele sin encontrar nada apetecible. Quizá debería levantarse y salir a correr. O ir a entrenar a la barra. Pero lo cierto era que tenía resaca de todo lo que había pasado en esa semana, que se le antojaba como un siglo. Se sentía agotada, triste y a la espera de algo que sabía que jamás sucedería. Acabó por quedarse dormida en el sofá.

La alarma del móvil la sacudió con la sensación de que despertaba de un coma profundo. Abotagada, y con movimientos lentos y pesados, alcanzó el aparato encima de la mesa auxiliar del salón.

Erik.

Erik. Erik. Erik.

Le dio vueltas al teléfono en la mano, no se sentía preparada para enfrentarlo. No podía.

Llamada perdida.

Cerró los ojos con fuerza cuando el móvil comenzó a sonar de nuevo, y contestó.

—Dime, Erik —dijo con resignación.

—Inés, sé que estás enfadada, pero necesito ayuda. Emma tiene fiebre, estoy seguro, pero no tengo ni un maldito termómetro en casa —soltó a bocajarro, con el tono cargado de urgencia y preocupación—. La llevaría al hospital, pero no tengo con quien dejar a los mellizos, y...

Inés lo interrumpió para intentar entender lo que estaba pasando.

—Espera, Erik. No me entero de nada. ¿Quién es Emma? — De pronto recordó quién estaba al teléfono cuando Erik le pasó la llamada que terminó con el iPhone volando por la ventana—. ¿Los niños de Maia están contigo?

—Sí. Corbyn y ella se han ido de viaje y yo cuido a los niños. Emma llegó de Brasil muy cansada y quejosa, pero estaba bien cuando ellos se fueron esta mañana. —Se detuvo un momento para tomar aire—. Necesito ayuda, Inés. La verdad es que estoy sobrepasado. Y estoy preocupado por Emma.

Inés no lo pensó.

—Vale. Voy para allá.

Cogió el termómetro, los jarabes antitérmicos que guardaba para cuando sus sobrinos se quedaban con ella, su fonendo y el pequeño otoscopio portátil. Con eso bastaría para examinar a la pequeña.

Condujo con rapidez por El Bosque. Todo la conducía a Erik. Tenía la sensación de que estar con él era inevitable. Pese a la decisión de dejarlo, de buscar algo más fácil, más conveniente, más convencional, no podía resistirse a él. El solo hecho de saber que en pocos minutos lo vería la llenaba de expectación y de anhelo. No era más que una tonta, pero después de dos meses de tiras y aflojas, necesitaba dejarse caer. Dejar de luchar. Abandonarse. Fuese cual fuese el resultado final.

Marcó la clave en la entrada del edificio y aparcó sin problemas. La aceleración en el ascensor no hizo más que empeorar la sensación de vértigo y se tomó unos segundos para calmarse cuando las puertas se abrieron por fin en el apartamento.

—¿Erik? —llamó, insegura. No parecía haber nadie.

Un llanto infantil, irritable y sostenido, se escuchaba en el piso de arriba. Inés subió a ver qué pasaba. Una súbita sensación

de ternura la inundó al ver a su vikingo intentando calmar entre sus brazos a una pequeñita, de no más de dos años, que lloraba desconsolada. Dos chiquillos como dos gotas de agua lo observaban, callados y cariacontecidos, repantigados en la enorme cama. Erik la descubrió y en sus ojos azules se dibujó un alivio infinito.

—¡Inés! Dios, menos mal que has venido. Estoy desesperado.

Ella extendió los brazos hacia la pequeña, que, por un momento, se calmó para mirarla con curiosidad. Los ojos estaban apagados y llorosos, lucía unas enormes ojeras, y parecía derrengada.

—Ven aquí, chiquitita —dijo sin detenerse a saludarlo. Prefería ceñirse a lo que había venido—. ¿Me dejáis sitio? —preguntó a los chicos que ocupaban la cama. Se miraron sin entender, y luego dirigieron los ojos a Erik, que les dijo algo en noruego. De inmediato, se bajaron de la cama y se apoyaron en la pared, serios y expectantes.

—No hablan español, pero puedes hablarles en inglés —explicó Erik—. Son Anders y Olle, los hijos mayores de Maia.

—Encantada de conoceros, Anders y Olle —dijo ella, sonriendo ante las naricillas respingonas y pecosas, y los flequillos de un rubio rojizo—. Soy Inés.

Los niños la contemplaron suspicaces, sin decir nada. Vaya. Qué poco éxito. Se volvió hacia Emma, que seguía berreando. Le quitó la ropa con cuidado mientras susurraba palabras que buscaban calmarla y, tras unos segundos de cantar una de las nanas reservadas a sus sobrinos, la pequeña se tranquilizó. La auscultó y palpó el abdomen, todo estaba en regla.

—Ayúdame un momento —pidió a Erik, que la observaba sin intervenir—. Necesito que le sujetes los bracitos, yo me ocupo de la cabeza. Voy a verle los oídos.

Erik la inmovilizó y la pequeña protestó con fuerza,

—*Onkel!* —protestó, acusándolo de alta traición. Erik no se arredró ante la vocecita lastimosa e Inés revisó sus oídos con rapidez. Los tímpanos estaban normales.

—Ahora el termómetro y terminamos. Cógela sobre las rodillas y sujétale el bracito para que no se escape —indicó Inés. Erik obedeció sin rechistar.

—36,7° C —leyó en el termómetro—. Está todo bien.

—Entonces, ¿qué le pasa? —preguntó Erik, desesperado—. Lleva llorando desde que se marchó su madre hace seis horas. No ha comido nada. No ha dormido nada. ¡No sé qué hacer!

Inés no pudo evitar echarse a reír. A quién se le ocurría quedarse con tres pequeñajos sin tener ni idea de niños. Erik estaba completamente sobrepasado y, en cierto modo, era muy divertido verlo con tan poco control de la situación.

—Tal vez solo echa de menos a mamá. ¿Echas de menos a mamá? ¿Sí? —dijo en un susurro a Emma, que gimoteaba con los ojos llenos de lágrimas.

—*Mamma, mamma* —llamó, con un tono que rompía el corazón.

Inés disfrutó del contacto del cuerpecito caliente sobre su pecho y paseó por la habitación ignorando las tres miradas masculinas sobre ellas. Canturreó algo y Emma apoyó su cabecita, sorbiendo por la nariz de vez en cuando, ya más relajada. No pudo evitar la sonrisa de satisfacción cuando la pequeña cayó por fin dormida en sus brazos.

—Joder, gracias a Dios —susurró Erik, con alivio—. Si seguía llorando me iba a volver loco.

—¡Ssshhh! —lo mandó callar Inés.

Uno de los mellizos, Anders, que llevaba inquieto ya varios minutos, se quejó con rostro enfurruñado.

—*Svarte Helvete* —respondió Erik frotándose el rostro.

El otro lo hizo callar de nuevo, y le dijo algo que tenía toda la pinta de una bronca.

—¿Qué ocurre? —susurró Inés.

—Tienen hambre. He estado tan pendiente de la pequeña que se me ha pasado la hora de la merienda, y ya es casi la hora de la cena. Y Olle me ha llamado la atención por decir tacos —confesó, abriendo y cerrando las manos—. Maia me va a matar cuando vuelva.

Inés se echó a reír, muy bajito, para no despertar a Emma.

— ¿Dónde la pongo a dormir?

—Aquí, en mi cama.

Lo miró de hito en hito. ¿No se daba cuenta de los peligros? Emitió un largo suspiro de impaciencia.

—Se va a querer bajar de la cama y se va a dar un buen golpe. Y si no se lo da ahí, ¿qué pasa con la escalera? Vamos a llevarla a la habitación de abajo, anda. —Erik no tenía ni idea de lo que era un niño pequeño.

—Oh. De acuerdo. No había pensado en ello.

Inés reprimió una sonrisa y fue detrás de ellos. Los mellizos bajaron como una exhalación mientras Erik les imploraba que estuvieran callados y tranquilos. Creía recordar que tenían cinco años. Tarea imposible.

Dejó a Emma en la habitación de abajo, entre el cabecero de la cama y un parapeto de almohadas y almohadones, y la contempló, enternecida. Dejó la puerta entreabierta, y volvió a la cocina, donde Erik miraba una lista de instrucciones.

—La cena tocaba a las ocho, ya es un poco tarde.

—Bueno, no pasa nada, es viernes.

Inés marcó el teléfono del Pizza Hutt y pidió una *pizza* grande de jamón y queso con tomate natural, nada muy sofisticado. Sería suficiente para los tres.

—Erik, os he pedido una *pizza*. Estará aquí en un cuarto de hora. Yo me voy a casa.

La calidez que se había instalado entre ellos gracias a los niños desapareció de un plumazo. Erik salió de la cocina y se plantó ante ella, a escasos pasos.

—Inés, no te vayas.

—Estoy cansada. Salgo de guardia y necesito dormir, en serio. Mañana si lo necesitas, te echo una mano con ellos.

—Esto no tiene que ver con los niños, quiero que te quedes. Conmigo. Y que hablemos de una puta vez.

—¿Tú crees que es el mejor momento? —dijo Inés, señalando a los mellizos, que ignoraban la televisión y se habían puesto a saltar en los cojines.

—Me da igual si es el momento o no. Inés, esto me está matando.

Ella asintió, evitando su mirada. Los dos meses de tiras y aflojas, los polvos furtivos, las relaciones sin sentido, las recriminaciones y la frialdad... Tenían que cortar esa espiral de destrucción mutua en la que parecían haberse sumergido.

—...y te echo de menos tanto, que duele —susurró, con el tono de voz grave y atenazado. Inés elevó la mirada, hipnotizada por sus palabras. Sus ojos azules destilaban ansiedad. Inés se mordió los labios, y titubeó. Ella también. Claro que lo echaba de menos. Pero la certeza de que ambos buscaban algo distinto se cernía sobre ellos como un obstáculo insalvable. Erik se acercó a ella un paso, y de pronto, el sonido atronador de sus sobrinos corriendo a toda velocidad y chocando contra sus piernas, los aterrizó de vuelta a la realidad.

—Erik, mañana hablamos. De verdad. Disfruta de tus sobrinos, son deliciosos. ¡Adiós, chicos! —dijo, revolviéndoles el pelo. No se apartaron, pero recibió sendas miradas acusadoras.

—Inés, un momento. —Erik parecía reacio.

—¿Qué ocurre?

—Emma puede comer *pizza*, ¿verdad?

Inés se echó a reír, negando con la cabeza. Estaba verde como un apio con los niños, aunque le pusiera buena intención.

—Me imagino que sí, yo creo que es mejor que se lo preguntes a sus hermanos. Mañana vendré temprano con el desayuno, ¿te parece bien?

—Me parece perfecto. Me salvas la vida. Gracias, Inés.

El beso en la mejilla fue tan breve y el abrazo, tan tierno, que le dieron ganas de echarse a llorar.

Con el corazón encogido entre la esperanza y el miedo a cagarla de nuevo, enfiló al supermercado. Después de echarle un vistazo al refrigerador de Erik, quedaba claro que los niños morirían de hambre si no hacía algo. Estaba totalmente sobrepasado por la situación, y verlo así de vulnerable, cuando siempre dominaba cualquier situación, era un soplo de aire fresco.

Se le pasó por la cabeza volver y dejar la compra en casa de Erik, pero no se atrevió. Parecían haber llegado a un equilibrio precario y prefería no tentar demasiado al destino. Cada vez que se precipitaban, ocurría una catástrofe. Quería dejar de pasarlo mal. Quería que, por una vez, las cosas fueran fáciles con él. Que fluyeran sin esfuerzo. Se echó a reír ante el pensamiento. ¿Fácil? Era como pedir una aurora boreal en el diciembre chileno.

Subió las bolsas a casa con una sensación de vacío. Estaba cansada. Agotada física y mentalmente. La rotación en obstetricia era más dura de lo que esperaba, el tema del juicio la había tenido con los pelos de punta, y Erik...

Abrió las ventanas de la habitación para que entrara la brisa tibia de la noche. Empezaba el verano y sentía nostalgia por la playa, el mar, descansar en Ranco y salir a tomar por la noche una copa con amigas.

Pese al agotamiento, se sentía en paz. Dejar el juicio atrás suponía una diferencia importante. Pero también sabía que era porque se había rendido a lo inevitable. Que pese a lo que había encontrado detrás de la máscara, de conocer sus facetas más oscuras y malas, de que ya no idealizaba ni se encandilaba con él, tenía la certeza de querer una sola cosa. Con voluntad y plena consciencia. La certeza de una vida junto a él.

Despedidas

Ocho horas de sueño reparador obraban un pequeño milagro. Y un café y una ducha, uno muy grande. Esta vez puso un poco de cuidado en arreglarse, iba a pasar el día con niños, así que tenía que estar cómoda, pero no quería parecer un desastre con patas. Se puso unos *short* vaqueros, una camiseta blanca ceñida y un jersey de hilo azul marino. Ese día haría calor, y apetecía veranito. Se calzó sus Converse rosas y se dejó el pelo suelto. Luego se lo recogió. Se lo volvió a soltar. Mierda.

Cogió lo que había comprado y bajó al garaje. Se aferró al volante y respiró hondo. Vale. No esperar nada. No tener ninguna expectativa. Iban a pasar el día pendientes de tres niños y no habría tiempo para nada más. Pero ese maldito óvalo de esperanza estaba granate, caliente y latía al mismo ritmo de su corazón. Estaba claro que la vena masoquista era fuerte en ella.

Cuando entró en el apartamento de Erik, el ambiente era muy distinto. La recibieron los mellizos corriendo desbocados, entre risas y gritos en noruego, que no entendía nada pero que indicaban que necesitaban salir al exterior cuanto antes.

—¡Hola! Estaba a punto de llamarte para saber cuándo venías, estos malditos críos llevan despiertos desde las siete de la mañana —dijo Erik en un gruñido, dándole un beso en la frente, con Emma parlotando y dando saltitos en sus brazos, entusiasmada.

A Inés se le encogió el estómago. Dios mío. Sus ovarios iban a estallar en cualquier momento. La pequeñaja se estiró hacia ella entre sonrisas y una mezcla de inglés y noruego ininteligible, y dejó las bolsas en el suelo para cogerla en brazos. Los mellizos se abalanzaron sobre ellas para sacar su contenido.

—¡Eh, dejad eso!—dijo Inés en inglés, divertida por el asedio—. Son cosas para el desayuno, esperad un poco.

Erik los apartó, severo, pero los mellizos no estaban por la labor de colaborar y salieron riendo y corriendo hacia el salón, entre empujones y patadas.

—Estos niños necesitan salir al aire libre.

—Lo sé. Los pobres llevan un día entero sin salir.

Inés miró la hora, era temprano, poco más de las nueve, pero el sol lucía ya.

—¿Cómo habéis pasado la noche?

Erik apretó los labios en una línea fina, y luego se lanzó a un desahogo quejándose de que uno de los mellizos se había despertado con pesadillas por la noche, que Emma se había hecho pis, y que al final acabaron los tres metidos en la cama con él. Soltó un sonoro bostezo.

—No he podido pegar ojo en toda la noche. Estoy roto.

Se frotó los ojos como un niño pequeño. Inés reprimió el gesto de retirar el flequillo de su frente. Erik se mostraba ante ella en una faceta desconocida, que generaba un anhelo intenso por algo que sabía que él no le daría jamás. Agitó la cabeza y se concentró en el desayuno.

—¿Tomamos algo y, después, al parque? —dijo en inglés para que todos entendieran. Los aullidos de los mellizos hicieron brotar carcajadas en ambos.

En la mesa se desató el caos, entre la leche, los cereales, las galletas y los zumos, con algún que otro derrame, manitas sucias, protestas y risas. Costó un mundo prepararlos para salir al parque por fin.

Menuda idea, ofrecerle a Maia y a Corbyn quedarse con los niños. Erik observaba a Inés mientras dirigía a los mellizos con Emma apoyada en la cadera, recogía la mesa y después conducía a todos al baño para lavarse los dientes y las manos. Casi se había vuelto loco, e Inés los manejaba con la punta del dedo meñique y con una sonrisa en los labios. Sería una buena madre. De pronto sus ojos se encontraron. La sonrisa de Inés vaciló, y su mirada se tiñó de reservas. Se generó un momento extraño, tenso, que ella rompió con un tono formal y diligente.

—¿Emma tiene sillita? Para bajar al parque, digo.

—Sí, sí. Está en el baño de la entrada, ya la cojo yo. —Cada palabra pronunciada con frialdad era un puñal en su pecho. Cada mirada velada, el recuerdo de todo el daño que se habían hecho las últimas semanas—. Inés...—Se le escapó su nombre entre los

labios con la necesidad de arreglarlo, de hablar las cosas de frente. Ella alzó los ojos, interrogante, pero los mellizos la empujaron hacia la salida entre risas. No era el momento. Su irritación creció. Nunca era el momento.

Erik aseguró a los mellizos con el cinturón sobre los elevadores, y puso a Emma en la sillita a contramarcha. Revisó una y mil veces que estuvieran bien atados, le daba pánico que pudiera pasar algo. Aquel maldito cinturón parecía el arnés de un paracaidista. Emma agitaba los bracitos y las piernas y se puso a gritar en modo de protesta.

—¡Ya está bien! —exclamó, perdiendo los nervios. La niña berreó con mayor intensidad.

—Déjame a mí —dijo Inés, que le lanzó una mirada preocupada mientras acudía a su rescate. Resopló y retiró el sudor de su frente con el antebrazo. Ella no tardó ni treinta segundos en tener la situación bajo control.

Suspiró, aliviado. Meterlos en el coche le parecía demasiada responsabilidad, pero Inés tenía razón, el parque más cercano estaba en Las Lilas, al lado de su casa, y más peligroso era ir corriendo tras los mellizos descontrolados por las calles de Providencia.

No hablaron durante el corto trayecto. Inés parecía lejana, triste, resignada. Odiaba verla así.

—Inés, estás decaída —dijo con un leve tono acusador. Ella correspondió con una sonrisa dulce.

—He tenido mucho lío esta semana, ya sabes.

—Lo sé, pero estás triste.

Ella lo miró, mordiéndose los labios. Los ojos grises brillaban trémulos.

—Solo estoy cansada. Agotada. Estoy harta de pelear.

—¿Pelear? ¿Contra qué? —presionó Erik. Por fin entraban en materia y no dejaría escapar la oportunidad.

—Contra qué, no. Por qué. Pelear por un nosotros. Estoy cansada, Erik. Cansada de que todo sea difícil.

—Es difícil. Yo soy difícil. Pero ¿no sientes que vale la pena? —El tono encerraba un filo demandante que no pudo ocultar.

Ella se arrancó de su mirada y volvió los ojos al paisaje tranquilo de verano a través de la ventanilla.

—No lo sé, Erik. A veces lo pienso, pero tú derribas y reconstruyes una y otra vez todas mis esperanzas. No debería ser así.

—Maldita sea, Inés.

—Aparca ahí, tienes un sitio frente a mi edificio —replicó ella, esquivando sus palabras.

Los niños chillaron entusiasmados al ver el parque. El mismo parque donde, hacía ya nueve meses, había insistido en exactamente lo mismo. En continuar lo que habían empezado, en darle una oportunidad, en ir más allá de aquel beso espectacular que no lo había dejado dormir en días, contra su coche aparcado no muy lejos de allí. Se echó a reír, negando con la cabeza al recordar sus reticencias. Y el tiempo no había hecho más que darle la razón.

Se bajó del coche, saliendo del trance, y la ayudó a sacar a los niños. Fue como soltar a unas fieras enjauladas. Los mellizos salieron corriendo ante el grito preocupado de Inés por los hipotéticos coches que podían cruzar la calle, mientras sujetaba con fuerza a Emma de la manita para evitar que también se escapara.

Era el momento perfecto, Emma no daría la lata.

—Inés, en serio. Yo sí creo que vale la pena. Pese a todo, quiero estar contigo. Una vez te lo pregunté y fuiste sincera: ¿han cambiado tus sentimientos hacia mí?

—Es injusto que me preguntes eso —respondió ella, enfrentándolo. Pareció crecer en su cuerpo esbelto y menudo, la fuerza de su determinación la hacía más grande a sus ojos—. Sobre todo, cuando no hace ni una semana me dejaste plantada en mi casa, haciéndome sentir que para ti no valgo nada. Que no soy más que sexo y una compañía grata solo cuando tú lo eliges, que cuando las cosas se ponen tensas, huyes. —Erik tragó saliva. No dijo nada mientras la realidad de las palabras de Inés permeaba en su entendimiento como una cascada de mercurio helado—. Yo ya no creo nada. Mis sentimientos hacia ti no han cambiado, pero tú también me dijiste una vez que cuando cayeran las máscaras, cuando dejáramos de idealizarnos, sería el momento de tomar una decisión consciente. Y ya no sé si el amor es suficiente, Erik.

Las últimas palabras temblaron en sus labios. Cogió a Emma sobre su cadera y atravesó la calle hasta llegar al parque. Él la siguió, de mala gana. Casi arrastrando los pies.

Las máscaras habían caído, sí. Y el problema estaba en que él había dejado al descubierto la peor parte de sí mismo.

Pasaron una mañana deliciosa. El sol fue subiendo en el cielo hasta dejar un mediodía luminoso y con mucho calor. Corrieron por el parque, subieron una y mil veces por los toboganes y columpios. Erik les compró un tarrito para hacer pompas y todo el parque se llenó de burbujas, provocando las carcajadas divertidas de Emma, que las perseguía y las hacía estallar con sus manitas. Pero todo el bienestar se teñía de una sensación de catástrofe inminente. Iba a perderla. Inés se alejaba más y más de él. Era una certeza casi absoluta. La angustia por saber que lo había tenido todo y lo había lanzado por la borda atenazó su pecho.

No.

Inés era su vida.

No podía perderla.

El sol caía a plomo, eran los únicos que quedaban en el parque. Los mellizos se movían ya al ralentí, y Emma corrió hasta sus piernas, gimoteando y pidiendo que la aupara. La cogió en brazos y la pequeña se apoyó en su hombro.

—Hace demasiado calor y es más de la una. Tienen que comer algo —dijo Inés, mirando el reloj.

—Es tarde. No me había dado cuenta.

—Tío Erik, tenemos hambre. ¿Podemos comer *pizza* otra vez? —preguntó Anders, frotándose la nariz.

—No. No más *pizza* o tu madre me matará. Ya pensaré con qué os alimento.

—¡Pero tenemos hambre ahora! —gimoteó Olle.

—Anda, vamos a mi casa. Qué os parecen ¿unos espaguetis con muuucho queso?

—¡Síiiiiiiii! —gritaron los mellizos al unísono.

No había más que hablar, aunque estaba seguro de que cuando los niños se descalzaron al llegar a su casa, esparciendo un

kilo de arena del parque en el vestíbulo, y se lanzaron a saltar en sus sofás, Inés ya se estaba arrepintiéndose. Pero no. Otra vez demostraba tener más mano izquierda que él. Negoció con ellos ponerles la Wii mientras ella cocinaba, si se portaban bien, y pronto los tuvo sentaditos frente a la pantalla de la televisión jugando al Mario Bros.

—Una mujer de recursos —dijo cuando volvió hacia la cocina.

—Estoy acostumbrada a lidiar con los salvajes de mis sobrinos —replicó ella, riendo—. ¿Quieres poner a Emma a dormir? Se ha quedado frita.

Era cierto. Su sobrina estaba totalmente derrengada sobre su hombro.

—¿Estará bien? Anoche durmió todo el día desde que la dejaste en casa y ahora, otra vez —comentó, preocupado—. Quizá está incubando algo.

Inés se echó a reír, negando con la cabeza y reclamando a Emma.

—O tal vez solo necesite dormir, entre tanto avión y tanto viaje, con el cambio de hora y andar de un lado para otro. Estos planes son matadores para un adulto, imagínate para un bebé.

Se dirigió hacia la habitación de la entrada con ella, pero no la siguió. Se sentía innecesario. Fuera de lugar. Inés se las arreglaba perfectamente sin él. Cuando volvió hacia la cocina, se metió con ella allí.

—Déjame ayudarte. Lo estás haciendo tú todo.

—Estoy acostumbrada a hacer las cosas sola, Erik. No te preocupes.

Era cierto. Era una mujer independiente, trabajadora, preocupada por los suyos... No lo necesitaba para nada. Y, sin embargo, no podía evitar el impulso que lo empujaba a querer protegerla, cuidarla, mimarla.

Ya sabía dónde estaba el mensaje, así que puso la mesa. Luego volvió junto a ella. En un impulso que no pudo frenar, la envolvió entre sus brazos.

—Inés, ¿cómo puedes decir que para mí no vales nada? Lo eres todo para mí.

La estrechó con fuerza, depositando en aquel gesto todo lo que sentía. Pero ella seguía rígida, y aferró sus antebrazos en un intento de apartarlo.

—¿Y por qué huyes? ¿Por qué insistes en marcar distancias? No dejas que me involucre en tu vida, no permites una mayor intimidad entre nosotros. —Inició una protesta para acallarla, eso no era cierto, pero ella se adelantó—. No me refiero al sexo, me refiero a compartir las cosas cotidianas, a conocerte mejor, a saber lo que piensas. A proyectarnos juntos.

Forcejeó para soltarse, y él la dejó escapar. Ella apagó la olla que burbujeaba y escurrió la pasta con gestos nerviosos. ¿Por qué? ¿Por qué lo hacía? Ni él mismo lo sabía, por eso no podía darle una respuesta. Era cierto. En cuanto la sentía demasiado cerca, ponía distancia. Se marchaba a la montaña sin decir dónde iba, o prefería pasar la tarde solo, en casa o en el gimnasio, aunque lo único que hiciera fuese echarla de menos y arrepentirse de su decisión. No podía darle una respuesta, porque no tenía ni idea.

Los niños dormían la siesta tras engullir dos platos de espaguetis e Inés se afanaba en la cocina, fregando. Erik no se acercó a ayudar. Tenerla cerca y no poder tocarla era una tortura. Se sentía bloqueado, impotente, inútil. Y lo peor era que la Inés desafiante y peleona había desaparecido para dejar paso a una muy diferente. Resignada. Apática. La prefería mil veces soltando gritos a con esa pasividad extraña. Cerró el grifo y se secó las manos con un paño de cocina.

—Erik, hoy tengo clase de *poledance*. No hace falta que despiertes a los niños. Aquí tienes las llaves —depositó el llavero en su mano, sin tocarlo—. Y tienes todo su equipaje recogido encima de la mesa. —Se estiró hacia él y le dio un beso apresurado en la mejilla—. Despídeme de los niños, ¿vale?

—Espera un momento, Inés. No te vayas.

No podía marcharse así. Rodeó su cintura con los brazos, pegó el cuerpo a su cuerpo, y la abrazó. Vaya si la abrazó. Se dejó

caer en el contacto, en el olor de su piel, en el calor que emanaba, en lo que anhelaba bajo la tela delgada de algodón.

—Que tengas buen viaje —susurró ella. Se besaron con dulzura. Tan solo un roce en los labios. Después esprintó hacia el ascensor. Erik la miró, boquiabierto y abriendo y cerrando los puños a ambos lados del cuerpo.

Inés se había marchado.

La clase de *poledance* le permitió olvidarse durante un par de horas de la tormenta emocional que se cebaba en ella. Dejarse llevar por la música, por la sensualidad de los movimientos, era un bálsamo calmante. Marcelo sonreía, aprobador, al verla deslizarse por la barra vertical con facilidad.

¿Qué significaba todo aquello? ¿Se habían reconciliado? Suspiró. Necesitaba poner en orden su cabeza.

Esperaba que los niños no le dieran mucho trabajo por la noche, al día siguiente les esperaba un día duro de aeropuertos y vuelos. Llegó a su edificio y se acercó al mostrador del vestíbulo para recoger sus llaves.

—Buenas noches —saludó al conserje—. ¿Han dejado unas llaves para mí?

—No, señorita. Aquí no ha venido nadie.

Claro. Acostumbrado a marcar en el panel electrónico, y con los tres niños a cuestas, se había olvidado de dejárselas. Suspiró.

—¿Puede dejarme las llaves de repuesto?

El conserje asintió y buscó en el enorme manajo la de su apartamento.

—No olvide devolverla.

Abrió la puerta de su apartamento, y escuchó, sorprendida, unos gritos y risas. ¡Erik seguía allí con los niños! De pronto, Emma, completamente empapada y cubierta de espuma, corrió por el salón hacia ella entre carcajadas, dejando una estela de agua y jabón a su paso.

—*Hallo! Hallo! Hello!* —dijo, contentísima, con su chapurreo delicioso que mezclaba noruego e inglés. Le rodeó las piernas con

sus bracitos, empapándola.

—*Emma, kom hit akkurat nå!* —Erik llamaba desde el cuarto de baño a grito pelado.

Inés se echó a reír y cogió una toalla del aseo de la entrada para envolverla. La llevó en brazos hasta su habitación, desde donde se escuchaba a Erik arengar a los chicos en noruego, en un tono bastante desesperado.

—Pero... ¿qué habéis hecho? ¡Estáis inundando el suelo! —gimió Inés. Una nube de vapor la envolvió al entrar en su cuarto de baño.

Erik la miró, metido en la ducha en bóxer, mientras los mellizos llevaban a cabo una batalla campal bajo el agua.

—Socorro... —murmuró al verla—. Pensé que podría bañarlos a los tres. Llegaron del parque llenos de mierda, no sabía muy bien qué hacer.

El panorama era tan cómico, que Inés sacó unas pocas fotos con su móvil y se las envió a Maia.

Tardaron una hora larga en recoger el desastre en el baño. Cuando los tres niños comían, repeinados y limpios, un plato de carne con puré, Erik se tiró en el sofá, agotado.

—¿Pero qué ha pasado? —preguntó Inés por fin.

—Subimos muy tarde del parque. Les compré un helado porque tenían hambre y se pusieron perdidos. Llegamos a tu apartamento y los mellizos se quitaron la ropa y se metieron en la ducha —dijo, frotándose la cara—. Me pareció buena idea bañarlos, los tres estaban asquerosos. Solo que no tengo brazos para sujetar a tanto niño. Anders y Olle empezaron a patada limpia a pelearse, y Emma se me escapó al sentir que llegabas... y menos mal que llegaste.

—Es tardísimo, Erik. Son casi las doce de la noche. —Le quitó a Emma la cuchara de la mano, porque ya no quería comer más y comenzaba a esparcir el puré fuera del plato, gimoteando—. ¿Por qué no os quedáis a dormir? Emma puede dormir conmigo en la cama pequeña y tú con los mellizos en mi habitación.

Olle se bajó de la silla y corrió a encaramarse sobre su tío en el sofá. Anders llevó, muy serio, su plato al fregadero e hizo lo mismo.

—De acuerdo. Acepto el ofrecimiento. A ver si entre los dos conseguimos hacerlos dormir.

Inés dio un beso a los chicos y les dio las buenas noches, y se llevó a Emma a la habitación pequeña. Se acurrucó con ella en la cama durante unos minutos con la luz apagada, y la arrulló entre sus brazos. No tardó en dormirse, y se levantó sin hacer ruido.

Sonrió, enternecida, al ver a Erik entre sus sobrinos, los tres dormidos. Los abrazaba contra su pecho, las tres cabezas rubias, de un tono claro muy similar, juntas sobre las almohadas blancas. Un anhelo abrumador la inundó. Ella quería algo así con él. ¿Por qué lo veía por completo inalcanzable?

Disfrutó del silencio después del bullicio de todo el día. Se sirvió una Coca Cola con hielo, y se sentó en el sofá, derrengada. Cerró los ojos un momento, cuando notó que Erik se sentaba a su lado.

—Por fin un poco de paz —murmuró. Ella sonrió. Llevaba puesto el pantalón gris y la camiseta blanca de siempre, que guardaba junto a sus pijamas en el cajón. No había tenido el ánimo de devolvérselos. Y nunca confesaría que alguna vez se había puesto las prendas para sentirlo más cerca.

—Sí, los niños son agotadores —dijo con una sonrisa, evitando dejar traslucir sus pensamientos. Se levantó para huir de su piel caliente y el aroma a limpio que emanaba de él—. Me voy a la cama, yo también estoy cansada.

—Espera un momento, Inés. —La cogió de la muñeca y se levantó, quedando a pocos centímetros de ella—. ¿En qué punto estamos? Estoy un poco perdido.

—Ay, Erik... —cerró los ojos y se dejó envolver entre sus brazos. Hundió el rostro en su pecho, rendida—. De verdad que no tengo fuerzas para esto ahora. No lo sé. ¡No lo sé!

—No quiero marcharme sin que arreglemos esto. Tenemos que hablar de lo que pasó, todavía no termino de asimilar que ese bebé que perdiste era también mío.

Inés alzó los ojos, sorprendida. Era la primera vez, desde que se había enterado del embarazo, que lo veía como algo suyo. Sus miradas se engarzaron con la fuerza de toda la historia que los

unía, y que luchaba contra aquello que los separaba. Sus labios se rozaron.

—¿Os vais a besar? —dijo una vocecita malévola, interrumpiendo el momento.

—*Svarte Helvete!* ¡Anders! —se desesperó Erik. Cogió al niño en brazos y se lo llevó a la habitación.

Inés se echó a reír, derrotada. Era imposible hablar así. Mientras Erik acostaba a su sobrino, ella tuvo unos minutos para componer una respuesta. Cuando volvió, prefirió mantener las distancias.

—Erik, vamos a dejar pasar las Navidades. Nos vendrá bien a los dos poner un poco de distancia y pensar. —Ignoró los labios apretados y la mirada herida—. Disfruta con tu familia, descansa de todo lo que ha pasado. Han sido unos meses muy duros. ¿Se ha solucionado lo de tu suspensión en el quirófano? ¿Y Portales?

—Todo se ha arreglado. Me incorporo después de las vacaciones, el quince de enero, y vuelvo al concurso de méritos por la subjefatura —dijo con alivio evidente. Inés sonrió—. Portales... no le han renovado el contrato. Estaba contratado como temporal hasta diciembre. Guarida no ha querido meterse en problemas, le ha firmado las vacaciones y le ha dicho que el año que viene no cuenta con él.

—¡Me alegro! —exclamó Inés, espontánea. No pudo evitar abrazarlo, feliz por él—. Todo se ha solucionado.

—No todo —murmuró Erik, estrechándola de nuevo contra su cuerpo. Pero Inés se desasíó de sus manos. La nostalgia por su contacto comenzaba a ser demasiado dolorosa.

—Hablamos cuando vuelvas de Noruega.

Erik se sentó de nuevo en el sofá, mirando a Inés alejarse hacia la habitación. Se llevó las manos a la cara y apoyó los codos en las rodillas. Tenía razón. Lo mejor era poner tierra de por medio y pensar en frío. Pero ¿por qué la mera idea le desgarraba el corazón?

No pegó ojo en toda la noche. Los mellizos se revolvían en un sueño inquieto, y cuando por fin se quedó dormido, le sonó el móvil.

—¿Sí? —dijo en un susurro, rogando porque los dos pequeños demonios no se despertaran. Salió de la cama haciendo equilibrios para no tocarlos. Era Maia. Llegó al salón con una sensación de alivio.

—¡Hola! Estoy con Corbyn en la puerta del edificio de Inés. ¿Qué piso es?

Pocos minutos después, los recibía en la entrada.

—¿Cómo es que estás aquí? ¿Os habéis reconciliado? —Dijo Maia, dándole un abrazo, entusiasmada. Estrechó la mano de su cuñado, que parecía dormir todavía en el avión.

—No lo sé. Más o menos —gruñó. Ojalá pudiera darle una respuesta más concreta—. Ven, los mellizos duermen en la cama grande.

—¿Y Emma?

Erik abrió con cuidado la puerta de la habitación junto a la entrada. Emma e Inés dormían a pierna suelta, abrazadas. Maia les hizo una foto, entre risas.

—No las despiertes. Vamos a preparar a los mellizos, y nos vamos. En dos horas tenemos que estar de vuelta en el aeropuerto y aún tenemos que pasar por tu casa.

Erik asintió. Lo que era tener mano para los niños. Entre Maia y su marido, tuvieron todo listo en veinte minutos. Corbyn cerraba las cremalleras de las sudaderas de los niños cuando Inés apareció con Emma a la cadera.

—Buenos días —saludó, sorprendida—. ¡Cómo no me habéis despertado!

Ella y Maia se abrazaron con afecto, jaleadas por la pequeña, contenta de ver a sus padres por fin. Pasó de unos brazos a otros, mientras su hermana le presentaba a su marido.

—Gracias por ayudar a Erik a cuidar de los niños. Creo que se ha visto un poco sobrepasado —dijo con una sonrisa traviesa—. ¿Cómo ha ido todo? ¿Y las cosas de Emma?

—Están aquí.

Erik se sentía un inútil. Mientras Corbyn enseñaba unas fotos de dónde habían estado a sus hijos, en una calma pasmosa, Inés y Maia reunieron las pertenencias de los niños frente a la puerta de salida, conversando sobre las anécdotas del fin de semana.

—¿No queréis un café? ¿Desayunar algo? —ofreció Inés.

—No, no. Ya hemos abusado bastante de tu hospitalidad. Dentro de una hora tenemos que estar en el aeropuerto. Erik, dame las llaves de tu coche, nosotros vamos bajando. ¡Chicos, despedíos de Inés! —dijo, alzando la voz.

Emma agitó su manita y estampó un beso algo baboso en la mejilla de Inés, provocando sus risas. Los mellizos la abrazaron y besaron, sin hacerle demasiado caso. Pero Olle, el más tímido de los dos, tiró de su camiseta para reclamar su atención.

—Eres genial. Y espero que te cases con mi tío para que seas de la familia —dijo con solemnidad. Todos estallaron en carcajadas y el pobre Olle hundió la cara en la barriga de su madre.

—¡Vaya! —dijo Corbyn, admirado—. Debes caerle muy bien. Inés, gracias por todo y encantado de conocerte. Espero que nos veamos pronto. —Se dieron con un beso—. Erik, te esperamos abajo.

Inés los despidió en el rellano.

En cuanto cerró la puerta, Erik la abordó sin dejarle escapatoria. La placó y selló los labios contra los suyos, enardecido. La cabeza le daba vueltas y el control de su cuerpo pendía de un hilo de voluntad. Ella gimió.

—No me hagas esto, Erik. Por favor.

—Dime que me quede. Dime que no coja ese avión y resolveremos esto aquí y ahora. Eres mi vida, Inés —dijo, encerrando su rostro entre las manos y obligándola a mirarlo a los ojos—. Quiero estar contigo. Quiero lo que tú quieras darme. Vuelve conmigo, *liten jente*. Conmigo es donde tienes que estar.

Se fundieron en un beso furioso, pero Inés rebajó la intensidad respondiendo con dulzura y no con pasión.

—No, Erik. Disfruta de tus vacaciones en casa, y el quince de enero nos vemos. Los dos necesitamos tiempo para reflexionar.

Feliz Navidad

Las bolitas de galleta, nueces y dulce de leche eran un clásico desde que Inés tenía memoria. Hacerlo junto a sus sobrinos era aún mejor. Todos se hacinaban en la cocina moliendo galletas, pelando nueces y evitando las palmadas de su madre cada vez que alguien se chupaba los dedos con fruición. Todos participaban excepto su padre, que leía el periódico en un rincón más apartado, estirando la mano y haciendo desaparecer alguna bolita de vez en cuando. Inés sacó el móvil e hizo una foto.

«Ambiente navideño Morán Vivanco. ¿Tú qué haces?».

Erik no tardó en contestar. Inés se echó a reír al verlo con un gorro de lana calzado hasta las cejas y una larga caña de pescar sobre la cubierta de un barco. Un poco por detrás, se veía a su hermano mayor.

«¡Os parecéis muchísimo!». Tecleó con rapidez. La respuesta fue inmediata.

«De eso nada. Yo soy mucho más guapo».

Inés soltó una carcajada que llamó la atención de toda su familia.

—¡Suelta el móvil de una vez, Inés! —regañó Loreto—. Lo has mirado al menos veinte veces desde que estamos en la cocina.

«Eso habría que verlo. ¡ARROGANTE!», respondió, para luego deshacerse del aparato en el bolsillo del delantal que llevaba.

—¿El vikingo? ¿Cuándo volveremos a verlo? —preguntó Miguel, que había pasado de seguir con la repostería y abría una botella de vino.

—No lo sé. Volverá de Noruega a mediados de enero —dijo, intentando imprimir la indiferencia justa al tono de voz—. No lo sé con exactitud.

—¿En qué quedaron?

Inés reprimió un bufido. La despreocupación y naturalidad de su hermano le jugaban en contra esta vez. Loreto dejó lo que estaba

haciendo y alzó la mirada con interés, y su madre también esperaba su respuesta. Cotillas.

—No quedamos en nada, en realidad. Los dos tenemos muchas cosas en qué pensar, y cuando vuelva, hablaremos. ¿Me sirves una copa de vino, o vas a beber la botella solo?

No dejó lugar a dudas de que no tenía ganas de hablar del tema. Su recuerdo y el pensar que quizá había dejado escapar una oportunidad de oro al no decirle que se quedara, hicieron que una parte de ella permaneciera ajena al alborozo de la cena navideña en familia y el intercambio de regalos. Solo se quedó durante un rato a la charla eterna de todos los años frente a la chimenea. Se retiró a su habitación, aduciendo que estaba agotada, y se metió en la cama. Sonrió al ver una nueva foto en su Whatsapp.

«Para que no te queden dudas. Te presento a Kurt».

La foto mostraba a Erik y a su hermano, sentados en el suelo del barco y mirando hacia arriba, con sendas sonrisas de dientes blancos y fuertes. Los ojos de Erik tenían esa tonalidad indescriptible que encerraba todos los matices de azul del océano. Los de su hermano eran de un verde uniforme e intenso. La barba de Erik era dorada y espesa. La de su hermano, canosa y algo más rala. Los dos eran masculinos y guapos, pero sin duda Erik ganaba por goleada.

«Me quedo con tu hermano. Pero me encanta tu barba. Feliz Navidad».

Esperó unos segundos, pero aparecía desconectado. Seguramente estaba con todos los preparativos de su cena de Navidad. Se quedó ensimismada mirando el fuego. No debió marcharse tan temprano a la cama, ahora se sentía sola y la ausencia de Erik dolía aún más. Recordó el último beso intercambiado, su desconcierto al asimilar todo lo que había pasado, sus brazos fuertes sujetándola como si no quisiera soltarla jamás. Unos golpes tenues la devolvieron a la realidad. Su madre se asomó por la puerta con rostro preocupado.

—Pasa, mamá —dijo Inés. Se reacomodó en las almohadas y dejó el móvil sobre la mesilla.

Su madre se sentó en la cama y colocó el cobertor de *patchwork* sobre sus piernas. Atrapó una de sus manos y la acarició

con cariño.

—Estarás bien, Inés.

—No estoy tan segura, mamá. Lo echo de menos. Tanto, que duele. Y aunque estoy convencida de su compromiso, de que quiere estar conmigo, también sé que jamás sentiremos lo mismo el uno por el otro. Él quiere unas cosas, y yo otras muy distintas.

—¿Eso es malo, Inesita? Piénsalo con calma. Erik te quiere a su lado, sin reservas. Te ofrece todo lo que tiene y está dispuesto a escuchar lo que tú quieres. ¿Estás dispuesta tú a escucharlo a él? —Inés arrugó la nariz. ¿Por qué todo lo que decía su madre era tan cuerdo y tenía tanto sentido?—. Tienen que trabajar en un «nosotros», en lo que quieren como pareja, con independencia de lo que quiera cada uno para sí mismo. En eso consiste una relación madura, Inés.

—Ya lo sé, mamá. Pero sé que hay cosas a las que yo no quiero renunciar. Y él tampoco renunciará a otras. Ahí es donde nuestros caminos se hacen incompatibles —dijo con un hilo de voz. No veía ningún futuro en aquello—. Yo quiero tener hijos. No ahora, quizá, pero en un par de años, sí. La vida de Erik es la cardiocirugía. Todos sus objetivos están puestos en esa premisa. ¿Cómo van a ser compatibles dos cosas así?

Su madre suspiró con paciencia.

—Erik te dijo que tú eras su vida —señaló su madre. Inés apoyó el mentón en las rodillas.

—No creo que haya cambiado de un día para otro, mamá.

—Yo tampoco creo que él haya cambiado. La gente no cambia en su esencia, Inés, eso también debes tenerlo claro. Cambian las prioridades.

—Yo no quiero que Erik cambie, me gusta como es. Pero, sinceramente, no sé si tenemos las armas para que esto funcione —confesó, asumiendo el miedo que tenía a que lo intentaran, y volver a fracasar—. No quiero pasarlo mal.

—Mira, hija, yo no tengo la clave para que los matrimonios funcionen, pero sí puedo darte las que sirven para el mío: escoger las batallas, hacer la vista gorda con las pequeñas miserias y enfrentar con firmeza las graves. Dar siempre más de lo que

esperas, pero aquello que de verdad necesitas, no renunciarlo jamás. No hay más secretos, Inés.

—Dicho así, no parece tan difícil —replico, riendo. Sabía que sus padres también atravesaron algún momento de crisis, pero ahí seguían. Enamorados. Compenetrados. Juntos.

—Es más sencillo de lo que parece a largo plazo, aunque ahora te parezca imposible.

—Erik nunca me ha dicho que me quiere —añadió Inés en voz baja. En cuanto lo dijo, supo lo infantil y superficial que era su afirmación. Lo injusta que estaba siendo con él al hacerla. Su madre hizo un gesto de impaciencia.

—Erik te ha demostrado una y mil veces que te ama, Inés. A su manera, pero con sinceridad. Muy pocas parejas pueden decir lo mismo. Fíjate en Loreto y Julio.

—O en Alma y Dan —dijo Inés en voz baja recordando las palabras de su amigo. Se inclinó sobre su madre y la abrazó con fuerza—. Tienes razón, mamá.

—Descansa, hija. Y mándale saludos a ese vikingo tuyo. — Su madre la acarició con suavidad en la mejilla y le ordenó el pelo tras los hombros—. Él también tiene mucho que aguantar.

Recibió un beso en la frente y la vio marcharse en silencio. Tenía razón. Su madre le había dado mucho en qué pensar.

Pasó los días antes de marcharse de vuelta a Santiago en una mezcla de esperanza y expectación. No quería hacerse ilusiones, pero Erik mandaba señales firmes y directas a manera de fotos con su familia, mensajes que afirmaban lo mucho que la echaba de menos y las ganas que tenía de volver. La diferencia horaria y las malas comunicaciones no facilitaban la tarea y no habían podido hacer más que algún que otro Skype interrumpido. Mejor. Prefería no hablar demasiado con él. Ella respondía contenida, más circunspecta, pero la distancia estaba ayudando a decantar muchas cosas, y el temor a un corazón roto e irreparable para siempre comenzaba a quedar atrás.

Se despidió de su padre y de sus hermanos en la casa. Su madre la llevó al aeropuerto para pasar el Año Nuevo con sus amigos, con ese último mensaje que siempre la reconfortaba junto a un abrazo dulce y maternal.

—Estarás bien, Inés.

Inés llevaba un par de días embalando adornos y preparando cajas con las pertenencias de Alma. Ahora tenían lo mínimo e indispensable para pasar la última noche en su apartamento e improvisaron una cena de despedida.

Alma y Dan parloteaban y compartían confidencias como si nada hubiera ocurrido entre ellos. Habían pasado página. Habían aprendido. ¿Era capaz ella de pasar página también y empezar de nuevo con Erik?

Una nueva foto, con un Erik muy abrigado en una calle nevada y adornada de luces navideñas la hizo sonreír. Qué ganas de estar allí.

«*Me desconecto hasta nuevo aviso. Por si no hay cobertura, Godt Nyttar!*».

Hacía casi una hora de aquello, pero aun así, respondió.

«*Feliz Año Nuevo. Te quiero, vikingo*».

—Es una locura lo que estás haciendo, Erik. ¡No vas a conseguirlo!
—dijo Maia, acelerando para llegar a tiempo al aeropuerto. Estaba muy justo, había conseguido las plazas *in extremis*. ¿Quién iba a decir que los aviones estaban llenos el día de Año Nuevo?

—No te distraigas. Voy a dejar la cazadora de esquí en tu coche. Me llevo el jersey y la bufanda. —Se deshizo, forcejeando, de la prenda y la dejó en el asiento de atrás.

—Si ella te ha dicho que necesita espacio, tienes que respetarla.

Maia frenó el coche frente a una de las puertas de Salidas, puso las luces de emergencia y lo miró a los ojos con intensidad.

—No, Maia. Si le doy un minuto más, se dará cuenta de que no soy suficiente para ella, y volveré a perderla. Deséame suerte. ¡Feliz año, hermanita!

Le dio un beso y esprintó hacia las puertas de embarque. Su vuelo estaba embarcando ya.

Inés se desperezó en el incómodo sofá cama, pero a cambio, recibió de lleno la luz entrando por la ventana del salón, que daba al mar. Se estiró, anquilosada, y movió el cuello de un lado a otro. Último día del año, y un buen momento para hacer balance. Intentó no hacer ruido, y reprimió una risita al percibir unos sonidos rítmicos, acompañados de unos jadeos desde la habitación que compartían Alma y Dan. Menuda marcha. Por la noche, había tenido que enterrar la cabeza debajo de la almohada para no escucharlos. Y encima se había puesto a cien. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última noche con Erik? Más de dos semanas. Cada célula de su cuerpo clamaba por él.

No solo por sexo, sino por su sonrisa, por su abrazo, por sus ocurrencias, por verlo trabajar en la madera o deslizándose por la montaña con la tabla de *snowboard*. También con las cuerdas en la mano. Resopló y se acercó a la cocina en busca de un café. ¡Cuántos recuerdos asociados a una cafetera! Inés se echó a reír al recordar aquel primer polvazo en la cocina de su casa. Agitó la cabeza y salió al balcón. Necesitaba poner el máximo espacio posible entre ella y los tortolitos. Parecía que todos los recuerdos que tenía con Erik eran de índole sexual. No. No podía ser injusta. Las conversaciones interminables, las horas tranquilas en la casa de Farellones, las tardes planificando la FUNCORP, su humor divertido y a veces ingenuo. Sintió ganas de gritar de frustración y entró a buscar su móvil. Al menos la parejita había parado. ¡Malditos conejos! Nada. Sin noticias de Erik. Incapaz de seguir dando vueltas por el minúsculo apartamento, se puso el bikini, un vestido veraniego y bajó a la piscina a tomar el sol.

Erik miró el reloj por enésima vez. Todavía le quedaban un par de horas de conexión en París. El Charles de Gaulle era un hormiguero

humano y se entretuvo mirando la mezcla ecléctica de rostros y ropas que desfilaban, algunos con prisas y rostros atribulados, otros cansados y más tranquilos, frente a él en la terminal. Entró en la sala VIP y se tomó un café. Abrió y cerró las manos, no debería haberlo hecho. Llevaba tanta cafeína encima que en cualquier momento empezaría a fibrilar. No recordaba encontrarse en un estado de nervios semejante en... En realidad, nunca.

Salió de nuevo a la terminal y recorrió las tiendas. Gastó una cantidad absurda en lencería para Inés, y luego estuvo tentado de devolverla. Pasó por el Relay y se compró un libro que le había visto leer a ella. La autora era noruega, así que se arriesgó. Fastidiado, se dio cuenta al abrirlo que había cogido la edición en francés. Con un suspiro, se sentó de nuevo en un sillón de la sala VIP, y se enfrascó en la lectura.

—¡Listo! Por fin —dijo Daniel, cerrando a duras penas el maletero de su coche. El de Alma también estaba lleno a reborar. Inés cerró la puerta de la entrada y le entregó a su amiga el juego de llaves.

—Se acabó. Oficialmente, he cerrado mi apartamento de Viña. ¡Ya no tengo casa!

—¿Cómo que no tienes casa? —dijo Dan, ofendido—. Tienes un piso precioso en Santiago, en pleno Barrio París-Londres.

Inés se echó a reír al verlos discutir como siempre. Se tocaban más, permanecían más atentos el uno al otro y no paraban de sonreír.

—Dame las llaves del coche, Alma. Vosotros id delante, yo os sigo.

Tardaron más de lo acostumbrado en llegar a la casa de los padres de Alma. El tráfico y el trasiego de gente, que vibraba con la llegada del nuevo año, y el calor insoportable, dificultaban los desplazamientos y generaban una sensación de sofoco.

Cuando Inés se lanzó a la piscina y emergió, refrescada, no pudo evitar volver a pensar en la boda de sus amigos. En cómo Erik la había lanzado al agua, y sobre todo, cómo ella se había vengado después. Todo el último año estaba impregnado de su recuerdo. Allí

donde fuera, todo conducía de vuelta a él. Pensó en el portadocumentos de cuero grabado que le había comprado para Navidad, no había podido dárselo. Con él, llevaría sus papeles en orden y bien presentados cuando consiguiera la jefatura. Porque estaba segura de que la conseguiría. Se quedó a remojo largo tiempo, disfrutando de los rayos de sol y de la sensación de nostalgia que le traían sus recuerdos. Solo salió de su ensimismamiento cuando la llamaron a comer.

Por fin en Santiago. Un calor sofocante lo envolvió al bajar del avión, pasaba del invierno crudo del Ártico al verano sofocante de la enorme ciudad. El control de pasaportes se hizo eterno. Menos mal que no llevaba equipaje, pero eso pareció levantar las sospechas de los carabineros de los Servicio Aduaneros, que señalaron con cara de pocos amigos una mesa de metal, algo apartada del barullo del control de maletas. Erik apretó los labios en una mueca de pura frustración.

—Abra la mochila.

Él sacó el contenido de su mochila de viaje: la lencería para Inés, el libro que ya había terminado, su móvil, el cargador, las gafas de sol, un pequeño neceser de Air France que le habían dado en el avión y el jersey grueso que llevaba desde Noruega.

—¿Cuál es el propósito de su viaje a Chile?

—Trabajo y vivo aquí —dijo mostrándoles de nuevo su Célula de Identidad Chilena. Comenzaba a perder la paciencia y endureció el tono de voz—. Esta es mi tarjeta identificativa: soy cardiocirujano del Hospital San Lucas.

Los carabineros lo miraron de reojo y compararon la foto del RUT y la de la identificación. Erik vio, aprensivo, cómo se llevaban los dos documentos al interior de una oficina.

—Espere un momento.

Intentó disimular por todos los medios su frustración y cabreo. Miró una y mil veces el reloj, cada minuto contaba y aún tenía que coger el coche en el aparcamiento y llegar a Viña del Mar.

—De acuerdo, puede pasar.

Erik emitió un agradecimiento que sonó más bien como un gruñido y se apresuró hacia la salida. Tenía menos de tres horas para llegar hasta Inés.

¡Cuánta gente! Los padres de Alma sí que sabían montar una buena celebración. Esta vez, habían instalado unas mesas en la terraza de la piscina y unas antorchas adornaban el jardín. La idea era una fiesta de estilo ibicenco, pero Inés se echó a reír ante los estilismos: desde sombreros de paja con cintas de colores, vestidos playeros o, directamente, trajes de baño y pareo. Solo un puñado de invitados, incluida ella misma, habían acertado con los vestidos de tejidos vaporosos de color blanco.

Cenó con apetito el picoteo, y conversó con algunos familiares de Alma con los que ya había coincidido en otras ocasiones. Pero algo faltaba. Algo alto, rubio y gruñón.

—¿Qué tal, te diviertes? —dijo Alma, con los ojos brillantes y el rostro resplandeciente. Inés asintió.

—Es perfecto, Alma. La música, la comida, ¡todo!

—No falta nada para recibir el Año Nuevo, ¿vamos a la playa? ¡Toma una copa de champán!

Inés y su amiga se unieron a la gente que se acercaba a la orilla. Una enorme pantalla de televisión mostraba el programa de TVN, los anuncios justo antes de la cuenta atrás. La expectación flotaba en el ambiente. Los corrillos se deshicieron para volverse todos hacia la imagen de un enorme reloj digital. Las dos estallaron en carcajadas al ver a Dan apresurarse hacia ellas con una pequeña maleta en la mano.

—¡Este año tendré vacaciones con viaje decente, sí o sí! —exclamó con entusiasmo.

Una sirena de bomberos atronó con su ulular para marcar el inicio de la cuenta atrás. Alma aferró su brazo con fuerza e Inés notó la emoción y la adrenalina de todo el grupo congregado apoderarse de ella. En una mano llevaba la copa de champán, en la otra, una cuchara de porcelana con un puñado de lentejas. En su corazón, el

propósito de que ese año fuera, realmente, un cambio de página en su vida.

Erik apretó el claxon repetidas veces, atrapado en el tráfico que conducía hacia Valparaíso. Los fuegos artificiales más famosos de todo Chile para el Año Nuevo se lanzaban desde allí, y eso hacía que acceder a la ciudad tan cerca de la hora señalada fuese un infierno. Los coches avanzaron con lentitud desesperante, a trompicones. Todo se despejaría una vez que pasara la salida al centro y pudiera dirigirse hacia la casa de los padres de Alma.

De pronto, un grupo de coches siguió su camino, desatascando el coágulo que se había formado en torno a la salida. Diez minutos para la cuenta atrás. Pisó el acelerador a fondo. Aún estaba a tiempo.

—¡...diez!

—¡...once!

—¡FELIZ AÑO NUEVO!

Los gritos de alegría, los abrazos y los buenos deseos sumieron al grupo en un caos. Dan, rodeado de un grupo de amigos, hizo estallar unos tubos de confeti y purpurina, mientras los fuegos artificiales que lanzaban en Valparaíso llenaban la oscuridad del cielo con luces de colores. Las bolsas con el obligado cotillón con guirnaldas, sombreros y matasuegras comenzaron a pasar de mano en mano. La felicidad inundaba a todos, y la música de cumbia de La Noche sonó a todo volumen en la fiesta improvisada de la playa.

—¡Ven, vamos a bailar, Inés! —llamó Alma, pero ella se sentía de pronto fuera de lugar ante aquella explosión de alegría—. ¿Dónde vas? ¡No te alejes!

Inés sonrió e hizo un gesto despreocupado. No se alejaría mucho. Tan solo quería estar sola y tocar el agua del mar.

—*Godt Nyttar* —gruñó Erik en voz baja, mientras aparcaba en la entrada. Acababa de escuchar en la radio el fin de la cuenta atrás. Tarde por solo un par de minutos—. *Fy fæn*.

Abatido, descendió del coche y siguió el sonido de la música y las risas hacia la parte de atrás de la casa. Intentó localizar desde lejos a Inés, pero la iluminación era escasa y la gente bailaba hacinada en el pequeño jardín frente a la playa.

Inés no estaba en ninguna parte, pero localizó a Alma y a Dan, y caminó hasta ellos.

—¡Feliz año, Erik! —dijo su pupilo. Se fundieron en un fuerte abrazo. Alma lo siguió después—. Inés está allí, mira —añadió, señalando una silueta que se alejaba del barullo hacia unas rocas.

—No le habéis contado nada, ¿verdad?

—No. No sospecha nada. Cree que vuelves dentro de dos semanas —respondió Alma, con una mirada de complicidad.

—¿Qué tal todo en Noruega? —preguntó Dan, poniendo en su mano una copa de champán.

—Bien. Bien. No, gracias —dijo, sin aceptar la copa—. Todo bien. —Se pasó las manos por el pelo y lanzó una mirada hacia donde Inés caminaba. Abrió y cerró las manos a toda velocidad, y Alma se echó a reír y lo empujó hacia la playa.

—Ve. Ve con ella.

¿Dónde demonios se había metido? Corrió en la dirección en la que la vio la última vez, pero no estaba. Mierda. Sacó el móvil y la llamó por teléfono.

—*Godt Nyttar, liten jente*.

—Feliz año —respondió ella riendo—. Por fin das señales de vida.

—¿Dónde estás ahora?

—Pues... —Inés salió de una formación de rocas que la ocultaba hacia el lugar donde las olas rompían con placidez—. Estoy dando un paseo.

—¿Huyendo de la multitud? Eso parece más propio de mí que de ti.

Ella se echó a reír. Llevaba el pelo suelto e hizo un gesto, colocando la melena tras uno de sus hombros, y Erik percibió en la

yema de sus dedos la necesidad de desenredarla.

—Es cierto, pero necesitaba un poco de paz. ¿Tú?

—Nada especial.

—Siempre tan lacónico —reprochó ella. Hizo un gesto exasperado con la mano y tuvo que morderse la lengua para no reír—. Y tú, ¿qué estás haciendo?

La vio detener su deambulación y mirar hacia el cielo estrellado. La noche era clara, con la luna casi llena, y las luces de la ciudad a lo lejos.

—Estás preciosa, *liten jente*. Te miro.

Inés se volvió de súbito, reprimiendo una exclamación de sorpresa.

Erik estaba allí.

La sonrisa cálida y a la vez traviesa. El pelo le había crecido un poco, y sonrió al verlo apartar el flequillo sobre sus ojos. Si le hubieran dicho que tenía dieciséis años en ese momento, lo habría creído sin dudarlo. El corazón comenzó a latir con violencia en su pecho mientras esperaba, inmóvil, a que se acercara. Quiso dilatar esos segundos hasta la eternidad, con el anhelo, el temor y la esperanza por lo que ocurriría de ahí en adelante.

—*Godt Nyttar, kjaereste* —murmuró al llegar junto a ella.

El momento se quebró como si hubieran recibido una descarga eléctrica. Se abrazaron y estrellaron sus labios en un beso rudo, apretado, ansioso. Erik hundió los dedos entre su melena, Inés se aferró a su nuca, reprimiendo un sollozo. Se abrazaron, se abrazaron, se abrazaron, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas ardientes. Ninguno de los dos cejó en aferrarse al otro hasta pasados varios minutos.

—Estás aquí... —susurró Inés, con voz trémula. Temblaba. ¿Era real?

—No quería dejarte más tiempo para pensar.

Inés se apartó de él unos centímetros y lo miró a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero dejarte más tiempo porque si lo piensas demasiado, te darás cuenta de que no valgo nada. —Ella inició una protesta, pero no la dejó continuar—. Que soy un hombre lleno de manías, con mal carácter, disfuncional y trabajólico. Que prefiere

abrir en canal un tórax antes de enfrentarse a la idea de tener un hijo. —La envolvió entre sus brazos y la ciñó contra su cuerpo. Las palabras fluían de pronto y sabía exactamente lo que quería decirle. Sin dudas. Sin retener nada de lo que sentía—. Que podrías tener a tus pies al hombre que quisieras, al que realmente te mereciera, al que hiciera tu vida más fácil y no más difícil.

—Erik... —murmuró, sin poder esconder la emoción.

—Siempre traté de seducirte, cuando lo que debí de intentar era conquistarte. Poner la aurora boreal a tus pies. Situarte en el centro de mi vida. Rendirme a ti. No voy a cambiar, Inés —dijo, envolviendo su rostro entre las manos para mirarla a los ojos con fiereza—, pero quiero una vida contigo. La que sea. La que tú quieras darme. Que tus hijos sean míos, aunque me aterrorice la idea. Envejecer junto a ti.

Ella seguía inmóvil, los labios entreabiertos, los ojos brillantes y una expresión anhelante en el rostro. Sacó el sobre que llevaba en el bolsillo y se armó de valor. Inés miró, extrañada, el papel arrugado.

—Aquí hay dos billetes a Noruega. Uno de ellos es tuyo. Que nos vayamos no dejará atrás todo lo que ha pasado entre nosotros —reconoció, con una sonrisa torcida—, pero sí quiero que signifique un cambio en nuestra historia. ¿Qué me dices? ¿Vienes conmigo?

Inés ensanchó aún más su sonrisa, se aferró a su cuello, y de un salto, le rodeó la cintura con las piernas.

—Sí.

La risa cristalina y femenina de Inés se mezcló con la estentórea y grave de Erik, en un coro que sellaba el pacto. Nunca había estado más seguro de algo en toda su vida. Apoyó los labios en su frente, y cerró los ojos mientras lanzaba una plegaria de agradecimiento al universo.

Epílogo

Las órdenes del *musher* y el galopar incesante de los perros sobre la senda de nieve eran los únicos sonidos que cortaban el silencio de la noche. El frío glacial no atravesaba las capas de tejido térmico y las pieles que los cubrían en el trineo. El calor de Erik, que la cobijaba entre sus brazos, abrigaba su cuerpo con una sensación agradable, pero un frío seco azotaba su rostro mientras la nieve levantada por el paso de los perros los salpicaba.

Caía ya la noche pese a que no eran más de las cuatro de la tarde. Llevaban un par de días en Noruega y aún no se acostumbraba a las escasas horas de luz. El *jet lag*, junto con la emoción del viaje, y todo lo que había ocurrido en aquellas últimas cuarenta y ocho horas, la tenían sumida en una extraña sensación de irrealidad.

—Todavía no puedo creer que me hayas raptado así. ¡Tu madre me va a odiar! —dijo riendo Inés.

—Tenemos todo el tiempo del mundo por delante para que os conozcáis. Ahora te necesito para mí solo —respondió, estrechándola con fuerza—. ¿Mucho frío? Falta poco para llegar.

Inés se acomodó entre sus brazos y enroscó las manos en torno a las de él, que la sujetaban contra su pecho.

—Estoy en la gloria, pero tengo ganas de descansar.

—Un poco de paciencia —pidió Erik, sonriendo—. Va a valer la pena, ya lo verás.

Ya casi era noche cerrada. La silueta de los árboles apenas se distinguía a ambos lados del sendero helado, pero el conductor del trineo parecía saber lo que hacía y los perros no dudaban en su galope continuo e infatigable.

—Mira el cielo.

Inés alzó la mirada y contempló el azul índigo tachonado de estrellas brillantes. El haz tenue pero perceptible de la vía láctea cruzaba la bóveda en un paisaje sobrecogedor. Cuando los perros aminoraron la marcha y por fin se detuvieron, la embargó un

sentimiento de decepción. Hubiera pasado toda la noche entre los brazos de Erik mirando las estrellas.

—Hemos llegado. Vamos, *liten jente*. Un poco más y podremos descansar. —Erik intercambió unas palabras en noruego con el guía, que lo ayudó a cargar con las mochilas. Inés emergió del trineo, casi nadando sobre las capas y capas que los habían mantenido calientes durante el viaje de cerca de una hora.

Al inspirar, tosió a causa del aire gélido y se arrebujó en la parka térmica que Erik había insistido que se comprara en Oslo. Ahora la agradecía. Trotó detrás de los hombres, observando con detalle el impactante lugar al que habían llegado. Una explanada abierta, circundada por abetos, en la que sobresalían unas curiosas construcciones bajas.

—¿Son iglús? —preguntó con asombro al llegar junto a Erik. Él se echó a reír y la estrechó contra el costado.

—Algo así.

Inés arrugó la nariz. Después de dos días de viajar sin parar, se había imaginado que pasarían la noche en un lugar un poco más cómodo.

—Bueno, pues no sé cómo vamos a poder follar con toda esta ropa puesta —soltó casi sin pensar, y en un tono que sonó más enfurruñado de lo que hubiera querido. La carcajada estentórea de Erik la hizo enrojecer hasta las pestañas.

—¿Tú crees que hay algo que vaya a impedir que me des lo que yo quiero? —El tono, casi amenazador, hizo desaparecer cualquier resquicio de frío en su cuerpo—. Vamos. Está todo listo.

Erik se agachó y entró en la pequeña construcción de hielo casi a gatas por una pequeña puerta redonda. Inés lo siguió, sonriendo al comprobar que, en realidad, la estructura de la habitación era de piedra. La mitad inferior estaba revestida de madera. El suelo era de una baldosa de color arcilla, y se abalanzó para abrir la puerta y ver qué había más allá del pequeño recibidor. Erik la retuvo del borde de la parka.

—*Liten jente*, las botas y la cazadora se quedan aquí. Si quieres, los pantalones de esquí también. No queremos que el interior se llene de barro y nieve —dijo mientras sacudía de su gorro los restos de hielo.

Inés se sentó en el suelo junto a él y se despojó de las pesadas prendas de invierno. Sonrió al ver a Erik quitarse la ropa y quedar con unos ridículos calzoncillos largos, la camiseta térmica y los gruesos calcetines.

—Estás arrebatador —se burló con malicia—. ¡No! ¡Ay! ¡Era una broma! —exclamó cuando él la levantó en vilo y la colocó sobre su hombro como un saco de patatas. El techo de la habitación quedaba a pocos centímetros de la cabeza de Erik, a pesar de que estaba agachado. La altura de la construcción no debía sobrepasar el metro sesenta.

Erik abrió la portezuela redonda, que recordaba a la de un agujero hobbit e Inés emitió una exclamación de sorpresa.

—¡Es precioso!

Una cúpula de cristal mostraba sobre ellos la noche ya casi negra, sin una sola nube y salpicada de estrellas. La habitación circular albergaba una cama grande y cubierta de mantas y cojines. En el extremo opuesto al cabecero había una chimenea en la que crepitaba un fuego acogedor y el suelo de madera estaba cubierto de pieles. El baño era pequeño, casi rudimentario, pero las vistas a través de aquella diáfana cubierta suplían cualquier falta de lujo y adorno. Erik se tendió en la cama y emitió un suspiro satisfecho. Inés permaneció de pie, contemplando cómo sus ojos azules se perdían mirando al cielo, con las manos cruzadas tras la nuca y una leve sonrisa en los labios.

—Estás en casa —afirmó ella—. Nunca te había visto tan feliz.

Erik ensanchó su sonrisa y asintió. Palmeó la cama a su lado e Inés se tendió junto a él. Cuando posó la mano sobre su cadera, ella la cubrió con los dedos.

—Estoy en casa. Pero no por estar en Tromso. Estoy en casa porque tú estás conmigo.

La simpleza de sus palabras la desarmó por completo. Lo abrazó, cerró los ojos y se dejó caer en la calidez de su pecho. Erik la rodeó con los brazos y permanecieron en un silencio cómodo. Los dos estaban agotados.

Inés dormitaba cuando notó que Erik se movía con cuidado y se levantaba. Despareció un momento tras la puerta del baño y trajo

una botella con dos copas. En vez de volver a la cama, se sentó en la alfombra. Sirvió las copas e Inés se acercó hasta él. ¿Qué estaría tramando?

—Ven aquí.

—Necesito dormir —protestó, enfurruñada—. ¿Por qué te has venido aquí?

—Quiero beber un poco de vino. Y quiero que me lo sirvas tú, India.

El cuerpo de Inés se envaró con el timbre grave y seductor de su voz. Cada centímetro de su piel se despertó adquiriendo una sensibilidad distinta. Sonrió para aceptar el juego. Se arrodilló frente a él, abrió los muslos y apoyó las manos sobre ellos.

—¿Qué te apetece? —ofreció, invitadora.

—Hoy te vas a convertir en una copa. Quiero que seas mi copa. Y una copa no se mueve, porque puede derramarse el vino. ¿Eres capaz?

Inés reprimió una sonrisa y asintió. Erik se acercó a ella y la besó, sin tocarla. Un beso suave, que espoleó en ella el deseo insatisfecho. Elevó la mano tan solo un poco para rozarlo.

—Quieta. Eres una copa.

Inés volvió a posar la mano sobre el muslo y exhaló, en espera. Erik estaba muy cerca, sentado entre sus piernas flexionadas. Percibía el calor que emitía su piel, con ese aroma masculino que tanto amaba. Su brazo rozaba uno de sus pezones y comenzó a respirar con mayor rapidez. Él acercó la copa a sus labios e Inés los abrió para recibir entre ellos un poco de líquido. Era un tinto intenso, amaderado y con un deje de frutas del bosque.

—Dame de beber —ordenó Erik.

El timbre profundo, el acento ronco que al llegar a Noruega se había intensificado, la autoridad de sus palabras... No había descifrado todavía el hechizo que su voz tenía sobre ella. Se elevó sobre las rodillas, sostuvo su rostro entre las manos y vertió el vino en su boca entreabierta. Al terminar, lo besó para limpiar los restos del líquido rojizo de sus labios. Él sonrió.

—Así sabe mejor y está más tibio. El vino mejora.

Inés lo miró, buscando nuevas instrucciones.

—Otra vez. Hazlo hasta que yo te diga.

Inés llevó la copa de nuevo hasta sus labios. Esta vez bebió ella un buen sorbo. Lo paladeó muy despacio antes de que se deslizara por su garganta. Tenía razón, estaba delicioso. Depositó varios tragos sobre la boca de Erik, pero cada vez se espaciaron más. Se dieron el tiempo para tantearse en besos más profundos hasta que el vino quedó olvidado al borde de la alfombra junto a la chimenea. Erik la tendió y se recostó sobre ella. Inés ronroneó al sentir el peso sobre su cuerpo. Acarició sus hombros, pero él volvió a aferrar sus muñecas y llevarlas por encima de su cabeza.

—Sigues siendo una copa. Ahora voy a probarte de otras maneras.

Inés cerró los ojos. Erik había derramado un poco de vino entre sus pechos y lamía el reguero que descendía hacia su cuello con dedicación, sorbiendo en la depresión de sus clavículas y succionando sobre sus pezones.

—Erik —lo llamó, anhelante. Comenzaba a acercarse al límite en que necesitaba tocarlo, sentirlo más cerca.

—Aún no, *liten jente*. Aún falta mucho.

Vertió vino en la depresión del ombligo con precisión. El frío del líquido la hizo envararse, pero la mano de Erik la sostuvo contra la alfombra. Tenía que seguir el juego, tenía que prolongar la agonía. Sentía la humedad entre sus muslos y la tensión de su sexo, a la espera. La lengua y los labios de Erik se concentraban ahora en su abdomen. A las cosquillas se añadieron el placer y la expectación. Él sonreía, perverso, al estudiar sus reacciones.

Cuando apoyó los dedos sobre las rodillas y apartó una de sus piernas para que las abriera, Inés se arqueó. Recibió el vino sobre su sexo con un respingo y un gemido ronco. Erik no se demoró en beber de ella. Con delicadeza, con intensidad, intercalando besos y pequeñas succiones. Recorriendo sus secretos con la lengua y evitando a propósito el núcleo más sensible.

Había traspasado el límite.

—Ya no soy una copa —gimió Inés.

La risa de Erik retumbó en el interior de su sexo y jadeó. Liberó las manos del confinamiento voluntario y las llevó a su cabeza. Por un momento extrañó las guedejas largas enredarse entre sus dedos. Acarició el pelo corto de su nuca y después empujó

para intensificar el contacto. Erik gruñó y redobló su dedicación, mientras añadía los dedos a la ecuación. Oh, esos dedos. Sus jadeos y gemidos aumentaron al ser penetrada por ellos. Abrió los ojos al cielo estrellado y dejó ir el último resquicio de voluntad para correrse en oleadas suaves y lentas.

Él, como siempre, leía su cuerpo como un libro abierto. Gateó para ponerse entre sus muslos y se enterró en ella con suavidad. Inés sonrió al ver su mirada azul y la sonrisa satisfecha al exhalar un murmullo de puro deleite. Dejó grabada en sus retinas la imagen del rostro de Erik y la claraboya sobre ellos, que dejaba ver el cielo ahora mucho más oscuro, antes de cerrar los ojos. Saboreó cada centímetro de su penetración hasta que el placer se hizo sublime. Erik la aferraba con fuerza contra el suelo y tenía los ojos perdidos en su propio placer. Lo besó para volver a centrarlo en ella y saboreó el vino mezclado con su propia esencia. No supo por qué, pero aquello disparó su excitación. Espoleó con los talones para que aumentase la intensidad de sus envites y se aferró a su trasero. Lo empujó dentro y más dentro de ella. Erik abrió los ojos y un gruñido primitivo salió de su garganta al liberarse. Inés se corrió poco después, entre los últimos estertores del cuerpo masculino sobre ella.

Yacieron sobre la alfombra frente al fuego, convertido en ascuas ardientes, y se confortaron en un abrazo apretado mientras se dedicaban caricias lentas entre susurros y confidencias.

Erik rozó con la yema de los dedos el rostro plácido de Inés, dormida sobre su pecho. La besó, la apartó con suavidad y la cubrió con unas mantas. Avivó el fuego mortecino con una brazada de leña fina y contempló las llamas en silencio. Se sentía pleno. Satisfecho. La tensión de los últimos meses había desaparecido. Todo aquello quedaba atrás como si solo fuera un mal sueño.

Se puso de pie con agilidad, preso de una inusitada energía pese a la paliza del viaje. Cogió la copa de vino y la puso sobre la chimenea con una sonrisa traviesa. Los juegos de dominación le gustaban cada vez más e Inés era la compañera perfecta para ellos.

Se estremecía de placer con solo pensar en las posibilidades que se abrían ante ellos.

Necesitaba ir al baño. Con urgencia. Pero en vez de plegarse para acceder al minúsculo lavabo, se vistió con dificultad en el túnel estrecho de la entrada. Salió al exterior y una brisa gélida enfrió su rostro con brusquedad. Vigorizado, caminó hasta unos árboles cercanos para orinar. Al volver, se detuvo unos minutos solo para disfrutar del paisaje. Noruega era un paraíso. Y en aquel preciso instante, estaba completo. Estaba en casa. Con Inés.

El aire cambió de pronto y se tornó más frío. Una electricidad distinta cargaba el ambiente. Alzó los ojos hacia el cielo y miró al norte. Un velo grisáceo se encumbraba sobre las montañas y su corazón comenzó a latir, acelerado. Corrió de vuelta al iglú.

—¡Inés! ¡Despierta!

Ella se desperezó y dio un respingo al sentir la mano helada de Erik sobre la espalda.

—¿Qué pasa? —dijo ella, soñolienta—. ¡Estás congelado!

—Ven, sal fuera. Quiero enseñarte algo.

—¿Fuera? ¿Ahora? Son las dos de la mañana, vikingo loco. ¡Quiero dormir! —Se hizo un ovillo bajo las mantas y asomó la nariz con curiosidad—. ¿Qué haces vestido a estas horas?

—En serio, Inés. No te arrepentirás. Tienes que verlo.

—¿Una aurora boreal? ¿En serio? —Llevaban ya un par de días en Noruega y no habían tenido suerte. Alzó la mirada hacia el cielo a través de la cúpula de cristal, pero solo vio unas pocas nubes que avanzaban. Vaya. Era una pena que se nublara—. Bah, ahí fuera no hay nada.

Volvió a cubrirse, pero Erik la destapó de un tirón y le dio una palmada en el trasero.

—Vamos, *liten jente*, no te arrepentirás.

Se vistió de mala gana mientras él llenaba un termo con café y un chorro de *whisky* y doblaba las mantas. Con una pereza infinita, se ató las botas de invierno y salió tras Erik, entusiasmado como un niño pequeño.

Se alejaron de las cabañas de cristal hacia el claro, huyendo de las escasas luces. La noche tenía una claridad extraña, pero las estrellas estaban veladas por esas nubes que parecían una lejana

cortina de humo. Erik se arrodilló en la nieve y escarbó un poco. Después forró la depresión con una manta térmica y se sentó sobre ella.

—Ven aquí, conmigo.

—Más vale que esto sea espectacular. Se me va a quedar el trasero helado —protestó ella. Se recostó junto a Erik, estrechándose contra él bajo las mantas de lana. Él abrió el termo y le dio un trago. Inés lo imitó.

—¡Joder! —farfulló entre toses—. Esto está fortísimo. ¿Cuánto *whisky* le has puesto?

Él lanzó una carcajada exuberante e Inés lo miró con atención. Estaba relajado, feliz. Dejaba escapar palabras en noruego a cada momento y reía con más frecuencia. Lo abrazó y cubrió con un beso su sonrisa.

—Me encanta verte así. Contento.

Él la sostuvo aún más cerca de su cuerpo y le dio otro trago al café.

—No puedo pedirle más a la vida, *kjaereste*. Solo que dure.

Inés sonrió, rememorando los días que habían dejado atrás. La conversación en la playa, los billetes de avión en la mano: «No más barreras. No más excusas. No más mentiras. Sin miedo». El viaje apasionante sin despegarse el uno del otro.

Ahora la emoción daba paso a algo mucho más contundente: la serenidad.

Dormitaba sobre su pecho cuando notó su mano apartarle la melena del rostro.

—Mira arriba.

Inés alzó la mirada, confusa. Solo veía el cielo estrellado. No. Había algo más. Sobre los árboles, el velo gris era ahora de un verde turquesa casi imperceptible.

—Es...

Se quedó sin palabras. Su corazón latía a toda velocidad. Erik emitió un murmullo de asentimiento y la abrazó, pero Inés se incorporó para ver mejor. Estaba hechizada por completo con el baile caprichoso y majestuoso de las luces que aparecían en el cielo.

—¿Sabes cómo se forman? El viento solar choca con el electromagnetismo de la Tierra y...

—¡Shhhh! —lo mandó callar Inés.

El velo crecía, sutil y lento, extendiéndose por el cielo. Las estrellas se veían opacadas por la belleza del contraste entre el azul marino y el turquesa. Unos matices rosados perlaban su filo.

Los minutos pasaban y era incapaz de apartar los ojos del velo. Las veces que Erik intentó hablar, lo mandó callar sin contemplaciones. Era un espectáculo extraño, demoledor, mágico. Las fotos que había visto en alguna ocasión eran a la vez más exageradas, pero menos expresivas. La aurora se movía, mutaba y se retorcía. Tenía vida propia. De pronto, unos destellos violáceos despuntaron sobre la cortina turquesa e Inés contuvo el aliento.

—*Kjaereste* —susurró Erik. Esta vez no lo interrumpió. Estaba demasiado extasiada—. Te dije que debí poner a tus pies la aurora boreal y no puedo hacerlo, pero sí quiero que recuerdes esto. Que estabas aquí, conmigo. Pase lo que pase con nosotros.

Inés se arrancó del cielo para mirarlo a los ojos. Vio en ellos reafirmación. Serenidad y amor. Erik los cerró, embargado por un sentir profundo y los abrió de nuevo. Ella lo contempló, intrigada, mientras él atrapaba su rostro con las manos enguantadas y tomaba aire con expresión solemne.

—*Jeg elsker deg, liten jente.*

Inés sonrió, desconcertada por la pronunciación indescifrable.

—¿Qué has dicho?

Erik soltó el aire y la envolvió con fuerza entre sus brazos. Apoyó su frente en la de ella y repitió.

—*Jeg elsker deg*, Inés. Ahora lo sé.

Ella negó con la cabeza, entre divertida y azorada.

—Erik, no entiendo ni una sola palabra de lo que dices. ¡Traduce!

La carcajada atronadora que soltó arrastró a Inés, y no le quedó más remedio que reír también.

—Ah, *Svarte Helvete!* ¡Vikingo tonto! —exclamó, mirando al cielo—. Tantos años guardando celosamente la frase que toda mujer quiere escuchar, y cuando la sueltas, ¡ella no te entiende!

Lloraba de la risa e Inés recogió las lágrimas con besos rápidos por todo su rostro.

—¿Me puedes explicar qué te pasa? —dijo maravillada por el súbito ataque de incoherencia—. ¡¿Qué frase?!

Le llevó algunos segundos calmarse lo suficiente para conseguir hablar con seriedad.

—Inés, *Jeg elsker deg* es un sentimiento que no se declara a cualquiera. Es más que un te quiero... es... un moriría por ti. Es..., un quiero pasar la vida contigo. —Luchaba por encontrar las palabras en castellano y acabó por soltar otra frase ininteligible—. *Du burde vite det.*

—¡Erik! ¡En español! —exclamó Inés riendo.

—«Uno debería saberlo». Aquí. —Se golpeó el pecho con el puño, enfático—. Y yo quiero que lo sepas: *Jeg elsker deg*. Te amo, Inés.

Ella echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada llena de dicha mientras el cielo bailaba en una orgía de colores sobre ellos.

—Lo sé. Yo también te quiero. No hay nada ni nadie que cambie eso —aseveró, con la certeza incuestionable de que era así—. Y este momento lo atesoraré para siempre, porque estoy contigo. Como todos los que viviremos de aquí en adelante.

Se abrazaron con fuerza e Inés pronunció con dificultad la frase.

—Erik, *Jeg elsker deg*.

Fin

Agradecimientos

Han pasado más de cinco años desde que comencé a escribir esta historia. Un camino largo, en el que mi evolución como escritora ha crecido a la par que lo han hecho Erik e Inés. Se acaba este ciclo de En cuerpo y alma, y reconozco, sin esconderlo ni un solo segundo, que al ponerle punto y final las lágrimas rodaban por mis mejillas.

Son tantas las personas a las que tengo que agradecer en este libro, que temo dejarme a alguien. En primer lugar, a mis chicas del núcleo duro: Macarena, Gaby, Stella y Yolanda. Sin vosotras, la corrección de Latidos no hubiera sido lo mismo. Gracias por las carcajadas, por las charlas hasta las tantas y por la sana adicción a Alexander Skarsgard que fomentamos. Aquí debo mencionar también a Noemí y Yola. NO SE PUEDE MÁS. (Ellas me entenderán).

Mil gracias también a ti, Mar RO, por su maravillosa ayuda para escoger la banda sonora que la novela necesitaba, y por tu espontaneidad. Adriana, mi argentina loca, tú también mereces un huequecito aquí.

Mil gracias enormes, por su buen hacer y su paciencia, a Silvia Barbeito. He corregido todas mis novelas con ella y lo grito a los cuatro vientos: ¡es la mejor correctora del mundo!, además de ser una excelente amiga.

Mil gracias a quienes escucharon mi petición de leerse el tochaco...perdón... manuscrito, en temible estado de borrador, y me ayudaron con sus impresiones: Mariajo, Maria Jesús, Pepa, Yasnaia, Ana, Vanessa, Maite...

Gracias a todas las lectoras, ¡y también a los lectores!, que os habéis dejado caer con todo con esta historia. Por los comentarios y la emoción con que los acompañasteis durante este año y medio, a lo largo de mil quinientas páginas. Erik e Inés son vuestros.

Mil gracias a mi familia. Aunque estén lejos, siempre los tengo presentes y, en cierto modo, esta saga es un homenaje a mis raíces chilenas, a mi sangre sudaca. Y a mucha honra.

Mil gracias a mi vikingo. Personal e intransferible. Al hombre que es el pilar fundamental de mi vida y complemento perfecto para este proyecto loco que estamos sacando adelante. Gracias. Por tu apoyo. Por las risas. Por las grescas. Por los momentos *gourmet* y las cervezas de frambuesa y cereza. Y por ser fuente inagotable de inspiración para todas mis historias. (¿Querías saber mi arma secreta? Es él).

GRACIAS.

Y si me he olvidado de alguien, ¡decídmelo! Ha sido un año duro y tengo las neuronas un poco revueltas. Seré feliz al dártelas personalmente.

P.D: Esto no es un adiós, es un hasta luego. Inés y Erik volverán. Ya os dije en su momento que la saga serían siete libros, pero con *Latidos de lujuria* se cierra el ciclo de *En cuerpo y alma*. Los personajes necesitan un descanso y yo también. Este libro me ha dejado un vacío y una resaca escritora tremenda y la historia tiene que respirar.

La realidad es que no puedo pasar lejos de Inés y Erik mucho tiempo. A mí también se me han metido bajo la piel.

Habrán otras historias, pero ellos volverán. ¡Shhh! No se lo digas a nadie...

Con amor,

Mimmi.